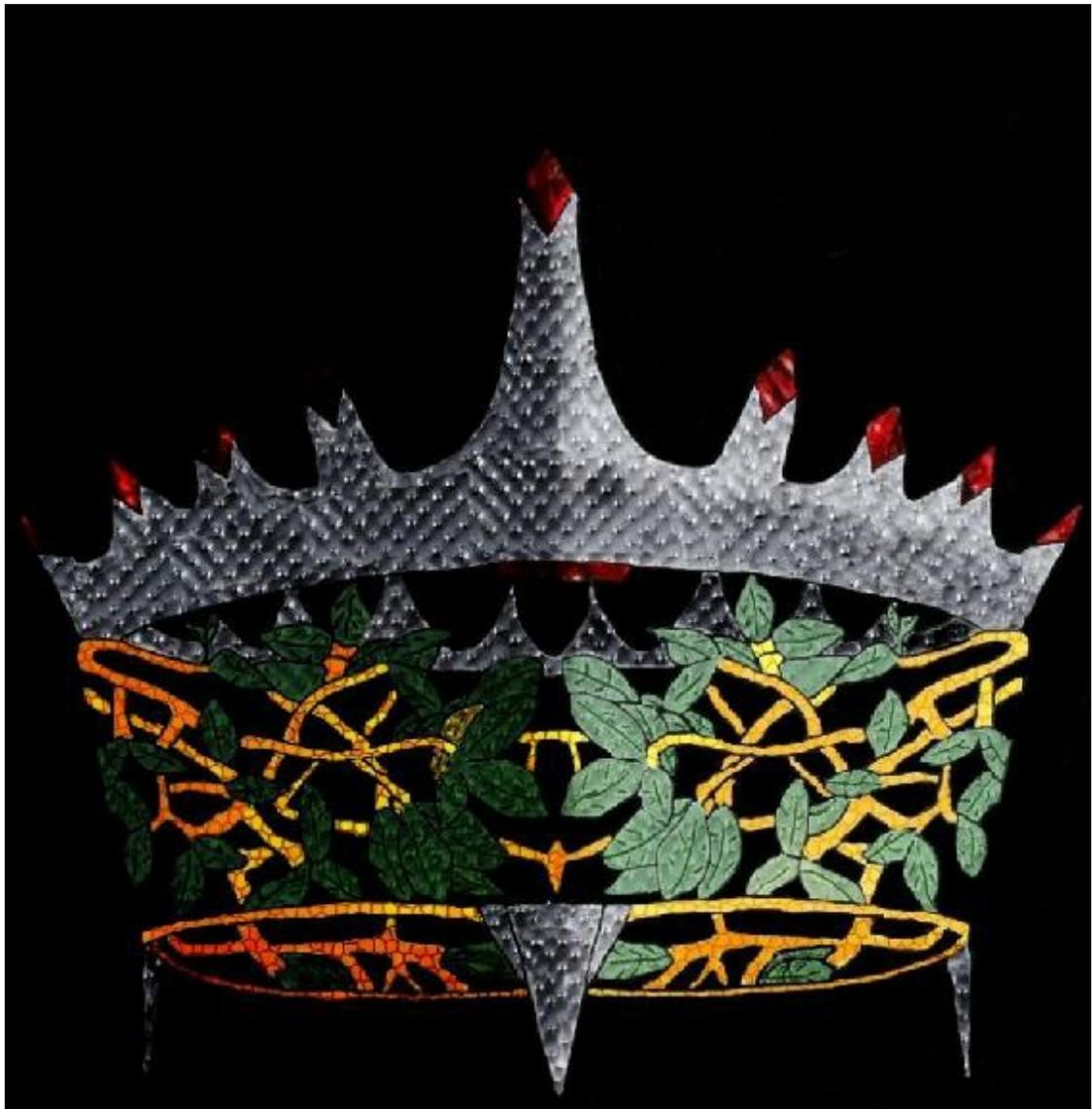


EL REY DE
DAGUELNA

LA CORONA
SANGRIENTA



LUIS MUÑOZ HERNANDEZ



Dedicado a ti,
mi tan buscado
tesoro...,
ahora perdido.

El REY De

DAGUELNA

LA CORONA SANGRIENTA

LUIS M.H

Fanpage: Renacer Literal

Instagram: luis.munozhernandez.9

twiter: @luismh1987

Futuros trabajos: "El Rey de Daguelna, Los Pergaminos Malditos", "La quinta humanidad"

Todos los derechos reservados

Prólogo

Desde muy pequeño me ha gustado mucho la lectura, tanto que inevitablemente quise comenzar a escribir mis propias historias. Al principio no leía más que cuentos cortos, por lo que mis primeros escritos los realice bajo este estilo y ninguno era demasiado extenso. Sin embargo al llegar a la adolescencia, como era lógico esperar, comencé a leer novelas cada vez más extensas y descubrí que era mucho más apasionante el leer una historia y no llegar al final de esta sino hasta varios días después de comenzar a leerla, a veces incluso semanas. Ante esto, en mi despertó la necesidad de madurar y quise también escribir novelas, aunque debo admitir que al principio se me dificultó encontrar un tema lo suficientemente convincente como para ser desarrollado a lo largo de cientos de páginas.

Ya me había decidido a escribir una novela, tan extensa como me fuera posible, y ya que el género de la fantasía épica siempre ha sido mi favorito, sabía que no habría otro tema con el que me podría sentir más cómodo.

Un día, mientras trataba de reordenar los cuentos cortos que había escrito varios años atrás, me tope con uno que se titulaba “EL REY DE TEMAR”, leí entonces nuevamente este cuento y me di cuenta de que este, que para cualquier critico sería insípido y torpe (lo había escrito de niño), realmente tenía ese potencial que había estado buscando.

No soy ningún imitador, a mi parecer nada de lo que está en este libro se parece a ningún contenido escrito por otro autor. Para mí, libros tales como “El señor de los Anillos” de J.R.R Tolkien han sido una gran inspiración, una chispa de una fogata vecina que ha encendido un fuego, pero que en nada se parece a su vecino, alimentado por una madera muy distinta. Para bien o para mal tengo mi propio estilo; usualmente me gusta tratar temas sociales, y si dedican el tiempo para leer la novela verán que así es, ya que trato cuestiones como los embarazos no deseados, las rivalidades entre hermanos y familias, todo girando en torno al dolor por la pérdida de los seres amados y, muy especialmente, de una manera sutil pero a la vez obvia, trato el tema del medio ambiente, ya que en un principio existe un bosque exuberante y hermoso con el cual los protagonistas tienen un fuerte vinculo, y que luego comienza a ser

destruido. Esto lo hago por una sencilla razón; no me gusta demasiado el mundo en el que vivimos, aunque pareciera que nunca ha sido mejor en el pasado, sí creo que muy paulatinamente irá mejorando en el futuro, es por ello que me gustaría que cada uno de nosotros tuviera una o varias páginas en este libro en las cuales se pueda ver como en un espejo, no a la piel de su rostro, sino que pueda ver las paredes de su alma y así que trate de ser mejor si le es posible.

En un principio concebí esta historia para tratarla en un sólo libro, pero rápidamente me di cuenta que, quisiera o no, la historia tendría que ir mucho más allá, extendiéndose por varios libros.

Al leer esta historia, poco a poco se irán dando cuenta de que el triunfo del bien, a diferencia de las historias, no tiene asegurada la victoria y, si es que lo logra, lo hará de una manera muy diferente a cualquier otra historia vista antes.

Luis Muñoz Hernández.

Cartago, Costa Rica. 2019

1

La familia real

La noche era oscura y sin viento, en el cielo la luna brillaba con su luz pálida, haciendo centellear las copas de los árboles, las cuales le impedían llegar con demasiada intensidad al suelo del bosque de Golbares. En medio de la oscuridad, y rodeada por innumerables troncos de aspecto sombrío, una débil luz blancuzca iluminaba el camino de su portador. La luz provenía de una pequeña roca adherida a un corto cayado que un hombre sostenía en su mano en alto. Él hombre, un individuo maduro de cabello negro y muy largo, caminaba acompañado por otro sujeto que se le parecía bastante, pero que tenía el cabello levemente más corto, este también portaba en la mano levantada un báculo con una roca luminiscente. Ambos caminaban acompasadamente y moviendo las cabezas y las rocas de un lado a otro, como si buscaran algo entre los árboles y matorrales.

¡Creo que lo encontré! —indicó de pronto el primero mientras doblaba hacia la izquierda y apresuraba el paso. Atrás, su compañero le siguió con gran expectación. Caminaron un poco más, hasta que al fin el primero de ellos se detuvo frente a un pequeño árbol, muy joven y de escasa estatura ¡Allí está! El hombre bajó un poco la mano con la que sostenía el báculo con la roca que le proporcionaba luz, e iluminó el rostro y cuerpo de un pequeño niño de unos seis años que yacía dormido, acurrucado bajo el joven árbol.

Le avisaré a los demás dijo el otro hombre luego de ver por un instante al pequeño. Con una gran sonrisa salió corriendo en la dirección por la que habían llegado y desapareció. Muy alegre el hombre corrió por algunos minutos, recorriendo un camino que casi no veía, pero que recordaba muy bien, hasta que llegó a un gran claro entre los árboles y ante él se alzó un gran bullicio y su rostro fue alcanzado por la luminosidad de una fiesta; allí se vio de frente con decenas de personas que hablaban entre ellas, mientras otras más bailaban con una música muy rítmica.

Entre aquella multitud se encontraban varias grandes mesas de piedra sobre las cuales habían sido puestos grandes y deliciosos banquetes y sabrosas bebidas. En las muchas sillas, todas de metal y decoradas con lazos y cintas de vivos colores, estaban sentados principalmente ancianos, niños y mujeres ya un poco maduras, casi todos vestidos con atuendos oscuros con decenas de adornos brillantes de vivos colores. Los más jóvenes, con ropas de colores un poco más claros, eran los que bailaban sin cesar al ritmo de los instrumentos musicales que otros tocaban en una pequeña plataforma localizada en un extremo del claro; algunos de estos instrumentos, los de viento, eran similares a flautas, pero bastante más largas y de color dorado con ornamentos color rojo. Otros instrumentos eran los tambores, grandes y pequeños, también estaban hermosamente decorados y pintados de verde brillante. Todo el gran claro estaba iluminado por muchas rocas como las que portaba aquel hombre en la mano, pero las que iluminaban aquella fiesta eran mucho más grandes y habían sido puestas sobre altos pilares de piedra tallada, decorada con decenas de lazos multicolores. Pero allí mismo había otros pilares igualmente decorados pero más bajos que los anteriores, y sobre estos estaban colocadas otras rocas diferentes: eran de un color rojo brillante y, aunque no emanaban tanta luz como las blancas colocadas en los pilares más altos, si parecían tener una gran utilidad, pues emanaban un calor muy agradable, cosa importante en una noche fría como aquella. Además, varias de estas mismas rocas rojas habían sido apiladas en el centro del claro, todas juntas despedían un calor semejante a una hoguera, y eran utilizadas para cocinar, entre otros alimentos, algunos cerdos y muchos conejos.

Pero cuando las personas se percataron de la llegada de aquel hombre, de pronto callaron y la música se detuvo de inmediato, dedicándose todos a mirarlo con una enorme expectativa.

Lo ha encontrado fue lo único que dijo el recién llegado que había salido de entre los árboles, pero solo eso fue suficiente para que el lugar estallara en decenas de gritos de felicidad y muchos abrazos, además de aplausos jubilosos, entonces los tambores fueron golpeados enérgicamente.

El gran bullicio que se había formado cesó por un instante cuando de la oscuridad del bosque apareció el otro sujeto de cabello largo; en sus brazos cargaba al niño que había encontrado en medio del bosque, el cual aun tenía el rostro adormilado, pero parecía estar tan alegre como el hombre que lo cargaba, este, además de feliz, parecía muy orgulloso del pequeño. Al ver esta

segunda aparición, las personas estallaron de nuevo en una alegría aun mayor y hasta algunas mujeres lloraron de felicidad.

Toda aquella algarabía y gritos de alegría habían sido escuchados y vistos a lo lejos desde una altísima ventana localizada en la torre más alta del majestuoso castillo de aquel reino. La torre era la principal de todas, y la ventana pertenecía a la habitación del Rey. Portando una hermosa corona de oro y plata cuya forma se asemejaba a la de varias y delgadas ramas entrelazadas, y de las cuales colgaban algunas hojas de plata, el Rey miraba aquel claro del que provenían las luces y la música que recién había comenzado; estaba muy feliz, pero como si envidiara a aquellas personas.

Le ha llevado algunas horas comentó el Rey sin dejar de mirar a través de la ventana, pero al fin el menor de los Afiam ha logrado encontrar el árbol al cual está ligado, y podrá ahora tener una feliz noche de Noltal.

Me alegro por él y su familia dijo una voz masculina desde adentro de la habitación, son una de las familias más grandes e importantes del reino..., pero por favor padre, ¿podríamos volver al asunto del que estábamos hablando?

Tranquilo, Aleyu respondió el Rey volteándose hacia el interior, permitiendo que la luz de la gran roca luminiscente que estaba incrustada en el techo cayera sobre él: era un anciano de barba larga y blancuzca, facciones duras y cansadas, tenía además unos grandes ojos ojerosos de color negro. Su rostro estaba algo arrugado y en este lucía una larga y puntiaguda nariz. El cabello, largo y canoso, le llegaba hasta los hombros. Llevaba un traje muy fino de color púrpura parecida a una bata, mientras que de los hombros le colgaba una larga capa del mismo color, y tenía un cinturón marrón en la cintura.

La habitación era muy amplia y agradable: del alto techo colgaban hermosas telas rojas y púrpuras que caían hasta el suelo. En un rincón se encontraba un mueble enteramente de metal, en cuyo interior se exhibían varios adornos de oro y plata. Cerca de la puerta se hallaba un hermoso armario metálico forrado con corteza de árbol: tenía dos puertas grandes y una tercera más pequeña, sobre la cual había tres repisas cargadas con pergaminos y tinteros. En algunas partes de las paredes, de color gris, varias piedras desprendían una luz blanca, suave y agradable que llenaba toda la recámara. A la derecha se encontraba una amplia cama echa de piedra pero cubierta de hojas y plumas envueltas en tela que servían a modo de colchón, otros bultos

del mismo material pero más pequeños envueltos en tela roja servían de almohadas.

Frente a la cama se encontraba una pequeña mesa redonda hecha de piedra, con dos sillas de metal pálido. Sentado en una de las sillas se encontraba un joven muchacho de aproximadamente unos veintidós años: lucía un tanto delgado, pero no demasiado, su rostro se parecía bastante al del Rey, su padre, pero tenía facciones más vivas y ojos más despiertos y ansiosos. Su cabello era negro y largo hasta los hombros, además, exhibía un lunar en el lado derecho del rostro, cerca de su bien perfilada nariz. Su ropa, color negro en su mayoría, tenía algunos adornos de plata y, a diferencia del Rey, no llevaba capa.

Sé lo mucho que te interesa ese proyecto, y lo bien que le hará a muchas familias. Esto último el Rey lo dijo con una leve sonrisa y un poco de sarcasmo. Aleyu permaneció en silencio, y parecía saber que lo habían descubierto, pero también debes tomarte un tiempo para ti. Continuó el Rey notando la reacción de su hijo, que sostenía unos pequeños pergaminos entre sus manos.

Pero, padre, este proyecto es muy importante. Aleyu al parecer estaba un poco impaciente. ¿Así?, construir un pequeño dique en la orilla del río Ereuflo, solo para evitar que este se salga de su cauce seis metros, ¿es tan importante como para quitarle el sueño a un pobre viejo cansado? El anciano no hablaba de una forma severa, sino más bien un poco bromista.

Discúlpeme, mi señor dijo Aleyu como siguiéndole el juego a su padre, sé que mañana tiene, o mejor dicho, tenemos un día largo y cansado, pero solo necesito su firma y me marcharé, pero de verdad es un proyecto muy importante.

¡Importante para ti! exclamó el Rey con una sonrisa, principalmente porque el único lugar afectado cuando llueve es tu lugar favorito, donde pasas bastante tiempo con esta muchacha... ¿cómo se llama?... ¡así!; Ciorima.

Aleyu se sonrojó un poco y no encontró que decir, pero el simple recuerdo de su gran amor lo había hecho sonreír un poco.

No te sientas apenado, Aleyu le dijo su padre, yo te entiendo, también fui joven, sé que estás muy enamorado. Sin dejar de sonreír se acercó a su hijo, tomó los pergaminos que este sostenía en la mano y los puso en la mesa frente a él, a continuación tomó una pluma, la remojó en un tintero y firmó el documento.

¡Gracias, padre! profirió Aleyu aun un poco sonrojado; se puso de pie, se acercó y lo abrazó. En ese momento dos sonoros golpeteos se escucharon en la puerta, echa de corteza de árbol y adornada con telas.

Rey Deinor Se escuchó una voz vieja y cansada de hombre. La Reina Nubelia le avisa que su hora de lectura a concluido y que en este momento se dispone a subir a acostarse dijo la voz con una increíble formalidad, y tan educadamente como si el dueño de aquella voz se hubiera dedicado a hacer durante toda su vida anuncios de similar naturaleza.

Dile que está bien respondió Deinor, luego, dirigiéndose a Aleyu, bromeó: creo que esta vez tu madre me ha salvado de ti se refería al abrazo un tanto fuerte que Aleyu le había dado.

“¡Poc, Poc!” se escucharon dos nuevos golpeteos en la puerta y unos débiles pasos afuera que parecían ser de alguien que estaba llegando.

Rey Deinor, la Reina está aquí Se escuchó de nuevo a la misma voz de antes con su mismo tono educado.

Que pase, que pase dijo de inmediato Deinor.

La puerta se abrió y dejó ver a un hombre de edad avanzada, cabello corto y canoso: el anciano carecía de barba, aunque tenía unas largas patillas. Bajo y encorvado, su rostro lucía atravesado por muchas arrugas, sus ojos eran cafés y tenía cejas muy tupidas. Vestía un traje viejo pero bien cuidado de color gris.

El viejo se movió a un lado y detrás de él apareció una hermosa mujer de piel increíblemente blanca: de cabello muy lacio, rubio y largo hasta la cintura. Su rostro era maduro pero bello; sin duda aparentaba tener menos años de los que realmente tenía. Sus cejas eran delgadas y claras, sus labios rojos y gruesos, y su alma se reflejaba en sus ojos verdes. Adornando su cabeza tenía una corona muy parecida a la del Rey, pero un tanto más pequeña y delgada. Con una bata blanca, la Reina ingresó en la habitación.

¡Deinor esto ya es demasiado! gruñó la Reina en cuanto entró, evidentemente hastiada ¿Qué acaso una mujer no puede entrar en su propia habitación sin tanto protocolo?

Pero si yo no lo ordené, Nubelia se defendió Deinor, es Enot quien se empeña en usar el protocolo todo el tiempo miró al anciano canoso, que se mantenía en el marco de la puerta, lo observó fijamente pero sin borrar su sonrisa.

Es lo correcto fue todo lo que dijo Enot.

Lo correcto ahora es que dejemos descansar a mis padres le dijo Aleyu, saliendo en defensa del anciano sirviente. Acto seguido le dio un beso a su madre, que se había sentado en un costado de la cama, y otro abrazo a su padre, pero esta vez con más cuidado. Luego se dirigió a la puerta para retirarse, llevando los pergaminos consigo en la mano.

¡Ha!, ¡Aleyu! lo llamó su madre como para decirle algo que acababa de recordar. Aleyu se detuvo y se volteó, que sueñes con... Ciorima Una sonrisa maliciosa adornó la cara de Nubelia.

Aleyu volvió a sonrojarse, sonrió y, muy apenado, cerró la puerta tras de sí, y ambos, él y Enot, se marcharon.

A la mañana siguiente el Rey y la Reina se despertaron bastante temprano, se asearon y luego se vistieron con atuendos particularmente más finos y elegantes en los cuales el color púrpura predominaba. También se colocaron collares y anillos de oro y plata, además de otras piedras preciosas, cada uno con su respectiva corona. Nubelia se colocó unas largas y delgadas cadenas de plata que pendían de su tiara y le colgaban a ambos lados del rostro, y en sus orejas unos pendientes de oro. Deinor con su corona más grande y fabulosa, se colocó varios anillos y un largo collar, y por último una capa blanca, el resto de su ropa era también de este color, siempre combinado con el púrpura.

¿Estás listo? —le preguntó Nubelia, una vez que ella terminó de alistarse y de que varias sirvientas le ayudaran a peinarse el largo cabello.

Sí, ya estoy listo le respondió Deinor a la vez que se colocaba sobre el cabello la hermosa corona. Me gustaría que este día pasara rápido, me agota el simple hecho de pensar en todo lo que nos espera para hoy.

Ese día toda la familia real tenía una agenda bastante apretada; primero debían recibir la visita de varios de los miembros de la familia Afiam ya que, como siempre había sido la tradición, al día siguiente de la noche de Noltal de un niño, este en compañía de los padres y de otros familiares, irían al castillo para que el pequeño recibiera la bendición del Rey. Luego de este compromiso, toda la familia del Rey tendría que posar durante por lo menos una hora para que el mejor dibujante del reino, pero no precisamente el más rápido, los plasmara a todos juntos en un hermoso retrato que simbolizara la unidad de la familia real, y por lo tanto la del reino. Por último, Deinor y sus tres hijos, Aleyu el mayor, tendrían que discutir una serie de proyectos de leyes y decretos que se habían amontonado durante varios días, y por si fuera poco, debían de servir como jueces en discusiones entre la gente del reino,

cosa que también se les había venido acumulando.

Una vez que Deinor y Nubelia estuvieron listos, salieron de la habitación real al pasillo, lugar donde los esperaba Enot y dos guardias más para escoltarlos hasta la sala del trono. El pasillo, iluminado por rocas en las paredes debido a que la luz del sol no tenía ventanas por donde entrar hasta allí, no era muy extenso, ya que terminaba pronto al llegar a unas escaleras que descendían en espiral. El centro de cada escalón estaba cubierto por una alfombra de color azul, por allí descendían el Rey y su esposa, mientras que Enot y los guardias caminarían por los lados, donde no había alfombra. Aquello no era muy importante para Deinor ni para Nubelia, pero como siempre, Enot era quien se empeñaba en hacer todo lo que desde pequeño él padre de Deinor, cuando este vivía y gobernaba y el cual había sido mucho más estricto, le había enseñado.

Debido a que la habitación real se encontraba en lo alto de la torre más alta, debían de bajar las escaleras hasta la mitad de la misma, en ese punto Deinor debía de separarse de ellos e ingresar al túnel del Rey que lo llevaría de forma directa hasta la sala donde estaba el trono.

Les tomó algunos minutos llegar hasta aquel túnel. En este punto los escalones desaparecían algunos metros y daban paso a un piso plano: en la pared de la izquierda había una abertura de tres metros de alto y dos de ancho, esta entrada estaba cubierta por un lienzo de color púrpura oscuro. A pesar de que el Rey ya había hecho ese recorrido muchas veces, en esta ocasión le pareció más extenso y agobiante; un inicio cansado para un día agotador.

Por desgracia aquí nos separamos, mi Reina se lamentó Deinor, dirigiéndose a Nubelia cuando llegaron al túnel.

Tranquilo le dijo ella, sólo será por un corto tiempo.

Cada instante que estoy sin ti se me hace tan largo como... como el tiempo que me tarda subir o bajar todos estos escalones..., ahora entiendo a Aleyu.

Ambos se sonrieron y se dieron un beso, luego Nubelia se marchó en compañía de Enot y los dos guardias y continuó bajando los escalones de la torre. A ella le tocaba tomar otro túnel un poco más abajo, este pasaje, a diferencia del de el Rey, no iba directamente al salón del trono, sino que se conectaba con un pasillo, en el cual luego tendría que subir unos cuantos peldaños para llegar a una puerta blanca con incrustaciones de piedras preciosas.

Deinor se quedó solo un instante, luego procedió a correr un poco el lienzo púrpura y entró en el pasaje. Ante él se extendía un pasillo cuyas paredes blancas estaban talladas con figuras que simulaban grandes y hermosos árboles, junto a los cuales se veían las figuras de hombres trabajando la tierra y cazando todo tipo de animales. Al igual que en su habitación, del techo caían hasta el suelo hermosas telas de variados colores; verdes, rojas y púrpuras, con ramas de oro dibujadas. En el piso había una alfombra azul muy limpia y poco usada. Una ventana ovalada que apuntaba al norte era la única entrada para los rayos del sol matutino. Recorrió tranquilamente el pasadizo que tenía unos quince metros de largo, en el extremo opuesto había otro lienzo, también de color púrpura, con dibujos de plata.

¡Su majestad, el Rey Deinor! anunció la voz de Enot, un poco agitada, desde detrás del bastidor luego de un rato, parecía estar anunciando al Rey a varias personas.

Un guardia corrió el bastidor y Deinor entró a una gran y hermosa sala: el techo era muy alto y de un color negro claro, sostenido sobre diez enormes pilares blancos, estas columnas estaban talladas de tal manera que parecían ser altísimos árboles de mármol con copas muy anchas. Los detalles eran tales que hasta cientos de hojas de mármol pendían de ramas de roca, e incluso daban la falsa ilusión de moverse con el leve viento que entraba por las tres ventanas, dos bajas y una alta: las más bajas tenían una forma triangular, mientras que la más alta, localizada en la pared que estaba de frente al túnel, tenía forma circular, y por esta se apreciaba el azul del cielo y la blancura de las nubes. El piso, al igual que el techo, era de color negro, pero mucho más oscuro y brillante y se extendía varios metros. Era increíblemente ancho, y terminaba en forma semi-redonda en la pared al fondo, igualmente semi-redonda y también con varias figuras talladas. A la derecha de la sala se encontraba una hermosa puerta blanca hecha de corteza de árbol: tenía incrustadas decenas de piedras preciosas como rubíes, perlas y pequeños diamantes, entre otros.

A pocos metros de la pared del fondo había un hermoso trono: era negro y con un respaldar alto que simulaba la copa de un árbol, y estaba acojinado de terciopelo rojo. Junto al trono del Rey, a la derecha, había otro un poco más pequeño también negro, destinado para la Reina y de similar aspecto, pero junto a este había otros tres siales de color blanco, estos últimos, a diferencia del primero y el segundo, no parecían ser fijos en ese lugar, sino

que al parecer habían sido colocados allí para esa ocasión en particular.

En la sala, a la izquierda, había varias personas; eran los representantes de la familia Afiam. De pie estaban el padre, de cabello muy largo y oscuro, y la madre, una mujer baja y cabello negro. A los pies de ambos había un niño de unos seis años de edad, cuyo cabello había sido muy bien recortado para la ocasión, se parecía mucho a su madre. Además de los padres, había otros seis hombres y cinco mujeres más.

El Rey avanzó por el salón, arrastrando la capa blanca, a su paso recibía varias reverencias con un increíble respeto por parte de los Afiam y de cuatro guardias que también estaban en la sala, y por supuesto, la de Enot. Avanzó y subió los tres escalones negros que elevaban al trono del suelo. No se sentó, sino que miró a todos los presentes y a continuación hizo un breve y pequeño saludo, luego, continuando con el protocolo, el viejo Enot dijo el siguiente anuncio:

¡La familia real! Al instante la puerta blanca de la derecha se abrió completamente, por esta entró primeramente la Reina: llevaba un hermoso vestido blanco con líneas plateadas que parecían descender de su cabello y bajar en delicadas curvas hasta sus pies. Sobre su hermoso cabello llevaba su corona, de la cual pendían unas delgadas cadenas de plata. Detrás de Nubelia ingresó en la sala el príncipe Aleyu, este llevaba un chaleco de color café sobre una camisa blanca de mangas cortas, además, exhibía unos pantalones también de color café. El único adorno o joya que portaba era un pequeño arete en la oreja derecha con forma de hoja y de color dorado.

Mientras los primeros dos integrantes de la familia real entraban en el salón, los Afiam les hacían más reverencias, un poco menores de las que le habían hecho a Deinor.

Poco después de Aleyu le tocó el turno a la princesa, era una hermosa Joven que parecía rondar los diecisiete años, y que inundó de luz el salón real al momento en que entró en este: su piel era igual a la de su madre, sus ojos eran verdes como los de esta, y su cabello tan largo, lacio y rubio como el de la Reina, además de un rostro perfecto y bien perfilado con cejas solo un poco más gruesas que las de Nubelia. Tenía además un lunar muy parecido al de Aleyu, y casi en el mismo lugar. Su rostro también estaba adornado con una sonrisa angelical. Aparte de esto, mostraba una delgada tiara sobre el cabello, acompañada de dos pendientes de oro. Su vestido era de seda color amarillo con encajes de plata; era posiblemente el ser más hermoso en todo el reino de

Daguelna.

Finalmente, apareció el último integrante de la familia del Rey: un muchacho joven que no parecía ser ni mayor ni menor que Aleyu, pero seguramente era solo un año menor que su hermano, aunque se notaba que debía de ser unos cuatro años mayor que su hermana. Tenía el cabello más largo que el de Aleyu, e igualmente de color negro. Sus cejas eran bastante más pobladas que las de su hermano mayor, y su nariz, un tanto más larga, se asemejaba más a la de su padre. Llevaba ropa mucho más elegante que la de Aleyu y varios anillos y collares, además de un pendiente en cada oreja.

¡Los Menelas!, ¡La familia real! exclamó Enot con fuerza: ¡Su majestad, El Rey Deinor, la Reina Nubelia, El príncipe Aleyu, La princesa Dalia y El príncipe Lenumat! Los Afiam volvieron a hacer reverencias.

Deinor y sus familiares se sentaron en sus respectivos tronos; Nubelia al lado de su esposo, luego la hermosa Dalia, a su lado Aleyu y por último Lenumat.

A continuación los padres del niño Afiam acercaron a este último hasta colocarlo a medio metro de los escalones del trono, luego se retiraron, dejándolo un tanto confundido y con expresión asustadiza.

Yo no debería estar aquí le comentó Aleyu a Lenumat bajando la voz para que nadie más lo escuchara, y con tono un tanto disgustado.

Lo lamento por ti respondió Lenumat, pero sabes muy bien que las responsabilidades como príncipe son primero que nada —En ese momento el Rey comenzó su discurso.

¡Mis queridos súbditos pertenecientes a la muy respetada familia Afiam...! —dijo Deinor poniéndose en pie y con los brazos ligeramente abiertos... en todo el reino ya se extiende la noticia de que el más joven de ustedes logró anoche completar su Noltal; encontrando el también joven árbol al cual está ligado, y poniendo así fin a las fiestas que se han celebrado durante los últimos seis días...

¡No, en serio!, preferiría estar en cualquier otro sitio insistió Aleyu, que volvía a cuchichear con Lenumat mientras su padre continuaba hablando elocuentemente.

Déjame adivinar, ¿con quién te gustaría estar en este momento? Lenumat tomó un tono bromista y fingió pensar para encontrar la respuesta, aunque era evidente que la conocía muy bien ¿Sería con Leink, el cocinero?, ¿o quizás con Izor, el pescador?, ¿o tal vez con...?

Tú sabes perfectamente con quien me gustaría estar lo interrumpió Aleyu, aunque admito que lo del cocinero no es mala idea; no entiendo por qué, para que Papa dé la bendición real, todos debemos de estar aquí en ayunas Mientras ambos príncipes discutían en voz baja, el Rey continuaba hablando, pero ya algunas personas se habían dado cuenta de que ellos dos no estaban prestando la debida atención.

¡Silencio, los dos! les ordenó la Reina también en voz baja pero con tono fuerte ¿Qué acaso no han notado que ustedes ya están recibiendo más miradas que su padre, y que no son miradas de aprobación?

Aleyu y Lenumat guardaron silencio de inmediato, pues conocían el carácter de su madre. Así los Afiam pudieron prestarle toda su atención al Rey, el cual no se había percatado de lo que pasaba

Todo el reino, y por supuesto yo, su Rey, deseamos que el pequeño Neiko se convierta en un excelente hombre, al igual que todos los miembros de su familia... Deinor hablaba con una gran alegría y una enorme sonrisa.

Oye, Aleyu, ¿qué ropa es esa para estar en un acto como este?, y tú, Lenumat, tampoco té vez muy bien les recriminó su joven hermana luego de un rato.

¡Mira quien lo dice! contraatacó Aleyu en un rumor, esa no es tampoco tu mejor ropa.

Quizás, pero estoy mucho más presentable que ustedes, en especial tú, Aleyu dijo Dalia, quien no por ser hermosa era necesariamente un verdadero ángel.

Pues yo traería mi mejor vestimenta, sino fuera porque Aleyu la tomó y escondió para ponérsela en su cita de hoy por la tarde aclaró Lenumat.

Sí, pero yo lo hice porque tú, Lenumat, estropeaste mi mejor traje se defendió Aleyu.

¿Qué dices? saltó Lenumat.

Eso fue lo que me dijo Dalia.

Ahora eran los tres los que discutían, y no se daban cuenta de que, sin querer, habían ido subiendo el volumen de sus voces, mientras su padre aún hablaba.

Pues te mintió continuó Lenumat, fue ella la que arrojó la mayoría de tu ropa al río.

¡Dalia me mentiste! exclamó Aleyu, acusando a su hermana, mientras elevaba aún más la voz.

Bueno, eso fue solo un desafortunado accidente le respondió ella con una calma casi insultante.

Pues esto no se quedara así, me vengaré la amenazó Aleyu.

¿Y qué harás?, ¿te pondrás uno de mis vestidos para ir a tu cita?

¡Les dije que se callaran! volvió a reprenderlos Nubelia.

Pero madre, ¿no escuchaste todo?, mi ropa, ¡ella la arruinó!

¡Después hablaremos de eso, ahora deben...!

En ese momento se escuchó a Deinor aclararse la voz; Nubelia y sus hijos notaron que este los miraba impaciente, al igual que todos los demás presentes. El sonido de una brisa que entraba por la ventana fue todo lo que se escuchó por algunos segundos, luego el Rey de nuevo se volteó hacia el frente y continuó con las partes finales de su discurso.

Mientras él seguía hablando, los tres hermanos se miraron unos instantes y luego se sonrieron. Aunque incomodo, el episodio había servido para pasar el tiempo, además de que los tres eran muy unidos y, por más que a Aleyu le doliera haber perdido su mejor vestimenta, eso no cambiaría.

... de esta manera declaro al pequeño Neiko, oficialmente, un hombre de Daguelna de alto nivel y al cual yo le concedo mi bendición concluyó Deinor, a continuación Enot se aproximó portando una charola de plata sobre la cual se podía ver una delgada muñequera de piel de color rojo, y junto a esta una jarra que rebosaba de un liquido color verde. Deinor tomó la banda y se inclinó sobre Neiko, sujetó el brazo derecho del asustado niño y allí se la colocó, amarrándosela suavemente, pasándola varias veces alrededor de la pequeña muñeca y haciendo un nudo al final. Esta simple pulsera de piel representa tu vínculo con el árbol que encontraste anoche. Desde el momento en que tu madre te dio a luz estas atado a ese árbol, pero no pienses que esa atadura es una maldición, sino que es un regalo, es el don de poder sentir todo lo que le ocurre a cada rama, hoja y fruto de tu árbol, y a través de él, sentir lo que pasa con cada rama, hoja y fruto del bosque. Algún día podrás llegar a sentir incluso la más leve brisa que sacuda las hojas de todo Golbares Luego Deinor tomó la jarra con el líquido verde y vertió varias gotas del mismo sobre la pulsera de piel en la muñeca del pequeño Neiko, y finalmente le dio a este de beber de la sustancia. Neiko la bebió y arrugó la cara, por un momento dio la impresión de que escupiría la infusión, pero al final logró tragarla. Deinor se irguió y, sin dejar de ver al niño y sin que los presentes dejaran de verlos a ambos, dijo: Ahora el espíritu de Golbares reside en ti.

Luego de las palabras de Deinor, los Afiam estallaron en júbilo, se abrazaron entre ellos y, luego de hacer respetuosas caravanas al Rey, el padre, un tío y otros dos hombres, tomaron al pequeño y lo alzaron y abrazaron.

A la señal de su madre, Aleyu, Lenumat y Dalia se pusieron en pie y comenzaron a aplaudir, no enérgicos, sino lenta y suavemente para felicitar a la familia Afiam, y a su más pequeño integrante.

De esa manera concluyó la ceremonia. Los Afiam desfilaron hacia la salida danzando y cantando, mientras que Neiko sonreía al fin, pues se sentía ahora más seguro y feliz en los hombros de su padre.

Cuando todos los Afiam se hubieron marchado del salón real, fue Aleyu el que se sintió más aliviado, junto con sus hermanos se dirigió hacia la puerta blanca.

Ahora hermana, discutamos la manera en que deberás pagarme mi ropa le dijo a Dalia a la vez que le pasaba un brazo sobre los hombros.

Ella podría darte un par de sus zapatos Intervino Lenumat en son de broma.

Muy gracioso, hermano dijo sarcásticamente Aleyu.

Podrían servirle a quien ya tú sabes insinuó Lenumat.

Quizás, pero tendrían que ser tus mejores zapatos, Dalia —respondió Aleyu ahora interesado. Además, he notado que tú y Ciorima tienen similares gustos para vestir.

¿Mis mejores zapatos? protestó Dalia Lo de tu ropa fue un accidente, Aleyu, y no vayas a pensar que te daré esos zapatos, fueron un regalo de mama, pero si quieres puedo darte otra cosa..., no sé, quizás algo que yo no aprecie tanto, un regalo tuyo, por ejemplo.

Eres una mal agradecida le dijo Aleyu a su hermana justo cuando pasaban debajo del umbral de la hermosa puerta blanca. Pero si mis regalos no te gustan mucho, puedes estar tranquila, ya que pasaran muchas celebraciones y fechas importantes sin que yo te dé algo, así es como pienso cobrarme lo de mi ropa.

Eres un tacaño, Aleyu volvió a intervenir Lenumat, lo dices como si fueras tú quien te compraras tu ropa o como si trabajaras para ello. Todos sabemos que dentro de las paredes de este castillo los únicos que trabajan son los sirvientes, y nuestro padre.

¡Oigan ustedes tres, dejen de discutir! les ordenó desde detrás su padre.

¿No les bastó con lo que hicieron en el salón real justo cuando su padre daba su discurso? les recriminó Nubelia.

Bueno, no es para tanto expresó Deinor, quien se veía más sereno que su esposa —, recuerda que aun son jóvenes.

Pues ya no tanto insistió Nubelia, quien parecía estar dispuesta a seguir regañando a sus hijos por mucho rato. En especial ustedes, Aleyu y Lenumat, su hermana es aún menor, aunque pensándolo bien...

Luego de esto los tres príncipes decidieron continuar caminando en silencio, pues sabían que les convenía más quedarse callados que enfrentar una discusión con su madre. Continuaron avanzando por un pasillo ancho y corto, pasando al lado de la entrada a otro pasadizo que conducía a la parte trasera del castillo, y a los dormitorios. Caminaron en línea recta hasta llegar a unos cuantos escalones bajo los cuales había otro pasillo aun más corto que el anterior y que conducía a una salida sin puerta cuyo marco era de roca negra pulida y brillante. Más allá del umbral se alcanzaba a ver la claridad del día que caía sobre un corredor muy largo. Al lado izquierdo se podía ver a la brisa de la mañana materializarse mientras agitaba el verdor del césped, los troncos de los árboles localizados un poco más allá, y las hojas que pendían de las ramas de estos.

La familia atravesó el umbral y llegó al largo corredor, de un color gris brillante flanqueado a la izquierda por altos pilares esculpidos. Los príncipes avanzaban en silencio para no provocar más a su madre, aun así, podían escuchar detrás de ellos como esta discutía con Deinor y le sugería a este algunos posibles castigos, a lo cual Deinor respondía: “Sí es posible” o “Ya veremos”. Aleyu estaba seguro de que su padre jamás usaría los escarmientos que proponía su madre, como el privarlo de su cita de ese día con su novia, pero sabía que siempre recibirían un castigo, pero los de su padre solían ser aburridos; como ayudarlo por horas con cientos de documentos, sin embargo prefería eso a recibir un escarmiento de su madre, la cual, a pesar de que los quería mucho, era muy estricta con ellos.

Cuando habían recorrido casi la mitad del corredor, Aleyu miró hacía el jardín y echó la mirada a la entrada principal del castillo: era una gran puerta dividida en dos echa de metal y corteza de árbol y pintada de color blanco. Estaba localizada en medio de la gran muralla de roca que delimitaba los terrenos del castillo, más allá de los cuales estaba localizada la principal ciudad del reino.

Partiendo desde la gran puerta, y flanqueado a ambos lados por un hermoso jardín, se extendía un camino recubierto de rocas planas cuyo color era amarillo, a mitad de su recorrido este se dividía en dos para rodear una gran y hermosa fuente cuya figura principal era un gran árbol: en este el agua salía por la parte superior y lo bañaba de manera similar a como la lluvia moja los árboles del bosque. La otra figura era más pequeña: un anciano de semblante orgulloso pero gentil, su ropa tallada era muy fina y hermosa pese al color gris de la roca, luciendo un largo manto y una capa ondeante. Su cabeza exhibía una corona idéntica a la de Deinor, con algunas ramas y hojas más que se proyectaban hacia el cielo, pero que desencajaban un poco con respecto a las demás; se trataba de Norav, el bisabuelo de Aleyu, y constructor de la fuente con sus propias manos.

Tras dejar atrás la fuente, el camino terminaba frente a la puerta de la gran torre localizada en el frente del castillo y en cuya cima se encontraba la habitación real. Era por esa puerta que quien quisiera ver al Rey a solas en su habitación debía de subir todos los escalones hasta la cima. El camino tenía dos ramificaciones más, una de estas se extendía desde la fuente hasta el comienzo del corredor occidental, que era en el cual se encontraban, y la otra se dirigía hacia el corredor oriental, localizado al otro lado del castillo.

Aleyu alzó un poco la mirada por sobre la muralla del castillo, al principio solo pudo ver aquello que los daguelnenses amaban tanto: millones de hojas que relucían con el sol de la mañana, eran las copas de los árboles que componían el extenso bosque de Golbares. Solo la gran distancia podía hacer oscurecer aquel hermoso brillo. Pero aun más allá, como extraños e inmóviles animales que se aferraban a las copas, se alzaban las lejanas montañas azules, siempre cubiertas de nubes: una gran cordillera que se extendía a lo largo sin que la mirada pudiese localizar su origen en el norte o su final en el sur, cerca de las cuales muy pocos hombres de Daguelna habían llegado, y más allá de las cuales ninguno había ido.

Hey soñador, ¿qué tanto miras? escuchó Aleyu que le decía la voz de su hermano Lenumat, la cual lo había devuelto a la realidad luego de quedarse por un instante mirando aquellos picos lejanos que él nunca había visto de cerca, e intentaba imaginarse qué podría haber más allá de la barrera que lo separaba del mundo.

Por si no te has dado cuenta, ya llegamos agregó Dalia para acabar de devolverlo al mundo cercano. Aleyu se volteó y comprobó que lo dicho por su

hermana era verdad; se encontraban en medio del corredor, y frente a ellos se alzaba una formidable puerta doble de color marrón, tenía dos picaportes plateados con forma de ramas con tres hojas y un pequeño fruto, habían llegado al comedor del castillo.

Enot, quien los había acompañado, se acercó a la puerta, no tocó los brillantes picaportes, sino que dio dos golpes, ambos toques fueron muy débiles, tanto que Aleyu, al igual que todos los días, dudó que alguien en el interior los hubiese escuchado, pero tal y como sucedía todos los días, las puertas no tardaron en abrirse de par en par. De detrás de cada puerta aparecieron dos sirvientes, los cuales, luego de unas reverencias, los invitaron a entrar.

La puerta doble recién abierta no era la única entrada que tenían los rayos del sol, ya que la mayor parte de la claridad que inundaba el enorme salón que ahora se extendía ante ellos entraba al mismo a través de una única ventana muy alta con forma de rectángulo localizada en la pared del fondo, justo frente a la entrada. Un techo muy alto exhibía los dibujos de cientos de hojas y ramas, principalmente verdes, pero también las había de muchos otros colores. De los más variados tamaños, estos dibujos se veían tan reales que la vista solía engañar de vez en cuando al observador, ya que parecían ser capaces de desprenderse en cualquier momento de las ramas como cualquier hoja del bosque y caer suavemente hasta el suelo. Abajo lo que el sol iluminaba era un salón muy amplio de paredes blancas con decenas de figuras talladas, el piso blanco parecía ser algún tipo de cristal bruñido por su gran brillantez. Desde el piso se erguían ocho enormes pilares que subían hasta tocar el techo, estos estaban colocados en dos grupos; cuatro a cada lado del centro del piso, formando el camino hacia el interior del comedor. Las gruesas columnas también estaban esculpidas con muchas figuras, entre las cuales resaltaban árboles, hojas y frutos, aunque también había imágenes de personas realizando diversas tareas; desde pescando en un río, hasta la del Rey sentado en su trono.

Pegada a la pared del fondo, en la cual se hallaba la gran ventana varios metros más arriba, se encontraba una gran mesa ovalada echa de roca pulida y pintada de un color semejante al de los troncos y ramas de los árboles. Cinco sillas rodeaban la mesa, una de ellas, con un respaldar más alto y acojinado, se encontraba en el extremo opuesto de la mesa, luego de esta estaban las demás sillas, colocadas de a par a cada lado del asiento del Rey.

Deinor, su esposa y sus hijos, ingresaron en el salón y se dirigieron hacia la mesa. Deinor se sentó en la silla del respaldar más alto, Nubelia y Dalia se sentaron en las sillas localizadas a su derecha, mientras que Aleyu y Lenumat a la izquierda.

Los dos hombres que habían abierto las puertas desaparecieron junto con Enot a través de una puerta negra localizada en la pared de la derecha, luego de unos segundos regresaron en compañía del viejo y de seis personas más, tres hombres y tres mujeres. Todos cargaban grandes charolas plateadas cargadas de los más diversos alimentos; carnes, frutas, hortalizas y jugos. Los alimentos se sirvieron comenzando por Deinor. Cuando todos tuvieron delante de sí un plato colmado de comida y un vaso de cerámica lleno con jugo, además de unos cuantos utensilios colocados en otro plato más pequeño, comenzó el desayuno de la familia.

Pocos minutos luego de comenzar a comer, Deinor advirtió que sus tres hijos estaban muy callados, cosa que no era muy común, notó que la razón eran las constantes miradas que les lanzaba la Reina, la cual parecía estar esperando a que ellos hicieran algo indebido para usarlo de excusa para un regaño.

Espero que ustedes tres estén listos para el día que nos espera hoy dijo Deinor para romper el hielo y tratar de calmar a su esposa, a lo cual Lenumat fue el primero en responder luego de tomar un sorbo de jugo:

Por supuesto, creo que será un día solo un poco más duro de lo común.

Sí ¿cómo no estarlo si mama nos lo ha estado repitiendo por casi una semana? agregó Dalia, lo cual no ayudó a que su madre se calmara.

De ser así entonces supongo que eres capaz de nombrar cada una de las tareas que nos corresponde hacer como familia el día de hoy, señorita gruñó Nubelia.

Lo pregunté especialmente por ti se apresuró a decir Deinor, interrumpiendo a su esposa y tomando por sorpresa a Aleyu, quien en ese momento estaba mordiendo un trozo de carne de conejo, y lo dije por tu vestimenta, sabes muy bien que hoy tenemos que posar para que el señor Soner haga un retrato de la familia, y no creo que lo que traes puesto sea lo más indicado.

Lo que sucede es que no tiene más ropaintervino Dalia antes de que Aleyu pudiese tomar un sorbo de su jugo para poder hablar, no desde que mama lo castigó con no recibir más ropa nueva por seis meses como castigo

por nadar en el río Exter y arriesgar su vida y la de sus amigos a ser devorados por los darados concluyó la princesa como si disfrutara el hacer sufrir a su hermano mayor con el recuerdo de aquel correctivo.

Bueno, entonces pídele un traje a tu hermano sugirió Deinor.

Ya lo hizo indicó Lenumat de mala gana, solo que no planea usarlo para cuando nos retraten, sino en su cita con Ciorima.

Entonces deberías posponer esa cita y dejarla para mañana propuso Nubelia aun con mal humor.

¿Posponerla? se sobresaltó Aleyu, ya la he postergado dos veces, no puedo hacerlo de nuevo, además, ya tengo todo mintió, he hizo una pausa para pensar rápidamente y vio como los rostros de sus padres y de Lenumat y Dalia se volvían hacia él con interés y curiosidad. Miren, ¿recuerdan que mi cita era hasta en la tarde?, dijo luego de tomar la primera idea que se le había ocurrido, pues simplemente la cambiaré para la mañana, de esta manera llevaré el traje de Lenumat en mi cita y al volver lo usaré para posar en ese dibujo, o retrato, y por supuesto para realizar las otras tareas de hoy.

¿Así que un buen plan? comentó Deinor con aire de desconfianza y a continuación le hizo un gesto a Enot para que se acercara, este se apresuró a responder, mientras los demás se preguntaban qué era lo que sucedía. Al llegar Enot, Deinor le habló al oído unos instantes, luego el viejo se apresuró hacia la salida del salón, dobló a la derecha y desapareció por el pasillo.

¿Qué ha sido eso? se extrañó Nubelia, ¿qué le susurraste a Enot al oído?

Solamente le he pedido el favor de que envíe a un mensajero a la casa de Ciorima para que le informe a esta el improvisado y repentino cambio que Aleyu acaba de hacer a sus planes, ya que estoy seguro de que acabas de hacerlo, Aleyu.

Tanto Lenumat como Ciorima no pudieron esconder sus risas, mientras que Aleyu no pudo negarlo. Su madre se mantuvo en silencio, pues ella también había adivinado que su hijo no había planeado con anterioridad aquel plan, e incluso insinuó también una sonrisa.

Entonces, Aleyu, si planeas pasear con Ciorima apenas terminemos de desayunar, ¿en qué momento planeabas cambiarte y ponerte mi traje? le preguntó Lenumat aprovechando aun más el hecho de que de seguro su hermano aun no había pensado en eso.

Pues... vaciló Aleyu un instante mientras los demás de nuevo lo

miraban con interés para saber que haría ahora ¡Pues fácil!; iré a cambiarme luego del desayuno las miradas de su familia no dejaron de acosarlo, supo que aquello no era suficiente ¿Iré en cuanto termine este corte de carne? dijo como para ver si aquello sí los complacería, mientras sostenía en una mano un tenedor y en la otra apoyaba el cuchillo sobre la carne. Pero sus padres, su hermano y hermana, aun lo observaban, como diciéndole que aun debía mejorar su respuesta y que la mañana ya avanzaba y el tiempo corría en su contra ¡Iré ahora mismo! expresó al fin, y pareció que esta vez sí fue suficiente para sus familiares, los cuales volvieron a reír entre dientes, mientras que Deinor asintió con aprobación.

De forma rápida Aleyu se puso de pie y, tras darle una última mirada a su corte de carne que había quedado casi intacto en el plato, se dio la vuelta y fue hacia la salida y, al cruzar el umbral, le pareció escuchar como Dalia volvía a reír, esta vez en tono mucho más alto.

Al doblar a la derecha apresuró el paso. Mientras recorría el pasillo no pudo evitar volver a mirar los muros del castillo, las copas del bosque y especialmente las lejanas montañas y el horizonte que estas ocultaban. Hizo esto hasta que llegó al umbral cuyo marco era de roca negra, entró por este y pronto dejó atrás el corto pasillo hasta llegar a los escalones, los cuales lo llevaron al pasillo de más arriba, allí llegó a la amplia entrada que había en la pared y entró por esta. Allí se vio en el interior de un alto túnel que, a pesar de que no tenía rocas blancas que lo alumbrasen, estaba lleno de claridad, pues era corto y la luz que aquel hermoso día se filtraba en grandes cantidades desde el otro lado. Cuando salió del túnel se vio de nuevo fuera del castillo, frente a un jardín más pequeño que el principal localizado en frente del palacio, pero no menos hermoso: aunque carecía de una fuente y de un camino que lo que lo recorriese, este jardín también estaba cubierto por multitud de flores de varios colores, tenía un césped muy bien cuidado y cortado, y algunos árboles de baja estatura que proyectaban agradables sombras sobre la hierba, las flores y los corredores. La forma del patio era circular, esto se debía a los dos pasillos blancos que lo rodeaban; uno comenzaba exactamente en donde estaba Aleyu, y el otro en la salida de un segundo túnel al otro lado del castillo, estos pasillos se extendían en forma circular hasta unirse en el extremo opuesto. Los techos de estos pasajes eran planos y estaban decorados por muchas flores y enredaderas sembradas en macetas echas de arcilla, estos tejados estaban sostenidos por varios pilares, los cuales algunos eran negros y

otros blancos, que se alternaban entre sí. Por sobre aquellos techos se podían ver cinco torres, dos a la derecha, dos a la izquierda y una última al fondo, pegada a la pared misma de la montaña, no eran demasiado altas pero sí muy hermosas en su diseño: hechas de ladrillos grandes y pintadas de un color café oscuro, eran cilíndricas y tenían varias ventanas, paredes lisas y bien acabadas, y sus techos eran semejantes a cúpulas puntiagudas que parecían besar al sol.

Sin más tardanza, Aleyu comenzó a caminar por el pasillo circular, el piso de este estaba hecho de losetas de un color blanco grisáceo con líneas largas y cortas, gruesas y delgadas, de un verde esmeralda. A la mitad del camino pasó al lado de una puerta cerrada que tenía una ventana a cada lado, ambas también cerradas; esta era la entrada al dormitorio de su hermano Lenumat. Por otro lado, en el otro extremo estaba la entrada a la habitación de Dalia, cuya puerta había sido dejada abierta despreocupadamente. Avanzó aun más y pasó al lado de la entrada de otra de las torres, la cual, al igual que la segunda del otro lado, estaba deshabitada, pues las cinco torres habían sido construidas años atrás para los cinco hijos de uno de los Reyes antiguos, pero desde hacía mucho tiempo que ningún Rey tenía tantos hijos, un ejemplo de esto era el mismo Deinor, el cual había sido hijo único, pero había sido también este quien al tener tres hijos se había convertido en el Rey con más herederos desde hacía más de doscientos años.

Posteriormente de pasar al lado de una puerta más que no conducía a ninguna torre sino a un pequeño cuarto que era el dormitorio por insistencia de Enot, pues Deinor le había ofrecido una de las torres vacías, pero el anciano la había rechazado al decir que no era correcto, Aleyu al fin llegó a la puerta de la torre del fondo, un par de metros más alta que las anteriores y con dos ventanas más; había llegado a su dormitorio.

Antes de abrir la puerta, Aleyu se volteó para observar por un instante el castillo y la enorme torre principal, donde se encontraba el dormitorio de sus padres, y en el cielo como el sol ascendía cada vez más. Entonces abrió rápidamente la puerta, entró y la cerró detrás de sí. Ahora estaba en un claro pasillo con dos ventanas que alumbraban unos escalones que ascendían de manera circular, como si se tratase de la representación en menor escala de la torre principal, ya que, al igual que en esta, las escaleras también conducían al dormitorio localizado más arriba.

Aleyu no perdió tiempo y en cuestión de segundos subió los peldaños,

primero llegó a un pasillo corto también iluminado por el día mediante una sola ventana, además de dos rocas blancas, una en la pared y la otra en el techo. Al final estaba otra puerta más, pero Aleyu no entró por esta, ya que esa era la entrada al cuarto de aseo, en su lugar continuó ascendiendo los escalones, que lo llevaron a otro pasillo más que tenía dos ventanas pequeñas y tres rocas blancas, y en el cual también había una puerta al final del mismo, esta vez Aleyu sí abrió aquella puerta, entró y cerró rápidamente.

La amplia recámara no lucía exactamente como se podría esperar de la de un príncipe: a pesar de su belleza, el dormitorio estaba algo desordenado, con algunas prendas y libros regados por el suelo. La habitación era hermosa en sus acabados y en su piso negro con blanco y sus paredes blancas, y el techo negro sostenía otra roca blanca, cuya luz era casi imperceptible gracias a la claridad del día. Una amplia ventana sin balcón miraba hacia el norte. La cama en el centro tenía sus almohadas y sus sábanas desacomodadas, y la cobija también estaba en el suelo. Había una pequeña mesa de piedra cerca de la cama, y sobre esta estaban dos libros de color café y un vaso con agua. Uno de los libros estaba abierto y el viento se encargaba de pasar una a una las páginas, mientras que el otro, cerrado, amenazaba con caer pronto al piso. Dos sillas de metal miraban en direcciones opuestas, pero solamente una estaba cercana a la mesa, la otra se encontraba cerca de un guardarropa que tenía ambas puertas abiertas. En el interior de aquel armario había a lo sumo tres trajes y unos pocos zapatos. A pesar de la cama amplia y de la mesa con sus sillas, y el espacioso armario, la habitación se veía bastante grande, pues aun sobraba un amplio espacio entre la puerta y los muebles, allí había una alfombra verde, apenas visible entre las prendas, libros y demás objetos caídos.

¿Y ahora por donde comienzo? se dijo Aleyu al ver aquel desorden y no recordar en qué lugar estaba el traje que le había quitado a su hermano ¡Ho claro! expresó cuando al fin lo recordó; fue hasta la cama y rebuscó un momento entre las sábanas enrolladas hasta que logró extraer de estas una hermosa vestimenta de apariencia más nueva y mejor cuidada que la que él tenía puesta en ese momento: era un atuendo de color azul con botones dorados y mangas largas de color blanco. Los pantalones eran también azules con un par de insignias plateadas, y por último tenía una capa larga de un azul oscuro, y aunque a Aleyu no le gustaban mucho las capas, sabía que debía usarla como parte del traje. Se vistió con este, se peinó muy bien el cabello hasta que le

sobrepasó algunos centímetros de los hombros y le cubrió el lunar de la cara. Luego fue hacia otro mueble que estaba cerca de la cama, del lado de la ventana, y de allí tomó varios anillos de oro y plata y se los colocó en los dedos. Tomó también del mueble un par de brazaletes, ambos plateados, y se puso uno en cada brazo. Listo ahora, lo último que hizo fue inclinarse sobre el desorden que había sobre el piso y buscar en este durante un instante, luego de encontrar lo que buscaba: una pequeña bolsita negra de piel cuyo contenido eran varias monedas, fue a la puerta, la abrió y salió, de nuevo rumbo al comedor.

Pero cuando Aleyu llegó de nuevo al salón, se encontró con una desagradable sorpresa; su familia ya había acabado de desayunar y en ese instante procedían a levantarse de sus sillas, mientras que Enot, que ya había vuelto y, con la ayuda de varios otros sirvientes, estaba ya recogiendo los platos y los vasos junto con los cubiertos y las bandejas. A pesar de esto, Aleyu se acercó a ellos.

¡Aleyu!, te dije que sí era posible que te vieras más presentable exclamó Dalia, que fue la primera que lo vio.

A pesar de que la única forma de lograrlo sea vistiéndote con mi ropa comentó Lenumat burlescamente.

Que pena que hayas vuelto tan tarde le dijo Deinor, pues tuvimos que terminar el desayuno sin ti.

Aleyu lamentó mucho esto, pues a la hora de irse no había terminado su plato, el cual ya había sido recogido de la mesa, y él aun se sentía hambriento.

Sí el príncipe lo desea, se le puede volver a servir sugirió Enot.

¡No! ¡No!, eso no es necesario, gracias Enot, ya tengo que irme, se me hace tarde para mi cita con Ciorima contestó Aleyu, ya comeré algo en el bosque, no se preocupen.

Yo creo que lo único por lo que deberíamos preocuparnos es porque regreses a tiempo exclamó Nubelia.

—Pues no, tampoco debes preocuparte por eso, madre, volveré justo a la hora prometió.

—Yo no lo sé intervino de pronto Dalia con aire malicioso, no creo que ese “amor tan grande”, pueda ser desahogado en tan solo las pocas horas de la mañana.

Aleyu no agradeció la poca colaboración que le prestaba su hermana, y más bien le hizo una cara de pocos amigos.

Dalia tiene razón aprovechó Nubelia.

No te preocupes, madre insistió Aleyu, no llegaré tarde a nuestros compromisos.

Más te vale agregó Deinor, no querrás luego tener que suspender más de tus citas ¿cierto? ¡Ha! por cierto, Ciorima te manda a decir que por favor la próxima vez le avises con más tiempo cuando vayas a cambiar los planes, pero que pese a esto, ya esta lista y esperándote.

Todo estuvo muy sabroso, Enot le comentó Nubelia al viejo para felicitarlo ¿Cuándo aceptarás sentarte con nosotros en la mesa?

Eso no sería muy correcto, Majestad le respondió el viejo mientras recogía una de las últimas charolas plateadas.

¿Dejaras de ser tan apegado a esas reglas algún día, Enot? le preguntó Dalia con dulzura.

Fui educado para que esas reglas fueran la base de mi vida respondió el viejo.

Entonces mi abuelo te educó como a un esclavo comentó Lenumat.

El Rey y su familia se dirigieron a la salida, la cual había permanecido abierta, y salieron al corredor, donde no tardaron en ser alcanzados por Enot y dos guardias más. De allí se encaminaron de nuevo por el mismo lugar por donde habían llegado. El día parecía estar un poco oscuro ahora debido a una gran nube que oscurecía el sol, pero esta no tardó en pasar y pronto la mañana volvió a ser ideal para los planes de Aleyu.

Cuando los cinco llegaron a la entrada del marco negro, Aleyu dijo:

Bueno es aquí donde yo me separó de ustedes por un rato, prometo volver pronto.

Más te vale advirtió Deinor sin dejar de caminar y sin siquiera voltearse, o de lo contrario te estará esperando una gran montaña de pergaminos, ese será mi castigo, pero si no regresas a tiempo, esta vez también te aplicaré un escarmiento de tu madre.

Con la amenaza de su padre y una última mirada intimidatoria por parte de su madre, Aleyu se separó de sus familiares, dobló a la izquierda, bajó tres escalones que lo llevaron hasta el jardín, y allí comenzó a caminar por el pasto sin preocuparse de que lo más correcto hubiera sido caminar sobre el camino amarillo para no maltratar el césped; pensó que nunca nadie pisaba aquel verdor, y por consiguiente unas pocas pisadas de vez en cuando no le harían daño. A él le gustaba sentir aquella suavidad en sus pies, y necesitaba

sentirla aunque fuera solo en raras ocasiones, además, creía que también el pasto necesitaba que a veces alguien caminara sobre él, ¿sino para qué se encontraba aquel hermoso prado allí, adornado con cientos de flores?, ¿acaso para ser visto pero nunca tocado?

De verdad que ese día Aleyu se encontraba bastante sentimental, incluso para ponerse a pensar en la belleza del jardín, lugar que siempre había lucido idéntico desde que él lo recordaba. Pero ese romanticismo estaba bien justificado, al fin había logrado desprenderse por un rato de la monotonía agobiante de su hogar en el castillo, y todo debía agradecerse a Ciorima, su novia, con quien planeaba pasar cada segundo de ese inusual tiempo libre.

Casi sin darse cuenta, atravesó el jardín, pasando junto a la fuente en el centro de este, pero sin prestarle mayor atención a las estatuas del árbol y de su antepasado emanando agua. A su paso los jardineros se le quedaban viendo, no tanto por el hecho de que fuera pisando el jardín, aunque esto no era muy común verlo, sino por el grado de concentración en sus pensamientos que se le veía en el rostro y en los ojos, y gracias a eso fue que Aleyu, cuando se percató, ya se encontraba frente a las enormes puertas que, cerradas, lo separaban del exterior del castillo. Estas eran, como todas las puertas del reino, de metal en su mayoría, cubiertas por corteza de árbol, pero para puertas tan colosales el metal era mucho más grueso y pesado, y la corteza más fuerte, pulida y pintada de blanco, con dos grandes cerrojos un tanto corroídos. Al ver las puertas cerradas se volteó hacia atrás en busca de los guardias; vio la altísima torre y en la cima la ventana con el hermoso balcón. Más abajo, y a ambos lados de la torre, estaban los dos niveles del castillo: el superior para los dormitorios de los sirvientes y el salón del trono, mientras que el inferior era en el cual se localizaba el gran comedor, además de otras salas de reuniones, habitaciones y bodegas. Cuando los ojos de Aleyu se posaron en la puerta de la gran torre, pudo ver como los guardias de esta ya se encaminaban hasta donde se encontraba él. Caminaban con paso rápido sobre el camino amarillo: su vestimenta no era muy especial, pues el uniforme de los guardias del castillo consistía principalmente en capas de color azul que apenas y les llegaban a la cintura, además de hombreras redondeadas de color negro, todo esto sobre la ropa particular que cada guardia quisiera llevar. En cuestión de segundos ambos hombres llegaron frente a Aleyu.

Muy buenos días tenga usted, príncipe lo saludaron ambos a la vez.

Buenos días les correspondió Aleyu, pensé que la puerta del castillo

permanece abierta todo el día, ¿por qué se encuentra cerrada aun?

Bueno, la verdad es que la puerta siempre se abre un poco más tarde, ¿no lo sabía usted? dijo uno de los guardias.

¿En serio? se extrañó Aleyu, pero luego recordó que en las veces en que él lograba escabullirse fuera del castillo, siempre lo hacía cerca del medio día. Lo extrañó, y que lo abrumó mucho, fue el pensar que en todos sus años nunca hubiera sabido a qué hora se abrían las puertas principales de su hogar.

Con todo respeto, mi príncipe, creo que debería salir un poco más seguido comentó el otro sujeto con tono burlón.

Ya déjame en paz, Sargin le dijo Aleyu con una sonrisa al joven, el cual también reía junto con su compañero debido a la broma. Sargin era muy amigo de Aleyu, y entre ambos se tenían bastante confianza, por lo que este solía hacerle bromas con frecuencia. Ambos dejen de reír y ya abran de una buena vez Sargin y su compañero se aproximaron, halaron de los cerrojos y de una de las puertas, y esta se abrió con un leve chirrido. No queriendo ser más la víctima de las bromas de su amigo, Aleyu procedió a salir del castillo, escuchando como los dos guardias procedían a cerrar la puerta de nuevo, pues aun no era la hora de abrirla.

Amor y Rivalidad

Al fin se encontraba afuera del castillo, Aleyu observó lo que siempre había visto allí afuera desde que tenía memoria, al igual que como siempre había recordado el mismo aspecto del jardín: ante él se extendía un camino de rocas grises perfectamente colocadas una a la par de la otra, lo que hacía que este fuera un poco más uniforme y liso que el sendero amarillo del castillo, además de que era el doble de ancho y mucho más largo, pues se extendía hasta Asaliriam, la ciudad más importante del reino y la más cercana al castillo. A ambos lados del camino se alzaba la verde frondosidad del bosque: una hermosa vista de árboles de troncos gruesos y altísimas ramas sobre las cuales jugueteaban y cantaban las aves e infinidad de pequeños insectos con alillas brillantes que agitaban sin cesar.

Aquella ciudad era una gran concentración de casas y edificios poco altos, edificados en un enorme claro del bosque, además de los caminos empedrados y de las personas que iban de un lado a otro ya fuera en carretas, a pie o sobre alguna bestia de carga. Las casas estaban hechas en su mayoría por roca y ladrillo, mientras que las puertas de las mismas eran de corteza de árbol, pero esto no significaba que no fueran hermosas o grandes, al contrario, todas y cada una de las casas eran amplias, con salas espaciosas y varios cuartos. Pero el comedor era una de las estancias más importantes, pues allí se hallaba sembrado el árbol de la familia, ninguno de los miembros de esta estaba ligado a este, sino que era un símbolo de que todos se unían en un solo ser, así como todas las cosas se unen para formar otras más grandes y grandiosas. Este árbol además tenía la función de guarecer el hogar del viento y la lluvia, pues pertenecía a una especie de árboles que tenían ramas altas, tupidas y gruesas, y cuyas hojas eran anchas y alargadas y se extendían desde el tronco hacia los lados. Estas hojas estaban especializadas en hacer fluir el agua que recibían, logrando escurrir hasta las gotas más grandes y pesadas del más fuerte de los aguaceros del bosque.

Debido al hecho de que cada hogar contaba con un gran árbol que sobresalía desde el interior de la misma, la ciudad no se distinguía demasiado del bosque, sino que se integraba perfectamente con este, haciendo que en aquel claro la densidad del bosque apenas y descendiera un poco. Cada casa contaba además con al menos dos ventanas grandes y una pequeña, aunque algunas exhibían hasta tres ventanas grandes y dos pequeñas, y a menudo algunos hogares eran usados como pequeños mercados.

Los edificios sobresalían por su altura, aunque ninguno superaba los diez metros: eran de fabricación algo tosca y sin muchos detalles elegantes que los hicieran lucir mejor, esto se debía a que en materia de construcciones altas los daguelnenses apenas estaban comenzando a explorar técnicas y métodos para ello, esto para ahorrar espacio, pues la ciudad era próspera y la población iba incesantemente en aumento. Pero en aquel claro ya no había más espacio, y como el talar los árboles era algo impensable, debían de estudiar opciones que les permitieran progresar sin arruinar su estilo de vida y sus costumbres. Una de las medidas que se habían tomado era la construcción de otro poblado en un claro del bosque localizado a algunos kilómetros de allí, pero para ese momento apenas y se estaban comenzando a buscar lugares cercanos de donde extraer la roca necesaria para las construcciones, además de la arcilla para los ladrillos y el lugar para coser los mismos.

No obstante, existía un inconveniente más para la construcción de altas estructuras en aquella ciudad y que las hacía aun muy poco prácticas: esto era que, debido a la altura de estas edificaciones, no se conseguían árboles adecuados para protegerlas de las frecuentes lluvias del bosque y, aunque se les sembraban a un lado árboles más altos, estos no eran los ideales para funcionar como techos, por lo que con frecuencia se filtraba el agua. Pero ya los daguelnenses estaban ideando colocar techos semejantes a los del castillo, hechos de tejas de barro cocido o metálicas, pese a la corrosión que solía atacar a estas últimas. Sin embargo aun no querían recurrir a esto, pues el tener un árbol sembrado en las salas de sus hogares, además de servirles para guarecerse, demostraba la cercanía que tenían los habitantes de Daguena con el bosque.

Más allá del pueblo solo se podía ver una cosa; árboles (como si en el mismo pueblo no hubieran ya suficientes): era el gran bosque de Golbares, que rodeaba no solo al pueblo, sino también al castillo y cubría las colinas y los cerros, y se perdía más allá del alcance de la vista en cualquier dirección. Solo el azul de aquellas distantes montañas que se veían diminutas sobre el

horizonte por encima de los árboles, difería del verde casi universal de la panorámica.

Aleyu comenzó a caminar en dirección hacia el pueblo, en cuestión de unos minutos ya se encontraba a medio camino, de pronto se proyectó hacia la tierra la sombra de una gran nube que en ese momento comenzaba a ocultar al sol, pero fue entonces que Aleyu vio algo que hizo que en su interior se encendiera una luz aun mayor que la del medio día: a unos metros de él, recostada en la pared de la primera casa de la ciudad, se encontraba una muchacha mirando hacia el suelo, aparentemente en espera de alguien, y que parecía que aun no había notado su llegada. Era una hermosa joven de aparentes veintidós años: el cabello, negro y acolchado, era brillante y le sobrepasaba los hombros. Sus ojos, no visibles en ese momento pero fijados en los recuerdos de Aleyu, eran pequeños y de color negro oscuro. Su nariz era perfilada y algo pequeña, su piel era tan blanca como las nubes de verano, y su salud se reflejaba en el rosado de sus mejillas. Llevaba un vestido de color blanco perlado, lo cual comprobaba que Aleyu tenía razón al decir que aquella muchacha tenía gustos similares en el vestir a los de su hermana Dalia.

¿Qué hace una señorita tan hermosa y de tan buen vestir sola, sin ningún chico que la este cortejando? le preguntó Aleyu a la joven hermosa, la cual se asusto un poco y de inmediato elevó la cabeza, y al hacerlo y ver a Aleyu sus mejillas se sonrojaron aun más y su boca exhibió una divina sonrisa.

Creo que están algo intimidados, pues creen que si se me acercan mi enamorado usara sus influencias contra ellos respondió ella siguiéndole la corriente.

Me alegra que todos sean tan inteligentes comentó Aleyu también con una sonrisa, luego tomó la mano de la joven y con voz suave dijo: No soportaría verte con ningún otro, Ciorima luego de decirle esto, ambos se abrazaron con cariño y se besaron ¿Lista para pasar un gran día, juntos? le dijo luego.

¿Día? se extrañó Ciorima ¿en serio tienes todo el día libre? ¿Libre de las labores de un príncipe?, eso es extraño, ya que siempre hemos tenido muy poco tiempo para vernos.

Hoy será la excepción respondió Aleyu, a quien en ese momento se le olvidaron todas las promesas que había hecho para volver pronto al palacio. Se volteó un instante y miró la puerta y la muralla del castillo, sobre las cuales sobresalía la torre principal, luego se volteó de nuevo hacia Ciorima. Hoy tengo más tiempo que el usual. Pero espero que no lo pasemos hablando sobre

esto, y mucho menos en este sitio, ¿qué te parece si vamos a nuestro lugar favorito?, allí te tengo una sorpresa.

Ciorima conocía bien a Aleyu, por lo que sabía que en algo le mentía, pese a esto no pudo negarse a pasar el día con él. Ambos se tomaron de las manos y comenzaron a caminar por el pueblo en dirección al bosque. Aleyu tenía la intención de no llamar mucho la atención de las personas, esto porque si estaban pendientes de la hora en que él y Ciorima se habían marchado, también lo estarían de la hora de su regreso. Pero desdichadamente el pasar desapercibidos no fue posible, pues al verlos pasar muchos daguelnenses se asomaban por las ventanas y los saludaban, al igual que aquellos que pese a la temprana hora ya habían comenzado sus labores. Algunos incluso se inclinaban ante Aleyu, el cual no tenía más opción que responder a cada uno de los que lo saludaban.

En medio de las reverencias que conforme avanzaba el día, al salir más personas de sus casas, se hacían más frecuentes y numerosas, Aleyu y Ciorima continuaron caminando a través de toda Asaliriam, por la avenida principal que atravesaba de extremo a extremo la ciudad, y la cual era a su vez atravesada por innumerables calles más, las cuales poco a poco se fueron llenando con el andar de las personas y las bestias, además de las ruidosas carretas de metal, las cuales se detenían en las intercepciones por las que pasaban Aleyu y su novia para cederles paso libre y sin peligro. Así continuaron un rato hasta que el camino los fue alejando de la ciudad, y comenzó a internarlos en el frondoso bosque. Ambos enamorados estaban enfrascados en una agradable conversación; recordando momentos que habían vivido, viviendo aquel momento tan especial, y soñando con lo que creían que sería su futuro. Luego de unos minutos el sol dejó de iluminarlos y las sombras de los hermosos árboles cayeron sobre ellos, pero estos apenas y se dieron cuenta de ello. Caminaron por el sendero completamente solos durante bastante rato, hasta que llegaron a un lugar donde por entre los árboles se abría un pequeño camino a la izquierda, demasiado pequeño como para que pasara una carreta, pero lo suficiente para ellos dos. Sin embargo, justo cuando se disponían a tomar aquella senda, notaron que más adelante del sendero por el que habían venido y que estaban a punto de abandonar, se veía la silueta de alguien que caminaba con dirección a ellos; parecía ser un hombre joven y delgado. En una de las manos parecía cargar una canasta, mientras que en la otra tenía una larga y delgada cuerda enrollada.

Aleyu y Ciorima quisieron ocultarse entre unos matorrales, pero aun antes

de que abandonaran del todo el camino, una voz, un poco ronca, proveniente de la silueta de aquel hombre, los detuvo.

¡Ni siquiera lo intenten! exclamó la voz de un adolescente, los he visto aun antes de que ustedes dos me vieran a mí, Aleyu y Ciorima.

¡Si, eso pensé! respondió Aleyu, reconociendo aquella voz ,siempre he sabido de tu aguda visión, Cumer, Ciorima ya me lo ha comentado, y ahora yo lo compruebo.

Aquel personaje era un joven de unos dieciséis años, de piel bronceada y cabello negro rizado algo corto. En su rostro se veía que era bastante sagaz e inquieto. Tenía ojos negros y vivaces, y poseía una gran sonrisa que mantenía aun mientras hablaba. En su oreja izquierda tenía una cicatriz alargada. Se detuvo frente a Aleyu y Ciorima, y les sonrió agradablemente. Cumer era el hijo menor del viejo pescador Izor, y hermano de Ciorima.

¿Qué estás haciendo por aquí? le preguntó Ciorima un poco disgustada con su hermano ¿Acaso nos espías?

Tranquila hermanita se defendió Cumer, créeme, tengo mejores pasatiempos, ¿qué no vez que vengo de pescar? Entonces alzó la canasta que sujetaba y se las enseñó a ella: en el interior de esta había cerca de diez grandes y frescos pescados, entre los cuales se podían ver algunos salmones y truchas, entre otros. Se los enseñó especialmente a Ciorima como prueba de su inocencia, y sin dejar de sonreír. Además, no tengo necesidad de seguirlos o espíarlos, ya sé mucho de ustedes dos dijo con tono un tanto malicioso, pero admito que me llama la atención y me resulta extraño que Aleyu tenga la mañana libre de los deberes del castillo.

Parece que tuviste una excelente pesca, ¿cierto Cumer? comentó Aleyu, que no dejaba de mirar los pescados, ya que su estomago le recordaba que no había podido terminar su desayuno en el castillo.

Sí, tienes razón dijo Cumer orgulloso,solo mira la buena cuerda que tengo y entenderás mi suerte; esta echa de cabello de varios animalesElevó la cuerda y la colocó al frente del rostro de su hermana, tratando de molestarla a propósito, incluyendo unos cuantos de unicornio, y otros más de centicoras, aunque mi secreto está en utilizar los gusanos que más apetecen los peces, pero el lugar donde pesques también es muy importante, además de la técnica y el silencio, entre otras muchas cosas... Cumer hizo una pausa en lo que decía, lo cual era poco frecuente, al ver que Aleyu no dejaba de mirar los peces ...parece que aun no has desayunado, Aleyu.

¿Es tan evidente? se extrañó este, apartando al fin la vista del interior

de la canasta y mirando a Ciorima, la cual le respondió con un leve asentimiento.

Sólo un poco agregó Cumer, pero creo que lo que más te evidenció fue el rugido que acaba de hacer tu estomago.

Los tres rieron un instante, mientras el medio día se acercaba, y Aleyu seguía olvidando que a esa hora tenía que regresar al castillo para su segundo compromiso del día.

Pues si tienes tanta hambre con gusto te daré algunos de mis pescados, solo es cuestión de que me acompañen un momento a freírlos a la cueva de fuego propuso Cumer.

Por mi está bien aceptó de inmediato Aleyu, pero al volver a ver a Ciorima vio que a esta no le simpatizaba mucho la idea. Ho vamos, amor, solo serán unos minutos, recuerda que tenemos todo el... todo el día.

De acuerdo accedió ella de mala gana, pero que sea lo más rápido posible, luego tú, Cumer, te irás a casa.

Entonces los tres se devolvieron algunos metros sobre el camino, hasta que llegaron a otro sendero que Aleyu y Ciorima ya habían pasado previamente y que, al igual que el anterior, se abría entre los árboles. La diferencia era que esta ruta se encontraba a la derecha de la vía principal. Tomando este pequeño camino se internaron en una parte aun más frondosa del bosque. Las sombras de los grandes árboles los protegían del fuerte calor del sol. Por el camino se podían ver decenas de árboles frutales completamente cargados y con decenas de animales comiendo de sus frutos, entre los que sobresalían las aves, cuyo hermoso canto parecía ser su manera de cantar al mundo lo sabroso de su alimento. Al ver esto Aleyu tuvo que resistir la tentación de subir a aquellas ramas y bajar algunos de aquellos frutos para comer, pues si lo hacía arruinaría el traje de Lenumat, además de que de verdad quería probar los peces que Cumer había pescado.

El paisaje era de verdad hermoso e impresionante, especialmente cuando llegaron a una zona donde predominaban las gigantescas secoyas, árboles de inigualable altura y cuyos troncos poseían un gran diámetro, y sus raíces eran más gruesas que un hombre; eran muy antiguos, pues algunos decían que el más joven de aquellos gigantes había nacido hacía al menos mil años, aunque no había forma de comprobarlo. Más adelante se toparon con los hermosos y fuertes robles. El camino en su recorrido pasaba cerca de algunas lagunas, en las cuales se observaban cientos de pajarillos bañándose en el agua, mientras que unos venados bebían en un extremo del tercer estanque que había en el

camino, seguramente siendo observados por algún paciente depredador.

Poco antes de llegar a la cueva de fuego, pasaron cerca de un pequeño arroyo que corría a unos diez metros del sendero, allí, un poco oculto entre unos matorrales, había un hermoso ejemplar de unicornio: era de un color café oscuro y poseía un cuerpo largo y musculoso, cubierto por un pelo negro con mechones blancos en sus patas, espalda y cola. Su cuerno era blanco también, además de largo y un tanto torcido, pero tenía también tres diminutos cuernos más, un tanto más arriba sobre su cabeza, y sus ojos parecían brillar aun en el día.

¡Miren! exclamó Ciorima al ver al unicornio, todo parece indicar que tendremos suerte.

Aunque no eran considerados animales mágicos o con poderes sobrenaturales, los habitantes de todo Daguelna creían que toparse con un ejemplar de aquella especie, que rara vez se dejaba ver, era la prueba de que la suerte los acompañaba.

Al escucharlos pasar, el animal los miró por un instante antes de desaparecer por entre los árboles de la otra orilla del arroyo. Aleyu se quedó mirando a la hermosa bestia un momento, pero más que para admirar su belleza, lo hizo porque sintió algo muy extraño en el pecho, una palpitación extraña, acompañada de un raro sentimiento; Aleyu tenía el presentimiento de que no vería otro unicornio en mucho tiempo. A pesar de esto, no dio mucha importancia a aquella idea y continuó caminando junto a Ciorima y Cumer.

Unos minutos después al fin el camino salió del bosque y llegó a un claro: una loma se alzaba ante ellos un poco más allá del espacio abierto en el que había unas anchas mesas de roca de forma redonda, y cuyas sillas eran de un hermoso metal que no era oro, pero que brillaba incluso más que este. Aquel era el lugar en el cual la noche anterior se había celebrado el Noltal del menor de los Afiam.

Más allá del claro, en la pared de la loma, se notaba una alta y ancha entrada a una cueva oscura, y cuya forma era triangular.

Hemos llegado anunció Cumer, siempre con una sonrisa. Tenemos suerte, parece que aún nadie ha venido a cocinar sus alimentos para el almuerzo, así que no tendremos que hacer fila, vamos deprisa.

Cruzaron el claro, pasaron junto a las mesas y las sillas y se aproximaron a la gruta. Cuando estuvieron a escasos metros, se comenzó a percibir un leve resplandor naranja que provenía del interior de la cueva, al igual que un suave calor que fue creciendo conforme se fueron acercando.

Cuando llegaron a la entrada pasaron por esta sin ningún miramiento, a pesar de lo imponente que lucía, y tampoco se fijaron siquiera en las cientos de letras labradas en la roca a lo largo de los tres lados de la entrada.

Ya en una oscuridad, no muy profunda pues aquel resplandor naranja era suficiente para iluminar la gruta, que conservaba la misma forma de la entrada, caminaron algunos metros en línea recta: las paredes eran muy lisas y oscuras, lucían firmes como para durar sin ceder por miles de años, a pesar de ya haber resistido varios miles más en el pasado. No tardaron mucho hasta llegar a un río que corría de norte a sur, pero este no era una corriente de agua, sino de fuego, pues era roca fundida lo que emanaba del interior de la tierra. Aquel era el punto en el que el magma llegaba más cerca a la superficie antes de internarse de nuevo en las entrañas de la montaña y provocar cada cierto tiempo que esta se sacudiera. De aquel río incandescente era que provenía aquel intenso resplandor y el sofocante calor, que ya para entonces era casi insoportable. Delante de la lava estaban colocadas decenas de amplias rocas aplanadas que habían sido talladas en el centro, lo que les daba una forma cóncava.

Cumer sacó tres pescados de la canasta y, con la mano sudorosa por el calor, colocó cada uno en una roca, estas estaban tan calientes debido a su cercanía con el río que pronto los pescados comenzaron a freírse.

¿No se te olvida algo, hermano? insinuó Ciorima, de inmediato Cumer se golpeó la cabeza con una mano y, sin dejar de sonreír aunque un poco avergonzado, introdujo su mano de nuevo en la canasta, rebuscó un momento y luego sacó un pequeño recipiente de metal, le quitó la tapa y sin perder tiempo vertió el contenido sobre los pescados y a los lados de los mismos: era un líquido viscoso y de color verde. Aún no entiendo por qué siempre olvidas la grasa de Jitenfre lo reprendió Ciorima, pero el muchacho se limitó a sonreír y a guardar de nuevo el frasco.

Rápidamente un sabroso olor comenzó a opacar el hedor a azufre que despedía la resplandeciente corriente, aunque este nunca desapareció por completo.

Cuando al fin todos los pescados estuvieron listos, Cumer los tomó con un pequeño tridente metálico que sacó de la canasta, y los volvió a depositar en el interior de esta.

Están listos, ahora podemos marcharnos dijo Aleyu esperanzado, quien no estaba acostumbrado a estar en aquel lugar con semejante calor, además del olor a roca fundida y a azufre, pues siempre eran los cocineros del castillo los

que iban a aquel lugar para preparar los alimentos del Rey y su familia.

Poco antes de que se marcharan, comenzaron a escuchar una combinación de ruidos metálicos, como golpes de martillo. Cuando se encaminaron hacia la salida y llegaron a la mitad de la cueva, vieron que ahora, abierta en la pared de la derecha, había otra cueva, solo que mucho más pequeña, y de la cual provenía otro resplandor y un gran calor, además de los ruidos metálicos. Cuando entraron no la habían visto debido a que la entrada seguramente había estado cubierta por algún velo negro, pero ahora alguien la había descubierto y, entrando en esta, se había puesto a trabajar.

Deben de estar haciendo más cuchillos, o alguna otra herramienta de metal. La explicación de Ciorima se debió a la mirada fija de Aleyu hacia la pequeña cueva. Aleyu, aunque ya lo sabía, esto le pareció interesante ya que pocas veces había ido allí, mientras que Ciorima iba a menudo hasta tres veces diarias a la cueva a cocinar tanto para ella como para su padre y su hermano.

Los daguelnenses, incapaces de usar madera para hacer fuego, debían de ir a la cueva para cocinar sus alimentos aprovechando el calor que la misma naturaleza emanaba, esto también lo aprovecharon para poder fabricar toda clase de herramientas y utensilios de metal, he incluso para cocinar los ladrillos utilizados en las diversas construcciones, algunos incluso decían que allí mismo se fabricaron muchos de los bloques que se usaron para construir el castillo.

Satisfecha la curiosidad de Aleyu, los tres se dirigieron a la salida de la gruta. Al llegar, vieron como ya algunas personas se disponían a entrar cargando cestas repletas de todo tipo de alimentos, además de vasos, platos, cuchillos y cucharas, entre otros, y ya se podía ver la insinuación de una fila. Al salir, Aleyu se topó con los saludos de aquellas personas, aunque ninguna abandono su lugar, ya que si había algo ligeramente tedioso en Daguena, eran las filas para cocinar en la cueva de fuego.

Aquí tienes, Aleyu; un sabroso pescado. Cumer sacó una pieza de piel y en este colocó el pescado recién frito y se lo dio a Aleyu, que no despegó sus ojos de este. Que lo disfrutes, pero déjalo enfriar un poco para que no te quemes.

¡Gracias, Cumer! exclamó Aleyu muy feliz al joven, que ya se marchaba luego de un leve gesto de Ciorima y, a grandes zancadas, se perdió en el bosque ¡Adiós!

Bueno, creo que al fin estamos listos... y solos dijo Ciorima

impaciente por el tiempo perdido, queriendo dirigirse con su amado a su lugar favorito.

Sí, claro, andando Aleyu le sonrió y, sin percatarse de que ya el sol estaba en su cenit, se tomó de las manos con Ciorima y ambos comenzaron a andar por donde habían llegado, pasando por el claro donde estaban las mesas y las sillas, y llegando pronto al camino. Caminaron por unos minutos, pasando de nuevo por el arroyo donde habían visto el unicornio, luego topándose con las varias lagunas de aguas cristalinas y limpias con decenas de pequeños peces y de otras criaturas escondidas. Luego de un rato llegaron al camino ancho por el cual habían caminado antes de toparse a Cumer. Una vez allí solo debieron caminar un poco para llegar a la otra senda que se separaba de la vía principal, y que habían estado a punto de tomar antes de ser interrumpidos por el hermano de Ciorima. Una vez allí caminaron unos veinte minutos antes de llegar al final de aquel sendero.

Ahora ante ellos, separado del camino y del bosque por tan solo unos pocos metros, fluía con gran magnificencia un río muy ancho, tanto que resultaba dificultoso lograr ver la otra orilla: reflejando el fuerte sol, las aguas tranquilas ocultaban una gran profundidad y una fuerza incomparable. El río en ese lugar se movía de manera recta de este a oeste, pero más adelante hacía una curva bastante pronunciada en dirección al sur, y luego otra más antes de llegar al majestuoso e inabarcable océano Gaelan. Uno de los ríos más caudalosos de todo Daguelna, el Ereuflo, partía en dos toda aquella tierra y el gran bosque, con una fuerza silenciosa pero imparable.

Pronto llegaremos, al fin, después de tantos días, estaremos de nuevo en nuestro lugar secreto, solos se emocionó Ciorima contemplando la corriente, la otra orilla del mismo y la frondosidad del bosque que continuaba más allá.

Sí, pronto veremos cómo resultó...

¿Cómo resultó qué? le preguntó Ciorima extrañada.

Pronto lo veras, es una sorpresa que te tengo, la ideé para que podamos pasar más tiempo juntos aunque el clima no esté de nuestro lado La esperanza de Aleyu era darle una grata sorpresa a Ciorima, además de lograr ir con ella a aquel lugar aun en el invierno, que era la época en la que con mayor frecuencia el Ereuflo se salía de su cauce e inundaba y arruinaba aquel sitio, aunque no estaba seguro de que los hombres que había designado para la construcción del dique hubieran podido hacerlo en tanto solo una noche, pese a que él se los había pedido como un favor especial.

Caminaron hasta acercarse a solo unos pasos de las aguas del Ereuflo, una

vez allí, doblaron para continuar por la orilla hacia el oeste, siguiendo el curso de la corriente, teniendo que pasar en algunas ocasiones por lugares donde abundaban grandes piedras que dificultaban el paso. Pero ellos habían elegido aquel camino para que nadie pudiera seguirlos, precisamente por lo dificultoso del mismo. Había sido así como en muchas ocasiones lograron burlar a muchos curiosos que los intentaron seguir, siendo uno de ellos en una o quizás más ocasiones el mismo Cumer.

Ya pasaba del medio día cuando unas nubes bloquearon por algunos minutos la luz del sol, haciendo que se incrementase la penumbra en los interiores del bosque, al mismo tiempo que comenzaba a soplar un viento fresco y cientos de aves comenzaban a cantar por doquier. Pero no fue hasta una hora más tarde que Aleyu y Ciorima llegaron al lugar que tanto les gustaba, descubierto por la misma Ciorima en un día normal de pesca hacia apenas unos meses: allí la orilla del río se ensanchaba varios metros hasta formar una especie de pequeña playa arenosa, rodeada de multitud de plantas floreadas de rojo y azul. En el centro de dicho lugar había una gran roca, cuya forma era un tanto alargada y su superficie muy plana y lisa, uno de los extremos, el más angosto, miraba al gran río. Un poco más allá de la roca, en el linde entre la ancha orilla y el bosque, se erguían cuatro árboles muy hermosos, no muy altos pero sí sumamente frondosos, cuyos redondos frutos eran semejantes a flores amarillas.

Independiente de aquella hermosa zona natural, había algo en aquel lugar que no calzaba muy bien: era un muro, no muy alto pero sí de varios metros de longitud que, echo de ladrillos rojos, se alzaba ante la gran roca, justo en la línea divisoria con el Ereuflo.

Al ver aquel muro, Ciorima se extrañó mucho y se acercó un poco, detrás de ella, Aleyu contemplaba asombrado y decepcionado el dique. Ciorima le haló de la mano y ambos caminaron y pasaron frente a la pared sin dejar de verla perplejamente. Fueron en silencio hasta la roca y, sentándose en la arena de la orilla, se recostaron a esta, la cual, aunque no lo parecía, era bastante cómoda.

En el gran río el agua chocaba y esquivaba las rocas, creando un sonido muy relajante. Más allá, en la orilla opuesta, se encontraban más árboles con frutos color del sol, al lado de otros más de frutos de variados colores que reflejaban la luz de la tarde. Todos estos árboles estaban rodeados por cientos de flores blancas que, en algunos casos, se adherían a los troncos o subían hasta las ramas como una enredadera que se empeñaba en volver aun más

hermoso aquel lugar. Varias ardillas y pajarillos jugueteaban en las ramas y comían de los frutos amarillos, deseados por la mayoría de los animales del bosque, y exclusivos de aquel lugar. Todo esto hubiese sido visto, como en innumerables ocasiones anteriores, por Aleyu y Ciorima si su vista no hubiera sido cerrada por aquel feo y tosco dique que el mismo Aleyu había mandado a construir, sin haber pensado antes lo que podría pasar.

Supongo que esta es la sorpresa a la que te referías dijo Ciorima desalentada, pero parece que también lo ha sido para ti, ¿cierto?

¡Esto lo comprueba!, soy un inútil, nunca hago bien las cosas exclamó Aleyu molesto mientras devoraba con rabia el pescado que Cumer le había obsequiado, importándole poco que estuviera aun muy caliente. Estaba muy enojado consigo mismo, aunque también lo estaba con los que habían construido el dique. Les revelé este lugar a esos hombres para que construyeran un muro que evitara que cuando hubiera tormentas las aguas crecidas del Ereuflo laven la arena y afecten las flores, y les hice prometer que no le dirían a nadie la localización de este sitio, pero creo que ahora esta tan arruinado como si hubiera dejado de ser secreto, o aun más.

No seas tan duro contigo mismo intento consolarlo Ciorima, aunque ella también estaba molesta. A pesar de todo, lo hiciste con buena intención, aunque errónea. Un error lo comete cualquiera —Aleyu no parecía sentirse mejor a pesar de las palabras de la chica Mira, es cuestión de corrernos un poco...

No, no, el maldito dique obstruye toda la vista, no tiene caso —sus ojos se clavaron en los ladrillos, como si con su enojo fuera capaz de romperlos.

Tal vez fue error únicamente de los hombres que lo construyeron, y no tuya.

Me gustaría que fuera así, pero al verlo me doy cuenta de que es perfecto, según los planos que yo mismo diseñé.

Bueno, pues entonces simplemente manda que lo derriben.

Claro que lo haré, pero la cuestión es que no podré desaparecer tan fácilmente mis errores cuando sea Rey ¿Me pregunto si sería bueno que yo me convirtiera en el sucesor de mi padre?

¡No digas eso! le recriminó Ciorima, recostada a él ¿Acaso no quieres que tus hijos se enorgullezcan de ti?

¿Hijos? se extrañó Aleyu quizás fuera bueno que no tenga descendencia.

Luego de estas palabras, Aleyu notó que Ciorima se quedó en silencio e

inmersa en sus pensamientos mientras miraba el muro, como si pudiera ver el río a través de este. Luego, con una resolución en el rostro dijo:

Creo que ya es un poco tarde para eso... y fue entonces que todo quedó en silencio: el agua del Ereuflo se silenció al igual que el viento y los animales, y hasta el susurro de los árboles pareció desaparecer. Aleyu no escuchaba nada, no decía nada, no entendía, o quizás sí, pero no lo podía creer, de ahí su silencio.

No te entiendo, ¿a qué te refieres? preguntó con la boca seca y el corazón palpitándole alocadamente. Ciorima guardó silencio unos segundos, pensativa, pero ante la mirada interrogativa de Aleyu, dijo:

Sí, Aleyu..., estoy embarazada Nuevamente todo volvió a quedar sin sonido alguno, como si lo único que los rodeara fuera la nada y el aire hubiese desaparecido. Aleyu sintió un gran escalofrío que lo llevó incluso a temblar, a la vez que su boca se volvía a secar y su mente parecía incapaz de pensar o de articular una sola palabra Debo tener unos tres meses afirmó Ciorima al ver que Aleyu no reaccionaba, pero este movía sus labios sin saber que poner en ellos; la combinación de sentimientos era enorme en el corazón y el alma del príncipe.

¿Pero cómo pudo ser? se preguntó él mismo, luego se volvió a la chica, pálido y sudoroso ¿Estás segura?

No es tan difícil respondió ella sin color en su rostro y luego de derramar varias lagrimas; estaba sumamente nerviosa, y fracasaba al intentar disimularlo para que Aleyu se calmara: se le han caído todas las hojas y frutos a mi árbol, esa es una señal inequívoca, y supongo que todos los malestares que he estado sintiendo también lo son Comenzó a hacer muecas como si comenzara a vomitar y no pudiera detenerse.

Los sentimientos y pensamientos de Aleyu al fin comenzaron a ordenarse. Sin creerlo del todo aun, una gran alegría brotó en su interior, pero también sintió un enorme compromiso y un gran temor; “¿Qué diría su padre, su madre y sus hermanos?, ¿y el reino entero qué pensaría cuando se supiera que él, el primogénito del Rey, había concebido un hijo sin aun estar casado?” Pocas veces en la historia de Daguelna se habían presentado casos similares, y hasta donde Aleyu había escuchado, basado en su conocimiento de las leyes y la historia de Daguelna, el niño podría ser dado a una familia ya establecida, y por lo tanto moral, mientras que a los verdaderos padres del niño, los que habían cometido la falta, serían separados para siempre, evitándoles casarse entre ellos o con cualquier otra persona en todo el reino; la sentencia era pasar

el resto de la vida en solitario, sin su gran amor y sin su hijo.

La alegría de Aleyu se desvaneció entonces y comenzó a sudar más que antes, ¡¡los iban a separar!! ¡Lo separarían de Ciorima, de su gran amor!, ¡les quitarían al niño!, y tendrían que pasar el resto de sus vidas en la vergüenza.

Ciorima, amor mío, ¿qué haremos ahora? No pudo evitar decir Aleyu con preocupación. Ciorima derramó entonces unas cuantas lágrimas más, pues ella también sabía que en cuanto todo el reino se enterara, el Rey no tendría más opción que castigarlos. En ese momento Aleyu se puso de pie muy rápido y miró por sobre el muro, luego a sus espaldas, espiando el bosque, temeroso de que alguien los hubiera escuchado.

¡Nos van a separar! rompió a llorar Ciorima, cuyo carácter fuerte no aguantó más. Aleyu aun observaba a un lado y a otro; aquello lo tenían que guardar en secreto. Cuando creyó estar completamente seguro de que no había ningún peligro, al fin deparó en Ciorima y en el llanto de esta, así que intentó controlarse. Respiró profundamente muchas veces, se limpió el sudor de toda la cara y al fin se inclinó sobre la muchacha y le dijo dulcemente:

No temas, aun existe una manera para evitar que nos separen, y que nos quiten a nuestro hijo... Ciorima levantó entonces su atormentado rostro, aunque continuaba llorando, quería escuchar esa solución que ella no encontraba. ...debemos casarnos, casarnos cuanto antes..., no le contaremos de esto a nadie y nos casaremos en días, ¡¡incluso en horas si es necesario!!

¿Casarnos? se sorprendió Ciorima apenas conteniendo el llanto, Aleyu se asintió un poco dudoso.

¿Alguien más sabe de esto? La tomó por los hombros como exigiendo la respuesta.

No, mi padre seguramente ya olvido donde está mi árbol, y cuando tuve mi Noltal Cumer era demasiado pequeño, así que él tampoco sabe dónde está. Tengo amigos y amigas del pueblo, pero yo nunca los he llevado hasta allá porque odiaría que se burlaran de la forma de las ramas de mi árbol.

Perfecto exclamó Aleyu y se volvió a levantar y exploró una vez más todos los alrededores; ahora hasta el sonido de las ardillas le parecía sospechoso. Volvió a secarse el sudor de la cara mientras Ciorima se secaba el llanto. Miró al cielo, ahora poblado de grandes nubes que cubrían con frecuencia al sol, ya bajo en el cielo; la luz disminuía, se hacía tarde.

¿Pero crees que el Rey Deinor, tu padre, y el mío nos dejen casarnos solo porque aparentemente lo deseamos?, ¿no crees que podrían creer que es algo demasiado repentino, y hasta sospechoso?

Pondremos como excusa nuestro gran amor. No es secreto para nadie en todo Daguelna que tú y yo nos amamos con locura. Además, a los ojos de mi madre ya es hora de que yo me casé, pues es tradición que sea el hijo primogénito quien herede la corona, a pesar de que por ley cuando el Rey tiene más de un hijo varón, no importa la edad de estos, ambos deben tener la misma posibilidad de poder convertirse en sucesor del padre en un futuro, como es el caso de Lenumat y yo. En estas circunstancias el hijo que se case primero será quien tenga el mayor derecho de convertirse en monarca cuando el Rey muera. Así que las personas podrían pensar que nos casamos porque yo quiero ese derecho, pero igual pensarán que, claramente, la razón primordial es nuestro amor, nadie lo dudará. Y a los pocos días de nuestra boda anunciaremos tu embarazo y nadie dudará que, aunque pronto, nuestra unión se dio bajo la bendición del matrimonio y no fuera de la misma.

Al fin Ciorima dejó de llorar, pues comprendía todo lo que Aleyu le había dicho, y esto le infundía esperanzas; era cuestión de esperar que diera resultado y no surgiera ninguna complicación. Entonces Aleyu se volvió a inclinar sobre ella y, tomándola de ambas manos, le ayudó a levantarse. Una vez de pie, ambos se miraron largo rato, en sus ojos se veía la esperanza de que todo saldría bien, pero en su interior cada uno temía que algo pudiera salir mal, demasiado mal.

Ciorima, mi gran amor le dijo Aleyu aun con sus temblorosas manos tomadas, debido a que tú me has dado una razón para luchar, te prometo que muy pronto nos casaremos y, cuando muera mi padre, que espero que no sea pronto, me convertiré en Rey y tú en mi Reina, y nuestro hijo será príncipe y él también llevara algún día la corona que yo habré llevado antes.

Se miraron otro largo rato, luego comenzaron a hablar de un brillante futuro para ellos y sus hijos y en todo lo que harían juntos, en parte hablaban de cosas maravillosas para tratar de olvidar que no todo siempre sucedía tal y como se soñaba, pero por ahora no podían hacer otra cosa que ser optimistas ante la negra tormenta que se ceñía sobre su futuro.

Así estuvieron varias horas, en las cuales fue Aleyu quien más habló, pues sentía la responsabilidad no solo de deshacer las preocupaciones de Ciorima, sino también de asegurar que esta no tuviera que sufrir en su mente, así como tampoco en la vida real; tenía que asegurarse de cumplir todo lo que le estaba prometiendo. Fue así como logró que la chica incluso volviera a sonreír, especialmente cada vez que se levantaba y comenzaba a fingir que bailaba tal y como bailarían la noche que en que se casarían, o cuando, colocándose de

cuclillas y con un rostro increíblemente serio, hacia como si estuviese siendo coronado, pero entonces él comenzó también a reír, cuando entendió que la risa de Ciorima se debía a que más que en una coronación, parecía tener urgencia de ir al baño.

Hoy mismo, cuando vuelva al castillo, le pediré a mi padre que me dé la autorización y su bendición para que nos casemos dijo finalmente, como para terminar de convencer a Ciorima de que cumpliría su palabra, además de... fue entonces que lo recordó ¡Volver al castillo! Miró el oscuro cielo plagado de nubes y preocupado buscó al sol, pero solo vio de este los débiles rayos que se filtraban por en medio de los troncos y las ramas de los árboles localizados al oeste, tan bajos que teñían de amarillo las aguas del gran río que fluía por detrás del dique ¡Ya el sol se está ocultando! exclamó.

¿Y qué? se extrañó Ciorima ¿No me dijiste que tenias todo el...?
¡Aleyu me mentiste!, ¿no tenias todo el día libre ¿cierto?!

Bueno, yo balbuceó él, bueno sí, es cierto, te mentí aceptó honestamente, quizás porque a partir de ese momento quería hacer bien las cosas y ser más responsable. La verdad es que debía volver al medio día y posar para un tonto retrato, además de hacer otras cosas con mis padres y mis hermanos..., pero es que yo quería más tiempo para pasar contigo... Al oír esto el rostro de Ciorima, que primeramente se había endurecido, ahora se suavizó, pero entonces Aleyu dijo: Pero ahora sé que cometí un error, no debo abandonar de esa manera mis compromisos, debo cambiar, ahora tengo una gran responsabilidad.

Resultaba extraño, pero a Aleyu le parecía que oscurecía más rápido de lo común, únicamente para perjudicarlo a él. Mientras el cielo se volvía cada vez más negro y se poblaba con más y más estrellas a medida que el sol se ocultaba, Aleyu y Ciorima no tuvieron más que marcharse en seguida, caminando a grandes zancadas por la orilla del río, aunque ahora Aleyu le sujetaba la mano a la muchacha con mayor fuerza que antes. Finalmente lograron volver al ancho camino que atravesaba el bosque y desde allí se apresuraron aun más. A su alrededor ya todo estaba oscuro, y las nubes cubrían la luna que recién salía de detrás de las montañas.

Debemos tener cuidado de no encontrarnos con un centicora salvaje, este no sería un buen momento para toparnos con uno comentó Aleyu preocupado, intentando caminar sin hacer mucho ruido. Ciorima no dejaba de alzar su vista al cielo, contemplando la luna y las cientos de estrellas que lo

poblaban, de las cuales las once más brillantes no imitaban el tintineo de las demás.

Pero si a ti nunca te han preocupado los centicoras se extrañó Ciorima.

Eso es porque nunca me he topado con uno salvaje, y menos de noche que es cuando son más agresivos, pues se pasean con sus crías.

Eso es lo que te han dicho, pero tú, encerrado en el castillo ¿qué tanto puedes saber de los centicoras?, al menos no más que yo.

Continuaron caminando un buen rato sin dejar de hablar, curiosamente ahora Aleyu prefería hablar del futuro y en ser más responsable y cuidadoso, además de soñar en grandes cosas, como convertirse en el Rey más recordado de todos los tiempos. Pronto pasaron por donde estaba la desviación en el camino que conducía a la cueva de fuego. Notaron que de esa dirección se podían percibir diferentes tipos de sabrosos olores, como de carne cocinándose; los daguelnenses debían de estar preparando la cena.

La forma oscura del castillo ya se lograba ver levantarse por encima del camino y de los árboles frente a ellos; faltaba poco para que a la derecha del sendero comenzaran a divisarse las luces de las viviendas de la ciudad. Efectivamente, unos minutos más tarde, las ventanas de las casas de ladrillo y roca, dejando escapar la luz de su interior, iluminaron levemente el sendero. Al instante el camino arribó al pueblo. Una vez allí, Aleyu y Ciorima abandonaron el camino para no adentrarse en el corazón de la ciudad, sino que la circundaron, inclinándose cada vez que pasaban demasiado cerca de una ventana y tratando en lo posible de esconderse detrás de los troncos de los árboles. Tras varios minutos finalmente se vieron frente a las murallas del castillo, desde allí se podían ver las partes más altas de las torres menores, pero en el centro de todas sobresalía la principal, la más alta, lugar donde se encontraba la recámara de Deinor y de Nubelia. Aleyu alzó la vista a lo más alto de la torre; la luz manaba del interior de la habitación a través del balcón, aunque no había nadie en este y no parecía haber ninguna figura visible que se paseara en el interior.

Me gustaría llevarte hasta la puerta de tu casa, en lugar de que tú me acompañes a la mía le dijo Aleyu a Ciorima. Aun estaban tomados de las manos, hacía un buen rato de que no se soltaban de al menos una de estas.

No, para eso tendríamos que volver casi todo el camino y alguien podría vernos, además de que para ti ya es demasiado tarde y cada minuto que te retrases será peor.

Entonces Aleyu le dio un fuerte abrazo, seguido de un beso en los labios, y

por ultimo le acarició una de las mejillas mientras la miraba a los ojos. Se soltaron las manos y Ciorima, primeramente caminando hacia atrás sin dejar de mirarlo con alegría pero aun con preocupación, comenzó a alejarse. Aleyu la siguió con la mirada hasta que ella tomó el camino al pueblo y luego de unos instantes, al doblar a la izquierda, se perdió de vista tras la primera casa. A Aleyu le pareció por un breve momento que antes de desaparecer, la chica se llevaba las manos a los ojos, enjuagándose un pequeño resplandor.

Con un profundo suspiro, Aleyu se dio la vuelta y se vio de frente a la entrada del castillo, la cual estaba cerrada. Se acercó a esta y apoyando ambas manos intentó abrir las puertas, pero le fue inútil tras varios intentos; estaban cerradas desde adentro.

¡Soy él príncipe Aleyu, por favor abran! Su esperanza era que el guardia que debía de estar al otro lado lo escuchara y le abriera. Pero tras unos largos segundos sin respuesta las puertas no se abrieron y no hubo más que silencio en todos los alrededores.

Golpeó entonces la puerta con los nudillos, pero por ser estas tan grandes, el sonido de su golpeteo se perdió entre el viento y los ruidos del bosque, así que además de golpear comenzó a llamar insistentemente a viva voz, esto lo hizo durante al menos diez minutos, pero no obtuvo respuesta.

¡¡Oigan! ¿Alguien me escucha? Tras otros quince minutos Aleyu se sentía exasperado, pero no tenía otra opción que continuar insistiendo ¿No hay alguien allí? No entendía cómo era posible que todo el reino no escuchara sus gritos.

Finalmente, tras algunos minutos más, recibió una respuesta, aunque no era la que él esperaba.

¿Quién dices que eres? se escuchó a alguien decir con una voz evidentemente fingida.

¡Aleyu! El príncipe Aleyu se apresuró a contestar.

No se conoce a ningún príncipe con ese nombre en este castillo respondió la voz.

¡¿Qué dices!?! saltó Aleyu ¿Cómo que no me conoces, guardia?, ¡dame tu nombre y lo pagarás!

No soy ningún guardia, la Reina me ha enviado a esperarte y dificultarte la entrada al oír esto Aleyu lo comprendió todo, pues al fin pudo reconocer aquella voz; ¡era la de Lenumat! .La Reina está muy furiosa, y el Rey también lo está.

¡Lenumat!, déjame entrar por favor exclamó Aleyu, pero de nuevo el

silencio reinó en el interior del castillo. Justo cuando se disponía a llamar de nuevo a su hermano, se escuchó un sonido metálico desde las puertas y un delgado haz de luz se asomó por en medio de ambas. El débil brillo fue creciendo y creciendo hasta que la puerta de la derecha se abrió completamente; allí estaba Lenumat de pie con una gran sonrisa burlona.

¿Qué es lo que tanto miras, hermano menor? le preguntó Aleyu entre disgustado y un tanto aliviado.

A la futura víctima del Rey, o mejor dicho, de la Reina respondió Lenumat.

¿Qué tenías en la cabeza, querido hermano? se escuchó la voz de Dalia, y esta apareció de detrás de Lenumat, con una sonrisa y mirada también burlonas.

No podrían entenderme ninguno de los dos, a menos que tuvieran en sus cabezas todas las cosas que yo tengo en la mía, Aleyu intentaba disimular su preocupación y todos sus pensamientos, sin embargo disfrutaba intrigar de esa manera a Lenumat y a Dalia.

Si nos contaras un poco tal vez podríamos entender, comenzando explicando por qué apareces hasta esta hora cuando debías volver, según tu propia promesa, al medio día sugirió Lenumat.

Ya tengo mucho con tener que darle una explicación a nuestro padre... y a nuestra madre, como para tener que dárselas a ustedes también, incluso aun antes que a ellos. Luego de decir esto, atravesó el umbral de las puertas y pasó por en medio de Lenumat y Dalia, los cuales parecían un poco desconcertados. Sólo les diré que de ahora en adelante verán a un nuevo Aleyu anunció cuando ya estaba a algunos metros de distancia. Ellos se voltearon para mirar como Aleyu caminaba hacia las fuentes en medio del camino y de allí tomaba el sendero de la izquierda, que llevaba a la entrada de la alta torre.

Una gran roca de poco menos de un metro de alto de color blanco incrustada en la torre por sobre la puerta de la misma emitía luz suficiente para iluminar parte del jardín. Rocas semejantes, por lo general de mucho menor tamaño, eran usadas por los daguelnenses en el castillo y en cada casa del reino para iluminarse de noche. Dotadas de semejante cualidad, a simple vista era difícil decir si aquellas rocas eran producto de la magia o de algún extraño fenómeno natural.

Al llegar, Aleyu tocó a la puerta de la torre, esperó un instante y luego escuchó la voz del guardia:

¿Quién llama a la puerta del...?

El príncipe Aleyu contestó antes de que el guardia acabara la pregunta.

La puerta se abrió de inmediato, dejando ver al guardia, y detrás de este los escalones que subían la torre e, incrustadas en la pared, a la altura de un hombre promedio, más rocas luminiscentes para iluminar las escaleras.

Al fin encuentro a un hombre haciendo su trabajo expresó Aleyu indignado. El guardia no dijo nada, sino que se vio confundido e intimidado por el tono y la actitud del príncipe.

Acercándose a las escaleras que subían en forma de caracol, comenzó a subir los escalones para dirigirse a la habitación Real. Mientras subía se sumergió en sus pensamientos; se sentía abrumado por la responsabilidad que ahora se le venía encima, pensó que quizás no estaba listo para semejante compromiso, pero sabía que ya no podía hacer nada, nada más que cambiar e intentar de ahora en adelante tener la astucia y las fuerzas requeridas; tenía que demostrárselo a sí mismo y también a Ciorima para que ella estuviera orgullosa, pues si no lo lograba la habría condenado a una amarga existencia de llanto y soledad, y para evitarlo debía convencer a su padre de que le diera la bendición para casarse, suplicarle si era necesario, pero sin levantar sospechas. Pero además, era extraño; nunca antes le había interesado tanto, pero ahora ansiaba algún día ser el Rey, entonces habría logrado todas sus metas y él y Ciorima, además de su hijo, estarían juntos.

Sintiendo que tenía incluso más responsabilidades que su padre, llegó a la parte central de la torre, allí se encontró frente al túnel Real, aquel que solo podía usar el Rey y que conducía directamente al salón del trono: una cortina purpurada, iluminada débilmente por la blanca luz de las rocas en la pared, le impedía ver el interior del pasaje, aquel que nadie había visto, a excepción de Deiner, y del padre de este, así como cada Rey que había gobernado en el pasado. Aleyu se preguntó qué pasaría si nunca llegaba a ver el interior de aquel túnel ¿Qué pasaría si nunca se convertía en Rey?

Luego de mirar el pasaje por unos segundos más, continuó con su acenso a lo alto de la torre, volviendo a sumergirse en sus pensamiento una y otra vez, convenciéndose cada vez más de ellos. Minutos después, sin percatarse del tiempo que le había tomado, llegó al pasillo que, cubierto en el centro por una larga alfombra roja, conducía a la habitación de sus padres. Avanzó por el pasillo, pasando al lado de una ventana por la cual entraba una brisa seca y fría que le alborotó el cabello, desde allí el bosque se veía oscuro y silencioso; las nubes aun cubrían la luna.

Tras tardar escasos segundos, llegó a la puerta de la habitación, hecha de hierro y corteza de árbol de color marrón oscuro. La escasa luz de las rocas en la pared, la constante brisa entrando por la ventana y la responsabilidad que ahora tenía, le produjeron un extraño sentimiento; le parecía como si él fuese algún héroe llegado de tierras lejanas, y que detrás de aquella puerta existía un peligro sin imaginar, pero que para lograr avanzar en su misión heroica, debía de enfrentar y derrotarlo. Nervioso y con las manos sudorosas, sacudió la cabeza para volver a la realidad y se decidió a tomar su situación más en serio; respiró profundamente y llamó a la puerta en dos ocasiones.

Adelante..., Aleyu escuchó decir a la voz de su padre desde el interior.

Se dio ánimos, recordando todo lo que había pensado antes; empujó la puerta, dio tres pasos al interior y cerró tras de sí.

Deinor se encontraba sentado en una silla de metal de frente a la puerta: aun vestía el elegante vestuario que había usado durante todo el día, a excepción de la corona, la cual estaba sobre la cama. A espaldas del Rey se encontraba la ventana con las cortinas abiertas, afuera se observaban algunas estrellas y nubes iluminadas por la luna. Al fondo, diminutas y a una distancia nunca antes lograda por un hombre de Daguelna, se apreciaban borrosas en la noche las montañas, ocultando un mundo a los ojos de Aleyu.

La habitación estaba inundada en luz, pues eran cuatro las rocas blancas luminiscentes que, aparte de la más grande en el techo, y en soportes de metal, iluminaban desde cada esquina de la habitación.

Hola, padre fue lo único que pudo decir Aleyu en primera instancia. Deinor lo miró sin responder, luego se puso de pie y se acercó a él.

Con el semblante serio y duro, y con el entrecejo levemente fruncido, Deinor elevó su mano derecha delante del rostro de su hijo, en ella tenía sujeto un cuadro de pergamino, el cual Aleyu inspeccionó de inmediato.

¿Sabes lo qué es esto? le preguntó Deinor antes de que Aleyu pudiera decir algo. En el cuadro de pergamino se veía claramente un retrato aparentemente a medio terminar de cuatro personas: el Rey, sentado en su trono con una sonrisa y su corona brillando, la Reina, sentada al lado de su marido, parecía estar un poco malhumorada. De pie, al lado de su padre, estaba Lenumat, con expresión seria y orgullosa, mientras que al lado de Nubelia, también de pie, estaba Dalia, con su hermoso vestido y preciosas facciones, además de una sonrisa encantadora.

Es una pintura respondió Aleyu tímidamente.

No es sólo una pintura cualquiera El tono de Deinor se endureció, pues parecía enfadado, y con un movimiento rápido quitó el pergamino de delante del rostro de Aleyu, es el retrato de la familia Real, uno de los pocos que serán preservados especialmente para que los que vengan después de nosotros puedan conocernos y recordarnos, al igual que como tú conoces el rostro de tu abuelo gracias al retrato de este, y al igual que yo conozco el rostro de mi abuelo y de otros antepasados gracias a sus retratos Hizo una leve pausa, como para comprobar lo avergonzado que estaba su hijo, y luego continuo. Pero, por si no lo notaste, tú no estás en él; en el futuro recordaran a las cuatro personas que están en la pintura, pero al quinto, a ti, no te recordaran, quizás ni sepan que exististe Deinor estaba bastante agitado, volvió a mostrarle el retrato a Aleyu y exclamó: ¡Tuvimos que posar sin uno de los miembros principales, uno que podría algún día convertirse en Rey...; mi hijo primogénito!

Un gran silencio se produjo luego de las palabras de Deinor. Aleyu, cabizbajo, no encontraba que decir que pudiera tranquilizar a su padre, y más bien temía que si decía algo empeoraría la situación. Ambos permanecieron callados unos segundos, Deinor miraba inquisitoriamente la cabeza gacha de Aleyu, que miraba sus propios zapatos, lamentando merecer los gritos de su padre, pero sin arrepentirse de haberse quedado con Ciorima. La mano del Rey, ya baja, aun sujetaba el retrato, insistiendo en mostrarle la familia sin él.

Cuando finalmente Aleyu comprendió que, más que cualquier palabra que él dijese, seria aquel silencio el que haría estallar pronto a Deinor, se decidió a hablar.

Te pido disculpas, ¿hay algo que pueda hacer para solucionarlo? dijo, sin levantar mucho la cabeza.

Tú no puedes hacer nada... ¡Nada! sentenció Deinor.

Aquel aterrador silencio regresó a pasearse entre ambos con la noche como cómplice. Pero entonces algo extraño sucedió: el rostro de enfado del Rey se desvaneció, como llevado por el viento muy lejos de allí. La dulzura y la amabilidad volvieron a las facciones del anciano, acompañados de una sonrisa.

Tú no puedes hacer nada... repitió Deinor, pero esta vez hablaba con una tranquilidad no menos sorprendente que el cambio de semblante anterior ..., pero yo sí puedo hacer algo para solucionarlo... A continuación tomó el pergamino con ambas manos y, ante un asombrado Aleyu, lo partió en dos, luego junto los pedazos y los volvió a partir.

Aleyu no lo podía creer, pues no entendía que había pasado; el cambio entre el Deinor furioso y el amoroso y comprensivo había sido demasiado rápido.

¿No te lo he dicho antes? comenzó su padre al ver la expresión de desconcierto de su hijo; yo te comprendo perfectamente. Nubelia pretende no recordarlo, pero yo le hice, no uno ni dos, sino tres desplantes a mis padres semejantes al que tú nos hiciste hoy, y todo por verla a ella. Sé que estas enamorado, aunque eso no justifica del todo tus faltas, y es por eso que he querido darte un pequeño susto, pero también me ha servido si, como creo, Enot ha estado un rato escuchándonos desde el pasillo, ya que se lo dirá a Nubelia, y le prometí a ella que te reprendería fuertemente.

Comprendiéndolo todo, una gran sonrisa apareció en los labios de Aleyu tan repentinamente como había sido el cambio de actitud de su padre.

¡Ho Padre! exclamó aliviado, al tiempo que le daba un abrazo.

pero aun así no te libraras de los compromisos que como príncipe debes realizar; mañana vendrá de nuevo el retratista, y quiero que esta vez estés presente.

Te aseguro que estaré allí, no faltaré exclamó Aleyu, soltando a su padre.

Pero además, seleccioné varios de los documentos que Lenumat, Dalia y yo debíamos analizar para que los consideres y me des tus recomendaciones, ya sea para aprobar o rechazar lo allí escrito. Una de las propuestas más urgentes es la de crear una cuarta cueva de fuego, pues la más cercana ya se quedó pequeña para toda la población de la ciudad, y las otras dos están demasiado lejos de las ciudades y pueblos.

¿Construir otra cueva?, pero si de las tres que hay dos son naturales y nosotros solamente hemos logrado crear una y, según he leído, murieron cien hombres durante el proceso, creo que eso fue hace unos sesenta años recordó Aleyu.

Me alegra que tengas tantos ánimos para analizar las propuestas, pues como castigo..., sí, no te podías escapar de él, te dejé suficiente trabajo como para varias semanas dijo Deinor.

Por mi está bien, creo que ya es hora de que comience a tomar más en serio mis responsabilidades, y con más razón si algún día he de convertirme en Rey, como tu sucesor Después de saber que tendría un hijo con Ciorima, Aleyu quería tomarse la vida más en serio ¿y qué mejor manera que realizando sus deberes como príncipe?

¡Rey! exclamó repentinamente Deinor y su rostro cambio nuevamente, adoptando una expresión pensativa y hasta preocupada. Se volteó hacia la ventana y caminó hacia esta, pasando a unos metros de la cama y de la mesa de roca y las sillas de metal. Aleyu se extrañó muchísimo, y sin saber porqué, una gran preocupación lo asaltó. Hablando de eso Aleyu...

¿Qué sucede?

Tú eres mi primogénito, de acuerdo con esto, según tradición más que ley, tú deberías ser mi sucesor razonó Deinor, deteniéndose antes de llegar al balcón, pero aún dándole la espalda a Aleyu.

¿Y qué pasa con eso? Deinor estaba diciendo algo que ya todos sabían, esto preocupó aun más a Aleyu, que presentía que algo no estaba bien.

Pero, de acuerdo a la ley, si tengo dos hijos varones, solo podrá ser Rey aquel de ambos que primero se case, esto porque el matrimonio representa la unidad de todo el reino como una única familia... esta es una ley muy antigua, tanto así que ni yo puedo derogarla.

Bueno, si es por eso, ya no te preocupes, pues al fin he decidido casarme con Ciorima, precisamente subí para pedirte tu permiso y tu bendición. dijo Aleyu emocionado y esperando que su padre se sorprendiera.

¿Dentro de cuánto tiempo deseas casarte? le preguntó Deinor casi sin inmutarse luego de aquella noticia; seguía pensativo, mirando a través de la gran ventana.

Bueno, no lo sé, me gustaría que fuera en algunas semanas, o quizás días respondió Aleyu contrariado por la escasa reacción de su padre.

Aleyu... El tono de voz con que Deinor comenzó a hablar era extraño, como si le estuviera advirtiéndole acerca de algún peligro... como bien tú sabes, yo debo dar mi bendición a todas las parejas del reino que deseen casarse, y sin esta no lo pueden hacer, Hizo una breve pausa y luego continuó, por un decreto también muy antiguo que yo tampoco puedo anular, el Rey solamente puede dar unas diez mil bendiciones al año, y en lo que llevamos de este yo ya he concedido prácticamente la totalidad de las que puedo conceder, y lo peor es que otras trescientas cincuenta parejas me han solicitado dicha bendición.

Aleyu comprendió la situación; si no hallaba una solución tendría que esperar a que llegara el próximo año para poder solicitarle la bendición a su padre, y por desgracia en ese tipo de situaciones, según un decreto del mismo Deinor hacía varios años, no se podía dar ningún tipo de preferencia a una persona por el simple hecho de ser de una familia adinerada, o aun de la

realeza. Eso significaba que hasta el próximo año podría casarse con Ciorima, pero para entonces ya sería demasiado tarde, pues ya habría nacido el niño para entonces.

Y eso no es todo, hijo Aleyu estaba sudando y aquellas nuevas palabras de su padre empeoraron la situación. Comenzó a temblar levemente, mirando al suelo, y no se percató cuando su padre se dio la vuelta hacia él, debes saber que hoy, por la tarde, Lenumat me ha solicitado mi consentimiento y mi bendición para poder casarse...

¡¡Que!! Aleyu no podía creer lo que escuchaba; sintió como si de pronto estuviera de pie bajo una potente cascada en la noche más helada, ¡aquello era imposible, inaceptable! ¿Pero... con quién?

No me lo ha dicho aún respondió Deinor, mientras una brisa le revolvía la canosa melena. Dice que conoció a la muchacha hace apenas dos meses, pero cree que ya está lo suficientemente enamorado, y dijo que en cuestión de una semana la traerá para que todos la conozcamos.

Aleyu estaba anonadado, no sabía que decir o que pensar, en toda la habitación se sentía una atmósfera de confusión. Aquella noticia era terrible, Aleyu no solo tendría que esperar para casarse con Ciorima, cosa que sería muy peligrosa, sino que si Lenumat se casaba primero que él, entonces habría perdido las esperanzas de ser Rey un día, fracasaría al proteger a su amor y a su hijo, y no cumpliría todo lo que había soñado y prometido a Ciorima. Pero, ¿por qué Lenumat quería casarse justo ahora?, ¿cómo era posible que pensara en casarse con una chica que había conocido hacía apenas dos meses? Había algo extraño en todo aquello, él conocía a su hermano, este no era precipitado en sus asuntos ni en los de los demás; le gustaba analizar, pensar bien antes de actuar, y era poco probable que se precipitará a algo así en tan poco tiempo de conocer a una mujer, por más enamorado que creyera estar.

No puede ser murmuró Aleyu. Sentía como una espina en el corazón, misma que de repente crecía y se convertía en un puñal largo y filoso que le desgarraba todo su ser, provocándole una ira que nunca antes había sentido; se sentía traicionado. Luego creyó que al fin había hallado la respuesta; Lenumat quería ser Rey.

Deinor lo miraba en silencio; con dolor en sus ojos veía como el rostro de su hijo se contorsionaba con una gran furia. Luego, tomado por sorpresa, vio como Aleyu, con la mirada aun en el suelo, se arrodillaba ante él.

Rey Deinor, yo, su hijo primogénito, le pido su consentimiento y su bendición para contraer matrimonio con la mujer que amo dijo entonces

Aleyu lentamente como si se sacara las palabras dolorosamente del alma, a la vez que se hincaba ante su padre, sus puños cerrados tocaban el suelo.

El anciano Rey no dijo nada durante algunos instantes, parecía estar dolido, sabiendo que a partir de ese momento nada volvería a ser igual, pues existiría rivalidad entre sus dos hijos varones.

Me pones en una difícil situación, Aleyu le reprochó Deinor al cabo de un rato, sabes que ambos no se pueden cazar al mismo tiempo, y aquel de ustedes que se case primero será el futuro Rey, cuando yo ya no este. Aleyu, no quiero que el deseo de ser el próximo gobernante sea el que esté llevando a ambos a tomar estas decisiones.

Me parece que quien lo hace por codicia es Lenumat, padre, pues considero extraño que se quiera casar de un día para el otro con una mujer que nadie conoce, incluso él lleva poco tiempo de conocerla Al fin Aleyu alzó su cabeza para mirar a su padre, y vio que este parecía triste y atormentado, entonces este se dio la vuelta de nuevo hacia la ventana y allí se quedó en silencio, Aleyu estaba expectante.

Necesito tiempo para pensar en que he de hacer dijo finalmente Deinor mirando las oscuras siluetas de los árboles del bosque en medio de la noche. Pero debo decirte que, aunque sea incorrecto, tú siempre has sido al que he visto como mi posible sucesor, pero por otra parte, no puedo negarle a tu hermano, a quien también quiero mucho, el derecho de, igual que tú, aspirar al trono.

¿Qué harás entonces, padre? le preguntó Aleyu, impaciente.

Como dije, debo pensarlo, necesitaré que me den unos cuantos días, entonces les daré a ambos una respuesta.

Está bien, solo quiero pedirte disculpas si todo esto te afecta negativamente de algún modo Aleyu se puso en pie, y quisiera recordarte que yo tengo veintidós años cumplidos, mientras que a Lenumat le hacen falta dos años para llegar a esa edad, a partir de la cual es que según la tradición es ideal casarse.

No trates de influenciar mi decisión, Aleyu le recriminó su padre aun dándole la espalda.

No deseo hacerlo se defendió Aleyu, simplemente quiero que, como yo, ordenes tus pensamientos y prioridades... buenas noches A pesar de haberse despedido, Aleyu permaneció inmóvil mirando a su padre, que se negaba a voltearse y mirarlo. Te quiero, padre mío Entonces se dio la vuelta y fue hasta la puerta, la abrió y salió por ella lentamente. Deinor

permaneció callado, sin siquiera despedirse de él, entonces Aleyu cerró la puerta con suavidad detrás de sí, viéndose solo en la penumbra del silencioso pasillo, con una esperanza debilitada y un futuro que solucionar.

3

El gran anuncio

Luego de salir de la habitación de su padre, Aleyu se vio en el solitario pasillo envuelto en penumbras: el frío se expandía desde la ventana. Con paso fuerte, se apresuró hasta que llegó a los escalones, por los que comenzó a descender de inmediato. Ya no era consiente ni del tiempo ni del lugar donde estaba. Se sentía muy enojado; apenas unas horas antes se había propuesto convertirse en el heredero del trono para no ser separado de Ciorima y de su futuro hijo, y ya ese sueño corría riesgo. Mientras descendía peldaño a peldaño, intentaba entender cómo y por qué había sucedido ¿Por qué justo ahora Lenumat quería casarse con una mujer que nadie, a excepción de él, conocía? No podía ser una casualidad, no, no lo era, conocía muy bien a su hermano, y él no era del tipo de hombres que se precipitaban en sus cosas; jamás lo hacía, prácticamente era lo que más lo caracterizaba. No, él no era así, al menos de que tuviera algún otro motivo de fuerza mayor; ¡Lenumat debía querer ser Rey!

Aleyu llegó a esa conclusión nuevamente justo en el momento en que llegaba al túnel Real, pero, aunque se detuvo un instante para asimilar esa idea, no le dio importancia a la hermosa tela que cubría la entrada quieta y silenciosa. Continuó bajando por las escaleras sumido en sus pensamientos. Ya sabía que Lenumat quería ser el heredero al trono, ¿pero por qué se quería casar ahora?, ¿por qué no antes o después?, fue entonces que lo asaltó otra idea; ¿sabía acaso Lenumat que él le pediría a su padre esa noche la bendición para casarse con Ciorima? , pero de ser así ¿cómo podría haberlo sabido? No, no podía ser ¿acaso Lenumat había estado espiándolos a él y a Ciorima cuando hablaron esa misma tarde?, ¿conocía aquel hermoso lugar donde ellos dos solían ir juntos?, ¿los habría seguido personalmente por la mañana?, ¿o habría enviado a alguien a hacerlo? No, eso no era posible, pues Cumer con su aguda vista habría visto a cualquiera que los estuviera siguiendo en ese momento, además de que Lenumat no tenía permiso para salir del castillo, él debía de

haber asistido a todos los compromisos de la familia, y de haber faltado su padre se lo hubiera mencionado. Pero en ese caso debía de ser la segunda opción; envió a alguien a hacer el trabajo sucio con el suficiente cuidado como para no exponerse a ser descubierto..., y si esto fue así, ¿quién fue quien los siguió y espío? ¿Durante cuánto tiempo habría estado haciéndolo!?

Tan sumergido estaba Aleyu en sus pensamientos, en su enojo y en sus conclusiones, que no se dio cuenta del momento en que llegó a la puerta de la torre; allí estaba el mismo guardia, el cual al ver el rostro de enfado del príncipe, intimidado, bajó la mirada y se apresuró a abrir la puerta. De inmediato se alzaron ante él la noche y el frío de la misma. Aleyu se extrañó mucho pues las tinieblas le parecieron particularmente oscuras. A pesar de esto, no lo pensó mucho y atravesó el umbral y salió de la torre, viéndose en el camino empedrado, de frente a la fuente que no dejaba de empaparse con el agua, y más allá la puerta de la muralla cerrada, pero sin ningún guardia a la vista que la estuviera vigilando. Tampoco se veían por allí ni Dalia ni Lenumat. Todo estaba bañado con la luz de la roca blanca que Aleyu tenía casi sobre su cabeza. Detrás de los muros el bosque y la ciudad estaban bastante silenciosos.

Sin esperar más se dirigió a su habitación, así que se encaminó hacia la izquierda, sin importarle caminar sobre el bien cuidado césped. Fue entonces que, justo cuando llegaba al lado de dos árboles separados uno del otro por un pequeño espacio, llegó hasta él flotando desde las puertas de los muros el ruido de una estas abriéndose lentamente, instintivamente se volteó para ver quien entraba al castillo, mientras, sin saber exactamente por qué, se ocultaba detrás de aquellos dos árboles. Una figura alta y delgada se deslizó elegantemente por la gran puerta, cerrándola detrás de sí. Era fácil adivinar que se trataba de una mujer, aunque al principio a Aleyu se le dificultó reconocer quien era, sin embargo una vez que esta se acercó a la puerta de la gran torre lo suficiente como para que la luz de la roca le bañara el rostro, pudo ver que se trataba de Nubelia, su madre, quien se veía mucho más seria de lo común, casi disgustada. La Reina tocó un par de veces la puerta de la torre, la cual se abrió de inmediato y ella entró rápidamente.

Ahora Aleyu estaba mucho más confundido que antes, pues no entendía qué hacía su madre fuera del castillo sola a esas horas de la noche, ¿en donde habría estado?, ¿acaso se había cansado de esperarlo a él y decidió ir a buscarlo ella misma? En ese caso pensó que fue una suerte no solo no topársela en el camino, sino salir de la torre antes de que ella llegara.

Agradeciendo haber esquivado el disgusto de su madre al menos por esa noche, Aleyu de nuevo se dirigió a su habitación, hundiéndose una vez más en los mismos pensamientos oscuros y desarrollando una furia cada vez mayor dentro de su ser. Sin ser consciente del tiempo ni de los lugares en su camino, prácticamente caminó a tientas, solo percibiendo algunos corredores y las rocas luminiscentes incrustadas en las paredes de estos, una que otra pared tallada y una o dos estatuas, además de algunos guardias a los cuales no respondió el saludo. Por un instante se sintió tan furioso que pensó en ir al cuarto de Lenumat y pedirle explicaciones, sin embargo al pensar en el rostro de su hermano se le revolvió el estomago; de todas las personas de Daguelna, Lenumat era el último al que querría ver o con quien cruzar palabra alguna.

Deteniéndose en seco, se vio de frente a la puerta de su cuarto, la abrió y entró, cerrando luego con un fuerte golpe. Bañada en la luz blanca de la roca del techo, la habitación aun permanecía tan desordenada como en la mañana, debido a que los sirvientes no limpiaban la recamara desde hacia unas semanas, esto como castigo para Aleyu de parte de su madre por ser tan desordenado. Las muchas prendas y los mismos libros estaban regados aun por el suelo, y las almohadas y las sábanas de la cama continuaban desacomodadas. El viento que entraba por la ventana ya había acabado de pasar todas las páginas de uno de los libros de la mesa, mientras que el otro se había ya caído al suelo. Sin ánimo de ordenar su habitación en ese momento, Aleyu intentó abrirse camino para llegar hasta la cama, haciendo a un lado los objetos del suelo, empujándolos con el pie derecho. Luego fue hasta la ventana y cerró las cortinas para bloquear la noche y el frío de esta, y finalmente se arrojó a la cama, sin acomodar las sábanas o las almohadas y sin cambiarse de ropa. Se acostó mirando al techo, concentrándose en la roca y la luz de esta, y de nuevo cayendo en los mismos pensamientos y volviendo a sentir un enojo como nunca antes había sentido. Le llevó más de una hora lograr dormirse, pues su ira no se lo permitía; daba constantes golpes en el colchón y las almohadas, y unos cuantos en el aire cuando su imaginación lo llevaba a ver el rostro de su hermano flotando frente a él. Tras un rato más al fin logró quedarse dormido.

Al día siguiente la luz del sol comenzó a entrar tímidamente por la ventana, un tanto bloqueada por las cortinas. Agitando las mismas, un aire helado se coló dentro de la habitación, evidenciando que la mañana apenas comenzaba. Aleyu se despertó con algo de frío. Se sentía muy incomodo y le dolían un poco algunas partes del cuerpo como el cuello y las muñecas. Se dio cuenta de

que los collares y las pulseras le habían marcado la piel en esas partes. Se frotó la cara con las manos y se estiró un poco. Preguntándose qué hora sería, se levantó lentamente, incomodado también por la ropa que llevaba, no adecuada para dormir. Caminó hasta la ventana, abrió un poco las cortinas y miró el azul del cielo: el sol se elevaba solo un poco sobre el horizonte, a su alrededor bailaban algunas nubes poco densas de color naranja, y el viento soplaba con fuerza entre los árboles, arrancando miles de hojas que se movían como pequeñas avcillas sin voluntad. Adivinó que la hora era temprana. Luego de sentir el calor del astro Rey en la cara, repasó en su mente los compromisos que ese día debería de cumplir, eran simples pero muchos; la noche anterior no se había celebrado el Noltal de ningún niño, por lo tanto podría desayunar antes de ir a posar durante un buen rato con el resto de la familia para el retrato de la misma, luego tomaría el almuerzo, posteriormente, ya por la tarde, vería todos esos deberes que su padre le había dejado; solamente tenía que asegurarse de no quedar a solas con su madre.

Luego de aclararse el itinerario, fue a asearse. Entonces se alejó de la ventana, caminó hasta la puerta, observando de reojo todo el desorden, y salió de la recámara. Una vez en el pasillo caminó hasta los escalones y bajó por ellos hasta llegar a la puerta de más abajo, fue hasta allá y entró presuroso. El cuarto en el que ahora estaba era casi tan amplio como su propia habitación, solo que carecía de grandes ventanas y en su lugar había una abertura en la pared de la derecha, muy alta y con forma circular.

En el suelo, al fondo del cuarto, había una especie de abrevadero muy amplio y largo, lo suficiente como para caber en su interior una persona, y dentro del cual corría incesantemente una corriente de agua tranquila que brotaba de un extremo y desembocaba en el otro por medio de un conducto estrecho. Cerca de aquella fuente había unas cuantas toallas rojas que colgaban de unos soportes en la pared.

Aleyu se despojó de su ropa y se sumergió en el agua, caliente a pesar de la hora, acostándose en el interior del pequeño abrevadero. El agua le cubrió hasta la barbilla, pues la cabeza reposaba en un respaldo de piedra muy lisa. Una vez allí, Aleyu dejó que la suave corriente se llevase la suciedad y sus preocupaciones, ya que el aseo siempre le resultaba muy relajante.

Diez minutos se mantuvo en el baño, aseándose cada parte del cuerpo mientras pensaba y pensaba. Al salir se secó con una de las toallas y se envolvió con otra, luego recogió la ropa sucia del suelo y se dirigió a la puerta, salió por esta y comenzó a ascender nuevamente los escalones hasta

llegar a su cuarto, allí, rebuscando en el armario, encontró un hermoso traje casi completamente negro, combinado un poco con blanco, el cual al parecer Dalia había olvidado o no había visto el día en que decidió hacerle la más pesada de las bromas al destruir toda su ropa. Las hombreras eran rojas y se extendían un poco a los lados antes de hacer una leve curva hacia atrás, y las mangas eran un tanto largas, decoradas con delgadas serpientes que brillaban como la plata. Los pantalones, negros también, carecían de adornos, pero eran ajustados por un cinturón decorado con bronce. Este traje parecía ser mucho mejor que el de Lenumat, pero la verdad era que aquella ropa no le gustaba para nada, pues al ponérselo lo sentía pesado y le daba un poco de comezón. Era por ello que solo se lo había puesto pocas veces, y ya había pasado bastante tiempo desde la última ocasión que lo había usado, sin embargo, viéndose en la situación de no tener más ropa adecuada y de que ahora era impensable pedirle otra prenda a su hermano, optó por vestirse con aquel traje negro, el cual siempre lo había hecho lucir muy elegante. Una vez que se hubo vestido, no pudo olvidar el último detalle de aquella prenda, el cual era la capa, también negra, tan larga que le cubría los talones, y aunque era muy liviana, le desagradaba el tener que usarla, pues nunca le habían gustado las capas, pero su vestuario desentonaría si no la usaba, por lo que se la colocó, ciñéndosela a los hombros.

Una vez listo, contempló todo su cuarto y, suspirando, se dispuso a arreglar aquel desorden: lo primero que hizo fue recoger cada una de las prendas que estaban en el suelo, a estas agregó el traje de Lenumat que ahora había decidido quedarse. Entonces fue a la puerta y la abrió, depositando de nuevo toda la ropa en el suelo, pero afuera de su cuarto; hasta allí llegarían los sirvientes a recogerla para lavarla, si es que su madre lo permitía, pues no sería nada raro que lo quisiera hacer lavar su propia ropa como castigo, aunque quizás para esta ocasión quisiera algún correctivo mucho más fuerte. Lo siguiente que hizo fue juntar el libro caído, colocar en su lugar la mesa y a esta acercarle las sillas. Con una camisa bastante sucia sacudió algunos muebles y borró algunas manchas del piso, luego la colocó afuera, junto a la demás ropa sucia. También acomodó las sabanas y las almohadas de la cama, y finalmente fue hasta el armario y ordenó de mejor manera todas las prendas allí guardadas, luego cerró la puerta de este, y como último detalle fue hasta la ventana y abrió de par en par las cortinas, permitiendo a los rayos del sol iluminar toda la recámara. Le pareció entonces como si desde hacía años su habitación no hubiera estado tan limpia y ordenada. Mirando al sol de nuevo,

Aleyu calculó que debía de haber tardado una hora aseándose y ordenando su habitación. Entonces pensó que ya era hora de ir a buscar el desayuno y cumplir con los compromisos en familia, aunque para hacerlo tuviera que ver a Lenumat. Aparte de esto lo único que le preocupaba era el hecho de tener que posar para aquel retrato con aquella ropa que tenía puesta, pues aunque elegante y fina, estaba algo sucia y arrugada, y no quería que en el futuro sus descendientes lo miraran vestido así, por lo que entonces pensó en algunas posibilidades para vestir mejor. Aparte de querer lucir bien para el retrato, ahora esto era muy importante, pues si quería dar la imagen de un príncipe responsable y merecedor de ser heredero del trono, debía lucir como tal.

De un momento a otro pareció como si todo el relajamiento que había sentido gracias al baño se desvaneciera en un segundo, esto porque una vez más acudieron hasta él todos los mismos pensamientos de preocupación, al igual que su enojo contra su hermano; aun no sabía si debía enfrentarlo o no, ¿debía de quedarse tranquilo esperando que su padre se decidiera por darle a él la bendición y no a Lenumat?, ¿qué pasaría si resultara todo lo contrario?, ¿cómo podría quedarse tan tranquilo esperando? Por un instante se preguntó si debía de contarle a Ciorima, pero de inmediato descartó esa idea, pues no quería preocuparla.

Sin dejar de pensar, reflexionar y hasta maldecir, Aleyu se alejó de la ventana, apenas y prestándole atención a la bella imagen del bosque, pero mirando con el rabillo del ojo las distantes montañas.

Para cuando llegó al largo y ancho corredor donde se encontraba el comedor, adivinó que ya la familia debía de estar desayunando, pues en la entrada se encontraban tres guardias, cuyas capas azules hondeaban levemente con la brisa, y aunque la vestimenta de estos parecía ser más nueva que la suya, esta quedaba totalmente opacados por la hermosura y elegancia del traje del príncipe. Un poco sorprendidos al verlo, los guardias procedieron a abrirle rápidamente la puerta. Al entrar, se encontró con el gran salón, cuyas paredes estaban bañadas en la luz que entraba por la alta ventana de la pared del fondo. Entonces fue recibido por los murmullos de sorpresa de los que ya estaban presentes: Deinor, con su reluciente corona, Dalia, como siempre con un hermoso vestido, y Nubelia, la cual pronto intentó esconder su sorpresa. Hasta los sirvientes que en ese momento servían el jugo de manzana, quedaron atónitos al verlo. Mientras se acercaba a la mesa, Aleyu se percató de algo; ¡Lenumat estaba ausente!, lo cual lo extrañó pero también lo alegró.

Segundos después de que lo hiciera Nubelia, Deinor logró dominar su

asombro, pero Dalia en cambio ni tan siquiera lo intentó: no dejó de mirar en todo momento a su hermano como si se tratase de algún extraño ser, pasando su mirada de las cadenas a los anillos de oro y plata y demás atavíos que Aleyu se había colocado no solo en el cuerpo, sino que también en la ropa, esto y el traje negro con la capa le daban un singular aire de importancia, tanto que si hubiera llevado una corona se habría podido decir que era el Rey de muchos reinos, y esa era precisamente la idea que él quería imponer en todo aquel que lo mirara.

Con paso firme y elegante caminó hasta donde se encontraba la gran mesa ovalada hecha de roca, donde Deinor estaba sentado en el extremo en su silla de metal, acojinada y con incrustaciones de oro. A su izquierda estaba su esposa, y al lado de esta estaba Dalia, que aun lo miraba asombrada

Muy buenos días tengan todos, padre, madre, hermana los saludó Aleyu, inclinando levemente la cabeza ante su padre y madre. Entonces se sentó a la derecha de Deinor, procurando estar más cerca de su padre que Lenumat cuando este llegara.

Luego de servir el jugo de manzana a todos, incluso al vaso en el lugar vacío donde se sentaría Lenumat, los sirvientes se retiraron, murmurando entre ellos, mirando la parte posterior de la cabeza de Aleyu, uno de ellos incluso por poco choca contra uno de los grandes pilares.

Deinor contestó de inmediato el saludo de su hijo también con una leve inclinación de la cabeza, Nubelia hizo lo mismo pero tardíamente, mientras que Dalia no respondió debido a que estaba tratando de inspeccionar uno de los anillos que su hermano mayor llevaba en uno de los dedos de la mano izquierda.

Sin cruzarse muchas palabras, los cuatro comenzaron a comer. A Aleyu le pareció delicioso, no solo el sabor, sino también el olor de la carne recién cocinada en la cueva de fuego. Mientras comían en silencio, le pareció percibir como su madre lo miraba insistentemente, ya no debido al asombro del cambio de vestimenta y de modales, sino que de seguro estaba buscando el momento idóneo para expresar su enojo por lo sucedido el día anterior. Aleyu nunca la miró a los ojos, pero se dio cuenta de que ella también miraba a veces a Deinor, seguro esperando que este comenzara el regaño, pero al ver que su esposo no tenía intenciones de hacerlo, aumentaba su enojo. Varias veces pareció que iba a explotar, pero entonces la esquiva mirada de Aleyu la hacía contenerse. Este comía ignorándolos a todos, sumergido en su mente, y conforme pasaban los minutos, sus ojos se volvían más duros y fríos; parecía

como si alguien sentado a su lado le estuviera murmurando al oído palabras llenas de odio.

¿En dónde estará Lenumat?, ¿por qué aun no se ha presentado al desayuno? preguntó Deinor a nadie en específico, intentando romper la tención que se estaba formando, o que al parecer Aleyu había traído consigo. Pero además de esto, no le gustaba el repentino cambio de sus dos hijos; Aleyu vistiéndose formalmente, pero por sobre todo cargado de ira, y Lenumat llegando tarde a desayunar, lo cual era tan común como que Aleyu usara capa.

No lo sé respondió Nubelia, cuando me encontré con él hace unos minutos me dijo que tenía algo que hacer y no me dijo más, pero no sé que podrá ser.

Yo también lo vi, pero tampoco quiso decirme nada agregó Dalia.

¿No viste a dónde se dirigía? le preguntó de pronto Aleyu, que le había puesto atención a la conversación, debido a que había perdido ya el apetito.

No, no pude ver por dónde se fue, lo que sucede es que ambos salimos al mismo tiempo de nuestras torres, hablamos menos de dos minutos y luego, cuando él ya se iba, recordé que había olvidado algo en mi cuarto, por lo que volví a este, y por eso no vi que camino tomó.

Entonces Aleyu guardó silencio, pero la ausencia de Lenumat le resultaba muy sospechosa, de pronto se sintió como si estuviera jugando algún juego en el que apostaba todo lo que tenía y lo que podía tener en el futuro; se le revolvió el estomago al pensar que su hermano podría estar en ese preciso momento haciendo algún movimiento.

Cuando el desayuno concluyó, se dirigieron al salón real. Al salir del comedor, Dalia se acercó a Aleyu y le preguntó el porqué de aquel cambio tan drástico y tan notorio en su carácter y hasta en su forma de vestir, pero él, tratando de imaginar qué estaría haciendo su hermano, se limitó a responderle; “Todos cambiamos en algún momento, ya era hora de que yo lo hiciera, quizás tú lo hagas también cuando madures un poco” Ella se alejó un poco ofendida.

Cuando llegaron al salón del trono, notaron que ya el pintor estaba allí esperándolos: era un anciano un tanto alto y encorvado, con largo cabello blanco y una gran barba que le tapaba parte de las muchas arrugas del rostro. Estaba sentado en una silla de metal, la cual era un poco más acojinada de lo normal. En sus manos sostenía una especie de marco metálico sobre el cual estaba colocado ajustadamente un pliego de una especie de papel, parecido al papiro. También tenía unos cabos de grafito, que sostenía delicadamente en unas manos manchadas de negro. A su lado había un pequeño taburete metálico

en el que había varios pinceles y frascos de pintura de distinto color.

Cada uno tomó su lugar: Deinor en el impresionante trono, a su lado Nubelia, luego Aleyu, el cual no se sintió muy cómodo. Luego de él estaba la silla vacía de Lenumat, y por último Dalia. Deinor tampoco se veía muy cómodo, seguramente se estaba preguntando si ese día también tendría que suspender la actividad debido de nuevo a la ausencia de uno de sus hijos. Nubelia por su parte se notaba furiosa e indignada; miraba a veces a Aleyu, no teniendo a alguien más a quién culpar. Aleyu por su parte esperaba que la presencia de los muchos guardias que estaban repartidos por el salón, además de Enot y del anciano dibujante, ayudara a que su madre se contuviera.

En el momento preciso en el que él anciano iba a comenzar a trazar las figuras en el pergamino, y antes de que Enot preguntara por Lenumat, este ingresó repentinamente al salón, al parecer seguido por una fuerte brisa, pero lo que sorprendió a todos fue que no lo hizo a través de la puerta blanca incrustada de perlas y diamantes, sino que salió de entre las cortinas purpuras que cubrían la salida del túnel real.

¡No es posible! exclamó Enot al verlo Príncipe Lenumat, usted sabe muy bien que solo su padre, el Rey, puede usar el túnel real dijo escandalizado.

Aleyu no tuvo tiempo de decir nada, aunque en ese momento sintió como la sangre le hervía; quería lanzar todos los insultos que su mente fuera capaz de recordar, y más que eso; deseaba ponerse en pie y abalanzarse sobre Lenumat y golpearlo todo lo que pudiera, ¿cómo se atrevía a atravesar tan descaradamente un pasaje que solo le estaba permitido al Rey usar?, ¿por qué se atrevía a tanto? Aleyu quería gritar, pero todo sucedió tan deprisa que no tuvo tiempo de reaccionar.

Enot tiene razón dijo Deinor con tono algo molesto pero controlado. Dalia miraba la escena como preguntándose qué era lo que sucedía en el reino que provocaba que sus dos hermanos se hubieran vuelto locos.

Lo lamento, pero o tomaba este camino o habría tenido que descender todos los escalones de la torre, y no me tendrían presente hasta dentro de un buen rato explicó Lenumat con cierta tranquilidad, lo que ayudó a que Aleyu se enfureciera aun más, tanto que ahora sí estaba considerando de verdad el darle de golpes a su hermano en cuanto se acercara un poco, entonces sintió el brazo de su madre y notó que estaba temblando de rabia.

Entonces Lenumat, que vestía un traje muy elegante color azul esmeralda con pocos adornos, y pantalones poco ajustados, además de una larga capa

blanca, caminó hacia la silla vacía que lo esperaba. Aleyu sintió repugnancia al verlo acercarse, además de algo desagradable en el estomago, por lo que desvió la mirada hacia Enot, el cual sacudía su cabeza de un lado a otro de manera indignada.

Cuando Lenumat se sentó, el salón real se sumergió en el silencio. A pesar de la gran rabia que sentía, Aleyu al fin prefirió no decir nada, aunque jamás olvidaría el momento en que vio a su hermano salir por el túnel real, y que fue entonces que su odio por él se desarrollo por completo.

De pronto algo rompió el silencio bruscamente; eran los trazos del grafito sobre el pergamino, el anciano había comenzado a dibujar. Entonces Nubelia hizo lo posible por relajar su rostro, Deinor se mantuvo serió y pensante. Lenumat y Dalia sonrieron, esta última aun confundida, mientras que Aleyu no se preocupó por sonreír, de hecho, le sorprendió que se pudiera mantener en su lugar, al lado de su hermano.

Ciertamente aquel anciano era el mejor dibujante, pintor y retratista de todo el reino, pero por esto mismo era el más lento, por lo que los minutos pronto parecieron ser horas, y no era exactamente una familia feliz la que quedaría retratada para la posteridad.

Aleyu pronto llegó a una conclusión: aquel acto de Lenumat de usar el túnel real había sido un reto directo, de seguro lo había hecho para decirle que él sería el próximo heredero al trono. Luego surgieron varias preguntas en su mente, ¿qué estaría haciendo Lenumat en lo alto de la gran torre?, ¿qué estaba buscando si sabía que sus padres no estaban allí?, ¿estaría buscando algo?, ¿qué cosa sería?, ¿acaso algún pergamino o documento donde el Rey hubiera escrito ya el nombre del elegido para recibir su bendición para casarse y por lo tanto ser el heredero al trono? No tenía las respuestas a esas preguntas, pero para él una cosa era segura; no creía que Lenumat hubiera subido únicamente para probarse la corona de Rey para ver si le quedaba.

El sol brilló desde su cenit en el cielo y el anciano aun no concluía el retrato, aunque ciertamente para lo lento que era, llevaba buen ritmo, pero hubiera tardado aun más si Aleyu no hubiera estado tan enfadado con su hermano, pues de lo contrario se habrían puesto a conversar como lo hicieran el día en que el Rey le dio su bendición al niño menor de la familia Afiam. Pero ahora, ante la seriedad de todos, ni aun Dalia pronunció palabra alguna, pero era ella la que mostraba mayor impaciencia.

Una hora más tarde al fin el anciano dio por terminado el retrato, pero como este no era más que el borrador, se lo llevó a su casa para luego entregar

la pintura completamente terminada en algunos días. Entonces Aleyu sintió un gran alivio. Ya no podía estar más tiempo cerca de aquel sujeto; se puso rápidamente en pie, pero entonces Lenumat también se puso de pie y se colocó detrás de Dalia, dándole la espalda a él. La familia real, escoltados por tres guardias y por Enot, abandonó entonces el salón del trono en silencio. Traspasaron la puerta blanca y luego el marco de piedra, bajaron los escalones y llegaron al largo pasillo que conducía al comedor, donde de seguro los sirvientes ya estarían sirviendo el almuerzo. Pero entonces Aleyu se quedó rezagado, caminó lentamente mientras su madre, con la mirada clavada en Lenumat, lo sobrepasaba, aun temblando de rabia. Entonces, cuando su padre llegaba a su lado, se dio la vuelta y comenzó a caminar en el sentido contrario, justo por donde habían venido; estaba resuelto a volver a su cuarto, pues jamás lograría hacer con su comida nada más que lanzársela en el rostro a Lenumat.

¡¿Aleyu, a dónde crees que vas?! le gritó Nubelia justo cuando llegaba al marco de piedra sin puerta y había subido un escalón, su madre al parecer consideraba ese acto como suficiente para explotar.

Aleyu, no hagas esto, podemos hablar dijo entonces Deinor.

¡Tengo muchos deberes con los que debo ponerme al día! respondió él sin siquiera voltearse, pero caminando más lentamente.

¿No tienes hambre, hermano? escuchó que le preguntaba Lenumat a la distancia.

¡Enot!, ¡quiero que me lleves el almuerzo a mi habitación! le dijo entonces al viejo que en ese momento llegaba del salón del trono a donde él estaba. Se lo dijo entre dientes y de una manera muy grosera. Enot se quedó plantado, sorprendido mientras Aleyu pasaba a su lado sin mirarlo siquiera y continuaba subiendo los escalones hasta llegar a la entrada, por la cual desapareció dando grandes zancadas y pisando fuerte.

Dalia, más confundida que antes, y como no había podido hablar con Aleyu en todo el día, solo le pudo gritar:

¡Me gusta esa nueva ropa, Aleyu! ¿Dónde la tenías escondida?

El resto de ese día, Aleyu se la pasó en su habitación tan furioso que golpeaba todo lo que se encontraba, dando patadas a las sillas y la mesa, puñetazos en las paredes y destrozando varias prendas viejas y sucias que aun quedaban en el armario, y finalmente arrojando por la ventana la bandeja con el almuerzo que una de las sirvientas le llevó. A esta misma sirvienta le ordenó entonces que le trajera todos los documentos que su padre había

apartado para él, pero hicieron falta dos sirvientes para cargar la gran cantidad de documentos que Aleyu debía leer y analizar. Pero, aunque estaba resuelto a realizar aquellos deberes para demostrar que él era mejor que Lenumat, tanta era su rabia que luego de un rato de intentarlo decidió dejarlo para el día siguiente, pues jamás lograría calmarse lo suficiente. En lo único que podía pensar era en hacerle daño a su hermano; debía buscar la manera de dañarlo.

Pensó que quizás su madre lo iría a ver para regañarlo en gran manera por su conducta, pero si lo hacía, no estaba dispuesto a atenderla ni a abrirle la puerta. A la única persona que dejaría entrar sería a su padre, el cual quizás querría verlo para que hablaran, pero como este no lo hizo en toda la tarde, se enfureció aun más.

Para su decepción, Dalia fue la que se atrevió a subir a verlo; escuchó la puerta de su torre abrirse y creyó que era su padre, sin embargo luego, al escuchar los pasos que subían por los escalones, se dio cuenta de que debía de ser su hermana. Como no quería hablar tampoco con ella, cuando vio su sombra por debajo de la puerta tomó uno de libros más pesados y lo arrojó contra la misma, el cual hizo un fuerte estruendo. Entonces vio como la sombra de su hermana se mantenía frente a la puerta como indecisa si debía tocar o no, y luego de unos segundos se disipaba, entonces escuchó las mismas pisadas bajando los escalones.

Durante los siguientes dos días, Aleyu no se presentó a desayunar, almorzar o cenar, dando la misma excusa de que aun no terminaba los deberes, y ordenándole casi a gritos al sirviente que lo iba a buscar, que le llevara el desayuno al cuarto. Durante la mañana se quedaba en su habitación, levemente más relajado luego de algunas pocas horas de sueño. Entonces se dedicaba a leer los pergaminos, todos escritos con diferentes letras, pues cada documento había sido escrito por una persona diferente del pueblo, solicitando la solución de algún conflicto en particular. En algunos se pedía la intervención directa del Rey, otras eran solicitudes de permisos para construir casas sencillas o de dos pisos. Le llamaron la atención aquellas en las que se solicitaba la creación de alguna ley nueva o la modificación a una ya existente. Desde el primer día comenzó a encontrarse con solicitudes para que se les otorgara la bendición real a alguna pareja para que esta pudiera contraer matrimonio, al ver esto se disgustaba mucho, y las hacía a un lado para dejarlas para lo último.

Cuando Enot y otros sirvientes le llevaban la comida, de inmediato les

ordenaba que la dejaran en el suelo cerca de la puerta y se marcharan; el viejo, dolido, siempre obedecía.

Luego de desayunar esperaba un rato antes de bajar a asearse, tiempo que aprovechaba para continuar viendo más documentos, teniendo ya en el suelo decenas de solicitudes de matrimonio.

Cuando al fin bajaba al cuarto de aseo, tardaba allí dos horas. Todo ese tiempo reflexionaba y pensaba sobre muchas cosas, entre ellas, por supuesto Lenumat, su padre, su madre, Ciorima, y en el embarazo de esta última. El aislamiento en el cual se había puesto no le había ayudado en su humor; solo el masaje suave y delicado del agua pudo ayudarlo a relajarse, pero no era suficiente para calmar del todo su enojo.

La mañana del segundo día de su auto encierro ya estaba avanzada cuando finalmente salió del cuarto de aseo, para entonces se sentía renovado, con la capacidad de poder realizar todo lo que deseara. Se dirigió a su habitación, allí se vistió con el mismo traje negro, lo único que no se colocó fueron las cadenas y demás joyas, como los anillos. Antes de reiniciar su trabajo con la montaña de documentos, se quedó sentado en la cama, muy bien ordenada, mirando por la ventana hacia las mismas lejanas montañas que tanto le gustaba ver, y mientras las miraba continuaba alimentando su furia.

Minutos más tarde, repentinamente escuchó varios golpes en la puerta.

¿Quién llama? preguntó groseramente al verse obligado de voltearse de la panorámica que tenía de las montañas para mirar hacia la puerta.

¡Príncipe Aleyu! respondió una voz masculina bastante educada, soy Naón, el mensajero..., el Rey Deinor me ha enviado para traerle un mensaje.

Pues dímelo dijo Aleyu, un poco extrañado de que su padre usara al hombre encargado de llevar los mensajes al pueblo, para darle uno a él.

No puedo porque el mensaje es escrito Al oír esto se extrañó aun más.

Entonces deslízalo por debajo de la puerta Aleyu ya no solo no tenía ganas de ver a su hermano, sino que no deseaba ver a ninguna persona que pudiera estar en contacto con él, y sabía que Naón y Lenumat eran amigos.

Al instante un sobre de color verde se asomó por debajo de la puerta, a continuación se escucharon las pisadas del mensajero bajar los escalones y salir de la torre. Aleyu se puso en pie y fue hasta la puerta, tomó el sobre y lo abrió, sacando del mismo un pequeño pergamino doblado, lo desdobló y leyó en este:

Deinor Menelas, Rey y soberano de Daguelna.

Aleyu, príncipe de Daguelna.

“Amado hijo mío, debido a la conducta que se ha observado tanto en ti como en tu hermano Lenumat, he decidido hacer algo al respecto, deseo comunicarte que ya tomé una decisión acerca del asunto del cual hablamos hace ya dos días en la habitación real. Para dar a conocer esta decisión, he convocado una reunión, la cual se llevará a cabo precisamente en la habitación real, y será dos horas después del cenit del sol”.

“Supongo que no es necesario decirte que es de suma importancia que asistas, de lo contrario, tendré que cambiar mi decisión, y créeme que no será a favor del que se ausente”.

“Muy cordialmente se despide, El Rey Deिनor”.

¡Ha tomado una decisión! saltó Aleyu al instante mismo luego de leer la carta. Sintió como su corazón latía a una velocidad casi igual a la del viento durante una fuerte tormenta. Se sentó de nuevo, respiró hondo varias veces e intentó desacelerar su corazón.

Tras releer varias veces el mensaje, se descubrió temblando, pues ahora la pregunta era; ¿cuál habría sido la decisión de su padre?, ¿habría sido a favor suyo o de Lenumat?

—Mi amado padre no me fallará, no me puede fallar, yo no puedo decepcionar a Ciorima y al hijo que lleva en su vientre” se dijo en su mente para tratar de calmarse, entonces se levantó y fue hasta la ventana y allí miró al cielo, calculó que debía de faltar aun una hora para el medio día, lo cual significaba que faltaba poco menos de tres horas para que llegara la hora en que, según él, se decidiría su futuro; si permanecería al lado de Ciorima y de su hijo, ganando gloria y respeto, o si por el contrario los obligarían a vivir separados para siempre, en la vergüenza y el desamparo.

El mensaje enviado por su padre lo dejó en tal estado de nerviosismo que decidió abandonar por el resto de aquel día las labores que aún le quedaban pendientes, sabiendo que le sería imposible concentrarse y poner atención a lo que leería. Resolvió esperar sentado en una de las sillas de la mesa, la cual arrimó a la ventana para contemplar a cada hora el cielo y el bosque. De vez en cuando se levantaba para estirar las piernas luego de un rato de meditar sin cesar, ratos en los que aumentaba su confianza en su padre, al igual que se incrementaba su enojo contra Lenumat. Muchas veces cambió el lugar donde se sentaba, pues, luego de dar un par de vueltas por la habitación, se acomodaba en la cama, ahora bien ordenada, o se sentaba encima de la mesa

de piedra, e incluso en el suelo, siempre consultando constantemente la posición del sol para saber cuánto faltaba para la hora anunciada.

Tan larga le pareció la espera que, justo cuando creía que faltaban pocos minutos ya, se vio decepcionado cuando al escuchar unos golpeteos en la puerta y correr a abrir, se dio cuenta de que no era más que uno de los sirvientes, el cual le traía el almuerzo. Entonces, a regañadientes, lo dejó entrar. Este le trajo carne jugosa recién cocinada, varias frutas y un jugo de naranja. Aleyu estaba tan ansioso que en diez minutos devoró su almuerzo, dejando las bandejas con no más que huesos y algunos otros restos de las frutas, pero por otro lado el vaso de jugo apenas y lo tocó, pues cada vez que bebía sentía como si se fuera apagando el fuego de la ira que lo consumía, pero él no quería eso; le gustaba la sensación del enojo quemándole por dentro.

Cuando el sol le mostró que había pasado una hora y media desde que este estuviese en su cenit, Aleyu escuchó un fuerte sonido, cuya procedencia creyó no podría ser más que del patio delantero del castillo: fue el inconfundible tono de un cuerno. Aleyu se preguntó el porqué de aquello, ¿sería una llamada?, ¿o quizás algún aviso? A pesar de tal misterio, se mantuvo en su habitación y no se asomó siquiera a la ventana, pues aunque esta miraba hacia donde estaba el patio delantero, su vista quedaba oculta por los techos de las torres y pasillos, pero más que nada por la torre principal.

Para Aleyu, los últimos minutos de espera fueron los más largos y pesados, pues le produjeron nuevos y extraños sentimientos; se sentía ansioso como nunca, muy nervioso y preocupado a la vez, y para una persona que, hasta hacia pocos días, era un despreocupado, estas emociones fueron muy difíciles de asimilar, e imposibles de controlar. Para evitar salir corriendo hacia la gran torre donde debía estar su padre ya con una decisión, Aleyu debió de sumergirse en una especie de trance y, como lo hiciera una persona antes de morir, repasar toda su vida en un instante; vio su infancia, adolescencia, su presente y los probables futuros que le esperaban de acuerdo a lo que aconteciera ese día, dentro de tan pocos minutos. Se vio portando orgullosamente la corona de Daguena, luego, como una pesadilla, se imaginó a Lenumat atravesando de nuevo el túnel Real, pero esta vez para sentarse orgullosamente en el trono.

Aquel trance en el que se encontraba fue de pronto interrumpido bruscamente por el alto volumen de un sonido; era nuevamente la llamada del cuerno, pero esta vez eran dos los que se hacían escuchar con fuerza por todo

el castillo y el pueblo.

Aleyu miró al cielo y supo que había llegado el momento, habría de convertirse en servido o en servidor. Su vida, la de Ciorima y la de su hijo pendían de un hilo, el cual, sin saberlo estos últimos, manejaba Deinor.

La llamada de los cuernos se escuchó una vez más, esta vez con mayor fuerza. En ese momento Aleyu se levantaba de la silla y se dirigía hacia la puerta, y antes de que colocara su mano sobre el pomo, los cuernos sonaron por cuarta vez.

Salió de la habitación, alzó un poco la barbilla, respiró hondo, cerró la puerta y se encaminó hacia la gran torre. Los últimos minutos dentro de su habitación los había aprovechado para cambiarse de ropa. Al no tener alternativa, se vistió de nuevo con el traje negro, el único elegante y de aspecto nuevo que aún conservaba. Se colocó los anillos y collares de oro y plata, y como toque final se había rasurado su joven y poco poblada barba.

Aleyu se dirigió rápidamente a la gran torre. Caminaba apenas por los corredores circulares cuando comenzó a escuchar algo que le pareció como lejanos rumores que poco a poco se iban haciendo más fuertes, como si muchas personas estuvieran hablando entre sí. Conforme se acercaba al jardín delantero del castillo, estas voces se iban haciendo más claras y fuertes, al punto de que pronto supo que debían de ser no solo unas cuantas decenas de personas, sino cientos las que hablaban.

Muy extrañado, continuó su camino, pero el sonido de tantas personas juntas aumentó tanto que pronto le resultó difícil escuchar incluso el lejano murmullo de sus propios pensamientos o las insistentes llamadas de los cuernos. Aleyu no entendía nada; estaba muy intrigado, pero no supo que era lo que en realidad sucedía hasta que llegó al jardín.

Completamente atónito fue como quedó Aleyu cuando finalmente llegó a la parte delantera de su propio hogar: allí, ante sus ojos, los árboles eran opacados y el pasto había desaparecido bajo los pies de cientos, quizás miles, de daguelnenses. Hombres, mujeres y sus niños, llenaban por completo el gran espacio que separaba el castillo de las puertas de las murallas. Todas aquellas personas hablaban y reían sin cesar. También había quienes coreaban cantos mientras parecían estar atentos a la cima de la gran torre, como esperando algún acontecimiento especial.

Aun asombrado, Aleyu caminó lentamente por el pasillo, buscando alguna señal que le explicara qué era lo que sucedía. Se encontraba en el ancho pasillo que conducía al comedor, por lo que estaba de frente a tal multitud y a

solo un poco de altura de esta. Las personas al verlo de inmediato comenzaron a aclamarlo repetidamente, como si se tratase de algún héroe. En medio de tal confusión, lo único que se le ocurría era continuar con su camino y llegar a la habitación de su padre, donde podría recibir respuestas. Poco antes de dejar el pasillo y llegar a los escalones que descendían al jardín, vio que las grandes puertas de las murallas estaban totalmente abiertas, y su asombro creció aun más al ver que, aun en las afueras del castillo, la gente se amontonaba una detrás de la otra, e incluso las calles de Asaliriam estaban colmadas. Era seguro que la mayoría de habitantes de la ciudad se había hecho presente, y que incluso debía de haber muchas personas de las otras ciudades y pueblos. A la señal del llamado de los cuernos, los cuales de seguro habían sonado también en las ciudades de Hadanas y Gaelan-eset, las otras dos grandes metrópolis del reino.

Al llegar a los escalones, Aleyu no tenía ni idea de cómo haría para atravesar semejante multitud y lograr llegar a la puerta de la gran torre.

¡Príncipe!, ¡por aquí...! Una voz ronca y una mano larga y fuerte se extendió hacia Aleyu, justo cuando este vacilaba en pasar al jardín ... nosotros lo escoltaremos Un hombre fornido y alto, acompañado de otro un tanto obeso, lo invitaron a bajar junto con ellos, ambos hombres vestían los sencillos uniformes de guardias del castillo —Nosotros lo escoltaremos y le abriremos camino dijo el otro sujeto, el cual también le extendió el brazo.

¿Pueden decirme qué es lo que sucede este día?, ¿por qué toda la gente de Daguena se ha reunido de semejante manera al mismo tiempo?, no recuerdo haber visto nunca antes algo semejante, aunque he leído que en el pasado sí se han dado reuniones como esta.

Ambos hombres se colocaron de tal manera que dejaron un espacio entre ellos, y al parecer prefirieron no responder aquellas preguntas. Aleyu vaciló un momento, pero luego se decidió: bajó los escalones y se colocó en medio de los dos guardias, mientras la gente continuaba coreando su nombre, además de cantar diversas canciones, algunas de las cuales eran muy antiguas, pero aparte de esto, también coreaban los nombres de Deinor, de Nubelia y Dalia, y para gran enojo de Aleyu, también el de Lenumat.

Para la relativamente aburrida vida en Daguena, aquel día resultaba ser una fecha especial y poco común para los daguenses, que se salía de la rutina que practicaban diariamente, así como sus antepasados remontándose a muchas generaciones, por lo que todos se sentían muy animados y un tanto exaltados, sabiendo que cosas así no eran muy frecuentes, y trataban de

disfrutar cada instante para así poder grabar ese día en sus memorias. Por esto fue que llegar a la puerta de la enorme torre principal del castillo resultó ser muy difícil para Aleyu y sus escoltas. Entre empujones y tropezones, finalmente lograron llegar a la puerta de la torre, la cual por fortuna se habría hacia adentro, ya que hubiese sido imposible abrirla hacia afuera debido a que la gente se amontonaba primordialmente entorno a la gran torre.

Un tanto halado y empujado pero al final aliviado, Aleyu logró entrar en la torre, sus escoltas se quedaron afuera resguardando la entrada, y fueron estos los responsables de forcejear y cerrar la puerta.

En el interior de la torre solamente había un guardia, el cual no dio respuestas satisfactorias a Aleyu sobre lo que estaba sucediendo afuera. Sorprendido y molesto con el guardia, comenzó a subir la extensa escalera de caracol.

Pensando en la hora, se apresuró, pues había perdido bastante tiempo tratando de pasar entre la multitud. Los murmullos de las personas se fueron haciendo cada vez más débiles, sin llegar en ningún momento a desaparecer del todo. Cuando llegó al centro de la torre, miró unos segundos el lienzo que cubría la entrada del túnel Real; para su desagrado, imaginó a Lenumat atravesando ese mismo lienzo, lo que provocó que se le revoliera el estomago. Entonces el sonido de una nueva llamada del cuerno lo devolvió a la realidad, y apresurando el paso, continuó subiendo.

Aleyu subió los últimos escalones, entonces apareció ante él aquel pasillo alfombrado que conducía a la habitación de sus padres. Al momento de terminar de subir la escalera se detuvo de golpe: allá al fondo del pasillo estaba su padre, que parecía estar esperándolo.

Te retrasaste unos minutos de la hora acordada, hijo dijo Deinor serenamente. Este estaba vestido tan elegantemente como pocas veces: con su más fino traje hecho de finísimas telas, mezclando el color blanco con el constante púrpura, con insinuaciones de rojo. Sus manos estaban llenas de anillos muy hermosos que tenían un gran brillo, a pesar de que algunos eran muy antiguos. Su corona, siempre hermosa, había sido pulida, y más que reflejar luz, parecía emanarla.

Te ruego que me disculpes, no fue mi intención, pero la multitud de allá abajo me retraso un poco.

Debiste salir de tu habitación con más tiempo ¿qué acaso los cuernos no comenzaron a llamar aun horas antes de la cita?

Pero si yo no sabía de todo esto se defendió Aleyu, mientras caminaba

lentamente hacia su padre, además, aun no entiendo el porqué de reunir a todo el reino, al menos pudiste avisarme para estar prevenido, padre.

En primer lugar, no pude avisarte yo mismo debido a que te has mantenido en tu habitación todo el tiempo, y yo no te he visto para nada, además de que he estado ocupado.

Pero ¿y Naón?

Te envié un mensaje con él, pero no pude enviarte otro debido a que Naón ha estado muy ocupado avisando a todo el reino sobre el evento que se realizará hoy, y tampoco envié a Enot, o a cualquier otro sirviente del castillo a avisarte, porque ellos también han estado muy ocupados en el palacio, además de que no quise exponer a ninguno de ellos a ti, debido a que los has estado tratando muy mal. Además de esto, no te avisé antes porque no fue sino hasta ayer, muy entrada la noche, que tomé mi decisión.

Si te preguntas el porqué de reunir a todas las personas del reino, bueno, te diré que es muy simple; ¿no crees que el anuncio de quien será mi heredero, y por lo tanto futuro Rey de Daguena, sea algo de una importancia tal que a cada daguense le pueda interesar?

Bueno, sí, tienes razón, aunque admito que no me lo esperaba aceptó Aleyu, llegando al fin a menos de un metro de su padre, el cual lo miraba con expresión pasiva pero manteniéndose serio ¡Pero por favor!, padre, dime cual ha sido tu decisión Aleyu sentía temblar sus rodillas, a la vez que se le desarrollaba un extraño frío en el estomago.

Deinor miró a su hijo fijamente a los ojos; parecía estar intentando sonreír, aunque por algún motivo al parecer esto se le dificultaba, cosa poco común en él. Lucía extraño, como si aún estuviera contrariado sobre si su decisión habría sido la correcta.

No creerás que he convocado a cada Daguenses a los jardines del castillo, solo para hablar contigo en secreto ¿cierto? aclaró Deinor al fin, logrando poco más de una insinuación de una sonrisa.

¿Me estas queriendo decir que...?

El anuncio será publico confirmó Deinor seriamente Tanto tú como Lenumat lo escucharán al mismo tiempo que todo el reino Entonces Deinor abrió la puerta de la habitación e hizo pasar a Aleyu, el cual no sabía que decir.

La inquisidora mirada de Nubelia fue lo primero que observó Aleyu al momento de entrar. Su madre se veía aun de muy mal humor, pero en su rostro se notaba una casi imperceptible incertidumbre, como si ella desconociera el

motivo de aquel gran evento.

Al lado de la Reina estaba Dalia, la cual exhibía totalmente su ignorancia sobre lo que estaba sucediendo. Aleyu volvió a sentir un malestar en el estomago y un fuego en las entrañas cuando vio que también en la habitación se encontraba Lenumat, sentado en una silla al lado de una mesa cuadrada. Este observó feliz la llegada de Aleyu, sin saber el desagrado que le producía a su hermano el simple hecho de verlo. Parecía que Lenumat estaba a punto de dirigirle la palabra, pero para dicha de Aleyu, Deinor hablo primero:

¡Escúchenme muy bien! exclamó con gran autoridad, tanto que Aleyu por un momento lo desconoció, a partir de este momento nadie, ¡nadie hablará!, únicamente yo podré dirigirme a alguno de ustedes, y si acaso lo hago, no esperaré ni querré respuesta alguna, ¿entendido? Esto lo hago para evitar las probables discusiones que se podrían dar.

Deinor había hablado con tal autoridad que, habiéndoles quedado claro a todos, no respondieron más que con un movimiento de sus cabezas, a pesar de que ninguno entendía nada aun, en especial Aleyu, que no sabía que pensar.

Bien dijo luego Deinor, ahora, Aleyu, Lenumat, síganme Se dirigió al balcón, abrió las gruesas cortinas del mismo y salió a este. Aleyu se encaminó detrás de su padre completamente en silencio, mientras que Lenumat hacía lo propio. Este último parecía un poco contrariado, pues no entendía por qué su hermano ni siquiera lo miraba. Los tres salieron al balcón, el cual era de forma redondeada y sus almenas de piedra, cuyas puntas eran talladas, representaban diminutas copas de árboles. De inmediato se alzaron desde abajo miles de gritos y aclamaciones; la multitud había estallado al ver a su Rey, y aun más al ver que este era acompañado por los dos príncipes.

Aleyu, a la izquierda de su padre, podía ver la inmensidad de la Tierra: el gigantesco bosque amado por todos los hombres de Daguena se sometía al calor del sol mientras que, muy lejanas, las grandes montañas inalcanzables estaban ocultas bajo espesas nubes, como si se tratase de un velo cubriendo el más hermoso de los rostros.

Lenumat, por su parte, se encontraba a la derecha de Deinor, contemplando la gran multitud, y más allá una ciudad vacía. Ambos tenían expresiones serias, Lenumat, al momento de entrar Aleyu en la habitación, había notado la fría y odiosa mirada que su hermano le insinuó por un momento, al principio no había entendido el por qué, al igual que no había entendido la actitud de Aleyu últimamente. Sin embargo ahora, con un golpeteo en el corazón y una ira insinuándose en su espíritu, sospechaba lo que sucedía.

La multitud poco a poco comenzó a callar y a calmarse debido a los gestos que con las manos les hacía Deinor para que se apaciguaran, pero pasaron un par de minutos antes de que hubiera el silencio necesario para que el Rey pudiese hablar con su voz cansada por los años, minutos que le parecieron incómodos y eternos a Aleyu.

¡Amado pueblo de Daguena! La voz de Deinor a pesar de su edad era fuerte y todos la pudieron escuchar, y al fin las pocas personas que aun hablaban callaron para escucharlo, hoy es un día de fiesta como pocos ha habido en Daguena en muchos años; el claro de fiestas está ya listo, hay comida caliente, y jugos recién exprimidos. Habrá música y baile, y el regocijo será tal que hasta nuestros hermanos los árboles sentirán el deseo de unirse a la celebración, y parecerán bailar también cuando el viento de este día y de la cercana noche haga mover sus ramas, al ritmo de la alegría. Esta noticia nos llena de gozo a todos, pero de seguro se preguntaran el porqué de semejante celebración Hizo una leve pausa y luego, con tono más pausado pero igual de enérgico, continuó hablando: pues he de decirles que todo se debe a un anuncio que debo hacerles a todos, ¡un gran anuncio!

El corazón de Aleyu se aceleró, queriéndosele salir del pecho; había estado esperando este momento, pero ahora que al fin había llegado, se preguntaba si estaba listo para escuchar la decisión de su padre, pues los nervios lo dominaban. De seguro Ciorima estaría allí abajo, en algún lugar en medio de tantas personas, mirándolo, estando también ella muy nerviosa sin saber la razón.

Entonces Aleyu y Lenumat se miraron un instante por detrás de su padre, Aleyu le lanzó aquella horrible mirada, mientras en Lenumat, a pesar de que no miró con odio a su hermano mayor, sus ojos se distanciaban mucho de ser amigables.

¡Hoy les he de anunciar que ha sucedido algo que nunca en nuestra historia pasada había acontecido...! continuó Deinor, extendiendo los fuertes brazos al frente:...el príncipe Lenumat me ha pedido mi bendición para contraer matrimonio con la que él cree es la mujer de su vida... Al oír esto las personas del reino estallaron nuevamente en gritos de júbilo, a la vez que coreaban el nombre de Lenumat, lo cual disgustó mucho a Aleyu ¡Silencio! exclamó Deinor tan fuertemente que muchos pensaron que, por su edad, se había quedado sin voz. De inmediato las miles de personas se sumergieron en un respetuoso silencio. Lo que les he dicho no es todo, pues el príncipe Aleyu también me ha pedido la bendición real para casarse con su novia de

varios años, y conocida por casi todos Las personas esta vez permanecieron calladas, pues no creían lo que acababan de escuchar. Durante unos momentos lo único que se escuchó fueron cuchicheos y rumores que iban de un lado a otro de la multitud.

Otra persona que quedó asombrada ante tal anuncio fue el propio Lenumat, el cual miró boquiabierto a su hermano, pero previamente incluso había dado un leve brinco de sorpresa al momento de escuchar lo anunciado. Aleyu por su parte, le devolvió la mirada, pero acompañada de una leve sonrisa maliciosa.

Nubelia y Dalia habían quedado asombradas desde el primer anuncio, pero para el segundo, Dalia se sorprendió tanto que se le escapó un leve grito, pero rápidamente lo calló tapándose la boca con las manos, mientras que con ojos desorbitados miraba las espaldas de sus hermanos en el balcón.

¡No puede ser! exclamó Lenumat.

¡Dije que solo yo hablaría! le recriminó Deinor volviéndose levemente hacia Lenumat, luego se volteó nuevamente hacia la multitud. Como todos saben continuó, sólo puede llegar a ser Rey o heredero al trono aquel príncipe que ya se haya casado, por lo tanto esto agrega una problemática a la situación de ambos príncipes, pues el primero que se case de ellos dos, se convertirá automáticamente en el heredero al trono, lo cual lo llevará a ser Rey una vez que yo me haya ido. Esto me ha imposibilitado el tomar una decisión sobre cuál de ambos debería casarse primero y así acceder a este gran beneficio y honor... es por ello que, tras pensarlo mucho, he llegado a la decisión de no ser yo quien diga cual se ha de casar antes que el otro, sino que, en una competencia, el más fuerte, valiente y valioso de ambos, alzándose con la victoria, gane tal derecho, por las fuerzas de sus brazos, y no por las consideraciones de un anciano.

La multitud nuevamente volvió a murmurar incesantemente, luego, animada por la idea de un evento como aquel, comenzó a dar signos de aprobación, aunque no muy elocuentes. Al oír aquello, Aleyu y Lenumat se miraron una vez más como rivales, impresionados, sin saber que decir o pensar; el futuro de ambos se definiría enfrentándolos, y solo uno conseguiría el destino que tanto ansiaba. Luego de unos segundos, ambos dejaron de mirarse y se voltearon hacia el frente, mirando la espalda de su padre.

¡La competencia será de natación, esa práctica que nos encanta tanto a todos los daguelnenses! continuó Deinor, seguro de que no tenía otra opción, pero dolido por lo que sabía que eso desataría ¡Esta competencia se llevará a cabo dentro de dos meses en el río Exter, donde comenzará, para luego

continuar por el Ereuflo, pues como saben el Exter desemboca en este ultimo poco antes de llegar al gran océano Gaelan! Hizo una corta pausa, la cual aprovechó para observar la reacción de las personas: algunas estaban felices y emocionadas, pero otras dudaban ¡Pero en esta competencia no participaran solo los dos príncipes; debido a que detrás de ellos también hay otros daguelnenses que desean casarse y han solicitado mi bendición, he decidido que cada hombre que desee contraer matrimonio este año, pueda participar en dicha competición, la cual ganará aquel que llegue primero a la meta que estará ubicada en la costa del océano! Los que lleguen primero obtendrán el derecho a casarse en el momento que más gusten y antes de cualquier otra persona, además de ganar premios y regalos.

En cuanto a los dos príncipes, debido a que en su caso competirán no solo por casarse, sino también por decidir quién se convertirá en mi sucesor al trono, aquel de los dos que llegue antes del otro, será el que obtenga este beneficio Entonces las personas, no todas pero sí la mayoría, volvieron a estallar en una gran euforia luego de las palabras de Deinor ¡Ya sé lo que muchos de ustedes deben de estar pensando; “que esta competencia será algo demasiado peligroso debido a los darados”, y tienen razón, pero les aseguro que se tomaran todas las precauciones del caso, como lo será la captura de los Darados como ya se ha hecho en el pasado en actividades semejantes! Muchos de ustedes no lo recuerdan, pues la última vez que se hizo algo semejante fue cuando yo mismo aun era muy joven, pero si revisan algunas historias o si le preguntan a los ancianos, sabrán que es verdad lo que les digo, y sabrán cómo es posible capturar a todas esas bestias y liberarlas posteriormente... Otra breve pausa, ya que la simple mención de aquellas criaturas había hecho callar a casi toda la multitud ¡Finalmente! anunció el Rey sus últimas palabras, solo quiero decirles que llegó la hora de la fiesta, salgamos todos y celebremos este gran día, por que la próxima gran celebración será hasta dentro de dos meses Una vez más la multitud lo aclamó a él y a sus dos hijos, aplaudiéndoles con gran estruendo. Entonces, lenta y ordenadamente, todas las personas comenzaron a moverse en dirección a la salida del castillo, en medio de cánticos y de danzas, y una vez afuera, se dirigían directo al claro que quedaba cerca de la cueva de fuego, lugar que de seguro se quedaría muy pequeño para tal cantidad de personas.

Deinor se quedó un rato despidiendo la multitud con la mano, luego, lentamente, se volteó hacía el interior de la habitación, vio que sus dos hijos lo miraban indecisos y con deseos de hablarle, pero que aun recordaban su

orden y la autoridad con la que la había dado, así que en su lugar lo interrogaban con las miradas.

Aleyu dentro de sí estaba completamente atónito, no podía creer lo que su padre acababa de anunciarles no solo a ellos sino al reino entero; ¡Una competencia!, ¡una competencia de nado! ¿Así sería como se decidiría cuál de ellos dos habría de convertirse en el heredero al trono?, ¿por una vulgar competencia?, ¿qué significaba aquello?, ¿acaso su padre no creía lo suficiente en él como para elegirlo por sobre Lenumat sin vacilaciones?

¡Sé lo que deben de estar pensando! les dijo Deinor, y únicamente les diré que lo que hago, lo hago debido a la conducta de ustedes dos: tú, Aleyu, te mantienes encerrado en tu habitación alimentándote de la ira y tratando mal a todo aquel que toca a la puerta, cosa que antes era impensable en ti, no me gustaría saber cómo actuaras luego si continuas así.

Lenumat, tú te ausentas durante las mañanas y no dices a dónde vas o con quien, cosa que sabes que no se les permite a ninguno de los tres.

¿Se ausenta todas las mañanas? exclamó Aleyu ante tal noticia olvidando la orden de su padre, ¿qué haría su hermano por las mañanas?

¡Di la orden de que solo yo hablaría! le recriminó Deinor, Aleyu calló, pero en su mente la desconfianza y el odio aumentaban.

Si todo esto ha sido por quien será el próximo heredero, entonces lo mejor es decidirlo de la manera más justa, la de la naturaleza; que el más fuerte y hábil sea el que triunfe, así el perdedor no tendrá derecho a sentir enojo trató Deinor de explicarles, y así yo me aseguro de que Daguena tenga en el futuro el mejor Rey posible. Espero también que de esta manera termine la rivalidad entre ustedes dos calló un momento y su mirada se paseó ligeramente por los rostros de Nubelia y Dalia, las cuales estaban más que sorprendidas con todo lo que habían visto y oído ¡Bueno!, ya pueden irse, y no se molesten en volver en lo queda de este día, váyanse a divertir, o a entrenar para la competencia, da igual, dejen descansar a un anciano de sus pesares.

4

Dresar

Un enfado aun más allá de todo lo que había sentido hasta ese momento fue justo lo que sintió Aleyu al momento de salir de la habitación de su padre. Dio unos pasos, escuchó la puerta cerrarse y notó que Lenumat caminaba a su lado.

¿Por qué Aleyu?, ¿por qué has hecho esto? lo increpó un Lenumat muy irritado Quiero que me confieses qué es lo que pretendes.

¿Qué? se volteó Aleyu ofendido, dispuesto a cualquier cosa, lo mismo debería preguntarte yo a ti, ¿qué historia tan ridícula es esa de una enamorada que dices tener y que conoces desde hace apenas unas pocas semanas?, ¿en serio crees que alguien cree que deseas casarte con ella por amor? Lenumat lo miró un instante.

Deinor te dijo todo, ¿no es cierto?

¿Deinor?, ¿tienes el descaro y la confianza en que tú serás el próximo Rey, como para darte el lujo de llamar por su nombre al Rey, ¡a nuestro padre!?

¡Que tonterías estás diciendo! gritó Lenumat ¡yo no deseo ser Rey!

¿Así? ¿Entonces por qué tanta farsa?

¡¡Es suficiente!! ¡Los dos cállense! La discusión fue interrumpida por la voz de Nubelia detrás de ellos. Allí estaba, furiosa y, por primera vez, sin saber exactamente qué hacer. A su lado estaba Dalia, la cual parecía asustada pues jamás había visto a nadie discutir de aquella manera en todo el reino, excepto quizás a su madre.

Aleyu se dio cuenta de que ese era el momento que su madre había estado esperando, al fin le había llegado el momento a la Reina para desatar toda su ira.

¡Ambos ahora me van a escuchar! les gritó ella, pero Aleyu descubrió que ya no sentía ningún temor hacia su madre ¡La manera en que ambos se han comportado estos días es algo indignante, deplorable e inaceptable para dos personajes tan representativos para cada habitante de Daguelna! El rostro de la Reina de pronto cambió de color a un rojo vivo, mientras se

resaltaban cada vez más las venas de su cuello ¿Alguno de ustedes dos se da cuenta de que su conducta prácticamente es algo nuevo para este reino?, ¿cuándo se ha visto en Daguelna discusión alguna que dure más de tres horas antes de que todos los involucrados, debido al cargo de conciencia, corran a pedirse perdón los unos a los otros? ¡Nunca se ha sabido de dos familiares que luchan entre sí por algo tan insignificante como lo es el poder y el dinero! ¿Cómo se atreven a pretender que pueden cambiar la manera en que ha sido todo siempre en estas tierras!?, ¿se dan cuenta acaso de que lo que están haciendo amenaza con envenenar a todo Daguelna? Nubelia respiraba rápidamente y con aparente dificultad; guardó silencio un momento mientras recuperaba el aliento. Pues bien, ahora vamos a hablar de lo que ha sido la causante de toda esta estupidez, que los ha hecho alejarse del amor y de la adecuada conducta de un príncipe agregó terminando de recuperar el aliento. En primer lugar, Lenumat, ¿es cierto que deseas contraer matrimonio? Ante esta pregunta, Aleyu prestó especial atención, aunque sin volver a ver a su hermano.

Bueno, yo, pues... vaciló Lenumat un momento, pero luego encontró su carácter: Sí, es cierto.

¿Por qué no le preguntas hace cuanto conoce a la “afortunada”? dijo Aleyu en tono burlesco, pero todos sabemos la respuesta.

¡Silencio Aleyu! exclamó Nubelia, luego se volteó de nuevo hacia Lenumat, el cual no había hecho caso del comentario de Aleyu ¿Hace cuanto la conoces? le preguntó a Lenumat.

Al principio Lenumat parecía que se iba a negar a responder, pero el fiero rostro de su madre aun tenía gran poder sobre él, así que decidió que lo mejor era no guardar ese secreto.

Cuatro semanas respondió forzosamente.

Yo había escuchado que eran solo tres intervino Dalia de improvisto. La inquieta muchacha solo recibió una rápida mirada de desaprobación por parte de su madre, por lo que comprendió que aquella situación era más grande que ella misma. Confundida pues aquello era algo nuevo para ella, decidió deslizarse en silencio por un lado de los que discutían, avanzó por el pasillo y se perdió entre los escalones oscuros.

Nubelia, Lenumat y Aleyu continuaron discutiendo un gran rato, aunque ciertamente era la Reina la que llevaba el ritmo de la conversación, la cual la mayoría del tiempo era de un tono bastante alto. Al final, resultó evidente que tanto Lenumat como Aleyu habían modificado sus respectivas historias, y las

nuevas versiones eran por supuesto insuficientes y poco creíbles.

Lenumat contó que, en aquellas escasas semanas que llevaba de conocer a la mujer con la que ahora pretendía casarse, se había enamorado tanto como Aleyu de Ciorima en dos años, y hasta más, lo cual, por supuesto, fue tomado por Aleyu como un insulto grave. Lenumat incluso detalló brevemente algunos de los momentos más hermosos con su novia, pero se negó a decir el nombre de la misma, y prometió que en una semana la llevaría al palacio a cenar. Aleyu de este relato escuchó poco, pues pensó que era un desperdicio de tiempo el prestar atención a una historia que de antemano sabía que era mentira. La historia de Lenumat fue un tanto extensa, ya que cada vez que pretendía concluirla, la mirada inquisitiva de su madre le indicaba que eso no era suficiente. Fue así que tardó demasiado tiempo para relatar un amor de tan solo tres semanas de existir, aun así, para Aleyu fue claro que se guardó uno o dos secretos quizás demasiado importantes.

Aleyu no hizo menos que su hermano: modificó su historia con tal de ocultar el embarazo de Ciorima. En cuanto a su conducta, se dedicó a culpar a Lenumat de querer casarse únicamente para optar por el título de “heredero al trono”, en otras palabras, solamente por el poder, e insinuó que Daguelna no merecía tener un soberano que solamente pensará en sí mismo, y que estuviera dispuesto a utilizar a una inocente muchacha del pueblo para engañar a su familia y a todo el reino, y aunque primero la trató de “inocente”, luego habló mal de la prometida de Lenumat, diciendo que tampoco era justo que tuvieran como Reina a una mujer que, conociendo con antelación los perversos planes de un hombre, se uniera a este y fuera su cómplice, seguramente también buscando el poder y el dinero. Esto último lo dijo porque sabía que eso tocaría una cuerda interior de la Reina, lo cual lo podría beneficiar.

Y es por esa razón que he preferido permanecer en mi habitación explicó Aleyu ya concluyendo sus palabras, lo he hecho porque no quiero ver como Lenumat los engaña a todos, envenenando sus mentes con mentiras. Obviamente debí haber hecho algo al respecto, pero no quise tener que enfrentarme a mi propio hermano, ya que lo quiero demasiado, pese a lo que trata de hacer.

Lenumat al principio interrumpía constantemente el relato de su hermano, indignado por tantas injurias y mentiras, pero luego de un rato dejó de hacerlo, pues descubrió una nueva habilidad de Aleyu; la de tomar toda palabra dicha por cualquier persona, relacionada o no con el tema, y distorsionarla y modificarla, al extremo de lograr utilizarla para demostrar una mentira dicha

pocos minutos antes, o incluso para usarla en una mentira futura. Así que, pensando que Aleyu padecía alguna enfermedad mental, decidió quedarse callado.

De no haber estado Nubelia allí, de seguro los príncipes se hubieran dado de golpes, aunque claro, ninguno sabía pelear ni había dado un solo golpe antes en su vida, y el respeto inculcado por los gritos de su madre logró evitar que eso cambiara.

Al final, ambos con sus respectivas historias, llegaron a la conclusión de que el otro estaba mal de la cabeza, y de que lo que hacían, era por amor y no por el trono y la corona.

Luego de que Aleyu y Lenumat terminaron de dar sus versiones, fue Nubelia la que continuó hablando ininterrumpidamente; los regañó, les gritó y les recordó las sanas costumbres no solo de la familia real, sino de todas las personas de Daguelna. También les contó historias acerca de personajes del pasado que también se habían enfrentado a situaciones difíciles, determinantes en su vida y cuyo modo correcto de actuar les había asegurado a ellos y a todos el vivir en un país como aquel. Les preguntó que si estarían dispuestos a destruir todo aquello por tan solo dos puntos de vista distintos. Incluso llegó a amenazarlos con adoptar un tercer hijo y modificar la ley para que fuese este y no ninguno de ellos el futuro gobernante, aunque esto último no lo dijo muy en serio.

¡Espero que estén orgullosos de lo que han obligado a hacer a su padre! exclamó la Reina, al fin han encontrado algo que él no puede lograr; decidir cuál de su hijos es al que ama más Lenumat, más que Aleyu, se apenó un poco, pero eso no logró hacer que el enojo de ambos disminuyera, al contrario, el enfado de cada uno creció aun más, aunque el de Aleyu le llevaba ya demasiada ventaja al de Lenumat. Ahora ambos pensaban que el otro tenía la culpa de hacer sufrir de esa manera a su padre ¡Aleyu, vete! ordenó su madre inesperadamente, retírate tú primero, debo hablar con tu hermano, además de que no creo que deba dejarlos solos ni por un instante.

La Reina de seguro, ahora que había desahogado un poco su ira, se sentía mejor, pero sabía que la conversación aun no terminaba; aquel asunto era demasiado grande como para que se acabara así no más, pero también sabía que desconocía muchos detalles que sus hijos le habían ocultado, y que hasta que no los averiguara del todo no tendría argumentos suficientes para reanudar la discusión, pero esperaba que por lo menos con aquella reprimenda se abstuvieran de llevar mucho más allá el asunto.

Aleyu no esperó a que su madre repitiera la orden; comenzó a caminar rápidamente hacia los escalones, y pronto estuvo bajando por ellos, perdiéndose en la oscuridad. Le resultó muy extraño y sospechoso que su madre quisiera hablar a solas con Lenumat, pero prefería escapar de la Reina a continuar aquella discusión; pero aquello sí era muy sospechoso, ¿acaso estaría ella de su lado? Era lógico que Lenumat también hubiera intentado convencer a su madre de que lo ayudara y de esa manera asegurarse mayor influencia sobre Deiner. Aleyu lamentó todo el tiempo que estuvo encerrado en su habitación sin hacer nada, mientras su hermano movía hábilmente las piezas del juego.

Bajó varias decenas de escalones lo más rápido que pudo, deseoso de dejar muy atrás a su madre y a su hermano. Llegó al túnel real y apenas y le prestó atención, pues ahora lo más que deseaba era llegar a su habitación, solo que esta vez se sentaría a planear una estrategia y no a lamentarse; planearía como destruir a Lenumat, y como ganar la competencia de natación.

El día no había sido tan negativo, si bien no había sido todo lo que él hubiera deseado, por lo menos su padre, con la sabiduría que brindan solo los años, astutamente había ideado una manera de decidir sin la influencia de Lenumat, pues este de ninguna manera podría manipular a los elementos de la naturaleza. Ahora que lo pensaba, una competencia no parecía tan mala idea, solo tenía que enfocarse en ganar y todo estaría resuelto.

Al fin llegó a la parte baja de la torre y salió de la misma sin prestarle atención al guardia. El jardín ya lucía casi desierto; solo unas pocas personas estaban aun allí, esperando a que pasara el tumulto para poder caminar más tranquilamente. Aleyu caminó entonces a grandes zancadas hacia su cuarto. El sol marcaba en el cielo una hora cercana ya al ocaso, un aire cálido acariciaba el pasto maltratado. Este mismo aire parecía traer desde el bosque los primeros sonidos de la fiesta, allá en el claro de la cueva de fuego, el cual debía de estar sobrepasado en su capacidad.

Al llegar al pasillo que llevaba directo a su recámara, Aleyu se detuvo de pronto; ante él se encontraba Dalia obstruyéndole el paso.

En estos últimos dos días te has estado olvidando de algo muy importante, hermano le dijo ella fingiendo inocencia, algo que solía ser importante para ti... Se hizo a un lado y dejó ver a una hermosa joven de pelo negro y piel particularmente blanca, ¡era Ciorima!, que a pesar de ser mayor, era de la misma estatura que Dalia, y Aleyu no había podido verla antes. La chica llevaba un humilde vestido color café, además de zapatos del

mismo color.

¡Ciorima! exclamó Aleyu impresionado, recordando algunos de sus sentimientos.

Me alegra saber que aún recuerdas mi nombre le dijo Ciorima con cierto disgusto, lo poco que he sabido de ti en los últimos días lo acabo de escuchar de labios del Rey durante el anuncio que acaba de dar al reino.

¡Hay no! dijo tristemente Aleyu, creyendo que ese día nunca terminaría ¿Tú también estas enojada? Aleyu acababa de enfrentar el carácter de su madre, y sabía que con Ciorima no podría ser menos peligroso.

¿Qué esperabas, si te has distanciado de mí por completo? y según lo que me ha contado la princesa, también te has alejado de toda persona, conocida o no. Pareciera que nuestro asunto en lugar de unirnos, nos ha separado.

¡Shhhhh! saltó Aleyu de inmediato, no menciones “nuestro asunto” en este lugar... dijo, evidentemente refiriéndose al embarazo, y que no lo mencionara frente a Dalia. La princesa por supuesto que se dio cuenta de esto, lo cual hizo que se ofendiera e intrigara.

El punto es; ¿por qué te has alejado, no solo de mí, sino de todo y todos, Aleyu? le preguntó Ciorima esta vez todavía más seria ¿Te das cuenta lo mucho que me has hecho falta estos días?, obviamente no podía venir a tocar tu puerta para saber si estabas bien, eso no hubiera sido lo correcto, así que tuve que depender de mis conversaciones con la princesa para enterarme un poco de lo que ocurría, aunque ella tampoco estaba muy segura de saberlo.

No me llames princesa, ¿cuántas veces te lo tengo que repetir? expresó Dalia, sólo llámame por mi nombre.

Discúlpame Ciorima, pero tienes que creerme; lo que hago, lo hago por nuestro propio bien, y sí, quizás tengas razón y me he alejado mucho, eso fue un grave error, pero te prometo que de ahora en adelante ya no será así, y te ruego que me disculpes, sé que no lo entenderás, pero creo que el alejarme de todo me dio la oportunidad de ver muchas cosas desde el exterior, cosas que desde el interior no hubiera sido capaz de ver sino hasta que ya fuera demasiado tarde.

Debes entender que toda tarea, por pequeña que sea, conlleva un gran sacrificio, pero cuando se alcanza la meta te das cuenta de que el sacrificio fue pequeño comparado con lo mucho que ganas.

Despreocúpate, ya que, para poder luchar contra lo que he visto, debo hacerlo desde el interior. Pero por favor, necesito estar solo, pero será

solamente lo que resta de hoy, y a partir de mañana debo comenzar a entrenar para la competencia, de la cual supongo que ya oíste todos los detalles.

¡Esa tonta competencia! exclamó Ciorima perdiendo definitivamente la paciencia ¡No entiendo porqué debes participar!, si es porque deseas ser Rey, eso también es muy tonto, yo no te dejaré de querer si no lo eres, y no creo que a nuestros hijos les importe tampoco Aleyu, callado, parecía meditar acerca de cada palabra de su amada, pero la verdad era que trataba de no escucharla, además, ¿no te das cuenta de que esa carrera será en el río más peligroso que puede haber?, ¿recuerdas que está lleno de darados?, además de las rocas afiladas y los rápidos, sin mencionar los geiseres y quien sabe cuántas cosas más.

¿Qué no lo entiendes, Ciorima? la interrumpió Aleyu, es por eso que debo hacerlo, por lo que representa, porque es difícil, debo demostrar que soy mejor que Lenumat, demostrárselo a mi padre y a todo Daguelna. Este es el inicio de una nueva era en la que los Reyes serán elegidos por sus habilidades y destrezas, su superioridad, y no por su edad o porque fue el primero o no en casarse Hizo una pausa y miró el ahora angustiado rostro de Ciorima. Además, yo no le temo a esas cosas, y no hay vuelta atrás, el Rey no puede retractarse ni quiero que lo haga. Ganaré la competencia, y tú y yo nos casaremos mucho antes que Lenumat y su novia de fantasía.

Te desconozco Aleyu dijo Ciorima, su rostro había cambiado a uno de entera sorpresa, ¿puede acaso alguien cambiar tanto en tan pocos días? Aleyu no comprendía por qué Ciorima reaccionaba de esa manera, pensó que estaba siendo demasiado exagerada, creyó que con el tiempo ella lo aceptaría todo. Pero Ciorima, que ahora denotaba una gran angustia y lo miraba como si él estuviera agonizando, parecía estar incluso a punto de romper en llanto ¡Aleyu por favor detente!, ¿no te das cuenta de que estas peleando contra tu hermano!... ¡por poder!? Yo jamás había oído de algún caso semejante, ¡date cuenta de que estas olvidando tus valores, todo en lo que creemos, estas dejando de ser un hombre de Daguelna...!

¡Lo que estoy haciendo es salvar a Daguelna! la interrumpió Aleyu explotando al fin, y como nunca antes lo había hecho, salvando a nuestro país de caer bajo el dominio de alguien como Lenumat, ¿crees que yo estoy perdiendo mis valores?, ¿qué estoy dejando de ser un hombre de Daguelna? pues créeme cuando te digo que Lenumat ya nació sin esos valores que crees que están en toda persona, y ya está tan lejos de ser un autentico hombre de Daguelna como lo están las estrellas al fondo del mar. ¡Esto ya no solo es por

mi y por ti o por nuestros hijos!, es por toda la tierra que llamas hogar, ¿debo salvarla de Lenumat!

Ciorima en ese momento contuvo la mayoría de sus lágrimas, pero dos de ellas se escabulleron de sus ojos y se perdieron en su boca. Ahora se notaba en ella un lamento interno más grande de lo que cualquier lágrima o grito de dolor pudiera expresar, era por eso que resultaba inútil llorar.

Según lo que tú dices...intervino entonces Dalia, para salvar a Daguelna, se debe destruir la familia Aleyu iba a reclamar, pero ella continúa; no importa si es una o son mil, o si es la familia más humilde, o si es la familia real, una vez que comience, nunca acabará.

Tú y nuestros futuros hijos son toda la familia que necesito le dijo Aleyu a Ciorima en tono más suave y tomándola por los hombros, Dalia entonces emitió una leve tosecilla, destinada a recordar que ella continuaba allí

Bueno aceptó Aleyu, quizás necesite a alguien más, pero serán los que estén de mi lado Ciorima lucía triste ahora, con el rostro cabizbajo, en vuelto en sombras.

Al ver aquello, Aleyu se hartó de la situación, en otros tiempos hubiera hecho hasta lo imposible por consolarla, pero en ese momento ya no soportaba más la actitud de la muchacha; si sufría era porque no entendía, y si no entendía era porque su reducida visión de los hechos no se lo permitía.

Bueno, creo que debo dejarte, te ruego que me disculpes, pero ya te dije; debo planear mi entrenamiento para la competencia. Cuando todo esto acabe, será aun mejor que antes entonces Aleyu se dispuso a pasar a un lado de Ciorima, pero esta se le interpuso, intentó entonces por el otro lado, pero de nuevo Ciorima se le atravesó, Aleyu se movió una vez más, no obstante, nuevamente la joven le impidió el paso.

¿¡Deseas acaso que bailemos!?! dijo exasperado, conteniéndose.

La música está en el bosque respondió ella con firmeza, levantando al fin la mirada.

Aleyu la miró a los ojos unos segundos, entonces se acercó a ella hasta que sus rostros estuvieron a pocos centímetros de distancia, luego, muy repentinamente, la besó con pasión en los labios. Ciorima al principio se impresionó e intentó resistirse, pero luego se dejó llevar y cerró sus ojos.

Dalia, incomoda y tan confundida en ese momento como Ciorima, miró hacia otro lado, propiamente hacia el bosque, de donde provenía una música casi apagada por la distancia, entonces fingió que la escuchaba y tarareaba.

El beso fue largo y emotivo. En el cielo el sol se ocultó detrás de unas enormes nubes, provocando que una gigantesca sombra se proyectara en gran parte del castillo y, curiosamente, fuera a caer justamente sobre los pies de Aleyu.

La escena duró justo el tiempo que Aleyu necesitó, entonces, lentamente, despegó sus labios de los de Ciorima, esta abrió los ojos y lo primero que vio fue a su amado con una gran sonrisa, ella también le sonrió, pero entonces se percató de algo más: el fondo del pasillo del castillo y el túnel que llevaban a las habitaciones, que antes estaban a sus espaldas, ahora se encontraban delante de ella, y detrás de Aleyu. Entonces se dio cuenta de que durante el beso, Aleyu había aprovechado para, junto con ella misma, dar un giro, sin que la ella se hubiese dado cuenta.

Dalia tampoco se enteró de esto, pues aun miraba al bosque y pretendía seguir la música.

¡¡Aleyu!! exclamó Ciorima indignada.

Nos veremos mañana, te lo prometo le dijo Aleyu tranquilamente antes de darse la vuelta y dirigirse a su habitación mientras aun escuchaba los indignados llamados de su novia. Avanzó por el jardín y llegó al pasillo, lo recorrió rápidamente y atravesó el túnel, minutos después entró en su recamara.

Al entrar en su cuarto cerró rápidamente la puerta, dio un suspiro y se sintió levemente mejor. Todo el resto de la tarde se la pasó en el mismo lugar que había sido su fortaleza solitaria, únicamente abrió la puerta para que le sirvieran la cena, la cual comenzó poco antes de que acabara el ocaso y llegara en su totalidad la noche, y concluyó cuando ya la luna se alzaba en la oscuridad rodeada de migajas de luz.

Las últimas horas del día las había dedicado a pensar en cuál sería la mejor manera para entrenar, si con pesas o grilletes, obstáculos, o simplemente nadar contra la corriente. Los daguelnenses eran expertos en natación por naturaleza, por lo que pretender aumentar esa habilidad suponía un desafío my grande. Aun así, Aleyu sabía que no estaba en forma suficiente como para estar seguro desde ese momento de su victoria, pero jamás estaría dispuesto a renunciar.

Continuó pensando otro rato más, luego sintió un viento helado en el cuello, se volteó hacia la ventana. Como siempre sucedía, no sabía el tiempo que había pasado, pero ya debía de ser bastante, pues en principio no alcanzó a ver nada más allá del marco de la ventana, bañado por la delicada luz de las

rocas en las paredes. Aquel viento gélido le había parecido muy refrescante, así que quiso sentirlo en el rostro. Se levantó y fue directo a la ventana, allí obtuvo lo que quería; una briza le acarició suavemente la cara y le alborotó el cabello. Le pareció entonces que el aire se filtraba en su cuerpo, llegaba a su mente y corazón y se llevaba toda preocupación, dejando en su lugar solo sus sueños.

Cerró un momento los ojos, y al abrirlos se sintió renovado. Para ese entonces ya su vista se había acostumbrado a la oscuridad, así que vio una parte del enorme bosque que había visto nacer y crecer a su civilización, rodeado de tinieblas que la luz de la luna no lograba ahuyentar por completo. Luego de admirar el paisaje cercano y las borrosas sombras de las montañas lejanas, se detuvo en el difuso baño de luz que le ofrecía la luna. Se quedó un momento en la belleza de esta, pero de pronto vio algo muy extraño: allá, justo en el centro de la enorme luna había un diminuto punto negro, el cual era tan pequeño que tenía que esforzar la vista para verlo, pero estaba allí, de eso no había duda.

Aquello le pareció muy curioso, pero en ese momento no creyó que fuera algo muy importante, ya que quizás era alguna ave nocturna en busca de su presa. Pero por alguna razón no le despegó la mirada. Entonces, tan inadvertidamente como había aparecido, algo más ocurrió con aquel objeto: poco a poco comenzó a aumentar de tamaño, creció y creció muy rápidamente, pero Aleyu a pesar de esto continuaba creyendo que era un ave, sin embargo, continuó mirando.

—Sera seguramente alguna lechuza”, se dijo, pero repentinamente tuvo un presentimiento de que estaba equivocado.

El extraño objeto continuaba creciendo y creciendo, era seguro que se estaba acercando. Pronto pasó de ser algo difícil de ver a algo imposible de ignorar. Fue entonces que Aleyu supo que aquello no podía ser un pájaro. Aquella cosa aun estaba a bastante distancia, pero se notaba que no tenía forma de ave, más parecía una pequeña nube negra que se movía por el aire demasiado bajo como para ser una nube, pero además de esto, se movía como si fuera una serpiente reptando de un lado a otro, pero tampoco podía ser una serpiente.

Lo rápido que latía su corazón le indicó que aquello no podía ser algo sin importancia. Estaba muy asombrado, aquel objeto, o lo que fuere, parecía moverse con movimientos coordinados, como si fuese un ser vivo, pero de la lista de seres vivos que podían volar, Aleyu ya los había eliminado a todos,

¿¡que podía ser aquello!?

Boquiabierto y con fuertes sacudidas en su pecho, continuó viendo aquel extraño fenómeno que seguía acercándose. Aterrado, Aleyu se alejó de la ventana: el asombro más grande que jamás había sentido lo llenó por completo al ver como por el marco de la ventana entraba lentamente, en medio de una gran agitación en el aire, algo semejante a un gran grupo de sombras materializadas, en el que algunas de esas sombras se extendían desde el centro y se desplegaban y retorcían en todas direcciones. El viento soplaba con tal fuerza que todos los pergaminos fueron arrojados lejos de sus lugares; las sillas fueron volcadas y las sábanas de la cama se elevaron y comenzaron a moverse en círculos muy altos cerca del techo, opacando la luz de la roca más grande. Aleyu, sin dar mérito a lo que sus ojos veían, caminó hacia atrás, alejándose de las sombras. Su espanto lo llevó a pensar en correr con dirección a la puerta y huir del lugar, pero se percató de que todas las sillas y la mesa habían sido arrojadas hacia ese lugar, bloqueándole su única vía de escape.

Aleyu sudaba y temblaba, su corazón deseaba salirse por la boca y su alma separarse de su cuerpo. Su pánico llegó al límite cuando su espalda tocó la pared opuesta y se dio cuenta de que estaba atrapado allí, con algo que jamás había visto, que no entendía y que no sabía con que propósito lo había acorralado.

¿!!!Pero qué es esto!!!? exclamó una vez en su boca y muchas más en su mente. Tenía la extraña sensación de que aunque lograra huir, esa cosa lo seguiría a donde fuese, lo sabía, aunque ignoraba cómo.

Las sombras finalmente entraron del todo en la habitación; el aire hizo que incluso el magnífico estudio comenzara a vibrar, amenazando con elevarse también. Toda aquella oscuridad permaneció unos momentos sin moverse cerca de la ventana, ocultando por completo la vista hacia el Exterior. Luego, como si fuera un único ser pensante, se desplazó por el aire, recorriendo lentamente la habitación, pasando sobre la cama, la cual ya se elevaba unos centímetros sobre el suelo. Flotó una vez más por sobre el piso, y finalmente se quedó estática un segundo. Finalmente, poco a poco, comenzó a descender suave y delicadamente, como si se tratase de una hoja cayendo de un gran árbol, hasta posarse sobre el suelo.

Aleyu, que se había estado alejando de las sombras a medida que estas se movían por toda la recámara, con una visión turbia examinó la oscuridad que en el suelo se asemejaba a la de un abismo. Caminó con pasos tímidos y muy

lentos, tratando de no hacer ruido. Las sombras ahora se agitaban más lentamente, mientras el aire se iba calmando poco a poco. Aleyu trató de examinar la oscuridad, tratando de encontrar en su superficie algún rastro o señal que le pudiera indicar que era aquello, aunque posiblemente, de haber habido tal evidencia, él no la hubiera podido identificar.

Pero entonces, asustado, dio rápidamente dos pasos hacia atrás y sin habla cuando vio como repentinamente las sombras se movían nuevamente de una manera muy violenta, no se elevaron como antes, ni se retorcieron como una serpiente, sino que en su superficie aparecieron lo que parecían ser decenas de pequeñas jorobas que se movían de un lado al otro sin cesar, como si unos inquietos ratones se movieran por debajo alocadamente. Luego una vez más las sombras se elevaron y el aire se agitó de nuevo. Flotaron hasta alcanzar la altura de Aleyu, y se extendieron hasta acercarse a pocos centímetros del aterrado rostro del mismo.

La mente de Aleyu, entorpecida por el miedo, parecía ver todo en cámara lenta: el sonido desapareció y hasta la misma luz le pareció ralentizarse. Entonces un movimiento brusco de las sombras lo sacó de aquel aletargamiento; estas se contrajeron y retorcieron, pero entonces paso algo más asombroso. Aleyu vio como la oscuridad comenzó a tomar forma, mientras se concentraba más y más: aparecieron unas piernas, y sobre estas se formó un torso, a continuación un par de brazos se extendieron hacia el exterior desde las sombras. Por unos momentos hubo allí el cuerpo de un hombre sin cabeza, de la espalda del cual surgían las sombras que se retorcían y lo rodeaban. Por último, un cuello precedió la aparición de la cabeza. Mientras todo eso ocurría, Aleyu no creía que algún día pudiera recobrar el habla.

Ahora, ante él, había un hombre algo delgado vestido con un manto de color negro profundo que le cubría hasta los pies, mientras que la recién formada cabeza estaba cubierta por una capucha también negra. El aire se calmó de inmediato y del techo cayeron las sabanas, que fueron a caer justo en medio de Aleyu y del recién llegado. Este último permanecía en silencio, sin moverse, con la cabeza gacha y unas pálidas manos entrelazadas a nivel del pecho. Su rostro quedaba oculto por la capucha, pero un extraño resplandor blanco que se fue apagando poco a poco se asomaba a través de esta. Unas pocas sombras aun se arqueaban desde la espalda del extraño ser, pero luego estas, al parecer, se incorporaron a este, formando así sus largas pero limpias uñas.

Al calmarse el aire todo quedó en un silencio de muerte que parecía que sería eterno en aquella habitación o en aquel reino. Entonces por fin los pies de aquel ser se apoyaron en el suelo.

¿Quién eres tú? preguntó Aleyu trabajosamente, sacando palabras de donde él creía que jamás volverían a haber ¿cómo has hecho todo esto?, ¿qué eres tú?

Pero el ser no respondió en ese momento, sino que permaneció en silencio, con la cabeza mirando al suelo. En ese momento comenzó a respirar, lo cual hizo darse cuenta a Aleyu que hasta ese momento no lo había hecho.

¿Qué eres? insistió Aleyu escrudiñando aquel personaje. Su corazón aun se agitaba violentamente, y su frente emanaba un sudor helado.

Tras unos segundos, justo antes de que Aleyu insistiera nuevamente o se decidiera a huir, finalmente el hombre se movió; elevó muy despacio su cabeza: su rostro era pálido, su piel parecía reseca y tenía varias manchas en ella de color café oscuro, tres en la frente y las demás dispersas por toda la cara. También parecía tener dos cicatrices en el cuello. Sus labios eran delgados, sus pestañas no demasiado pobladas, y su nariz era muy recta y de un tamaño perfecto. El cabello era difícil de ver, pero evidentemente era negro y largo, poblado por muchas canas, que no parecían encajar muy bien con la edad que aquel sujeto aparentaba. Sus facciones eran duras pero bien delineadas, y sus ojos de color verde claro, los cuales usaba para enviar una mirada penetrante, la cual posó sobre cada posible detalle que existiera en la habitación, y luego miró directamente a Aleyu, el cual creyó perderse en la profundidad de aquellos ojos.

¡Es realmente increíble! Estas fueron las primeras palabras que salieron de la boca de aquel encapuchado; habló de una forma muy lenta y con una voz fuerte y clara. Al momento de hablar sus facciones cambiaron y se suavizaron, lo cual ayudó a Aleyu a calmar su corazón, aunque al principio no mucho. De pronto el ser emitió una cálida sonrisa, mostrando unos dientes delgados y blancos. Su mirada también cambió por una mucho más agradable ¡Es increíble! volvió a decir, esta vez de manera casi eufórica; parecía estar feliz y a la vez asombrado por alguna razón ¡Hola amigo! le dijo a Aleyu, espero que mi llegada no te haya perturbado demasiado, aunque creo y lamento que así ha sido.

Aleyu no supo que decir, a pesar de que había sido él quien había esperado que aquel ser hablara. Pero después de despegarse de la pared a la cual había estado completamente pegado los últimos minutos, y luego de

vacilar en las palabras, logró decir algo:

Eso depende Aleyu hablaba con voz entrecortada ¿Quién..., o qué eres tú?

Claro, te pido que me disculpes, presentarme fue lo primero que debí haber hecho dijo el recién llegado, pero no puedo hacerlo cuando estoy transformado en mi forma para viajes largos. La respuesta para tu pregunta es... Dresar, mi nombre es Dresar, y soy un mago, un hechicero explorador, o viajero, creo que así podría definirme yo mismo.

El nombre de "Dresar" retumbó en lo más profundo de Aleyu, como si su destino fuera a estar atado al dueño de este.

¿Mago? preguntó pese a aquella sensación, pues un nombre lo entendía, pero aquella palabra no.

Sí, así es, un mago, ¿no sabes acaso lo que es un mago? Una sonrisa acompañaba cada palabra que decía Dresar.

Bueno, no estoy seguro dijo Aleyu un tanto más relajado a cada segundo que pasaba, dime qué hace un mago.

¡Vaya!, es curioso que no conozcas la palabra, bueno, supongo que en este país deben usar alguna otra, como nigromante, que es un término muy antiguo. Pero te diré que un mago hace esto... : Dresar extendió el brazo hacia la cama con la mano abierta y la palma hacia arriba, luego elevó un poco la mano, y al instante la cama se separó del suelo, flotando como lo había hecho aquel ser mientras era un grupo de sombras. Aleyu no dio crédito a lo que veía, volvió a caminar hacia atrás asustado, entonces Dresar, viendo esta reacción, bajó los dedos, y la cama obedeció el gesto.

¿¡Cómo hiciste eso!? preguntó Aleyu casi sin habla nuevamente.

De la misma manera en que hago esto... : Dresar de nuevo elevó el brazo, esta vez a la altura del pecho, con la palma hacia arriba, de pronto una pequeña llama apareció sobre la misma. Los ojos de Aleyu se desorbitaron, pero no tuvo tiempo de decir nada; en un segundo la llama creció enormemente, era delgada y muy larga, de un color rojo intenso.

Un aire fuerte y muy frío entró por la ventana, pero aun así la gran llama no se movió con el viento, ni amenazó con apagarse. Luego algo más sucedió; la llama comenzó a variar de color, pasó del rojo al amarillo y luego al azul, luego se convirtió en una bella lengua de fuego blanco, cambió entonces a ser verde, e incluso fue negra, tan oscura como la noche o la túnica de su creador, pero aun cuando fue negra, emitió un débil calor.

Un mago, o un nigromante, es capaz de controlar los poderes de toda la

naturaleza; manipular la energía que forma todo lo visible y lo invisible, puede también cambiar la forma de todas las cosas, y su poder proviene de toda cosa existente, viva o inerte, pues todo está hecho de energía explicó Dresar. Luego la llama comenzó a apagarse, continuó siendo bastante larga, pero disminuyó su luz y calor. Cuando se había apagado lo suficiente, se comenzó a ver algo entre el agonizante fuego: era una hoja de metal larga y recta, la cual era un poco ancha y de color plateado, además, parecía tener incrustaciones de delicados hilos de oro que se asemejaban a relámpagos dorados ¿Qué te parece? preguntó Dresar mientras el mango de la espada aun ardía en llamas
¡Increíble! exclamo Aleyu maravillado.

Increíble repitió Dresar un poco pensativo, ese será entonces el nombre de esta espada, pero en otra lengua El mango se terminó de apagar y Dresar tomó la espada por la hoja y le enseñó el mango a Aleyu “Amalon”, ese será el nombre de esta espada.

Aleyu vio que efectivamente en el mango de la espada había unos caracteres que él no lograba entender ni identificar, pero asumió que era otro lenguaje, y que debía de decir “Amalon”.

¡Pero qué gran cuchillo! dijo Aleyu maravillado observando la espada en todo su esplendor.

No, no amigo mío, esto no es un cuchillo, es una espada, es algo mucho más elegante y hermoso, además de que no se usa para cortar alimentos, aunque sí tiene algo que ver con la carne, pero me refiero a otra cosa hizo una pausa y luego continuo: ¿Qué acaso tampoco sabes lo que es una espada?.

¿Espada?, pues si dices que no es para cortar alimentos, entonces supongo que debe de ser algún tipo de...

¡Arma! concluyó Dresarse utiliza para atacar a otras personas, o para la defensa.

¿Pero por qué atacar a otras personas? se extrañó Aleyu que, aunque hacía poco había tenido los primeros pensamientos de hacerle mal a alguien, el concepto de atacar alguien con semejante arma era casi incomprensible ¿Qué acaso eso no podría matarlas?

Claro que sí, ese es su objetivo primordial, aunque también se puede usar únicamente para imponer respeto, pero básicamente se usa para evitar que te ataquen a ti, o que te quiten algo que posees y aprecias. ¡Ten, sostenla!, pero pase lo que pase en el momento en que la toques, no la vallas a soltar, ni te asustes demasiado.

Aleyu se extrañó de aquellas advertencias, ¿cómo podría algo tan hermoso asustarlo? La respuesta le llegó al instante siguiente luego de sujetar el mango de la espada; esta nuevamente ardió en llamas luego de un repentino y fuerte chispazo en sus manos, Aleyu no se quemó, pero se asustó mucho, y si no hubiera sido por la advertencia de Dresar habría dejado caer la espada.

¿¡Qué pasa!?! gritó, pero Dresar no contestó, simplemente lo miraba con una leve sonrisa.

Segundos después la espada comenzó a apagarse al igual que antes. Cuando volvió a la normalidad, Aleyu notó algo diferente: en la parte superior de la hoja, del tamaño de dos puños, a modo de filo, había un diamante rojo, limpio, reluciente y casi transparente incrustado en la hoja metálica.

¿Qué es esto? exclamó Aleyu, es..., es magnífico.

Tranquilo le dijo inmediatamente Dresar aun con aquella sonrisa disimulada, sólo le hice un hechizo a la hoja de Amalon para que, en el momento en que tú la tocas, le imprimieras alguna característica, de acuerdo a como te sintieses en ese momento y lo que se esconde en tu interior, en tu corazón. Creo que algún día, cuando más lo necesites, Amalon te ayudará a salir de algún aprieto, y entonces ambos descubriremos que clase de don le has dado a esta espada, ya que ni yo mismo sé cuál es, y creo que este momento no es el indicado para descubrirlo.

¿Eso significa que puedo quedármela? preguntó Aleyu esperanzado.

Claro que sí, es un obsequio para ti, pero creo que primero debo enseñarte como se usa Dresar dijo esto al ver como Aleyu balanceaba torpemente la espada. Pero dime ¿ya entendiste lo que es un mago, o hechicero?

No, pero si eres capaz de hacer tales cosas, debes de ser un ser muy especial, algo que antes de hoy mi mente jamás hubiera concebido, algo que no puede ser de Daguena, ya que aquí no hay sujetos capaces hacer que el aire se mueva a su voluntad, o de desplazarse como un ave, ni de hacer todo esto, además de que tienes un acento extraño... ¡tú debes provenir de otras tierras!

Sí, creo que es fácil llegar a la conclusión de que soy extranjero.

Aleyu aun no comprendía nada, ¿cómo aquel hombre podía hacer tantas cosas tan antinaturales?, pensó que quizás haciendo más preguntas podría comprender mejor.

¿De dónde has venido... Dresar?

Vengo de más allá de aquel desierto que separa a tu reino del resto del mundo conocido.

¿Más allá de Solékru?, pero eso es imposible, nadie ha logrado atravesar ese desierto, y desde hace muchas generaciones que nadie de mi pueblo se atreve tan siquiera a intentarlo, de hecho, hace mucho que nadie se acerca ni aun a las montañas. ¿Eso significa que has visto a los hombres del este?, ¿los has visto?, ¿sabes cómo son?

¿Te refieres a las personas que viven en las tierras más allá del desierto?, ¿su aspecto?, bueno, no son muy distintos de tu gente, de hecho yo fui uno alguna vez. Al decir esto el rostro de Dresar se contrajo ligeramente, como si odiara el recuerdo que le había vuelto a la mente. Pero me parece que sí existen algunas pequeñas diferencias entre tu gente y... los hombres del este: una de ellas es el color de piel, ya que las personas de este país son de color levemente más oscuro, pero además estoy seguro de que tu gente tiende a ser más alta, no demasiado, claro, pero supongo que se debe a que aquí el estilo de vida es más sano y tranquilo, además de una mejor alimentación.

¿Es todo?, ¿el color de piel y la estatura? Para la gente de Daguena no era nuevo saber de la existencia de otra clase de personas que vivían mucho más allá del desierto, ya que se les mencionaba un poco en algunos escritos antiguos, lo cual indicaba que alguna vez, de alguna forma, los daguenses tuvieron contacto con estos, pero en dichos pergaminos antiquísimos no se escribió palabra alguna acerca del cómo, del cuándo ni del porqué esta relación se deshizo por completo. Era por eso que en toda Daguena el asunto había sido casi completamente olvidado, y si se hablaba de ello alguna vez cada varias décadas, la información y las creencias habían sido ya tan distorsionadas por el paso de los siglos que se pensaba que aquella gente debía de tener un aspecto muy distinto, quizás una forma corporal que se podría confundir con un animal nunca visto. Se creía que debían de ser salvajes y despiadados, pues en los últimos párrafos de los escritos que los mencionaban se leían cosas horribles, tales como traiciones, enemistades, ultrajes y hasta asesinatos. ¿Entonces son como nosotros?

Te acabo de decir que yo fui uno, y físicamente aun conservo la figura de un hombre. Nuevamente el manchado rostro de Dresar se contrajo ligeramente al decir esto. Tuve que elevarme de una nueva manera para dejar atrás lo que era: un hombre perdido como todos ellos, fingiendo saber mi misión en el mundo, conformándome con una vida inútil debido al temor de ser algo más grande, y todo esto canalizándolo a través de la violencia, la mentira y el engaño, formando así una sociedad hipócrita, prisionera de sí misma, deseando cambiar, es cierto, pero fallando siempre porqué, sin

admitirlo jamás, se gusta tal y como es.

Pero no quiero arruinar este momento en que nos estamos conociendo, con las cosas viles que he visto hizo una pausa leve, y luego continuó: Me parece que en este sentido es más lo que tú me puedes enseñar, de lo que debo enseñarte.

Para Aleyu fue una gran sacudida saber que los hombres del este eran de aspecto semejante a los daguelnenses, pues siempre, en las pocas veces en que había pensado en el asunto, los había imaginado como personas horribles con una inteligencia muy limitada. Le aterró también lo que le contó Dresar de la forma de vida de esta gente, y se sintió aliviado de tener a un desierto insondable que los separara por siempre, además de altas montañas, pero un pensamiento lo aterro.

¿Y todos son... “magos” como tú?, ¿pueden hacer las cosas que haces?

¡No, claro que no! exclamó Dresar, evidentemente también alterado con la sola idea, ninguno de ellos puede hacer lo que me has visto hacer esta noche. Te diré que por fortuna existen tantos magos en este mundo, como Sertans en los océanos del norte.

¿Sertans?

Criaturas muy bellas, grandes y maravillosas que una vez existieron en el mar, pero hace ya mucho que desaparecieron, pues fueron casadas por el hombre debido a su piel y a su cuerno, el cual era considerado una especie de trofeo explicó Dresar sin darle mucha importancia.

Al parecer sabes muchas cosas, ¿por qué has venido aquí?, ¿y cómo? preguntó Aleyu, esta vez más serio.

Veras, amigo mío comenzó Dresar, en el mundo de donde vengo las personas son demasiado conformistas, como ya mencioné; se contentan con tener su familia y una sucia cabaña que llaman hogar, y esto les basta para simplemente dejarse consumir por los años hasta que mueren. Pero yo no soy así, incluso cuando aun no era lo que ahora soy, ya era diferente; a mí me gusta viajar, conocer y aprender cosas nuevas, explorar el mundo, descubrir y resolver misterios.

Me encanta viajar mucho, de esta manera he aprendido infinidad de cosas maravillosas, pero por desgracia también he visto cosas espantosas, de las cuales no me gustaría hablarte. Llevo ya mucho tiempo haciendo esto, me he regocijado en los lugares más tranquilos y silenciosos, pero también encontré sitios donde, ya sea por las cataratas, los volcanes o eternas tormentas, el silencio no existe, pero lo reemplaza una belleza que bien vale la pena. He

estado en luz y sombras, en el agua y muy cerca del fuego, en las cimas que las nubes quisieran alcanzar y no lo logran, así como donde ninguna raíz o brote ha logrado abrirse camino, y no sé si algún día lo harán.

Con que un explorador murmuró Aleyu, apoyando la punta de la espada en el suelo y apoyándose en ella. Se había dejado llevar por las descripciones de Dresar de todos esos lugares, aunque estas fueran muy resumidas y vagas, y eso fue lo que más lo cautivó; el saber que detrás de cada palabra debía de haber un mundo entero.

Así es, un mago explorador rectificó Dresar. Y así es como, en uno de esos viajes, he descubierto este grandioso lugar. Pero cometí un gran error, pues durante muchos años supe de la existencia de aquel gran desierto, pero, al igual que las personas del mundo exterior, siempre pensé que no podía existir nada importante más allá de aquellas dunas que parecían interminables.

Estaba tan equivocado, eso comprueba de que hasta un mago comete serios errores de vez en cuando volvió a hacer una pausa y exploró el rostro de Aleyu, y al comprobar el interés de este, prosiguió: Pero todo cambió cuando hace cuatro semanas me propuse saber qué tan extenso era ese desierto.

¡Solékru! exclamó Aleyu.

Supongo que así lo llaman en este país, ¿cierto? repuso Dresar. Bueno... Solékru, resultó ser mucho más extenso de lo que pude imaginar, créeme cuando te digo que este es el mayor desierto que existe en todas las tierras a las que he ido Dresar de nuevo se detuvo un momento, como verificado una vez más la atención de Aleyu, luego, complacido, continuó: Pero al final logré atravesarlo, sorteando las tormentas de arena y el calor extremo. Ahora imagina mi sorpresa y mi complacencia cuando, justo en el momento en que creía comprobar que más allá de ese desierto insondable no había más que los cuerpos descompuestos de las rocas, ¡me encuentro con unas enormes montañas de cimas nevadas!, y detrás de esta cordillera, descubrir un bosque tan grande como los que existían antes de que los hombres plagaran la tierra. Pero encontrarme con una nueva civilización viviendo aquí, simplemente no me deja palabras para describir lo que siento en este momento concluyó con un cierto temblor en los labios, cosa que Aleyu interpretó como emoción.

¿Tú atravesaste Solékru, volando, como has llegado hasta aquí?

Por supuesto respondió Dresar, de otra manera jamás lo hubiera logrado, y a pesar de que mi forma de viajar rápido y seguro es la mejor que

se pueda imaginar, aun así el desierto dejó sus huellas en mi, ¿acaso no notas mi piel?

Aleyu, mientras escuchaba el relato de Dresar, comenzó a sentir algo extraño; aquel sujeto hablaba con una gran naturalidad y soltura, y sin embargo era obvio que almacenaba un poder sin igual, y una gran sabiduría. Entonces comenzó a sentir un profundo respeto y una gran admiración, y luego de solo haber escuchado menos de una hora, sintió como si ya lo conociera desde hacía varios meses, al menos.

Este viaje ha sido uno de los más memorables que he hecho y de los muchos otros que espero hacer continuó el mago: Me encontré con el mayor desierto, luego, oculto tras unas impresionantes montañas, el bosque más grande y exuberante del mundo, y por si esto fuera poco, escondida en este bosque, conviviendo de una manera fantástica con la naturaleza, toda una civilización, con un imponente castillo, cientos de casas y edificios de piedra y ladrillo, además de varias aldeas que apenas y pude ver desde el aire, y adivino que deben de haber más ciudades grandes Dresar hablaba de una forma muy exaltada, con un tono de asombro en cada palabra, y una sonrisa de admiración; estaba evidentemente emocionado. Cuánto lamento ahora todos esos años en los que no quise atravesar... “Solékru”, ese es su nombre ¿cierto?

Aleyu no dijo nada por un rato, tratando de comprender y aceptar todo lo que había visto y oído; un vuelco total de lo que él creía era el mundo, una realidad que fue destruida en solo unos instantes, reemplazada por historias magnificas de las que comúnmente se espera leer en el pergamino, y no escuchar de los labios de quien las ha vivido.

¿Pero por qué has dado exactamente conmigo al llegar? le preguntó al fin ¿ha sido casualidad o premeditado?

Lo que sucede es que yo llegué hace ya varias horas..., te lo explicaré; cuando vi por primera vez el castillo, que es la primera estructura que resalta desde la distancia, me quedé atónito un buen rato. Luego de mirar un poco el panorama, decidí acercarme muy precavidamente. Me sentí atraído de inmediato por la gran torre, la más alta e impresionante. Pensé que ese sería el lugar ideal para que pudiera ver al Rey, el soberano de tantas tierras hermosas. Pero cuando estuve más cerca, comencé a escuchar muchas voces, las cuales aumentaron muy rápido, entonces vi que una enorme multitud se aglomeraba a la entrada del castillo. Debido a esto y por el gran bullicio, temí que se estuviera llevando a cabo una revuelta del pueblo en contra del Rey.

Espero que no me juzgues por este pensamiento, recuerda que hasta ahora solo había conocido civilizaciones salvajes y destructivas, violentas y sedientas de su propia sangre, es por esto que, en un principio, al ver toda esa gente, equivocadamente juzgué con este mismo juicio.

Pero luego, al analizar mejor la situación, me di cuenta de que el bullicio era más bien de alegría, y que las personas tocaban música alegremente, así que me complací con la esperanza de que hubiera encontrado no solo un nuevo país, sino un nuevo tipo de personas que lo habitaban.

¡Y no te equivocaste! recalcó Aleyu.

¡Me alegro de que así haya sido! Me acerqué entonces a la torre, intentando permanecer lo más escondido posible, ocultándome justo bajo el sol. Me pareció extraño no obstante el ver a tantas personas reunidas frente a un castillo, en torno a la torre, así que deduje que estaba llevándose a cabo alguna celebración o acto de suma importancia.

Ya veo intervino Aleyu, llegaste justo cuando...

¿Disculpa?

¡Nada!, luego te lo diré, por favor continua.

De acuerdo. Resultó que minutos después de mi llegada, la gran muchedumbre comenzó a retirarse, tan o más feliz que antes; se fueron hasta un claro en el bosque y allí comenzaron una gran fiesta que aun a esta hora se mantiene. Nunca había visto una celebración con tantas personas, y sin embargo tan ordenada y feliz.

¿Qué hiciste entonces? preguntó Aleyu impaciente, ya que ya conocía los detalles de la fiesta.

Me quedé apreciando el festejo un rato, me vi tentado incluso a hacer contacto allí mismo, pero luego lo pensé mejor y me di cuenta que de haberlo hecho hubiera causado un gran alboroto y todos se hubieran asustado mucho. Entonces recordé al Rey, así que me dirigí a la altísima torre de nuevo. Me acerqué a la ventana del balcón sigilosamente, pero no me atreví a entrar ya que escuché desde el interior, más allá de las cortinas, las voces de dos personas discutiendo, un hombre y una mujer, para ser específico.

¿Discutiendo? se extrañó Aleyu y de inmediato, sin saber por qué, se imaginó a su padre tratando de resistir la insistencia de su madre para que le cediera el derecho a Lenumat de casarse primero, sin una competencia.

Así es. No logré escuchar la razón por la que estaban discutiendo, ni quería hacerlo, pero en ese momento fue lógico que aquel lugar no era tampoco el indicado para manifestarme. Por esta razón fue que decidí dar unas

vueltas al castillo, un poco lejos para que me ocultara la noche. Entonces decidí que entraría en la primera habitación cuyas cortinas estuvieran descorridas.

Y esa fue mi habitación ¿cierto?

Estas en lo correcto confirmó el mago, y bueno, aquí me tienes.

Luego de que Dresar terminara esa parte de la historia, Aleyu se quedó pensando, tratando de asimilar todo lo que había escuchado. La idea de la tierra de los hombres del este le había cambiado la imagen del mundo fuera de Daguena. Siempre había creído que sería un lugar lleno de monotonía y aburrimiento, repleto de seres abominables, aunque en la lista de estos últimos aun mantenía a aquellos hombres. Pero ahora, si un ser como aquel encapuchado que estaba de pie frente a él provenía de ese mundo, ¿qué otras cosas increíbles podría haber allá afuera? Dresar había dicho que, aunque pocos, podían existir más como él, con poderes semejantes, eso le produjo cierto temor, pero más que eso, por primera vez en su corta vida, sintió algo por ese mundo que nunca antes había sentido ni creyó que algún día sentiría; curiosidad por saber que existía más allá de Golbares y mucho más allá de Solékru.

Sé que no es mi asunto, pero, ¿por qué razón estarían discutiendo tus padres, príncipe? Asumo que eran tus padres, ya que te vi al lado del Rey en la torre, junto con otro joven que presumo que era tu hermano. No logré escuchar nada de lo que tu padre le dijo a la multitud, pero estoy seguro que tenía que ver con ustedes dos, pues en varias ocasiones, creo que cuando hablaba de ustedes, la multitud se entusiasmaba intensamente comentó Dresar, sacando a Aleyu de sus pensamientos.

¡Ha, sí!, así es respondió Aleyu, tomado por sorpresa, y ahora que me lo recuerdas, ¿yo también me pregunto por qué estarían discutiendo?

Bueno, no lo sé, pero supongo que un motivo tan grande como para reunir a tantas personas, puede ser también motivo discusión entre el Rey y su Reina.

Sí, lo que sucede es que mi padre es muy comprensivo y gentil, mientras que mi madre..., bueno, ella no es del todo mala, pero cree que mi padre tiene mano muy suave, y ahora que ha pasado todo esto debe de querer aprovechar para sacárselo en cara, a veces creo que si mi padre fuera solo un poco más gentil, sería ella y no él quien gobernaría este reino.

Sí, creo entenderte dijo Dresar con una leve sonrisa en los resacos labios. Pero bueno, creo que aún no soy merecedor de la confianza

suficiente para que me confíes qué es lo que noto que te tiene tan preocupado, y menos cuando aun no conozco tu nombre, príncipe, de hecho aun no conozco el nombre de nadie en estas tierras.

¡Ho, discúlpame! exclamó Aleyu al darse cuenta de que Dresar se había presentado y hablado de sí mismo, mientras que él aun ni tan siquiera le había dicho su nombre, así que intentó adoptar una postura un poco más noble, se aclaró la voz y dijo: Mi nombre es Aleyu Menelas, y... y soy el mayor de los hijos del Rey Deinor y su esposa, la Reina Nubelia... Aleyu, un tanto nervioso por su torpeza, se le dificultaba encontrar las palabras más adecuadas, pero también influía el hecho de sentirse un poco intimidado ante un ser con tanto poder. Tengo como hermana a la princesa Dalia, la menor, mientras que mi hermano... sintió un revoltijo en el estomago al pensar en él... Lenumat, es quien me sigue en edad.

De esta manera, por ser el primer Daguelnense ante el cual te manifiestas, yo te doy la bienvenida al reino de Daguelpna.

Muchas gracias, príncipe Aleyu, eres muy amable Dresar lo saludó con una leve reverencia.

¿Te ofrezco agua, para aplacar tu sed?

Te lo agradezco, pero no bebo agua declinó Dresar. Ahora que conozco tu nombre puedo tomarte más confianza y estima, aunque desde el principio me pareciste muy agradable. Pero me gustaría preguntarte una cosa; ¿a qué se debió semejante reunión de que lo creo fue la mayoría de la población de este reino?, el motivo de la cual, a pesar de que llevó tanta alegría a la población, presiento que tiene algo más oculto, algo que quizás sea lo que te tiene tan preocupado, todo esto, por supuesto, si me permites preguntártelo.

Aleyu vaciló un instante, preguntándose si sería apropiado revelarle las cosas que pasaban en Daguelpna a una persona que solo llevaba unas cuantas horas en el reino. ¿Sería conveniente contárselo a un perfecto extraño?, ¿un ser que había confesado que los hombres del este eran malvados y salvajes, y aceptado haber sido uno de estos, a pesar de afirmar haber cambiado y ser ahora algo superior?

Tras esperar un rato, que en su mente fue mayor, y guiado por el deseo de desahogarse, finalmente Aleyu estuvo dispuesto a contarle a Dresar lo sucedido, además de que no logró percibir en los ojos del mago malicia alguna.

Sí, te permito preguntarlo le dijo tomando una apariencia más seria,

una muy semejante a la que había decidido tomar desde que Ciorima le había dicho que sería padre. Pero antes de responderte, dime, ¿por qué debería de confiar en ti? Aleyu dijo esto más por protocolo que por desconfianza, además de querer elevar su propio nivel y así intentar verse más digno de respeto, ya que en el poco tiempo que llevaba charlando con el encapuchado ya sentía confianza en él, pero de alguna manera se sentía inferior.

Me agrada que seas tan precavido, príncipe expresó Dresar, esa es una muy buena señal de tu carácter. Si te refieres a que, debido a que no me conoces no sabes si yo tengo intensiones buenas o malas, o quizás de apoderarme del reino de tu padre...

Al escuchar esto, Aleyu sintió algo en su corazón, como un hielo; el hecho de pensar que alguien tan poderoso intentara derrocar a su padre y conquistar Daguelna le infundió un gran temor.

... puedes estar tranquilo, Aleyu se apresuró a decir Dresar al notar el rostro de preocupación del príncipe. Créeme que si esa fuera mi intención, lo más seguro sería que tu ya fueras mi sirviente, y yo poseería la corona del Rey. Esa jamás ha sido mi intención; obtener la vileza del dinero y el poder. A mí solo me gusta conocer, no dominar, porque para seres como los hombres, por lo general, el dominar significa destruir.

Tienes toda la razón concordó Aleyu aliviado, te contaré entonces lo que ha sucedido en los últimos pocos días, ya que ha acabado con la calma del reino, o al menos del castillo, y que ahora tú has coronado con tu aparición. A pesar de que Aleyu consideraba esta historia como corta, se sorprendió al verse más de una hora después, apoyado en su nueva espada, aun contándola. Mientras hablaba, notó que su confianza hacia Dresar iba en aumento. El mago lo observaba atento a cada palabra, haciendo comentarios muy acertados cada vez. También parecía muy comprensivo, y para sorpresa de Aleyu, cada vez que él le explicaba algún detalle, aún antes de concluir, Dresar parecía entender a la perfección lo que él intentaba explicar. “La mente de este sujeto es muy hábil y rápida, y parece funcionar a un ritmo asombroso”, pensaba Aleyu en todo momento.

La historia fue tan detallada que duró más de dos horas. Aleyu le contó a Dresar lo que pasaba entre él y Lenumat, su hermano, y que este tenía una conducta muy extraña, ya que durante las mañanas salía y no volvía al castillo hasta entrada la tarde, cosa que a él nunca se le había permitido, todo para fingir de la mejor manera lo de amor por una desconocida. Le comentó acerca del gran anuncio de su padre, durante el cual fue que Dresar había

llegado a Daguena, y que esa era la solución que el Rey pretendía dar al conflicto; una competencia, la cual ahora tenía que enfrentar si es que quería casarse antes que Lenumat, y así aspirar a un día ser el Rey y con esto cumplir la promesa que le hizo a Ciorima. Por último, ante la pregunta de Dresar de porqué quería ser Rey, Aleyu se descubrió revelándole al mago el embarazo de Ciorima, cosa que no había hecho ni tan siquiera a su padre, al cual amaba y estimaba, pero por sobre todo, conocía desde siempre. Pero ahora le estaba diciendo aquel secreto a un ser que se hacía llamar mago y que apenas conocía desde hacía pocas horas. A pesar de esto, Aleyu no se arrepintió de hacerlo; aquel encapuchado le inspiraba ahora una gran confianza.

Discúlpame por desear dar mi propia opinión, ya que no me la has pedido dijo Dresar una vez que Aleyu hubo terminado su relato, tras recapacitar unos segundos, creo que el Rey Deinor, tu padre, ha hecho lo más acertado.

¿Lo más acertado? saltó Aleyu, que tenía un leve resentimiento, ya que él había esperado que, siendo el primogénito, su padre lo preferiría por sobre Lenumat, que era menor y que apenas si había recién cumplido la mayoría de edad ¿Lo más acertado para quién?

Lo más acertado para él y la familia, en teoría prosiguió Dresar, y también para ti: veras, él piensa que, de haberte escogido para casarte antes que tu hermano, y creo que eso era lo que quería, de seguro se hubieran levantado rumores y chismes en todo el reino, debido a que Lenumat fue el que lo pidió primero, obviamente él ayudaría a dispersar estos rumores, entonces habrían disgustos y hasta protestas.

Aleyu, que aun seguía apoyado en Amalon, de la cual no se había separado desde que Dresar la creara, al escuchar esto se puso a recapacitar, y pensar en todo lo que hubiera ocurrido entonces.

Pero si hubiera escogido a Lenumat sabía que tú te distanciarías de todos; debe de haber temido y ver venir lo que has hecho estos días, y quizás lo harías por el resto de tu vida, lo cual le dolería demasiado. Pero por otra parte, también creo que tu padre se ha expuesto agregó luego Dresar.

¿Por qué lo dices? preguntó Aleyu preocupado por su padre.

Porque lo justo hubiera sido que él le concediera su bendición a Lenumat, porque este se lo pidió antes que tú, Aleyu. Pero creo que tu padre te ama tanto que, a pesar de que no te eligió de primero, ha dejado que ustedes mismos lo solucionen, y con esto se expuso al reproche de Lenumat.

Sin embargo, considero que sí es muy extraña la manera en que todo ha

ocurrido, es muy sospechoso que tu hermano se te adelantara el mismo día en que le ibas a pedir la bendición a tu padre, y hacerlo para casarse con una mujer que nadie conoce y que él mismo acepta conocer desde hace tan poco tiempo, y que diga no interesarse en el trono, pero no estar dispuesto a dejarte a ti casarte primero..., todo esto es algo que perfectamente hubiera esperado en la disputa de un trono, pero de los hombres del este. De manera que creo que tú tienes más razón y mayor urgencia.

Ciertamente me parece curiosa la manera en que se elige al sucesor del Rey aquí en Daguelna, pues los Reyes de los hombres del este simplemente eligen al primogénito, siempre y cuando este no sea mujer, y por lo general no importa si este está ya casado o no. Pero me parece que en este país el Rey, como modelo para la sociedad, debe de tener una familia plenamente establecida, también como modelo para la sociedad, o así lo entiendo yo.

Sí, creo que así es y así ha sido desde siglos atrás titubeó Aleyu, que nunca se había preguntado el porqué de muchas leyes y tradiciones de su tierra. Luego de escuchar la opinión de Dresar, sintió un renovado cariño hacia su padre, y un enojo aun mayor contra su hermano.

¿Qué puedo hacer entonces?

Creo que debes seguir la voluntad de tú padre, debes creer en su sabiduría, la que solo dan los años. Creo que debes competir, esa sería la mejor manera de elegir al heredero al trono sin que haya tanto alboroto, o al menos es la opción en la que se podrían dar menos enfrentamientos, pues todo el reino será testigo de que la competencia fue justa y no habrá dudas sobre el triunfo del vencedor. Sabes, no sé si es porque te conocí primero, pero siento preferencia por tu victoria.

De acuerdo, mañana mismo comenzaré con mi entrenamiento, puesto que no estoy en la mejor condición, pero lo bueno es que creo que Lenumat tampoco lo está.

Y yo te acompañaré agregó Dresar con una sonrisa.

¿Qué?, ¿tú iras conmigo?

¡Claro!, de esa manera aprovecharé para conocer este hermoso lugar, su gente y sus costumbres.

Pero creí que querrías conocer a mi padre primero.

Claro que lo deseo, pero con lo que me has contado creo que el conocerme lo alteraría aun más. Este reino, aunque la mayoría no lo sabe y esperemos que nunca lo sepa, está sufriendo una gran perturbación a su paz, cosa que yo aumentaría aun más si me diera a conocer a todos, de manera que

lo mejor es que permanezca oculto, únicamente a tu lado. Además... Dresar se acercó a Aleyu como para susurrarle algún secreto al oído, te diré que yo conozco formas muy eficaces para entrenar.

¡Eso es fantástico! La idea de que alguien que podía crear una espada desde la palma de su mano y hacer levitar una cama o desplazarse por el aire como una nube oscura, lo acompañara y ayudara a entrenar, hizo que Aleyu se sintiera muy feliz y esperanzado, “quizás con ayuda de Dresar pueda obtener alguna ventaja” pensó.

¡Pero bueno! exclamó luego Dresar, yo he venido hasta aquí a aprender, a tratar de resolver secretos, así que ¿por qué no me cuentas sobre tu gente?: costumbres, tradiciones o algunas particularidades.

Muy bien aceptó Aleyu feliz, ¿pero qué misterios podría tener mi gente que tú no puedas resolver?

¿Qué acaso no te has dado cuenta aún?

¿No me he dado cuenta de qué? preguntó Aleyu extrañado.

La misma manera en que nos estamos comunicando es todo un misterio ¿no te preguntas cómo es posible que yo, viniendo de tierras y culturas totalmente diferentes a la tuya y que no han tenido contacto con tu civilización, pueda estar hablando contigo en la misma lengua?

De pronto Aleyu se percató de esto, no se había dado cuenta, ¿cómo era posible que Dresar hablara el mismo idioma que él si, tal y como él lo había dicho, sus culturas solo habían tenido un contacto mínimo, y eso había sido hacía miles de años?

Fue por eso que al llegar te dejé hablar primero, creyendo que no te podría comprender, pero luego cuando saludaste me di cuenta de que hablabas en una lengua que me era familiar; no la había escuchado ni hablado en mucho tiempo, es por eso que me tomó unos segundos recordarla, aun así ese es ya un gran misterio. No te lo había mencionado, pues adivino que tú tampoco conoces la respuesta.

Tienes razón, no la sé dijo Aleyu perturbado ¿cómo es posible?

No te perturbes demasiado por eso, Aleyu, creo que el tiempo nos dará la respuesta, y de nada vale pensar en desentrañar un misterio cuando tienes muy poca información, así que dejemos eso a un lado, aprovechemos la coincidencia, y cuéntame de tu pueblo.

Está bien, con gusto lo haré, siempre y cuando tú prometas también contarme acerca de tus viajes por el mundo; las cosas fantásticas que has visto y conocido.

¿En serio?, ¡vaya!, creo que nos parecemos mucho; los hombres con curiosidad e imaginación son buenos ladrillos para cualquier civilización
¿Pero por qué ese nuevo interés?

No lo sé, creo que tú me has despertado la curiosidad por conocer qué hay más allá del mundo que siempre he conocido.

Bueno, si así lo quieres te contaré todo, pero para esto tardaré algunos meses, pues es demasiado, así que creo que me tendrás por aquí un buen rato dijo Dresar emocionado.

¡Excelente! exclamó Aleyu, no menos emocionado que Dresar, de esa manera tendré unos meses en los que no me aburriré como siempre, y podré huir de esta realidad. Muy bien Dresar, ¡comienza!

5

El secreto de Lenumat

Dresar escuchó durante algunas horas a Aleyu, el cual le contó todo cuanto él mismo, o cualquier otra persona de Daguena, podría saber sobre su propia civilización. A Dresar lo que más le fascinó fue el estrecho vínculo que tenían los daguenses con los árboles, ya que cada persona, hombre o mujer, niño o anciano, tenía un lazo con un único árbol en particular, y lo mejor para él era que este vínculo no era meramente sentimental, sino que realmente todo lo que le ocurriera a uno le ocurriría al otro, como si ambos fueran dos manifestaciones físicas de una misma fuerza o energía.

A pesar de la fascinación del recién llegado, como siempre, Aleyu notó que este parecía entender las cosas con una gran facilidad.

¡Pero si eso es algo más que mágico! exclamó Dresar. ¿Y tú dices que aquí no hay grandes misterios y cosas maravillosas?

Para Aleyu el hecho del vínculo de su pueblo con los árboles de Golbares no era algo fuera de lo común, sino perfectamente natural, y entonces entendió que lo que para él era algo muy normal, para Dresar era asombroso. Lo mismo pasaba con lo que para Dresar era perfectamente natural y que a él lo dejaba sin palabras, solo que Aleyu le hablaría únicamente de Daguena, un solo país, mientras que Dresar le hablaría de muchas tierras y continentes, además de criaturas exóticas y leyendas antiguas.

En serio es algo fantástico insistió Dresar, de modo que si un hombre o mujer de este país se enferma, y yo sé cuál es su árbol, y voy al lugar en el bosque en donde este se encuentra, ¿voy a descubrir que ese árbol también está enfermo? Aleyu asintió. ¿Lo mismo pasa si es el árbol el que enferma primero? Aleyu asintió de nuevo con una sonrisa. ¿Y qué tal funciona con la muerte?

Si uno de los dos, ya sea la persona o el árbol de la misma, muere, entonces el otro también lo hará confirmó Aleyu, con un semblante más sombrío ya que para él, al igual que para todos los habitantes de Daguena, la

muerte no significaba necesariamente temor, sino tristeza por la separación.

Dresar se deshizo en exclamaciones de admiración y júbilo; realmente estaba muy feliz de encontrarse con tantos misterios asombrosos, pero también se lamentó un poco, pues entendía que en aquel bosque una buena cantidad de árboles no superaban la esperanza de vida de los hombres.

Tras un rato más, Aleyu ya había concluido de mencionar lo que creía podría interesar más a Dresar, ya que con este no era necesario explicar una cosa más de una vez, y no a gran profundidad.

Bueno, creo que es tu turno, aun me faltan muchas cosas que contarte, pero debido a que tú me relataras algunas de tus aventuras en fragmentos, yo haré lo mismo. Aleyu denotaba una gran ansiedad, a tal punto que, esperando las historias del mago, olvidó que debía descansar para el día siguiente, en el cual comenzaría a entrenar, y para cuando Dresar dio inicio con su relato, ya la hora pasaba de la media noche.

Una hora más tarde, Aleyu se encontraba escuchando muy detenidamente sobre multitud de cosas que le parecían fantásticas: como criaturas raras y mágicas por naturaleza, lugares lejanos y hermosos, y océanos tan extensos que el mejor y más rápido de los barcos no podría cruzarlos sin sufrir ningún accidente, o antes de hundirse debido a su propia antigüedad.

Los relatos del mago maravillaron increíblemente al joven príncipe, a tal grado que ni él mismo se había imaginado. Tanta fue su fascinación, que en varias ocasiones le pidió que le explicara repetidamente sobre un tema en particular, o simplemente que contará de nuevo alguna parte que le había interesado más que las otras cosas. Se interesó en especial sobre algunas extrañas criaturas que para capturar a sus presas, estas transformaban su apariencia física para asemejarse a las mismas, de este modo se les acercaban y luego las capturaban y devoraban.

Pero el nigromante también le habló de los muchos paisajes que había conocido en sus viajes; los valles, los ríos, océanos, y en particular de unas montañas que Dresar afirmó nunca haber logrado encontrar el final de la cordillera de las mismas.

Las cataratas del Veltavez son las más altas decía Dresar en una de sus tantas descripciones, más de una veintena de ríos son los que desembocan en ellas, formando de esta manera el río más ancho y caudaloso del mundo que he visto. Aunque este fabuloso río no es muy extenso, pues solo unos kilómetros más adelante desemboca en el océano verde llamado antiguamente Entoliames, y ahora bautizado Zaret por los hombres, y por cierto...

En ese momento la atención de Aleyu se escapó de las palabras de Dresar, pues un insignificante resplandor pálido lo hizo mirar el cielo a través de la ventana.

¡El cielo ya comienza a aclarar! La exclamación de Aleyu interrumpió a Dresar repentinamente, ¡no puede ser!, ¡ya está amaneciendo! Como obedeciendo a sus palabras, en ese momento el cielo se aclaró aun más y hasta las copas de algunos pocos árboles comenzaron a brillar débilmente ¡¡Ho, no!! , no puede ser, el tiempo se ha pasado y yo no descansé en lo absoluto, ¿cómo haré para entrenar? Su preocupación fue mayor al pensar que quizás Lenumat le pudiera tomar ventaja, aunque fuera un solo día.

Tranquilízate, amigo mío le dijo Dresar no obstante, que no había movido un musculo como señal de preocupación , no te preocupes demasiado por algo así, yo puedo ayudarte.

¿Así?, ¿cómo?, aunque en este momento aun no siento el cansancio, pronto eso cambiará y no podré comenzar a entrenar, y necesito hacerlo hoy mismo Aleyu tenía razón; en cuanto su imaginación dejó de ser guiada por las historias del mago, su cuerpo comenzó a reprocharle las horas sin sueño, y ahora le exigía cerrar los ojos.

Ya te dije que yo te puedo ayudar le insistió Dresar. Entonces este elevó su brazo derecho y le puso dos blancos y delgados dedos de largas uñas en la frente.

A Aleyu de inmediato le ardieron ligeramente los ojos, y los parpados se le cerraron en contra de su voluntad. De pronto se vio sorprendido: ante él se alzaban gigantescos riscos por los que caían enormes cataratas que parecían precipitarse desde las oscuras nubes del cielo. Él se encontraba al pie de una de estas cataratas; miró hacia abajo y se espantó al verse de pie sobre la superficie de un río muy ancho, cuyo caudal arrastraba rocas y troncos de árboles muertos, pero no a él. No entendía por qué no se hundía, pero de pronto comenzó a hacerlo, entonces, en medio de su pánico, toda la escena cambió de golpe: las cataratas dejaron de llevar agua y se convirtieron en fuego que hizo hervir el agua del río. Luego vio asombrado, a escasos metros de él, a dos sujetos, los cuales luchaban entre sí usando armas semejantes a la espada que Dresar le había dado. No los podía ver con claridad, pues más parecían sombras en medio del fuego, pero en las siluetas logró ver algunos pocos rasgos de uno de los sujetos: este parecía tener el cabello blanco y cejas prominentes, pero lo que más llamó su atención fue que ambos llevaban difusas coronas de Reyes en sus cabezas.

Aleyu de golpe abrió los ojos, lo primero que vio fue a Dresar, que le sonreía sentado en la silla. Sintió como si se estuviera cayendo de medio lado, pero entonces se detuvo e incorporó a tiempo. Tardó solo unos segundos en reparar en que ya no sentía sueño ni cansancio.

¿Qué fue lo que pasó? preguntó inmediatamente, notando además que la luz del cielo estaba igual que antes de que cerrara los ojos.

Nada importante respondió Dresar calmadamente, sólo te hice un diminuto hechizo con el cual se puede dormir lo equivalente a una noche completa, en tan solo unos segundos. Puedes darte cuenta si notas que al despertar te estabas cayendo, pues ese fue el tiempo que permaneciste dormido; desde el momento en que puse mis dedos en tu frente, hasta que comenzaste a caer.

¡No puede ser! Aleyu no lo podía creer, pero en verdad se sentía renovado, tanto que pensó que quizás aun estaba dormido.

Pues créelo. Pero dime, ¿ya te sientes más descansado?

¡Genial, me siento como nuevo! exclamó Aleyu, pues era verdad, ahora se sentía como si hubiera dormido incluso desde las primeras horas de la tarde del día anterior, ¿hay acaso algo que no puedas hacer?

Sí, algunas cosas.

Bueno, pues gracias, te debo ya un favor. Se sentía muy agradecido, pese a lo mucho que le costaba entender y aceptar, y sentía que ahora su suerte cambiaría para siempre. Por un momento estuvo tentado a comentarle a Dresar el sueño que había tenido, pero luego pensó que era obvio que soñara cosas sin sentido, relacionadas a historias fantásticas que había estado escuchando durante toda la noche. Creo que ya estoy listo para comenzar mi preparación.

Luego de guardar la fabulosa espada en el gran baúl de su cuarto, Aleyu dejó un rato a solas a Dresar en la habitación, mientras iba al cuarto de aseo. Allí reflexionó y de nuevo intentó creer todo lo que había sucedido la noche anterior, pues en aquel lugar todo le volvió a parecer increíble, incluso llegó a pensar que no había sido más que un sueño, pero luego confirmó que todo había sido real cuando, al volver a su recámara, se encontró allí con Dresar, vestido de negro, con una capucha sobre la cabeza, y esperándolo junto a la ventana.

Aleyu y Dresar salieron de la habitación cuando aun no acaba de salir el sol. Aleyu iba vestido con ropa ligera y a la vez elegante, que su hermana, seguramente para congraciarse con él, le había dejado en la puerta del cuarto

de baño con una nota que Aleyu no se molestó en leer. Llevaba también una capa de color claro, bastante liviana. Le mostró a Dresar los pasillos, y también el jardín principal, aprovechando de que aun era muy temprano para que alguien, incluso Enot, estuviera levantado.

Este jardín se ve mucho más hermoso desde tierra que desde el aire expresó Dresar admirando el pasto, aun maltratado por las pisadas del día anterior. También le fascinó la fuente y todos y cada uno de los grandes árboles.

Entonces fueron al comedor y, cuidando de no hacer ruido, entraron en este. Allí el mago quedó atónito y asombrado por la hermosura y el tamaño del salón, las paredes y los pilares labrados, y aun más por el grandioso techo. Todo el recinto se alzaba hermoso como nunca, incluso para Aleyu: imponente lucía iluminado por el sol naciente que entraba por la ventana. El comedor estaba vacío debido a la hora, por lo que Dresar lo admiró un rato, aprovechando que el Rey y su esposa no llegarían sino hasta dentro de un buen rato acompañados por Dalia, mientras que Lenumat, según sabía Aleyu, desde hacía varios días no desayunaba en el castillo, lo cual lo molestaba mucho, pues sentía que sus padres eran más estrictos con él que con su hermano.

Por cierto, ¿cómo es que pretendes que nadie, a excepción de mi, te vea? le preguntó Aleyu luego de un rato, pues ya se estaba preocupando por Enot, ya que de todos, él era el primero en levantarse, y se encargaba de despertar a todo el castillo.

Me convertiré en tu sombra le dijo Dresar, mientras palpaba con la palma de la mano una de las decenas de imágenes talladas en un pilar cercano a la puerta. Literalmente me convertiré en tu sombra repitió cuando al voltearse, vio el rostro de incompreensión de Aleyu, tengo la capacidad de convertirme en el efecto que resulta de la obstrucción de la luz, o al menos fingirlo. Puedo tomar tu forma en el suelo y aparentar ser tu sombra, de esa manera nadie que te vea podrá notarme, o si lo deseas puedo ser la sombra de alguien más, o la de algún objeto. Y si esta idea te desagrada, siempre puedo seguirte desde el aire, aunque al hacerlo, para evitar que me vean, debería volar muy alto, y no te podría ver por entre las copas de los árboles.

¿Entonces te puedes convertir en... en mi sombra?

También puedo ser invisible, pero no me gusta mucho hacerlo, pues ese truco nunca lo aprendí muy bien y con frecuencia me falla o suelo cometer alguna torpeza, o fracaso del todo en intentarlo.

Bueno, supongo que entonces tendrás que ser mi silueta, lo malo es que

el sol aun no sale tanto como para provocar buena sombra comentó Aleyu, intentado no hacer comentario alguno sobre lo último que había dicho Dresar, pues le parecía difícil de creer que hubiera algo que este no pudiera hacer ¿Deseas algo de comer?, supongo que por el viaje debes de estar hambriento y sediento, recuerda que atravesaste el gran desierto, y anoche no tuve la sutileza de ofrecerte nada más que un vaso con agua, el cual por cierto rechazaste.

Lamento tener que declinar tu ofrecimiento una vez más contestó Dresar, mientras volvía a palpar los relieves, esta vez en las paredes, pero alguien como yo únicamente puede comer cierta clase de alimentos y beber únicamente algunos tipos de líquidos, y no necesito hacerlo con mucha frecuencia, pues lo suelo conseguir de otras maneras En ese momento su voz cambió levemente y se volvió más profunda, como si recordara algo, tengo la fortuna de ser alimentado por un poder más grande y diferente.

Ho, bueno, entonces, ¿qué quieres hacer ahora? le preguntó Aleyu sin haber entendido nada.

Quiero ir contigo a tu entrenamiento, ya que al ser una competencia de natación deberás entrenar en un río, lo cual me dará la oportunidad de conocer todo el reino desde tierra. Sin embargo, supongo que antes que nada, tú sí debes alimentarte.

Antes de que Aleyu dijera algo para afirmar este comentario, se escucharon pasos en el pasillo, muy fuertes y presurosos. Aleyu se volteó hacia la entrada y allí vio de pronto aparecer a Enot, debidamente ya vestido, el cual estaba evidentemente extrañado de verlo allí.

¿Príncipe Aleyu?, ¿qué hace aquí a esta hora? le preguntó de inmediato el anciano. Aleyu se volteó entonces hacia el lugar en donde hasta hacía unos instantes había estado Dresar, pero no lo vio allí, ni en ninguno de todos los lados a donde se volteó buscándolo Príncipe, ¿acaso ya tiene hambre? preguntó Enot, acercándose lentamente. Cuando vi las puertas del salón abiertas me apresuré, pues no me imaginaba que alguien estuviese ya levantado, y menos usted, señor Aleyu miró de nuevo al anciano, y fue entonces que lo notó; Enot caminó desde la entrada hasta pisar una extensa sombra que se alargaba desde sus pies, misma que antes no estaba y que según la intensidad del sol que entraba por la alta ventana a sus espaldas, no debería estar allí. Príncipe, ¿acaso el hambre lo ha despertado?

Claro que ha sido el hambre, ¿qué otra cosa podría ser? le dijo Aleyu, mirando más aquella sombra que a su interlocutor, el cual nunca notó aquel

fenómeno, quizás debido a sus ojos cansados, recuerda que ahora debo prepararme para una competencia, por lo que debo comer sano... y temprano, temprano para tener el tiempo suficiente para entrenar.

Enot no dijo nada unos instantes; su experiencia de la vida le decía que había algo más de lo que Aleyu le decía, pero su falta de experiencia con cosas que Aleyu estaba comenzando a descubrir, no le permitieron ir más allá de las sospechas.

Bueno, en ese caso, creo que aun deberá esperar un rato más, príncipe dijo Enot ya que aun tengo que despertar a mis subalternos, y solo entonces se podrá preparar su desayuno, quizás podrá estar listo en media hora.

Es menos de lo que esperaba de ti, Enot se descubrió diciendo Aleyu con un tono un tanto altanero.

Lo lamento, joven príncipe respondió Enot un tanto sorprendido por el tono de Aleyu, haré todo lo posible para que no tenga que esperar tanto.

Entonces Enot se encaminó hacia la pequeña puerta que estaba en la pared izquierda, al fondo del salón, pasó a un lado de Aleyu, cuidando de no mirarlo a los ojos, avanzó y abrió la puerta, perdiéndose en el interior al cerrar la misma.

Aleyu sintió una extraña sensación al irse Enot, pues había logrado someter a la persona que consideraba casi como un tío, y que con frecuencia lo vencía a él en breves enfrentamientos amistosos de palabras, por lo que aquello lo complació mucho.

Dresar, ¿estás allí? le susurró Aleyu a su propia sombra, la cual no le respondió con palabras, sino que con un asentimiento de cabeza que Aleyu no ordenó ¿Tampoco puedes hablar mientras tienes esa forma? Su silueta le respondió con un gesto de negación.

Verdaderamente Enot se esforzó en cumplir su palabra, y debió de haber despertado a todas las cocineras muy rápido, pues solo veinte minutos después de haberse ido, volvió acompañado por un par de ellas, las cuales le trajeron a Aleyu dos bandejas en las que había principalmente frutas bien cortadas y algunas hortalizas. Aleyu adivinó que los sirvientes no habían tenido tiempo de ir a la cueva de fuego, pues no le llevaron ni un pequeño corte de carne. Por último le trajeron un jugo oscuro; sobrante del día anterior.

Cuando hubo acabado de comer el desayuno, sintiéndose satisfecho, Aleyu notó que tampoco ninguna de las cocineras, que aún parecían un poco adormiladas, notaron la extraña sombra que se proyectaba desde su silla, por

fortuna el sol ya alumbraba con mayor intensidad. Enot permaneció en el salón aún cuando ya se habían retirado las cocineras, Aleyu no le dijo nada más, pero tuvo que comer un tanto incomodo debido a la mirada inquisitiva de Enot.

Debido a esto, Aleyu se levantó rápidamente de la mesa y se encaminó a la salida sin decir palabra alguna, delante de él iba su sombra.

Esa es la entrada principal a la torre, en la cual se encuentra la habitación del Rey, mi padre, pero eso creo que ya lo sabes explicó Aleyu a Dresar mientras recorrían el jardín y pasaban cerca de la puerta de la gran torre. Dresar, que aún conservaba aquella forma, le respondía mediante movimientos de cabeza y de manos que denotaban su encanto.

Caminaron hasta las grandes puertas del castillo, allí había un solo guardia, sentado en una pequeña roca acojinada, esculpida a modo de asiento. El sujeto estaba recostado en la pared derecha y no notó su presencia hasta que Aleyu estuvo a escasos metros.

¡Príncipe Aleyu!, que gusto volverlo a ver lo saludó el guardia, incorporándose sobresaltado al escuchar los pasos de este ¿usted también piensa salir tan temprano?

¿Cómo que yo también?, ¿quien más ha salido antes que yo?

Bueno, el príncipe Lenumat salió hace unos minutos, como lo ha hecho últimamente.

Para Aleyu aquello fue un balde de agua fría, pues no imaginaba que Lenumat saliera tan temprano, y si lo hacía sin tomar su desayuno, solo podía significar que en alguna parte alguien se lo servía ¿acaso en casa de su supuesta novia? Fuese como fuese, significaba que Lenumat en realidad se lo iba a tomar muy enserio; parecía que no estaba dispuesto a desistir.

Abre la puerta, yo también debo salir se apresuró a decirle al guardia, y comunica en el castillo que no volveré sino hasta muy tarde, y que así será todos los días hasta el día de la competencia Aleyu sabía que sus padres ahora sí le permitirían salir ¿pues de que otra manera podría entrenar? Ahora todos los asuntos que concernían a la familia real tendrían que ser aplazados.

Extrañado y confundido, el guardia obedeció y abrió un poco la puerta, apenas lo suficiente para que Aleyu pudiera salir.

Cuando la enorme puerta se cerró con un leve sonido, Aleyu notó que su sombra ya no estaba delante de él, sino atrás, entonces se percató de que Dresar, o eso indicaba la silueta de su cabeza en el suelo, estaba contemplando el castillo, aparentemente maravillado. Parecía estar pensando

algo como: ¿de qué manera es posible que una civilización que se niega a la utilización de la madera, haya construido un castillo de esta magnitud?

Ciertamente en Daguena no se utilizaba la madera, pues ellos jamás pensarían ni por un segundo en cortar un árbol, ya que los consideraban sus iguales, en su lugar hacían lo posible con la corteza de estos, que creían que era un regalo de sus hermanos. Sin embargo, era limitado el uso que le podían dar a esta, por lo que los hombres de Daguena durante miles de años se habían convertido en verdaderos maestros de la fundición y forja del metal, aprovechando las grandes emanaciones de calor en lugares como la cueva de fuego, así como en algunos otros. Pero aparte del metal, también se habían visto obligados a utilizar la roca como materia prima, por lo que también eran sumamente hábiles en el arte de esculpir no solo imágenes o estatuas, sino también columnas y otros objetos necesarios para la construcción, sumado a esto, también eran muy buenos en la elaboración de adobes, los cuales también eran cocinados en lugares donde el calor del interior de la tierra emergía en forma totalmente natural.

De seguro que Dresar tardó solo unos instantes en adivinar todo esto, por lo que pronto dejó de admirar el castillo, volteándose hacia el pueblo, siempre apegado a los pies de Aleyu.

Delante de ellos se extendía el largo camino hacia Asaliriam, la cual quedaba casi oculta entre el bosque. Las moradas de Daguena también encantaron a Dresar, según los gestos que este hacía. Al parecer le encantaron los techos, que no eran más que árboles de grandes y tupidas hojas, lo cual durante las lluvias lograba que el agua fuera escurrida hacia los lados, logrando que el interior de las casas permaneciera seco. Pero lo denso de las hojas y ramas servía también como abrigo contra el frío viento de las noches, y sin embargo dejaba escapar el calor excedente durante el día.

Entonces de pronto el viento sopló con fuerza y Aleyu vio como una de sus sombras desaparecía, dejando en su lugar una de menor intensidad. A su lado apareció Dresar, en su forma visible, luego de lo cual el viento se calmó nuevamente.

Ahora entiendo porque desde el aire no logré ver casa alguna, aparte de solo unos pocos vestigios comentó Dresar, cada casa se encuentra bajo un árbol, en algunos casos debajo de dos. Aleyu, veo que así se pueden cubrir de la lluvia y el viento, ¿pero qué hay del frío que la noche trae consigo sin necesidad del viento?, ¿y cómo hacen para iluminarse?, ¿tienen acaso también rocas que emiten luz, como las que vi anoche en tu recámara?

En cuanto al frío respondió Aleyu, la tierra nos ha bendecido con unas rocas, sin que sepamos cómo y por qué, que emiten calor, por lo que solo basta con colocar una grande o varias pequeñas en el interior de cada habitación para obtener el calor que necesitamos. Estas rocas por lo general son de color rojo y no brillan demasiado. Algo semejante ocurre con la iluminación, tal y como lo has dicho, la tierra también nos provee de otro tipo de rocas; estas despiden luz constante y las usamos en las casas y habitaciones, estas brillan mucho más que las rojas, pero aun así, durante el día su luz es casi imperceptible.

Todas estas rocas, tanto las que nos dan calor como las que nos proporcionan luz, las extraemos de un río que no está muy lejos de aquí, este es en parte subterráneo, así que pensamos que estas rocas se originan de algún modo debajo de la tierra y desde allí son arrastradas a la superficie por la corriente. Este río se llama Exter, y créeme que de noche es un verdadero espectáculo, y sus aguas por lo general son tibias, claro que no demasiado y solo en algunas partes, además, cuando llueve el agua es igual de fría que la de los demás ríos.

Pero si eso es realmente asombroso exclamó Dresar, mostrando su sonrisa. Con la luz del día la piel de su rostro se veía igual de blanca, pero las manchas de la misma habían casi desaparecido por completo. Su cabello por otra parte, quedaba cubierto completamente por la capucha, la cual no se movía ni con el soplo del viento, ya fuera natural o creado por él mismo, todo lo que me cuentas es más increíble que cualquier cosa que haya visto u oído jamás; todo parece natural, y a la vez hecho particularmente para tu gente, para que no les falte nada y puedan satisfacer sus necesidades, específicamente sin depender de la madera, todo pareciera como realizado intencionadamente, aun antes de que ustedes llegaran aquí, es realmente asombroso.

Aleyu no dijo nada, pero le parecieron extrañas las palabras de Dresar, especialmente como había dicho la última frase.

Bueno, será mejor que continuemos, no queremos que tu hermano te aventaje demasiado ¿cierto? Acto seguido sopló nuevamente el aire y Dresar dejó de ser un ser sustancial y volvió a sustituir a la sombra de Aleyu.

Aleyu entonces se encaminó hacia el pueblo, en el cual aun no se miraban demasiadas personas desde esa distancia. Golbares se alzaba adelante, majestuoso y aun oscuro entre los troncos de sus árboles. Pronto se acercó a las primeras casas que colindaban con el camino, una a la derecha de una sola

planta, y otra a la izquierda de dos plantas, cada una con su respectivo techo natural. Caminó sin detenerse por el camino, atravesando la ciudad con rapidez aprovechando que las personas aún permanecían en sus hogares. Aun así, se topó con varias de ellas, principalmente hombres, que ya se desplazaban con sus caretas metálicas y sus animales. Muchos de estos al verlo se detuvieron para saludarlo, lo cual era frecuente, pero ahora más, debido al anuncio del día anterior. Con los estragos de la vigilia de la fiesta aún marcados en sus rostros, muchos le quisieron estrechar la mano y le desearon buena suerte.

Esas pocas personas entraban y salían del bosque, las escasas mujeres llevaban canastas de frutas y otros alimentos, y de vez en cuando alguna salía del bosque, orgullosa llevando a la espalda una bolsa de piel, de la cual por la parte superior sobresalían las colas de algunos pescados.

El camino principal era atravesado por muchos otros más angostos y menos extensos, pero igualmente empedrados y con largas franjas de césped, con decenas de pequeños arbustos. Cuando se aproximaba el final del camino principal, Aleyu decidió tomar uno de estos senderos, apartándose así de la parte más transitada del pueblo, notando que cada vez más personas comenzaban a abarrotarlo. De este modo fue como pronto se internó en el bosque.

Fue entonces que, ya apartados de la ciudad, y cubiertos por las sombras de los árboles, Dresar nuevamente tomó su forma de hombre, precedido por una leve agitación en el aire.

Debo agradecértelo, Aleyu, sin tú ayuda no podría acercarme tanto a tú cultura, y el hecho de permanecer oculto me ayuda a estudiarla sin la perturbación que provocaría mi presencia comentó Dresar, acercándose al tronco de un árbol cercano al sendero, tocándolo y examinándolo.

Sólo espero que me ayudes en mi entrenamiento, y que me sigas contando de tus viajes dijo Aleyu.

Por cierto, ¿dónde se llevará a cabo la competencia?

Comenzará en el río que te mencioné, el Exter, pero supongo que no solo será en este donde se haga la competencia, pues no es muy largo y pronto desemboca en otro río mayor.

Creo que deberías comenzar a entrenar en un río más caudaloso, y cuya corriente sea más fuerte sugirió Dresar, mientras tocaba el tronco y las ramas del árbol, así como también de otros cercanos, como si quisiera sentir la vida humana a la cual estaba ligado cada uno, o como si quisiera poder

identificar cuales árboles tenían un vinculo con personas del reino y cuáles no.

Sí, esa es una muy buena idea, además de que el Exter está plagado de darados.

¿Darados?

Sí, son unas horribles criaturas carnívoras que nadan más rápido que cualquier otro pez, y son feas y temibles, por cierto. Además de eso, por alguna razón, prefieren vivir y cazar en el Exter y rara vez se les ve en otra parte, y hasta ahora nunca han atacado en otros ríos.

¡Ho Vaya!, ¿es allí donde comenzará la competencia?, sería muy interesante conocerlo Aleyu dio un suspiro, por primera vez había caído en cuenta que tendría que nadar en un río lleno de criaturas tan peligrosas. Su padre, durante el gran anuncio al reino, había dicho que era posible capturar a los darados, que ya esto se había hecho en el pasado durante competencias deportivas, pero aun así no podía dejar de temer ya que, si era posible capturar a esas bestias y si esto realmente convertía al Exter en un lugar totalmente seguro, ¿por qué se habían dejado de realizar esas competencias desde hacía varias décadas?

Luego te llevaré si lo quieres, quizás puedas sugerirme algo contra los darados, aunque estoy seguro de que mi padre planeó algo, jamás arriesgaría de esa manera a tantas vidas Quería creerlo, pero aun así dudaba.

Continuaron entonces caminando un buen rato. El sol subió rápido en el cielo y calentó el bosque todo lo que las sombras de los árboles se lo permitían.

Dime Aleyu, ¿adónde vamos? preguntó el mago luego de un rato.

Al río, como ya te dije, solo que no al Exter, sino al Ereuflo, creo que este es el ideal para seguir el consejo que me acabas de dar; el de entrenar en un río más caudaloso que el Exter Aleyu se dio cuenta de que ya era capaz de hablarle con total naturalidad al mago sin hacer ningún esfuerzo, aunque ayudaba el hecho de que ahora, a la luz del día, la túnica de este lucía un negro menos oscuro, y que poco a poco parecía aclararse más y más. Pero primero necesito visitar a una persona que, de no hacerlo, seguro que me mataría agregó, mientras veía de reojo el efecto de la túnica de Dresar.

Rápidamente Asaliriam quedó atrás, y con ella el bullicio que de seguro ya había despertado. Ahora se encontraban rodeados por árboles muy altos y de copas exuberantes, que se perdían entre las oscuridad que ellas mismas provocaban. En el suelo, como si se tratase de la conversación de los árboles o las risas de los mismos, se escuchaban los sonidos comunes de un gran

bosque: los cantos de cientos de aves los saludaban a su paso, criaturas deslizándose por encima y por debajo de las hojas del suelo, ruidos ahogados por la distancia de alguna presa cayendo en manos de su depredador, y pajarillos en pleno cortejo de sus hembras. Varias criaturas, semejantes a monos de color rojizo, emitían sonidos como de enormes sapos, y saltaban entre las ramas más altas. En lo profundo de la selva, más allá del alcance de los ojos, se oía de vez en cuando algo parecido a lejanos bramidos.

¿No serán...? ¿centicoras? preguntó Dresar emocionado al escucharlos.

Sí, ¿los conoces?, ¿hay centicoras fuera de Golbares?

Sí, aunque por desgracia son muy escasos, están casi extintos. A pesar de que son criaturas sumamente peligrosas si son molestadas, esto no detuvo a los hombres, que los cazan sin cesar, aunque cazar cada Centicora usualmente cueste no menos de tres vidas humanas.

Ya veo se apenó Aleyu al oír esto. Pero no te preocupes, los centicoras de aquí son muy dóciles, de día claro, pero de noche es mejor evitarlos del todo.

En medio de su conversación, de pronto el bosque acabó: se vieron en un gran claro cubierto de un hermoso y verde pasto que se movía en delicadas hondas impulsado por el viento. Un poco más allá, se apreciaba un fastuoso río que, bajo la tempranera luz del sol, parecía ser de oro puro, mismo que, semejante al pasto, se movía en minúsculas olas doradas, empujadas también por el suave viento.

¿Y esas casas? preguntó Dresar luego de admirar el río Ereuflo, refiriéndose a tres cabañas que se alzaban consecutivamente la una a la par de la otra, hechas en su totalidad de ladrillos, y cuyos techos eran los únicos árboles del claro: bajos pero de ramas y hojas muy tupidas. Uno de los árboles, sembrado en la parte externa de la casa más cercana al río, estaba tan cerca de este que varias de sus raíces se introducían en el río de oro.

Allí vive Ciorima respondió Aleyu con un leve suspiro.

Se encaminaron entonces hacia las cabañas. Mientras se acercaban notaron que por detrás de la última cabaña, la más cercana al agua, se extendía algo parecido a un puente hecho de ladrillos y rocas, este puente no cruzaba en su totalidad el Ereuflo, sino que llegaba solo hasta la mitad de este como si se tratase de un pequeño embarcadero.

Desde allá es que Izor, el padre de Ciorima, el viejo pescador, se sienta con su cuerda y espera a que piquen los peces. Es un constructor muy hábil, pues él solo construyó su casa y el puente, además de muchas edificaciones de Asaliriam cuando estaba joven explicó Aleyu, mientras señalaba el extremo del puente.

¿No usan botes para pescar o cruzar los ríos?

¿Qué son... botes?

Están hechos de... El hechicero se interrumpió, como si se diera cuenta de que estaba a punto de decir algo insultante, bueno, flotan en el agua, así se navega por los ríos y los océanos, pero claro, aquí no los usan porque están hechos de... Aleyu lo miró, deseoso de saber cuál era ese material. Bueno, es un material que no tienen aquí, por eso no me entenderías si te explicará.

En ese momento llegaron a la puerta de la última cabaña, el sonido del caudal del Ereuflo se alzaba imponente. Aleyu dio cuatro golpes en la puerta de metal liviano, decorada con corteza de árbol.

¿No planeas ocultarte? le preguntó Aleyu a Dresar.

Si no me escondí del siguiente Rey de Daguelna, no lo haré de su futura Reina contestó Dresar, comentario que agradó mucho a Aleyu ¿Pero

quienes viven en las demás cabañas? consultó el mago.

No, parece que son tres casas, pero en realidad es una sola; veras, las tres están conectadas por pasillos subterráneos. Fue una idea de Izor, a este le gusta mucho construir cosas nuevas, algo que rompa con lo cotidiano, pero la verdad es que algunos piensan que está un poco loco dio tres golpes más en la puerta. Tomó ese hábito luego de que falleciera su esposa, pero por su edad desde hace muchos años que no construye nada nuevo.

Se escuchó un sonido desde adentro de la cabaña e inmediatamente se abrió la puerta. Con expresiones adormiladas y el cabello negro alborotado y aun en ropa de dormir, apareció Ciorima con sus ojos entrecerrados.

Al ver a Aleyu todo rastro de somnolencia desapareció de la cara de la chica; abrió mucho los ojos y su expresión fue de mucha sorpresa.

¡Aleyu! exclamó; Pero...!, ¿qué haces aquí tan...?, ¡temprano!, supuse que vendrías a verme, pero jamás pensé que a estas horas, además... dejó de hablar; había notado a Dresar, y sus ojos amenazaron con salirse de sus orbitas.

Ciorima, él es Dresar, un nigromante, un mago explorador Aleyu se volteó entonces a Dresar, como si no pasará nada y le estuviera presentado a cualquier persona de esa tierra. Dresar, ella es Ciorima, mi novia, y futura Reina de Daguelna.

Es un placer conocerla dijo Dresar con tono suave, apenas con una sonrisa.

Ciorima no logró responder, parecía que en ella Dresar había tenido el mismo efecto que en Aleyu tan solo la noche anterior, y parecía haber quedado sin habla de una forma que nunca la podría recuperar, pero luego, tal y como le sucedió a Aleyu, logró hablar.

¡Bueno!, en este momento creo que esa presentación me queda un poco grande dijo con una sonrisita nerviosa y un rubor en las mejillas, mientras intentaba en vano alisar con las manos las arrugas en su ropa y peinarse el cabello con las uñas de las manos, como si eso fuera a darle un mejor aspecto. Es un placer también para mi agregó, no estando segura de qué palabras decir, pero Aleyu, me dijiste que es un... ¿un qué?

Un mago, es algo un poco complicado dijo Aleyu con toda naturalidad. Pero pronto sabrás a lo que me refiero, él viene de tierras muy lejanas, conoce más lugares que nadie, y sabe más que nadie también.

Olvidando su facha, Ciorima se quedó contemplando con la boca entreabierto a Dresar, como intentando comprender.

¿Cómo que de tierras lejanas?, ¿de dónde?

Eso te lo diré con más detalles luego, primero debes arreglarte, dime ¿ya desayunaste?

Mi padre está en la cueva de fuego, no debe tardar mucho dijo la muchacha mientras, incomoda, notaba que Dresar le miraba el vientre, entraré y me arreglaré, y también desayunaré ¿no quieres pasar? le preguntó solo a Aleyu, molesta ya por la actitud del encapuchado.

No gracias respondió Dresar inesperadamente, tu novio, el príncipe Aleyu, ha venido a entrenar para la competencia agregó. Aleyu sonrió un poco forzosamente.

¡Claro!, la “competencia”, así que esa es tu idea de pasar un día conmigo, ¿entrenando para una absurda competencia, con un desconocido de extraña facha? le recriminó Ciorima atropelladamente, pues bien, allá está el río, trataré de no tardarme Entonces cerró la puerta de golpe.

Aleyu y Dresar contemplaron un segundo la puerta, luego, sin mediar palabra, se encaminaron hacia el puente, rodeando la casa.

¿Fuerte carácter, he? comentó Dresar en el camino.

Ni que lo digas, creo que corrí la misma suerte que mi padre, ¿me pregunto si esto se convertirá en tradición? ¿Pero qué puedo hacer si la amo y será la madre de mi hijo?

Pasaron junto al árbol que tenía las raíces sumergidas y continuaron unos metros más. El efecto de la luz en las aguas del río ya no era tan notorio, por lo que esta vez se apreciaba de manera menos engañosa lo caudaloso y lo ancho que era.

Llegaron al puente y subieron los seis escalones que lo elevaban del suelo. Mientras lo recorrían lograron escuchar como la poderosa corriente golpeaba los pilones de roca que sostenían toda la estructura, pero esta estaba espléndidamente construida, por lo que resistía sin problemas.

Llegaron al final del puente muy rápido, allí se vieron en medio del grandioso río. La otra orilla se lograba ver a lo lejos, donde otros árboles, mucho más altos que los que servían como techo de las tres cabañas, también deslizaban algunas de sus raíces en el interior de las aguas.

La corriente era rápida y fuerte, pero esto no impresionó a Aleyu, pues a pesar de no estar en forma, era un excelente nadador, al igual que la mayoría de los daguelnenses. Entonces se quitó algunas prendas, las más pesadas y vistosas, quedando solo en ropas ligeras y pegadas al cuerpo, sus otras ropas se las dio a Dresar para que las cuidara; aquellos dos ya actuaban como

amigos de toda la vida.

¿Estás seguro de lo que haces, amigo? le preguntó Dresar a Aleyu, mirando la corriente con cierta preocupación. Es cierto que sugerí que lo intentaras en un río más caudaloso que el Exter, pero no sé si debas comenzar en uno con tal fuerza.

Claro que estoy seguro respondió Aleyu con confianza, nosotros somos muy buenos nadadores, se puede decir que ya nacemos siéndolo. Aunque admito que llevo varios meses sin nadar Pese a sus últimas palabras, Aleyu en ese momento se lanzó al agua. El plan de este era simple; nadar contra la corriente y mantenerse cerca del muelle. Sabía que debía de haber hecho algunos ejercicios antes de realizar semejante esfuerzo, pero no había tiempo; era seguro que para ese entonces Lenumat ya debía estar en alguna parte, quizás entrenando más fuertemente.

Un gran chapoteo recibió en el agua al cuerpo de Aleyu, que de inmediato comenzó a luchar contra la fuerza de la corriente. Al principio su fuerza y la del Ereuflo parecían ser iguales, pues Aleyu conseguía mantenerse casi estático en un solo punto, solo de vez en cuando se veía arrastrado por la corriente, pero de inmediato nadaba con más fuerza, hasta situarse de nuevo en el mismo lugar. Pero luego percibió cuanto le costaba mantenerse cerca del embarcadero que se alzaba a un lado de él. El agua lo empujaba con singular fuerza, cubriéndole en varias ocasiones la cabeza, impidiéndole respirar todo lo que necesitaba para tal esfuerzo. Fue así como, tras solo unos minutos de estar luchando, comenzó a sentirse muy cansado: sus músculos le pesaban y dolían, al igual que sus pies, especialmente las rodillas, de modo que incluso el pecho le dolía por el esfuerzo inútil por respirar. Su corazón, palpitando a todo lo que podía, carecía del aire necesario para otorgar siquiera un poco de la energía requerida.

Dresar por su parte se quedó de pie sobre el puente, con semblante vigilante y desconfiado. Por un rato Aleyu fue capaz de mirar la figura del mago sobre el puente, luego, cuando ya se comenzaba a ver en problemas, notó que dos figuras más estaban con el encapuchado, y que este ya no lo miraba tan atentamente por atender a las otras dos personas.

Sabiendo que había llegado al límite, Aleyu trató de llegar a la orilla, pero entonces percibió que la corriente aumentaba su fuerza con rapidez, alejándolo cada vez más del puente. Fue entonces que se dio cuenta de que estaba en graves aprietos; se había equivocado, estaba en peores condiciones físicas de las que había creído.

—Esto no puede ser, ¡podría ahogarme!” pensó Aleyu, comenzando a temer por su vida. La fuerza y rapidez de la corriente fueron aumentando más y más. Para entonces ya era inútil luchar; comenzó a ser revolcado sin nada que pudiera hacer. El agua lo empujó hacia el fondo, donde la oscuridad y el frío lo rodearon. Ya no podía respirar, pero con las pocas energías que le quedaban luchó y se dirigió a la superficie, cuando la alcanzó fue sacudido una y otra vez. Comenzó también a ser golpeado por lo que creyó que eran troncos de árboles y rocas que eran arrastradas por el Ereuflo.

Las pocas veces que pudo abrir los ojos se dio cuenta de que ya estaba muy lejos del muelle, no podía ver a nadie cerca o lejos, sino que veía las imágenes difusas de cientos de árboles que pasaban a gran velocidad en ambas orillas.

Creyendo que ese sería el final, Aleyu no soportó la idea de dejar la tierra dejándole todo cuanto había deseado a su odiado hermano. Iba a morir, estaba seguro; su mente se fue disipando poco a poco, los sonidos del agua se apagaron. No sintió nada más en su cuerpo, y lo último que vio fue un color rojo intenso seguido de un blanco infinito, donde desaparecía todo y nada quedaba, luego no vio nada más. Aleyu desapareció arrastrado por el río, en medio de oscuras aguas.

Dresar vigilaba a Aleyu, cuidando de no perderlo de vista, por un instante creyó que el príncipe era arrastrado, pero este nuevamente regresó exactamente al punto donde había estado antes y se mantuvo allí.

¡Aleyu! se escuchó un grito a espaldas de Dresar, este se volteó inmediatamente y vio que un joven adolescente corría desde las cabañas hacia el puente, subió por los escalones de este y se detuvo a menos de tres metros de él, mirándolo con la boca abierta.

¡Vaya! exclamó asombrado Cumer, el hermano menor de Ciorima, mirando de arriba a abajo a Dresar. Detrás de él la muchacha caminaba lenta y precavidamente; se veía mucho más arreglada y peinada que hacia un rato. Cumer por su parte vestía ropas viejas que más parecían el tipo de prenda que se escogerían para realizar algún duro trabajo, tú debes de ser Dresar ¿cierto? dijo aún con la boca abierta pero con tono emocionado.

Así es contestó Dresar sin expresión alguna en su rostro, y tú debes ser Cumer.

¿Cómo sabes mi nombre? pregunto Cumer, poniendo más atención a su afán de analizar a Dresar que a sus propias palabras. Seguro esperaba que el mago le dijese que había adivinado su nombre, o algo por el estilo.

Aleyu me lo comentó respondió Dresar sin mucha gana. En ese instante llegó Ciorima, que se mantuvo tres metros más alejada de Dresar que Cumer.

¿Pero quién es este sujeto tan extraño? dijo un hombre viejo que se acercó poco después de la llegada de Ciorima: era ya un anciano, estaba muy delgado y tenía la barba larga y canosa, al igual que el cabello. Sus facciones no eran muy duras, sino que parecía una persona muy amable, aunque en ese momento arrugaba el entrecejo extraño al ver a Dresar. Vestía muy semejante a Cumer, con ropa remendada y descuidada.

Papa, él es un... comenzó Cumer, aventurándose a presentarlos, pues Ciorima no se atrevía a hacerlo ¿Un mago? dijo, mirando a Ciorima y luego a Dresar como para asegurarse de que lo había dicho bien. Este último asintió una sola vez. Todavía no estoy seguro, pero creo que es extranjero.

¿Extranjero? saltó Izor mientras, sin temor alguno, se aproximaba a Dresar y lo miraba con unos ojos secos y un tanto tristes. Mi nombre es Izor Dolap, padre de Ciorima y Cumer Dolap se presentó el anciano con toda naturalidad. Soy dueño de esta pequeña tierra junto al río, y constructor del medio puente sobre el cual estamos, y que uso para la pesca.

Dresar pretendió extender un brazo para saludarlo con la mano, pero el anciano no repitió el gesto, por lo que Dresar se detuvo.

¿Así que pretenden que me crea que vienes de otras tierras, basado sólo en tu extraña apariencia? dijo el anciano evidentemente no creyendo nada de lo que le decían ¡Jóvenes traviosos!, ¿no tienen algo más que hacer que querer jugarle una broma a un viejo?, pues sepan que yo no soy uno de esos que creen que más allá del desierto o del océano existen lo que llaman “hombres del este”, esos son puros cuentos, ¿o acaso hace miles de años no existía ya el humor y el querer jugar bromas?

Cumer hizo un gesto como de querer discutir con su padre, pero Dresar le negó con la cabeza. Ciorima no hizo ni dijo nada, pero en ella se encendió la esperanza de que lo que decía su padre fuera verdad.

Le ruego que nos disculpe, señor Izor, y no lo tome a mal, de todos modos esta broma no estaba destinada a usted, sino a alguien más le dijo entonces Dresar, apenas y modificando su tono serio.

Ya lo sabía, espero que no hagan mucho escándalo con esto, ya hubo demasiado bullicio y desorden anoche, y lo volverá a haber dentro de dos meses Entonces Izor se volteó hacia Ciorima. Dile a Aleyu que cuando acabe de hacer lo que está haciendo, si tiene apetito, puede pasar a comer algo se volteó y miró un instante de nuevo a Dresar, luego de nuevo a Ciorima,

y quizás también a su amigo Dicho esto se marchó, recorrió el muelle y se dirigió hasta la cabaña más cercana, en la cual entró por la puerta trasera.

Por un momento Ciorima se tranquilizó, segura de que todo había sido efectivamente una broma planeada por Aleyu, pero su semblante cambió a pálido cuando notó que la túnica de Dresar, antes de un negro claro, ahora era de un azul profundo, y cada vez se aclaraba más, aunque por momentos volvía a ser negra. Entonces se guardó todo lo que quería decir, como una presentación más formal y pedir mayores explicaciones.

Disculpa a mi padre se apresuró a decir Cumer, que no estaba asustado, sino emocionado, y no paraba de examinar a Dresar, pero cada vez que no entiende algo decide creer que es una broma, y aunque yo tampoco entiendo nada, estoy seguro de que esto no es una mentira de Aleyu dijo mientras miraba el constante cambio de tonalidades de la túnica del mago, lo cual ya era evidente que molestaba a este último.

Sí, pero creo que Aleyu es el más indicado para explicarles un poco, él aun no acaba de entender, pero podría expresarlo en palabras más entendibles para ustedes, o usando metáforas que comprendan mejor, pero yo, me temo, estoy a otro nivel.

Disculpa, pero lo que sucede es que nunca nadie de aquí ha tenido contacto con... gente... del exterior, pero no tenemos muy buenas referencias se atrevió a decir finalmente Ciorima.

Entiendo dijo Dresar con un extraño tono de voz, con mucha razón tienen ese concepto, pues todos los...

¿¡En donde está Aleyu!? Cumer gritó de improviso; se había estado acercando al río, mientras rodeaba a Dresar para mirarlo mejor, y entonces había notado que Aleyu no se veía por ninguna parte.

Inmediatamente Dresar se volteó y examinó las tempestuosas aguas, confirmando que Aleyu había desaparecido. Ciorima corrió y se puso al lado de Dresar y de Cumer; la angustia hizo estragos en su bello rostro.

¡¡Aleyu!! gritaron los tres al unisonó en varias ocasiones, especialmente Cumer y Ciorima; Dresar examinaba la fuerte corriente. No hubo más respuesta que el rugir del Ereuflo.

¡¡La corriente se lo ha llevado!! Ciorima gritaba desesperada; ¡Aleyu!, ¡Aleyu!, ¡¡Aleyu!!

Yo iré a buscarlo dijo Cumer en medio de los gritos desesperados de su hermana; comenzó a quitarse algunas prendas y los zapatos, pero antes de que se lanzara al agua, el brazo largo y cubierto por la túnica de color azul de

Dresar se lo impidió.

No, el río está demasiado fuerte señaló a la otra orilla, a la cual Cumer miró rápidamente: el río parecía estar aumentando desmesuradamente su fuerza, y su caudal crecía muy rápido ¡Mira allá! volvió a decir y señaló río arriba. Cumer miró una vez más, al principio no entendió, pero pronto vio, a una enorme distancia, las montañas de donde provenían muchos de los ríos de Daguena, incluido el Ereuflo.

En aquellas montañas del este, tan altas como lejanas, una densa y oscura sombra las cubría por completo, iluminada de vez en cuando por fugaces relámpagos.

Es una gran tormenta exclamó Dresar, debe de estar lloviendo en aquellas montañas desde hace horas. Un gran diluvio, esa lluvia debe de estar aumentando el caudal y fuerza del río.

¡Eso no importa ahora! reclamó Ciorima ¡Hay que rescatarlo!

¡Debo ir ahora! insistió Cumer y se alistó nuevamente para saltar al agua, pero de nuevo Dresar lo detuvo.

Aguarda, para ti será muy arriesgado, yo me encargaré de buscarlo y rescatarlo exclamó Dresar.

Una fuerte briza sopló y alborotó las copas de los árboles cercanos, el césped del claro y el cabello de Cumer y Ciorima. Ambos dieron un grito de asombro al ver como unas jorobas pequeñas e inquietas comenzaron a moverse en la espalda de Dresar. Pero mayor fue el grito de Ciorima cuando el hechicero se elevó del puente y comenzó a levitar en el aire en medio del viento que agitaba con fuerza su túnica. Los dos hermanos quisieron gritar de nuevo, pero la voz ya no les salía: ante sus atónitos ojos, los pies, los brazos y la cabeza del mago desaparecieron convirtiéndose en oscuridad, en un negro profundo que se retorció en el aire.

La sombra substancializada se deslizó fuera del embarcadero y voló sobre el agua enfurecida del Ereuflo, a solo unos pocos centímetros del mismo. Cumer y Ciorima observaron como las sombras oscuras se dirigieron río abajo a una gran velocidad, perdiéndose pronto de vista.

Ciorima, debido a la desaparición de Aleyu y lo que acababa de ver, pese a su fuerte carácter, no resistió más y se desmayó, e incluso por poco no cayó al agua, ya que Cumer logró salir de su asombro a tiempo para atraparla en el momento preciso.

La sombra que ahora era Dresar, continuó buscando a Aleyu río abajo. A veces se mantenía muy cerca del agua, pero en otras se elevaba algunos metros

como para mirar a lo lejos, en algunas ocasiones se sumergía en el Ereuflo, y tras pocos instantes emergía sin éxito.

Dresar continuó avanzando. Ya había dejado el claro muy atrás y ahora los árboles cubrían todo el terreno a ambas orillas, incluso muchos de estos árboles, con raíces en el agua, parecían tentados a conquistar también el río.

Aleyu no aparecía y el sol disminuía su fuerza en el cielo; una leve briza, acompañada de algunas nubes oscuras que descendían de las montañas, soplaba ahora con intensidad; parecía como si al día ya no le interesase vivir.

Dresar siguió olfateando el agua, que no cesaba a cada momento de aumentar más su caudal y su rugido. Tras unos movimientos en zigzag de orilla a orilla, de pronto la oscuridad sobre el río pareció detectar algo: se quedó inmóvil unos instantes en el centro del Ereuflo, luego rápidamente se sumergió y desapareció bajo el agua revuelta.

Pasaron algunos segundos en los que el río creyó haber ganado, pero luego el agua pareció elevarse, se separó y dejó ver el cuerpo inconsciente y flácido de Aleyu. Este emergió envuelto en la oscuridad que era Dresar. Las sombras sin mucho esfuerzo lo llevaron hasta la orilla izquierda del río.

Aleyu estaba muerto: el frío blanco de la muerte se extendía por su rostro y todo su cuerpo. Sus ojos estaban cerrados, sus pies y brazos inmóviles, y el agua salía sin cesar de su boca.

Cuando sopló de nuevo un viento que no era de la tormenta, Dresar reapareció en su forma de hombre, este se inclinó sobre el cuerpo. Sin preocupación alguna elevó su mano derecha y la colocó sobre la cara de Aleyu, nuevamente sopló un viento innatural, y el dedo índice del nigromante se convirtió en una especie de humo color marrón. La pequeña humareda dio unos giros en el aire, luego de lo cual entró por la nariz del príncipe inerte.

Aleyu se retorció violentamente y dio vueltas en el suelo, a la vez que comenzaba a toser y expulsar aun más agua por su boca y nariz. Dresar lo sujetó con fuerza, luego rápidamente las convulsiones cesaron. Cuando pareció que en el cuerpo de Aleyu ya no quedaba más agua, el mismo humo marrón salió, esta vez por la boca y regresó a la mano del mago, volviendo a ser su dedo índice, al instante un fuerte suspiro le devolvió la vida a Aleyu.

Aleyu intentó decir algo pero por un rato le fue imposible. No comprendía en dónde estaba ni recordaba qué había sucedido. Su mente parecía dormida, como entregada a algún destino inevitable del cual no recordaba más que el hecho de haber aceptado que no regresaría. Pero poco a poco sus recuerdos fueron regresando a él, impactándole todos y cada uno, y fue entonces que se

sorprendió aun más al verse a salvo.

¿Qué fue lo que sucedió? fue lo primero que logró decir casi sin voz, sintiendo un frío congelante tanto dentro como fuera de su cuerpo, por lo que temblaba sin cesar.

¡Y Tú dices que la vida aquí es muy aburrida!, pues bueno, estuviste a punto de perderla le dijo Dresar sonriente.

¿En dón... en dónde... estoy...?, ¿q... que... que fue lo que... paso...? Aleyu aun estaba desorientado, pues no entendía como era que estaba vivo. Su cuerpo aun tosía en un intento por despejar sus vías respiratorias. Aun titiritaba mucho y el clima, ahora oscuro y con un constante azote del viento, no le ayudaba para calentarse más rápido.

Creo que la fuerza de la corriente te venció comentó Dresar mientras lo ayudaba a sentarse.

¿Cómo pudo... sucederme...? se lamentó Aleyu. Entonces sintió las cálidas manos de Dresar en su espalda, lo cual le ayudó para dejar de tiritar. Al principio todo iba tan bien... pero creo que... que estoy en peor forma de la que creí.

Quizás tengas en parte razón, pero solo en parte, así que no seas tan duro contigo mismo. Déjame que te explique: hay una gran tormenta que desde hace algunas horas debe estar depositando lluvias en las montañas en donde nace el río, eso debió aumentar la fuerza del mismo y su caudal de una manera muy rápida, y no estabas listo para eso, solo estuviste en el lugar y momento equivocados.

Pero eso da igual, solo significa que no estoy preparado para enfrentar al Exter, cuyo caudal es mucho mayor se lamentó Aleyu tras escuchar a Dresar.

¿Mucho mayor?, ¡vaya!, deberías de mostrarme ese río pronto, antes de que tan siquiera pienses en entrenar en él. Pero creo que por hoy ya has tenido demasiado, no podrás entrenar más. Con mis cuidados podrás continuar mañana, además, creo que la tormenta se dirige hacia acá Dresar miró la oscuridad del día y, aunque aún lejana, la tormenta ya se hacía anunciar con una leve briza y algunas gotas ocasionales.

Débil y un poco conmocionado, Aleyu se esforzó por levantarse, y con ayuda de Dresar logró hacerlo. Casi no podía mover sus piernas, pues las tenía entumecidas y golpeadas, al igual que la mayoría del cuerpo. Un dolor repentino en la cabeza lo puso de mal humor, pues ahora se creía incapaz de afrontar con éxito la competencia que sería en tan solo dos meses, y mucho menos lograr ganarla.

Dresar le ayudó a mantenerse en pie, colocándose uno de los adoloridos brazos de Aleyu por sobre el cuello. Aleyu se quedó mirando sus propios pies; estaba seguro de que Lenumat practicaba la natación más a menudo que él, por lo que se preguntaba si sería capaz de vencerlo, ¿qué haría si no?

¡Aleyu! Dresar, que había comenzado a caminar, lo llamó de pronto y le hizo un ademán con la cabeza, como para que mirara hacia adelante.

Aleyu levantó su cabeza y miró al frente, llevándose en el acto una gran sorpresa: allí delante de ellos se encontraba su hermano Lenumat, que los observaba a ambos. Parecía perplejo, como si hubiera visto algo difícil o imposible de creer; y lo había hecho, era obvio que llevaba algún tiempo cerca de ese lugar, había sido testigo de todo; el rescate y su vuelta a la vida.

¡Lenumat! exclamó Aleyu, soltándose de Dresar e intentando mantenerse en pie por sí solo, pues no quería demostrar debilidad, aunque ya era tarde para eso, ¿qué haces aquí... tú, mal hermano? dijo a duras penas, luego, con un tono burlón agregó: ¿Por qué tienes esa cara?

¡Así que tú eres Lenumat! dijo Dresar con un tono suave pero a la vez no muy amable.

Lenumat cerró al fin su boca e intentó en vano disimular su asombro; parecía traumatizado, y no miraba a Aleyu, sino a Dresar, examinándolo una y otra vez de los pies a la cabeza, mirando también de vez en cuando hacia el río, de donde había visto a ese ser convertido en oscuridad, sacar a Aleyu y arrebatárselo a la muerte. Por un momento miró a su hermano mayor, pero su mirada desorbitada volvió pronto al mago.

¡Lo he visto...!, ¡todo! dijo con una voz quebrada, y no creo nada, no puede ser, no, no puede..., no lo creo... ¿¡Quién es él!?

Yo soy...

Él es un mago, un nigromante concluyó Aleyu antes de que Dresar lo hiciera. Sentía la necesidad de tomar importancia pese a su estado, haciendo suponer a Lenumat que él entendía a la perfección lo que era un mago y todo lo que había detrás de ello, olvidando que hacía tan solo unas horas él mismo no había estado menos impresionado que su hermano Dresar, él es Lenumat. Lenumat, él es Dresar, un mago explorador Aleyu habló disfrutando el asombro de su rival.

Bajo otras circunstancias, hubiera sido un placer dijo Dresar con cierto dejo de desprecio, pero hábilmente disimulado. Lenumat no movió la boca por largo rato.

¿Un mago? preguntó apenas, ¿qué es eso?

Dresar, ¿te importaría hacer una demostración? le pidió Aleyu, que ahora lograba mantenerse en pie de mejor manera a Dresar, esperando impresionar aun más a Lenumat

Lo lamento príncipe, pero ya no puedo hacerlo respondió Dresar inesperadamente.

¿¡Qué...!?, ¿por qué?

Me temo que, al igual que tú, yo no he descansado, y por desgracia yo no puedo aplicarme a mí mismo el hechizo que te acabo de hacer, o el que te hice esta mañana. Tu búsqueda me ha agotado y tengo ya poca energía, ¿recuerdas acaso lo de mi viaje por el desierto?, de tal manera que, lo siento mucho pero debo irme, necesito descansar.

Aleyu sintió una gran decepción al escuchar esto; deseaba tanto lograr una ventaja sobre Lenumat, aunque al principio no fuera más que psicológica. Pero no podía discutir con Dresar; era cierto que había cruzado todo el desierto solo para conocer Daguelna, luego, por la noche, no había descansado debido a todo lo que le había contado acerca de sus viajes, y ahora, con un esfuerzo muy grande, lo había salvado de una muerte segura. También fue algo extraño, pues con todo lo que había visto hacer a Dresar, ya hasta creía que nunca necesitaría descansar.

Bueno, entiendo, disculpa por no haberte agradecido aún por salvarme la vida... si quieres, puedes ir a descansar, ¿pero a donde iras?, ¿No dijiste que te quedarías aquí un tiempo? De pronto esa idea lo alarmó, pues seguía deseando escuchar más sobre el mundo que Dresar conocía.

Sí, así es, no te preocupes, volveré. Mira, calcula el menor tiempo que creas que puedo tardar en recuperarme, y te aseguro que volveré antes.

Mientras Aleyu y Dresar hablaban, Lenumat parecía entender cada vez menos, a la vez que se asombraba más a cada momento, al tiempo que sobre ellos el cielo se iba volviendo más oscuro.

¿Pero a dónde iras? insistió Aleyu.

Algún día te lo diré repuso el mago, pero por supuesto, es un lugar que tú no conoces, pero que es posible que conozcas más pronto de lo que imaginas, pero solo quizás.

Estas palabras cavaron hondo en Aleyu; sintió la envidia por conocer aquel sitio al que se refería Dresar, y la esperanza que este le dio lo hizo pensar en realmente conocer ese y otros lugares, muchos otros, quizás hasta salir de Daguelna.

Un viento sopló en medio de la débil pero insistente llovizna. Lenumat dio

un paso hacia atrás e inconscientemente volvió a abrir la boca, atónito: Dresar flotaba en el aire, sus miembros superiores e inferiores se encogieron, contrajeron y desaparecieron, al igual que su cabeza. Una vez más las sombras surcaban el aire, una oscuridad sin igual se alejó volando por sobre las copas de los árboles, río arriba.

Lenumat y Aleyu estaban estupefactos, pero este último logró disimularlo y aparentó estar inmutable durante la transformación. Luego de que se fuera Dresar, Aleyu miró a su hermano y quedó muy complacido, pues a pesar de todo, había conseguido la demostración que quería.

¡Aleyu!, por favor explícame gritó Lenumat.

Algún día entenderás, Lenumat, pero este no es ese día respondió Aleyu para impresionar aun más a Lenumat. Pero la verdad era que no se le ocurría que decir, puesto que ni él mismo entendía muy bien aún.

¿Pero tú qué haces aquí? gritó Aleyu con grosería, aprovechándose del asombro de su hermano ¿Acaso me espías?, ¿eso es lo que haces?

¿Qué...?, ¿espíarte, yo? Lenumat se burló con una leve risa, parecía que su asombro había pasado tan rápido como había cambiado el tiempo. No hubiera logrado gran cosa si fuera así, ¿cierto? se mofó, ya que por poco te ahogas.

¡Lenumat! Antes de que Aleyu estallara en cólera, se escuchó una voz de mujer, suave y dulce, que provino desde detrás de Lenumat.

¿Quién es ella? preguntó Aleyu, mientras intentaba mirar por detrás de su hermano, pero este se movió y la tapó con su cuerpo ¿quién es? insistió Aleyu, ¿acaso es... tu novia?

Algún día lo sabrás, pero...

¡Lenumat! Una muchacha de cabello rubio y piel clara, ojos azules y facciones suaves y delicadas que daban forma a un hermoso rostro, apareció desde detrás de un árbol a espaldas de Lenumat ¡Ho vaya!, ¡es el príncipe Aleyu! exclamó la joven al verlo.

Sí, creo que sí respondió Aleyu sin voz. Estaba viendo a la mujer que, en su opinión, era la culpable de todo; las preocupaciones de su padre, la perturbación de la familia, y el peligro que ahora corría el destino que él deseaba.

Aleyu, ella es... Tiberli dijo Lenumat resignado, ella es mi novia.

Así que es por ella que todo esto ha sucedido, y sucederá lo que ha de suceder ¿cierto?, ¡cuántos años tiene!, ¡cuánto tiempo tienen de estar juntos!, ¡¡desde hace cuanto es que lo han planeado!! estalló Aleyu.

Tiene diecisiete años respondió Lenumat al verse sin salida. Ya sabes cuánto tenemos de estar juntos, y no hemos planeado nada.

¿¡Aún quieres seguir con esa mentira!? Tengo la prueba de lo contrario justo delante de mis ojos Entonces Aleyu miró directamente a la chica, que parecía estar muy asustada ¡Dímelo tú! ¿Bajo la sombra de que árbol lo planearon?, ¿cuáles eran exactamente los detalles del plan?, ¿acaso creyeron que lo aceptaría todo tan tranquilamente?

¡Aleyu no le hables de esa manera! exclamó Lenumat, pero Aleyu no le hizo caso, sino que comenzó a caminar en dirección a Tiberli, la cual estaba ya a punto de llorar.

No entiendo de qué habla, príncipe musitó la joven.

¿No lo entiendes?, ¿o estás muy bien entrenada para mentir?, o quizás sea cierta mi otra teoría; Lenumat solo te está usando para convertirse en el heredero; no te ama ni te ha dicho su plan se volteó hacia Lenumat cuando este le cerró el paso para que no se pudiera acercar más a la chica.

No digas ridiculeces, Aleyu, ella no es culpable de nada, y yo tampoco lo soy, no he planeado nada en contra tuya.

¿Cómo es entonces que ahora deseas tanto ser el heredero?, ¿ya no lo escondas más!

Lenumat no respondió ni una sola palabra ante este cuestionamiento. Aleyu creyó haber triunfado en la discusión, pues el silencio de su hermano lo delataba; deseaba ser el heredero, solo que aun mentía en el cómo y porqué.

Tiberli sollozaba casi abrazada al árbol. Aleyu no sabía muy bien que creer; si ella realmente no sabía nada y su llanto era autentico, lo cual a su parecer no la exoneraba de nada, o si por el contrario ella era consciente de todo y simplemente había aprendido muy bien el arte de mentir. Pero decidió que en ese momento eso no importaba, lo único que le interesaba era que Lenumat prácticamente aceptaba que deseaba ser Rey.

El clima había ido empeorando poco a poco: la llovizna aun se mantenía igual, pero ahora el cielo estaba completamente encapotado, de modo que el sol no lograba asomarse por entre las oscuras nubes. El viento también soplaba más fuerte y frío que antes. El Ereuflo había aumentado un poco más su caudal, pero el alto nivel del ruido de sus aguas no había logrado competir con los gritos de Aleyu.

Aleyu, cálmate intentó apaciguarlo Lenumat, pero Aleyu ya había oído al fin un aire de debilidad, y planeaba lanzarse contra este.

¿Sabes además que ella aún es menor?, tú no deberías estar con ella,

pues eres mayor, y la ley lo prohíbe. Sabes que nuestro padre no puede dejar de cumplir la ley, ni siquiera si se trata de uno de sus hijos.

¡Escucha!, dentro de tan solo un mes ella cumplirá la mayoría de edad, es por eso que la he ocultado, pero cuando ya sea mayor no será necesario que la siga escondiendo, es por eso que no la he llevado al castillo hasta ahora, y también es por ello que nadie la conoce, y debido a eso es que debemos vernos a escondidas en el bosque.

¡Genial!, de manera que esta es la razón por la que te ausentas del castillo todos los días desde muy temprano continuó Aleyu, feliz de encontrar otra excusa más para gritarle a su hermano. Debo admitir que has fraguado tu plan de mejor manera de lo que creí, pues pensé que no era cierto lo de una “novia”, pero creo que has pensado en todo Aleyu gritaba, mientras a su alrededor la lluvia aumentaba y el viento le movía con gracia el cabello.

¡Sí, esta es la razón de todo! confirmó Lenumat subiendo también el tono, mientras Tiberli los miraba aterrada, ¡es por ella que me desaparezo del castillo!, ¡por ella es que le pedí permiso al Rey para casarme!, ¡¡es por ella!! .Yo solo quiero darle una vida mejor de la que tiene, pues su familia es una de las más pobres del reino. Si bien no pasan hambre, me di cuenta de que en el castillo tenemos más de lo que necesitamos, sea o no esa la intención. Desde que la vi me enamore perdidamente y es por eso que deseo darle todo cuanto pueda alcanzar, y si eso me lleva a ser Rey, me cercioraré de que en Daguelna todos tengan bienes por igual y tierras por igual, me aseguraré de que nadie tenga más de lo que necesite, y que no desperdicie lo que los demás ansían tener.

Para Aleyu todo lo que Lenumat decía no eran sino estupideces; burdos intentos de cubrir con mentiras sus verdaderas intenciones, por eso no le prestó mucha atención, sino que se dedicó a dirigirle a Tiberli una mirada fría y de desprecio total. Pero sí se molestó con algunas palabras de su hermano; ¿qué acaso estaba diciendo que su padre, el Rey Deinor, no era buen gobernante?, ¿y qué pasaba con todos los Reyes anteriores, los cuales habían gobernado el país para que fuese lo que era?, ¿acaso no significaban nada para Lenumat?, ¿pretendía acaso este con sus mentiras hacerlo creer que él sería mejor que todos ellos?

¡Pero no!, ¿verdad?, tú piensas que yo quiero arrebatarte tu reino, ¿cierto?, pues sabes, prefiero que cualquier otro sea el Rey y no tú, aunque tenga que serlo yo concluyó Lenumat, cuyas últimas palabras habían hecho

que en Aleyu aparecieran nuevamente pensamientos oscuros que por poco no lo dominaron.

Lenumat hizo una pausa para tomar aliento, seguramente creyendo que estaba logrando causar en Aleyu algún pensamiento de culpa, pero estaba muy equivocado. Entonces la lluvia arreció con mayor fuerza, y se comenzaron a escuchar a lo lejos unos poderosos relámpagos.

Te lo iba a decir, Aleyu continuó Lenumat, eres mi hermano, mi amigo. Te lo pensaba decir incluso antes de ir donde nuestro padre, pero no pude hacerlo; ese día saliste con Ciorima y no volviste hasta muy tarde, pero aun así te esperé, te recibí en la entrada del castillo, pero entonces no quisiste que te molestará.

Luego nuestro “gran padre”, sin saber porqué yo se lo había pedido, te lo contó todo a ti, y tú lo interpretaste mal..., pero debes entender; yo no quiero este reino, o no lo quería..., pero ahora, debido a toda tu actitud, creo que tienes una tendencia que no es muy buena, quizás tú no serías un buen Rey.

¿¡Qué quieres decir con que no sería un buen Rey!? exclamó Aleyu, colocando su cara a poca distancia de la de Lenumat, y con un gesto de rabia y odio.

Quiero decir que con gusto participaré en la competencia, que lucharé por lo que le prometí a Tiberli, pero también lo haré para que tú no seas Rey de Daguena.

¡No tienes derecho!, tú tampoco entiendes porqué yo lo quiero, por qué necesito ser Rey.

Bueno, ¿por qué no me lo dices?, ahora que yo te he dicho mis razones, las creas o no, ¿por qué no me dices porqué deseas tanto ser Rey?, te crea yo o no.

Aleyu sabía que no podía hacer semejante cosa, si lo hacía era seguro que Lenumat se lo contaría a todo el mundo, en especial a la Reina, y nada de eso sería bueno, de manera que no dijo nada, sino que continuó mirando a Lenumat con el odio en sus ojos.

No las tienes, ¿cierto?, entonces es verdad lo que yo temía; tú deseas solo el poder. No sé qué pensamiento retorcido que no es nativo de nuestro reino se ha encarnado en tu mente, pero no puedo permitirte ser Rey.

Mama tiene razón, tu actitud no es nada digna de un príncipe En ese momento Aleyu hubiera arrojado un golpe, pero sus brazos estaban tan maltrechos que solo le respondían para cerrar el puño en señal de advertencia. Cuando te encerraste en tu habitación yo pretendí ir a buscarte,

pero ella me dijo que tu comportamiento era muy infantil, pero no solo eso; es malvado. Eres mi hermano mayor, Aleyu, pero por lo visto eso no te hace más maduro, ni aunque te vistas diferente para aparentar serlo.

¡¡Cállate!! ¿Cómo te atreves?, yo seré mejor Rey de lo que tú jamás soñarías.

Ahora sé que yo debo ser el Rey.

¡Hablas como si nuestro padre fuera a morir mañana! comenzó a gritar Aleyu, mientras Lenumat le daba la espalda dispuesto a marcharse.

Tú fuiste quien primero comenzó a hablar del “futuro Rey” recalcó Lenumat sin voltearse. Fue hasta donde se encontraba Tiberli, aun llorando y empapada, la tomó por un brazo y juntos se perdieron entre miles de hojas que lloraban lluvia.

Aleyu se quedó solo bajo la tormenta, consumiéndose de rabia, deseando que no tuviera que esperar dos meses para definir aquella situación, ansiando saber cómo utilizar la espada que Dresar le había dado.

Su propia madre y su hermano lo consideraban prácticamente un inútil y el malvado de la historia, mientras Lenumat y Tiberli adoptaban el papel de víctimas, ¿eso no podía ser!, él no lo podía permitir. “Quizás tengas a la Reina de tu parte, pero yo tengo al Rey del mío”, pensó Aleyu para sus adentros.

Todo le pareció una increíble y desafortunada situación que jamás se había dado en Daguena; dos príncipes, por asuntos que de una forma u otra tenían que ver con mujeres, disputándose el derecho a ser el heredero al trono, ¿cómo pudo haber sucedido todo?, ¿cómo fue que pasó tan rápido? Algo era seguro; la calma que había reinado en Daguena por siglos ahora llegaba a su fin de una manera estrepitosa. Aleyu pensó que era su tarea acabar lo más pronto con esa situación y devolverle la tranquilidad al reino, antes de que este se diera cuenta de que la había perdido.

Sus ropas estaban totalmente empapadas, y ahora sin el calor de la discusión, Aleyu pronto volvió a sentir los estragos en su cuerpo de los golpes y el frío, pero su mente y su mirada solo se dirigían al lugar por donde Lenumat y Tiberli se habían ido.

¡Aleyu! De pronto comenzó a escuchar unas voces que lo llamaban a cierta distancia, un momento después se dio cuenta de que eran las voces de Cumer y de Ciorima. Se volteó hacia el río y vio como instantes más tarde ambos aparecían por la orilla.

Aleyu ¿estás bien? le preguntó Ciorima corriendo hacia él con expresión de alivio al verlo a salvo, tanto así que al llegar le dio un fuerte

abrazo ¿Estás bien? volvió a preguntarle.

¿Te lastimaste mucho? Cumer también estaba muy preocupado, pero algo aliviado.

Sí, sí, claro que estoy bien respondió Aleyu, mientras sus golpes resentían el fuerte abrazo de la chica.

¡Pensé que te habías ahogado!, ¿cómo fue que te salvaste? le preguntó Cumer, que sabía que la condición de Aleyu no podría haberlo ayudado para salvarse por su propia cuenta.

Dresar me ayudó, un poco mintió Aleyu con intenciones de salvar un poco su orgullo.

¿En serio él te salvo? preguntó Ciorima, que se negaba a soltarse de él. Bueno, eso es suficiente para mí, ya no necesito entenderlo, sólo se lo agradezco.

Cumer y Ciorima ayudaron a Aleyu a caminar hasta el castillo. El río los había alejado bastante, de manera que tuvieron que andar un buen rato, sin saber con exactitud la hora ya que el sol permanecía oculto por la tormenta que desataba toda su furia sobre el bosque. En el camino Cumer lo forzó a contarle todo lo que había sentido mientras era arrastrado por el Ereuflo, a cada palabra de lo cual Ciorima prefería taparse los oídos. Cuando lograron llegar a Asaliriam, de inmediato muchas personas notaron la condición del príncipe, de manera que rápidamente lo subieron en una carreta con toldo y llevaron hasta el castillo, pero Aleyu prefirió que lo dejaran en la puerta, y él entrar por su cuenta, pues no quería preocupar a su padre, o que su madre se enterara de lo sucedido y creyera confirmar que él era un inútil. De manera que allí se despidió de Cumer y de Ciorima, no haciendo caso a las palabras de esta, que le decía que lo sucedido había sido una prueba de que no debía competir. También le pidió que la dejara acompañarlo hasta su habitación para curar de mejor manera sus heridas, a lo cual también se negó, pues ya era tarde, el día concluía y esperaba encontrarse con Dresar y continuar con los relatos de este, además de recibir sus cuidados, los cuales estaba seguro que serian mucho más efectivos. Pero además, pretendía solicitar la ayuda del mago, pues ahora más que nunca estaba decidido a vencer a Lenumat y conquistar la heredad del trono.

Una vez en su habitación, reposó su cuerpo sobre la cama, más no así su mente, pues pensó infinitas maneras para superar la competencia con éxito, y luego de eso, se ocuparía de Lenumat.

Dresar regresó tres horas más tarde; entró por la ventana de manera

exactamente igual a la noche anterior, solo que esta vez Aleyu no se alteró, sino que disfrutó el ver su poder regresar a ayudarlo.

Rápidamente Aleyu puso al corriente a Dresar de lo sucedido, luego de que este se negará a decir en donde había estado. El mago se quedó pensando un momento, a pesar de que, como de costumbre mientras escuchaba un relato, ya daba muestras de comprenderlo todo, como si casi lo adivinara.

Pero Dresar, ¿por qué te fuiste? le reclamó Aleyu, ¿por qué me dejaste solo con Lenumat?, además de que tan solo unos minutos antes casi me había ahogado, y no sé porqué tengo la sensación de que no te fuiste únicamente porque estuvieras cansado.

En primer lugar, mi príncipe comenzó Dresar, me fui porque pensé que aquel momento podría ser el ideal para que tú y tu hermano se... se reconciliaran, y no quería perturbar el momento con mi presencia, y si eso funcionaba, Lenumat te ayudaría a llegar a salvo al castillo. Ciertamente también me fui para descansar, pero al ver la reacción de Lenumat al presenciar mi rescate, supe que no se concentraría en ti en tanto yo estuviera allí. Pero la duda de que si ustedes dos se reconciliarían me detuvo un momento, pero entonces escuche a la lejanía los gritos de tu novia y de su hermano; venían en la dirección correcta, así que lograrían encontrarte, entonces, más tranquilo, me fui...

¿Qué yo me reconciliara con Lenumat? saltó Aleyu con malestar en el estomago, lo siento mucho, mago, pero pese a lo bueno de tus pensamientos, eso es imposible.

Bueno, tiendo a cometer errores cuando recién estoy conociendo una cultura nueva se excusó Dresar. Pensé que tu hermano sería tan bueno como la mayoría de los habitantes de Daguelna lo son, pero me equivoqué, creo que al fin los cabos han sido atados y mi mente abierta; no volveré a cometer errores como ese.

Ahora sé, ahora conozco el alma y el corazón de Lenumat... él te dijo que tú eras el malvado, pero en realidad él es el maligno, el que amenaza con corromper Daguelna si llega a ser Rey, porque por más rivales que fueran, ¿cómo fue posible que te dejara solo, en medio de una tormenta y cuando, como tú mismo dijiste, hacia solo unos instantes habías estado al borde de la muerte? Y ahora coincido contigo; creo que él desea convertirse en Rey solo por su ambición, y pretende usar como excusa un amor fingido para lograrlo.

Mi buen príncipe Aleyu, aun con lo poco que conozco esta tierra, ya la aprecio mucho, creo que solo tú serias un buen sucesor al trono, cuando tu

padre se haya ido. Te prometo que te ayudaré en todo lo que pueda; todas mis habilidades que has visto y las que aun te faltan por descubrir, están a tu servicio.

¡Gracias!, amigo mío exclamó Aleyu, un poco sorprendido, pero feliz con Dresar.

6

El entrenamiento del mago

Dresar y Aleyu, luego de intercambiar opiniones e ideas, se dedicaron a lo que ya habían acordado; Aleyu, mientras la tormenta estaba en su mayor intensidad y con fuertes relámpagos, le contó cosas nuevas acerca de las costumbres y tradiciones de su pueblo, sus celebraciones y días festivos, además de algunos mitos y leyendas. A petición de Dresar hizo especial énfasis en el Noltal, en el cual, al cumplir los cinco años, cada niño era puesto en el bosque, con una supervisión cercana pero oculta, para que, guiado por el vínculo con el que todos nacían, encontrara su árbol, para que a partir de ese momento se supiera cual era y de ese modo poder cuidarlo y pasar largos y agradables ratos sentados a la sombra del mismo, ya fuera leyendo, conversando con otros, o hablando con el mismo árbol, murmurándole cosas que el bosque parecía responder al agitar las hojas y ramas con el viento, como si el aire recolectará los pensamientos de este y se los comunicara a la persona.

¡Fabuloso! dijo Dresar, como siempre, antes de que Aleyu terminara, tu gente tiene una verdadera conexión con la naturaleza, especialmente con los árboles, pero de seguro que a través de ellos también se logran conectar con las bestias del bosque.

¡Así es! indicó Aleyu, sorprendido de como el encapuchado lograba entenderlo todo con una gran facilidad y deducción, hacer conjeturas correctas y descubrir cosas de las cuales Aleyu apenas y daba escasas pistas en el relato.

¿Pero dejan al niño en el bosque solo?

Se le hace creer eso pero en realidad el padre, y un pariente más, lo siguen de lejos sin perderlo de vista.

Tras unas horas, le tocó el turno a Dresar de seguir contando sobre lugares lejanos y maravillosas criaturas. Para ese entonces ya la tormenta se había calmado, aun se escuchaban algunos relámpagos, pero estos eran ocasionales y

lejanos. Pronto dejó de llover, pero por mucho rato las espesas nubes no permitieron ver la luna o las estrellas.

¡Vaya bestias los dragones! exclamó Aleyu, luego de escuchar la historia de Dresar sobre estas criaturas.

Sí, eran unas bestias increíbles, hermosas a su manera, pero por desgracia muy malvadas. Muy inteligentes, pero siempre sedientas de sangre.

¿Qué fue lo que les sucedió?

La amenaza de los dragones era tal, que incluso corría peligro la raza humana de ser extinta por ellos. Para evitar esto, seis grandes magos unieron sus poderes y maldijeron a los dragones. En esa época había dos nigromantes que superaban a todos los otros, así que juntos crearon una espada, como la que yo te di, cuyos asombrosos poderes podía vencer y destruir a esas temibles bestias, pero por desgracia, durante una batalla que duró seis años, esta fabulosa arma se extravió y no pudo ser usada con todo su potencial, algunos dicen que fue robada por un simple hombre que creyó que el valor de la espada era muy grande, sin darse cuenta de que el material de la misma no era otro más que el bronce, metal que conserva durante mayor tiempo y de mejor manera la magia. Pero pese a esto, los magos triunfaron, pero sin el poder suficiente para matar a los dragones, los convirtieron en simples animales, como vacas, conejos e incluso centicoras, entre muchos otros, y todos estos animales, a pesar de haber perdido todos sus poderes antiguos, continuaron siendo inmortales, por lo que incluso hoy en día vagan por el mundo sin recordar nada, pero sin morir nunca. Ese fue el fin de esas criaturas. Por fortuna todo esto fue escondido a los hombres o de lo contrario sería seguro que en la actualidad adorarían a toda bestia que se encontraran en el camino, pensando que podría ser un dragón, así de tonta e infantil es la mentalidad de toda la raza humana.

¿Y qué sucedió con la espada extraviada? le preguntó Aleyu con mucha curiosidad, pensando en qué pasaría si un arma como aquella aun podría también existir en el mundo.

Sinceramente lo ignoro, al igual que lo ignoraba mi maestro, pues la época de este relato es muy remota, pero me di cuenta de que los hombres tienen algunas leyendas que me resultan muy interesantes, como que cada Rey que ha logrado conquistar innumerables reinos y construir enormes imperios, ha contado con un objeto de inmenso poder que los ha ayudado, y aunque en la mayoría no se especifica que arma es, algo me dice que podría tratarse de esa fabulosa espada, que aparece en la historia cada cierto tiempo al ser

encontrada por algún hombre, y siempre con resultados trágicos.

Dresar habló el doble de horas de las que Aleyu había usado para hablar, de manera que los primeros rayos del sol lograron vencer al manto de nubes, que ahora era más delgado y ralo, y se asomaron por entre el este del reino, e iluminaron las montañas de faldas verdes. El bosque, húmedo aun, despertó y muchas criaturas se levantaron con la luz, mientras que otras desaparecieron, ahuyentadas por la misma.

En la habitación de Aleyu, Dresar aun no terminaba de hablar cuando la luz natural comenzó a opacar el pálido resplandor blanco de las rocas que, pegadas a las paredes y el techo, iluminaban la recámara. A lo lejos, y entrando por la ventana, acompañado de la briza matinal, llegó el lejano murmullo de los bramidos de los centicoras.

¡Ho Vaya!, ¡Golbares ha despertado! expresó Dresar, mirando por la ventana las copas iluminadas de los árboles del bosque y escuchando a la vez a los centicoras.

Sí, y así comienza mi segundo día de entrenamiento Aleyu miraba también por la ventana. Pero esta noche tampoco dormí nada, y lo peor es que aun siento en mi cuerpo los estragos de ayer Durante toda la noche Aleyu no le había recordado a Dresar los cuidados que este le había prometido, pues no quería interrumpir su relato, ya que mientras su mente abandonaba Daguena, lograba olvidarse por completo del dolor de sus golpes y magulladuras.

No te preocupes por eso repuso Dresar, diciendo justo lo que Aleyu quería escuchar, puedo hacer que descanses de la misma manera que lo hice ayer en la mañana, si es lo que quieres. Además, este toque de mis dedos también te aliviará de todo dolor que sientas, y te repondrá las energías perdidas Aleyu, feliz, asintió con la cabeza sin dudarlo. Entonces Dresar alzó su brazo y colocó dos dedos en la frente del príncipe, al instante este cerró los ojos y se durmió, de pie junto a la ventana.

La cabeza de Aleyu bajó rápidamente hasta que la barbilla le tocó el pecho. Un segundo después despertó; sus ojos ya no estaban cargados de sueño, ni sentía los parpados pesados, y todo el cansancio y el dolor habían desaparecido. Era ya capaz de mover las articulaciones, cuyo dolor las había dejado sin movimiento. Pero estaba un poco agitado, ya que en tan poco tiempo había tenido una pesadilla que le había parecido durar por horas.

¿Pasa algo? le preguntó el mago al ver su rápida respiración y la agitación de su pecho, e incluso unas minúsculas gotas de sudor en la frente.

Tuve un sueño extraño; primero me pareció ver... ¡dragones!, pero luego vi otra cosa; lo mismo que vi ayer en la mañana, cuando me hiciste dormir por primera vez.

¿Qué fue lo que viste? Dresar parecía algo preocupado, notando la voz entrecortada de Aleyu.

Vi a dos hombres, parecían estar..., ambos usaban...

Aleyu no logró concluir la descripción del sueño, ya que en ese instante se escuchó un golpeteo en la puerta, seguido de una voz anunciante.

¡Príncipe Aleyu! Era la voz de Enot, ¡su padre, su majestad el Rey Deinor, ha venido a...!

¡Enot!, ya te he dicho que no es necesario tanto protocolo, no hay nadie que no sea del castillo que pueda oírte. Una segunda voz, fuerte y ronca, reprendió a la de Enot, y Aleyu la reconoció de inmediato.

¡Es mi padre! dijo en un susurro, cambiando la mirada de la puerta a Dresar.

Ábrele le dijo también en voz baja el mago.

Un poco dudoso, Aleyu se apartó de la pared, se estiró un poco e intentó arreglarse el cabello. Se dirigió a la puerta, temiendo por la reacción de su padre cuando viera a Dresar, aunque era posible que, debido a Lenumat, ya todo el reino lo supiera. Pero poco antes de poner la mano sobre la cerradura, sintió detrás de sí una briza fría acariciarle la espalda y el cuello. Se volteó a mirar, y para su gran sorpresa parecía como si un abismo se hubiera abierto en medio de su cama, pues Dresar se había convertido en sombras y reposaba allí, luego se deslizó a un lado y bajó hasta el piso, entonces se introdujo por debajo de la cama de roca, ocultándose a la perfección.

Aleyu comprendió que aun no era el momento para que Dresar se diera a conocer, de manera que tenían un gran problema con Lenumat.

¡Aleyu!, ¡abre!, vamos, necesitamos hablar contigo dijo Deinor, seguramente pegado a la puerta.

¿Cómo que “necesitamos” hablar contigo?, pensó Aleyu y se preguntó quien más acompañaba a su padre, además de Enot.

Lentamente abrió la puerta, que crujió horriblemente. En el umbral estaba el Rey, vestido elegantemente como siempre, con ropas más ligeras, más propias para hablar con un familiar y no para recibir a algún destacado ciudadano. Llevaba además una fina capa blanca, que parecía una extensión de su canoso cabello. Carecía casi en su totalidad de objetos u adornos de plata o de oro, pero era más que suficiente con su corona, que le daba el aspecto de

“gran señor” por sobre cualquier otro adorno o atuendo. Al lado de Deinor, y viéndolo como quien está recibiendo instrucciones, Enot seguía con su recio semblante formal.

Al principio la escena no le pareció tan mal a Aleyu; su padre sonreía, y Enot, Enot no importaba. Pero luego, saliendo desde detrás de su padre, Aleyu vio aparecer a su madre. La Reina Nubelia vestía de color azul y su rostro era serio pero curioso. Traía solo unos pocos adornos, siendo los más vistosos su delgada corona que ceñía el lacio cabello, y un par de pendientes plateados. Al verla sintió un soplo helado en la cuello, se volteó rápidamente, pues ya había relacionado inconscientemente aquel viento con los actos de Dresar. Feliz de apartar la mirada del rostro de su madre, y esperando los gritos de asombro, inspeccionó la habitación:

dos hojas de pergamino que habían estado sobre la mesa volaron por el aire, y fueron a caer justo a los pies de Aleyu que, decepcionado, comprobó que la briza provenía de la ventana. Entonces aprovechó para mirar la oscuridad debajo de su cama, pero Dresar se confundía con la penumbra real, por lo que se vio forzado a mirar de nuevo hacia el umbral de su puerta.

Me alegra verte, hijo exclamó Deinor dando a Aleyu un repentino y cálido abrazo. Escuché lo de tu accidente ayer en el río Ereuflo, pero lo supe muy en la noche, y como el guardia me dijo que llegaste sano y salvo, no quise perturbar tu descanso, y es por eso que he venido hasta ahora a verte, pero ya envié por curadores a Hadanas, donde se forman los mejores.

No es necesario, padre se apresuró a decir Aleyu. Te agradezco tu preocupación, pero si te dijeron que quizás necesite curadores, creo que exageraron lo de mi accidente; no fue nada más que un susto, solo estaba un poco cansado de luchar contra la corriente, así que esta me arrastró una pequeña distancia, pero rápidamente logré llegar a la orilla, eso fue todo.

Me alegra escuchar eso, pero debes tener más cuidado continuó Deinor, aliviado. De verdad que esa tormenta nos tomó por sorpresa, fue increíble, según lo que me han dicho, como aumentó el nivel de muchos ríos, incluido el Ereuflo. Pero no te preocupes por lo sucedido, no es más que un tropiezo, solo debes ser más precavido.

¿Estás bien, hijo? le preguntó de pronto su madre.

Sí respondió Aleyu secamente; se sintió muy extraño, pues ya no le agradaba ver el rostro de su madre ni oír su voz. Sentía como si tuviera en su interior los sentimientos de otra persona y no los de él. Por primera vez sintió un hilo de repulsión por la persona que lo había traído al mundo, ¡cuánto había

cambiado todo en tan poco tiempo!, ¿y cuanto más cambiarían las cosas?, ¿y en cuanto tiempo?

¡Me alegro! dijo Nubelia con un tono que demostraba que no había dejado de percibir la reacción de su hijo al momento de verla, y lo que escondía en su tono al responderle. Se acercó lentamente y luego le dio también un abrazo, pero Aleyu dejó sus brazos rígidos a un costado, no respondiendo el gesto.

¿Por qué has preferido a Lenumat? le susurró con desprecio Aleyu a su madre. Lo hizo en voz tan baja que ni Deinor ni Enot lo escucharon. De hecho, Aleyu no estaba seguro de que su madre lo hubiera oído.

Siempre lo he preferido a él Nubelia le devolvió un susurro igual de bajo. Te conozco, y siempre he sabido que algo malo se esconde dentro de ti al oír esto, Aleyu se extrañó, pero su odio logró echar raíces que nunca morirían. Nubelia dejó de abrazarlo, se dio la vuelta y caminó a la puerta. Adiós dijo, y se fue por el pasillo.

Aleyu quedó frío: miraba la espalda de su madre mientras bajaba los escalones. Había pensado que el apoyo de esta a Lenumat era reciente, pero ahora parecía que había sido desde siempre, quizás desde que este naciera, ¿y a qué se refería con que había ocultado algo en su interior?

Miró a su padre y descubrió que este no había escuchado nada, pero no se le había escapado lo fingido de las acciones de Nubelia y de su hijo, y de que luego del abrazo todo parecía haber empeorado. Deinor entonces cerró la puerta, no sin antes hacerle señas a Enot para que se fuera. Un ruido seco de la puerta ocultó el sonido de las pisadas del anciano.

Aleyu dijo Deinor cambiando la expresión de su rostro por una más seria, notándose también su preocupación, la competencia es, solo eso; una competencia, no tienes que arriesgar tu vida, no tienes que exigirte más de lo que puedes.

¿Crees que soy débil? saltó Aleyu, que sentía aún agitarse en su interior el enfado contra su madre.

¡No!, claro que no, pero tampoco quiero perder a uno de mis hijos. Sabes, ahora no sé si lo de la competencia fue una buena idea, pero no se me ocurrió nada más en esos momentos, quizás debería...

¡No! gritó Aleyu, no, padre, no debes suspender la competición. Yo te entiendo, sé porqué lo hiciste. Créeme, lo que sucedió ayer fue solo un accidente que no se repetirá, de hecho, fue algo tan pequeño que no tenías porque enterarte. Por favor, déjame demostrar que...

¿Qué eres superior a Lenumat? Con una voz de tristeza y a la vez de resignación, Deinor recorrió casi toda la habitación, hasta llegar a la ventana, a través de la cual miró toda su tierra, mientras suspiraba repetidas veces. Aleyu permaneció cerca de la puerta, viendo la angustia de su padre ¿En eso se ha convertido todo esto?, se suponía que el objetivo era simplemente obtener mi bendición para contraer matrimonio, pero ahora compiten por ser el próximo Rey, como si yo estuviera muriendo ya, y ahora creo que en realidad ya he muerto, en el corazón de mis hijos; ninguno viene a verme, ha hablar conmigo. He ayudado sin querer a difundir el enojo, y ahora este regresa contra mí.

Lenumat, cuando fracasa en evitarme, me lanza miradas extrañas, no de odio, aún, pero sí de un cierto rencor, y no puedo culparlo; él me pidió primero la bendición, y yo... Deinor se sentó entonces en la cama, apesadumbrado... me he quedado solo, tu madre pasa mucho tiempo con Lenumat, cuando este vuelve ya tarde al castillo de hacer lo que sea que hace, y tal parece que, aunque no se ha alejado de mí del todo, se le nota que ella tampoco me perdona el hecho de que yo te prefiera.

Aleyu no sabía qué decir; le dolía en el corazón cada palabra que decía su padre, sabía que todo lo ocurrido lo entristecía, pero jamás creyó que tanto. Pese a su sabiduría y a su edad, todas aquellas situaciones eran nuevas para él, pues había sido criado en lo que se podía llamar una “familia perfecta”, con un buen padre y una amorosa madre, como era el caso de la totalidad de las familias del reino, y como hijo único no había aprendido de rivalidades, de manera que había crecido y envejecido con esa mentalidad.

Dresar tenía razón; Deinor al realizar la competencia, y así negarle por el momento su bendición a Lenumat, se había expuesto a que todos los que conocieran las circunstancias lo juzgaran y lo señalaran por dicha injusticia, y todo a causa de su preferencia por Aleyu.

Padre discúlpame Aleyu estaba tratando de encontrar palabras de consuelo, todo es mi culpa, yo... yo te agradezco, ya que tú preferiste hacer lo que hiciste, a pesar de los riesgos, para que yo tuviera una oportunidad. La verdad no sé qué decirte, pues no creo que lo que aún falta por venir traiga algún consuelo.

Podrías decirme cuando menos el por qué de todo esto, ¿por qué ambos compiten ya no solo por casarse, sino por convertirse en el heredero al trono? Nunca se debe competir por el poder o el dinero, pues si crees que los necesitas para no perder lo que tienes o lo que puedes tener, al final cuando

los obtienes te das cuenta de que en el proceso lo perdiste todo. ¿Cuánto están dispuestos a sufrir para obtener aquello que creen necesitar para no tener que sufrir?

Al principio no era así dijo Aleyu, mientras su padre, sentado ahora en la cama, dirigía su atormentada mirada a la ventana, pero ahora temo decirte que las cosas han cambiado. Te pido disculpas, padre, ya que yo, sabiendo el sacrificio que haces por mí, aun así también me he alejado de ti, sin querer Aleyu fue hasta su padre y se sentó a su lado. Pero debes resistir, será solo por un corto tiempo, luego todo será mejor que antes. Por favor, créeme cuando te digo que yo tengo mayores razones que Lenumat para hacer lo que hago, pero también lo hago porque no puedo permitir que Lenumat sea tu heredero, creo que ninguno de nosotros lo conoce realmente Deinor lo miró, aunque no comprendía exactamente, intuía que su hijo le quería decir que Lenumat no era adecuado para ser su sucesor, ya fuera por falta de capacidad o por alguna otra razón de mayor peso. Aleyu necesitaba que su padre confiara en él y en lo que le decía, pero no podía revelar nada aun, ni el pequeño secreto de Lenumat, ni el suyo propio, ya que de seguro su madre lograría hacer que se lo dijera. Pero puedes estar tranquilo, yo iré más a menudo a verte, para sacarte de tu soledad.

Eso me gustaría mucho dijo Deinor, diciéndole con la mirada que confiaba en él y en lo que decía, porqué créeme, no es muy entretenido charlar con Enot.

Aleyu rió y Deinor lo imitó. Sintió una gran pena, pero un cariño enorme por su anciano padre.

El Rey se levantó, parecía más animado ahora, y aquella leve sonrisa reapareció en su boca. Le dio unas palmadas en la espalda a Aleyu y se dirigió hacia la puerta.

Siempre has sido mi favorito, Aleyu, y sé que eso no debería ser, pero no puedo ocultar mi deseo de que tú seas el ganador, y de que, un día, ocupes mi lugar en el trono de este reino, y si me prometes que no volverás a correr demasiados riesgos, no cancelaré la competencia.

Te lo prometo, padre Aleyu le sonrió para demostrarle que no debía preocuparse demasiado. Deinor abrió la puerta, salió al pasillo y antes de cerrar tras de sí, Aleyu le dijo: Te quiero padre, nunca lo olvidas, eso no cambiará, y no te fallaré; tu pena no será en vano Deinor asintió y cerró la puerta.

Aleyu miró largamente la puerta, pensando en lo bueno que era su anciano

padre, y en lo malvado que se había vuelto Lenumat. Este de seguro se había enfadado al enterarse de que su padre, además de idear la competencia para negarle la bendición, le había contado a él sus intenciones. Aleyu sintió odio, sentimiento al cual ya se había acostumbrado; odiaba que su padre estuviera sufriendo tanto por lo que él pensaba, era un capricho de Lenumat. Entonces recordó otras palabras de Dresar y se dio cuenta de que aquello no era solo un capricho; Lenumat quería el reino, deseaba el poder, y nadie sabía de lo que era capaz de hacer para lograrlo, y de lo que haría si lo lograba.

Cuando sintió una fuerte briza en la espalda, notó que en la puerta se proyectaba una sombra.

Es un gran Rey dijo Dresar, ahora veo porque lo quieres tanto. Pero es un hombre atribulado, al menos desde hace unos días. Pero un dolor intenso, aunque sea reciente, es peor que uno menos intenso y que dure toda una vida.

Sí, lo sé, pero por ahora es poco lo que puedo hacer para aliviar su pena, al contrario, estoy seguro que las cosas con Lenumat se pondrán peor, pero quizás, después de la competencia, todo vuelva a ser como antes.

¿Piensas reconciliarte con tu hermano cuando ganes la competencia?

No, ni con él ni con mi madre, pero con tal de que mi padre no sufra más, creo que podré al menos fingirlo, pero seguiré deseando que un día ambos me las paguen.

Aleyu no lo vio, pues miraba aun la puerta, pero luego de decir eso Dresar sonrió de manera muy complacida y por muy breves instantes.

Pero sí cumpliré mi promesa de ir a visitarlo más a menudo y hablar con él, pero no pienso revelarle nada acerca de Ciorima y mi hijo, sino hasta después de la competición.

Me parece oportuna tu manera de manejar las cosas, yo también he decidido darme a conocer hasta después de la competencia, y así causar el debido alboroto cuando ya haya pasado este en el que estamos.

Pero Dresar, ¿no recuerdas que Lenumat ya te vio?, y aun más, ¿te vio usando tus asombrosos poderes!, ¿qué sucederá si él le dice a alguien más?

No creo que lo haga, pues ya lo hubiera hecho; él sabe que por ahora nadie le creería, y me di cuenta de que tus padres no lo saben, de manera que hay dos posibilidades; que esté esperando a descubrir qué soy exactamente y solo entonces decir lo que me vio hacer, o que este tan confundido que no sepa si lo que vio fue real o un invento de su mente. De todas maneras, presiento que por el momento no le dirá a nadie.

Espero que así sea, pero debemos tener cuidado de que no te vuelva a ver, especialmente que no te vea usando tus poderes.

Estoy de acuerdo, ya que cuando pierda la competencia podría acusarte de hacer trampa, usándome a mí para tal fin.

Sí, pero que me ayudes a entrenar no es hacer trampa.

No, claro que no.

Bueno, entonces creo que es hora de partir y comenzar mi segundo día de entrenamiento.

Esta vez Dresar no se convirtió en una sombra, sino que prefirió irse volando y esperarlo en el río, pues deseaba recorrer un poco el bosque mientras Aleyu se aseaba e iba a desayunar, de manera que el mago se fue, saliendo por la ventana. Aleyu se quedó un momento más, recapacitando, luego salió de su cuarto.

Luego de esa mañana, el resto de ese día fue relativamente tranquilo: Aleyu pasó varias horas en el río Ereuflo, mientras que Dresar y Cumer miraban las montañas, y hablaban de las mismas. Ciorima por su parte no hacía otra cosa que vigilar a su novio desde una cierta distancia de Dresar. Aleyu solo hizo una pausa para almorzar cuando el sol, rodeado aun por los últimos vestigios oscuros de la tormenta del día anterior, llegaba a su cenit. Aleyu nadaba contra la fuerte corriente que, al menos ese día, se mantuvo con la misma fuerza. La atención de Cumer y de Ciorima se desviaba hacia Dresar con frecuencia, este les explicó lo que él era, de la misma manera en que se lo había explicado a Aleyu. Se dedicó a hacer fantásticos trucos para entretenerlos; uno de los favoritos de Cumer, y que no gusto mucho a Ciorima, fue el de cambiar el color del vestido de la joven, el cual pasó de un rosado claro a un gris oscuro. Pero Dresar debió de tener cuidado con Izor, el cual salió de su casa en varias ocasiones para ir hasta el puente y sentarse en el borde del mismo a arrojar su cuerda de pescar al río, conversaba un poco con Aleyu y luego se iba de vuelta, cargando dos y hasta tres pescados en cada ocasión, haciéndole siempre la misma pregunta a Dresar:

¿Hasta cuándo piensas tú seguir con esa broma?, ¿qué acaso tu víctima aún no ha caído?

No, señor, pero espero que pronto lo haga respondía siempre Dresar.

Una gran luz roja se encendió en el bosque, cerca del río, justo sobre el puente; una esfera de luz roja se paseaba de un lado a otro sobre el césped, guiada por el dedo de Dresar. El globo bañaba los árboles y el césped más cercanos con una luz pálida. La cabeza de Aleyu sobresalió de pronto de la

esfera, luego fue la misma tuvo forma de un árbol, y por último apareció una miniatura del castillo; se escucharon las risas de Ciorima y de Cumer, que disfrutaban de los poderes del mago.

La esfera luego se dirigió al río y explotó sobre Aleyu, pero lo hizo con un sonido muy débil. Algunos pedazos cayeron al agua y allí se convirtieron en peces rojos que se fueron a estrellar contra el rostro del príncipe, pero apenas lo tocaban, se desintegraban, provocando de nuevo las risas de Cumer y Ciorima; parecía que ambos ya le habían tomado confianza al mago.

Cuando el sol comenzó a ocultarse detrás del horizonte lejano, Aleyu y Dresar se despidieron del viejo Izor, así como de Ciorima y Cumer. Aleyu por supuesto no le dijo nada a Ciorima de lo ocurrido el día anterior con Lenumat ni la conversación con su padre esa mañana, pues no quería preocuparla, además de no desear escuchar un nuevo sermón. Dresar se fue convertido en sombras, mientras que Aleyu se quedó un poco más, pero no mucho debido a que no era buena idea recorrer el bosque demasiado tarde debido a los centicoras. Pese a ello, al fin el día había sido exitoso y se sentía lo suficientemente confiado como para caminar solo.

Al llegar al castillo no se dirigió directo a su habitación, sino que, sabiendo que su madre siempre se quedaba leyendo varias horas en otra recámara, y recordando que Dresar llegaría bastante después, fue a hacerle compañía a su padre en la habitación real. Subió todos los escalones de la torre y cumplió la promesa que le había hecho por la mañana.

Ya más tarde, y alertado por Enot, Aleyu se despidió de su padre y se marchó antes de que la Reina fuera a acostarse. Se fue percibiendo que el ánimo de su padre había mejorado luego de una charla muy amena, en medio de la cual había llegado Dalia, que se había quedado con ellos un rato, lo que hizo aun más feliz a Deinor, esto porque incluso ella se había alejado un poco, no porque quisiera hacerlo, sino debido a que su madre le había encargado varios de los deberes que Lenumat y Aleyu habían abandonado con la excusa de tener que entrenar para la competencia. Luego de menos de una hora Dalia se había marchado, agotada debido a tanto trabajo, el cual se trataba más que nada en revisar pergaminos.

Aleyu llegó a su habitación. Le costó un poco abrir la puerta, pues sus manos estaban ocupadas con varios documentos y frascos de tinta, además de algunas plumas, pues Dalia se había encargado de darle un poco de trabajo.

Dresar aun no había llegado, así que Aleyu tuvo la oportunidad de sentarse un buen rato a hacer parte de los deberes, entre los cuales había, como

siempre, leyes, decretos, sugerencias para las tres ciudades y varios de los pueblos, además de proyectos de construcción. Al llegar a estos últimos recordó algo y, tomando un pergamino en blanco, escribió la orden de demoler aquel pequeño dique en el río, hacia el oeste de la casa de Ciorima, ahora solo necesitaba que su padre firmara también la orden.

Cuando finalmente llegó Dresar, Aleyu se vio satisfecho con su progreso con los deberes, de manera que de inmediato, y tras dormir diez segundos gracias al toque de Dresar y despertar como nuevo, teniendo siempre el mismo sueño, se sentó a hablar con el mago y a contarle un resumen de su conversación con su padre. Cuando comenzó la madrugada, y cuando ya no podía soportar más la espera, se deleitó escuchando los fantásticos relatos de Dresar.

Esa noche Dresar le habló de innumerables nuevas criaturas, tanto hermosas como terribles. También hizo reiterados comentarios a la maldad de los hombres, que durante generaciones, sin importar que estuvieran en constantes guerras entre ellos, no pararon de cazar a todos estos animales, en muchas ocasiones por mera diversión o tradición.

Fue entonces que sobrevino una enorme inundación sobre la mitad del mundo conocido, muriendo más de la mitad de todos los humanos... contaba Dresar mientras Aleyu, despierto, parecía soñar más que escuchar. Semejante desastre sucedió hace muchos miles de años y nadie sabe aún qué fue lo que lo causó. Ni siquiera los magos que existieron en esa época pudieron encontrar una explicación, y por mucho tiempo se temió que se repitiera la inundación, pero hasta el día de hoy no ha vuelto a suceder. Pero lo que se sabe es que durante el tiempo en que el hombre estuvo casi extinto, la tierra pareció celebrar con el resurgimiento de sus bosques y especies... Desafortunadamente ahora todo está mucho peor, más allá de Solékru.

¿Pero cómo pudo sobrevivir la gente a semejante cosa? preguntó Aleyu sorprendido.

Mi maestro me contó que al parecer en el mundo existe un objeto, que desconozco exactamente lo que es, que al parecer puede controlar los elementos de la naturaleza, y que fue con este que se pudo detener la fuerza del agua y los terremotos que esta causaba. Este es uno de los más grandes misterios, pues fuera lo que fuera este objeto, no fue creado por ningún mago, y es imposible que lo creara un hombre, por lo que su origen, así como lo que le sucedió después de la inundación, es totalmente desconocido. Y lo más curioso es que según los magos contemporáneos con la tragedia, solamente los

humanos podían usar ese objeto, pues su poder le era negado a magos y a dragones.

El día siguiente fue muy parecido al anterior, al igual que los días posteriores; parecía que todo había caído en la misma rutina, e incluso parecía que la calma que se había mantenido durante incontables años y rota hacia poco, al fin había vuelto. Pero Aleyu, Dresar, Ciorima y Lenumat, entre otros, sabían que eso era solo una máscara, tras la cual se ocultaban la rivalidad, el enojo, el odio y las ansias de poder.

Aleyu y su padre habían quedado de acuerdo para que desayunaran juntos casi todos los días muy temprano, luego de lo cual Aleyu se iba a seguir con su entrenamiento.

Ya en el río, Aleyu luchaba contra la corriente, mientras escuchaba las voces de Ciorima y Cumer, que reían a veces luego de algunos actos de magia del mago. Pero también se quedaban largos ratos escuchando los relatos de lugares lejanos que, desde hacía algunos días, Dresar se había dedicado también a contarles, todo esto bajo la vigilante pero amable mirada del viejo Izor desde la ventana de una de las cabañas. Mientras tanto, el vientre de Ciorima crecía poco a poco.

¡¡Esto no puede ser!! gritó Aleyu un día; se encontraba en el puente sobre el río, frente a él estaba Dresar, y al lado de este estaban Ciorima y Cumer ¡No puede ser! repitió varias veces debido a que se encontraba muy enojado y preocupado, y quizás un tanto desesperado. Era temprano en la mañana y el sol apenas alumbraba perezosamente. Aleyu recién había llegado del castillo, pero en el camino se había topado con Lenumat, y aunque pasaron de lejos sin siquiera mirarse, había notado que su hermano se veía un poco más corpulento y en mejor forma ¡Y yo no estoy en mejor condición que hace un mes, que fue cuando inicié mi entrenamiento! continuó fastidiado. Se quitó parte de la ropa que no era para nadar, pero no se lanzó inmediatamente al agua, sino que se sentó en el borde del medio puente y se quedó contemplando la corriente con rostro abatido ¡Dresar! gritó, necesito..., quiero ser Rey, quiero... conocer...

¿Conocer? se extrañó Dresar.

¿Conocer qué? le preguntó Cumer.

Quiero conocer ese fantástico mundo del cual me has estado hablando; las criaturas, los ríos, las montañas, los paisajes respondió Aleyu a Dresar.

¿De qué hablas? intervino Ciorima temerosa, aquí hay muchos ríos y montañas, y también hay paisajes, criaturas y todo tipo de animales.

Pero si Lenumat lograra..., pero si yo no gano... continuó Aleyu sin prestar atención a Ciorima, y siempre dirigiéndose a Dresar ¡Las cataratas del Veltavez! exclamó mientras suspiraba. Me siento como atrapado, Dresar. Antes pensaba que afuera de este reino no existían cosas interesantes, pero tú has ampliado mi mente y mi visión, mostrándome que justo allá afuera es en donde está todo lo interesante y desconocido. Y si las cosas de las que me has hablado son en realidad la mitad de lo fabulosas de lo que he imaginado, entonces quiero conocerlas.

Ciorima estaba atónita, al principio Aleyu le había dicho que su única meta era salvarla del castigo y que su futuro hijo fuera un día aspirante al trono, pero ahora eso parecía haber cambiado; Aleyu hablaba solo de sus propios intereses y de su enojo contra Lenumat y su madre, y cuando hablaba de ser Rey, un fugaz destello parecía cruzarle el rostro.

Cumer guardaba silencio, no lucía tan sorprendido como su hermana, incluso parecía entender a Aleyu; al parecer los relatos del mago también habían calado en él.

Dresar también parecía comprender ese repentino sentimiento de explorar. Contempló un instante al príncipe, el cual seguía sentado en el borde del puente con sus deseos y sueños, pero comenzando a sumergirse en la desesperación y la resignación.

Ciorima y Cumer, que estaban unos pasos detrás del hechicero, no lo notaron, pero por un momento una extraña y rápida sonrisa de complacencia apareció y desapareció en los labios de este.

Entonces el mago comenzó a avanzar lentamente hacia a Aleyu, como si quisiera consolarlo luego de darle una terrible noticia; se inclinó un poco, le colocó una mano sobre el hombro y dijo:

Esta vez sí te ayudaré.

Aleyu sintió un extraño calor proveniente de las manos de Dresar. Se volteó y observó como este lo miraba piadosa pero seriamente.

¿Ayudarme?

Durante todo un mes no he hecho otra cosa más que observarte y darte algunos pocos consejos, no te he ayudado mucho, pues quería evitar influir en el resultado de la competencia. Pero creo que puedo hacerte mejor nadador que nadie, y eso no es hacer trampa, así que, si me lo permites, yo te ayudaré a entrenar, de hecho, yo te entrenaré.

¡Eso sería fantástico! gritó Aleyu poniéndose en pie, parecía dispuesto a darle un abrazo a Dresar, pero antes de que lo consiguiera, sintió algo

extraño, como si una energía lo detuviera; era como si Dresar, ahora bastante serio, sin gestos ni palabras, le negara el abrazo.

Pero créeme continuó como si nada el mago tras unos segundos, y para disipar la extraña y tensa atmosfera que había aparecido de pronto, lo que has hecho hasta ahora no es nada comparado con lo que tendrás que hacer durante el próximo mes.

No importa dijo Aleyu, olvidándose de lo sucedido, lo cual les pareció increíble a Ciorima y a Cumer, estoy dispuesto a todo, ¡a todo! ¿Pero cómo será el entrenamiento?

Ahora creo que lo mejor será que entrenes en el mismo lugar donde se realizará la competencia; me refiero al río Exter, el cual, debo decirlo, tú prometiste mostrarme, pero has estado tan ocupado con este inútil entrenamiento que lo olvidaste, y yo no quería molestarte.

¡El Exter! saltó Aleyu, pero si es un río muy peligroso, hermoso de noche, pero peligroso.

¡Exacto! señaló Dresar, y esas serán las mismas condiciones peligrosas que correrás durante la competición. Además, sospecho que tu hermano entrena en alguna parte de ese río, y ya viste los resultados..., pero tranquilo, no tendrás que verlo todos los días, encontraremos un lugar del Exter diferente y alejado.

¿Y los darados? preguntó Ciorima entonces, muy preocupada.

Cuando sepa qué son esas criaturas, entonces pensaré en algo que hacer con ellas respondió Dresar.

¿Y cuando empezamos? preguntó Aleyu impaciente.

Cuanto antes mejor, ya has perdido demasiado tiempo, y aun los minutos hay que evitar desperdiciarlos ahora. Un mes te separa de tu destino, en cuatro semanas tu vida cambiará, para bien o para mal, y debemos lograr que sea para bien, tú, yo y... Dresar se volteó como para buscar a Ciorima, pero para sorpresa de todos, esta no estaba; se había ido mientras hablaban, y ahora estaba allí únicamente Cumer, que se había acercado para escuchar... y Cumer, y de seguro tu novia cuando no esté de mal humor. ¡Bien! vámonos ya, sígueme.

¿Quieres venir, Cumer? le preguntó Aleyu, a la vez que se volteaba hacia el muchacho, pero este ya no estaba en el puente, así como tampoco Dresar, entonces miró río abajo; allí, a poca distancia, ya Cumer caminaba, y sobre él iba volando la oscuridad en que Dresar se había transformado.

Más adelante, y dejando atrás la casa de Ciorima y el claro donde esta se

encontraba, Aleyu logró alcanzar a Cumer y a Dresar. Caminaron un par de horas siguiendo la corriente, con el bosque a la izquierda y el cauce del Ereuflo a la derecha. Más allá, en la otra orilla, continuaba el bosque, y mucho más lejos se apreciaban las montañas de cumbres nevadas que resplandecían con el sol; esa era la última frontera de Golbares.

El río parecía hacerse más calmo a medida que avanzaban. El sol se acercaba ya al cenit, y algunos pájaros revoloteaban entre las copas de los árboles a ambas orillas.

Los tres continuaron avanzando, hasta que lograron llegar a un lugar en el que la tierra y algunos árboles se proyectaban hacia el río, como una delgada franja de tierra. Aleyu y Cumer se internaron entre los árboles que habían aparecido ante ellos, mientras que Dresar se elevó y voló sobre estos.

Solo tuvieron que atravesar unas pocas hileras de árboles, luego, al otro lado, apareció ante ellos una segunda masa de agua: se trataba de un río muy ancho, mucho más que el Ereuflo. Este, por la dirección en que provenía, parecía descender de la misma montaña que estaba al lado del castillo. El Exter fluía desde el sur, se interceptaba con el Ereuflo y seguía al oeste. Su caudal eran grande y de tanta fuerza que no era muy difícil imaginar que un afluente así pudiera llenar un océano entero en muy poco tiempo, de hecho, de allí en adelante era seguro que la mayoría del agua que se vertía en Gaelan provenía de la unión de este río y el Ereuflo.

Ese es el Exter dijo Cumer adelantándose a Aleyu, dirigiéndose a las sombras que volaban sobre ambos, y Seslan es el nombre de la unión de este con el Ereuflo.

Dresar no respondió, pues al parecer no podía hablar en ninguna de sus formas que no fuera de hombre. Sin embargo, se deslizó sobre la orilla del Exter, como indicándoles a Cumer y a Aleyu que deseaba ir río arriba.

Continuaron entonces, ahora siguiendo río arriba al impresionante cause del Exter, el cual a excepción de su gran anchura y fuerza, no era muy impresionante, debido a que no era muy extenso, según le iba explicando en el camino Cumer a Dresar. Las orillas del Exter eran mucho menos anchas que las del Ereuflo: los árboles se acercaban bastante al río y sus ramas se inclinaban sobre el mismo acaparando al sol, lo que provocaba que todo lugar cercano al Exter fuera muy oscuro en varios tramos. Lo curioso era que en las partes más oscuras, débilmente, se lograban ver ciertos resplandores, los cuales parecían provenir de una gran profundidad.

Al principio el Exter parecía tener un cauce anormalmente continuo, pero

luego de un rato, y ya en la tarde, el río de pronto tomó una curva, la cual iba hacia el sur, luego de la cual parecía igual de recto.

Por ratos Aleyu hablaba con Cumer, aunque lo hacía forzosamente, pues era este último el que iniciaba una conversación, Aleyu la seguía, pero pronto la concluía, solo para que el chico volviese a iniciar otra, siempre un poco burlón y muy animado. Cumer era capaz de hablar por largas horas ininterrumpidamente, y eso era precisamente lo único que le irritaba a Aleyu de él, especialmente ahora que cualquier tema con respecto a Daguelna, y por consiguiente a cosas que ya conocía, le aburría muy rápidamente. Le hubiera gustado que Dresar se uniera a la conversación, quizás así hubiera algo interesante que escuchar.

Pero para alivio de Aleyu pronto la voz de Cumer comenzó a ser opacada; se comenzó a escuchar un fuerte ruido, era el sonido de una fuerte caída de agua. Cumer y Aleyu miraron al frente: Allí, y un poco lejano aun, se alzaba un altísimo risco desnudo, sin vegetación en sus paredes, y con enormes rocas que sobresalían de las mismas. Bajando por el enorme muro de tierra, caía una poderosa catarata. Era muy ancha y, a pesar de que caía desde una gran altura, golpeaba con fuerza y con un gran estruendo al río que alimentaba.

Los tres se detuvieron a una cierta distancia del imponente torrente, allí el ruido era ensordecedor.

¡Esto es lo más parecido que tenemos a una catarata del Veltavez! opinó Aleyu, alzando la voz para hacerse escuchar por sobre el sonido del agua, y dirigiéndose a Dresar, el cual, precedido por una briza, ya aparecía a su lado.

¡Es muy hermosa! observó el mago, también alzando la voz.

¡Luego de esta catarata, el río sólo se extiende unos cuantos kilómetros antes de llegar a una segunda catarata, muy hermosa también, pero mucho menor que esta! gritó Cumer, adelantándose de nuevo a Aleyu ¡Luego de esa catarata el Exter solo se extiende menos de seis kilómetros antes de llegar a sus nacientes, pero de seguro continua por debajo de la tierra, pues incluso en ese lugar es muy caudaloso!

Así que este es el Exter dijo Dresar, apreciando el río y los alrededores del mismo. A excepción de esta hermosa catarata, no me ha impresionado mucho.

¡Espera a que se oculte el sol!, esa es la hora preferida de los Darados agregó Aleyu.

Entonces por fortuna no hay tiempo de esperar, debes iniciar ya indicó

Dresar.

¡Pero tengo hambre, aun no he almorzado! protestó Aleyu.

El día de la competencia también tendrás hambre, además, ¿no has notado que apropiado hice que olvidáramos la cesta con el almuerzo? Dicho esto, Dresar se acercó a Aleyu y, de un empujón, lo hizo caer al agua. Cumer rompió en grandes carcajadas al ver esto. Por cierto, joven, ¿qué son los Darados? le preguntó Dresar a Cumer mientras Aleyu aun se retorció en la conmoción de su caída. Al oír aquel nombre Cumer dejó de reír. Mientras Aleyu ya se acercaba a la orilla.

Son criaturas carnívoras, semejantes a grandes peces, de hocico largo y filosos dientes. Además, están cubiertos de una especie de vellos, los cuales causan mucho dolor si se tocan respondió Cumer, ahora preocupado. Viven en cuevas, en lo profundo del Exter... ¡Sácalo del agua!

Tranquilo dijo el mago, desde la primera vez que escuché sobre esas criaturas, por el tono con que se referían a ellas, y con una breve explicación que ya se me había dado, supuse que eran bestias peligrosas.

¡Ayuda! Un grito de desesperación provino del agua agitada. Allí Aleyu aún nadaba hacia la orilla, pues el empujón de Dresar fue tan fuerte que había ido a caer casi en el centro del río. Aleyu estaba muy asustado; todo el camino se había preocupado por aquellas criaturas, sin embargo había tenido la esperanza de que Dresar supiera cómo deshacerse de ellas, pero ahora este lo había lanzado al agua, así no más.

Pero el terror de Cumer y de Aleyu se incrementó aun más cuando detrás de este último, a unos metros, emergieron repentinamente dos crestas dobles, que se dirigían directo hacia él. Las criaturas dueñas de aquellas crestas eran muy rápidas, pues dejaban detrás de sí largos surcos en el agua.

¡Tranquilo, mi príncipe! le gritó Dresar, mientras al lado de este Cumer casi saltaba ya al agua ¡Desde el momento en que te toqué para arrojarte al agua, te concedí un hechizo, con el cual ninguna criatura querrá acercarte a ti!, ¡es un escudo!

Pero en ese momento ya Aleyu llegaba a la orilla, y las crestas, derrotadas, se sumergieron de nuevo en el agua y desaparecieron.

¿Que me hiciste qué? preguntó Aleyu empapado y respirando forzosamente, además de escupir mucha agua.

Es una especie de escudo dijo Cumer, adelantándose esta vez al mago.

De hecho, es un escudo de olor repuso Dresar . De los tres yo soy el único que lo puede percibir, pero en el agua es en donde se hace más fuerte.

Es un olor que no agrada en lo absoluto a las bestias carnívoras, tanto si son cazadores o si son de las criaturas que prefieren comer carne en mal estado. Así que no debes temer.

Es muy fácil decirlo, pero aun sabiendo que se tiene ese escudo es difícil no sentir pánico al ver a un par de darados siguiéndote opinó Cumer muy acertadamente.

Como en todo, será cuestión de que te acostumbres y confíes en mi dijo Dresar. Ya debemos comenzar, u otro día acabará antes de que mejores tus habilidades.

¿Qué debo hacer? le preguntó Aleyu, todavía temeroso en su corazón, pero depositando toda su confianza en Dresar.

Debes nadar, nadar muy rápido, y con ello desarrollar tanta rapidez como resistencia, de manera que debes ir hasta el final de este río y luego, si es que aun tienes energía, volver a este lugar, nadando muy rápido, como si huyeres, y no me refiero de los darados.

¿Huir de qué entonces!?! dijeron al mismo tiempo Aleyu y Cumer.

¡Espera y ya verás! Dresar empujó nuevamente a Aleyu, y este volvió a caer en el mismo lugar del río. Cumer no rió esta vez, sino que miró al agua, atento al surgimiento de más crestas dobles. Pero entonces Dresar alzó ambos brazos en dirección a la ruidosa caída de agua, dejando ambas palmas hacia arriba. Con un estruendo aún mayor, y con el viento soplando con mucha fuerza, y el asombro de Aleyu y de Cumer, el agua de la catarata dejó de caer. La cascada se devolvió desde el centro de su caída y se mantuvo allí burbujeando sin cesar, dejando ver parte de su curso esculpido sobre la cara del risco y produciendo un ruido mucho más ensordecedor que el habitual ¡Ahora Aleyu, debes nadar, huye! le gritó Dresar. No la pienso detener la cascada para siempre.

Aleyu, en medio del asombro más grande de su vida, que superaba incluso al de la noche en que había conocido a Dresar, lo comprendió todo, pero por un instante no pudo hacer otra cosa que ver como la catarata se alzaba sobre sí misma, y como ahora se tranquilizaban las aguas en el punto donde está desde hacia milenios había caído sin cesar. Incluso percibió como la fuerza de la corriente disminuyó súbitamente, pero el ruido de semejante cantidad de agua contenida por una fuerza invisible, era mayor que el de esta cayendo sin cesar. Quizás fue esto en parte lo que logró hacer que saliera de aquel encanto, y fue entonces que, aterrado, se dio la vuelta y comenzó a nadar a todo lo que podía su cuerpo.

¡Rápido, Aleyu! le gritaba Dresar, ese escudo no te protegerá de esto... El mago sólo le dio unos segundo de ventaja, luego, ante la figura de Cumer que se había quedado como roca al ver todo aquello, bajó rápidamente los brazos: con el estruendo más fuerte hasta ese momento, que seguramente se escuchó a mucha distancia, una gigantesca cabeza de agua cayó rugiendo desde las alturas, golpeando con tal fuerza al risco que le arrancó varias grandes rocas y pedazos de tierra, los cuales se perdieron entre la espuma, tiñéndola de color marrón oscuro.

El aire se agitaba muy fuertemente desde el momento en que Dresar había levantado los brazos, y un rugido en las ramas y copas de los árboles se unió al del agua cayendo.

Cumer dio un grito de terror, pero no pudo ver mucho; una sombra le cubrió la cabeza y el cuerpo. Dresar se había convertido de nuevo en sombras negras, y ahora lo cubría por completo, protegiéndolo.

La cabeza de agua tocó la superficie del río, y al hacerlo se elevó una monstruosa montaña de agua. El Exter se salió de su cauce y se extendió incontables metros dentro del bosque. La ola, rugiendo, se abalanzó hacia adelante. Era tan alta que cubrió las ramas que se proyectaban sobre el río, arrancando la mayoría de las mismas. La ola también se salió del cauce, se abalanzó sobre Dresar y Cumer, que estaban a escasa distancia de la desaparecida orilla.

El estruendo siguió detrás de la cabeza de agua, y pronto comenzó a alejarse, persiguiendo a Aleyu, que ya era solo un punto negro en la lejanía de las revueltas aguas.

El río aun estaba muy agitado, pero cuando la ola se alejó, esta parecía llevarse una gran cantidad de agua, pues ahora el nivel de la misma era mucho menor que el habitual, estaba tan bajo que, pese al oscuro color del agua, en el fondo se podía apreciar una gran cantidad de rocas, algunas de las cuales eran visibles solo por el resplandor blanco pálido que desprendían.

El agua que se había introducido en el bosque pronto comenzó a retroceder y se dirigió de nuevo al cauce. Cumer, el cual había sentido que el agua le acariciaba la cabeza, aunque no podía ver nada, sintió que esta bajaba rápidamente; descendiendo desde su pecho y en un segundo llegó a sus rodillas, donde su nivel permaneció unos segundos antes de bajar del todo. El viento aun soplaba, aunque con menor intensidad, cuando Dresar se retiró del cuerpo del muchacho.

Todo alrededor estaba empapado, como después de semanas de incesantes

aguaceros. Ahora el agua se escurría y caía al suelo y volvía al río desde todas direcciones. Las ramas y las copas de los árboles, no solo de los más cercanos al Exter, sino también muchos bosque adentro, estaban empapadas, y millones de grandes gotas de agua dulce caían, simulando una fuerte lluvia debajo de los árboles, a pesar de que el cielo brillaba azul. Incluso las paredes lejanas del risco, que siempre estaban secas, escurrían cientos de hilos de agua, como pequeñas cataratas nuevas que descendían de las marcas que había dejado la ola al golpear con gran fuerza.

¿¡Qué has hecho!?! le gritó Cumer a Dresar, que ya se había transformado de nuevo ¡Aleyu morirá! miró al frente, allí el agua aun estaba muy agitada, pero intentado volver a la calma. Echó un vistazo adelante sobre el río; allá muy lejos apenas se alcanzaba a divisar una pequeña mancha blanca y espumosa, Aleyu ya no era visible ¿Acaso lo quieres matar? le volvió a gritar el chico. Dresar aun no respondía, estaba de pie junto a la orilla, muy serio, mirando al río. A Cumer le pareció que el mago murmuraba algo entre dientes, pero no alcanzó a entender lo que era ¿Mago?

Tranquilo, muchacho dijo entonces Dresar, como si saliera de un profundo pensamiento. Tranquilo, no tienes por qué preocuparte, veras, yo engañé a Aleyu.

Cumer guardó silencio, pero en su cara se denotaba que no entendía nada de lo que decía Dresar.

El escudo no fue lo único que le concedí cuando lo toqué explicó Dresar, mientras la lluvia por debajo de los árboles disminuía poco a poco, además de ese escudo contra toda bestia devoradora, le di un don muy especial, uno que lo mantendrá a flote siempre, de manera que si se hunde y no tiene las fuerzas para salir a la superficie, entonces ese otro hechizo lo llevará hasta allí para que no se pueda ahogar. Con eso estará a salvo, pero no quise decírselo, o de lo contrario hubiera estado muy confiado y no nadaría con toda su velocidad para salvarse.

Aleyu nadó con todo lo que tenía para salvarse de lo que sabía sería la cabeza de agua más grande que jamás hubiera visto. No entendía porque Dresar le ponía una prueba semejante; no se trataba de un simple reto de velocidad o de resistencia, no era un mero desafío, realmente estaba en peligro su vida. ¿Qué haría si no lograba soportar el tiempo suficiente?, podría cansarse demasiado pronto, ser arrastrado, golpeado y llevado hasta el fondo del Exter, del cual quizás no saldría más con vida. “¿De qué me sirve un escudo contra darados en esta situación?” se quejó en sus pensamiento, pero

ya era demasiado tarde; el estruendo de la catarata resonaba en sus oídos de tal manera que creía que se volvería sordo, incluso notó que su cuerpo era agitado por el inmenso ruido. Nadó cuán rápido pudo, y aun así intentaba nadar cada vez más rápido. A pesar de su pánico, notó que no se cansaba tan rápido y tan fácil como antes; quizás el entrenamiento del último mes sí había servido de algo. Pero aun así sabía que era muy poco probable que lograra escapar de la gran hola, cuyo ruido aumentó aun más, al tiempo en que las agua del río, segundos antes más tranquilas que lo normal, de pronto se agitaban mil veces más violentamente de lo que jamás hubieran estado. También sintió como el Exter recobraba su fuerza, y luego la aumentaba de golpe, escuchó el estruendo acercarse a una gran velocidad, y desesperadamente intentó nadar hacia tierra, pero entonces el nivel del agua aumentó mucho y lo elevó por sobre la orilla, que de pronto desapareció.

Aleyu sintió un fuerte golpe en la espalda que casi lo dejó sin aire, luego le pareció que una fuerza lo elevaba y arrastraba, colocándolo tan alto que, en las pocas veces en que lograba verlas con claridad, casi estaba a la altura de las ramas que se extendían desde los árboles de la orilla. Pero la cabeza de agua lo revolcó y lo envolvió en una capa de espuma que le imposibilitaba ver lo que sucedía, además de la gran velocidad a la que iba. En un par de ocasiones fue empujado hacia abajo, en medio de una oscuridad y una sensación helada. Con los ojos cerrados recordó lo que había sentido cuando fue arrastrado por el Ereuflo, pero creía preferir esa primera experiencia a la que estaba teniendo en ese momento. Logró abrir los ojos por un instante y supo que estaba muy cerca del fondo, pues vio difusas manchas de luz que se desplazaban a gran velocidad. Pero entonces, como si fuera alguna corriente perdida u otra extraña fuerza, sintió que era elevado y llevado a través del agua hasta la superficie, en la cabeza de la ola. Allí, en medio de la espuma, logró respirar de nuevo.

Elevó sus brazos, esperaba lograr sujetarse de alguna de las ramas de los árboles, pero estas pasaban demasiado de prisa, y cuando lograba sujetar una, siempre esta se rompía. Fue golpeado en algunas ocasiones por pequeñas rocas, pero se salvó de ser herido por inmensos pedruscos que pasaban a su lado o por debajo, e incluso por encima a pocos centímetros.

Aleyu ya estaba ausente del mundo; no lograba ver por dónde iba ni lo que sucedía, mientras que sus oídos solo escuchaban el golpe furioso del agua. Pero siempre que era llevado casi hasta el fondo, una fuerza lo llevaba nuevamente a la superficie, donde recobraba el aliento.

De pronto la fuerza del agua declinó; ya no lo golpeaba tan fuerte, ni lo elevaba a una altura tan grande. Hubo menos espuma y ruido, muchas enormes rocas se detuvieron en medio del cauce, logrando contrarrestar la fuerza de la corriente. Aleyu aun era arrastrado, pero ya no a una alta velocidad, la cual también disminuyó rápidamente. Nuevamente comenzó a ver ambas orillas del río, notando como el agua se devolvía desde el interior del bosque. Pero entonces una última gran fuerza lo azotó y lo llevó de nuevo hasta el fondo; allí pudo mantener los ojos abiertos, pues el agua estaba extrañamente limpia. Permaneció boca abajo mientras la mayor conmoción se daba en la superficie. Quedó suspendido, sin moverse y sin ser arrastrado ya. Logró ver más claramente las luces del fondo; eran muchas las rocas blancas de todos los tamaños las que daban su luz, las miró por un instante, impresionado por su belleza, pero entonces una sombra alargada paso en medio de él y las rocas, esta se movió muy cerca en círculos, como si lo estuviese merodeando, y fue entonces que logró ver la figura más claramente; ¡era un darado!

Del susto, Aleyu arrojó su reserva de aire por la boca, intentó moverse, pero estaba adolorido y cansado, mientras que la criatura debajo de él, a algunos metros, continuaba haciendo círculos cada vez más cercanos. Aleyu percibió como nuevamente una fuerza lo llevaba hasta la superficie, pero lo hizo muy lentamente, de manera que el Darado se enteró. La criatura comenzó a hacer círculos más pequeños y rápidos a su alrededor, y se le acercaba más rápido de lo que él ascendía a la superficie. Entonces pudo ver con toda claridad el largo hocico con delgados y afilados dientes que sobresalían del mismo. Unos finos y cortos vellos rojos cubrían parte del cuerpo del animal, de tamaño casi igual al de un hombre. Sus ojos eran oscuros, y poseían un extraño resplandor rojizo.

Fue en ese momento que el Darado, que seguramente también había sido arrastrado por la corriente, dejó de dar círculos entorno a Aleyu y, colocándose frente a él, se abalanzó con una increíble velocidad.

A Aleyu no le importaba ya lo que había dicho Dresar; sabía que moriría allí, en la más absurda de las muertes para alguien que ya tenía los sueños que él poseía. Se negó a cerrar los ojos, lo cual le permitió ver cómo, a pesar de su gran velocidad, el Darado se detuvo de golpe y no se acercó a más de un metro de él, desviándose a la derecha. Aleyu en ese momento no comprendió porque la bestia no lo había devorado, pero vio como, tras dar unos cuantos círculos más de mayor tamaño, y luego de un nuevo intento de acercarse a él, el cual también fracasó, se alejó nadando tranquilamente río arriba,

perdiéndose pronto en la oscuridad del agua lejana.

Aleyu alcanzó la superficie con un esfuerzo no mayor que el de resistir la respiración, lo cual notó que ahora también podía hacer por más tiempo. Allí se limpió un poco el agua de la cara con una mano y se sacudió el cabello. La superficie del río ahora estaba mucho más tranquila y la corriente había vuelto a su fuerza habitual, pese a esto, pudo ver como del bosque a ambas orillas aun el agua se devolvía desde tierra adentro, y las ramas de los árboles aun escurrían agua, aunque más intermitentemente.

Sin aún entender lo que había ocurrido, nadó hasta la orilla y logró salir a esta, embarrialándose los pies, sentándose en una roca y retomando el aliento. Luego de reflexionar un momento, se dio cuenta de que en su huída había logrado lo que creía era la mayor velocidad que había alcanzado en su vida, pese a que aun así no logró huir de la cabeza agua. Pero Dresar con ese fantástico acto le había demostrado que él era capaz de alcanzar una gran velocidad, cosa que creía que aun no podía lograr. Ahora solo debía entrenar para que esa fuera siempre su velocidad, y no algo que pudiera alcanzar solamente en casos en los que estuviera en riesgo su vida.

La tarde ya avanzaba y el sol estaba ya bajo y se ocultaba entre los árboles al oeste. Aleyu descansaba en la roca, mientras en su espalda caían pequeñas gotas, como si lo que hubiese empapado las hojas y las ramas no hubiese sido más que el rocío. La suciedad del agua se desvaneció rápidamente y ahora la misma corría limpia y rápida, pero siempre un poco oscura debido a la profundidad del cauce.

—Esto fue muy arriesgado, pero creo que Dresar hizo algo, alguna cosa aparte del escudo de olor” pensó Aleyu mientras descansaba “¿O de qué otra manera podría explicar esa extraña fuerza que siempre me impulsaba hacia la superficie, y la cual me salvó la vida un varias ocasiones?” “¿De hecho que, si Dresar hizo algo sin decirme para que no me pudiera ahogar, entonces sus dos hechizos me salvaron la vida, pues definitivamente el de olor fue el que me salvó del Darado!”

Mientras pensaba en todo aquello, de un momento a otro Aleyu escuchó algo detrás de sí, como muchas ramas quebrándose bajo un gran peso. Se volteó y miró: ante él, a algunos metros, se encontraba una enorme y rechoncha bestia cubierta de un abundante pelaje marrón y con una gran cabeza, de la cual nacían dos gruesos y puntiagudos cuernos. Era un gran Centicora, y no miraba Aleyu de forma amistosa, sino que resoplaba furiosamente, mientras era empapado con las gotas que caían de los árboles. Al lado del animal

estaba una pequeña cría, la cual era rechoncha y de patas cortas, que al parecer tenía una pequeña herida sobre la cabeza.

Aleyu se levantó súbitamente de la roca y dio unos pasos hacia atrás, hacia el río, lo cual al parecer enfureció aun más a la gran bestia, que se abalanzó con la fuerza de una gran roca, aplastando y quebrando las raíces de los árboles. Aleyu entonces optó por arrojarse de vuelta al Exter, prefiriendo correr riesgos contra los cuales tenía algunas protecciones, mientras que contra un Centicora no tenía ninguna. En medio del chapoteo, logró ver como el animal se detenía y evitaba seguirlo hasta el agua, pero se mantuvo en la orilla, observándolo, como si esperara a que saliera.

Pese a su cansancio y a algunos golpes, Aleyu decidió entonces volver al lugar donde estaban Cumer y Dresar, haciéndolo como este último le había sugerido; nadando de vuelta. Comenzó a nadar de regreso, preguntándose si lograría resistir todo el camino, sin embargo, notó que el Centicora empezó a seguirlo desde la orilla, cosa que le pareció increíble y fastidioso, pero comprendió que era debido a la herida de la cría y a la hora, pues faltaban pocos minutos para que el sol se ocultara del todo, que el Centicora debía de estar con ese carácter tan fuerte que los caracterizaba a horas en las que escasea la luz del día, y aun más por la noche. Sin embargo, creyendo que pronto el animal se daría por vencido o lo lograría perder, decidió continuar nadando, por lo menos hasta que lo perdiera o que se cansara demasiado.

Cumer había comenzado una larga conversación con Dresar, en la cual el mago deseaba saber nuevas cosas acerca de Daguena. Descubrió que Cumer era una valiosa fuente para ello, pero también que este no era tan fácil de convencer como Aleyu, pues Cumer accedió a responder sus preguntas, pero a cambio de eso Dresar también debía hablarle de muchas cosas, especialmente acerca de sus poderes. Le propuso el trato de que él le respondería una pregunta por cada tres que Dresar le respondiera.

¡Ho!, ¡con que de eso se trataba! exclamó Dresar un rato después, cuando el sol ya se sumergía en el océano y la oscuridad se acrecentaba, mientras la catarata caía ya de forma normal. Ahora sí estoy impresionando... ¡es hermoso! Dresar se encontraba viendo el cauce del río, allí, en lo profundo, se lograban distinguir decenas de débiles resplandores, que se podían apreciar con más facilidad ahora que la noche se acercaba y la oscuridad crecía.

Las luminiscencias eran predominantemente blancas, pero también habían algunas rojas y otras azules, estas últimas mucho más débiles que las otras.

Cuando cayó del todo la noche, el Exter fue iluminado por completo, desde el fondo hasta la superficie, y todo a lo largo del cauce hasta donde la mirada alcanzaba. El agua sobresaltaba de la oscuridad, brillando de una forma muy hermosa; era como una larga y brillante piel de serpiente.

Así que esas son las rocas con las que se iluminan en sus hogares apreció Dresar, mientras la cara le era iluminada desde el río, al igual que las ramas y troncos de los árboles más cercanos al mismo. Más allá, todo era oscuro y lúgubre.

Así es dijo Cumer. Las que no emiten luz, despiden calor, el cual se incrementa durante la noche, de manera que creo que ya el agua debe de estar un poco más tibia.

¡Increíble! Tú civilización, privada de la posibilidad de usar el fuego, contó con la suerte de... de semejantes cosas Entonces el mago miró a Cumer y dijo con un tono misterioso: “Que casualidad” Un leve tono de sarcasmo pareció acompañar esta observación.

Antes de que Cumer pudiera decir algo sobre esta última frase, la atención del mago se dirigió de nuevo al río. Ahora en el agua habían aparecido decenas de sombras y figuras que nadaban de un lado a otro, opacando un poco la luz de las rocas. Las criaturas, semejantes a peces del largo y el grosor de un hombre, nadaban tranquilamente, buscando posiblemente alguna presa.

Así que esos son los darados, de verdad que parecen ser muy voraces comentó Dresar.

Mientras ambos observaban el agua, escucharon un grito agudo que provino de la oscuridad cerca de la orilla, río abajo. Seguido a aquel grito, se escucharon unas rápidas pisadas; alguien venía corriendo.

¡Corran! gritó Aleyu, saliendo de entre la oscuridad en medio de unos árboles. Corría muy cerca de la orilla, con un rostro de espanto, y se dirigió directo hacia donde estaban ellos. Luego, detrás de Aleyu, se escucharon otras pisadas, más fuertes y pesadas ¡Un Centicora! De entre los árboles surgió una sombra enorme y rechoncha que bufaba sin cesar. La bestia perseguía muy de cerca a Aleyu, con una mirada furiosa y dos cuernos en movimiento.

Aleyu pasó corriendo al lado de Dresar y de Cumer, este último echó a correr detrás de su amigo, pero Dresar se quedó quieto y silencioso. Hizo entonces un gesto rápido con una mano apuntando al Centicora, como si apartara una molesta mosca. El aire enloqueció y se agitó, mientras el animal que corría hacia él, al parecer, fue golpeado en el costado por una fuerza

invisible. Hubo un chapoteo y miles de gotas saltaron del agua; el Centicora pataleó y bramó en medio del Exter. Las enormes sombras de hocico alargado se dirigieron hacia la bestia indefensa. En medio de aullidos de dolor, el agua se tiñó pronto de rojo.

Ya de vuelta en el castillo, Dresar debió de explicarle a Aleyu lo del engaño acerca del segundo hechizo, el cual este, un poco enfadado, fingió no haber notado. Pero tuvo razón, pues los motivos de Dresar habían sido exactamente los que él había creído. Luego de un rato salió de la habitación para ir a ver a su padre, y al salir dio un portazo. Pero horas después, cuando volvió, estaba mucho más calmado, aun así, hizo que Dresar le explicara todo de nuevo, esta vez fingió que hasta ese momento comprendía todo, e incluso que encontraba algo divertido en todo lo acontecido ese día.

Luego Aleyu le contó al mago lo que sucedió con él: había nadado como nunca antes, de lo cual sí estaba orgulloso, pero pese a eso había sido alcanzado por la gran ola, y luego de librarse de la misma y de descansar sobre una roca, se había topado al Centicora, del cual creyó que se había librado tras nadar de vuelta un rato. Pero luego se había quedado del todo sin energías, de manera que decidió terminar el camino a pie, así que, exhausto, salió del agua y comenzó a caminar, entonces, ya con la noche cubriendo por completo el bosque, le salió al paso de nuevo el mismo Centicora, el cual lo persiguió por una larga distancia, logrando solo mantenerse a salvo debido a que lograba pasar por en medio de los árboles, mientras que el animal debía de rodear los lugares por los que no podía pasar. Pese a ello, siempre se mantuvo muy cerca, pues los centicoras son bastante más rápidos que cualquier hombre. No se explicaba muy bien cómo pese a su cansancio había logrado correr por tanto tiempo, y Dresar atribuyó esto a que el cuerpo del hombre es capaz de sobrepasar cualquier límite si su vida o la vida de sus seres queridos corre algún peligro, y negó haber tenido algo que ver.

Pese a todo, y pese al gran esfuerzo que demandaban los entrenamientos del mago, Aleyu continuó asistiendo al Exter todos los días, acompañado siempre por Cumer, mientras que Ciorima solo había ido una vez, pero luego de que en una ocasión realmente se lanzara al río para tratar de salvar a su amado, no volvió a acompañarlos. Desde entonces apenas y la vio en las siguientes semanas, pues la joven ahora se mantenía en su casa, prefiriendo pescar con su padre, siempre con rostro afligido y deprimido.

7

Orígenes

Había caído la noche del decimo tercer día antes de la competencia, Aleyu y Dresar recién habían llegado al castillo luego de una larga pero provechosa jornada de duro entrenamiento.

Luego de que Aleyu regresara de cenar y hablar con su padre, Dresar hizo volar las sabanas de la cama y las cortinas al entrar por la ventana, produciendo que la recamara quedara cubierta por todas partes por papeles y pergaminos.

A pesar de sentirse sumamente cansado, Aleyu estaba ansioso por escuchar las historias de Dresar, y ya que al día siguiente no entrenarían pues tendrían “un día de recuperación”, estaba dispuesto a escuchar al mago durante horas y horas.

Pero ya se había acomodado en su silla favorita y abrigado con un suéter cuando se percató de que Dresar permanecía en la ventana, viendo hacia la noche como hipnotizado por la fuerza de algún antiguo pensamiento.

—Estoy listo, Dresar —lo llamó Aleyu—, todas las noches son iguales, pero cada historia es distinta.

Pese a estas palabras Dresar permaneció en silencio un momento, pero luego finalmente, y aun sin voltearse, dijo:

—Quizás no lo sepas, ni lo entiendas, Aleyu, ¿pero sabes que antes de que se creara el mundo y todo lo que ha habido antes, existía la oscuridad? Antes de que hubiera algo, había oscuridad, así que solo en presencia de ella es que puedes ser consciente de ello; lo grande y lo pequeño, las largas eras para las cuales la existencia del hombre es menor que un pestañeo, así como todo el tiempo que vendrá. Todos los seres de este mundo basan su vida en la luz, pero antes que nada existieron las tinieblas, ese es el verdadero origen de todo.

Aleyu quedó sin palabras, no entendía nada de lo dicho por el mago ni por qué lo decía, y al no tener una opinión, permaneció en silencio.

—No te preocupes, mi príncipe, eso será todo lo que reflexionaré esta noche —dijo luego el mago volteándose al fin—, pero me llevó a darme cuenta de que, a pesar de lo mucho que me has contado, aun no sé nada sobre el origen de tu civilización en esta parte tan alejada e inaccesible de la tierra.

—Ho, Dresar, tienes razón, por favor discúlpame, siempre estoy tan ansioso por escuchar tus historias que olvido que el trato era que yo a cambio te contara a ti sobre mi país... De manera que esta noche quieres saber acerca del origen de los daguelnenses ¿cierto?

Dresar asintió y se acercó a Aleyu, manteniéndose en pie frente a este.

—Bueno, por desgracia la mayoría de nuestra historia escrita, como ya te he dicho, se perdió en un desafortunado accidente, y lo poco que se volvió a escribir fue tomado de las canciones y tradiciones, además de los cuentos para dormir, así que si no te importan algunas contradicciones entre los relatos, te contaré todo lo que recuerde:

En realidad existen dos historias distintas que cuentan la llegada de los primeros daguelnenses a esta tierra, ambas hablan de un país lejano al otro lado del mundo, en un continente cuya tierra se volvió estéril y fría, por lo que, según la primera historia, las personas la abandonaron a través de un tipo de camino de hielo que poco después desapareció.

Al parecer en esa época el líder de aquel pueblo era un tal Euniceo, este líder, que no puede ser considerado Rey, fue quien se dio cuenta de que en aquella tierra las cosechas eran más pobres cada año, y al notar que la mayoría de los animales, tanto herbívoros como carnívoros, se estaban marchando, decidió impulsar a su gente a hacer lo mismo.

—Amigos míos, compatriotas y hermanos”—les habló un día— “Durante todos estos años les he servido con orgullo y amor; como buen agricultor he llevado hasta sus platos buena parte de su alimento, y por ello deben confiar en mí cuando les digo que la tierra ya no nos alimentará, ni ahora ni en el futuro, pues nos ha dado todo lo que podía. Es por ello que ahora propongo como la solución a nuestros problemas y preocupaciones, que abandonemos este continente a través del camino de hielo que se ha formado. No les prometo que llegaremos a algún lugar, pero toda posibilidad es mejor que la de quedarnos aquí a morir de hambre.”

Sin embargo aquellas personas, que no pueden ser llamadas aún daguelnenses, no estuvieron del todo de acuerdo. Muchos pensaban que era una exageración y que pronto la situación mejoraría, mientras que otros creían que estaba en lo cierto, pero que lo más probable era que la misma situación

se estuviera dando en todo el mundo, y que si había llegado el fin, lo mejor era morir en su propia tierra.

Pero Euniceo, que según cuenta la leyenda, cambió mucho en un solo día, insistió y convenció a muchos, principalmente a los agricultores, carpinteros y herreros, para que se fueran con él. Al ver esto los demás no tuvieron más opción que seguirlo, pues se llevaba al tipo de personas sin el cual ninguna civilización puede existir o sobrevivir.

Pero hubo alguien a quien Euniceo no logró convencer; su propio y único hijo, cuyo nombre no se menciona en esta primera historia. Este se negó a seguir a su padre y lucía siempre triste, y cuando alguien le preguntaba la razón de su desdicha, lloraba amargamente.

—Hijo haz el favor de aclarar tu mente, ya todos han aceptado ir con nosotros—trató de convencerlo Euniceo—“¿Con quién te quedarás tú? No puedes ir con ningún pueblo vecino, ellos también se marchan a lugares lejanos para nunca volver, además de que nunca hemos hablado ninguno de sus idiomas.”

—Padre mío, como quisiera que el velo que cubre tus ojos se pudiera quitar tan fácilmente como el viento deshace las nubes de un día nublado. No sé qué fuerza este forzando a nuestro pueblo, pero me niego a ir en la dirección que señala su asqueroso dedo.”

—Tus palabras no tienen fundamento—discutió con él Euniceo— “¿Qué recomiendas que háganos entonces? ¿Quieres verme morir de hambre, al igual que tus hermanos, las mujeres y los niños?

—Sí, eso deseo” —respondió el hijo de Euniceo— “Prefiero eso, pues un sueño me ha dicho que si vamos en esa dirección, una gran desgracia caerá sobre todo el mundo dentro de muchos siglos, trayendo muerte y la extinción del hombre.”

Euniceo conservó la esperanza de convencer a su hijo hasta la víspera de la partida, en cuya noche este misteriosamente desapareció y nunca volvió a ser visto. No se recuerda muy bien qué fue lo que hizo Euniceo ante esto, pero al parecer al día siguiente igualmente partieron, a través del camino de hielo.

No se sabe cuánto tiempo tardaron en atravesar aquel camino, según los pergaminos que se perdieron fueron unos dos años, pero las canciones hablan de solo unos meses.

El viaje en si fue muy tranquilo y por ende aburrido, pero una corta frase en una de las canciones menos cantadas habla de la muerte de Euniceo cuando el hielo se quebró bajo sus pies, y que antes de salvarse a sí mismo, prefirió

salvar un pequeño bulto que llevaba con él para que no se perdiera en el fondo del mar. Al revisar el interior del bulto, la esposa de Euniceo descubrió que allí había una corona, hecha de hojas de oro y plata, y ya que no se sabe el origen de la corona de Daguena, algunos aun creen que aquella corona que llevaba Euniceo, y por la cual murió, es la actual corona, aunque se desconoce como la obtuvo Euniceo, pues ningún forjador de metal se hizo responsable por la creación de tan fabuloso objeto.

Mientras Aleyu hablaba, Dresar parecía absorto en la historia como pocas veces, tanto así que incluso se sentó en la cama, mientras por la ventana entraban los susurros de la brisa nocturna.

—En fin —prosiguió Aleyu—, las historias cuentan que el camino helado condujo a aquellas personas a esta tierra, luego de lo cual desapareció para nunca más volverse a formar.

—¿Así que ese pasaje simplemente desapareció? Pero más extraño que eso es el hecho de que algo así se pudiera dar en esta parte de la tierra, donde la temperatura es demasiado alta como para que se forme nieve o hielo en cualquier estación del año. Pero bueno, quizás el clima hace tantos cientos de años haya sido algo diferente. ¿Luego de eso qué sucedió?, espero que la historia continúe.

—Te puedo contar muchas cosas, Dresar, pero no esperes que te cuente como surgió ese lazo mágico que existe entre los daguennenses y los árboles del bosque, pues aunque sea increíble, no se conserva en ninguna historia ni canción, quizás ni siquiera en los pergaminos perdidos; un gran fallo de nuestros historiadores —contestó no obstante Aleyu.

—Bueno eso sí me decepciona mucho —se lamentó Dresar—. Pero por otra parte, tú dijiste que habían dos diferentes historias acerca del origen de los daguennenses, y ya que solo me has contado una, siento una mayor curiosidad por la otra.

—Tienes razón, pero mi gente se identifica más con el relato que te acabo de contar, principalmente porque la otra es más oscura, pero igual te la contaré si así lo deseas: En esta historia también aparece Euniceo, pero como un villano ya que, según este relato, al ver como la tierra se volvía yerma y estéril, cierto día convocó al pueblo:

—Compatriotas míos —les dijo— miren a su alrededor, ya sea porque la tierra ya no quiere alimentarnos o sencillamente debido a que está agotada, ya no podemos depender de ella; los cultivos se secan aun con la intensa lluvia, las hojas caen de los árboles y sus raíces salen del suelo como si buscaran

alimento. Los gusanos y las serpientes se han ido y hasta las ratas comienzan a alejarse. ¡No sobreviviremos!, y ya que no hay suelo en este continente que no tenga dueño, propongo que tomemos nuestras armas y arrebatemos a otros pueblos su tierra; pues si el destino nos ha de maldecir, entonces no veo porqué no hemos de maldecir nosotros el destino de otros.

—No a todos les agradó esto, pero al verse con hambre y con la necesidad de alimentar a sus hijos, el pueblo enteró lo apoyó, y fue así como atacaron a sus vecinos, un pueblo llamado Iriquiel, cuyo suelo aun era verde y fértil. Los atacaron y destruyeron a todos, no dejando a uno solo con vida.

Una vez que pasó el tiempo, Euniceo se proclamó líder y salvador, pues ahora tenían de nuevo frutas, verduras, carne y pan en abundancia. Sin embargo algo sucedió; poco después de que naciera el primer hijo de Euniceo, la nueva tierra que habían conquistado también se agotó y todo lo que estaba en ella murió.

—Nefasta es nuestra suerte, el destino y la muerte nos persiguen — pensaron entonces todos no entendiendo cómo podía ser posible aquello— ¿Y ahora qué? ¿Hemos de repetir nuestro pecado?, ¿cometeremos un nuevo genocidio?

Para Euniceo no había otra salida, por lo que los convocó de nuevo y los llevó a destruir otra civilización, pero una vez lograda la nueva conquista, la tierra se marchitó de nuevo. Euniceo maldijo entonces a los dioses y se negó a aceptar el aparente destino de su gente, por lo que arrasó muchas veces con muchos pueblos para arrebatárselos sus tierras, pero en todas las ocasiones la tierra parecía negarse a alimentarlos, y por décadas vagaron por un continente entero, dejando tras de sí un rastro de tierras estériles, que más tarde se convirtieron en grandes desiertos.

—La tierra nos odia y los dioses nos aborrecen tanto que no parece haber suplica o sacrificio posible que nos pueda salvar —le dijo Euniceo a su gente — así pues, hagámonos al mar, asentémonos en la costa y dediquémonos a pescar y esperemos que nuestra maldición no nos siga más allá de la arena húmeda.

Pero eso tampoco resultó; el océano no les brindó un solo pez más grande que una pequeña mano; sencillamente estaban malditos.

Pero el hijo de Euniceo, que en esta historia es llamado Inmeneo, era ya adulto y había crecido en medio de los repudios de su gente y las maldiciones que lanzaban a la tierra cada vez que debían dejarla porque no les proporcionaba alimento.

—La maldición no persigue al pueblo entero, seguramente ha de ser una sola persona o a lo sumo una familia la que está maldita —razonó Inmeneo luego de que su primer hijo muriera de hambre—. Esa persona o familia debió de haber hecho algo muy malo que enfureció a algún dios colérico, y mientras siga con nosotros, todos padeceremos por su culpa.

Inmeneo llegó a la conclusión de que su familia estaba libre de la maldición, pero no podía dejar a su pueblo irse a otra parte, pues su padre no accedió a esto debido a que por sus matanzas su gente era odiada y en cualquier parte hubieran disfrutado de matarlos por mera venganza. Fue así que Inmeneo supo que la solución sería echarse al mar en un barco y buscar un nuevo continente, pero para asegurarse de que la maldición no los siguiera, debía acabar con el o los responsables, y ya que sería imposible saber quién o quiénes eran, decidió eliminar a todo su pueblo.

—¿¡Cómo dices!?, ¿matar a todos sus compatriotas? —se sorprendió Dresar.

—Así es, te dije que era una historia más oscura —dijo Aleyu.

—Tienes razón, discúlpame por interrumpir.

—Bueno, buena parte de la historia fue olvidada, pero Inmeneo convenció a su padre de construir muchos barcos enormes, pero a la vez le pidió uno exclusivo para él y su familia, esto extrañó a Euniceo, pero finalmente accedió. Construyeron los barcos con leña seca de un bosque cercano que habían habitado hacía poco, y abordaron los mismos, junto con la poca agua y comida que habían logrado recoger.

Inmeneo era inteligente y malvado; ya estando mar adentro, en medio de la noche, tomó su arco y comenzó a arrojarles flechas en llamas a los barcos, tanto a los cascos como a las velas y los mástiles mientras sus compatriotas dormían. El fuego comenzó pronto a devorar los barcos, y para cuando todos despertaron ya era muy tarde.

Pero hubo una persona que sí vio lo que hacía Inmeneo; Euniceo mismo miró lo que hacía su hijo y secretamente tomó un bote y fue hasta el barco de este y lo abordó, y una vez allí lo encaró antes de que lograra prender fuego a los últimos dos barcos.

—¡Detente hijo mío! —le dijo Euniceo— arrepiéntete y dime qué ha descarriado de esta forma tu mente ¿Porqué atacas a tu propia gente que ha seguido de buena gana tu consejo de hacernos al mar? Todos ellos han confiado en ti y te han amado aun en tan difíciles situaciones ¿Porqué los traicionas?

—La maldición no está con todos nosotros, si no con solo unos pocos —le dijo Inneneo—. Desde que nací tú y tu gente no han hecho otra cosa que enseñarme a odiar ¿y ahora vienes a juzgarme por mis actos? Todo este tiempo he aprendido que no importa sacrificar a los demás si es que se logra sobrevivir, ¿por qué ha de ser diferente con mi propia gente?

Al escuchar esto Euniceo comprendió y le dolió en su corazón; supo que toda su vida, al tratar de evitar la muerte de su pueblo, había cultivado incesantemente el odio en el interior de su hijo y de innumerables personas más, lo cual traería desgracia en siglos futuros. Esto provocó tal dolor en Euniceo que se dejó asesinar por su propio hijo, mientras a su alrededor ardían los barcos y morían incontables personas, a excepción de las que viajaban en los dos barcos que Inneneo no logró prender en llamas, cuyo fin no se supo, pues se alejaron para salvarse del fuego.

Luego de todo eso la historia se alarga de manera aburrida al relatar el viaje de Inneneo por el océano hasta que un buen día llegó a una tierra llena de furiosos y altos volcanes que no cesaban de arrojar lava, pero al poco tiempo de que llegaron los volcanes se apagaron y la tierra dejó de estremecerse, y esto fue una señal para Inneneo de que la maldición no los había seguido, y de esa manera decidió llamar a esa tierra “Laguelna”, que poco después se convirtió en “Daguelna”.

—Ho, ya veo porqué los daguelnenses no se identifican con esta historia, pues si fuera cierta significaría que todos descienden, no solo de una cultura que cometió muchas brutalidades, sino de un genocida y parricida.

—Correcto, de hecho esta historia ya no es contada a los niños desde hace varios siglos, por lo que ya muchos la desconocen. Yo la conozco gracias a que la leí de un antiguo pergamino que está guardado en la biblioteca del castillo, es uno de los pocos escritos que se salvaron del accidente de hace tiempo.

—Ya veo, es un relato interesante, pero yo también espero que no sea el que realmente cuente el origen de tu gente. Y es una lástima que no tengas muchas más historias antiguas que contarme de tu tierra, insisto en que me hubiese gustado el saber más sobre ese lazo mágico con los árboles del bosque.

—Pero aun puedo contarte muchas cosas —se apresuró a decir Aleyu no queriendo desilusionar al mago—. Podría hablarte de nuestras primeras creencias, como cuando aun creíamos que existían cinco principales dioses y porqué unos siglos después fue que dejamos de creer en cualquier tipo de ser

superior, y fue entonces que se destruyeron todos los templos.

—Bueno, yo en realidad... —murmuró Dresar, pero Aleyu lo interrumpió:

—¡Ho, ya sé!, quizás te interese el saber acerca de la guerra civil.

—¿Guerra civil?

—Quizás te parezca algo extraño, pero sí, aquí en Daguena hubo una guerra entre hermanos hace unos mil ciento noventa y tres años... Todo comenzó con lo que podríamos llamar un fenómeno natural; resulta que en aquella época se produjo un gran terremoto que asoló Daguena, derribando desde casas hasta antiguos templos. Pero lo peor vino cuando, ese mismo día, el mar se enfureció y de él surgió una gran ola que barrió toda la costa y provocó que los ríos se devolvieran y que murieran miles de personas y desapareciera buena parte del bosque. Fue en verdad horrible, y aún tememos que algún día se repita, lo cual sería desastroso, especialmente para Gaelan-eset.

En fin, en medio de la tristeza, y cuando apenas estaba comenzando la reconstrucción, uno de los hombres más pobres del reino, que perdió tanto todas sus pertenencias como a su familia entera, anunció que todo aquello se había tratado de un castigo de los dioses. Este sujeto se cuenta que se llamaba Paseon, aunque dudo mucho que ese haya sido su verdadero nombre.

—Atención pueblo de Daguena —les habló Paseon— El dolor que sentimos nos ha sido enviado directamente de los cielos. Los cinco dioses se han enfurecido con nosotros por ya no creer en ellos ni adorarlos como lo solían hacer nuestros ancestros. Esto me acaba de ser revelado, lo he visto claramente en imágenes surgidas de mi propio llanto. Yo, que de todos soy el que más ha perdido en esta tragedia; casa, padres, esposa, hijos, hermanos y primos, así como toda mi cosecha. Los seres del cielo me han llamado la atención para hacerlos entender a todos ustedes que se han sobrepasado en su libertad. Todos fuimos creados, por lo que debemos someternos y obedecer. Los cinco dioses dicen que somos demasiado felices, por lo que ahora debemos pagar un alto precio.

Ante el desconsuelo y la necesidad de respuestas, muchos daguennenses le creyeron a Paseon y asistían a los templos a escucharlo hablar, hasta que un buen día Paseon comenzó a decir que la única forma de calmar a Dios y evitar que nos volviera a castigar era realizando sacrificios. Ahora bien, la historia no especifica si se refería a sacrificios humanos, pero debido a todo lo que esto condujo, se cree que sí, de eso hablaba Paseon, que poco después comenzó a ser llamado “el oscurecido” por aquellos que se oponían a sus

ideas.

Pero “el oscurecido”, pese a que comenzó a ser odiado y temido, aun conservó seguidores, y estos lejos de disminuir fueron aumentando en número y durante años crearon una sociedad secreta, un tanto apartada de todos aquellos que no creían en Paseon. Tenían ritos específicos, construyeron nuevos templos propios y hasta llegaron a vestir y comer diferente, algunos escritos decían que incluso habían creado un nuevo idioma, lengua que ya estaban enseñando a sus hijos más pequeños. Pero eso no es todo, esa secta creció tanto y se hizo tan poderosa que, secretamente, comenzó a hacer planes para la construcción de nuevas y grandes ciudades, y ya para ese entonces contaban con sus propios pequeños pueblos.

Aleyu hizo una pequeña pausa para tomar agua, y Dresar aprovechó para opinar:

—Todo eso es muy interesante y en cierta forma la repetición de la historia; siempre habrá quien se aproveche de las creencias de las personas, en especial si estas han pasado por algún gran sufrimiento que las haga buscar consuelo, el alimento de su hambrienta alma. Pero, aun si se trata del alimento adecuado, si lo tomas en exceso te perjudicará, pues el hombre al apartarse de la naturaleza perdió el sentido de equilibrio y balance; nunca optar por los extremos.

Con lo que me has contado adivino que la mayoría de esas personas que se unieron a Paseon fueron aquellas que más sufrieron por el terremoto y la inundación, lo cual me confirma que el hombre es un animal al que hay que mantener vigilado si es que se encuentra en dificultades.

—Concuerdo contigo, Dresar, este es uno de los episodios más oscuros de mi país y es lamentable que la guerra civil a la postre haya acabado con más vidas que el mismo terremoto y la gran ola juntos.

—Sí, yo también lo lamento y esperemos que no se repita, pero por favor, continua.

—Bueno, lo inevitable sucedió; comenzaron a darse tensiones y discusiones entre “los oscurecidos” y las demás personas, especialmente por tierras de cultivo y porque ya no se consideraban compatriotas entre sí, quizás ni siquiera de la misma especie, todo esto sumado a que Paseon aprovechaba cada tormenta y pequeña inundación para decir que los dioses aún seguían furiosos debido a que no se había unido a él la totalidad del reino. Fue así como poco a poco los roces fueron creciendo hasta que los oscurecidos comenzaron a cortar árboles..., sí, a cortar los árboles a los que estaban

vinculados aquellos que con mayor fervor se oponían a Paseon. De esa manera fue que iniciaron las peleas y los asesinatos por venganza, y en última instancia, la declaración de guerra por parte de la Reina luego de que una noche, según se dice Paseon en persona y rodeado por un pequeño grupo de seguidores, taló el árbol del Rey Amineseo —hizo una pequeña pausa.

—¿Que sucedió luego?

—¡La guerra duró años! Los oscurecidos comprendían poco menos de la mitad de la población total de Daguena, y debido a que en ese tiempo la guerra aún era un poco familiar para aquellos antiguos daguenses, se sabe que fue muy cruenta. Los detalles en sí no se saben muy bien, seguramente debido a que con el paso de los siglos y la mayor concientización, los mismos historiadores decidieron omitir dichos datos.

Pero el final llegó una noche, casi dos décadas después de que iniciara la guerra, cuando Paseon, que ya era un anciano, quiso poner fin al conflicto y a la vez llevar a cabo el mayor de los sacrificios para los dioses; su intención era quemar buena parte del bosque sin importarles mucho que ardieran los árboles tanto de sus enemigos como de sus aliados.

—¿Y lo logró? —saltó Dresar.

—Desafortunadamente sí, consiguió iniciar un incendio que arrasó buena parte del bosque y mató a un número grande pero indeterminado de daguenses y que llevó a la concientización del reino entero. Algunas canciones llaman a esto “el despertar”, debido a que ambos bandos, luego de lograr apagar el fuego, se negaron a seguir luchando, y durante años lloraron juntos. Esto sumado a que Paseon murió debido al incendio que él mismo causó, marcó el final de la guerra.

—Dime algo —lo interrumpió de pronto Dresar—, ¿acaso todo eso tuvo algo que ver con el hecho de que tú gente dejara de creer en dioses?

—Una vez más me sorprender, Dresar, ya que sí, sí tuvo algo que ver; no fue inmediatamente después de concluida la guerra que se desmantelaron los templos, pero luego de todo lo sucedido las personas ya no confiaban en las religiones, y mucho menos en los predicadores de las mismas. Pero fue ochenta años después que, luego de otro terremoto y la nueva aparición de un auto llamado “profeta”, que la gente temió que se repitiera el pasado, por lo que se eliminaron los templos y la gente adoptó una ideología centrada en la naturaleza, algo que no necesita mayor adoración o veneración que la contemplación de su belleza. Al nuevo oscurecido, por otra parte, lo consideraron loco y lo encerraron como tal.

—¡Vaya, todo eso es increíble! —Dresar al fin parecía satisfecho; se levantó y caminó hacia la ventana, donde exploró de nuevo el cielo oscuro—. Gracias a estas historias puedo comprender más la evolucionada mentalidad de tu pueblo, el cual, a diferencia del resto de la humanidad, sí parece aprender de sus errores.

—Sí, bueno, no es muy agradable tropezar con la misma piedra, especialmente si eso causa la muerte de un cuarenta y cinco por ciento de tus compatriotas, un doloroso estimado del resultado de la guerra.

—Te agradezco que me hayas contado todo esto ya que, aunque todo eso sucedió hace tanto tiempo, creo que aun es doloroso de recordar por parte de tu gente —Dresar aun miraba a través de la ventana, mientras que Aleyu meditaba; ahora que había recordado aquella historia, hasta su mente llegó el temor de que se repitiera en el futuro, ¿acaso su disgusto con su hermano podría llevar a que se repitieran las tragedias del pasado? —. Pero sabes Aleyu —dijo entonces el mago—, me gustaría saber si tu pueblo tiene alguna idea o mito acerca de la aparición del hombre en la tierra. Veraz, todas las culturas que he conocido tienen sus propios mitos acerca de esto, y ya que los magos también una vez tuvieron una leyenda de la creación, me interesa mucho saber si ustedes también lo tienen.

Aleyu escuchó esto y se perturbó bastante; le dolía recordar aquel relato ya que estaba relacionado con su situación con Ciorima.

—Sí, claro que existe una historia —respondió Aleyu lentamente—, casi ha sido olvidada, no solo porque está relacionada con un ser superior, si no porque lo que sucedió en esa historia es el causante de las desgracias de la humanidad, y es considerado un tabú, y es debido a ese tabú que Ciorima y yo tememos tanto por nuestro futuro si no logró casarme con ella lo antes posible.

—Entiendo, es un tema muy delicado, puedes contármela, si es que me tienes la suficiente confianza.

—Sí, lo haré —dijo Aleyu, luego de lo cual se miró las manos y suspiró profundamente antes de comenzar el relato—: Bien, antes de iniciar, debo decirte que la versión original es una maraña casi inentendible de símbolos y parábolas, por lo que preferiría contarte la interpretación descifrada, que se logró obtener luego de siglos de intenso análisis y que, a la postre, provocó que las personas comenzaran a perder la fe ya que la tradición había logrado convencer a sus mentes de que todos los símbolos eran reales, por lo que al enterarse de la verdad les pareció que la historia había perdido su “magia” y su “gracia”, pues preferían creer más en lo fantástico que en lo real, sin saber

que lo real era mucho más fantástico.

Bueno, la historia cuenta que en un principio existía un ser superior, cuyo nombre tampoco se recuerda, que al existir completamente solo, decidió crear al mundo y las estrellas de su propio cuerpo, de su misma substancia, y al hacerlo, luego de esperar mucho tiempo, creó al ser que había estado en sus pensamientos desde el principio; el hombre. Así pues creó a Alanea y a Edron, el primer hombre y la primera mujer, separándolos de los animales y solo a estos, mediante el soplo de su propio aliento, otorgándoles alma, voluntad, pensamiento y corazón.

Pero ese “Dios” no creó a Alanea y a Edron con espíritu perfecto, pues deseaba que fueran ellos mismos quienes, al crecer y madurar, llevaran a su espíritu a la perfección, y solo entonces serían uno con él. De esa manera aquel “Dios” esperó mientras Edron y Alanea crecían pues aún eran jóvenes, pero durante todo ese tiempo únicamente les dio una sola orden o condición; no debían de... —Aleyu hizo una pausa y volvió a suspirar—. No sé como explicártelo; ellos no debían de tener un encuentro hombre-mujer hasta el día en que maduraran por completo, fueran perfectos y se pudieran casar.

—Muy interesante —opinó Dresar—, me parece que será entorno a eso que girará todo el mito. Pero por favor, continua.

—Sí bueno, la historia en si no es tan clara, ya que usa el símbolo de un fruto para referirse a este encuentro carnal.

En fin, durante un tiempo todo marchó muy bien, Alanea y Edron obedecieron y crecían tanto en cuerpo como en alma hasta que... Bueno, resulta que aparte de Alanea y Edron, aquel ser superior había creado a otros seres pensantes muy antiguos que en la historia son llamados los “Carentes de cuerpo”, no se sabe por qué se les llamaba así, pero resultó que el principal de todos esos entes al atestiguar la creación de Alanea y de Edron, se dio cuenta de que su papel desde ese momento sería servirlos, pero también supo que ya no era el más amado por el ser superior, lo cual le ocasionó celos. Este “carente de cuerpo” decidió entonces hacer algo para recuperar su posición como el más amado de aquel “Dios”; sabía que este únicamente le había dado un mandamiento a la primera mujer y al primer hombre, por lo que su única oportunidad era el lograr que estos desobedecieran... De esa manera se presentó él mismo ante Alanea, y con palabras engañosas la tentó y convenció de que no era necesario que esperara hasta alcanzar la madures para “probar del fruto” y, de alguna manera que nunca pudo ser entendida, tuvo un “encuentro” con ella.

—Extraño en verdad —opinó Dresar—, tomando en cuenta que era un “sin cuerpo”.

—Así es, pero ese era el verdadero mensaje que se escondía tras los símbolos.

—¿Qué hizo luego Alanea?

—Se sintió avergonzada; se dio cuenta de lo que había hecho y en cierta manera se arrepintió, sin embargo hizo algo que lejos de ayudarla terminó de sentenciar a la humanidad a vivir en un mundo distinto al que en un principio había sido planeado por el ser superior: en lugar de pedir perdón, el temor la llevó a no querer ser la única culpable, por lo que fue hacia Edron, lo tentó y...

—¡No me cuentes más! —saltó Dresar—, adivino lo que sucedió. Así que de allí viene el tabú hacia la desnudes y el encuentro fuera del matrimonio entre un hombre y una mujer, esa es la razón por la que tu gente castiga tan severamente... lo que tú y Ciorima han hecho ¿cierto?

—Así es, aunque hoy en día ya no se cree en ese mito, en el inconsciente colectivo de Daguelna se quedó grabado como el causante de todos los males.

—Sabes, de todas las versiones acerca del origen de la humanidad que he escuchado, la más interesante sin duda es esta que me acabas de contar ya que, si bien es en Daguelna donde se castiga más severamente, en todas las culturas es muy mal visto que un hombre y una mujer tengan ese tipo de encuentros sin estar aun casados.

—Sí, y eso no hace más que empeorar mi conciencia y mi temor, ya que al ser el primer caso en siglos de seguro que a Ciorima y a mí nos darán un castigo ejemplar —Aleyu suspiró una vez más.

—Te aseguro que eso no sucederá, Aleyu. Claro que es importante respetar las leyes y tradiciones, pero no cuando las mismas abusan de los individuos por un mero error.

—Sí bueno, la única manera de lograrlo es que yo gane la competencia ya que con solo una explicación y cientos de disculpas no se puede ir contra una tradición que se remonta a los orígenes de la civilización. Pero hablando de orígenes, tú aun no me has contado tu historia, Dresar. Es de suponer que un ser como tú esté más cerca de la verdad o que al menos conozca la historia más creíble acerca del origen del hombre.

—Ciertamente conozco muchas y tengo una que es mi favorita, pero has de saber que cada cultura considera realidad su propia versión, y tonterías a las de otras civilizaciones. Siendo así es muy probable que la historia que

realmente cuente la verdad, sea considerada tontería por todas las culturas.

Pero sí, los magos tienen una propia versión que, a comparación con la de tu gente, me parece relativamente sencilla. Esta cuenta que antes de que hubiese hombres, había magos, toda una civilización de seres poderosos que no eran de este mundo, sino de uno muy lejano. La debilidad de estos magos era su fascinación por el oro, no solo por su belleza, sino porque dependían en gran medida de este metal para realizar sus actos mágicos. Sin embargo no eran buenos con las herramientas rudimentarias y aun eran pocos en número, así que decidieron tomar a un simple animal y con su poder lo convirtieron en hombre, creando al principio cientos y luego a miles, otorgándoles raciocinio y fuerza, pero usándolos como esclavos para obtener oro.

Aleyu escuchaba atentamente al mago, deseando borrar de su mente el temor que le había causado su propia historia.

—Pero luego de un tiempo los humanos comenzaron a expresar deseos de independencia y libertad, y fueron apoyados por muchos hechiceros que no estaban de acuerdo con la forma en que era tratada la humanidad. De esa manera se llegó a un consenso; la humanidad sería dejada en libertad, pero vigilada de cerca por los magos, que ahora se harían llamar “dioses” para seguir teniendo influencia sobre las mentes de los hombres. Pero hubo algo que no lograron; quitar a los humanos la necesidad de buscar oro y otros metales preciosos, necesidad que ellos mismos habían puesto, y ese, según la historia, es el origen de la necesidad del hombre de buscar riquezas y poder.

—¿Pero qué sucedió con esos magos luego de eso? —Preguntó Aleyu con curiosidad.

—Bueno, ya sin poder obtener oro, perdieron la mayoría de sus grandes poderes y se dedicaron a vagar por el mundo, uniéndose solo una vez más para luchar en la guerra contra los dragones, donde murió la mayoría de ellos.

—¿Tú eres uno de esos grandes seres? —se perturbó Aleyu.

—No, claro que no, como ya te he dicho, yo antes de ser lo que ahora soy, era un simple hombre, que un día se topó con la suerte de encontrarse con el que posiblemente haya sido el último gran mago, el cual me enseñó mucho, pero solo una diminuta fracción del inmenso poder de aquellos seres, pero fue mejor así ya que posiblemente no hubiera podido asimilar más de lo que me enseñó.

—Ya veo, es posible que en la historia se haya perdido mucho más de lo que existe hoy en día —reflexionó Aleyu.

Ambos permanecieron en silencio un rato, cada uno parecía estar

meditando acerca de alguna de las historias que acababa de escuchar. Aleyu había tratado de concentrarse en el relato del mago, pero una vez que este acabó, su mente se llenó de nuevo de preocupación y fue devuelta inevitablemente a la historia de Alanea y Edron.

—Sabes, hay algo que me intriga he interesa, no sé si tú o tu pueblo lo han notado alguna vez, pero cualquiera que fuera la historia real acerca del origen de los daguelnenses, pareciera haber algún tipo de poder oculto detrás de todo —dijo entonces Dresar, lo cual extrañó mucho a Aleyu—. Piénsalo por un momento; tanto en la primera historia como en la segunda se cuenta que la tierra ya no podía sustentar la vida, por lo que tuvieron que abandonarla, en la primera se habla de un camino de hielo, mientras que la otra cuenta que usaron barcos. Bueno, al parecer algo guiaba a ese pueblo, aunque quizás de una manera un tanto cruel, y no la dejó en paz hasta que llegaron a donde quería que llegaran. No me mal interpretes, no estoy diciendo que haya sido así, solo digo que me parece curioso.

—Bueno, como ya te he dicho, mi gente ya no cree en seres superiores llamados “dioses”, y eso me incluye a mí, pero ahora que lo mencionas, sí me parece un tanto extraño, pero desgraciadamente no hay manera de saber cómo ocurrieron las cosas realmente o cual historia está más cerca de la verdad.

—Tienes razón, quizás el problema con la tierra se debió a algún cambio pasajero en el clima. Tú aun eres muy joven, pero cuando has vivido tanto tiempo como yo tienes la oportunidad de visitar un lugar un día, y luego cuando vuelves doscientos o trescientos años después te das cuenta de que muchas cosas han cambiado, desde las personas y el pasto, hasta los grandes animales y el clima por completo, aunque para apreciar algo verdaderamente drástico habría que vivir por miles de años.

—Sí, posiblemente todo haya sido solo una mala interpretación de un fenómeno natural, como ocurrió con Paseon. Sea como sea, me alegra que haya sucedido, pues de otra manera mis antepasados no hubieran descubierto esta tierra y no viviríamos en este fantástico reino.

—Muchas veces un futuro bueno puede ser visto como un peligro inminente, pero esa es una reacción natural y hasta necesaria.

—Tu historia también es muy interesante, Dresar —Aleyu trataba una vez más de dejar de pensar en la historia de Alanea y Edron—, pero no entiendo muy bien eso de que esos magos provenían de un mundo lejano, ¿acaso hay más mundos?

—Lo ignoro y es difícil saberlo, en las viejas historias, tal y como tú has

dicho, es muy complicado separar lo que es literal de lo que es expresado a través de símbolos y parábolas. Lo lamento Aleyu, pero tal y como tú no tienes el conocimiento para decirme el verdadero origen del lazo mágico que une a tu gente con el bosque, yo no tengo tampoco el conocimiento para responderte esa pregunta.

—Espero que la historia que constaste no sea real, no me gusta mucho la idea de que hayamos sido creados por otros seres de carne y hueso con el único fin de servirlos —Aleyu cambió de tema.

—Aunque fuera así no hay nada de qué avergonzarse o sentirse mal, pues evidentemente en el hombre hay muchas más cosas que son imposibles de crear que aquellas que sí.

Bueno Aleyu, muchas gracias por haber satisfecho mi curiosidad sobre tu pueblo por esta noche, ahora sí te complaceré con la historia que quieras sobre la civilización que desees, aunque de muchas no conozco el origen pues algunas culturas parecieran simplemente haber aparecido un día y conquistado el mundo a la noche siguiente, para luego desaparecer en el mayor de los misterios.

—Ho bueno, Dresar, la verdad es que cuando estoy contigo me siento como un niño en su primer día de clases ¿Cómo hacer preguntas sobre algo que desconozco por completo? Así que por qué no eliges tú el tema y la historia, pues yo me sentiré igualmente complacido con cualquier cosa que traigas a mi sedienta imaginación.

Luego de eso Dresar le contó a Aleyu durante horas diversas historias sobre muchos rincones del mundo que había visto y visitado, he incluso algunos que solo había escuchado por boca de su maestro: culturas que ya no existían, pues se habían extinto en grandes catástrofes o terribles guerras, cuyas ruinas incluso ya habían desaparecido del todo de la faz de la tierra, convirtiéndose en no más que mitos y leyendas.

Aleyu escuchaba con atención, soñando que Daguelna se convirtiera en una de aquellas civilizaciones legendarias que eran capaces de atravesar océanos y desiertos en solo horas y de construir ciudades durmientes en las altas montañas, todo esto exceptuando el trágico final de todas ellas. Quería que su cultura no se extinguiera y que sobrepasara todas las eras por más imposible que eso haya sido para todas las sociedades anteriores.

Todos aquellos sueños parecían muy lejanos, pero para Aleyu tomaban forma y vida en la boca del mago por toda una noche, y poco después también en el día, en su mente, pues Aleyu ahora añoraba, un día, también ser

legendario.

Las semanas pasaron, y con ellas la confianza de Aleyu creció; ahora se notaba más corpulento, incluso aun más que Lenumat, y su velocidad en el agua era ahora mucho mayor, al igual que su resistencia. Pese a esto, pocas veces logró escapar de las cabezas de agua provocadas por Dresar, pero nunca corrió verdadero riesgo de morir en las fauces de los Darados.

En los entrenamientos también solía usar pesas para aumentar el esfuerzo, además de recorrer el Exter de un extremo al otro, cada día probando menor cantidad de comida, la cual reponía solo por la noche, donde lograba comer más del doble de lo que comía comúnmente.

Todo parecía marchar muy bien: su relación con su padre era excelente, y este se mostraba más animado y feliz, aunque no comprendía por qué Aleyu le negaba la posibilidad de acompañarlo en sus entrenamientos, aunque fuera de vez en cuando.

También había mejorado su relación con Dalia. Pero por otra parte, su relación con su madre y con Lenumat era cada vez peor. Aun así, cuando llegó el momento, y con la ayuda de Dresar, Aleyu se sintió listo para la competencia, en la cual muchos destinos estarían en juego.

8

La competencia

El sol se filtró con una fuerza inusitada a través de la ventana, cuyas cortinas estaban descorridas. Aleyu despertó cubierto de sudor y de los rayos del astro. La noche anterior no había escuchado nada de los relatos de Dresar, pues este le había dicho que debía estar concentrado lo más posible en la carrera, y que su mente no debía divagar en lugares que, de no ganar dicha competencia, nunca podría conocer, por lo que era mejor hacer una pausa en las fantásticas historias.

Aleyu abrió lentamente los ojos, aun bajo el recuerdo del mismo sueño que curiosamente había comenzado desde la primera vez que Dresar lo hiciera dormir con aquel toque de sus dedos en su frente. Un recuerdo diferente hizo que el sueño se desvaneciera; su corazón se aceleró, y una pequeña pero infaltable corriente nerviosa le recorrió todo el cuerpo; recordó que ese era el día por el cual se había esforzado tanto, especialmente desde hacía un mes, cuando Dresar había comenzado a entrenarlo. Ese día se llevaría a cabo la competencia, literalmente una carrera al trono de Daguena.

—Hoy..., finalmente” se dijo “Mientras transcurrían los dos meses, estos se me hicieron como una eternidad, pero ahora que finalmente han pasado, me parecen como si hubieran durado lo mismo que un parpadeo”.

Se quedó un instante en la cama, pensando, meditando, recordando; parecía un sujeto que, luego de atravesar multitud de situaciones inesperadas, ahora lamentaba y hasta trataba de averiguar el cómo y el porqué había llegado todo hasta aquellos límites.

Pero estaba decidido. Luego de unos minutos, se levantó y fue al cuarto de aseo, donde creyó notarse más musculoso que antes, viéndose en el reflejo del agua. También se paraba más erguido, y hasta de cierta manera su rostro, más serio, parecía más maduro.

Luego se asearse, fue de nuevo a su habitación y se puso ropa ligera, y sobre estas algunas prendas más formales y pesadas. Luego fue al comedor. Se

dirigió al salón blanco por el corredor, atravesó el túnel y llegó al pasillo principal, miró al jardín. El castillo se veía muy tranquilo, cosa que era extraña, puesto que en los últimos días había habido mucha agitación; personas que iban y venían cargando grandes cinceles y martillos, o largos postes metálicos aun un poco calientes, recién salidos de la cueva de fuego, y enfriados en el Ereuflo. Además, varios artistas, por orden del Rey, se dedicaron a esculpir gran cantidad de estatuas, algunos aprovecharon el gran espacio del jardín para hacerlo, mientras que otros prefirieron realiza sus obras en otros lugares fuera del castillo, en sitios que, según ellos, les facilitaban la inspiración.

Pero ahora todo se veía tranquilo y hasta desierto, señal de que ya todos habían finalizado sus respectivas tareas.

En lo alto el sol matutino ardía con fuerza, parecía haber espantado toda nube en el cielo, pues este exhibía un azul ininterrumpido, más claro cerca del sol, pero oscuro y profundo en los extremos del horizonte opuesto a este. El día daba promesas de ser caluroso, lo cual fue para Aleyu una muy buena señal.

Se dirigió al comedor, no le extrañó no haber visto a Dresar, pues el mago, sabiendo que muchas miles de miradas estarían posadas sobre él, le había dicho que lo mejor era que no se apareciera sino hasta después de la carrera. Pero el día anterior, antes de salir de la habitación convertido en oscuridad materializada, Dresar le había deseado la mejor de las suertes.

Aleyu desayunó solo, pues su padre le había dicho que ese día no era conveniente que los vieran juntos, lo mismo le dijo Dalia.

Los pocos sirvientes que había en el castillo recogieron rápidamente los platos con las sobras del ligero desayuno de Aleyu. Se dispuso a irse, con aquella sensación en el corazón, y sus nervios viajando por todo su cuerpo como molestos relámpagos. Salió del salón y cruzó los pasillos hasta llegar al jardín, avanzó por el césped hacia las grandes puertas de la muralla. Al pasar por delante de la gran torre se le unieron tres guardias a modo de escolta que al parecer habían estado esperándolo. Salió del castillo y miró a la ciudad, esta se veía tan desierta como el castillo; las calles estaban vacías y las puertas de las casas cerradas. Solo se veían aquí y allá algunas personas que caminaban portando paquetes y canastas, o alzando en sus brazos a los niños más pequeños. Pero estas personas parecían ser las rezagadas, pues se les veía apresuradas, se dirigían al oeste, se internaban en el bosque y desaparecían tras las hojas y ramas.

Aleyu y su escolta imitaron a las personas; tomaron un camino frente al castillo, el cual iba directo al oeste, seguía alguna distancia y luego se internaba en el bosque. Extrañamente, para el evento de ese día, todo el pueblo y el bosque, y el reino en general, parecían mantener un inusual silencio en el aire. La atmosfera era demasiado tranquila, pero aun así, parecía ser la premonición de que pronto todo cambiaría. Todo ayudaba a aumentar el nerviosismo de Aleyu. Esperaba ver a Ciorima, o a Cumer al menos, pero incluso ver al viejo Izor hubiera un sido un poco tranquilizante, pero ninguno de estos apareció por ninguna parte.

Pronto se internaron en el bosque, y solo entonces todo pareció volver un poco a la normalidad: se escuchó el canto de las aves, el sonido de las pisadas de algunos animales, y muy profundo en el bosque se alcanzaban a escuchar los tranquilos bramidos diurnos de los centicoras, y quizás hasta el canto de algún unicornio. Las hojas caían de lo alto como una lluvia verde con ciertos tonos amarillentos. El sol alumbraba intermitentemente, siendo opacado por las altas ramas de los incontables árboles, los cuales parecían estar como sincronizados, tanto en sus movimiento con el viento, como en el momento en que cada hoja caía de las alturas.

Aleyu, flanqueado por dos de los guardias, mientras que el tercero iba un poco atrás, caminó algunos minutos sin decir o escuchar palabra alguna. Estaba ahora mucho más nervioso, a cada paso recordaba todo lo sucedido desde hacía más de dos meses. Pensaba en lo que finalmente pasaría ese día ¿Sería la competencia más difícil de lo que él pensaba? Era imposible saber todo lo que podría suceder ese día, pero sí sabía lo que pasaría si no lograba ganar, pero intentaba no pensar en ello, sino imaginar lo que haría luego de su triunfo. Aleyu salió de pronto de su propia mente, y como le pasaba siempre, no se dio cuenta del tiempo que había estado caminando, ni de la distancia recorrida. Lo que lo había sacado de sus meditaciones y de las imágenes en su mente de lugares lejanos, había sido un sonido extraño, que no era el murmullo habitual del bosque: parecía un lejano susurro, como si muchas personas hablaran a la vez, al tiempo que discutían y celebraban. Comprendió rápidamente de qué se trataba, y conforme se fueron acercando al sonido este aumentó más y más. Buena parte del reino debía estar allí, pero esta vez no solo los habitantes de Asaliriam, sino también los de Gaelan-eset y Hadanas. Esta vez realmente todo el reino iba a estar reunido para ver el desarrollo del evento, para verlo ganar o perder. Cuando llegaron al punto en el que se debía de escuchar con mayor fuerza el rugir del río, lo único que se escuchaba era un

enorme clamor de voces unidas, allá todavía a alguna distancia, desde detrás de algunas filas de árboles. La luz se filtraba con más fuerza allá adelante, señal de que el bosque se interrumpía.

La luz incrementó al igual que el volumen de las voces. El bosque retrocedió y al fin Aleyu pudo contemplar el escenario en el cual daría comienzo la competencia. La zona en la que estaban se encontraba a solo unos pocos metros antes de la segunda catarata, la cual Aleyu le había mencionado antes a Dresar, y era un tanto menor de la principal caída de agua del Exter, en donde Aleyu había entrenado con el mago. Aquella cascada, aunque menor que la principal, era también muy hermosa y majestuosa, y rugía con fuerza al caer de las alturas de un risco escarpado. El torrente se podía apreciar desde donde estaban Aleyu y sus escoltas: en aquel lugar la orilla del río era mucho más ancha, y al ver el sitio Aleyu comprendió porqué Dresar había cambiado el sitio de los entrenamientos algunos días atrás, abandonando la zona de la catarata principal por sitios del río más alejados, ya que el lugar que se había aprovechado para colocar decenas de plataformas de metal a modo de graderías, aunque un poco lejano de la catarata mayor, ofrecía el riesgo de que por accidente algún trabajador los viera, notando a Dresar de inmediato. Las graderías habían sido instaladas a ambas orillas del río, y seguían el cauce del mismo hasta una buena distancia. De estas graderías era de donde provenían las miles de voces; allí, algunos sentados y otros de pie, hablando, discutiendo o cantando, se encontraban decenas de miles de Daguelnenses. Algunos se la pasaban tranquilamente, mientras que otros gritaban y coreaban, pero en general parecían felices y emocionados, olvidando la rutina de sus vidas.

Un poco más río arriba había sido construida una enorme plataforma que se encontraba tan cerca de la catarata, que esta salpicaba continuamente grandes gotas en toda la superficie del escenario. Más semejante a un alto puente, se sostenía desde cada orilla por varios pilares de metal y roca de más de cinco metros de alto. Había una escalera de metal dorado decorada con piezas de corteza de árbol, esta estaba colocada del lado de la plataforma que apuntaba hacia donde se encontraba Aleyu, y conducía directamente a la parte superior de la plataforma. Allí, justo en el centro de la misma, había una tribuna de roca blanca con un árbol tallado al frente. Al lado de la tribuna había un gran número de estatuas también de roca blanca; representaban a decenas de grandes Reyes, erguidos y con semblante orgulloso, miraban al frente sobre el cauce del Exter, con los brazos extendidos como para recibir amorosamente a alguien. Justo detrás de la tribuna, y a ambos lados de la

misma, habían sido colocadas muchas sillas de metal: eran de respaldares altos y acojinados, y los reposabrazos eran semejantes a ramas color cobre.

Una segunda plataforma había sido construida sobre el río, esta era más pequeña y más baja que la principal, se hallaba justo al frente de esta y, a pesar de que se encontraban bastante cerca, no había ningún punto de unión entre ellas. Esta segunda plataforma también se extendía de orillas a orilla, era bastante más ancha y se proyectaba hacia el frente. Estaba decorada con multitud de telas de distintos colores que colgaban y se mecían con el viento, también había muchos arreglos florales y pequeños árboles sembrados en macetas de arcilla. Había también un gran gong plateado, cerca del cual había un hombre vestido de azul, seguramente encargado de hacer sonar al instrumento para dar la partida de inicio de la competencia.

Detrás de la primera plataforma que cruzaba por sobre las aguas, el Exter rugía mientras bajaba por una pendiente llena de rocas grandes y afiladas, pero solo un poco antes de ese mismo lugar, era mayor la cantidad de las mismas. Pero aun el sonido enorme de la caída de agua y del río furioso era fácilmente opacado por las voces que nadaban en el aire, y más aun cuando, al poco rato, se unió la música al bullicio de la gente; eran muchos los tambores que se hacían escuchar y que levantaban aun más los ánimos, pero en su mayoría había instrumentos de viento metálicos que eran tocados desde una gradería especial localizada en la orilla este del río, y muy cerca de la plataforma sobre el Exter. La música contribuyó mucho a caldear la euforia en el ambiente.

Por aquí, príncipe Aleyu le dijo uno de los guardias, al ver que se estaban retrasando por admirarlo todo. Le señaló río arriba, allí, a algunos metros y luego de descender hasta el cauce del río, se encontraba la escalera que llevaba a la segunda plataforma.

Aleyu se dirigió hacia la escalera, siguieron el camino y descendieron hasta el cauce del Exter, en ese punto estaba tan cerca de aquella catarata como lo había estado la primera vez que condujo a Dresar, junto con Cumer hasta la más grande, muchos metros río abajo. El ruido, tanto del agua como de la gente, era ensordecedor. Al llegar, notó que allí ya se encontraban algunos participantes: vestían ropas cortas y livianas, pegadas al cuerpo, y por lo general de colores oscuros como el azul y el negro, entre otros. Algunos de los participantes ya hacían fila delante de la escalinata.

Aleyu no había olvidado sus nervios, al contrario, estos habían llegado al límite de causarle mareos y de comenzar a ver diminutos destellos de luz por

donde quiera, al punto de casi no poder ver nada, por lo que uno de los guardias tuvo que sujetarlo cuando por poco se cae al tropezar con una piedra en el camino hacia la escalera. Sabía que debía encontrar la manera de controlarse, o de lo contrario podría perder la competencia aun antes de que esta comenzara.

Un guardia cerraba el paso a los contendientes para que estos no subieran a la plataforma secundaria antes de tiempo. Eran alrededor de veinticuatro los competidores que estaban en el lugar, la mayoría de ellos eran muy jóvenes, pero a Aleyu le llamó la atención uno en particular: parecía ser un hombre maduro, si bien no viejo, aparentaba quizás haber superado las tres décadas “Cosa extraña” pensó, sabiendo que la mayoría de los daguelnenses se cazaban alrededor de los veinticinco años, y el hecho de que alguien llegara a más de los treinta sin cazarse era algo muy raro.

¡Aleyu! escuchó de pronto un grito, se volteó a mirar quién lo llamaba, sintió entonces como la presión en el pecho y en su estomago, al igual que el leve temblor que desde hacía un rato había comenzado a sentir, se aligeraban un poco, pero la corriente nerviosa no disminuyó. Ciorima corría hacia él con su hermoso cabello agitándose tras ella. Un poco más allá estaba Cumer, y muy cerca, esperando a sus hijos, el viejo Izor aguardaba de pie y sonriente, con ambos brazos entrecruzados detrás de la espalda.

¡Ciorima! Aleyu al fin logró recordar el porqué estaba haciendo todo aquello al ver a su novia y recibir de ella un fuerte abrazo, seguido de un cariñoso beso en los labios. Que bueno que te veo, creo que era lo que me faltaba para recobrar el valor Ciorima le sonrió tiernamente, como si de esa manera pudiera decir todo lo que no podía con palabras. Aleyu adivinó que ella aun seguía en desacuerdo con la competencia y todo el asunto que giraba en torno a ella, pero apreció mucho el hecho de que no le dijera nada, pues pese a no estar de acuerdo, prefería apoyarlo en aquella situación tan difícil y no quedarse en casa ignorando un asunto del cual ella también era en parte responsable.

No sé qué pueda decirte para ayudarte dijo al fin la chica, han pasado tantas cosas, y ahora con todo esto... nunca había visto nada igual, jamás pensé que esto llegara tan lejos, esto es realmente increíble. Ciorima pareció entristecerse, quizás pensando que todo era su culpa.

Oye, esto no es tu culpa intentó consolarla Aleyu, pero ya dos gotas de lagrimas habían brotado de los ojos de la chica, que agachó la cabeza y miró al suelo, a la vez que intentaba retener más lagrimas, mientras el ancho vestido

blanco que llevaba apenas lograba ocultar su vientre. Esta es una situación en la que nos metimos ambos, pero yo estoy intentando solucionarlo todo, no estés triste.

¡Hola Aleyu! Lo saludó Cumer al llegar, Ciorima se secó con la mano las lágrimas disimuladamente, mientras Aleyu estrechaba la mano que le había ofrecido el chico. Es increíble lo que varios hombres pudieron hacer en tan solo unas pocas semanas ¿no? Comentó, refiriéndose a las grandes estructuras colocadas en el lugar.

Lamento no haberte acompañado todos estos días continuó Ciorima más tranquila sin darle importancia a su hermano, pero es que no podía ver como arriesgabas tu vida a cada instante... ¡y ahora te arriesgaras más que nunca! ¡Y todo por algo tan insignificante!

¿Insignificante? Le reclamó Aleyu, también olvidándose de Cumer, pero en ese instante la música se vio disminuida, ya que la gente al fin lo había notado a él. Pronto comenzaron a corearlo a grandes gritos una y otra vez, luego continuó la música, pero esta vez al ritmo de los coros. En primer lugar, el trono de Daguena no es algo insignificante, y en segundo, yo nunca corrí riesgos en mis entrenamientos, por si no lo recuerdas allí estaba siempre Dresar, entrenándome, pero también cuidándome Aleyu aún la amaba mucho, y haría todo lo que había planeado solo por ella, pero no podía permitir que insultara el sueño que perseguía, o que olvidara a una de las personas que más lo había apoyado desde el principio. Además, no estarías tan temerosa si no te hubieras escondido en tu casa tal y como lo hiciste.

¡Disculpa!, pero creo que tenía algo que ocultar de las personas respondió Ciorima mientras se frotaba el vientre con disimulo. Además, ¿a qué te refieres exactamente? Ciorima había superado sus lágrimas y ahora salía a relucir su carácter. Enfadada, le hizo señas a Cumer para que se marchara, pues este se había quedado, prestando demasiada atención.

Bueno, es mejor que me aleje de esta “cálida” conversación, no quisiera llenarme demasiado de ternura dijo sarcásticamente Cumer ¡Buena suerte, Aleyu! Se marchó, bajo una mortífera mirada de su hermana.

¡Gracias, amigo! Lo despidió Aleyu, luego, sin saludar a quienes lo coreaban, se volteó de nuevo hacia Ciorima, cuyo rostro exigía explicaciones. El Rey Deinor no piensa arriesgar la vida de tantos hombres, y en especial la de sus dos hijos le aclaró Aleyu.

No comprendo, ¿cómo dices eso sabiendo que este es el río de los darados?

¡Los darados, fueron capturados! respondió Aleyu, quien había logrado ver la captura de las bestias algunos días atrás. No fue tan sencillo, pero tampoco fue demasiado complicado; los atraieron con sangre de itip, y uno a uno fueron cayendo en la trampa. Tú sabes que no son demasiados y su población siempre ha sido la misma. Debido a su peligrosidad, los darados eran de las criaturas de Daguelna menos estudiadas por sus habitantes, sin embargo estos habían logrado notar algo muy interesante; la población de las bestias acuáticas siempre era la misma, su número nunca disminuía ni aumentaba, sino que se mantenía en solo unas pocas decenas. Tampoco habían visto crías de darados, ni darados con apariencia de edad avanzada, así como nunca habían visto a uno de ellos muerto. Con el paso del tiempo surgieron algunas teorías para explicar todas estas rarezas; algunos decían que aquellas criaturas no morían, sino que vivían para siempre, de manera que no necesitaban tener crías para perpetuar su especie. Otros decían que quizás las crías se mantenían ocultas hasta alcanzar la edad adulta. Hubieron muchas hipótesis, pero nunca nadie pudo explicar en su totalidad a los darados, ni mucho menos el hecho de que su población siempre fuera la misma. Los pusieron en una red enorme y luego los colocaron en una gran jaula. Continuó Aleyu, mira, están allí señaló hacia la otra orilla, allí, por debajo de la plataforma principal, se alcanzaba a ver una gran jaula de metal que estaba sumergida en las aguas, por lo que solamente era visible su parte superior. Allí, de vez en cuando, largos hocicos con filosos dientes sobresalían del agua unos momentos y luego se volvían a hundir.

¡No puedo creerlo! exclamó Ciorima mientras observaba asombrada la jaula, recuerdo que el Rey mencionó que en el pasado se había hecho, pero no pensé que fuera posible.

Sí, fue un tanto arriesgado, pero allí están todos, créeme, luego de la captura arrojaron más sangre y carne de itip al río durante días, y no surgió ni uno solo Darado más. Algunas personas han opinado que deberíamos aprovechar y deshacernos de ellos, pero mi padre ha dicho que no, que al finalizar la competencia serán liberados, ya que nosotros somos los invasores en el río, no ellos.

Aleyu creía que con esa buena noticia le quitaría un gran peso de preocupación a Ciorima, pero no encontró mucho cambio en ella luego de que dejó de mirar la jaula de los darados. En sus ojos aun se denotaba gran tristeza y preocupación, lo cual lo molestó, pues no sabía qué hacer o decir para que ella reaccionara en la manera que él deseaba.

Aun así... comenzó diciendo lentamente Ciorima, pero entonces Aleyu explotó, mientras su nombre no dejaba de ser coreado.

¿¡Aun así qué!? No comprendía por qué Ciorima seguía cuestionando sus actos ¿Por qué no podía ser feliz con todo lo que él estaba dispuesto a hacer por ella?, ¿por qué no era capaz de callarse la boca e irse a sentar, feliz, en las graderías?

¡Eso! exclamó también Ciorima, mírate, has cambiado, ya no eres el mismo de antes... Me di cuenta cuando le dijiste a ese Dresar que querías conocer el mundo más allá de Daguena; te veías desesperado y solo pensabas en eso, te sientes como prisionero aquí, en tu propio hogar. Entonces supe que ya no ibas a competir solo por mí, o...bajó un poco la voz ... o por nuestro hijo, sino por alcanzar el trono, y luego “conocer esos maravillosos lugares”.

Pero no solo eso, también tu carácter ha cambiado; hace un año hubieras sido incapaz de entablar una rivalidad con tu hermano con tal de alcanzar el poder. También he notado que te enojas más fácilmente si algo no sale tal y como quieres, y que desesperas en situaciones en las que antes eras quien recomendaba la calma.

No... ¿estás muy equivocada!, quizás ahora tengo más cosas en la cabeza, pero tú aún eres lo más importante para mí, y si dices que he cambiado en mi carácter, quizás es porque ya no me puedes manejar tan fácilmente como antes, quizás eso sea mucho mejor, no quiero que me pase lo que le pasó a mi padre, cuya esposa es capaz de manipularlo como ella quiera. Aleyu sentía en su ser cada palabra que decía, Ciorima retrocedió un par de pasos mientras lo miraba con sorpresa y tristeza. Aleyu, en lugar de detenerse, comenzó a sentir gusto cada vez que el rostro de la chica se contraía luego de cada expresión, lo cual lo incitaba a buscar alguna otra aun más hiriente ¿Acaso te estás quejando porque ya no puedes hacer de mi como te place?, pues déjame decirte que ahora sí tengo personalidad, hombría y valor, cosas que estoy cultivando y que hoy será la primera cosecha de ellas, luego en el futuro las cultivare aun más, junto con otras habilidades...

Ciorima permaneció callada unos segundos, mirándolo a los ojos. Aleyu percibió que lo estaba escrutando hasta lo más profundo de su alma. Un brillo apareció de pronto en su mirada.

Quizás algo aún sea cierto dijo entonces Ciorima, pero definitivamente yo ya no soy lo más importante..., buena suerte Y diciendo esto, dio media vuelta y, antes de que Aleyu pudiera renegar, se alejó rápidamente, llegando pronto con su padre y hermano, y los tres fueron a

buscar un lugar en las ya repletas graderías, perdiéndose en la multitud de personas que también aún buscaban un lugar.

Aleyu quedó sin palabras, principalmente por lo rápido de la huida de Ciorima, de lo contrario quizás se hubiera podido defender. Pero algo dentro de sí le decía que aunque quisiera negarlo, quizás la chica tenía razón. Antes de que todo comenzara en lo único en que pensaba era en su novia, pero ahora, solo dos meses después, las montañas, los lagos y las criaturas de más allá de Solékru, era lo que más llenaba su mente.

Príncipe Aleyu La voz de uno de los guardias lo trajo de vuelta, y solo entonces se dio cuenta del coreo incesante de la multitud, de todo el reino. Entonces alzó la mano sin mucha gana y saludó un par de veces, con una sonrisa fingida. Por aquí, príncipe.

Mientras Aleyu era conducido por dos de los guardias, percibió como la presión en el pecho y en el estomago volvían poco a poco, así como sus nervios, pues ahora el tiempo de su destino estaba demasiado cerca. Pero de pronto en su interior se encendió un enojo repentino; allí, entre los participantes de más delante de la fila, estaba Lenumat, con semblante orgulloso. Al igual que todos en la fila, llevaba ropa ligera, de color blanco y sin ningún tipo de adorno o joya en su cuerpo, al igual que Aleyu. No tenía capa ni zapatos, pero lo que sí llevaba era una trenza negra atada al cabello, formando una cola de caballo hasta los hombros. No miró a Aleyu, pues sus ojos estaban puestos en la jaula de los darados, lo cual le llamó la atención a Aleyu.

Al llegar a la fila, Aleyu se quitó toda la ropa pesada que no le serviría para nadar, quedando así vestido ligeramente, y cuyas prendas, de color rojo, eran bastante ajustadas al cuerpo. Entonces miró hacia la plataforma principal, allí notó que las sillas ya no están vacías; en ellas estaban sentados muchos de los representantes de las familias más importantes de las tres grandes ciudades. Entre ellos había tres personas pertenecientes a los Afiam, pero también identificó a unos pocos de los Calirs, además de dos o tres de los Naslerom, entre otros. Todos estaban vestidos de manera muy elegante, con colores muy llamativos, y con decenas de piezas de plata y oro. Justo en el centro de todos ellos, frente a la tribuna blanca, Aleyu vio a su padre, este llevaba su preciosa corona, la cual resplandecía bajo el sol. Llevaba también una capa purpura que cubría casi por completo su cuerpo. A su lado estaba sentada la Reina, Aleyu sintió que se le revolvía el estomago al verla. Su madre, al igual que siempre, tenía puesta su corona más delgada y pequeña que la de su marido, su vestido era de color verde, que, para Aleyu, no combinaba mucho con su rubio cabello, ni el amarillo de sus zapatos. Nubelia parecía mirar con simpatía a todos a su alrededor, pero Aleyu notó que su mirada se dirigía hacia Lenumat a cada momento.

El agua caía con gran estruendo detrás de la gran plataforma principal. La gente hablaba, gritaba y cantaba, mientras que muchos otros coreaban aún a Aleyu, y unos pocos a Lenumat. Pero a veces se escuchaba también el coreo perdido de algún otro participante.

La mañana había avanzado bastante ya. Aparecieron algunas pocas y pequeñas nubes en el cielo, pese a esto, el sol brillaba enérgicamente cuando al fin Deinor se puso de pie. Al instante la música se detuvo, al igual que los gritos y los cantos, todos callaron y prestaron atención a su Rey, el cual avanzó hasta el estrado.

¡Amado pueblo de Daguena! comenzó Deinor con una voz muy alta y fuerte. Aleyu pensó que seguramente se la había estado cuidando durante muchos días para que estuviera a tono para ese día en especial. Increíblemente, Deinor logró hacerse escuchar por sobre el ruido del agua que bajaba por detrás de él, golpeando las rocas. Yo, su humilde Rey, me complazco en darles la bienvenida a, posiblemente, el evento más grande e importante que se haya realizado en estas tierras en muchos años. No hablaré demasiado, pues ya saben todo lo que concierne a esta competencia, lo saben ya desde hace dos meses, además de que muchos de los detalles se les han hecho saber a través de los anuncios que se pregonaron en los puntos más concurridos de Asaliriam, Hadanas y Gaelan-eset.

Pero lo que sí deseo decirles es que hoy es un día para disfrutar, para salir de la rutina de la vida de cada uno, para hacer algo distinto y que llevaremos en nuestros recuerdos por muchos años. Algo que todos podrán contar a los hijos y nietos que todavía no han nacido, pues estoy seguro que no habrá un día tan grande como este en muchos años venideros. De manera que hoy debemos vivir cada día, vivirlo como si fuera uno de los últimos de nuestra vida, ya que en nuestra cultura eso es algo que hemos olvidado.

En lo cotidiano de nuestras vidas, muchas veces olvidamos que los momentos memorables están en las cosas que se salen de lo habitual, sea para bien o para mal, si es para bien seremos felices, y si es para mal, habremos aprendido una lección, la cual nos podrá ayudar para aprender de nuestros errores, para buscar así mejores momentos.

Muchas veces hemos tenido una vida que creemos que será igual para siempre, pero cuando suceden cosas que nos sacan de nuestra realidad y nos muestran que existen muchas otras desconocidas que no van acorde con lo que estamos acostumbrados, podemos sentirnos extraviados, sin rumbo, pensando que nunca encontraremos de nuevo aquella orilla de la fuimos arrebatados..., pero es entonces que debemos recordar que cada vez que superamos una circunstancia adversa, nos estamos entrenando para superar la siguiente y más fuerte adversidad.

Aleyu, como pocos de los miles de presentes, comprendía lo que decía su

padre; este había sido sacado de su realidad debido a la discusión de sus dos hijos por ser el heredero, y ahora estaba buscando la manera para poder regresar a esa orilla, que era su vida antes de que todo ocurriera.

El sol se opacó un poco detrás de una nube. Deinor enmudeció, parecía como adolorido en el corazón. Luego de unos instantes la nube huyó y el sol volvió a inundar de luz todo el bosque.

Ahora daré nuevamente una explicación muy breve sobre el evento de hoy continuó Deinor luego de tomar aire: La carrera establecerá quién podrá contraer matrimonio en la última noche del año adecuada para ello. Como ya todos saben, entre los competidores se encuentran los dos príncipes varones; el príncipe Aleyu y el Príncipe Lenumat, los cuales me solicitaron mi bendición para casarse. Pero sabiendo que esto determinará también quién sería el heredero al trono, y por tanto el próximo Rey luego de mí, he decidido que sea el destino y las fuerzas de cada uno quienes decidan quién ha de merecer este honor de servir a Daguelna. De manera que aquel que llegue de primero, será el que pueda contraer nupcias este año, y con ello tener la certeza de que algún día será el Rey. Pero debemos de tomar en cuenta que hay muchos otros participantes que también desean ganar para poder casarse antes de que termine este año. Así que si el ganador es alguno de ellos y no uno de los príncipes, entonces aquel de ellos dos que alcance primero la meta, será quien pueda casarse antes que el otro.

El recorrido de la competencia es sencillo Mientras su padre hablaba, las ansias de Aleyu aumentaban a cada momento. Estaba al final de la fila, mirando las espaldas de los competidores, de manera que pudo notar cómo todos se habían preparado lo mejor que habían podido. Pero ellos competían solamente por poder contraer matrimonio, mientras que él tenía cosas mucho más importantes en juego, por lo que su determinación debía de ser mucho mayor, este consiste en; atravesar el Exter, comenzando justo en este punto, y luego pasar al Seslan, una vez en este continuaran nadando hasta llegar al gran océano Gaelan. Allí deberán recorrer la costa, y quién atraviere de primero una plataforma que funciona a modo de meta localizada en la desembocadura del río Misir al sur de Gaelan-eset, será declarado el ganador.

No puedo decir que será fácil o difícil, solamente que aquel que quiera cambiar su vida, será mejor que esté dispuesto a dar lo mejor de sí Deinor hizo entonces una leve pausa, toda la multitud esperó expectante. Aleyu supo que el momento había llegado, a partir de ese instante todo cambiaría; él ya nunca podría encontrar la orilla perdida. A los competidores buena suerte,

¡Y hoy, en la novena hora del decimo cuarto día del quinceavo mes del año seis mil doscientos treinta y seis de nuestro reino, que comience la competencia!

Todas las personas estallaron de nuevo en gritos. Una vez más la música contribuyó a que el sonido de la caída de agua se viera disminuida hasta no más que un murmullo.

Entonces el guardia frente a la escalera se apartó, y los participantes, Lenumat entre los primeros, comenzaron a avanzar. Mientras subían, Aleyu sentía más intensamente aquella corriente nerviosa. El temblor de su cuerpo tampoco se detenía, cosa que intentó disimular con movimientos de estiramiento.

La fila avanzó y Aleyu se aproximó a la escalera. Esperó a que el hombre delante de él subiera, y luego él hizo lo propio. Todos avanzaron sobre la plataforma mientras el bullicio de la gente aumentaba aun más. Se colocaron justo en el centro de la tarima, la cual era lo suficientemente ancha como para que todos cupieran y se colocaran mirando al frente, uno al lado de otro. Aleyu estaba al extremo de la de la fila, tenía al gran gong detrás de él, por lo que estaba seguro que cuando sonara, el sonido de este lo aturdiría. Debajo de la estructura el agua rugía como hambrientos leones, esperando para recibir a sus presas desde lo alto, y salpicando sus pies. Miró al frente y logró tener una de las mejores vistas que jamás había tenido en su vida hasta el momento: el Exter se extendía hasta donde alcanzaba a ver, a ambos lados del mismo se alzaban las graderías cargadas de cientos de miles de personas. Detrás de las graderías todo era cubierto por la verde infinidad de las copas de los árboles que era Golbares, bañadas con la intensa luz del sol en un cielo de un azul profundo con solo unas pocas nubes. Muy distantes, como si en realidad ellas fueran la meta esperándolo, estaban las lejanas y azuladas montañas, cuyas cimas estaban cubiertas por nubes blancas.

El sol se alzaba a un cuarto del cielo y ya comenzaba a quemar y picar las pieles desnudas de las espaldas de los participantes. El Rey tuvo que alzar sus manos para conseguir que la gente se calmara y guardara silencio. La música bajó su volumen y el sonido semejante a leones aumentó; el río parecía no poder esperar más.

¿En dónde está tu extraño amigo? susurró una voz al lado de Aleyu, este se volteó a su derecha; allí estaba Lenumat, con una sonrisa maliciosa. Aleyu no lo creía, ¿acaso Lenumat se había cambiado de lugar solo para molestarlo? ¿No te ayudará esta vez?

No lo necesito para vencerte, hermano menor respondió Aleyu, herido en su orgullo. Luego de hoy, sabrás cuál es tu lugar.

Príncipe Aleyu Otra voz, esta vez a su izquierda, lo llamó. Aleyu se volteó y vio que allí estaba aquel sujeto que aparentaba tener mayor edad que cualquiera de los demás competidores: era de cabello castaño y bastante largo, lo llevaba atado con tres colas, cada una tan larga como medio brazo, y todas le llegaban por debajo de la cintura. Su nariz era algo prominente, y sus labios grandes y gruesos. Tenía ojos de color azul, pero su mirada era dura, o debía de serlo, pues en ese momento miraba a Aleyu con alegría.

Es un honor competir a su lado, aunque lamento que sea en contra suya dijo el hombre a la vez que le ofrecía la mano. Mi nombre es Arzoul, de la familia Almes.

El honor es mío... Aleyu le estrechó la mano pero no pudo concluir la frase, pues su padre volvió a hablar.

¡Estando ya todos los participantes listos y en sus lugares! indicó Deinor desde la tribuna en la plataforma que estaba más atrás y más alta que la de los competidores ¡Todo está preparado, el gong sonará en unos segundos más... y entonces todo comenzará!

Ignorando a Lenumat, y sonriendo a Arzoul, a Aleyu solo le quedó esperar la salida mientras creía al fin controlar su nerviosismo. El sol ardía en el cielo y en la piel, reflejándose en el agua, y casi segando a quien viera hacia la superficie del río debajo de ellos. La gente y la música callaban, esperando expectantes. El viento sopló y refrescó un poco a los competidores, agitó las melenas al aire, y acarició el rostro de todos los presentes.

Entonces, casi inesperadamente, un fuerte sonido metálico sonó detrás de Aleyu: ¡¡Gong!! . Se escuchó vibrar por el aire. La fuerte resonancia les arrebató los nervios a los participantes. Aleyu, perdido por un momento, percibió como muchas sombras se arrojaban rápidamente al agua, por lo que decididamente dio un salto hacia el frente, inhaló todo el aire que pudo y tomó forma de lanza, cerró los ojos y esperó a sentir el impacto.

La espumosa agua se levantó y miles de gotas saltaron por doquier, acompañadas de muchos fuertes y húmedos sonidos. Aleyu cayó y fue envuelto por el agua, sintiendo como se hundía. Entonces abrió los ojos, pero solo vio oscuridad. Confiando en sus sentidos, nadó hacia la superficie y pronto comenzó a ver el reflejo de la misma. Todo estaba muy confuso, de pronto empezó a ver la silueta de muchos pies y manos que se agitaban. Al igual que él, muchos cuerpos se dirigían hacia arriba. Aleyu los imitó y se impulsó, nadó

con todas sus fuerzas hasta que logró sentir que su cabeza salía del agua, escuchó como la gente había estallado una vez más; coreaban y cantaban, y la música volvía a sonar.

Tomó aire, sentía como el Exter ya lo arrastraba al igual que a los demás, y ya muchos se habían puesto a nadar con rapidez a favor de la corriente. Sabiendo que no podía quedarse atrás, movió sus brazos y los clavó en el agua, agitó con fuerza los pies, se acercó al cuerpo un brazo con la mano abierta, sumergió el otro en el interior del Exter, se acercó otro brazo, extendió de nuevo el otro, sacó su rostro del agua, y luego lo sumergió de nuevo, y así comenzó a tomar ritmo. Los demás ya seguían esa rutina, y ayudados por la corriente, comenzaron a alejarse velozmente por el cauce del río.

Aleyu nadaba desesperadamente, sabía que no estaba entre los primeros lugares. El agua le cubría a cada momento los ojos y le llenaba la nariz y los oídos, e intentaba entrar por su boca, pero él la cerraba con fuerza cada vez que sumergía de nuevo su cara. En esa condición era difícil saber el lugar en donde estaba, lo único que veía eran rocas y árboles, así como las graderías llenas de personas, ya que la extensión de las mismas era inmensa, siguiendo el cauce. Cada vista era tan fugaz que resultaba casi imposible basarse en el paisaje para saber por dónde debía de ir. Pero esto aun no lo preocupaba demasiado pues la carrera recién había comenzado y los demás no podían estar muy lejos aun.

Algunos competidores pasaban a su lado, ya fuera quedando rezagados o superándolo, pero él se mantenía tranquilo. No nadaba con todas sus fuerzas ya que sabía que la jornada era larga, y que el ahorrar energía podría, al final, decidir al vencedor. En medio de sus rápidas y cortas visiones de los alrededores, no sabía quién de sus contrincantes era Lenumat, ni tampoco cual era aquel sujeto llamado Arzoul, ni siquiera podía saber cuántos iban por delante de él ni cuantos atrás. Lo único que sabía era que se alejaban rápidamente del punto de salida, pues ya no alcanzaba a oír a la catarata. Solamente escuchaba el sonido del agua entrando y saliendo de sus oídos, además de los numerosos y constantes golpes de decenas de brazos entrando y saliendo del agua.

Ahora el sol ya no era tan estable, pues algunas nubes se habían formado ya, y el astro se encendía y disminuía cada cierto rato, pero hasta esto era casi imposible de percibir, no solo para Aleyu, sino para todos los nadadores.

Aleyu continuó nadando, pensando solo en rebasar hombres y en conservar

energía. Luego de un rato y de rebasar a dos, pero ser superado por uno, comenzó a preocuparse. Sabía que el primer gran obstáculo de la competencia no podía estar lejos; la mayor catarata del Exter, donde había sido entrenado por Dresar durante muchos días, comenzó a aparecer en sus pensamientos, pero no era posible saber cuán cerca estaba. Pero no tuvo que esperar demasiado, ya que solo cerca de media hora después de comenzar la competencia comenzó a sentir como la corriente fue acelerándose y empujándolo con mayor fuerza. Un gran estruendo comenzó a escucharse, no muy lejos, pese a esto, continuó avanzando.

Sabía que las graderías para el público acababan algunos metros antes de la catarata, por lo que cuando percibió que las voces comenzaron a pagarse hasta desaparecer del todo, supo que estas habían quedado atrás, y que la cascada no estaba lejos.

El agua se fue obscureciendo, al tiempo que se volvía más revoltosa y espumosa, lo cual era señal de que ahora el río arrastraba más tierra y escombros arrancados del lecho.

Aleyu no quería verse sorprendido por una larga caída, por lo que se sujetó de una roca, contra la cual se estrelló, cosa que lo dejó sin aire unos momentos. Su intención no era evitar la caída, pero prefería saber el momento en que caería, de manera que tuvo una idea: decidió esperar a los que venían detrás de él y permitir que lo rebasaran. Luego de limpiarse el agua de la cara vio como efectivamente muchos competidores, visibles solo por sus brazos y cabezas, pasaban a su lado, algunos muy cerca de la otra orilla. Continuaron sin notarlo a él y se dirigieron al frente. Unos instantes después, y de acuerdo con su plan, se comenzaron a escuchar varios gritos que rápidamente disminuían y desaparecían.

Nuevos gritos se sumaron a los primeros. Se escuchaban un instante, fuertes y claros, he inmediatamente después bajaban de tono y se desvanecían. Luego, quizás, se podían escuchar débiles chapoteos.

Aleyu escuchó el grito de los últimos, los que recién lo habían sobrepasado, y logró calcular que la catarata estaba a menos de cien metros de distancia, lo que le fue confirmado por el sonido de la misma. A pesar de esta información, sabía que no tenía opción; respiró profundamente varias veces y almacenó aire en sus pulmones. Luego se soltó de la roca y se dejó llevar por la fuerza del río. Trataba de controlar el golpeteo de su corazón, a la vez que se preparaba para, en cualquier momento, sufrir una larga caída.

Avanzó un trecho y la espuma lo cubrió por completo, extrañamente sintió

como si pudiera volar, rodeado de nubes; pudo observar el cauce del río a lo lejos muy debajo de él, logró ver como se extendía el bosque a cada lado del Exter, y vio las montañas muy al este, que parecían esperarlo impacientemente. De pronto se dio cuenta de lo que sucedía; ya no sentía su propio peso, y ahora los árboles de muy debajo se aproximaban rápidamente; caía en medio del estruendo del agua.

Antes de llegar abajo pudo notar, por un instante, que algunos de los primeros en caer ya nadaban presurosos. Un blanco absoluto le cubrió la vista. Sintió el fuerte golpe de su cuerpo contra el agua, que lo dejó aturdido y nuevamente sin aire. Se sumergió bastante hondo, allá en la superficie los pies y las manos se agitaban y los cuerpos se alejaban. Aleyu nadó rápidamente hacia arriba, sacó la cabeza del agua y tomó aire. La primera prueba de la competencia estaba superada, ahora era el último en la carrera, pero tenía el crédito de ser el único que no había gritado al caer.

Ahora estaba en la zona en la cual había estado entrenando durante cerca de un mes. Estaba bastante familiarizado con el terreno, por lo que lo aprovechó al máximo. Recordaba el lugar de muchas partes profundas y otras que no lo eran tanto, pero también el de muchas rocas, de modo que pudo evadirlas sin dificultad, e incluso impulsarse en un par de ocasiones con ellas, logrando así superar a más de siete competidores en muy pocos minutos. La mayoría de sus contrincantes, acostumbrados a nadar en el Ereuflo, no conocían ese tramo del Exter tan bien como él, desconociendo el terreno del cauce, por lo que se vieron obligados a disminuir la velocidad cuando se acercaban a alguna roca, o de lo contrario se podrían estrellar contra las mismas.

Pronto Aleyu rebasó a tres más, se acercó a un grupo de unos diez hombres y los superó uno a uno, hasta que solo tuvo delante de él a unos cuatro. Más tranquilo, se dio el lujo de detenerse un instante; alzó la cabeza y miró a los que iban delante de él. Le pareció ver tres largas colas de caballo, y supuso que se trataba de Arzoul. Un poco más allá iban dos que lucían casi iguales vistos a lo lejos. Aleyu no los reconoció, pero por desgracia sí al que iba delante de ellos, y por tanto el que encabezaba la carrera, ¡era Lenumat! A pesar de esto, Aleyu no se preocupó, ya tendría la oportunidad de alcanzarlo.

Continuó nadando y reservando energías, pues los de más atrás no los pudo ver cerca de él. Intentó acercarse al que creía que era Arzoul, pero nadaban casi a la misma velocidad, por lo que la distancia entre ellos era siempre la misma. Luego de un rato comenzaron a acercarse a la parte en

donde el Exter se fundía con el Ereuflo, formando el gran Seslan. Este río también lo conocía muy bien, pues en varias ocasiones las cabezas de agua provocadas por Dresar lo habían arrastrado tan lejos que había llegado a dar allí. Pero antes de que llegaran a ese punto pasó algo muy extraño: apenas con el rabillo del ojo alcanzó a notar que un par de sombras alargadas lo sobrepasaron a gran velocidad, una a cada lado. En ese instante no supo lo que eran, he imaginó que se trataba de grandes peces inofensivos.

Continuó avanzando algunos minutos más, llegó a una zona en la que el agua ya no corría tan rápido, sino que casi se detenía: era una especie de estanque natural, en el centro del cual la velocidad de la corriente era casi nula. Entonces le pareció ver otras dos sombras muy parecidas a las primeras, que pasaron por debajo de él también muy rápido, pero al no estar seguro prefirió no hacer mucho caso a sus temores. Pero antes de que lo lograra, sucedió algo muy extraño en el agua: de pronto apareció una especie de hilo de un color rojo intenso, el cual ondeaba y se movía en giros, proviniendo del frente. Pero luego aparecieron muchos hilos más, algunos más gruesos que otros. Aleyu, guiado por un presentimiento que lo espantaba, se detuvo un instante y se sumergió. Varios de los competidores que venían atrás lo sobrepasaron, pero él se quedó mirando aquellos hilos rojos, su corazón le decía que no era nada bueno. Pronto aparecieron más hilos, siendo cada vez más gruesos, miró hacia ambas orillas, y descubrió que allí también había manchas de sangre.

—¡El segundo trono del cuarto Rey se caerá si ha ocurrido lo que temo!” pensó Aleyu. El corazón le latía ahora rápidamente, no por el esfuerzo, sino por los pensamientos que le cruzaban la mente: “¿¡Aquellas sombras habrán sido...!?” No quiso terminar ese pensamiento “¿Pero como habrían escapado?” En ese momento una rama que pendía sobre el río cayó al agua. El corazón se le agitó aun más; se quedó un instante contemplando como la rama se teñía de rojo.

Ya casi no podía resistir más la respiración y muchos participantes irían ya muy lejos, pero aun así Aleyu se quedó analizando la situación, sabía que algo estaba muy mal. Pero entonces algo más paso, y fue entonces que confirmó su miedo: flotando en el agua, y por debajo de la rama, nadando con una lentitud escalofriante, dos enormes darados aparecieron, los cuales olfatearon los hilos de sangre, luego de lo cual nadaron rápidamente hacia adelante.

Atónito, Aleyu observó cómo se alejaban sin notarlo u olfatearlo. Pese a la conmoción en su cerebro, no tardó en entenderlo todo: las sombras que había

visto pasar también habían sido darados.

La falta de aire lo impulsó a regresar a la superficie, en el camino se dio cuenta de que la sangre debía de ser de alguno de los participantes, que seguramente ya debía de estar muerto, lo cual lo estremeció. Salió a la superficie y rodeó el agua teñida de sangre. Miró al frente y, asombrado y aterrado, vio como se acercaban a él dos pares de crestas a una velocidad increíble. El agua se dividía y huía, y las crestas, cubiertas de vellos rojos, removían y salpicaban el agua.

Desesperado, Aleyu agitó los miembros descontroladamente, se dio la vuelta para emprender la huida, pero no le fue posible; al voltearse vio impactado y alarmado otras tres crestas dobles que nadaban hacia él. En medio de su horror se sumergió en el agua sin saber qué hacer, pero allí vio tres nuevos darados: peces de cuerpo alargado, cubiertos por gruesos pelajes de color rojo, y hocicos largos con dientes tan afilados como cuchillos. Las crestas dobles eran de un rojo intenso, tanto que casi parecían brillar aun bajo el agua, pero eran tan puntiagudas como enormes colmillos. Las bestias tenían ojos color verde oscuro, y lo miraban fijamente mientras se dirigían hacia él.

Aleyu se dio cuenta de que, de haber alguna vía de escape, esta no se encontraba a su alcance. Sin saber exactamente lo que hacía o porqué lo hacía, se dio de nuevo la vuelta. El agua estaba tan roja que no pudo ver fácilmente a los dos darados que venían en esa dirección, aun así, nadó rápidamente hacia ellos; se le había ocurrido una idea, pero las posibilidades estaban en su contra. Nadó con fuerza y tomó buena velocidad a pesar de casi no tener aire. De pronto divisó las dos sombras de las criaturas en medio de aquella nube roja; un blanco amarillento deseoso de más carne se abalanzó sobre él. Aleyu se detuvo y se dejó llevar por la inercia, pegó sus brazos al cuerpo y juntó y extendió las piernas; necesitaba hacerse lo más delgado posible. Cuando las bestias se le abalanzaron, se movió un poco y giró el cuerpo, logrando esquivar una posible mortal mordedura, y logró pasar en medio de ambos animales.

Aleyu consiguió salvarse un segundo, pero no salió ileso; una de las crestas le había rozado el pie derecho al nivel del tobillo, produciéndole una cortada, delgada pero profunda.

Sin tiempo para hacerle caso al dolor, salió a la superficie, tomó aire y emprendió la huida. Los darados ya se habían dado la vuelta y ahora, junto con los otros tres, se preparaban para perseguirlo y atacarlo de nuevo. Comenzó de nuevo a nadar, esta vez no le importaba conservar energía, de manera que

nadó todo lo rápido que pudo, pero sabía que a pesar de esto no era rival para un Darado en el agua. Ya no podía ver las figuras de los restantes competidores, pero eso tampoco le importaba ya, sabía que la única forma de escapar y salvar su vida era saliendo del agua, de manera que intentó nadar hasta la orilla, pero ante su asombro y terror, esta era custodiada por una de las bestias, cuyas crestas la evidenciaban. Entonces se volteó hacia la otra orilla, pero descubrió que allí otro Darado le cerraba el escape. Fue entonces que Aleyu se dio cuenta contra qué estaba luchando; los darados, además de asesinos y voraces, eran también muy inteligentes, tanto como para adivinar lo que intentaría hacer su presa y, de alguna manera, comunicarse y coordinar la forma de evitar que esta escapara.

Más que solo miedo, era terror lo que le recorría el cuerpo, en compañía de aquella corriente nerviosa, ahora más fuerte que nunca. En lo único que podía pensar era en nadar, nadar lo más rápido que pudiera y sin detenerse. Sabía que no tenía oportunidad contra las criaturas, pero no tenía más opción. Entonces la corriente del agua recobró en ese momento su fuerza, la superficie del río de nuevo era transparente, y las manchas rojas quedaron atrás. Entonces Aleyu pudo ver más claramente; en la huida desesperada ya se acercaba a los demás, no sabía si estos ya se habían enterado de la presencia de los darados, pero no creía que no hubieran notado las manchas de sangre, y posiblemente la ausencia de uno o más competidores, además de los gritos de estos. Iban muy cerca unos de otros y solo uno se encontraba bastante adelantado del grupo. Aleyu reconoció a Lenumat en la delantera, pero esto tampoco le importó en ese momento; el único objetivo era escapar de aquellas feroces criaturas que estaban próximas a alcanzarlo.

Para aumentar su terror, Aleyu comenzó a escuchar de pronto una multitud de gritos que rasgaron el aire y el agua; eran alaridos de miedo, de pavor, eran gritos de dolor. Aleyu intentó ver al frente, aunque se imaginaba de qué se trataba, en todo caso, no logró ver nada, pues el agua de nuevo se puso roja. Se dio cuenta de que la situación era aun peor, ya que debían de haber más darados aparte de los cinco que lo seguían, pues la cantidad total de los mismos era de treinta y tres, según sabía.

Los lamentos iban y venían, mientras que el agua se coloreaba cada vez más y se volvía oscura, a la vez que de las ramas de los árboles caían hojas sin razón aparente.

¿Cómo habrían escapado aquellas bestias?, ¿lo sabría ya el Rey a esas alturas de la competencia?, eran preguntas que se hacía Aleyu, y es que aunque

su padre supiera lo que estaba ocurriendo, ¿cómo podría ayudarlos? Varios pensamientos asaltaban velozmente su mente, pero no tenía tiempo para analizarlos.

Los demás competidores ahora nadaban, ya no en armonía, sino en desorden, pateando en el agua, agitando los brazos y hasta apoyándose y chocando unos con otros. Algunos intentaron dirigirse hacia la orilla, pero antes de llegar, estallando en alaridos de dolor, daban manotazos en el agua, tratando de golpear a sus agresores, pero estos no respondían a los ataques. El agua alrededor de los desafortunados cambiaba a roja, los cuerpos desaparecían en la profundidad y los alaridos terminaban.

A pesar de que se esforzaba en concentrarse en el escape, finalmente Aleyu no pudo ignorar una pregunta: ¿por qué él y los que no trataban de ir hacia la orilla aún estaban vivos? Los darados eran mucho más rápidos, y con facilidad ya los hubieran alcanzado y devorado a todos. La respuesta le llegó tan rápido como la pregunta, y fue aterradora: Los darados eran criaturas feroces pero inteligentes, la razón por la cual los seguían pero no los devoraban era que preferían no arriesgarse a un feroz enfrentamiento con su presa, especialmente si estas estaban juntas, por lo que preferían primero cansarlas para que de esa manera, una vez agotadas o separadas del grupo, pudieran devorarlas sin mayor resistencia. Ese debía de ser el plan de las bestias: los seguían y los acosaban con el único propósito de agotarlos o separarlos de los demás, pero con el cuidado de no dejar que escaparan, luego, cuando ya no tuvieran energías, los devorarían a todos.

Aun más alarmado ante aquel descubrimiento, Aleyu intentó buscar algún escape hacia la orilla, pero este le fue negado una y otra vez. Quisiera o no, tendría que seguir nadando, y mientras más cansado se comenzara a sentir, más pendiente debía de estar de un inminente dolor, producido por los dientes de sus perseguidores.

Aleyu nadaba muy rápido, tanto que, a pesar de que los demás también nadaban lo más rápido posible para escapar de los darados, él ya estaba alcanzándolos. Pero cuando estuvo a pocos metros del grupo, divisó otras dobles crestas, las cuales pertenecían a las bestias que los seguían. Debido a que aún estaba solo, Aleyu era el blanco más fácil de todos, por esto su inmediata intención era el colarse entre el grupo. Sin dejar de nadar, sumergió la cabeza un momento; la sangre ya había pasado, pero el agua aun seguía oscura, aun así vio lo que buscaba; a cada orilla, un tanto lejanos pero temibles, dos darados escoltaban al grupo de sus compañeros.

Se dio cuenta de que con los darados delante de él jamás podría alcanzar a los demás. Pero entonces pasó justo lo que él temía; un leve pero incesante dolor comenzó a filtrarse por sus músculos, al tiempo que le comenzó a faltar el aire. La dolencia fue aumentando paulatinamente, estaba comenzando a sentir la fatiga, pues no había planeado ir a ese ritmo tan temprano en la competencia, y eso era justo lo que aquellos voraces animales estaban esperando.

Aparentemente los demás competidores también se estaban agotando, pues a los ojos de Aleyu parecía que poco a poco iban ralentizando su velocidad. Supo entonces que el ataque final de los darados hambrientos vendría muy pronto. Luego algo más pasó: comenzó a escucharse un gran estruendo, como si dos grandes masas chocaran y lucharan. Rápidamente Aleyu se dio cuenta de que estaban ya muy cerca del punto donde el Exter se unía con el Ereuflo. A cada orilla los árboles y rocas pasaban cada vez más de prisa, tanto que parecía que huyesen de aquel gran bullicio de aguas.

Para Aleyu aquello despertó una esperanza, pues sabía que si lograba llegar al encuentro de los ríos, en medio del alboroto producido por el encuentro de corrientes, quizás podría sumarse al grupo. Con esta idea, he ignorando aquel dolor que crecía lentamente, redobló sus esfuerzos y su velocidad.

El sol ya estaba muy apartado de su cenit, y ahora comenzaba su descenso pausado hacia el oeste. El aire no soplaba, o si lo hacía, era muy débil, y las copas y ramas de los árboles no se movían en absoluto, como si no quisieran moverse, pendientes de lo que sucedía en el río.

El cauce del Exter era muy cambiante, al igual que el terreno a ambos lados del mismo, en algunas partes las orillas estaban llenas de rocas grandes y filosas, mientras que en otras un césped verde y disparejo arrebatava algunos metros al bosque. Pero en algunos sitios, era el bosque el que casi besaba la superficie del río, allí era donde las ramas más largas se extendían y se arqueaban sobre la corriente, produciendo la ilusión de un túnel verde y oscuro, a través del cual el sol se filtraba por medio de cientos de temblorosos agujeros. Al agua caían cientos de hojas que parecían los fragmentos desprendidos de tales aberturas; el túnel parecía derrumbarse sobre los competidores.

El enorme ruido del choque de ambos ríos envolvió por completo el entorno: a la izquierda la luz también se filtraba por entre los troncos de los árboles, pero a la derecha todo era oscuridad. El ruido de las aguas se

acrecentó, y el horizonte se volvía blanco, envuelto en espuma. Bastante más allá se divisaba el bosque, esta vez pasaba justo al frente, de este a oeste. Sobre los árboles, lejanos y diminutas, se recortaban contra el horizonte las montañas de picos nevados. La gran masa de agua del Ereuflo ahora pasaba enfrente a tan solo unos metros, también de este a oeste.

Lenumat era ya solo un punto lejano y pronto desapareció envuelto en espuma y golpes de agua, el ruido era apenas menor al de una caída de agua. Un instante después los competidores también comenzaron a ser arrastrados hacia el oeste, varios a la vez, y luego los demás, se perdieron de vista bajo el agua.

Al llegar al lugar Aleyu sintió un enorme empujón, que lo dirigió hacia el oeste. Las corrientes encontradas lo sumergieron y revolcaron bajo el agua sin nada que pudiera hacer. Renunció a nadar y se dejó llevar y golpear unos segundos, pero extrañamente esto lo ayudó; sintió como si el dolor de su cuerpo y de la herida disminuyera rápidamente hasta el punto de casi desaparecer. Percibió que el agua del Ereuflo era bastante más fría que la del Exter, y que la fuerza de su corriente, sumada a la de este último, era mucho mayor.

El agua lo hizo dar muchas vueltas sobre sí mismo, lo arrastró casi de orilla a orilla, pero no logró llegar a tierra, ya que estaba muy desorientado y mareado, además de que la corriente no le permitía acercarse lo suficiente.

Todo terminó casi tan rápido como había comenzado. Aleyu, guiado por el resplandor del sol, se dirigió a la superficie y tomó aire inhalando rápida y profundamente. Se quedó un instante contemplando los alrededores: a cada orilla el bosque lucía siempre verde, pero ahora más oscuro. Al frente el Seslan se extendía más allá de su vista, con el horizonte como única frontera. Atrás se escuchaba aún cercana la lucha de corrientes. No había rastro de los demás, pero tampoco lo había de los darados. Se quedó estático, descansando el cuerpo, a excepción de los pies, los cuales debía agitar para mantenerse a flote. Por un momento tuvo la esperanza de que los darados se hubiesen quedado en su río y se negaran a recorrer el Seslan, como siempre hacían, pero sabía que en raras ocasiones aquellas criaturas sí se aventuraban a salir del Exter, y quizás la promesa de una buena cantidad de presas de buen tamaño pudiera ser un estímulo suficiente para que lo hicieran.

Atento, pero un poco más tranquilo, ordenó sus pensamientos, pero con muchos no lo logró, pues en ese momento apareció un punto lejano sobre el agua. Aleyu lo reconoció una vez más; era Lenumat, que nadaba tan rápido y

tranquilamente que parecía que nada lo hubiese perturbado. Inmediatamente todos los pensamientos en su cabeza se concentraron en aquel punto, y en el odio que sentía hacia él. La fuerza del agua pareció mover su cuerpo, y la herida en su pie ya no le dolió más. Sus brazos se clavaron en el agua y comenzó a nadar. Pero no fue muy lejos, notó una oscuridad en el agua y los temores volvieron a él. La sombra aumentó de tamaño, algo ascendía a la superficie. De pronto el agua se elevó un poco, luego se separó y a través de ella emergió una cabeza, una larga cabellera y un pálido rostro.

¡Arzoul! exclamó Aleyu reconociendo el maduro rostro del sujeto, y sus tres largas trenzas que flotaban detrás de él. Arzoul tomó aire desesperadamente, al parecer había permanecido demasiado tiempo bajo el agua, pues su pecho se extendía y contraria violentamente. Aleyu lo tomó por los hombros y lo ayudó a mantenerse a flote.

Mientras Arzoul intentaba expulsar por su boca toda el agua que había tragado, alrededor de ambos comenzaron a emerger muchas otras cabezas que, no en mejor estado que Arzoul, respiraban violentamente. De sus rostros caía agua incesantemente, dando la ilusión de que, siendo de hielo, el sol las estuviera derritiendo.

¡Príncipe Aleyu! logró decir al fin Arzoul, ya un poco recuperado
¡Hay darados..., darados en el agua!

Lo sé dijo Aleyu ¡Debemos salir del agua! Pero aun antes de que acabara de decir esto, ya algunos de los hombres que habían también emergido se dirigían a la orilla.

¡Vamos todos a la orilla! gritó alguien desesperado, pero entonces se escuchó un grito de dolor, Arzoul y Aleyu se voltearon hacia la orilla más cercana, allí un competidor, de cabello corto hasta las orejas, golpeaba el agua a la vez que lanzaba gritos de angustia y el dolor se reflejaba en su rostro; a su alrededor ya se extendía una mancha roja.

Aterrados, los demás competidores se alejaron y nadaron hacia la otra orilla, pasando por el medio del río, donde Aleyu le indicó a Arzoul que no se moviera.

¡Por nuestros ancestros! gritó Arzoul mirando el cuerpo ya inerte de aquel hombre y como este, segundos después, era arrastrado al fondo del río.

¡No!, ¡deténganse! les gritó Aleyu a los demás que ya se acercaban a la otra margen ¡Aléjense de las riberas!, ¡los darados los están esperando!

Todos se detuvieron entonces y, atendiendo el consejo de Aleyu, se apartaron de la orilla y regresaron al centro del río, rodeándolo a él y a

Arzoul.

Los darados no nos han dejado en paz explicó Aleyu, pero creo que no nos atacaran mientras crean que aun tenemos fuerzas y permanezcamos juntos. Sólo atacaran a los que se separen del grupo, o si intentamos escapar dirigiéndonos a las orillas.

¿Qué es lo que haremos entonces? preguntaron todos aterrados, entre ellos Arzoul.

Debemos mantenernos juntos, formando un grupo lo más compacto posible respondió Aleyu con gran decisión, de tal manera que a todos les pareció un gran líder, impartiendo sabias directrices. Si hacemos esto, estas malditas criaturas permanecerán a distancia, recelosas de atacar, y lo único que podemos hacer es continuar nadando; el océano está cerca, y creo que estoy comenzando a idear un plan.

¡Hay al menos cuatro darados en cada orilla! exclamó un sujeto de pelo largo y rubio que se había sumergido unos momentos para explorar el agua. Mientras que los demás nos tienen rodeados, pero permanecen alejados.

Exacto apuntó Aleyu, eso es justo lo que he dicho; la intención de los darados es evitar que salgamos a tierra, mientras que los demás buscan la oportunidad para atacarnos.

Estas bestias son muy inteligentes agregó Arzoul con desanimo pero a la vez con odio.

Sí, así es retomó Aleyu. Pero también son precavidos, y saben que muchos pies y manos pueden lastimarlos, por eso debemos estar muy juntos y nadar rápido, pero no tanto como para agotarnos demasiado pronto, pues eso es lo que ellos están esperando. Y cuando lleguemos a Gaelan, esperemos que mi plan dé resultado.

Funcionará, debe funcionar le dijo Arzoul, ahora con optimismo.

¿Pero cómo es que lograron escapar?, su jaula era demasiado resistente preguntó otro sujeto asustado.

No podemos resolver ese misterio ahora mismo, ni lo resolveremos si no logramos salir de esto respondió Aleyu con la intención de que todos se concentraran.

¡Miren! gritó otro sujeto que, atemorizado, señalaba hacia atrás del grupo. Todos miraron aquel lugar; allí se veían venir hacia ellos, cortando el agua, una gran cantidad de crestas dobles, tantas que no se podían contar, al menos de que se quedaran allí un buen rato. Inmediatamente todos lanzaron

gritos de espanto, palidieron y golpearon alocadamente el agua, como si intentaran nadar, pero parecían haber olvidado cómo hacerlo.

¡Cálmense! les ordenó Aleyu con un grito, los darados quieren que sigamos nadando, saben que estamos descansando demasiado; ya nos han esperado mucho. Entonces las crestas disminuyeron su velocidad y se sumergieron, no acercándose a ellos demasiado; era evidente que las bestias estaban tratando de hacerlos entrar en pánico. Ustedes deben recordar lo que les he dicho: permanezcan juntos y nademos al mismo ritmo. Bien ¡vámonos!, y si alguien comienza a quedarse rezagado, que le avise a los demás para que podamos volver por él, ya que no podemos darnos el lujo de perder más compañeros, pues entre más seamos, más estaremos a salvo.

¿El príncipe Lenumat fue devorado? preguntó Arzoul.

Fue entonces que Aleyu recordó a su hermano, y la gran ventaja que este le debía de llevar. También recordó todo por lo que estaba luchando en esa competencia, y todo lo que ya se había esforzado. Aún prefería salir del agua, pero ya que no podía hacerlo aprovecharía para seguir luchando por el triunfo, y no estaba dispuesto a permitir que ni los darados ni Lenumat le ganaran. Incluso en tales condiciones, Aleyu seguía pensando en ganar.

No lo sé le dijo a Arzoul, como si no lo supiera o no le diera importancia ¡Vámonos!, ¡no se separen!, y naden a mí ritmo.

Aleyu comenzó a nadar con determinación, sus demás compañeros lo siguieron, al instante pareciendo tener remotas esperanzas, confiando en su príncipe y en el plan que este les había dicho que tenía. De este modo, los cerca de trece competidores que aún quedaban, comenzaron a avanzar de nuevo, con Aleyu a la cabeza. Les había parecido que este tenía un excelente don de mando, logrando que se calmaran en un momento en que el pánico hubiera acabado con todos, y que se había preocupado por ellos, esto sumado a la idea de que debía de tener un gran plan que podría salvarlos. Pronto en sus mentes comenzó a flotar la atractiva idea de un día llamarlo “Rey Aleyu”

Pronto cobraron buena velocidad, aunque no como antes, pues ahora que estaban juntos podían ir a un ritmo que les permitiera recuperar y conservar fuerza y energía, logrando retrasar la fatiga. Los darados los seguían muy de cerca, preocupándose más que nada por asegurarse de que continuaran en movimiento y de que no logran escapar por tierra. El sol bajaba frente a los compañeros, ocultado por algunas nubes ralas. El viento soplaba más fuerte, adentrándose en el bosque, y al salir transportaba una multitud de hojas verdes y doradas, que luego arrojaba al agua. El cauce del Seslan era mucho más

sinuoso que el del Exter, pues en su recorrido hacia muchas curvas hacia la izquierda, y luego, para enderezar el camino hacia Gaelan, se volvía hacia la derecha. El terreno a ambos lados del río, a diferencia del Exter, era bastante uniforme: la tierra de las orillas era mojada y desnuda, adornada con algunas rocas aquí y allá, y solo a veces aparecía, un poco más tierra adentro, una pequeña franja de maleza y césped muy bajo, más allá del cual el bosque cubría la tierra y ocultaba sus bestias, ya que durante el recorrido solo fueron vistas unas pocas aves y un ocasional Centicora bebiendo del agua.

La voluntad de Aleyu por alcanzar a Lenumat era tan grande que le permitía olvidarse del dolor en su herida, después de todo, esta no emanaba demasiada sangre. Además se sentía más seguro en medio de los demás, aunque sabía que el peligro todavía permanecía siguiéndolos, a su alrededor, solo esperando el momento oportuno.

Al igual que antes, los árboles pasaban rápidamente a ambos lados, pero el bosque no acababa, y extrañamente parecía lucir una molesta calma. Luego, de improvisto, Aleyu tuvo una extraña sensación; sintió como si el mundo exterior no existiera, como si todo lo que pudiese suceder en un día, en todas las tierras, estuviese pasando allí, en aquel río, le estuviese pasando a él y a sus compañeros, fuera de allí el mundo se había detenido y no importaba ya. El viento soplaba sobre él, el sol sólo iluminaba su horizonte, el agua solamente los tocaba a ellos, y aquellas horribles criaturas únicamente existían para querer devorarlo a él...

El grupo continuó nadando un rato, siempre atentos a las indicaciones de Aleyu sobre el terreno o las rocas que acababa de sortear. Detrás de ellos los darados parecían impacientes, a veces uno de ellos se lanzaba hacia el grupo, dispuesto arrancar algún pie o alguna mano, pero antes de acercarse lo suficiente, se detenía y se devolvía, como si al ver tantos miembros temiera salir herido, o quizás simplemente no sabiendo a cuál atacar.

Aleyu notó que frente a ellos y sólo un poco más adelante, el río hacía una curva hacia la derecha, por lo que una franja del bosque se cruzaba frente a ellos y no permitía ver mucho más allá de la misma. De pronto le pareció ver algo: era como una especie de chorro de agua, que se elevaba un tanto lejano por detrás de los árboles del frente. Rápidamente aquella torre se desplomó y desapareció, pero pronto fue reemplazada por otra, esta vez un poco más a la izquierda, esta se elevó como si saliera debido a una gigantesca presión. La nueva columna de agua rápidamente perdió impulso y cayó, pero mucha de ella se convirtió en vapor que se dispersó por el aire.

Conforme se acercaban a la curva del río, los árboles, ahora más cercanos, crecieron y ya no permitieron ver las numerosas columnas de agua que ahora se elevaban y caían sin cesar una tras otra, no pudiéndose ver más que el pavor de las mismas, que se extendía por sobre los árboles que estaban al frente. Si bien estas erupciones de agua se perdieron de vista, no desaparecieron del ambiente, pues ahora se manifestaban a través de un poderoso ruido: era tan fuerte como el estruendo de una enorme catarata fugaz, y mucho más fuerte que el ruido que producían el Exter y el Ereuflo al unirse. El sonido de las erupciones se escuchaba de pronto, se extendía unos segundos mientras se debilitaba, y luego desaparecía, sólo para que luego se escuchara otra erupción igual o más fuerte.

Todos sabían de qué se trataba aquello, y Aleyu contaba con que gracias a ello lograría deshacerse de los darados, y entonces quizás podría alcanzar a Lenumat. Pero algo lo intrigaba; ¿por qué Lenumat parecía tan tranquilo?, ¿cómo lograba nadar tan rápido sin haberse agotado ni tan siquiera un poco?

Cuando el sonido de otra erupción lo trajo de vuelta, Aleyu se dio cuenta de que luego respondería esa pregunta. Ahora estaba en serio riesgo su vida, la de sus compañeros, y también corría peligro su sueño de ser Rey.

9

El triunfo del príncipe

El grupo llegó a la curva del río, donde inmediatamente doblaron a la derecha. Delante de ellos el trecho era corto antes de que el Seslan volviera a tomar una nueva curva, esta vez a la izquierda. El constante sonido de las erupciones, semejante al de cercanos y poderosos truenos estallando a la vez, ahora era más fuerte que nunca y envolvía el ambiente. Era obvio que las erupciones tenían lugar inmediatamente después de la curva de más adelante, donde el río doblaba a la izquierda para unirse con el océano.

Adelante se veía el bosque interceptando al Seslan, obligándolo a realizar la curva. Cerca de la orilla, unos metros adelante, aparecieron de pronto unos árboles muy hermosos, los cuales solamente crecían en esa parte de todo Golbares, y únicamente en esa parte del río: eran altos y de troncos muy gruesos, el color de sus hojas era semejante al del sol: un amarillo intenso reforzado aun más por el brillo del mismo astro, pese a que este ya comenzaba a declinar. Pero las hojas parecían emanar su propio resplandor, como si allí se produjese toda la luz del día que inundaba al mundo cada mañana. Allí la luz parecía nacer tintineante, emanando de las hojas temblorosas bajo el viento de la tarde.

En el aire se extendía una bruma muy leve, producida por las constantes erupciones de agua. Al frente el río reflejaba el sol, el cual lo hacía cambiar a color dorado, semejante al de los maravillosos árboles de enfrente.

Estaban ya cerca de la siguiente y última curva cuando algo, un tanto inesperado, sucedió; el aire transmitió hasta el oído de Aleyu algo que él esperaba no volver a oír, pero por desgracia allí estaba; el agudo grito de dolor de uno de sus compañeros lo hizo detenerse y voltearse. Los demás también gritaron de pánico y horror, y comenzaron a nadar mucho más rápido, dejando a Aleyu rezagado. Este vio como sobre el agua se extendía una sombra roja, mientras la superficie del río se agitaba y revolvía.

¡Los darados ya no quieren esperar! exclamó a Arzoul, que pese a la

huida de los demás se había quedado al lado de Aleyu.

Quizás le dijo Aleyu, pero es posible que sepan que tengo un plan, o que si llegamos al océano podríamos tener una posibilidad de escapar; presienten las cosas, saben lo que hay más adelante Aleyu mientras hablaba miraba la mancha de sangre que poco a poco se iba disipando, preguntándose a cuál buen hombre había perdido Daguena.

¡Gaelan! exclamó Arzoul.

Sí, hay que llegar a Gaelan, ¡corre! Empezaron la huida, aprovechando que las bestias debían de estar ocupadas en las profundidades del río. Pero estas pronto lo notaron, de manera que cerca de diez pares de crestas comenzaron a perseguirlos.

Nadaban lo más rápido que podían, sabiendo que ahora estaban solamente ellos dos acompañándose, por lo que los darados no dudarían en atacarlos. Ni aun el hecho de alcanzar a los demás garantizaba ahora que las bestias se mantuvieran a raya, pues parecían estar dispuestas a todo con tal de que su presa no escapara. Ambos compañeros nadaban tan rápido que pronto Aleyu comenzó a sentir aquel mismo incesante, agudo y creciente dolor en sus músculos, así como también despertó el dolor de su herida en el pie. Pero todo eso no podía importar en ese momento; el mar al fin estaba cerca, casi ante sus ojos.

Pero su velocidad no era comparable con la de los darados, por lo que pronto fueron alcanzados. Lo primero que Aleyu notó fue que dos crestas se adelantaron y alcanzaron al grupo, situándose a ambos lados del mismo, cerca de tierra, pues su primer movimiento siempre era evitar que pudiesen llegar a la orilla. Al ver esto, Aleyu miró hacia su derecha, allí ya estaba una cresta doble custodiando la posible escapatoria por tierra, entonces se volteó a la izquierda y, tal y como había pensado, allí también había ya una cresta doble. Pero eso no fue todo; otros dos darados los adelantaron y se colocaron frente a ellos, haciendo que los surcos que dejaban en el agua fueran a dar justo a sus caras. Temiendo lo peor, Aleyu se preparó para el ataque; quiso dar a Arzoul la voz de alarma, pero no tuvo tiempo, en ese instante los dos darados delante de ellos se dieron la vuelta, abrieron sus hocicos y se dirigieron hacia ellos a gran velocidad.

Arzoul se vio paralizado y dio un grito de espanto, pero Aleyu decidió hacer algo diferente; tomó un poco de aire y se sumergió en el agua, fue hacia su amigo y, maniobrando su cuerpo, lo empujó con ambos pies, provocando que Arzoul también se sumergiera, pero principalmente que se alejara de la

trayectoria de la bestia que iba hacia él. Pero con esto Aleyu también logró impulsarse hacia atrás, de manera que ambos darados erraron sus blancos, pasando en medio de ellos dos.

La doble patada en el pecho pareció despertar a Arzoul, pero también lo dejó sin aire, de manera que se agitó y se dirigió rápidamente a la superficie, Aleyu hizo lo mismo, y al llegar le ayudó a retomar el aire. Pero las bestias burladas, en compañía de las demás, se dieron la vuelta y fueron de nuevo al ataque.

Aleyu no paraba de espiar el agua en busca de todas las crestas, pero le preocupó el que no pudiera verlas. La superficie del río ahora estaba demasiado tranquila, pues ni aun los guardianes de las orillas estaban a la vista. Agitado y asustado, casi podía sentir unos dientes aferrándole los pies y llevándolo a la profundidad. Entonces sintió lo que había pensado; un nuevo y aterrador dolor se produjo en su pie herido y, sin que pudiera tomar ni un poco de aire, fue halado hacia abajo con una fuerza insuperable, sus brazos se extendieron intentando sujetarse de la superficie o de Arzoul, pero no fue posible, y tuvo que mirar desesperado como el resplandor del día se alejaba de él sin que pudiera hacer nada, pues eran demasiado poderosos los dientes que se clavaban a su piel y casi tocaban el hueso. Luego, provocándole un dolor aun mayor, su pie fue soltado y dejó de hundirse. Casi no podía ver nada debido a la ausencia de luz, pero apreció como era rodeado por muchas sombras que giraban en círculos a su alrededor. No tenía por dónde escapar; la superficie estaba muy lejos y cualquier absurdo intento por salvarse solo fracasaría, Aleyu prácticamente se dio por vencido.

Con el dolor de tener que despedirse de todo lo que había deseado aun sin haberlo conseguido, Aleyu vio como una sombra, aun más grande que las demás, dejaba de dar círculos y se colocaba a tan solo unos metros delante de él, ese era el fin. La bestia dio un coletazo y se le abalanzó, abriendo completamente su boca...

Pero otra sombra hizo aparición antes de que Aleyu muriera, este la vio descender, proviniendo desde fuera del agua y golpeando al enorme Darado justo en un costado, envolviéndolo y llevándolo a profundidades aun mayores. Pero Aleyu también logró ver como la nueva silueta al parecer extendía largos brazos que subían y atrapaban a varios de los demás darados, llevándolos también consigo, mientras que los demás también se sumergían para tratar de atacar a la sombra, mordisqueando sus extensiones y la parte de la misma que sujetaba al más grande y, en apariencia, el líder.

Aleyu no pudo seguir viendo más, ya que su cuerpo le exigía respirar, por lo que debió nadar a la superficie rápidamente. Allá arriba solamente veía una difusa mancha clara, pero luego esta se fue aclarando hasta que se abrió y le permitió sacar la cabeza del agua. A salvo, tomó grandes bocanadas de aire y volvió a sentirse con vida, mientras intentaba resistir el agudo dolor de la mordida.

¡Príncipe Aleyu! exclamó Arzoul, que nadó hacia él y le ayudó a mantenerse a flote ¡Príncipe yo me sumergí varias veces para encontrarlo pero no lo logré ver!, ¡pensé que los darados habían acabado con usted!, ¡pero es un milagro! ¿Cómo logró liberarse?

Eso es algo que ni yo entiendo bien aun Aleyu hablaba con dificultad, pues tenía su respiración perturbada, al igual que su mente por lo que acababa de vivir.

A mi me pareció ver algo extraño; mientras lo buscaba pude ver como una gran extraña oscuridad pasó a mi lado, estoy seguro de que no era un Darado, pues provino desde fuera del agua. Más aun, provino del aire, lo sé por el chapoteo que provocó al entrar a gran velocidad en el río. Entonces se dirigió justo hacia donde los darados lo habían arrastrado, dígame, ¿sabe usted que era?

Aunque hubiese querido, Aleyu sabía que ese no era momento para dar explicaciones, pero estaba casi seguro de que se había tratado de Dresar, pues era el único que podía adoptar aquella forma, descender desde el aire y llegar justo en el momento preciso.

¿Qué dices?, ¿una oscuridad?, lo siento, pero las únicas tinieblas que vi allá abajo fueron las de las profundidades del Seslan. Solo sé que por alguna razón me soltaron, luego de eso nadé a la superficie. Pero no debemos quedarnos aquí, no sé qué paso con ellos, y es posible que vuelvan.

Podríamos salir del río sugirió Arzoul. Era verdad, ahora que los darados estaban ocupados luchando contra un mago, no había ninguno que les impidiera llegar a la orilla, por lo que el escape sería sencillo.

Pero pese al miedo y al dolor, Aleyu no quería ya abandonar la competencia, era demasiado lo que estaba en juego, y si Dresar lo ayudaba, quizás podrían librarse de la amenaza de los darados.

No puedo renunciar a la competencia, y no puedo abandonar a los demás sin estar seguro de que estas bestias ya no atacaran más, mientras corran peligro no puedo dejarlos así nada más le dijo a Arzoul, ocultando sus verdaderas razones para no escapar. Pero estas palabras parecieron infundirle

a Arzoul un poco de valor.

Yo también seguiré entonces, no lo abandonaré, así como tampoco a mis amigos, ni a mi primo dijo.

Continuemos Aleyu en realidad estaba más preocupado por Dresar, pero era poco o nada lo que podía hacer para ayudarlo, pero sabía que de haber alguien capaz de vencer a esas criaturas, ese de seguro era Dresar, de manera que no le quedó otra opción que continuar y esperar que el mago saliera bien librado.

Con un nuevo dolor como obstáculo, que no le comentó a su compañero, Aleyu comenzó a nadar, pero en cada movimiento sentía como si el pie se le fuera a desprender, no obstante, debía continuar. Arzoul también lo hizo, de manera que juntos continuaron camino a la meta.

Tomaron la última curva a la izquierda y finalmente Gaelan se mostró ante ellos en todo su esplendor: este se extendía en una infinidad de agua no abarcable por ojo alguno. El gran océano reflejaba el color amarillo del sol tardío, que a veces añadía algunas pinceladas de un suave rosado mientras desaparecía en el borde del mundo. Las olas, empujadas por el viento, se abalanzaban sobre la playa a lo lejos, o contra las lejanas murallas deformes de roca que se contemplaban a la izquierda.

Pero aun no llegaban al gran océano, ya que delante de ellos se extendía el delta del Seslan, allí el río se dividía en decenas de torrentes levemente más estrechos; multitud de sinuosos caminos que morían en el océano.

La vista de Aleyu fue interrumpida súbitamente cuando ante él se alzó con un enorme ruido una altísima cortina de agua, la cual se elevó casi tan alta como una secoya. La parte más alta se transformó en vapor que pronto se dispersó por el aire, pero la mayoría del agua volvió a caer en el torrente acompañado de una lluvia pasajera.

El lugar de donde había provenido aquella erupción de agua se encontraba a unos cuantos metros. Aleyu se vio obligado a detenerse para no correr el riesgo de posicionarse sobre el lugar del siguiente estallido. A su lado también se detuvo Arzoul, que contemplaba la escena buscando alguna solución, pero mirándolo insistentemente a él, esperanzado en el plan del que había hablado. Aleyu digirió su mirada al punto de la última erupción; notó que a unos cincuenta metros de distancia, entre él y el lugar de la erupción, estaban aun nadando los demás participantes que los habían abandonado, estos también se habían detenido, pues al igual que él y Arzoul, estaban atónitos ante aquel increíble fenómeno. Ahora Aleyu, que nunca había ido a ese lugar pero sí

había escuchado del mismo lo suficiente, comprendía por qué ese sitio, si bien no prohibido, siempre estaba en los consejos de los padres como un lugar donde se debía de ir lo menos posible, ya que las explosiones de agua hirviente se daban también a orillas del río, e incluso algunos metros en el interior del bosque. Aleyu decidió ir a donde estaban los demás participantes, Arzoul fue con él.

Mientras avanzaban lentamente, sin señal aparente de los darados, otras torres de agua se fueron alzando desde distintos lugares del delta del Seslan. Algunas eran cercanas, otras estaban muy cerca del mar, y algunas pocas se alzaban incluso sobre el mismo Gaelan. No había parte alguna del delta sobre el cual no se produjeran erupciones periódicamente, las cuales siempre eran precedidas por pequeños estremecimientos que agitaban la superficie del Seslan. Luego de cada uno de estos temblores el agua se elevaba con el sonido y fuerza de una gran tormenta.

Eran tantas las separaciones del delta y tantos los puntos en los que se producían estas erupciones, que aunque cada una de estas tardaba algunos minutos en volver a producirse, aun así a cada minuto se producían muchas otras, no dejando un camino seguro para llegar al mar.

Al fin Aleyu llegó con los demás participantes, los cuales no parecían saber que era peor; si enfrentarse a los darados o correr el riesgo de salir volando por los aires en medio de temperaturas insoportables. Aun así, en ese momento, parecían más maravillados que aterrados.

¿Ahora qué, príncipe? preguntó uno de los hombres a Aleyu. No podemos ir por ninguno de esos caminos, es demasiado peligroso.

¿Tienes alguna otra opción? le respondió Aleyu severamente.

¡Pero si ni tan siquiera él se ha atrevido! dijo otro sujeto, señalando hacia el frente un poco a la izquierda. Desde que llegamos está allí.

Aleyu miró hacia el lugar señalado y se llevó una gran sorpresa; allí, a escasos metros del grupo, y contemplando varios de los caminos del delta, estaba Lenumat. Se encontraba inmóvil, como si estuviese confundido e indeciso de arriesgarse.

Como ya dije, no hay otra opción reiteró Aleyu sin dejar de mirar fijamente el cuello de su hermano. Señaló entonces hacia atrás para que los demás vieran los surcos que dejaban las crestas de los darados que ya se aproximaban nuevamente y que él había escuchado primero, haciéndole pensar en Dresar. Todos miraron y se aterraron de nuevo, entonces Aleyu comenzó a nadar nuevamente.

Avanzó y llegó donde estaba Lenumat, mientras los demás lo seguían, pasó rápidamente al lado de este, pese a esto, le dijo unas cuantas palabras:

¡Te quedas atrás, hermano menor! le dijo, concentrándose en las palabras “hermano menor”. Luego también lo sobrepasaron los demás que, al ver a Aleyu avanzar, se habían decidido a seguir a quién ellos ya llamaban en sus mentes “líder”.

Aleyu, pese a los darados, ahora había decidido no abandonar la competencia, aunque tuviera alguna posibilidad de salir del agua y salvarse de las bestias. Ahora tenía más en claro lo que significaba ganar la carrera, había recordado lo que el horror de hacia un rato le había hecho olvidar; ahora su objetivo nuevamente era llegar de primero, derrotar a Lenumat, casarse con Ciorima y convertirse en el heredero al trono de Daguena.

Mientras avanzaba, Aleyu notó que el agua de pronto aumentaba de temperatura, aun más que en el Exter, pero también advirtió que ahora estaba rodeado por cientos de burbujas de distintos tamaños, que aparecían un momento y luego estallaban. Entonces miró hacia abajo; en esa zona se suponía que el agua ya no era tan profunda, pero pese a ello no alcanzó a ver más que una enorme sombra debajo de él, la cual parecía haberse tragado el desaparecido fondo; era oscuridad absoluta, un gran agujero que emanaba calor, burbujas y una leve corriente ascendente. Sabiendo de qué se trataba, se detuvo y se volteó hacia los otros, encabezados por Arzoul. Detrás del grupo, a lo lejos ya, Lenumat aun no se atrevía a avanzar, pero detrás de él se acercaban los darados.

¡Vamos, apresúrense!, ¡vamos!, ¡vamos!, ¡naden como nunca! gritó, dando la voz de alarma, entonces notó que, siguiendo al grupo, al fin Lenumat se había aventurado en el delta ¡Hay que llegar a Gaelan! volvió a Gritar.

A pesar del ruido de las muchas erupciones, al parecer los demás lograron escucharlo, pues redoblaron la velocidad. Aleyu, por su parte, continuó avanzando hasta que logró dejar el agujero atrás. Una neblina abundante comenzó a esparcirse por el aire, asentándose y cubriendo los alrededores, minimizando el alcance de la vista.

Entonces el aire neblinoso fue rasgado por nuevos gritos de dolor, seguidos del ruido del agua agitada. Aleyu por un momento pensó que los darados habían alcanzando a Lenumat, que era el más rezagado, pero grande fue su sorpresa cuando vio aparecer a su lado, a tan solo un par de metros, a su hermano, que ya casi marchaba cabeza a cabeza con él.

Aleyu no se explicaba cómo era posible que Lenumat pudiera nadar tan

rápido, pues él debía de estar igual de agotado, ya que había recorrido el mismo camino. Pero ahora, luego de haber quedado muy atrás, no solo había alcanzando y superado al grupo, sino que ya estaba a punto de alcanzarlo a él también ¿por qué era tan rápido?

Aleyu entonces se lamentó, pues uno o más de los hombres que lo habían acompañado seguramente habían sido las víctimas de los darados. Pero ahora no podía detenerse a averiguar quiénes habían sido, pero se preocupaba mucho por Arzoul. Y lo peor era que en ese momento el grupo debía de estar cruzando sobre el gran agujero de atrás, y justo en ese momento, que el agua estaba mucho más caliente y el número de burbujas aumentaba mucho segundo a segundo. Además, se percibía un leve sonido, como si un temblor se estuviera gestando por debajo de ellos, uno pequeño, pero como antesala de un terremoto, como el gruñido de un animal antes de su feroz mordida.

Viendo que el rostro serio y decidido de su hermano, que además tenía un extraño tono sonrojado, se le acercaba aun más, Aleyu intentó redoblar la fuerza, dispuesto a no dejarse sobrepasar, pero no pudo ir muy lejos. Avanzó unos metros, pero entonces sintió que el gua frente a él hervía y lo quemaba, así que se detuvo y nadó hacia atrás, luego vio enormes burbujas sobre el agua, y bajo esta una profunda oscuridad era de pronto interrumpida por un resplandor creciente.

Mientras se echaba hacia atrás, escuchó un enorme estruendo y sintió como el agua se agitaba bruscamente. La neblina le impedía ver dónde estaba Lenumat, pero no tuvo mucho tiempo para buscarlo; justo en ese momento el agua se elevó ante él como una muralla muy alta que crecía y crecía muy rápido, tanto que pronto se perdió de vista entre la altura y la neblina. El ruido era en verdad ensordecedor, como una tormenta de relámpagos estallándole al oído. El agua se agitaba con brusquedad, lo cual lo impulsó aun más hacia atrás y lo hizo dar un par de giros sobre sí antes de retomar el control. Entonces, tan rápido como había sucedido, el torrente ascendente se detuvo y la oscuridad nuevamente se proyectó en el fondo. El agua todavía se estremecía mucho y estaba muy caliente, pero ahora su temperatura disminuía rápidamente, llevada por la corriente. Entonces comenzó a caer una fuerte y tibia lluvia, seguida de una neblina aun más espesa que por ratos se cerraba y por ratos dejaba ver a través de sí algunos espacios.

Cuando el agua se enfrió lo suficiente como para dejarlo pasar, Aleyu continuó avanzando, tratando de pasar lo más pronto posible sobre el agujero. Pero en ese momento se produjo otra erupción muy cerca de allí, tanto que

supo que debía de haberse producido en el primer agujero que había dejado atrás, a pocos metros de sus compañeros. Entonces se detuvo una vez más y miró hacia atrás; no logró ver más que bruma, pero cuando miró hacia arriba la neblina se abrió y le permitió ver la cima del torrente; allí, un poco difusa pero inconfundible, vio por un instante una figura humana que se elevaba con el agua; alguien no había logrado cruzar a tiempo.

Pese a su preocupación, Aleyu sabía que no podía esperar a sus compañeros, pues no lograba encontrar a Lenumat y no sabía si nuevamente lo había dejado atrás.

El sol declinaba, y el aire a través de la neblina se empalidecía. La luz desaparecía poco a poco y la situación se volvía más crítica.

El agua de la última erupción aún caía como una catarata cuando la superficie del brazo del río se volvió a agitar; hubo un nuevo y ensordecedor ruido y detrás de Aleyu se produjo una nueva pared de agua hirviente que rugió en las alturas y produjo más niebla y vapor en el aire.

El viento parecía soplar más fuerte, el vapor se paseaba de un lado a otro formando jirones que surcaban los alrededores, siendo iluminados levemente de vez en cuando por el sol decadente. A pesar de la erupción cerca de él, Aleyu alcanzó a oír débiles sonidos angustiosos y horribles; los darados seguían acabando con los competidores.

Las torres de agua no dejaban de aparecer y desaparecer por donde quiera, confundiendo los sentidos con los fuertes ruidos y la neblina que producían. En esa situación se vio de pronto Aleyu, que por un momento no supo hacia donde debía ir para continuar adelante. Pero de pronto sintió una fuerza que lo arrastró hacia el fondo; hacia el agujero. Fue sumergido y cubierto por el agua, notó que Lenumat, muy cerca, también era arrastrado.

Los hermanos lucharon con fuerza para no ser halados hasta las profundidades de aquel negro cráter. Las burbujas los rodeaban y el calor aumentaba con forme descendían, pero luego, inesperadamente, la corriente se detuvo y ambos lograron liberarse. Aleyu fue directo a la superficie a tomar aire. Casi no logró ver nada más que la débil luz solar; envuelta en capas gruesas de vapor blanco. Por un instante siguió estando desorientado, pues ni siquiera era posible saber de dónde provenía la luz del sol, no sabía de qué lado estaba el mar. Pero entonces vio surgir la cabeza de Lenumat frente a él, a unos seis metros; solamente miraba la nuca del mismo y su cabello empapado que flotaba sobre el agua. Entonces Lenumat comenzó a nadar y alejarse. Aleyu no sabía qué hacer, ¿debía seguir a su hermano?, ¿pero qué tal si este

estaba tan desorientado como él? Pese a nuevos gritos que se escuchaban cerca, intentó tranquilizarse y tratar de encontrar una solución. Entonces logró sentir la corriente empujándolo desde atrás, y supo entonces que su dirección era la correcta, lo cual le fue confirmado cuando el grupo de participantes, ya muy reducido, le dio alcance.

¡Príncipe!, ¿está usted bien? lo llamó una voz, la cual Aleyu logró identificar. El viento atravesó y seccionó la bruma, y el rostro maduro de Arzoul le confirmó que este había sobrevivido ¿Qué haremos? le preguntó angustiado ¡Barreras de agua hirviendo al frente y darados atrás!

¿Cuántos hemos perdido? preguntó Aleyu, mientras exploraba el aire blanco adelante, tratando de localizar a Lenumat.

¡Varios! respondió Arzoul, era imposible intentar contarlos, pues no eran visibles en medio de las brumas.

Falta muy poco para llegar al océano. Cuando lleguemos díles a los demás que se dirijan a la playa y que salgan del agua.

¿Pero qué pasará con usted príncipe?

Yo debo seguir indicó Aleyu con nueva determinación, yo comencé todo esto, y ahora no pienso retirarme sin acabarlo, pero no por eso deben perderse más vidas, ¡necesito que hagas lo que te dije!

Sin dejar que Arzoul protestara, Aleyu se puso de nuevo en marcha. De inmediato lo siguió el disminuido grupo, Arzoul también se unió. Aprovechando un leve claro en la niebla que les permitía ver a pocos metros, pudieron ver el océano, y su posibilidad de salvamento.

Continuaron avanzando a toda velocidad. Aleyu estaba desesperado, tanto por huir de los darados, como de salir de cada gran agujero por sobre el cual pasaban, pero más que nada, por alcanzar a Lenumat, ya que no sabía cuánta ventaja le había sacado con su misteriosa velocidad. Pero sabía que estaba en desventaja, ahora debía de encargarse no solo de salvarse él mismo y de ganar la carrera, sino que también les había prometido a aquellos hombres que los salvaría con su plan, esto sumado al cansancio de su cuerpo y al dolor de sus heridas. Lo peor era que su plan había consistido en que los darados desistirían de seguirlos al llegar al delta, pero ese no había sido el caso, y las bestias continuaban detrás de ellos, ahora ocultas también por la niebla.

Tratando de idear otro plan, Aleyu nadó todo cuanto podía, sin importarle si le quedaban energías para una hora o para cinco minutos. Lo único que deseaba era poder ver la cabeza de su hermano sobre el agua, y que esta no estuviera muy lejos de él.

Se percibió un nuevo y fuerte retumbo, claro y amenazante. Este se escuchó muy fuerte y cerca, pese al ruido de las demás erupciones. Aleyu se detuvo una vez más.

¡Alto! gritó ¡deténganse! Pero fue demasiado tarde; varios de los hombres no lograron escucharlo. Otra enorme torre de agua caliente y espumosa fue lanzada desde las profundidades de la tierra, se elevó frente al grupo, arrebatando del mismo a dos hombres que al momento de la erupción cruzaban sobre el agujero, que no lograron ver, y ahora, lanzando fugaces gritos que no pudieron ser oídos, desaparecían en las alturas para ir a caer luego en algún lugar, y sus cuerpos nunca serían hallados.

Traumados, los demás no quisieron seguir avanzando una vez que la torre se esfumó y se transformó en un aguacero tibio, a la vez que el aire de nuevo se cerraba en un blanco grisáceo. Algunos intentaron devolverse, pero el temor a los darados los detuvo. Todos tenían expresión de espanto; era el mismo rostro de aquellos que saben que, no importa lo que suceda, iban a morir. Estaban condenados, sin escape.

Aleyu se percató rápidamente de lo que miraban: el aire se había limpiado detrás del grupo, dejando ver los surcos veloces y blancos en el agua agitada. Al parecer ahora eran menos darados que antes, pues quizás algunos también hubiesen corrido la suerte de toparse con los torrentes. Esto último le dio una gran idea a Aleyu, el cual supo que esta debía de ser la última esperanza contra las criaturas.

Harto ya de aquello, Aleyu vio dos crestas dobles, pero en medio de ambas había en el agua un surco mucho más grande de lo que había visto hasta ese momento, provocado por una cresta doble anormalmente más grande que las demás. El Darado dueño de tales crestas debía de ser igual de enorme, y mucho más grande que un hombre promedio.

¡No importa lo que les pase por la mente en este momento! gritó Aleyu, logrando que sus compañeros le prestaran su atención, consiguiendo que dejaran de estar paralizados ¡Ni dejen que el miedo confunda sus espíritus! Todos parecieron reaccionar al fin, dejando los rostros de desesperanza ¡Si quieren vivir, hagan lo que yo les diga! ¡Sígueme!

Aleyu comenzó a nadar con dirección al agujero que recién había erupcionado frente a ellos, todos los demás lo siguieron. Él no se encontraba menos asustado que ellos, al contrario, el corazón le latía como nunca y su mente le mostraba horribles imágenes de las peores maneras de morir, además, su cuerpo le dolía de cansancio, pero pese a todo esto, algo lo impulsaba;

aquella sensación de que el mundo fuera del río no existía había vuelto a él, pero esto más bien lo impulsaba aun más a no rendirse; la bruma solo le entorpecía la vista a él, el sol solo le rehusaba a él darle un poco más de luz, y solo su vida corría un grave riesgo, pero había algo más, solo él tenía un plan.

Cuando Aleyu vio que debajo de su cuerpo se abría una gran sombra, se detuvo de improvisto una vez más, se volteó e hizo señas para que los demás no se detuvieran, sino que continuaran. Logró ver con dificultad como se acercaban las crestas, y con estas la más grande de todas ellas. Entonces alzo su pie herido al punto que sus dedos arrugados y pálidos sobresalieron del agua, tratando de mantenerse a flote con tan solo el otro, mientras que con ambas manos presionó muy fuertemente la herida, haciendo que un dolor intenso le llenara todo el cuerpo e incluso le produjera un fuerte dolor de cabeza, pero también consiguió lo que quería, que era emanar aun más sangre. Luego sacudió la pierna con brusquedad, provocando que el dolor se volviera más agudo; la sangre se deslizó por en medio de miles de burbujas.

Las horribles bestias al notar que Aleyu las esperaba disminuyeron la velocidad, pero no se detuvieron del todo. Excitadas por el olor de la sangre, abrieron sus largas mandíbulas y mostraron sus grandes y delgados dientes.

Aleyu permaneció quieto un instante, pero luego comenzó a nadar hacia atrás lentamente, usando los brazos como remos. Se escuchó un retumbo justo en el momento en que los darados entraban en las burbujas muy lentamente, y la sombra se extendía bajo ellos. Estaban ya a solo unos cinco metros de Aleyu cuando la temperatura del agua comenzó a subir de nuevo muy rápido.

Aleyu en realidad no estaba nada seguro de lo que hacía, pero no se le ocurría nada más. Su corazón y sus nervios ya no daban más, su cuerpo estaba ya en tal condición que no sabía si lograría terminar la carrera. Pero si de una cosa estaba seguro, era de que no se dejaría devorar por aquellas malditas criaturas.

Cuando sintió que por fin el agua le quemaba la piel, supo que era el momento; movió con mayor fuerza y velocidad los brazos para impulsarse hacia atrás y cobró velocidad. Las burbujas aumentaron y se escuchó un retumbo amenazante, seguido de una repentina agitación en el agua. Pero entonces, como si todo aquello más bien lo impulsara, el más grande de los darados se abalanzó sobre Aleyu, seguido luego de los más pequeños. La bestia dio un salto fuera del agua, dispuesto a devorarlo de un solo bocado, pero justo en ese instante, cuando el último centímetro del pie de Aleyu dejó de estar sobre la sombra negra del fondo, este escuchó un último estruendo; el

agua se estremeció violentamente, empujándolo varios metros hacia atrás, escapando del enorme Darado, que cayó de nuevo en el agua con el hocico abierto pero con su presa fallida. En medio de la perturbación del agua, los retumbos, las miles de burbujas y el calor quemante, las bestias quedaron confundidas, pero la más grande de ellas aun no se daba por vencida y se alistó para atacar de nuevo. Entonces un resplandor iluminó el agua; la gran bestia saltó nuevamente, pero el agua estalló y se elevó en un gran torrente muy ancho y poderoso; las figuras alargadas de los darados, con sus bocas aun abiertas, se perdieron en el muro de agua, que los llevó a alturas insospechadas, y los cocinó en sus altas temperaturas.

Aleyu fue golpeado por la turbulencia de la erupción, misma que lo sumergió un par de metros y lo revolcó varios más, pero cuando logró retomar el control de su cuerpo, volvió a la superficie, donde fue recibido por la lluvia aun caliente del torrente que le había salvado la vida. Allí permaneció unos instantes, tratando de procesar lo que había pasado. ¡Lo había logrado! se había deshecho al fin de la amenaza de los darados, o al menos de seis de ellos, cosa muy importante sabiendo que el número de aquellas criaturas no debía de ser muy abundante, además de que no había visto rastro alguno de más darados.

El aire se inundó nuevamente de vapor, Aleyu, ahora con redoblado dolor en la pierna, y aún asustado y cansado, pero con aire victorioso, se volteó de nuevo, dispuesto a seguir y encontrar a Lenumat.

Casi sin energías ya, comenzó a nadar todo lo que pudo, hasta que el vapor nuevamente comenzó a quedar atrás. Entonces logró ver que todos los participantes, incluyendo a Arzoul, lo contemplaban fascinados, como quienes admiraban a su héroe.

Arzoul, díles que salgan del agua, aun no sé si pueda haber más darados dijo Aleyu restándole importancia a las miradas maravilladas. Se puso a buscar a Lenumat de inmediato, y logró verlo; su hermano ya había llegado al océano, a varios metros de la costa. Pero Aleyu ahora también estaba a escasa distancia de Gaelan, así que Lenumat no le había sacado tanta ventaja como él había temido. Se puso en marcha inmediatamente, olvidando el dolor y el cansancio. Al parecer en el brazo del delta en el que se encontraba ya no había más agujeros oscuros, y por tanto desaparecía el riesgo de correr la misma suerte de los darados, por lo que Aleyu pudo nadar más tranquilamente y con menos cuidado. Pero muy cerca, en los muchos otros brazos del delta, las erupciones de agua continuaban y su ruido no paraba y el vapor, aunque cada

vez más débil, aun impedía un poco la vista.

¡Aquellos que ya hayan tenido suficiente, pueden salir de la competencia e ir a tierra! Aleyu apenas escuchó a Arzoul hablándoles a los demás.

Aleyu estaba muy agotado, así que por momentos solo le daba una leve ayuda a la corriente del río que lo arrastraba, hasta que por fin Gaelan lo recibió, pero no fue de la mejor manera; el agua era mucho más fría que la del Seslan, especialmente que la del delta de este. Pero lo peor era que la sal del océano contribuyó a acrecentar el dolor en su herida, volviéndose ahora un tanto quemante. Pero Aleyu tenía a Lenumat a la vista, a pocos metros, y después de todo lo que había pasado no se daría por vencido, así que continuó.

Una vez rodeado por las aguas infinitas de Gaelan, dobló hacia la izquierda, manteniéndose a unos doscientos metros de la costa.

Pese a que los vapores de las erupciones habían quedado atrás, la luz solo había mejorado un poco, pues el sol ya se sumergía en el oeste, para perderse, en apariencia, bajo las aguas más lejanas del océano, dando la apariencia de crear un ancho camino dorado y reluciente sobre el mismo. ¿A dónde llevaría ese camino?, ¿conduciría acaso a las casas de los dioses en los cuales los daguelnenses ya no creían?, ¿llevaría a caso hasta las alturas en las que vagaba el astro Rey, el mismo sol que lo acababa de tender frente a él? ¿Serían aquellas lejanas e inquietas gaviotas que surcaban el cielo lejano las únicas que podían andar por aquel puente de luz?

El sol fue bajando más y más, y aquel camino dorado sobre el agua se fue debilitando. Aleyu, por su parte, ahora enfrentaba otro reto; lograr imponerse a las fuertes olas que lo empujaban hacia la playa, lo cual no era fácil pues se hallaba sin muchas energías, además de que las heridas lo aquejaban cada vez más con un dolor creciente.

A lo lejos, a su izquierda, apenas con el rabillo del ojo, alcanzó a ver cómo varios de los participantes, ya con el bosque a sus espaldas, habían logrado llegar a la playa, y ahora se tendían sobre la arena, extenuados, y parecían tratar de recibir los últimos rayos de sol. Eran muy pocos, alrededor de seis, un número muy pobre comparado con la cantidad de hombres que habían iniciado la carrera. En verdad ese día iba a ser recordado por mucho tiempo como una gran tragedia. Entonces a Aleyu le preocupó su padre, pues debido a que este fue quien ideó el evento, de seguro las críticas más fuertes de las personas irían contra él.

Luego de unos minutos de esfuerzo, Aleyu percibió como el sol finalmente

desaparecía en el horizonte, dejando tras de sí solamente unas manchas de luz reflejadas en nubes distantes. Entonces aparecieron las primeras estrellas, que rápidamente se multiplicaron en número y poblaron todo el firmamento, pero no era el brillo de estas el que ahora predominaba y se reflejaba en el océano, sino que era la luna, en fase creciente, y que apenas y se asomaba sobre el mar, la que ayudaba un poco a guiar la vista.

Más adelante la playa se proyectaba hacia el océano con una forma similar a la de un largo brazo, llevando sobre sí el bosque. Aleyu debió entonces de alejarse un poco más de la costa para bordear la proyección de la misma.

Con fuerzas que ni él sabía de dónde provenían, Aleyu al fin logró alcanzar a su hermano justo antes de alcanzar la proyección de la playa. En el momento en que fue alcanzado, Lenumat disimuló una leve mirada con el rabillo del ojo. Pero entonces ambos fueron alcanzados por un tercer hombre, ¡era Arzoul!, y al verlo, Aleyu se detuvo.

¿Qué haces? le preguntó inmediatamente, pues había pensado que a partir de ese momento por lo menos se había deshecho de todos los demás competidores, pudiendo así enfocar todas sus desgastadas fuerzas en vencer únicamente a Lenumat ¿Acaso quieres ganar? le preguntó con cierto reproche, dispuesto a no quedarse mucho.

No, mi príncipe, ya no, no hay nadie que merezca ganar más que usted, y eso lo voy a respetar respondió Arzoul. Sólo le pido que me permita concluir la competencia a su lado.

Extrañado ante aquella solicitud, y sabiendo que Lenumat de nuevo se adelantaba, Aleyu no tuvo más que asentir, y rápidamente, en compañía ahora de su amigo, comenzó una vez más a nadar, logrando darle alcance nuevamente a Lenumat, con mucha dificultad.

El sol ya había sido consumido por la noche desde hacía un buen rato y la única luz que se estrellaba en sus espaldas era la de las estrellas y la luna, esta última ahora más alta en el cielo. Minutos después, un brillo distante y débil apareció de pronto, proveniente de la playa, a la izquierda de los competidores. Esta luz iluminaba el cuerpo del hombre que la cargaba con una mano elevada. El sujeto corría por la playa en apariencia siguiéndolos. Luego de un momento se sumaron más hombres cargando otras débiles luces frente a la oscuridad del bosque, pero estos últimos corrían en sentido contrario, desde unos grandes acantilados localizados más adelante. Aunque negros en la nueva noche, en aquellos acantilados se apreciaban algunas pocas y diminutas luces. Aleyu reconocía aquellas paredes de roca, pues era en ellas que Gaelan-Eset

había sido esculpida. No reconoció la ciudad, pues normalmente desde cualquier dirección que se viera durante la noche los riscos lucían llenos de luces desde la cima hasta casi besar el océano, iluminando la roca y haciendo resplandecer el mar delante de ella. Sin embargo ahora casi todas las luces permanecían escondidas, esto para evitar confundir a los competidores en la carrera.

¡Darados!, ¡darados!, ¡hay darados en el agua! gritaban aquellos sujetos corriendo por la playa con las rocas blancas, pero a tal distancia, en combinación con el sonido del oleaje, era casi imposible escucharlos bien ¡Los darados escaparon, el Rey ordenó que se detenga la competencia! gritó de nuevo el sujeto, al tiempo en que otros más, también con rocas luminiscentes que alzaban con las manos y que agitaban de un lado al otro, aparecían y los seguían desde la playa, todos gritando cosas similares.

—Que tarde llegan” pensó Aleyu, dispuesto a no abandonar la competencia, y menos teniendo a su hermano cabeza a cabeza con él. Se preguntó cuánto tiempo habría transcurrido antes de que se percataran de la situación, ¿habría sido de inmediato?, ¿o quizás algunas horas después de iniciada la carrera? Pero incluso si se hubiesen enterado del escape de los darados poco después del inicio de la competencia... ¿cuánto tiempo habrán tardado en enterarse de que lo único que podían hacer era avisar a los competidores desde tierra? Pero para ese entonces seguramente ya todos estaban lejos, por lo que lo único que podían hacer era correr hacia el punto al que los sobrevivientes llegarían. Pero lo que no sabían aquellos hombres era que ya las criaturas habían sido exterminadas, por lo que ni él, ni seguramente Lenumat, abandonarían la competencia, menos aun sabiendo que ya la meta estaba muy cerca.

Aleyu y Lenumat nadaban cabeza a cabeza, dispuestos a que el cansancio, y en el caso de Aleyu también el dolor de las heridas, no los hiciera perder. Un poco más atrás Arzoul los seguía de cerca, pero manteniéndose apartado de la disputa entre los príncipes.

La lucha era muy férrea; Lenumat sacaba ventaja por ratos, pero luego era alcanzado y sobrepasado por Aleyu, pero pronto este también era alcanzado y dejado atrás por muy poco. Ambos hermanos estaban en el límite de sus fuerzas; cansados, entumidos y adoloridos. Aleyu por instantes dejaba de sentir algunos miembros, pero luego por su sola determinación lograba recuperarse. Todo en el mundo se resumía a ellos dos, solo ellos existían, y solo uno ganaría.

Cuándo ya habían llegado al límite, los tres al fin bordearon la proyección de la costa, allí doblaron a la izquierda y fueron cegados por muchas luces que brillaban como grandes estrellas clavadas al bosque; ahora muchas de las luces de Gaelan-Eset habían vuelto a ser encendidas, quizás como alguna medida ante la emergencia. Ahora los riscos reflejaban mucha luz, pero esta aun era insuficiente para contemplar por completo a la ciudad en medio de la noche.

Avanzaron un poco más rumbo al sur de Gaelan-Eset, no haciendo caso a las voces de los muchos hombres que aun los seguían y les gritaban desde la costa. Finalmente se dirigieron hacia la playa, dejando un poco atrás a los riscos. Entonces Aleyu percibió un cambio en el agua y se dio cuenta que estaban por llegar a la desembocadura de un pequeño río. Allá sobre la playa, se alzaba una plataforma, semejante a las que habían sido construidas en el Exter y desde las cuales había comenzado la competencia, pero esta estructura era un tanto más pequeña y menos impresionante. De Esta plataforma provenían decenas de luces blancas que emanaban las rocas colocadas sobre la misma, pero también había muchas otras, un poco más pequeñas, colocadas sobre altos báculos clavados a ambos lados de la desembocadura del río.

Cerca de la plataforma, sobre la playa, se habían construido otras muchas graderías, las cuales estaban repletas de personas que, muy al contrario que en la mañana, no cantaban ni coreaban, sino que permanecían en un silencio expectante, con gritos ahogados de vez en cuando, señal inequívoca de que la preocupación reinaba en el aire y en el corazón de todos, pues conocían la situación de los darados y daban gritos cada vez que confundían las olas que perseguían a los tres competidores, con horribles y voraces criaturas.

La plataforma era bastante alta, había sido construida en columnas de piedra, alumbradas por la luna y las rocas blancas. Los pilares del frente estaban unidos por una larga soga color rojo, que cruzaba de lado a lado el río, y puesta a solo algunos centímetros sobre la superficie del agua; esa era la meta, y Aleyu y Lenumat, acompañados por Arzoul, este un poco más atrás, estaban ya muy cerca.

Aleyu y Lenumat estaban hombro con hombro, cabeza a cabeza, pero cada uno no solo luchaba el uno contra otro, sino que también lidiaban con el dolor en el cuerpo y la fatiga. Pero era la rivalidad la que los empujaba, mientras frente a ellos la plataforma, sobre la cual se veían algunas figuras atentas, crecía rápidamente.

Cuando estaban ya a pocos metros de la meta, y cuando la plataforma se

alzaba ya sobre ellos, todos los espectadores, sirvientes, guardias y demás, tomaron aire y contuvieron la respiración; al fin llegaba el momento de saber cual debía de ser el vencedor, ese era el momento, finalmente había llegado.

Aleyu se esforzó más allá de su propia imaginación; empujó con su mente sus brazos, se adelantó un poco hasta que logró sacar una cabeza de ventaja a Lenumat. Ya se sentía vencedor, pues aunque poca, esa era la delantera que necesitaba, ahora solo debía de ser capaz de mantenerla por solo unos metros más. Daba fuertes y rápidos golpes en el agua, agitaba los adoloridos pies todo lo que podía, luchaba por seguir ignorando la fatiga y el dolor. Sentía por todo su cuerpo oleadas de frío, estremecimientos y desesperación. Le ardían los pulmones y sentía las venas resaltadas de su cabeza como si fueran a explotar. Pero ya casi era el ganador, casi podía sentirse heredero. Por su cabeza pasaron fugaces imágenes de él junto a Ciorima, y con ellos un hermoso bebe, pero también pudo ver las cataratas del Veltavez, así como infinidad de lugares que Dresar le había descrito. Todo estaba allí, a segundos, a solo los últimos metros...

Pero entonces algo sucedió: de pronto un dolor aun mayor he indescriptible nació en sus brazos, y en un segundo cubrió todo su cuerpo; sus miembros se paralizaron, la vista se le nubló y su corazón parecía estar a punto de estallar. Las imágenes en su mente se borraron una por una, como sueños negándose a hacerse realidad. Las voces menguaron y se apagaron. No pudo nadar más, no podía moverse, sus ojos se cerraban contra su voluntad, y con el último suspiro de conciencia, alcanzó a ver como Lenumat lo sobrepasaba y lograba llegar hasta la meta, elevando un brazo y posando su mano sobre la cuerda roja, arrancándola y llevándosela consigo, y de esa manera reclamando el triunfo.

¡Ha triunfado el príncipe! escuchó Aleyu que alguien anunciaba a la multitud, luego, hundiéndose en el agua, se perdió en la oscuridad de la inconsciencia.

Una gran pérdida

Una cabellera plateada brilló en la oscuridad y se estremeció con furia. Llevaba una corona dorada un tanto opaca. El hombre al que pertenecía parecía luchar contra otro sujeto, el cual también poseía una corona, pero esta era imposible de divisar con detalles. La bruma blanca y la oscuridad que rodeaban a los combatientes impedían ver sus rostros, pero daban gritos con voces tan fuertes como las de miles de hombres furiosos.

Inesperadamente las espadas de los dos guerreros se prendieron en llamas y desaparecieron, luego de lo cual la oscuridad también consumió a los dos Reyes. En su lugar apareció un sitial muy familiar; era el trono de Daguena, y sentado en él estaba Lenumat, que miraba orgullosamente mientras su cabeza exhibía la flamante corona de su padre, y sonreía maliciosamente.

Aleyu despertó sobresaltado y empapado en sudor. Sacudido por sus propios gritos, se vio en su habitación. Estaba acostado en su cama y notó que una fuerte y apretada venda le cubría las heridas en el pie. La mesa y las sillas de la misma estaban, como siempre, cerca de la cama. El sol entraba invariablemente por la ventana en compañía de un viento mañanero.

Se quedó inmóvil un momento, aunque muy intranquilo, mientras intentaba recordar el porqué se sentía tan enojado y apenado, pues no recordaba mucho de lo que había sucedido las últimas semanas. Permaneció mirando el techo opaco, sabía que algo muy malo le había pasado. Luego comenzó a recordar parte por parte; lo primero que volvió a su mente fue el día en que su padre había dado el anuncio de la realización de una competencia, lo que le siguió fue la noche en que había conocido a Dresar. Luego recordó el porqué de dicha competición, y entonces volvió a él su odio por Lenumat y el enfado contra su madre. Finalmente flotaron dispersamente en su mente todos los detalles de la carrera y lo que había sucedido en ella, pero fue la última imagen de Lenumat cruzando la meta la que le llevó a sentirse tan mal como nunca antes se había sentido.

¡¡Nooooo!! gritó en el momento en que se dio cuenta de que había perdido la carrera, y que con ello lo había perdido todo. No entendía cómo Lenumat había ganado mientras él... ¡él se había desmayado! No, eso no podía haber pasado, todos sus temores se materializaban ante él; ahora tendría que estar bajo las ordenes de su hermano para siempre. Ya no podría cumplir sus sueños; como viajar y conocer aquellos fantásticos lugares que le había descrito Dresar, tampoco le sería posible permanecer con Ciorima, pues ahora era seguro que cuándo el asunto del embarazo se diera a conocer, los separarían y no les permitirían estar juntos, mientras que su hijo sería dado a alguna otra familia. Por si fuera poco, él no podría desposar a ninguna mujer, mientras que a Ciorima no habría hombre alguno que la quisiera.

Aleyu se lamentaba como nunca mientras lloraba amargamente de rabia al imaginar todo lo que tendría que pasar luego de ese día; las humillaciones y desprecios lo acompañarían ahora por el resto de su vida. Entre sus manos estrechaba las sabanas, deseando romperlas; deseaba romper todo cuanto tuviera a mano, incluso su propia vida, pues ya no significaría nada tener que vivirla.

Mientras sollozaba y miraba con odio sus propias manos y piernas, luego de un momento, sintió como un viento distinto se colaba por la ventana y le rozaba la cara, al instante una gran sombra muy oscura entró con la brisa, se posó en el piso, y en pocos segundos Dresar apareció ante él.

¡¡Dresar!! exclamó Aleyu al verlo, por favor dime que lo último que recuerdo es... es obra de mis pesadillas, dime que no fue así como terminó.

Dresar no respondió de inmediato, sino que guardó silencio y permaneció de pie frente a él, mirándolo con una mezcla de lastima y resignación, como si se tratara de su propio hijo y lo único que pudiera ofrecerle era su lastima.

Si te refieres al ganador de la competencia comenzó lentamente, midiendo cada una de sus palabras, me temo que, si lo último que recuerdas es ver a tu hermano cruzando la meta antes que tú... siento mucho decirte que así fue como acabó la carrera.

Aleyu se negaba a creerlo, aunque sabía que era cierto; se había esforzado tanto, y ahora su hermano se había salido con sus planes. Le había arrebatado el trono, y con ello la única forma de ser feliz y conseguir todo cuanto había querido.

Pero no te sientas tan mal, mi príncipe lo intentó consolar Dresar inútilmente, tu desempeño fue formidable, mucho mejor que el de Lenumat. Tú sufriste una serie de atrasos y complicaciones que, de no haberse dado,

hubieras logrado llegar a la meta mucho antes que ningún otro, y en solitario. Tú te preocupaste por tus compañeros, los ayudaste y guiaste en esas condiciones tan difíciles y peligrosas, y si hubo sobrevivientes, seguramente fue gracias a ti, y los que lograron escapar con vida han corrido la voz de cómo actuaste, lo cual ha provocado que en todo el reino seas considerado un auténtico héroe. De hecho le han dado más crédito a tu accionar que al triunfo de tu hermano.

Todos, incluyéndome por supuesto, están muy orgullosos, y es seguro que el pueblo entero hubiera preferido que tú fueras el ganador. Dresar hizo una pausa y miró a Aleyu, el cual yacía sentado en su cama, con la cabeza baja, derramando lágrimas que caían intermitentemente en sus manos y en las sábanas. Vamos Aleyu agregó, siéntete feliz más bien, ¡mira!; estás vivo, poco faltó para que no fuera así, y todo gracias a un sujeto llamado Arzoul, el cual nadaba justo detrás de ti, y al ver tu situación decidió ayudarte, de lo contrario te hubieras hundido hasta el fondo. Realmente son pocos los que han sobrevivido a condiciones como las que enfrentaste. Tanto en tu reino como en todos los reinos que he conocido, cualquier otro hubiera abandonado a sus amigos, o incluso los hubiera usado para salvarse, pero solo un hombre con tu corazón es capaz de salvar vidas y también de salir airoso con la suya misma.

Aleyu parecía negarse a hablar, o a encontrar palabras para describir lo que estaba sintiendo, ¿cómo poder explicar todos los sentimientos que se podían sentir en una situación como aquella? Sin embargo se sentía muy agradecido con Arzoul, pues este le había salvado la vida, y todo gracias a su deseo de terminar la competencia a su lado.

Tú no entiendes, Dresar murmuró Aleyu luego de un rato; su voz se notaba apesadumbrada, mientras las lágrimas resbalaban desde sus ojos y llegaban a su boca. Dices que estoy vivo, pero yo no me siento así, ¡lo perdí todo...!, ¡todo cuanto podría haber tenido, hora nunca lo tendré, mis sueños nunca los veré hechos realidad! Ahora ya no serán sueños, sino que se convertirán en las pesadillas que me atormentaran cada solitaria noche.... ¿¡Por qué perdí!?, ¿¡yo tenía la ventaja y la meta estaba delante de mí!?, ¿¡Porque perdí!?

Dresar no se movió, ni su rostro cambió de expresión, incluso pudo ser posible ver en sus ojos un brillo, como si también quisiera llorar.

Perdiste el conocimiento le recordó, estabas más allá de los límites de tus fuerzas.

¡Lenumat estaba en las mismas condiciones que yo! estalló Aleyu, sin

poder contener su desesperación ¡Eso solo significa que soy más débil!

No, no Aleyu se apresuró a contradecirlo el mago, en eso te equivocas, y por mucho. No eres más débil, al contrario, has demostrado una fortaleza increíble, imposible de superar por hombre alguno. Pero olvidas un detalle... señaló el pie vendado... tú estabas muy herido, lo estuviste gran parte de la competencia, y durante todo ese tiempo perdiste mucha sangre, especialmente después de que te mordieran, pues te clavaron los dientes muy profundamente en la carne. De manera que tu cuerpo, extenuado y con tanta sangre perdida, finalmente no pudo más. Lenumat por su parte, estaba en perfecto estado, sin herida alguna, y aun así, tú casi lo vences.

Pero no lo logré agregó Aleyu no más animado, esta vez con una voz suave, como la de un lamento lejano ¿Mi consuelo será que... casi conseguí todo lo que quería? Permaneció en silencio un rato más, mientras la proyección del sol en el suelo de la habitación iba creciendo lentamente. Luego, súbitamente, elevó la cabeza y miró a Dresar ¡Los Darados! gritó ¿cómo fue que escaparon esas malditas criaturas?

Bueno, ahora que tomas ese punto expresó Dresar, adoptando un aire misterioso. Ciertamente es extraña la forma en que escaparon esas bestias hizo una pausa, mientras Aleyu lo miraba, comprendiendo la insinuación del mago, verás continuó, luego de que comenzó la competencia, todas las personas se dirigieron al mar para ver el desenlace de la misma, aunque ya para entonces el lugar de la meta estaba atiborrado por la gente de Gaelan-eset. Ya que yo estaba flotando muy alto en el aire, decidí hacer lo mismo.

Transcurridas unas horas desde el comienzo de la carrera, finalmente llegué a la costa, pues decidí visitar algunos lugares antes de ir al mar, en parte para evitar la tentación de interferir en la competencia a tu favor. Allí conocí a Hadanas, ciudad muy curiosa por cierto. También visité algunos de los pequeños pueblos, aunque de estos no pude ver mucho pues están mucho más ocultos en el bosque que las ciudades debido a los muchos árboles que usan como techo. Finalmente fui a Gaelan-Eset, la cual me pareció fantástica; esculpida en los riscos que dan al océano. Allí había grandes graderías llenas ya de personas de las tres ciudades y de los pueblos. Pude ver que el Rey, la Reina y tu hermana, además de algunas otras personas de aire importante, se instalaron en una gran plataforma construida sobre la desembocadura de un pequeño río al sur de la ciudad de los precipicios. Una vez allí, el tiempo comenzó a transcurrir en una lenta espera. Pero pasado un rato de entre los árboles apareció un sujeto corriendo y gritando desesperadamente. Desde mi

altura no pude alcanzar a oír mucho de lo que decía, pero me pareció que se refería a algo concerniente a los darados. Yo no podía bajar a escuchar más de cerca, pues correría el riesgo de ser visto, pero cuando tu padre se levantó de su asiento muy preocupado, no me costó mucho entender que estaba ordenando interceptar a todos los participantes y detener la competencia.

Pero resulta que nos encontraron hasta que ya estábamos a punto de llegar a la meta intervino Aleyu indignado.

Sí, eso es verdad continuó Dresar, pero debes de aceptar que es tarea difícil encontrar a un grupo reducido de personas a lo largo de tantos kilómetros en un río tan ancho y largo. Yo en cambio puedo cubrir más terreno desde el aire y en menor tiempo, pero desde la altura a la que tengo que mantenerme para no ser visto se me dificulta mucho el ver detalles muy pequeños, como lo serían unos puntos diminutos en una inmensidad de agua. Como aun no comprendía del todo la situación, decidí volver y ver con mis propios ojos qué había sucedido con los darados, esperando en mi corazón que no fuera lo que temía. Así que volé lo más rápido que pude y llegué en pocos minutos al lugar donde estaba la jaula de las criaturas, y el corazón por poco se me detiene cuando confirmé que las bestias ya no estaban allí; la jaula estaba abierta, más no lo suficientemente forzada. Pero en ese momento no pude investigar con mayor detalle, pues necesitaba encontrarte, sabía el grave riesgo que corrías, por lo que rápidamente emprendí el vuelo, pero en realidad no me fue nada fácil encontrarte, ya que desde esa altura no podía verte, y me era casi imposible descender más, ya que muchos enviados por el Rey salían a cada momento del bosque y espiaban la corriente, luego de lo cual continuaban su búsqueda río abajo, fue por esa razón que tardé tanto en ayudarte. Finalmente pude bajar lo suficiente como para notar que en un punto del río, poco antes de la desembocadura del mismo, había una gran agitación en el agua. Cuando bajé más te pude ver en compañía de otro sujeto, pero fue solo un momento, pues entonces desapareciste de inmediato, al parecer halado desde abajo. Al ver esto ya no me importó nada y descendí a gran velocidad, atravesé el agua y llegué hasta donde las bestias te rodeaban; eran tantas que en ese momento lo único que podía hacer era deshacerme de una o dos y esperar que las demás me siguieran, distrayéndose y permitiéndote escapar.

En realidad que funcionó tal y como lo dices dijo Aleyu aun sin mucho ánimo. Sabía que si alguien podía contra los darados eras tú, pero ahora creo que hubiera sido mejor que hubiera muerto allí, en ese momento.

¡No digas eso!, ¿no apreciaras el gesto de un amigo? Aleyu miró a

Dresar, entonces notó algo que hasta ese momento le había pasado desapercibido: por debajo de la capucha del mago, en el rostro del mismo, podían verse dos nuevas cicatrices, una de ellas por debajo de la boca, mientras que la más grande le surcaba el rostro de lado a lado. No digas nada le dijo Dresar, solo no vuelvas jamás a decir o pensar en cosa semejante.

Aleyu calló y volvió a inclinar la cabeza; ya no derramaba lágrimas, pero sus sentimientos ahora eran peores, pues pensaba que además de haberlo perdido todo, había desilusionado a Dresar, que tanto le había ayudado tan amablemente, sin ningún interés.

Disculpa que redundara tanto, pero necesitaba contar esta parte para responder tu pregunta acerca de cómo habían escapado los darados continuó Dresar sin darle más importancia al asunto. Debo decirte algo que estoy seguro que te dejara frío; ¿no te parece extraño que los darados escaparan justo después de que la competencia comenzara, y que fue cuando ya todos se habían ido a la costa?

Aleyu efectivamente quedó frío y sin habla ante aquella pregunta, pues sabía qué había detrás de ella, algo que hasta ese momento no le había cruzado por la mente, pero que le daba terror e incredulidad.

¿Me estás diciendo que, las bestias no escaparon por si solas? dijo sin creer lo que decía.

La jaula era demasiado fuerte, tanto así que los darados habían estado ya varios días encerrados en ella sin lograr escapar ¿no crees que sea una gran casualidad que escaparan justo el día de la competencia y a la hora precisa?

¿Dices que alguien pudo haberlos liberado? Aleyu estaba atónito, no podía creer que alguien fuera capaz de hacer semejante cosa, como el desear la muerte de tantos hombres ¿Pero quién lo haría?, ¿y por qué?

¿No se te ocurre alguien? Dresar continuó con su tono misterioso.

¡Lenumat...! no, no puede ser, él estaba en el río conmigo y los demás No podía creer ni comprender aquella idea, pero algo dentro de sí lo hacía sospechar.

Aleyu, amigo mío dijo Dresar acercándosele un poco, no pienses que eres el único que tiene amigos y aliados. Yo por desgracia ya he visto antes lo que la ambición puede causar en un hombre, lo que lo pude llevar a hacer, y créeme, este tipo de sujetos nunca están solos.

¡Un cómplice!, no, no es posible. Lenumat no haría soltar darados en el río; él estaba allí, lo podían atacar y devorar también.

Yo igualmente pensé eso, pero como ya dije, en ese momento no pude investigar demasiado, pero cuando todo terminó, y mientras te atendían, decidí ponerme a pensar e indagar, y créeme, descubrí algo que me ha dolido mucho, pero que es preciso que sepas.

¿Qué... que es, Dresar?

Mientras te transportaban al castillo, yo, guiado por mis sospechas, me dediqué a buscar y recabar indicios que pudieran aclarar el asunto... y lo que encontré fue esto... Dresar buscó con una mano en la túnica negra al nivel del pecho, luego de la misma sacó tres grandes y pesados candados de hierro, de apariencia un tanto oxidada. Dos de los candados estaban cortados por completo, mientras que el tercero estaba doblado, como si hubiese sido golpeado con gran fuerza o hubiera recibido una gran presión.

Aleyu quedó sin palabras al ver aquello, pues de inmediato supo lo que era; esos eran los candados que se habían utilizados para cerrar la jaula de los darados. Lo sabía, pues eran los que comúnmente se usaban en el castillo: tenían una forma cuadrada con los bordes redondeados, además de varias inscripciones y un desgastado bosquejo de una torre. El hecho de que estuvieran tan estropeados solo podía indicar que Dresar estaba en lo correcto, pues aunque la fuerza de los darados al golpear la portilla de la jaula luego de un tiempo pudiera doblar un candado, era evidente que los otros dos habían sido cortados por manos y herramientas humanas.

Estos son los candados que fueron usados para cerrar la jaula de aquellas bestias, como ya debiste haberte dado cuenta. Como puedes ver están dañados, fueron cortados por alguien, y al hacerlo se permitió que las bestias escaparan, con el lamentable resultados que ya conocemos... Dresar los sostuvo con dos largos dedos mientras suspiraba, como preparándose para decir algo que estaba seguro que causaría un gran impacto, pero lo peor es que los encontré en la habitación de tu hermano... poco después de la competencia, y antes de que Lenumat volviera a su recámara, supongo que su cómplice fue quien los llevó hasta allí, quizás en parte para que tu hermano se pudiera vanagloriar con ellos. Fui hasta allí en busca de indicios, yaqué tenía mis sospechas, de hecho casi me descubre, y creo que debe sospechar que los tomé, pues al salir de la habitación no pude evitar causar un gran desorden debido a la pequeña briza que siempre me acompaña.

¿Qué es exactamente lo que prueba esto? preguntó Aleyu. Sabía o sospechaba lo que aquello probaba, lo que hizo que se encendiera en él una ira como nunca antes había sentido. Pero no quería ser él quien lo dijera primero,

por lo que prefería que Dresar lo hiciera.

Comprendo que quieras que sea yo quien lo diga primero, entiendo que sea tan difícil para ti el aceptarlo, pero tendrás que hacerlo expresó Dresar adivinando los pensamientos de Aleyu. Ten, sostenlos.

Aleyu los tomó y examinó un momento, comprobando que realmente eran los candados usados en la jaula de los darados en el río. Pasó dos dedos repetidas veces en el lugar en que habían sido cortados. Definitivamente se había usado una herramienta especial para cortar el metal, pues los cortes eran perfectos.

Pero eso no es todo, amigo mío, creo que encontré en la habitación de Lenumat algo más que... bueno, no sé como lo podría catalogar tu civilización... entonces Dresar buscó nuevamente en el interior de su manto, sacando de este un pequeño frasco de vidrio con un extraño y espeso líquido verdoso en su interior, pero además, en otra mano, le mostró a Aleyu tres grandes y alargadas hojas, en cuya superficie tenían decenas de diminutos puntos rojizos ¿Reconoces esta planta?

Sí, claro que la reconozco respondió Aleyu un tanto confundido, era una planta usada en antiguos actos ceremoniales, principalmente en rituales de adoración de antiguos dioses. Hoy en día ya no se usa para nada, todo lo que sé me lo contó mi padre para explicarme una de las razones que llevaron a la anulación de todas las religiones y la destrucción de todos los templos. Esa planta, según me contó mi padre, ocasionaba extrañas conductas en las personas que las usaban para entrar en un “trance” que les permitía comunicarse con un Dios o espíritu. Pero todavía no entiendo qué podría hacer Lenumat con una planta como esa.

Dime ¿durante la competencia no te pareció que Lenumat era demasiado rápido o que el cansancio parecía no afectarle? Aleyu asintió, aún sin comprender, pero recordando amargos momentos de la carrera. Justo lo que yo temía, creo que tu hermano usó esta planta, posiblemente ayudado por alguien con algunos conocimientos antiguos, para crear una especie de droga, la cual quizás le haya ayudado a ser un tanto más rápido y a resistir de mejor manera la fatiga y el cansancio. Tú confirmas mis sospechas de esto, pues dices que esta planta puede tener ciertos efectos en el cuerpo de los hombres. Ciertamente algo así es extraño y arriesgado, sin embargo en el mundo de los hombres del este desde hace siglos ha habido historias acerca de un ejército, cuyo Rey les daba drogas a sus hombres para aumentar ciertas habilidades, principalmente la ira, además de la disminución o erradicación del miedo,

entre otros usos.

En ese momento ambos callaron por un rato. Aleyu sostenía y miraba los candados, y la planta, además del frasco con el líquido verde, en las manos de Dresar. En su interior sentía como si un nuevo torrente se elevara, llevándose todo vestigio de amor y cariño. Sintió decepcionarse no solo de su hermano, sino de toda persona en el mundo, pues todos debían de ser iguales; traicioneros y malvados, además de tramposos. No podría existir entonces alguien en toda la tierra que valiera la pena, pues todos tenían la misma naturaleza. A partir de ese día ese torrente nunca dejaría de crecer, llegando incluso a ocultar los recuerdos que una vez le causaron felicidad. Ahora lo dominaba la ira y el odio, y tan grandes eran que creyó que esos sentimientos jamás lo dejarían ni que disminuirían, y ahora prefería que fuera así.

Creo que es evidente que de esa manera Lenumat sería más rápido que cualquiera en el río, todos quedarían muy atrás de él y... y le servirían como escudo contra los darados, logrando a la vez deshacerse de varios contrincantes. Quizás la idea original era desacerté de ti, Aleyu explicó Dresar, o al menos esas son mis suposiciones.

Creo que tus opiniones son correctas dijo Aleyu, que volvía a llorar, esta vez de rabia. Le incomodó mucho la idea de que lo hubieran tratado de asesinar, pues eso también era nuevo en todo Daguena. Pero no entendía cómo era posible que Lenumat hubiese logrado crear una droga para mejorar su desempeño en la carrera, sin embargo estaba dispuesto a creer en lo que decía Dresar. Ya no conocía a Lenumat, y estaba dispuesto a desconfiar de toda persona, de manera que solo podía confiar en el criterio de su amigo, el mago Dresar ¡Debo hablar con mi padre! Aleyu intentó levantarse, pero inmediatamente sintió un intenso dolor en la herida del pie, además de una gran debilidad, e incluso un leve mareo, pero aun así luchó contra todo esto y, vestido solo con una bata blanca, se dirigió hacia la puerta, pasando al lado del mago.

Detente, príncipe lo llamó Dresar, creo que ya es tarde para que hables con el Rey, es muy tarde para que puedas hacer algo.

¿Por qué?, solo han pasado unas pocas horas desde la competencia protestó Aleyu.

Precisamente por eso dijo Dresar, te equivocas... al sacarte del río estabas muy débil y...

¿Y qué? ¿Qué sucede?

La mañana que ves en este momento por la ventana no es la del día

siguiente al de la competencia.

¿¡Que!?, eso no puede ser.

La competencia fue hace ya tres días.

Aleyu enmudeció ¿cómo era posible que hubiese permanecido inconsciente tanto tiempo?, eso simplemente no podía ser.

Como te dije, perdiste mucha sangre, por poco mueres. No puedes esperar que una recuperación así tomé solo unas pocas horas ¿cierto? .Yo por supuesto hubiera hecho algo para ayudarte, pero todo este tiempo te han estado cuidando a todas horas, tanto de día como de noche. Tu padre también ha permanecido mucho tiempo a tu lado, solo ahora, que mostraste signos de recuperación y de estar fuera de peligro, es que te han dejado solo, quizás para no perturbar tu descanso.

Aun así, debo ver a mi padre reafirmó Aleyu luego de un momento de silencio. Pero por desgracia no puedo mostrarle más que estos candados, pues no me creará lo de esa droga, principalmente porque me preguntará como fue que la conseguí, sabiendo que esa planta no es fácil de encontrar en el bosque, por lo que eso tendrá que quedar entre tú y yo Entonces se dirigió de nuevo a la puerta.

Aleyu lo detuvo Dresar de nuevo.

¿¡Qué!? Se volteó Aleyu, exasperado.

Solo quiero decirte que tengas cuidado le dijo el mago con un tono de preocupación. Como ya sabes, Lenumat tiene al menos un cómplice, y por ahora no sabemos quién podría ser, así que será mejor que andes con suma precaución, pues podría ser cualquiera en el reino.

Muy bien dijo Aleyu con tono más amable, agradeciendo la preocupación del mago, cayendo en cuenta de lo que esas palabras significaban.

Aleyu abrió la puerta, atravesó el umbral y salió, cerrando detrás de sí.

¡Príncipe Aleyu! escuchó al momento de salir; miró a su izquierda y vio que allí estaba un guardia vigilando la puerta ¿Se encuentra mejor?

Eso quisiera respondió con indiferencia. Comenzó entonces a caminar por el corredor, con aquella velocidad y paso fuerte que solo el odio y el enojo pueden crear. Pero no pudo mantener mucho tiempo ese ritmo, ya que se sentía muy débil; el cuerpo le pesaba mucho y a cada momento sentía mareos, por lo que debió apoyarse con la mano derecha a la pared del pasillo. Cuando atravesó el túnel miró hacia el jardín: el cielo estaba nublado y gris, unos estruendos lejanos presagiaban una tormenta.

En el jardín había mucho movimiento; en medio de los árboles y plantas, muchos sirvientes y guardias iban y venían cargando rocas, ladrillos y decenas de varas de metal, como si estuviesen montando o desmontando alguna estructura muy grande. Aleyu dejó el pasillo y llegó al jardín, lugar donde le fue mucho más difícil mantenerse en pie, por lo que tuvo que disminuir la velocidad y ver muy bien por donde caminaba. Cuando se acercó a la gran torre, noto que allí, frente a la puerta del castillo, se encontraba una alta plataforma que, a pesar de su altura, empequeñecía ante la torre principal. La estructura parecía estar incompleta o en proceso de construcción, pues le faltaban muchos segmentos, pero Aleyu, al ver como los trabajadores le quitaban muchas piezas más, comprendió que más bien estaba siendo desmontada; definitivamente el acto para el cual había sido utilizada ya había pasado.

Avanzó por el jardín con dirección a la gran torre, a pesar de que no estaba seguro de poder subir todos los escalones hasta la habitación de sus padres. Mientras avanzaba notó que todas las personas que estaban trabajando en la plataforma, al verlo, se detenían un momento y lo miraban con insistencia, murmurando entre ellos, pero no parecían murmurar cosas malas, al contrario, lo hacían sonrientes y con admiración, y más de uno lo saludó con sumo respeto. Pero Aleyu apenas y respondía a los saludos con la mano pesadamente y sin sonreír.

Por mera casualidad, antes de llegar a la puerta de la torre, se volteó hacia un lugar de la plataforma cerca de las puertas de los muros, allí vio a la persona que estaba buscando; el Rey se encontraba dando instrucciones a los trabajadores. Estaba vestido de blanco, no llevaba capa ni adornos, y ni aun su corona le adornaba la cabeza. Mientras hablaba con los demás, se le notaba un tanto serio y triste, como una persona que trata inútilmente de disimular una gran pena en su interior.

¡Padre! gritó Aleyu, mientras cojeaba al caminar. Este se volvió a él; inmediatamente una gran sonrisa le abarcó el rostro.

¡Aleyu, hijo mío! exclamó Deino, al tiempo que le extendía sus brazos ¿Estás bien? le preguntó, luego lo abrazó con cariño, pero con cierto cuidado, como quien toma en sus manos un jarrón muy preciado pero delicado ¿Pero qué haces aquí?, deberías estar en cama, no creo que estés en condiciones para andarte paseando por allí no más.

Quizás tengas razón le dijo Aleyu, admitiendo su debilidad ya que tuvo que sujetarse de los hombros de su padre ante un repentino y fugaz mareo.

Pero es la ira la que me ha dado fuerzas.

Escucha, Aleyu, ya sé que el no ganar la competencia es muy decepcionante para ti, pero fue justo, aunque a mí también me duele que tú no hayas sido el ganador.

No padre, no entiendes, no fue justo indicó Aleyu, tras otro mareo.

Sé que ordené detener la competencia dijo Deinor recuperando su expresión triste, pero ya que la carrera terminó con alguien atravesando la meta, al final no tuve más remedio que validar el resultado. Muchas personas me lo exigieron, en parte para que la pérdida de tantas vidas no fuera en vano.

Tampoco me refiero a eso, si no a que hubo trampas, todo fue un gran engaño; lo que ocurrió es que hubo un homicidio múltiple, e intento de asesinato a todos los que sobrevivimos.

¿Qué dices?

¡Los Darados! exclamó Aleyu, alguien los soltó intencionalmente en el río, rompiendo los candados de la jaula.

Deinor guardó silencio un instante, mientras parecía tratar de asimilar la posibilidad de tales sospechas, pero nada en su memoria le recordaba que algo semejante hubiera pasado antes, por lo que le fue difícil aceptarlo. Incluso le era casi imposible comprender cómo su hijo pudiera hablar de un asunto tan delicado como si cosas así sucedieran a diario en Daguena.

Esas son acusaciones muy serias, Aleyu opinó Deinor sin terminar de digerir las sospechas de su hijo.

Son acusaciones reales insistió Aleyu.

No puede ser ¿Quién lo haría?, ¿quién tendría una mente tan retorcida, tan alejada de todo lo que significa ser un hombre de Daguena? ¿Y por qué? No, no te creo..., no puedo creerte, ¿de dónde sacas esas ideas?

¡Tengo pruebas! Aleyu levantó la mano con la que sostenía los candados arruinados, y a continuación se los entregó a su padre. Estos son los candados que aseguraban la puerta de la jaula de los darados. Como ya te abras dado cuenta, fueron forzados y cortados, y así fue como escaparon esas bestias y se saciaron con los rezagados; todo estaba planeado, Lenumat lo ideó muy bien.

Deinor se quedó en silencio. Al principio se notaba asombrado, viendo los candados en las manos de su hijo, extendiendo las suyas y tocando el frío metal cortado, dándose cuenta de que realmente eran los que se habían usado en la jaula de las bestias. Aun así parecía tratar una y otra vez de confirmar que los cortes habían sido hechos por manos humanas, luego tomó una actitud

más seria, pero se notaba que ahora en su interior la pena crecía aun más.

No sé qué decir, Aleyu, esto me deja sin aliento. Me llena de tristeza y de ira. La versión hasta ahora es que la jaula se soltó de sus amarras y fue arrastrada por el río, y que de esta manera pudieron haberse roto los candados, pues fue encontrada hundida en el Exter, muy lejos de donde fue anclada, pero esto es sencillamente...

Claro, es de suponer que luego de romper los candados liberaron la jaula para que pareciera que todo había sido un accidente supuso Aleyu, diciendo lo primero que le había llegado a la mente.

Deinor no dijo nada un rato, tomó los candados e insistió en examinarlos, como si tratara de encontrar alguna otra explicación.

Lo siento hijo dijo luego de un instante en que Aleyu creyó que cambiaría la historia de Daguena con el primer juzgado por asesinato en todo el reino en muchos siglos. Pero quedó muy desilusionado, a pesar de que es evidente que tienes razón, no puedo hacer nada.

¿¡Qué!? se extrañó Aleyu. No podía creer lo que oía; ¡había puesto las evidencias más contundentes frente al mejor juez de todos, y aun así el sospechoso era prácticamente absuelto! ¿Cómo que no puedes hacer nada?

Hijo, debes entender, estos candados por si solos no prueban nada, pues pese a los cortes, bien puede interpretarse como fallas de los candados que se dieron cuando estos eran arrastrados por la corriente del Exter y golpeados contra las rocas, o al menos eso dirá la mayoría de la gente, no acostumbrada a sospechas como esta. No mal interpretes lo que estoy diciendo le dijo suspirando, yo te creo, pero tienes que entender que no puedo tomar acciones sin saber quién cometió un delito. Estos candados lo que prueban es que efectivamente alguien abrió esa jaula al cortar los candados, pero no me dice quién lo hizo “¿De dónde los sacaste?, ¿cómo los conseguiste?”, esas serán solo algunas de las preguntas que me hará Lenumat y todo el reino en general, pues aunque ahora todos te consideran un héroe, no por ello me permitirán cometer de nuevo una aparente injusticia. Además... anoche declaré oficialmente el triunfo de Lenumat, pues así él me lo pidió. Lo lamento Aleyu, ya te beneficié una vez, no puedo hacerlo de nuevo.

No se trata solamente de mí, sino también de los demás competidores, los que murieron, ¡los que fueron asesinados! Padre, los que perecieron por la tiranía y el deseo de poder de un solo hombre, ¡uno de tus hijos! Padre, te he dicho todo esto y... y tú ni tan siquiera te has inmutado.

¿Que no me he inmutado? replicó enérgicamente Deinor. Aleyu, tú

no sabes todo lo que ha sucedido desde el día de la competencia; las críticas que he recibido, los disgustos e insultos, y lo peor es que me merezco cada uno de ellos. Todo el reino está muy dolido con lo sucedido, y el verdadero responsable soy yo, sí, yo que tuve la idea de realizar la carrera, yo que no apliqué las medidas suficientes para asegurar la seguridad de los competidores, aun cuando dos de ellos eran mis propios hijos, ¿y tú me dices que no me inmuto si me dices que es posible que alguien haya sido tan malvado como lo sugieres? Primero me cuesta aceptarlo, pero ante esta prueba debo por lo menos reconocer la posibilidad, y eso me duele aun más.

Pero de ahora en adelante debo de hacer las cosas con más cuidado; analizar mejor las circunstancias y ser más sabio ¿Cómo crees que reaccionaran las personas si se enteran de lo que me acabas de decir? En caso de que lo creyeran, de inmediato se propagaría el miedo colectivo, sabiendo que alguien en el reino es capaz de hacer actos de maldad como este. Te aseguro que en poco tiempo seria un caos, y lo que en este momento aún consideramos increíble, se volverá común en Daguena, siendo el final de nuestra sociedad de paz.

Si es cierto lo que me dices, realmente desconozco a Lenumat como hijo; un dolor y una ira indescriptible se han encendido en mí. Pero si es que es posible hacer algo, primeramente necesitamos pruebas. Es por esto que he ordenado una investigación de cómo escaparon los darados, y la misma no concluirá hasta que tengamos una respuesta irrefutable.

Si se encontraran pruebas, de seguro no incriminarían a Lenumat dijo Aleyu resignado, pues es posible que tenga uno o más cómplices, ya que él en persona no pudo romper los candados y abrir la jaula.

Eso lo complicará todo todavía más Deinor suspiró profundamente mientras miraba al cielo oscuro, luego, disimuladamente, se frotó el pecho con la mano derecha.

Padre, no puedes permitir que Lenumat un día sea Rey prosiguió Aleyu, mira todo lo que ya ha hecho, imagina lo que haría en el trono. Si intentó matarme en el río, como Rey de seguro me liquidará solo para divertirse o vengarse, aunque ya hubiesen pasado muchos años.

En el rostro del Rey se revelaba la aflicción que todo esto estaba causando, pues mostraba gestos de preocupación y dolor, mientras no paraba de frotarse el pecho y el brazo izquierdo.

¿Qué he de hacer entonces? No puedo juzgar a Lenumat con solo estos candados, usados comúnmente en las grandes puertas y portones del castillo. Si demostrara públicamente mi ira y mis sospechas, ¿qué haría si al final, después de culpar a Lenumat sin pruebas suficientes, se demostrase que toda esta tragedia fue un accidente? ¿Qué pensará el pueblo de su Rey cuando este se deja llevar por sus impulsos y no por su justo juicio?

Pero yo estoy seguro de que él es culpable, y creo que tú, en el fondo, también sabes que lo es.

Aunque así fuera, sin pruebas no puedo culpar a tu hermano, sería “injusto”.

¡Él ya no es mi hermano! exclamó Aleyu, luego hizo una pausa tratando de serenarse; respiró profundamente varias veces, mientras miraba el césped bien cortado bajo los pies de su padre, el cual no paraba de mirarlo con pena. Entiendo dijo al fin. Pero ¿qué se puede hacer entonces?

Se puede hacer lo que tú ya has comenzado a hacer; recabar pruebas, como estos candados, pero por cierto, ¿cómo los conseguiste, ya que parece que acabas de despertar?

He, bueno, yo... Aleyu se vio tomado por sorpresa. Sabía que no podía decirle cómo realmente los había conseguido, así como tampoco mentir diciéndole que él había ido hasta la habitación de Lenumat, rebuscado un poco y encontrado los candados tan fácilmente, especialmente debido a que el guardia en su puerta podría desmentirlo... alguien los encontró en el bosque dijo apresuradamente, pues no podía mencionar la habitación de Lenumat ya que este sería muy tonto en dejar entrar a la misma a cualquiera.

—Lo vez, eso solo significa que no se puede saber quién o quienes los cortaron, ni si quiera si efectivamente son los mismos que se usaron en la jaula. Necesitamos más pruebas, primordialmente que apunten hacia Lenumat.

Mientras tanto lo único que puedo hacer es, luego de que tu hermano se case, postergar lo más posible su proclamación como heredero al trono.

—¿Y qué pasará si lo logro, me refiero a encontrar esas pruebas? —Aleyu estaba ahora un poco más animado ante la idea de descubrir ante todos a Lenumat.

—Si lo haces, entonces ordenaré su captura y te proclamaré a ti como el heredero.

—Muy bien, lo haré, pero será mejor que tú te mantengas al margen de este asunto padre, no quiero que tengas más críticas, ni tan poco quiero que estés en peligro, además de que creo tener lo suficiente para descubrir a Lenumat. Le demostraré a todos la clase de persona que es, y lo haré pagar por sus crímenes —Miró a su padre, esperando ver algún gesto de aprobación, pero en lugar de eso vio un rostro que parecía más cansado y viejo, además de exhibir una gran tristeza, al punto de que aquellos ojos sabios y bondadosos parecían estar a punto de llenarse de lagrimas— ¿Padre, estas bien...? —le preguntó, Aleyu ahora se sentía muy extraño; ya no era capaz de estar cómodo en situaciones en las que otras personas expresaban sus sentimientos.

—Mañana se realizará un acto fúnebre, Aleyu —le dijo Deinor cambiando de tema, con una voz muy débil y apenada—. Debemos honrar a los que murieron, tú no puedes faltar, especialmente porque si no hubiera sido por ti, hubieran habido más los muertos, incluso quizás no hubiera habido sobrevivientes. Pero ahora quiero que descanses, aun debes de estar muy débil, lo puedo ver en tu rostro —Deinor se inclinó hacia Aleyu y le susurro al oído—: eres un blanco fácil, yo mandaré a vigilar a Lenumat, pero tú deberías de procurar no andar solo, aun eres un peligro para él, sabe que no te quedarás sin hacer nada —Luego de esto se irguió de nuevo—. Anda, tienes que ir a descansar, y acostúmbrate a ver en tu puerta a al menos un guardia.

—¡Claro que está triste! —dijo Dresar a Aleyu una vez que este último regresara a la habitación y le comentara al mago la conversación con su padre—. Debes entenderlo, Aleyu, tu padre cuando vio que su familia se estaba resquebrajando trató de idear una manera para evitarlo, por ello ideó la competencia, no para buscar un sucesor, sino con la intención de limar las asperezas entre sus dos hijos varones. Diferencias que ya estaban afectando seriamente a toda la familia, como es el caso de la Reina. Es por eso que esperaba que ambos perdieran la carrera, claro que él no conocía las reales intenciones de Lenumat, ni tu verdadero motivo, por lo que esperaba que así se dieran cuenta de que estaban luchando por algo que no valía la pena, pero en

lugar de eso sucedió una verdadera tragedia; muchos murieron y otros más resultaron heridos, y ahora enfrenta la posibilidad de que uno de sus hijos sea un asesino, y lo peor es que, de no cambiar las cosas, ese sería precisamente el Rey cuando él ya no este, de manera que esto también le preocupa mucho, pues le aterra la posibilidad de un futuro incierto para Daguena. Es evidente que las cosas están peor que antes, y como él lo ideó, siente que es su culpa.

Pero creo que tu padre se ha dado cuenta de que, por más que se eche la culpa, eso no le quita lo grave al delito que Lenumat ha cometido. Pero también quiere ser más precavido; no quiere seguir cometiendo errores, especialmente luego de que uno de ellos dio como resultado la pérdida de varios buenos hombres. El pueblo le pedirá explicaciones, y esto lo hará sentirse peor, pero tú, Aleyu, debes de ayudarlo a entender que él no fue quien abrió la jaula de los darados.

—¿Qué puedo hacer por él? —Aleyu se sentía muy mal por el sufrimiento de su padre, y esto lo hacía odiar aun más a su hermano.

—Debes pasar más tiempo con él, tienes que demostrarle que no está solo, y si es posible, busca a tu hermana Dalia, de este modo le harán compañía juntos, pero no menciones las sospechas contra Lenumat, ni con ella ni con nadie más en todo el reino, pues si Lenumat se entera de que lo sabes todo, podría cometer actos aun más terribles de los que ya cometió, todo con tal de que no estropees sus planes.

—Algo más entonces me debe preocupar —comentó Aleyu—: si Lenumat fue capaz de hacer lo que hizo en el río, y consiguió personas que también fueron capaces de seguir sus planes, entonces no se detendrá. Ahora que será declarado oficialmente el sucesor al trono, luego de que se case, tendrá más poder, y lo usará, y ni que decir si llega a ser Rey.

—Tienes toda la razón, me temo. Por eso fue que el Rey te dio el consejo de no estar nunca solo, pues teme que Lenumat, ahora ya desquiciado, intente hacerte algo, temor que yo también comparto. Pero tú ya no estás solo; en el río hiciste amigos, créeme, he escuchado cosas maravillosas de ti en las tres ciudades y los doce pueblos, todos los sobrevivientes te están muy agradecidos. Rodéate de ellos, especialmente del sujeto llamado Arzoul, por lo que entiendo él desarrolló un gran respeto y cariño por ti, tanto que permaneció en la competencia sólo para asegurarse de que estuvieras bien, y fue precisamente esto lo que le permitió salvarte la vida. Si estás con ellos estarás más seguro, sin mencionar que me tienes a mí.

—¡Pero entonces mi padre también corre peligro! —exclamó Aleyu

preocupado y sobresaltado, sintiendo gran temor en su corazón.

—Me atrevería a decir que, llegado el momento, incluso correrá más peligro que tú ¡Pero no te precipites! —Mientras Dresar hablaba Aleyu había corrido hacia la puerta nuevamente, con la intención de ir donde su padre, pero se detuvo al oír al mago—. Aún no corre gran peligro, sino hasta que tu hermano sea oficialmente el heredero, para eso primero debe celebrarse su boda, solo entonces, y según ha dicho tu padre, tratará de retrasarlo todo lo posible, será declarado el sucesor, y solo entonces Lenumat podría intentar algo contra él. Pero por ahora, como ya dije, tú representas un obstáculo mayor, por lo que eres quién corre el peligro más inminente.

Además, los acontecimientos en el río aun están demasiado recientes, y hacer algo muy pronto desataría muchas sospechas. Tu hermano no es tonto, ya lo ha probado. Quédate tranquilo por un tiempo, pero no demasiado, él no intentará nada aun. Te digo esto porque es verdad, pero también para que te relajes, pues necesitas descansar.

—No creo que pueda —negó Aleyu que, a pesar de su debilidad y la pesadez de todo su cuerpo, y a pesar de sus mareos, no creía poder conciliar el sueño en tales condiciones y con aquellas preocupaciones, sin contar la ira que sentía.

—Yo te ayudaré —le dijo el hechicero, que se le acercó y levantó su mano, esta vez con la palma abierta. Aleyu sintió de pronto un sueño insoportable—. Duerme... —escuchó decir a Dresar con voz profunda—, no te preocupes por tu hermano —Antes de que la oscuridad lo envolviese, Aleyu logró pronunciar unas últimas palabras inconscientemente:

—Él ya no es mi hermano —dijo, y ya no supo nada más.

La corona dorada cayó de la cabellera plateada y se partió al caer sobre una roca empapada de rojo. Una espada se agitó y partió la oscuridad, se escuchó el grito de muchos hombres. Una oscuridad se elevó y cubrió las estrellas, pero era solo una sombra, producida por algo aun más sombrío que cubría el sol y la tierra.

Aleyu despertó sudoroso y agitado, miró por la ventana de su cuarto: unos raquíuticos rayos de un sol naciente comenzaban a iluminar el cuarto. Arriba en el techo la piedra luminiscente se apagaba rápidamente. Se levantó y asomó la cabeza por el marco de la ventana, no pudo ver el sol, ya que este aun no se levantaba por encima de las lejanas montañas del este, pero sí logró ver su luz iluminando el bosque con debilidad: pequeñas y difusas volutas de vapor se elevaban por entre los árboles, vapor resplandeciente bajo la luz del alba.

Soplaba un viento helado y húmedo que agitaba un camino de luz sobre los árboles, como aquel que se veía sobre el mar al anochecer. A lo lejos se escuchaban los primeros cantos de las aves, y el aleteo de muchas de estas surcando las alturas. También se escuchaban algunos sonidos inconfundibles de animales diurnos, y se oían los últimos ruidos de las bestias nocturnas.

En el cielo se observaban muchas nubes negras y de gran tamaño que abarcaban mucho del mismo, pese a esto, aun no alcanzaban a cubrir al sol que aun no se levantaba.

Mientras miraba tanta belleza, Aleyu notó que una rápida sombra negra le pasaba al lado y entraba en la habitación, pero él no le hizo mucho caso. De pronto un pensamiento envenenó su mente: “todo esto...” “¿para Lenumat?”, “¡no, no lo permitiré!”

—Por lo general me duermes solo diez minutos, Dresar —dijo Aleyu sin dejar de mirar el bosque y las montañas—, pero esta vez hiciste que durmiera todo el día y la noche de ayer.

—Esta vez fue diferente —dijo el mago desde el interior de la habitación—, realmente necesitabas descansar mucho. Además, el hechizo con el que te hago dormir no tiene un plazo fijo; se encarga de hacer reposar a la persona el tiempo que su cuerpo requiere para estar en perfecto estado, solamente que mucho más rápido. Una recuperación como la que tuviste en tan solo un día y una noche, luego de tal agotamiento y pérdida de sangre, normalmente hubiera tardado varias semanas.

—¿Qué haría sin ti, Dresar, en situaciones como esta? —Aleyu, sintiendo todas sus fuerzas recuperadas, se preguntó qué habría pasado si todo lo sucedido hubiera ocurrido sin la presencia del nigromante, o si este hubiera preferido beneficiar a Lenumat y no a él... posiblemente la situación sería mucho peor— ¿Te revelarás ahora, Dresar?, ¿darás a conocerte ante mi padre y mi pueblo?

Dresar no contestó; lo miraba fijamente, exhibiendo las cicatrices en la cara producto de haberle salvado la vida.

—No, no lo haré —respondió por fin, lo cual alivió a Aleyu—. Si la situación antes de la competición no era la indicada, la actual lo es incluso menos, por lo que cometería un gran error. Además, es para mí ahora más importante ayudarte en todo lo posible, pues estamos hablando de la ascensión al poder de un potencial villano, y eso ya lo he visto demasiado entre los hombres del este, y no quiero que eso se repita aquí. Sería una tragedia ver a una civilización como la tuya, convertida en una como la de esos hombres

malvados, simplemente no lo resistiría. Créeme, puedes contar conmigo, y me he propuesto no darme a conocer a tu gente hasta que tú seas el Rey —. Estas palabras verdaderamente sacudieron a Aleyu, y le hicieron proponerse que sin importar los métodos que llegara a usar, él un día sería el Rey.

Ambos charlaron un rato sobre distintos temas, los cuales siempre giraban en torno a lo que había sucedido en el río Exter unos pocos días atrás.

Con las fuerzas de su cuerpo restablecidas y los mareos solo como un recuerdo, Aleyu se sentía con más ánimos de hablar, siempre y cuando fuera del “monstruo” de su hermano, y de la manera de vengarse de él. Y de esto hablaron algún tiempo, buscando maneras de revertir todo lo que Lenumat había logrado y de hacerle pagar por ello, tratando de idear un plan que fuera perfecto y que no hubiera manera de que fallara.

—Por cierto, Cumer me pidió que te diera un mensaje de Ciorima —dijo Dresar como si tratara de cambiar la conversación a un tema de menos odio—. Dice que su vientre ya ha crecido bastante, por lo que no saldrá más de su casa para evitar que la gente lo note. Te recuerda también que todavía está muy enfadada, pero que está muy orgullosa por lo que hiciste para salvar a tus compañeros, además de que está muy feliz porque te salvaste, pues pasó horas de mucho sufrimiento luego de que le dijeron que había darados en el río. Lamenta mucho que hayas perdido, pero espera que ahora sí recapacites. También espera que te recuperes muy pronto.

Cumer y el viejo Izor también te desean una pronta recuperación, y quieren que sepas que en la vida a veces hay que perder para no volver a perder, o para perder menos a menudo.

Un par de horas más tarde, cuando el sol se alzó y calentó el día pese a las constantes nubes oscuras, Aleyu dejó a Dresar y fue al cuarto de más abajo para asearse. En la puerta de este cuarto había otro guardia que la resguardaba, además del que cuidaba la puerta de la habitación, y que lo había seguido hasta el baño.

Luego de asearse, Aleyu se vistió muy formal: toda la ropa que se puso era de color negro, incluyendo la capa. No se colocó adorno alguno ni uso ningún tipo de pendiente, pues esa era la costumbre en Daguena cuando se realizaban funerales. Luego, despidiéndose de Dresar, se dirigió al salón comedor.

Al llegar dos guardias, apostados cada uno a un lado de las puertas, le abrieron las mismas. Allí, como esperándolo, estaban su padre y Dalia. El Rey estaba al frente y Dalia al lado izquierdo del mismo, ambos vestidos de negro. Luego de saludarlos, Aleyu se sentó a la derecha de su padre. Segundos

después los sirvientes les trajeron el desayuno; carnes, frutas, vegetales y jugos. Pero algo extraño fue notado por Aleyu; en la mesa fueron servidos más platos de la cuenta, pues aparte de los de él, su padre y su hermana, sirvieron para tres personas más.

—¿Padre, por qué...? —La pregunta de Aleyu fue interrumpida y respondida a la vez; se abrieron las puertas de improviso, y por estas entró una luz tenue. Luego, recortadas contra la claridad del día, aparecieron tres figuras; dos altas y una más baja en el medio. Las puertas fueron cerradas por los guardias, y fue entonces que Aleyu pudo reconocer a aquellas personas.

La Reina Nubelia, vestida de negro, sin joyas y sin su corona, se encaminaba hacia la mesa. A su lado, y también de negro, la acompañaba una chica con aspecto introvertido. Aleyu la había visto por primera vez hacia unas semanas, cerca del río Ereuflo en un día oscuro. Tiberli parecía tímida y un tanto asustada, pasando la mirada temblorosa de un lado a otro del salón, sin atreverse jamás a mirar a los rostros de los que ya estaban sentados a la mesa.

Una gran furia y un odio perverso de profundas raíces tomaron por asalto a Aleyu, esto porque por último vio, indignado, como Lenumat se encaminaba a la mesa, sin mirar a nadie, a excepción de Dalia, y con la frente presumidamente alta. Como todos, también estaba vestido de negro, pero llevaba insultantemente varios adornos y dos pendientes de oro.

Al ver aquel detestable espectáculo, Aleyu rápidamente se puso en pie furioso, dispuesto a increpar a Lenumat, aunque la verdad era que se sentía capaz de hacer cualquier cosa en ese momento.

—¡Aleyu! —gritó no obstante el Rey— ¡Cálmate!, hoy es un día en el que debemos honrar y despedir a los que perdimos trágicamente en la competencia, y no discutir o liberar resentimientos.

—Disculpa padre, tienes razón, murieron de una manera muy horrible, y sospechosa —murmuró Aleyu, mientras se sentaba a regañadientes, mirando horriblemente a Lenumat.

Sorpresivamente, Nubelia se sentó al lado de Deinor y, curiosamente, parecía angustiada e incómoda. Dalia se movió un lugar para darle su espacio a su madre, se sentó un lugar después. Lenumat tomó asiento al lado de su hermana, no sin antes ayudarle a Tiberli, que lucía muy incómoda, a sentarse a su lado.

El desayuno comenzó en medio de un abrumador silencio, interrumpido solamente por el sonido de los cubiertos de los pocos que se atrevieron a

probar bocado. Aleyu perdió por completo el apetito, por lo que lo único que hacía era beber una y otra vez de su vaso con jugo de manzana, y aun así cada sorbo le ardía en la garganta y le amargaba las entrañas. Era como si los recién llegados, especialmente Lenumat, emanaran alguna clase de energía repulsiva y asquerosa.

Luego de tomar un poco más de jugo, Aleyu le lanzó a su hermano, como lo había estado haciendo, una mirada asesina, la cual fue devuelta por Lenumat. Se quedaron así unos segundos, como si de un duelo de miradas se tratara, o como si cada uno pudiera, o al menos intentara, leer en los ojos del otro el odio y los improperios que este emanaba.

Aleyu sudaba y comenzaba a temblar, no de frío ni de miedo, sino de cólera. Al fin la situación era tan tensa que bastó con que Lenumat arqueara un poco una ceja; Aleyu se levantó de nuevo de su asiento muy rápidamente, dispuesto a escupir groserías. Al ver esto, Deinor le hizo unas señas a un sirviente, el cual salió rápidamente del salón.

—¿¡Como te atreves a venir a comer aquí, junto a mí y mi padre!?! — explotó Aleyu sin percatarse de la huida del sirviente.

—Cuidado, Aleyu —dijo Lenumat también poniéndose de pie—, ahora mis órdenes están por sobre las tuyas.

—¡No digas estupideces y cosas sin sentido! ¿Qué ya te crees Rey? Yo sé lo que hiciste para ganar.

—Por favor, príncipe... —antes de que Lenumat pidiera explicaciones por la insinuación de Aleyu, Tiberli se dirigió a este último—, cálmese, se lo suplico.

—¡Tú no me dirijas la palabra ni me digas lo que tengo que hacer! —la increpó Aleyu, torciendo la boca para demostrar su asco—. Pobre niña estúpida, ¡que ni ve que esté sujeto —señaló a Lenumat— solo la usa para llegar al trono!

—¡No te metas con ella, Aleyu!, no tiene la culpa de nada —dijo Deinor también levantándose y mirando como Tiberli comenzaba a llorar, mientras Lenumat se apresuraba a gritar.

—¿Cómo te atreves a decirle semejantes cosas? —Lenumat, al igual que Aleyu, estaba rojo de furia y su rostro se contorsionaba—. Yo jamás haría cosa semejante. En cambio, tú, te atreviste a soltar a los darados en el río, causando la muerte de tantos hombres, fuiste tú o algún cómplice tuyo.

—¿¡Que dices!?! —Aleyu no lo podía creer, ¡Lenumat se atrevía a culparlo por algo que en realidad él había hecho!-, eso era verdaderamente indignante,

eso era demasiado. Aleyu movió rápidamente su boca; iba a lanzar un escupitajo, mientras se preparaba para un puñetazo.

—¡No digas semejante cosa! —intervino de pronto Deinor levantándose de su asiento y con una cara que casi nunca se veía en él: también estaba rojo de ira, mirando a Lenumat como si la acusación hubiese sido contra sí mismo. Todos guardaron silencio un momento, sorprendidos por la reacción de Deinor, este entonces trató de calmarse y con voz más serena dijo —: Lenumat, decir eso de tu hermano es ofender a todo Daguelna, pues no creo que haya en todo el reino una persona con una mente y un corazón tan enfermos como para realizar semejante cosa. Aun así, la investigación sobre cómo escaparon los darados está abierta, pero aun es muy temprano como para pensar en algo diferente de la posibilidad de que haya sido solo un accidente, pero créeme que de no ser así, las consecuencias para el culpable serán verdaderamente ejemplares, tanto que serán recordadas en los siglos venideros.

Lenumat no dijo nada, al igual que Aleyu, pero ambos, de pie, se miraban como a punto de iniciar una pelea a muerte. Pero en ese instante se abrieron las puertas del salón; Aleyu se contuvo y volteó su mirada hacia el umbral; allí estaba la figura de un hombre bajo y delgado, el cual era a su vez acompañado por varias figuras más.

—Rey Deinor, Reina Nubelia, Princesa Dalia, Príncipes Lenumat y Aleyu, han venido varios de los familiares de las víctimas que perecieron en el río — anunció una voz seca y vieja. El sirviente que había salido del salón hacia un rato regresó en ese momento, entró de nuevo y comenzó a recoger los platos de la mesa, junto con algunos sirvientes más. Aleyu tuvo nuevamente que tragarse su odio y su rabia.

—Gracias, Enot —dijo Deinor, de nuevo con su voz tranquila de siempre, pero con una aparente dificultad para respirar—, en un momento iremos. Aleyu por favor, sal primero, creo que ellos desean verte a ti más que a cualquiera de nosotros, especialmente a mí.

—De acuerdo, padre —dijo Aleyu lanzando una última mirada de desprecio a Lenumat. Luego comenzó a caminar hasta la puerta.

—¡El príncipe Ale...! —intentó anunciar Enot, pero Aleyu lo interrumpió.

—No es necesario, Enot, creo que ellos ya me conocen —Al llegar a las puertas vio que allí estaban tres mujeres y cuatro hombres. Dos de las mujeres eran altas, jóvenes y de hermosa figura, mientras que una, la de mayor edad, era más baja y rechoncha. Entre los hombres también había uno que era el más

maduro y bajo, mientras que los otros tres eran más jóvenes, y uno de ellos era casi un adolescente. Todos vestían de negro y sus rostros parecían muy apesadumbrados. Las mujeres derramaron lágrimas en cuanto vieron a Aleyu, la más baja y anciana lo abrazó y lloró sobre su pecho.

—¡Ho, mi príncipe! —dijo ella mientras sollozaba—, todos cuentan que gracias a usted varios se pudieron salvar, es una lástima que... que mi hijo... —rompió a llorar amargamente—... que mi hijo no sobreviviera.

—Yo también lo lamento —se apiadó Aleyu, mientras trataba de diferenciar el sonido del llanto de la anciana del de Tiberli adentro del salón. Se sentía muy incomodo, no sabía exactamente qué debía decir o sentir, pero estaba seguro de que en otro tiempo pasado hubiera sentido mayor pena.

—¿Arzoul? —Mientras la anciana aun lloraba sobre su pecho, Aleyu reconoció a uno de los hombres: era alto y moreno, y su cabello era largo hasta la cintura, y estaba dispuesto en tres largas colas. En su rostro se denotaba la madures que Aleyu había supuesto el día de la carrera.

—Príncipe Aleyu —lo saludó Arzoul con una sonrisa, a la vez que le estrechaba la mano—, me alegra que podamos reencontrarnos en mejores instancias.

—¡Arzoul estás aquí! —exclamó Deiner apareciendo con una leve sonrisa desde detrás de Aleyu.

—Majestad —Arzoul hizo una reverencia.

—¡Su majestad, el Rey...! —intentó anunciar de nuevo Enot.

—¡Silencio Enot! —ordenó Deiner.

—Aleyu, no sé si ya lo sabes, pero fue Arzoul quien te salvó en el río cuando perdiste el conocimiento —le comentó Deiner, tratando de no sonreír demasiado frente a aquellas personas—. Creo que fue una gran suerte que él estuviese nadando justo detrás de ti.

—Sí, ya lo sabía —dijo Aleyu mientras aun estrechaba la mano de su amigo—. Eternamente te estaré agradecido, amigo, te debo la vida.

—Príncipe, yo, después de ver como usted nos guió y aconsejó para poder librarnos de los darados, solo quería terminar la carrera a su lado, sabía que estaba herido pues vi como atrajo a las criaturas al centro del geiser usando su propia sangre. Ello me llevó a querer asegurarme de que estuviera bien, así que creo que fue una gran suerte y casualidad que yo estuviera allí para ayudarlo, y soy yo quien le estará eternamente agradecido. Al final pude, como era mi deseo, terminar la carrera a su lado y, a pesar de la perdida de mi primo, que también estuvo en la competencia, estoy muy feliz de ver como se

ha repuesto en poco tiempo, aunque no esperaba que fuera tan pronto. Cuando lo saqué del río su situación realmente me preocupó.

—Sí, bueno, creo que al final resulté ser más fuerte de lo que algunos creían —afirmó Aleyu, aprovechando que en ese momento Lenumat salía del salón, llevando a Tiberli acurrucada al pecho mientras esta aun sollozaba.

—¡El príncipe Le...! —insistió Enot.

—¡Cállate Enot! —lo reprendió Aleyu, dispuesto a no dejar que Lenumat fuera anunciado como seguramente este esperaba.

Cuando salieron Nubelia y Dalia, Enot ya no intentó anunciarlas, sino que se limitó a permanecer cerca, esperando indicaciones.

Cuando al fin la anciana dejó de llorar sobre el pecho de Aleyu, todos los recién llegados saludaron a los integrantes de la familia Real, pero el Rey fue saludado en general de poca gana, y sus condolencias al parecer fueron las que menos importancia recibieron. Aleyu notó todo esto y como afectó a su padre, pues la sonrisa disimulada con la que había saludado a Arzoul desapareció y fue reemplazada por una expresión de mayor tristeza. Pese a esto, le agradeció a Arzoul el hecho de entablar una agradable conversación con su padre.

Lenumat no repartió saludos ni condolencias; estaba muy ocupado atendiendo el llanto de Tiberli, y de vez en cuando miraba a Aleyu con furia, pero con una leve sonrisa, lo cual Aleyu interpretó como: “no importa que la hayas hecho llorar, igual yo gané”.

—Creo que ya es hora, ¿podemos comenzar, majestad? —preguntó Enot a Deिनor.

—Sí, claro —concedió Deिनor.

Siguiendo a Enot, todos se dirigieron al jardín. Allí entre las plantas, los árboles y la fuente, se habían colocado muchas sillas de metal de color gris oscuro; estaban ordenadas en veinte filas de diez sillas cada una, y todas miraban hacia la gran torre, pese a no estar exactamente frente a esta. Frente a los asientos había una tribuna negra sin ningún tipo de adorno u ornamento, detrás de la cual también había algunas pocas sillas.

Aleyu se sentó en uno de los asientos que estaban detrás de la tribuna, a la derecha de la misma. A su derecha se sentó Dalia, la cual no parecía ser ella misma, sino que tenía una expresión como si no supiera qué estaba pasando, o como si hubiera despertado recientemente después de dormir los últimos tres meses. A la izquierda de Aleyu se sentó Arzoul, y luego de este se sentaron los tres hombres que venían con él, y más allá las tres mujeres con sus inconfundibles rostros de pena. A la derecha de Dalia se sentaron Lenumat y

Tiberli, la cual al fin dejaba de llorar. La Reina, que aun parecía incomoda y triste, se sentó al lado de la muchacha, ayudando a Lenumat a consolarla. El Rey permaneció de pie hablando con Enot, al parecer ultimando detalles.

Pasaron unos pocos minutos silenciosos, en los cuales no se escuchaba más que el gimoteo de las mujeres y el conversar lento y apesadumbrado de los hombres. Era increíble lo callada que estaba la ciudad, el reino, y lo silencioso que estaba el día mismo. En realidad en todo Daguena se podía sentir un dolor que se desplazaba por el aire y contagiaba cada corazón. Cuando el sol se filtró entre las ramas del árbol que extendía su sombra hasta la tribuna y caía sobre Aleyu, un cuerno sonó tristemente desde lo alto de una de las torres de la muralla, instantes después se abrieron las puertas del castillo. Poco a poco comenzaron a ingresar muchas personas; cada una portaba una pequeña roca blanca que parecía brillar con una luz fría y débil. No era una multitud desordenada y animada, como aquella que había acudido cuando Deinor había dado el gran anuncio de la competencia, o la que hubo al comenzar y finalizar la carrera en el río. Más bien las personas, que no eran sino solo unos pocos cientos, caminaban lenta y luctuosamente, con pasos pesados y pausados, vestidos enteramente de color negro, sin adornos, ni atavíos. Las personas, guiadas por los guardias y por Enot, llegaron hasta las sillas y se sentaron en orden y en silencio; la mayoría llevaba pequeños pañuelos con los que se secaban las lágrimas y se cubrían el rostro desfigurado por el dolor, ellos eran los familiares más cercanos a los que habían perecido.

No habían asistido todos los Daguelnenses, pero se sabía que a esa hora cada persona en el reino detendría sus labores y se lamentaría y lloraría, al igual que los que sí debían de asistir por tratarse de familiares de las víctimas, pese a esto, allí, en aquel acto solemne debía de haber al menos un representante de cada familia del reino. Una gran cantidad de personas permaneció de pie, pues las sillas fueron insuficientes. La pequeña multitud se colocó de frente a la tribuna, dejando un espacio de varios metros, en ese espacio, sobre caballetes de metal, fueron colocados retratos de los que habían perecido; eran catorce los rostros bien retratados, pese a lo rápido que debieron de haber sido realizados. Debajo de cada retrato había una roca blanca con un árbol tallado, debajo del cual se hallaba el nombre del fallecido, y al verlos la multitud se desató en llanto.

Aleyu deseaba conversar con Arzoul, pues además de que ya lo consideraba un amigo, quería seguir el consejo de Dresar, que consistía en

rodearse de todos aquellos que lo habían seguido en el río y que se habían maravillado con su manera para dirigir y su astucia para deshacerse de los darados, y de todos ellos Arzoul era el primero y el principal. Pero no habló con él ese día, pues sabía que no era el momento ni el lugar; debía guardar el debido respeto por los que habían muerto y por el dolor del pueblo, además de que Lenumat estaba a pocos metros de él.

Cuando el sol volvió a desaparecer detrás de las oscuras nubes que no le permitirían que volviera a brillar ese día, y cuando todo parecía estar listo y cada persona en su lugar, el acto dio inicio: Deinor se colocó frente a la tribuna, de cara a la multitud. Miró un momento a su alrededor, Aleyu lo vio dudar, vacilar, pero luego al fin comenzó a hablar.

—Hace cuatro días no imaginábamos que fuéramos capaces de resistir tanto dolor como el que en este momento embarga nuestros corazones — comenzó el Rey, teniendo que aclararse la garganta en más de una ocasión—. Hace cuatro días, veinticinco hombres, guiados por el amor y un gran valor, decidieron aceptar un reto. Se embarcaron en una aventura, que no debía ser más que eso; un evento diseñado para promover el amor entre parejas y el deseo de demostrarse a sí mismos cuánto estaban dispuestos a esforzarse para alcanzar su meta. Estaba diseñada para la diversión, para promover la sana competencia, e incluso para sanar algunas diferencias que por una u otra razón pudiesen existir —En este punto una sombra cubrió el rostro del Rey—. Pero nada salió tal y como fue planeado; la competencia, propuesta por mi persona, se salió de control, ninguno sabía lo que iba a suceder ese trágico día. Todas las medidas de seguridad fueron aplicadas, los darados habían sido capturados días antes del evento, tal y como se hacía algunas décadas atrás, y habían permanecido encerrados sin que lograra escapar ni uno solo de ellos. Sin embargo, lograron romper su encierro el día justo a la hora justa.

Al tener que luchar contra sus compañeros, la fatiga y las bestias, algunos no lograron escapar, y es a ellos que en este día rendimos un homenaje y nos sentimos desfallecer de dolor. Hoy nos dedicamos a ellos, a su recuerdo, su inolvidable paso por este mundo ¡Hoy los lloramos!, y en este día clamamos para que encuentren el merecido descanso eterno, y esperamos que los que aún seguimos con vida en este mundo logremos algún día aplacar este dolor que nos quema y carcome por dentro —Deinor hizo una pausa y derramó gruesas lágrimas que se perdieron en su espesa barba blanca. Todos los presentes lloraban desde hacía un buen rato; hermanos y primos, tíos y sobrinos, padres y abuelos, y por supuesto, las pobres y jóvenes muchachas, novias que en un

solo día habían pasado de la esperanza del matrimonio a la desesperanza de perder a su ser más amado —Sé que nada que pueda decir podrá traer verdadero alivio a sus almas heridas —continuó Deinor con una voz entrecortada—, pero sepan que todos los que tengamos algún grado de culpa aceptaremos las consecuencias, todos los que estemos directa o indirectamente relacionados, intencionalmente o no, todos tendremos en gran medida nuestro castigo. —Hizo una nueva pausa y Aleyu casi vio como el rostro de su padre se oscurecía, como sumergido en un profundo poso en una noche sin estrellas ni luna; realmente estaba muriendo en su interior—. Yo acepto mí culpa, y pido a todos que me perdonen, aunque sé que no lo merezco.

Al parecer todos estaban de acuerdo en que el Rey tenía la culpa, pues nadie dijo nada para objetar lo que había dicho, de manera que Aleyu quiso levantarse y decir algo en defensa de su padre, pero sintió el firme brazo de su hermana sujetando el suyo, la miró y no la reconoció: en su rostro ya no vio nada de la antigua alegría juguetona que siempre la había caracterizado, sino que tenía un semblante frío y seco, como ausente de sentimientos, o como si quisiera olvidar que una vez fue feliz, pues cuanto más lo recordaba más le dolía ya no serlo.

—Solo lo empeoraras todo, no digas nada —le dijo Dalia con una voz acorde a su aspecto, por lo que Aleyu permaneció sentado, mirando a su padre y a todas aquellas personas, y con el rostro de Dalia en su mente, fue entonces que cayó en cuenta de cuánto estaba siendo afectado todo el reino. Era increíble; el mal había comenzado en su familia, ya la había desgarrado y desfigurado cada uno de sus miembros, y ahora, cuando ya había acabado con la familia, se propagaba como una enfermedad por todo Daguena, y sus estragos los podía ver reunidos allí mismo.

Aleyu recordó por un momento sus sentimientos, pero solo pudo atraer a los que le produjeron dolor ¿Cómo curar a Daguena de aquella enfermedad? Había que cortarla de tal manera que toda raíz fuera extraída y quemada. Entonces deseó saber usar el regalo de Dresar, y usarlo contra su hermano.

El Rey miró hacia una de las torres exteriores, y con un rostro abatido le hizo un gesto a un guardia que se encontraba en lo alto de la misma. El guardia entonces se volteó hacia el exterior del castillo, y mirando hacia abajo hizo una seña con la mano. Al instante se escucharon decenas de bramidos y un sonido como si algo muy pesado fuera arrastrado por la tierra. Atravesando las puertas aparecieron cinco grandes bestias: eran muy fornidas y rechonchas, más grandes y altas que centicoras. Sus cuerpos eran alargados y gruesos, y

sus cabezas también eran enormes. Sus bocas eran un poco alargadas y con dientes planos, especiales para masticar plantas y hojas. Tenían grandes ojos que parecían un tanto adormilados. Sobre sus frentes tenían tres diminutos cuernos que apenas y asomaban por entre la gruesa piel. Estas criaturas carecían de pelo en la mayoría de sus cuerpos, excepto por unas partes escasamente pobladas de pelo negro, localizadas en las partes bajas de las patas, y un tanto más sobre los lomos.

Un sonido muy estruendoso acompañaba los bramidos de las bestias; estas se esforzaban y eran guiadas por algunas mujeres, las cuales, por supuesto, vestían de negro. Al cuello de cada uno de los animales habían sido atadas gruesas cuerdas, los extremos de las cuales estaban amarrados a los largos y gruesos troncos secos de árboles sin ramas.

Guiados por aquellas mujeres, los animales recorrieron todo el jardín arrastrando aquella carga pesada, arruinando por completo tras de sí el césped. Avanzaron y cruzaron el espacio que había entre los presentes y la tribuna, desde la cual el Rey, con ojos llorosos, precedía el acto.

Las bestias pasaron frente a todos ellos y se detuvieron cuando los troncos muertos descansaron frente a todas las personas, estas rompieron a llorar amargamente. Aleyu esta vez no pudo contenerse, también comenzó a llorar recordando todo lo sucedido en el río cuando había estado con varios de los hombres a los cuales pertenecían aquellos árboles, cuyo lazo finalmente se había roto, arrancado por la muerte; pues al morir los hombres también morían los árboles con los cuales tenían el lazo, esto era lo que los unía con el bosque, con la tierra y con la vida, y verlo roto de una manera tan horrible era simplemente insoportable. Aleyu ardió en odio y juró que un día vengaría a esos buenos hombres; cobraría venganza contra el sujeto que estaba cerca de él.

Cuando los diez troncos estuvieron en el suelo delante de la pequeña y doliente multitud, las bestias fueron desatadas y llevadas de vuelta afuera del castillo. De esa manera tuvieron frente a ellos a los troncos de los árboles muertos a los cuales estaban ligados cada uno de los participantes que habían muerto durante la competencia. Algunos troncos eran muy largos y gruesos, mientras que otros eran de menor estatura y grosor. Todos eran de distintas especies de árboles, y de maderas muy diferentes. Sus raíces parecían contraídas y disminuidas, como dedos doblados por algún intenso dolor. A pesar de lo oscuro y frío que estaba ahora el día, el aire se sentía seco y sofocante, pesado y estorbo, al punto de que era incomodo incluso respirar.

—Ahora procederé a leer los nombres de cada uno de los que nos han dejado —anunció Deinor con su voz triste—: Hador amistaed, Dosiq Nalad, Mesnen Nom, Aldos Almes... —al escuchar este último, Arzoul dio un suspiro y sus ojos se empaparon en lágrimas, por lo que Aleyu supuso que se trataba del primo de este.

A cada nuevo nombre le seguía un grito de dolor y mucho llanto, conversaciones bajas y tristes, y luego un silencio sepulcral... Anasteles Silil, Esclim Dep, Poneslet Sonel, Escit Ezed, Terencil Dirt, Imis Dolnes, Sarot Tilens, Altesés Dep, Luceos Ineslus... y Anasteles Dep.

Ellos murieron en el río, en una competencia que yo mismo ideé, por lo que acepto toda la culpa y la responsabilidad, así como las consecuencias.

Hubo un murmullo entre los presentes. Aleyu no lo podía creer; ¡su padre se echaba la culpa frente a todos! El ambiente se puso aun más frío y el viento sopló con mayor fuerza; el cielo amenazó con la lluvia.

—Aquí frente a nosotros yacen catorce árboles que el bosque ha perdido —continuó Deinor—, esto solo significa que no han sido solo catorce las vidas que se perdieron, sino veintiocho, pues la vida de un árbol es tan valiosa como la nuestra, y esto solo redobla mi culpa.

Aleyu estaba sorprendido, su padre no dejaba de culparse; estaba allí de pie, encorvado sobre la tribuna, llorando, afligido y deprimido. No sabía si las ganas de llorar se debían a los difuntos, o si era por contemplar a aquel pobre anciano. Ese no podía ser su padre, el Rey de Daguelna. La culpa y el dolor lo hacían ridiculizarse a sí mismo ante todos aquellos; era solo un despojo de un gran Rey, un gran padre, y esto era algo que tampoco se volvería a ver en el reino.

Deinor ya no podía continuar su discurso, no miraba a la gente; yacía con la cabeza baja. El oscuro día parecía proyectar una sombra en el rostro del Rey, y en la penumbra solo parpadeaba la luz reflejada en las lágrimas de su rostro.

Al no poder soportar más aquello, Aleyu le hizo señas a Enot, el cual estaba de pie a unos metros de él. El viejo mayordomo estaba petrificado, pues nunca había visto de esa manera a su señor, de hecho, nunca había visto a nadie tan triste. Al ver a Aleyu, Enot se apresuró a ir a las puertas del castillo, segundos después volvió acompañado de varias mujeres que guiaban de vuelta a las grandes bestias de carga.

La pequeña multitud miraba fijamente al Rey, como si le reprocharan que el sufrimiento que este sentía aun no fuera suficiente. Pero ya para entonces los

troncos habían sido amarrados de nuevo a las grandes y mansas bestias y, cuando sonó un cuerno, estas comenzaron a remolcar nuevamente a los árboles muertos, esta vez con dirección a las puertas del castillo. Para alivio de Aleyu, las personas de inmediato comenzaron a seguir el mismo camino, dejando pronto todas las sillas vacías y olvidándose de su padre.

—¡Aleyu! —lo llamó Deinor, este de inmediato se levantó y fue hacia su padre, subió a la tribuna y llegó a él—, por favor encárgate tú, yo necesito pensar, descansar, buscar algún alivio para mi corazón, si es que lo existe.

—Claro que sí, papa —dijo Aleyu con voz débil al ver a su padre destrozado, pero una vez más se sintió muy incomodo— ¿Estás bien? —Deinor no contestó, miró melancólicamente a su hijo y apartó la mirada, luego, ayudado por Enot, y sorpresivamente también por Nubelia, se dirigió a la gran torre, a su habitación.

Aleyu se encaminó junto con la pequeña multitud que seguía a los troncos arrastrados por las imponentes bestias. Mientras lo hacía, se volteó para ver como llevaban a su padre. Había visto y sentido en él un gran cansancio, tanto físico como mental; su mente no era capaz de adaptarse a las situaciones, simplemente no las aceptaba. Cuando cruzaron las puertas y salieron al exterior ya no pudo verlo más, pero se percató de que a su izquierda estaba Dalia, muy seria, mientras que a su derecha caminaba Arzoul. Detrás de ellos, a alguna distancia, los seguían Lenumat y Tiberli, y detrás de estos marchaba una guarnición de unos veinte guardias vestidos de negro, cargando estandartes plateados.

Tampoco ese era el momento para hablar con Arzoul, de manera que Aleyu prefirió esperar. Recorrieron el camino desde el castillo y llegaron a la ciudad, siguiendo las profundas y largas huellas que dejaban en el suelo los troncos al ser arrastrados. Asaliriam estaba en completo silencio; toda la gente se había apostado a ambos lados de la calle principal, todos bajaban la cabeza al ver pasar los troncos, muchos también lloraban y se lamentaban. Permanecían en un respetuoso silencio, pero cuando veían a Aleyu, más de uno se atrevió a saludarlo, pero sin moverse de donde estaba.

—¡Papa! —Se escuchó la vocecilla de un niño cuando el desfile fúnebre se acercaba al bosque.

—¡Dinax, hijo! ¿Qué haces aquí? —exclamó Arzoul cuando el niño llegó a él, Arzoul entonces lo tomó en sus brazos y lo alzo: era un niño de no más de cinco años de edad, delgado y moreno. El cabello era de un negro intenso y le llegaba a los hombros, lo llevaba amarrado en trenzas al igual que su padre,

solo que en un número mayor.

—¿Él es tu hijo, Arzoul? —se extrañó Aleyu— ¿Tú tienes un hijo...?, ¿tú estás casado?, pero si participaste en la competencia, y se suponía que los participantes competíamos por obtener el derecho de ser el próximo en casarse, y eso es especialmente importante cuando el Rey solo puede conceder la bendición para ello solo unas pocas veces al año.

Arzoul dejó de sonreír a su hijo y se puso serio ante el comentario de Aleyu; fue como si las palabras de este le hubieran hecho recordar algo muy triste.

—Lo que sucede, mi príncipe, es que yo sí buscaba casarme —comenzó a explicar cuando el desfile ya abandonaba la vía principal de la ciudad y se internaba en el bosque. Mucha gente se había unido a la marcha, por lo que ahora la multitud era aun mayor, pero solo había hecho que el aire se volviera aun más penoso, e incluso los árboles parecían entristecerse e inclinar sus ramas, débilmente iluminadas por las rocas que llevaban las personas, ante el paso de los troncos secos y muertos.

—¿Entonces tú tuviste a ese niño fuera del matrimonio!?

—¡No, no!, se equivoca —se apresuró a negar Arzoul— ¿Sabe la clase de castigo que eso hubiera representado? No, eso sería una depravación —Aleyu permaneció en silencio—. Verá, yo ya estuve casado una vez. Fue a los veinticinco años que despose a mi mujer, pero este niño es lo único que me queda de ese amor.

—¿Cómo así que lo único que te queda?

—Por desgracia, justo en el momento en que Dinax estaba por nacer, mi esposa estaba muy débil, esto porque el árbol al cual ella estaba ligada había sido atacado por una grave enfermedad; todas las hojas se le cayeron en cuestión de pocas semanas, su corteza se secó y agrietó, y el suelo alrededor de sus raíces se comenzó a llenar de un moho rojo. En consecuencia mi esposa no estaba en condiciones como para afrontar el nacimiento de Dinax, pero ya era muy tarde; el embarazo había llegado a su tiempo.

Se intentó hacer de todo para atacar la enfermedad de su árbol, a fin de que este recuperara al menos un poco de su antigua fuerza, pero todo fue en vano. Yo mismo me mantuve muchas noches cuidando del árbol, abonando su tierra y manteniendo a raya el moho. Mientras yo hacía esto, toda mi familia y la de mi esposa se encargaban de cuidarla, incluso trataron de retrasar el nacimiento aunque fuera unos días, pero nada resultó, y al final, bueno, ella solo pudo ver el rostro de Dinax unos segundos... y luego murió.

—Cuanto lo siento, amigo mío —se lamentó Aleyu. Precisamente tenía algunos recuerdos vagos de aquella situación. Había pasado cinco años atrás; la noticia de la enfermedad de una joven mujer embarazada había recorrido todo el reino, así como una gran preocupación. Días después se había levantado un gran lamento al saberse de la noticia de la muerte de la mujer. Aleyu había asistido al funeral, su padre lo había llevado junto con toda la familia, incluyendo a Lenumat, con el cual se había escapado, y juntos habían ido a nadar al río, justo ese día fue que conoció a Ciorima.

En el aire se extendía un sonido crujiente provocado por los catorce troncos al pasar pesadamente sobre las hojas y ramas del suelo del bosque. Alrededor también se podía escuchar a la gente hablando tristemente en voz baja, casi susurrándose las cosas, pero la mayoría se mantenía en llanto.

—Pero eso significa que conseguiste otra buena mujer, ¿cierto? —dijo Aleyu, buscando un tema menos triste, pues se sentía incomodo y no hallaba que decir—. Entonces participaste para poder casarte con ella, me alegro mucho por ti, aunque lamento que tengas que esperar más tiempo.

—Bueno, esa era la idea, más o menos —repuso Arzoul sin cambiar mucho su expresión—. Pero creo que la mala suerte me persigue, porque para cuando se produjo la competencia, ella y yo teníamos muy poco tiempo de estar conociéndonos; yo participé para que, si en un futuro cercano decidíamos casarnos, ya tener la bendición del Rey asegurada —hizo una pausa y bajó la cabeza—, pero lo malo fue que a Loilen le pareció que yo quería ir demasiado rápido con la relación —entonces suspiró— y decidió terminar con la misma.

—Arzoul, lo siento mucho —se conmovió Aleyu. No entendía cómo una mujer podía despreciar todo el esfuerzo que había hecho Arzoul, incluso arriesgar la vida para estar juntos, y que ella simplemente lo desechara como ropa vieja.

—Supongo que no es tan importante —dijo Arzoul mirando a su hijo Dinax, el cual en sus brazos le sonreía—, creo que ya logré todo lo que un hombre podía desear en esta vida; ya tuve la oportunidad de formar una familia, y considero que lo mejor ahora es no estorbarles a los más jóvenes.

Aleyu no dijo nada, aunque no estaba muy de acuerdo. Arzoul aún era joven, y simplemente no podía ser que eso fuera todo lo que el destino le pudiera dar a un hombre.

Siguieron hablando un rato más hasta que el bosque delante de ellos se abrió y el penoso desfile llegó al claro que había entre el bosque y el río Ereuflo, a solo unos metros de la casa de Ciorima. Allí los troncos secos

fueron colocados cerca de la orilla y las bestias que los habían cargado fueron conducidas al interior del bosque. Todas las personas se reunieron en torno a los árboles muertos, mirándolos como si realmente estuvieran viendo los cuerpos de quienes habían fallecido. El día estaba aun más oscuro y el sol brillaba en el olvido. Comenzó a caer una lluvia suave pero copiosa, la cual empapó a los dolientes, pero pese a esto nadie se movió, y las lágrimas se perdieron en las gotas de agua sobre los rostros, aun así el dolor no cesó en aquellas caras.

Aleyu estaba en el medio del semicírculo que habían formado alrededor de los troncos, dejando un espacio libre, el cual daba directamente al río. Aleyu se adelantó unos pasos.

—Luego de hoy no habrá un día tan doloroso —comenzó, hablando lentamente pues se le dificultaba mucho encontrar las palabras justas que decir, así como los sentimientos que se suponía debía sentir—. El camino a la otra vida forma parte del ciclo de la naturaleza, del cual nosotros no escapamos. Pero cuando la muerte llega demasiado temprano, sin haber cumplido las metas y sueños, cuando se sabe que se pudo haber conseguido mucho más, es en ese momento que se vuelve una tragedia, y aun más cuando se perece en una situación tan terrible —Todas las personas lo escuchaban y lloraban al ritmo de sus palabras—. Después de hoy Daguena ya no será igual, ninguno de nosotros volverá a ser la misma persona. Hemos probado el dolor que pensábamos estaba desterrado de nuestro reino, y ha sido quizás la falta de ese dolor lo que hace que este momento nos duela aun más.

No los encontramos a ellos, pero los despedimos y honramos con los cuerpos de los árboles a los cuales estaban ligados, unidos por ese lazo que no vemos pero que todos conocemos. Al igual que esta madera, nuestros corazones están secos de dolor y claman justicia —al decir esto último Aleyu miró con malicia a Lenumat, que se encontraba del otro lado del semicírculo, el cual, con Tiberli llorando pegada a su hombro, le devolvió una mirada idéntica.

—Nada de lo que pasó en el río será olvidado... nada —continuó diciendo mientras le sostenía la mirada a su hermano—. Algún día sabremos la verdad de lo que sucedió, y entonces se sentará un precedente. Pero por ahora no podemos hacer otra cosa que no sea llorar... Pueden proceder.

Obedeciendo sus últimas palabras, varios de los guardias se acercaron en medio de la lluvia a los troncos y a cada uno de ellos le ataron una roca luminiscente de color blanco, las cuales brillaban con fuerza en aquel día

oscuro. Seguidamente, entre al menos diez guardias, atando nuevas cuerdas, arrastraron el tronco más cercano al río y lo llevaron algunos metros dentro del mismo. Se aseguraron de que no girara para que la roca luminiscente permaneciera por encima del agua, y luego volvieron a la orilla, repitiendo lo mismo con cada uno de los demás árboles muertos.

Todos los presentes dejaron de llorar en ese momento, permaneciendo en completo silencio, sosteniendo todavía decenas de rocas blancas, cuya luz escapaba por entre sus dedos, viendo como uno a uno todos los troncos comenzaban a flotar sobre el agua y eran arrastrados por la corriente, alejándose rápidamente con dirección al gran océano. Pese a la carencia de llanto, ese era el momento de mayor dolor, pues ahora despedían a la otra parte de sus seres queridos, lo último que habían tenido de ellos en los últimos días. Muchas de las madres seguramente estaban recordando el día en que su muchacho había encontrado su árbol por primera vez y había tenido su Noltal, y cuantas veces lo habían visto con su árbol, a su sombra, hablando con él.

El día parecía entristecerse cada vez más, al igual que las personas; el viento soplaba con fuerza desde las nubes que cubrían el cielo, provocando que gran cantidad de hojas húmedas se desprendieran de las ramas y cayeran por todos lados y, curiosamente, cubriendo los troncos que flotaban en el río, adhiriéndose a ellos y envolviéndolos casi por completo, lo cual fue muy conmovedor hasta que el último tronco se perdió de vista a lo lejos.

—Mientras haya árboles en este bosque... serán recordados —continuó diciendo Aleyu, mirando a la distancia donde la luz blanca del último tronco había ya desaparecido, esto lo llevó inevitablemente a mirar hacia la casa de Ciorima, y para su sorpresa, descubrió que allí estaba ella, observando desde una ventana. No lo miraba a él sino al río. Al lado de ella estaba Cumer, mientras que el viejo Izor observaba el acto desde afuera de su casa, parado en la puerta entreabierta con un rostro de acorde a la ocasión y con la cabeza baja.

Aleyu no podía ir en busca de Ciorima en ese momento, además de que no quería hacerlo; no deseaba escuchar el sermón que de seguro le tenía preparado la muchacha, aunque sí ansiaba acariciar su vientre. Pero al sentir que le había fallado a ella y a su hijo, sintió vergüenza y apartó la vista antes de que ella notara que la miraba.

Aun y cuando ya todos los troncos habían sido llevados por el río, la multitud permaneció estática un buen rato; la mayoría simplemente no quería irse y volver a sus vidas pretendiendo que nada había pasado, mientras que

unos pocos, incluyendo a Aleyu, no se iban porque pensaban que no era correcto retirarse hasta que las familias de los perdidos decidieran que ya era la hora. De manera que todos permanecieron allí mucho tiempo, acompañándose bajo la lluvia, siendo acariciados por las hojas que no paraban de caer. Finalmente una anciana rompió de nuevo a llorar, se dio la vuelta y avanzó con dirección a la ciudad, siguiéndola toda su familia. Luego otras familias los imitaron y también comenzaron a caminar hacia Asaliriam. Lenumat y Tiberli desaparecieron entre la gente que se dispersaba muy lentamente. Aleyu se quedó algunos minutos más, acompañado por Dalia y Arzoul.

—Hace tres meses no me imaginaba que estas fueran las consecuencias: estar en un día oscuro y triste como este, tratando de recordar o imaginar cosas buenas de personas que murieron de una manera carente de sentido. Que horrible es perder a uno de tus mejores amigos de esta manera —se lamentó Dalia. Aleyu comprendió todo; uno de los amigos de su hermana había participado en la competencia, y había sido uno de los fallecidos. No dijo nada, no supo que decirle—. En ese entonces era... imposible imaginar que cosas tan horribles pudieran pasar.

—Lo mejor será que te acostumbres —dijo repentinamente Aleyu, sin saber bien por qué lo decía—. Creo que hasta que el culpable no sea desenmascarado, cosas como esta podrían volver a ocurrir. Yo tampoco entendía muy bien cómo es que todo podía cambiar tanto en tan poco tiempo, pero ahora creo que hay que dejar que las cosas pasen, pero se debe de luchar porque pasen a tú favor.

Luego de un rato Aleyu, Dalia, Arzoul y Dinax, completamente empapados, finalmente se retiraron. Atravesaron lentamente el bosque hasta llegar a la ciudad. Arzoul se despidió de ellos al llegar a la vía principal, excusándose con Aleyu, pues debía de ir con su familia, los Almes, para compartir el dolor por la pérdida de su primo. Aleyu y Dalia, en compañía de todos los guardias, siguieron con rumbo al castillo. La ciudadela permanecía callada, las personas ya no estaban en las calles, pero tampoco estaban en sus labores; el día era de luto y nadie trabajó por la tarde por respeto a los fallecidos.

Cuando Aleyu y Dalia llegaron al castillo, sin pensarlo dos veces se dirigieron a la habitación de su padre, llegaron a la gran torre y ascendieron las escaleras de caracol.

Enot se encontraba a un lado de la puerta, a simple vista parecía un guardia custodiando un tesoro, pero no era lo suficientemente alto, ni daba la

apariencia de ser bravío. Luego de sortear las advertencias del viejo mayordomo sobre el agotado estado de su padre, Aleyu y Dalia entraron en la habitación. Deinor se encontraba sentado en la silla de roca sobre un cojín de plumas. Cerca de la cama, en otra silla estaba Nubelia. En la habitación corría de aquí para allá un viento fresco y húmedo que entraba a través de la ventana del balcón. Las cortinas descorridas dejaban ver afuera una suave pero incesante lluvia, o como era llamada en Daguelna, “una lluvia necia”. La mayor parte de la triste luz la brindaba la gran roca luminiscente adherida al techo.

Al principio Aleyu se sintió muy incomodo y molesto con la presencia de su madre; permaneció callado un buen rato y dejó que fuera Dalia la que iniciara una larga conversación. Al cabo de un rato se extrañó, pues comenzó a sentirse menos incomodo y más tranquilo; le parecía ya no percibir aquella mirada fría y cargada de enojo de su madre. Cuando de vez en cuando sus miradas se encontraban, le parecía ver, por algunos instantes antes de volver a ver a otro lugar, alguna pisca de amor, ¿podría ser acaso que también hubiera un poco de arrepentimiento? Por momentos le parecía que ella quería hablarle, pero luego, quizás por temor u orgullo, como suele suceder siempre después de una discusión, se abstenía, pero una cosa era segura para Aleyu; él no sería quien rompería el hielo.

—... si vez las cosas desde ese punto de vista, descubrirás que tú eres quien tiene menos culpa en todo este asunto —le decía Dalia a su padre, dándole apoyo moral.

—Pero han sido veintiocho, ¡veintiocho muertos!, es una gran pérdida. Nunca antes, según los registros históricos, habían muerto tantas personas al mismo tiempo y de una manera tan terrible y espantosa desde los tiempos de la guerra civil... —decía Deinor empeñado en hacerse responsable—, y todo por una idea mía. El reino nunca lo olvidará, si supieras como me miran cuando camino por las calles...

—Tú eres el soberano —dijo Aleyu de pronto—, eres tú quien los gobierna, no ellos a ti.

—Ser Rey es mucho más que solo eso, hijo mío —discrepó Deinor—. Quizás muchos Reyes del pasado se hayan equivocado, pues gobernar un pueblo no debe verse como un beneficio, sino como un servicio. Estamos aquí para servir a las personas, pero en su lugar, nosotros somos quienes son servidos —Deinor dijo esto mientras hacía un gesto con la mano, señalando en general toda la habitación, cargada de lujos.

—Aleyu tiene razón, Deinor —de pronto Nubelia intervino en la conversación, sorprendentemente apoyando a Aleyu—, deja de preocuparte tanto por la gente —dijo luego con un tono frío. Aleyu no lo podía creer ¿su madre le había dado la razón? Deinor y Dalia también se quedaron sin habla—. Los darados escaparon de manera muy misteriosa, deberías preocuparte más por descubrir al culpable —aquello fue aún más increíble. Nubelia había dicho esto sin dirigirle a Aleyu ninguna mirada de sospecha ¿Acaso comenzaba a dudar de Lenumat?

—Sino quieres escucharme a mí, escucha a mama. Ella, al igual que Aleyu y yo, solo queremos lo mejor para ti y para todos, y de una buena vez terminar con toda esta situación —agregó Dalia.

—De acuerdo, lo intentaré —expresó Deinor al fin—, intentaré suponer que no fue mi culpa, trataré de sobreponerme, de lo contrario, ¿qué clase de Rey sería?

—Sí, y si logramos atrapar al o a los culpables de esta tragedia, eso hará descansar tu conciencia —concluyó Aleyu.

—Escucha también a Aleyu —continuó Nubelia—, tal parece que él es tu gran aliado ahora —luego de estas palabras cayó un manto de silencio, no solo en la habitación, sino en el castillo, y en el reino. Todos estaban tan absortos en la incredulidad ante aquellas palabras, que no escuchaban ni el viento ni la lluvia.

—Pensé que estabas del lado de Lenumat —dijo de pronto Aleyu rompiendo el manto silencioso, dirigiéndose a su madre con aire desafiante, pensando en una trampa tejida con hipocresía.

—Yo nunca he estado de un lado o del otro, hijo —respondió Nubelia con tono un tanto severo, de acuerdo a su carácter ante tal acusación—, simplemente apoyé un poco a la persona que en ese momento me parecía, solo un poco, más adecuada. Pero cualquiera se puede equivocar, todos tenemos derecho a ello, ahora he cambiado de parecer, y si así quieres que lo diga, Aleyu; he decidido “cambiar de lado”

—Lo último que necesito es que comiencen a discutir —sentenció Deinor —, aquí nunca ha habido “lados”, todos somos una familia, el reflejo de la sociedad daguelnense, debemos estar unidos entre nosotros.

—¿Qué pasó con la confianza y el apego que tenias por Lenumat, madre? —inquirió Aleyu, pasando por alto a su padre — ¿Acaso has descubierto algo de él?

Nubelia calló, parecía como si tratara de hallar una explicación o una

excusa después de haber cometido un gran error. Luego, acorralada, pareció hallar la salida al aprieto.

—No he hallado nada, no sé de qué hablas, Aleyu, solo puedo decir que ¡me equivoqué! Pensaba que Lenumat tenía el mayor derecho a cazarse antes, porque fue él quien primero pidió la bendición de tu padre, pero este al negársela y darte a ti la oportunidad de lograr cazarte primero, si vencías a Lenumat en la carrera, no lo consideré correcto. Además, me pareció infantil tu reacción de, ante la adversidad, encerrarte en tu recámara y olvidarte de todo, esperando que fuera tu padre quien lo arreglara todo por ti, dejando de ver a Ciorima, sin importante nada más que tu rencor.

—No estoy en nada de acuerdo contigo, madre, pero todavía no entiendo por qué es que cambias de opinión —dijo Aleyu.

—En cuanto a lo que acabo de decir no he cambiado de opinión, pero luego de lo del río... yo también he comenzado a sospechar de Lenumat, debido a su extraña conducta y las cosas que dice.

—¿Qué cosas dice? —preguntó Aleyu ansioso.

Nubelia no contestó, pero su rostro se oscureció y entristeció.

El filo de Amalón

¿Qué cosas dice? insistió Aleyu, pero su madre tampoco contestó
¿Seguirás entonces de su lado?

Ya te dije que nunca estuve en realidad de ningún lado contestó Nubelia. Como dice tu padre, no deben de haber “lados”, nunca debió haberlos. No me alejaré mucho de él..., pero quiero acércame a ti, soy tu madre.

Aleyu continuó escéptico ante el repentino cambio de su madre; recordaba muy bien la ocasión en la que ella le había susurrado al oído que prefería a Lenumat antes que a él, y no creía que algo así fuera a cambiar de la noche a la mañana, al menos de que efectivamente ella hubiera oído o descubierto algo que la inquietara demasiado, pero si así era, ¿por qué no lo decía?

La conversación continuó un rato. Pese a que no creía en su madre, Aleyu notó como está ahora le hablaba en un tono más agradable; relatando todo lo que había hecho Lenumat para prepararse para la competencia, pero esto poco le importó a él, pues se limitaba a explicar en que partes de los ríos Ereuflo y Seslan había entrenado, y no mencionó para nada la droga con la que Lenumat había hecho trampa, para Aleyu era obvio que ella ocultaba algo.

Entonces se le ocurrió algo; seguirle la corriente a su madre, fingir que le creía y que aún la quería, de tal manera que esta le tuviera confianza de nuevo, y quizás de esta forma pudiera terminar confesando las cosas que decía Lenumat, y cualquier otro detalle que supiera.

Fue entonces que el tono de la conversación se volvió muy ameno, algo que Deinor y Dalia pensaron que nunca podría volverse a dar. El tiempo corrió rápidamente y las horas pasaron sin dejar pista. Deinor estaba tan ilusionado con la situación que, cuando por la tarde Enot les solicitó pasar al gran salón para tomar la cena, le indicó que no irían hasta allá, sino que les sirvieran los alimentos allí mismo, en la habitación, todo con tal de no romper aquel buen precedente.

Al concluir la conversación, justo cuando la lluvia se detenía y el sol moría envuelto en gruesas capas de nubes negras, y el viento se encargaba de sacudir el agua de las altas hojas del bosque, Aleyu y Dalia salieron de la habitación, despidiéndose con un beso de sus padres, dejándolos sólo con la compañía del viejo Enot, que seguía resguardando la puerta, esta vez sentado en un pequeño banco metálico. Aleyu y Dalia salieron de la gran torre, la princesa se quedó en el jardín, bajo uno de los árboles, lo cual le pareció extraño a Aleyu pues hacía mucho frío y a pesar de que la lluvia menguaba, las gotas caían sin cesar del árbol. Sin embargo no le dijo nada, pues seguramente seguía muy triste por la pérdida de su amigo.

Mientras cruzaba el jardín embarrialado, Aleyu tuvo una extraña sensación, como si alguien lo mirara insistentemente, entonces alzó la mirada delante de él; allá, en una de las ventanas del segundo piso del castillo estaba Lenumat que, sin ningún disimulo y bañado en una débil luz, lo vigilaba. Se produjo un encuentro de miradas de odio y, luego de unos eternos segundos, a Aleyu le pareció triunfar; Lenumat desvió la mirada y se fue caminando por el corredor.

Aleyu se dirigió a su recamara. Al llegar al pasillo que lo conduciría al túnel que daba a los dormitorios, se sintió de nuevo muy deprimido; todavía seguía siendo el gran perdedor y no tenía ni idea de cómo investigar a su hermano ¿Cómo comprobar que había hecho trampa y que había sido el responsable de tantos muertos? Cuando llegó a su habitación y se percató de que Dresar no estaba allí, deseó con todas sus fuerzas que este lograra encontrar algo que incriminara definitivamente a Lenumat, pero cuando el mago regresó con un informe negativo, Aleyu se sintió aun peor.

Dresar, al percibir que Aleyu se deprimía de aquella manera, intentó animarlo; comenzó de nuevo a relatarle historias fantásticas de sus viajes sobre criaturas y lugares lejanos, aunque en esta ocasión también incluyó relatos de hombres del pasado que se habían enfrentado a grandes retos y desafíos, y que habían comenzado con nada o que lo habían perdido todo, pero que al sobreponerse y no darse por vencidos lograron obtener grandes victorias y ayudar a mucha gente, de manera que sus nombres quedaron grabados en la historia de muchos pueblos.

En los días posteriores Aleyu se acercó más a su madre, siempre con la idea de sacarle todo lo que esta pudiera saber acerca de los planes de Lenumat, sobre la droga que este había usado o de los cómplices del mismo, pero también para arrebatarse a su hermano ese gran aliado que había sido la

Reina, pues esa sería una buena jugada, lo cual le fue respaldado por Dresar. Sin embargo, su madre seguía sin decirle nada de lo que él quería, esto lo irritaba mucho pero intentaba ocultarlo para mantenerla alejada de su hermano. Se dedicaba tanto a esto que le dejó por completo a Dresar la tarea de investigar a Lenumat y tratar de encontrar alguna prueba que lo señalara directamente. Pese a que confiaba mucho en las habilidades del mago y en sus extraordinarios poderes, este regresaba cada noche con decepcionantes noticias. Tal parecía que su hermano sabía muy bien como esconder sus secretos, se había deshecho por completo de cualquier cosa que lo pudiera inculpar, y parecía que ya no se reunía con nadie en el pueblo, pues ya no salía tan a menudo del castillo, y si lo hacía, Dresar lo seguía, pero solo para comprobar que iba a ver a Tiberli y a nadie más.

Seguramente les ha dicho a sus cómplices que no deben verse ni lo deben buscar opinaba el hechicero, les debe de haber ordenado que continúen sus vidas como si nada hubiera pasado y que no deben hablarse por un tiempo, supongo que les ha prometido una recompensa luego de que se case y sea nombrado heredero.

Sin saber quién o quienes podían ser los cómplices de su hermano, Aleyu se volvió muy desconfiado, tanto con la gente del pueblo como con los mismos guardias del castillo, pues según Dresar en los hombres del este era frecuente que en una situación así los guardias estuvieran también coludidos. “¿Quién o quiénes serán?” se decía en la mente cada vez que paseaba por el castillo. Dejó también de ir a menudo a Asaliriam o al bosque, así como tampoco volvió a visitar Hadanas o Gaelan-eset, y ni siquiera volvió a ir a los pueblos, a pesar del apoyo y el cariño que la mayoría de la gente demostraba por él luego de la competencia.

Transcurrido un mes desde la competencia, y cuando ni Dresar parecía capaz ya de desenmascararlo, paso justo lo que Aleyu había temido; Lenumat anunciaba que se cazaba con Tiberli. La boda sería tres días después de la próxima luna llena, lo cual era en verdad muy pronto. Aleyu no asistió al anuncio, pero se enteró de todos los detalles por medio de Dresar y de Dalia, y un poco por parte de su madre; la boda de su hermano sería en tan solo dos semanas, lo cual lo hizo realmente desesperar y enfurecer como nunca.

Siguiendo los consejos del mago, y decidiendo recurrir a la misma estrategia que Lenumat, Aleyu comenzó a buscar aliados; se rodeó de los únicos hombres que eran de su confianza y que sabía que no podían estar con su hermano, y estos eran los sobrevivientes de la competencia. Convenció a

Arzoul y a los demás acerca de las extrañas circunstancias en las que todo había pasado, pero solo a Arzoul le comentó de sus sospechas sobre Lenumat, aunque luego los demás llegaron a la conclusión de que solo este cumplía con la descripción de sospechoso. A Arzoul le fue muy difícil aceptar aquella idea, pero finalmente aceptó ayudarlo en todo lo que le fuera posible. Así mismo aceptaron todos los demás, pues seguían vivos gracias a Aleyu. A estos también les costó aceptar que alguien pudiera ser tan malvado como para planear algo así, pero cuando Aleyu logró convencerlos, se enfurecieron mucho y juraron apoyarlo, no importaba de que manera quisiera hacer las cosas.

Aleyu no comentó nada con Dresar, pero en su mente comenzaba a planear una estrategia para deshacerse de su hermano. No quiso decírselo al mago ya que estaba seguro que este lo consideraría algo casi malvado, pues se parecía mucho a cosas que hombres del este solían hacer en busca del poder, pero para Aleyu era una necesidad en aquellas circunstancias. Al principio a él también le costó un poco aceptar que su mente hubiese planeado algo así, pero luego, con el pasar de los días y la proximidad de la boda de su hermano, se dio cuenta de que realmente no tenía opción. No lo veía como algo malvado, pues era algo que se necesitaba hacer para evitar que más gente sufriera, para que Daguena no padeciera, algo para que todo terminara. Se dio cuenta de que el fin en esa situación sí justificaba los medios.

Cuatro días antes de la boda de Lenumat, en medio de decenas de preparativos en todo el reino y el castillo, al fin Aleyu reunió a sus amigos para contarles su plan. Para evitar posibles espías los llevó hasta las orillas del río Exter poco después del anochecer, el mismo río donde había comenzado la competencia para que, si dudaban al escuchar el plan, recordaran todo lo que habían pasado en esas mismas aguas.

Todavía me parece increíble que el príncipe Lenumat haya ideado tan atroz acto comentó uno de los nuevos amigos de Aleyu, aún un poco incrédulo. La luna estaba llena y brillaba con fuerza en el cielo sobre el bosque, sin nubes que la opacaran. Junto a Aleyu eran ocho los que estaban en la margen del río, cerca de la pequeña catarata. Las plataformas habían sido ya desmontadas y el agua rugía y caía sin obstáculo alguno, reflejando la luz azulada de la luna.

¿Aún tienes dudas a pesar de todo lo que les he contado y las pruebas que ya han visto? Pues si vacilas no deberías estar aquí, ya que la duda puede llevar a la traición, Metiat reaccionó Aleyu ante el comentario del joven.

Discúlpelo por favor, príncipe, Metiat es famoso por no saber usar la boca, pero le aseguro que cuando eso pasa, no dice lo que en realidad quiere decir intervino otro.

No, está bien, creo que exageré un poco, Luxvas rectificó Aleyu.

Muy bien, príncipe Aleyu, estamos listos para escuchar su plan dijo Arzoul.

De acuerdo, se los diré, pero quiero que pase lo que pase, conserven la calma Aleyu hizo una pausa y respiró hondo. Tenía a la bella catarata a sus espaldas rugiendo y alimentando el río. Sus siete compañeros lo rodearon y prestaron atención, entonces Aleyu continuó : Ya todos saben lo que pasó en la competencia, ustedes fueron parte de ello; alguien mandó a soltar a las bestias malditas y por ello muchos murieron, y todos los presentes estuvimos a punto de correr la misma suerte. Todo fue planeado, se realizó una conspiración para matarme, para matarnos a todos, y el hombre que lo ideó todo fue... mi propio hermano, aquel al que ustedes también llaman “príncipe”. Sé muy bien que la naturaleza de los daguelnenses es pacífica, pero Lenumat ha quebrantado esa paz, sus ansias de poder ya han cobrado veintiocho vidas, ¡imagínense lo que pasará si se convierte en Rey!

Yo, su príncipe, aquel que los ayudó en estas mortales aguas señaló hacia el río, y por él cual aún siguen con vida, lo único que quiere es vengar a los que hemos perdido, y evitar que algo así vuelva a suceder hizo una nueva pausa y espió los rostros de sus amigos; varios de ellos exhibían no pocas marcas, cicatrices recientes, señales de la lucha contra los darados. Los miró a los ojos y luego continuó. Es lógico que Lenumat continuará con más actos viles, está en nuestras manos el detenerlo y salvar a Daguena, o dejar que siga trayendo dolor al reino se detuvo un momento y los volvió a ver a los ojos una vez más en busca de dudas, luego habló más lentamente y en un tono más bajo, aunque en el proceso se deba derramar sangre.

Al oír esto todos quedaron impactados, incrédulos. Entendían la insinuación de Aleyu, pero sus mentes aun no procesaban la posibilidad de cosa semejante.

¿Hablas de matar a Lenumat? preguntó Arzoul sin creer lo que oía.

No, no se puede matar a Lenumat aclaró Aleyu, sería demasiado evidente quién y por qué lo hizo.

¿Entonces la sangre de quién, príncipe? se inquietó Luxvas.

Tenemos solo cuatro días antes de la boda indicó Aleyu, pese a esto, al eliminar a una sola persona nos aseguramos de que ese matrimonio no se

pueda efectuar.

¿Está diciendo que quiere matar a...?

¡Silencio, Niafor! saltó Aleyu. No debemos hablar tan alto..., y sí, si tú y yo y todos lo demás hemos llegado a la misma conclusión, sabrán que todo esto ha pasado por culpa de dos personas, y si por ahora no se puede eliminar a una de ellas, entonces...

Aleyu se interrumpió de pronto; durante toda la tarde y el comienzo de la noche el viento había estado en calma, pero ahora inesperadamente comenzaba a soplar con una fuerza increíble, tanto que azotó las copas de los árboles y provocó grandes hondas en el agua.

¿¡Qué es eso!?! gritó Fiadel, otro de los que estaban allí, este tenía una cara de espanto mientras que con una mano apuntaba al aire, justo sobre Aleyu.

Todos se voltearon atemorizados, excepto Aleyu, que se imaginaba qué podía ser, aunque no entendía por qué aparecía frente a sus compañeros.

¿¡Pero qué es esa sombra!?! vociferó otro, mientras los demás lo imitaban con frases parecidas de horror y espanto.

Convencido de que sus sospechas debían ser correctas, Aleyu se dio la vuelta y miró al aire justo sobre él. El fuerte viento que todavía azotaba con furia provenía de un único punto que se hallaba a no más de diez metros sobre el suelo, allí había una gran sombra negra que se contorsionaba y agitaba. De pronto la oscuridad comenzó a descender lentamente, lo que provocó un pánico mucho mayor entre los amigos de Aleyu, uno de los cuales incluso se arrojó a las aguas del Exter. Los demás estaban petrificados mientras veían como de la sombra sobresalían dos piernas y dos brazos, y por último una cabeza; Dresar apareció ante ellos con su rostro cubierto por la capucha. Aún se encontraba a un metro sobre el suelo cuando descendió con elegancia hasta que sus pies tocaron la tierra por completo.

Dos sujetos más, incluyendo a Luxvas, se arrojaron al río y nadaron hasta la otra orilla. Los que permanecieron al lado de su príncipe se quedaron sin habla: estaban pálidos y las piernas les temblaban. Solo Arzoul parecía estar dispuesto a hacer algo si aquella cosa atacaba a Aleyu.

Aleyu, por fin te encuentro le dijo Dresar ignorando a los otros, mientras el viento se calmaba. Se veía extraño, algo agitado, como si estuviera asustado o sumamente preocupado.

¿Qué ocurre, Dresar? Aleyu se alarmó al instante. Nunca había visto así al mago, y fuera lo que fuera que lo pudiera poner de esa forma, no podía

ser bueno.

¿Quién es este?, ¿o qué es? preguntó Arzoul al recuperar el habla.

Debes venir conmigo, amigo, está pasando algo muy malo se apresuró a decir Dresar sin ver siquiera a Arzoul.

¡Dime qué ocurre!, ¿por qué estas así?, ¿acaso es Lenumat?

Es... es tu padre Un mundo entero cayó sobre Aleyu: un horrible presentimiento lo llenó por dentro, una sensación como si estuviera perdiendo lo más querido en su vida. No supo porqué, pero incluso sintió ganas de vomitar y le faltó el aire.

¡Mi padre!, ¿qué tiene?, ¿qué le sucede?, ¿dónde está? reaccionó Aleyu casi sin aliento.

¿El Rey? preguntó Arzoul, pero una vez más fue ignorado ¿Qué pasa con el Rey?

¡Ven Aleyu, rápido! insistió el mago ¡No hay tiempo para preguntas ahora, vamos al castillo, es urgente que llegues en segundos!

No puedo llegar en tan poco tiempo.

Claro que puedes, yo te llevaré Dresar le extendió la mano derecha, Aleyu la tomó sin vacilar. Al instante comenzó a soplar un fuerte viento nuevamente.

Aleyu sintió el aire en su rostro, obligándolo a cerrar los ojos. Percibió como Dresar le halaba del brazo con tanta fuerza que sus pies dejaron de tocar el suelo. Escuchó nuevas exclamaciones de horror de Arzoul y los demás, pero también notó que algunos se armaban de valor y recogían palos y piedras, dispuestos a defenderlo. Al no sentir apoyo en sus pies se asustó e intentó abrir los ojos, pero la fuerte briza no se lo permitió. Se le dificultaba el respirar, y comenzó a titiritar. Creyó percibir con mayor fuerza el sonido del agua bajando presurosa por la catarata. De pronto Dresar le soltó la mano, pero él no cayó sino que sintió un leve apoyo, como si estuviese parado sobre agua en movimiento. La ráfaga cesó y logró abrir los ojos, tenía a la luna delante de sí. Miró entonces un poco hacia abajo y vio un manto verde que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y más allá, diminutas montañas azules cubiertas de un manto blanco recortado contra la noche.

¡Príncipe! escuchó y miró más abajo, entonces se dio cuenta de que estaba de pie sobre una mancha de oscuridad que flotaba a varios metros del suelo, donde sus amigos lo miraban aterrorizados. Algunos animales, aparentemente igual de asombrados, lo miraban desde los árboles. Temeroso de una caída, Aleyu se tendió boca abajo sobre la sombra, sujetándose por los

extremos de la misma. Al instante Dresar comenzó a deslizarse y tomar altura, sobrevolando las copas de los árboles, para luego elevarse mucho más.

¡Espera Dresar! gritó Aleyu dirigiéndose a la oscuridad que lo llevaba, esta se detuvo, pero sus bordes se estremecieron como para dar a entender que tenía prisa. Aleyu alzó la cabeza y miró a sus amigos, que aún estaba sin habla, mirándolo desde la orilla del ruidoso río ¡Sé que no entienden nada de lo que han presenciado y que quizás estén traumatizados, pero les juro que se los explicaré, pero por ahora necesito que no se lo digan a nadie, a nadie! les gritó, luego de lo cual Dresar se puso en camino.

La imagen y el estruendo del río quedaron atrás muy pronto. Ahora se extendía abajo una vasta alfombra verde y titilante; el viento soplaba y le daba de lleno en la cara a Aleyu. Debido a esto, y pese a querer ver el reino desde aquella altura, tuvo que inclinar la cabeza y tratar de protegerse con los brazos. Mientras Dresar daba un giro brusco, Aleyu aprovechó para tratar de analizar la situación: todo había sucedido de manera muy rápida ¿Qué le estaría sucediendo a su padre?, ¿sería algo grave?, ¿habría sufrido algún ataque?, si era fuera el caso, él sería el culpable, sabía que debía estar al lado de su amado padre, confortándolo, protegiéndolo, lo cual había estado haciendo todos los días, pero ahora, por un descuido de unas pocas horas, su padre estaba en riesgo, tenía que estarlo, pues de lo contrario Dresar no se hubiera aparecido de esa manera.

Aleyu sabía que en su “forma oscura”, como él le llamaba, Dresar no podía hablar, y solo fue por eso que se abstuvo de hacer las preguntas que lo carcomían por dentro. Presentía algo, y sabía que no era nada bueno. El corazón le latía tan rápido como si en lugar de ir volando se dirigiera al castillo corriendo a través del bosque.

Pocos minutos después el viento comenzó a disminuir. Aleyu elevó el rostro y ante sus ojos se encontraban las torres del castillo, imponentes a esa altura y escasa distancia. En medio de todas se alzaba la gigantesca torre principal, hacia la cual se dirigían. Tardaron pocos segundos en sobrevolar la ciudad, y aun menos en dejar atrás el camino y el gran jardín. El balcón de la torre se acercó y creció hasta que llegaron a él, entraron por la ventana y fueron recibidos por gritos de espanto y sorpresa provenientes de la Reina y de Dalia, además de Enot y algunos guardias.

Rápidamente Aleyu espío la habitación mientras se desataba un gran alboroto y decenas de pergaminos y otros objetos volaban por la habitación en círculos a causa del viento. Miró de inmediato hacia la cama y vio allí a su

padre: este yacía completamente pálido, respirando rápida pero dificultosamente, como si una gran dolencia le abarcara todo el cuerpo. Tenía ambas manos sobre el abdomen como si tratara de contener un dolor intenso, mismo que se reflejaba en su rostro.

¡Aleyu! exclamó la Reina ¿Pero qué es esto? ¡Estas volando!

¿¡Aleyu cómo haces eso!? Dalia tampoco daba crédito a lo que veían sus ojos.

Aleyu no hizo caso a nada; dio un brinco hasta el suelo y corrió al lado de su padre, mientras Dresar todavía flotaba en el aire y Enot y los guardias se pegaban a la pared más lejana.

¡¡Padre!! gritó Aleyu sintiendo una presión en su pecho ¿Qué te sucede?, ¡dímelo por favor! Pero Deinor tenía los ojos clavados en las telas del techo y no paraba de hacer gestos de dolor, mientras que Dalia, que en su rostro se veían las marcas del llanto al igual que en el de su madre, estaba paralizada y con ambos ojos desorbitados observando la sombra, la cual parecía moverse como si tuviera vida propia ¡Padre mío! ¿Qué te han hecho? continuó gritando Aleyu ¡Un medico!, ¡Enot, tú sabes de medicina!

No sé que le ocurre al Rey, mi príncipe se excusó Enot muy nervioso y también llorando, logrando al fin ignorar a la sombra. Pero en ese momento se escuchó el grito de Nubelia; la oscuridad entonces se dio vuelta y en medio de un viento leve y frío salió por la ventana.

A... Aleyu dijo Deinor entrecortada y muy débilmente; el dolor también se reflejaba en sus palabras, me duele, hijo, me duele murmuró luego con voz muy débil y apretándose con mayor fuerza el abdomen.

Padre, dime qué tienes, ¿cómo te puedo ayudar? Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Aleyu y un sudor helado le cubrió el cuerpo.

Tengo demasiado dolor, Aleyu decía Deinor mientras se acentuaba en su piel cada vez más un espantoso tono pálido, tanto en su rostro como en sus manos.

Nubelia y Dalia, ahora más concentradas en la situación luego de que la sombra y el viento que esta producía se hubiesen ido. Lloraban desconsoladamente y no se atrevían a mirar a Deinor, pues no lo soportaban. Afuera de la habitación se escuchaban decenas de pasos que corrían sin parar, seguramente más guardias que tampoco podrían ayudar.

No, no, padre ¡reacciona! le decía Aleyu con voz suave y dulce. Tomó una de las manos blancas de su padre y se la puso en la mejilla, sintió entonces

un frío intenso y doloroso; supo que era el frío de la muerte. Muchas de sus lágrimas de deslizaron por la mano de su padre, cuya temperatura casi las podía congelar.

Ale... Aleyu susurro de pronto Deinor, y Aleyu comprendió con un sufrimiento infinito que esas serian las últimas palabras de su amado padre... yo siempre... siempre quise que tú fueras mi sucesor..., y aún lo deseo, siempre te... te quise más a ti En ese instante sopló una fuerte ráfaga que hizo volar de nuevo muchos pergaminos y objetos e hizo hondear con furia las telas que colgaban del techo. Nubelia y Dalia dieron un grito y los guardias, aterrados, se colocaron entre ellas y la ventana, para protegerlas. Dresar entró de nuevo a través de las cortinas y el viento soplaba más fuerte a medida que se transformaba.

Aleyu nunca apartó la mirada de los ojos de su padre, los cuales derramaron una gran lágrima que resbaló por la mano con la que Aleyu le sostenía la cabeza. Deinor respiró tres veces más, y luego se detuvo su corazón, murió en brazos de su hijo.

Aleyu quedó petrificado; creyó desplazarse a algún otro lugar lejos de allí, no sentía sus manos ni sus pies, se había olvidado de su cuerpo. Trataba en vano de huir de tanto dolor. No lo podía creer, solo quería despertar.

¡¡¡Noooooo!!!, ¡¡noo!!, ¡no! gritó una y otra vez mientras se empapaba en lágrimas y sudor. Dos gotas de sangre también resbalaron hasta su barbilla. Agitó tiernamente la cabeza de su padre, con la esperanza de que despertara, que reaccionara o abriera los ojos, esperando que no lo dejara solo ¡¡Nooo!! volvió a gritar con angustia y el sufrimiento más grande que se haya sentido en Daguena por muchos siglos. Se tendió sobre el pecho inmóvil de su padre y lloró tanto que pensó que allí él también iba a morir.

El dolor de Nubelia y Dalia fue tanto que, ignorando a Dresar, salieron corriendo de la habitación y su llanto se escuchaba mientras se alejaban por el pasillo y descendían corriendo las escaleras. Desde afuera observaban todos los guardias que habían llegado; parecían incapaces de moverse, y también lloraban amargamente.

Aleyu yacía tendido sobre su padre, acariciando su rostro y su pecho, se había olvidado de todo, ya nada existía, solo su dolor.

Dresar contemplaba la escena con tristeza, dejando llorar un buen rato a Aleyu y a los demás, pues incluso para el mago el tiempo se había congelado. Hasta que luego de un rato reaccionó:

Aleyu, Aleyu lo llamó con una voz sugerente y suave. Aleyu abrió los

ojos llenos de lágrimas, pero en estos había más que solo dolor y llanto: su mirada emanaba una furia y un odio inimaginables, sus dientes rechinaban, y más sangre escapaba de su nariz.

¿¡Que le pasó Dresar!?, ¿acaso fue... veneno? preguntó con tono deprimido pero furioso.

No, no creo que haya sido veneno respondió Dresar con un tono suave y resignado, como si temiera que cada palabra suya pudiera comenzar un incendio, Lenumat se hubiera expuesto a ser descubierto. Aleyu... ¿dónde se encuentra el árbol de tu padre?

La pregunta de Dresar, tal y como este lo esperaba, hizo darse cuenta a Aleyu de lo que realmente tenía que haber sucedido: Lenumat, o alguno de sus cómplices, debía de haber atacado el árbol al cual su padre estaba ligado y, ahora que lo pensaba bien, hacía varios días que no veía a su hermano, ni en la ciudad ni en el castillo.

¿¡Dónde está Lenumat!? gruñó Aleyu dispuesto a matar, dirigiéndose a Enot. El viejo estaba en medio de una gran conmoción debido a Dresar, pero especialmente por la muerte de su Rey; estaba de pie, sin habla, completamente ausente, mientras que los guardias lloraban postrados de rodillas en el suelo.

Tu hermano no está en ninguna parte del castillo respondió Dresar, yo mismo lo he buscado.

Si él le ha hecho algo al árbol de mi padre, entonces todavía debe de estar allí, o cerca del lugar consideró Aleyu con desprecio, incapaz de contener las lágrimas y la sangre de su nariz. Dresar, ¡llévame allá!

¿Y qué harás cuando llegues allí? Dresar miró a Aleyu mientras este se incorporaba lentamente, emanando odio. No, no me respondas, solo vámonos El viento se agitó con fuerza una vez más y en pocos segundos una sombra negra cubrió la azulada luz de la luna y ensombreció la habitación. Sin pensarlo dos veces, Aleyu subió sobre la oscuridad, y al hacerlo sintió algo entre sus manos; se dio cuenta que era un mango con letras de plata en relieve. Una larga funda de piel cubría la hoja de aquella espada que Dresar había creado con la palma de su mano, y que le había regalado después; era Amalon.

Aleyu comprendió entonces que Dresar al salir de la habitación no solo había buscado a Lenumat, sino que también había ido a traer la espada. Aunque no sabía usarla, era posible que le fuera muy útil, especialmente si iba a enfrentarse a Lenumat y muy posiblemente a uno o más de sus cómplices.

Salieron a través de la ventana y el balcón, dejando atrás al cuerpo de

Deinor y a un Enot triste y confundido. Sobrevolaron a gran altura el jardín y el pueblo, para luego encontrarse sobre el bosque. Con el odio y la furia agitándose en su mente y alma, Aleyu corría a vengar la muerte de su padre.

¡Al este Dresar, al este! gritó Aleyu cuando llegaron al río Ereuflo. Dresar se dirigió río arriba y aumentó la velocidad. El fuerte viento chocaba en el rostro del príncipe, arrancándole todas las lagrimas y corriéndole la sangre. Se sentía tan furioso que por un momento se olvidó de la tristeza. Sabía que aun no era el momento para sentirse triste, todavía no lo era pues primero debía vengar a su padre, solo entonces lo lloraría. De nuevo al norte, Dresar gritó luego y la sombra que lo llevaba obedeció, dejando atrás rápidamente el cauce del río.

Debajo los árboles y los claros del bosque pasaban cada vez más rápido, convirtiéndose solo en manchas difusas en la noche. Las pocas nubes parecían estar estáticas, incapaces de dar alcance a aquella figura negra, cuya silueta cruzaba el cielo oscuro a creciente velocidad.

Mientras sobrevolaban un bosque que parecía interminable, Aleyu tuvo una vez más la misma sensación que había tenido en el río durante la competencia, cuando era perseguido por los darados; todos los males del mundo se le venían encima y lo golpeaban, todo el sufrimiento, la angustia, toda la ira. Algo tan horrible solo podía pasarle a él, solo él debía de estar sufriendo un dolor tan intenso, solamente él padecía todos aquellos males. El fantasma del “¿Por qué a mí?” se hizo presente y crecía a igual ritmo al que aumentaba la velocidad del mago.

¿Esto es lo más rápido que puedes volar, Dresar? preguntó Aleyu, pese a la gran velocidad a la que iban. Sabía que el árbol de su padre estaba muy lejos, ya había ido allí una vez hacía muchos años, cuando era solo un niño. Le preocupaba que Lenumat y sus amigos tuvieran tiempo para huir o esconderse ¡El lugar al que vamos está muy lejos y hay que llegar antes de que esos malditos huyan! La respuesta de Dresar fue rápida; la sombra se agitó hacia el frente como señal afirmativa, pero también como precaución. Entendiendo, Aleyu se aferró con mayor fuerza a los extremos de la oscuridad, pegó aun más su cuerpo a la misma e inclinó la cabeza para protegerse del viento. A continuación cerró los ojos, instantes después percibió como Dresar aumentaba increíblemente la velocidad, tanto que sintió un fuerte empuje hacia atrás, por lo que tuvo que sujetarse con mucha más fuerza. El viento le golpeó la cabeza como si él fuera una estaca de madera que tratara de perforar una muralla de piedra.

Preguntándose cuánto faltaría para llegar cuando habían pasado algunos minutos, Aleyu alzó un poco el rostro y, apenas con el rabillo del ojo y a pesar del furioso viento que le arrancaba las lagrimas, alcanzó a ver decenas de puntiagudas y grandes montañas blancas recortadas contra las estrellas; parecía como si un enorme mantel nacarado hubiese sido colocado con suavidad sobre las gigantescas elevaciones de faldas verdes. Aquellas montañas, que desde el reino parecían tan lejanas e inalcanzables, ahora se encontraban frente a él. La cordillera se extendía de lado a lado en una interminable cadena refulgente bajo la luna, hasta que se perdía en el horizonte, tanto al norte como al sur y de este a oeste. Todas las montañas eran muy parecidas, pero cada una era única en su belleza y magnificencia.

¡Es detrás de esas montañas! exclamó Aleyu, pero temió que Dresar no lo hubiera escuchado debido a que el viento rugía como una gran bestia, a pesar de esto, el aire parecía más liviano y ralo a esas alturas. Aleyu no podía ver muchos detalles debido al viento, al cual se había sumado un frío intenso que chocaba contra su rostro, obligándolo a cerrar de nuevo los ojos y volver a inclinar la cabeza.

El frío y el viento inclementes continuaron un rato relativamente corto, luego el frío fue cediendo poco a poco. Dresar disminuyó la velocidad y comenzó a descender, como si estuviera esperando nuevas instrucciones de a dónde debía ir. Aleyu subió el rostro: las montañas de cumbres nevadas habían quedado atrás, ahora se extendía allá abajo un valle no muy extenso, cubierto por muchos árboles de poca altura y escaso ramaje. En el centro del valle corría un ancho río que bajaba de las montañas que ya habían pasado y que atravesaba de lado a lado la pequeña llanura antes de doblar hacia el oeste, hacia Gaelan. Más allá se elevaban nuevas montañas, solo un poco menos altas que las primeras.

¡Es por aquí, Dresar!, puedes descender gritó Aleyu.

Dresar comenzó a bajar en círculos muy amplios dirigiéndose a un pequeño claro que se abría entre los árboles. Aleyu no esperó a llegar del todo al suelo; saltó rápidamente y colocó sus pies en un terreno muy plano y cubierto por una gruesa capa de hojas secas, las cuales se alzaron en el aire, sopladas por una ráfaga repentina, segundos después el mago, en su forma de hombre, pisaba el suelo a su lado.

¿Es por aquí? le preguntó Dresar, pero Aleyu miraba de lado a lado, tratando de ubicarse.

Sólo una vez he venido al valle flennig. Fue en un viaje muy largo y

agotador, cuando yo era muy niño. Vine con... se interrumpió, temiendo que el mencionar a su padre pudiera acrecentar su dolor y hacerlo muy débil para el enfrentamiento con su hermano.

Si aquí está el árbol de tu padre, eso significa que le debió de haber tomado demasiado tiempo encontrarlo opinó Dresar.

Le tomó muchos años respondió Aleyu, tratando de usar también a las estrellas como referencia y así ayudar a sus recuerdos. No pudo tener su Noltal sino hasta que viajó hasta aquí en compañía de decenas de personas, cuando recién había cumplido la mayoría de edad. Al parecer logró encontrar un camino entre las montañas.

¡Aleyu, mira! El mago señaló al cielo justo a su derecha. Aleyu vio entonces una alta y delgada columna de humo que se elevaba por entre los árboles formando volutas pequeñas que se disipaban rápidamente.

Sin decir nada, el joven príncipe echó a correr, salió del claro y atravesó velozmente las ramas que se le interponían, pisando las hojas y piedras del suelo. Al frente apareció un diminuto arrollo que brincó en dos saltos, al igual que varios troncos caídos. Mientras corría, notó que en la mano derecha llevaba sujeto algo; sin dejar de correr y mirar al frente, supo que se trataba de la espada Amalon, y recordó que al bajar al suelo, y casi por instinto, la había tomado.

Sin previo aviso salió de los árboles y llegó a un nuevo claro. Esta vez tenía de frente una pequeña colina desnuda, detrás de la cual ascendía la columna de humo. Aleyu corrió de nuevo y comenzó a subir la pendiente. Cuando llegó a la cima, lo que vio desde allí lo dejó sin habla: allá abajo había tres filas laterales de árboles, luego de las cuales se abría un claro aun más pequeño que los anteriores, en este se encontraban unos extraños bultos oscuros y alargados que descansaban en varias filas consecutivas. Unos animales, que Aleyu no logró reconocer, cargados de varios paquetes, descansaban entre algunos árboles, iluminados débilmente por un fuego agonizante que ardía en medio del claro, y que exhalaba sus últimas volutas de humo.

Con una furia renovada, Aleyu se lanzó a correr cuesta abajo, tropezando de vez en cuando con decenas de piedras y raíces. Una ráfaga fuerte comenzó a soplar cuando llegó a las tres filas de árboles, las cuales dejó atrás rápidamente. Llegó al claro, y entonces vio lo que realmente eran los bultos que había visto desde la cima de la colina: eran alrededor de diez hombres, que se encontraban durmiendo bajo la luz de la luna envueltos en gruesas

mantas. Nueve de aquellos sujetos estaban a unos veinte metros de donde estaba Aleyu, pero uno más, seguramente un vigía que no había cumplido con su misión, estaba mucho más cerca.

El fuego en el centro del claro se terminó de apagar en ese momento, dejando al descubierto los negros carbones aún humeantes. Cerca de allí había una acumulación de varios pequeños troncos bien cortados, que servirían como futuro combustible para un nuevo fuego. A unos tres metros a la derecha de los troncos, Aleyu vio lo que él buscaba pero que temía encontrar: era un tronco cortado, clavado todavía al suelo, sujetado con gruesas raíces que sobresalían de la tierra, debía de ser del ancho de un hombre, y exhibía decenas de anillos bien formados, lo cual era muestra de la buena salud del árbol que anteriormente había estado en ese lugar antes de que fuera cortado por aquellos sujetos. Ese era el árbol al cual el Rey Deinor, su padre, había estado ligado, la tala del cual provocara su muerte.

Los ojos de Aleyu se nublaron y se llenaron de lágrimas al ver como el árbol de su padre había sido destruido tan salvajemente, sin piedad, y luego quemado, todo para brindar calor a aquellos extraños y despreciables hombres. La furia lo dominó y cegó más que las lagrimas. Se dirigió hacia el sujeto que estaba más cerca, desenvainó la espada y arrojó lejos la funda, tomó a Amalon con ambas manos y la elevó en el aire apuntando hacia el abdomen del vigía. Aquel hombre, de cabello largo y acolchado y cuya barba se notaba que no era afeitada desde hacía semanas, nunca despertó a tiempo para evitar que Aleyu muriera.

¡¡Aleyu, noo!! se escuchó gritar a Dresar. El hombre despertó entonces y, espantado y horrorizado, vio el filo de aquella larga espada, la cual brilló con un resplandor rojo propio antes de que Aleyu la dejara caer con fuerza.

La hoja provocó un daño irreparable al cuerpo del sujeto, cuya cara por un instante se pareció mucho a la de Deinor mientras agonizaba: era un rostro común, era el rostro del miedo, del dolor, de la muerte.

Alertados por los gritos de su compañero y debido al alboroto causado por los animales, los demás hombres despertaron y se incorporaron rápidamente. Vieron asustados a Aleyu, que empuñaba la ensangrentada hoja, y a su compañero a los pies de su asesino. Inmediatamente se enfurecieron y, rabiosos, desenvainaron cada uno una espada.

¡Maldito!, ¡cómo te atreves! fue seguramente lo que gritó el más alto de todos, pues habló en un idioma inentendible para Aleyu. Aquel sujeto era realmente intimidante, pues parecía una enorme bestia de cabello largo, negro

y grasoso. Sus ropas estaban muy sucias y rasgadas, y en su rostro y brazos tenía muchas cicatrices. Empuñaba una espada ancha, más corta y sucia que la de Aleyu. El enorme hombre se abalanzó furioso sobre él.

Aleyu no dio ni un paso atrás y, sin saber qué hacer, colocó la espada de frente de una manera muy torpe. Una sombra veloz pasó rápidamente a su lado; Dresar extendió una mano y, pese a que nunca la tocó, la espada de Aleyu se escabulló de sus manos con un tirón y voló a la mano izquierda que el mago había extendido.

Espada en mano, Dresar se interpuso en el camino del furioso y enorme hombre, el cual alzó su espada y la dejó caer, pero el hechicero se protegió con Amalon, empujó la espada del sujeto y rápidamente lo atravesó. El grito del enemigo fue seguido por el de sus compañeros, cuyo nuevo blanco era Dresar. El mago se movió con una gracia y agilidad asombrosa y rápidamente cayeron dos hombres más. Amalon rasgaba el aire y se movía extraordinariamente en manos de Dresar, y su filo brillaba una y otra vez antes de que se oyera otro grito y otro de los adversarios cayera muerto al suelo.

Para Aleyu aquello fue fantástico; nunca se imaginó que una espada fuera algo tan poderoso, si se sabía usar de la manera en que Dresar lo hacía, pues no había forma de que ataque alguno diera en su cuerpo, e incluso fue capaz de desviar dos flechas que lanzó un sujeto alto y delgado, que había corrido hacia uno de los animales y sacado de un paquete grande un formidable arco y un carcaj lleno de flechas.

Una nube pasó un instante frente a la luna, se escuchó un nuevo grito y el último de los hombres, el que tenía el arco, cayó al suelo agonizando; Dresar se había lanzado contra él y casi había volado como lo hacía con su forma oscura. El mago, que había quedado de espaldas, se volteó para observar a un asombrado Aleyu, elevó la mano con la que sostenía la espada, y Amalon brilló con mayor intensidad. Sopló una nueva ráfaga y al instante la hoja ensangrentada se prendió en llamas blancas, las cuales solo duraron unos instantes antes de apagarse, y al hacerlo la hoja resplandeció completamente limpia.

Tu espada está limpia, príncipe le dijo Dresar acercándose a él y entregándosela. Aleyu la tomó sin disimular su asombro por la corta pero increíble batalla.

Nunca pensé que esta... espada fuera algo tan poderoso se asombró admirando de palmo a palmo la hoja y el filo de Amalon.

Lo es reafirmó Dresar, es poderosa, en manos igual de fuertes. Fue

por eso que la hice especialmente para ti miró luego el cuerpo del hombre que Aleyu había matado y que yacía a sus pies. No tenías porqué hacerlo, príncipe; estaba en desventaja y desarmado dijo con tono represivo.

Se lo merecía, él y todos los demás contestó Aleyu mirando también el cuerpo con una mirada de repulsión y odio, pero entonces se percató de algo muy interesante y que lo confundió mucho; aquellos sujetos no se parecían en nada a los daguelnenses, podía entender las ropas sucias y desgastadas a causa de un largo viaje, pero los hombres de Daguelna odiaban dejar crecer sus barbas, asimismo eran muy cuidadosos con su cabello. Le parecía también que la complexión de los cuerpos de aquellos sujetos era ligeramente distinta: en general eran más robustos y de expresiones más agrestes, además de que el color de su piel era mucho más claro. Por último, casi todos eran más bajos que el promedio de los daguelnenses, todos excepto el que había intentado atacar a Aleyu, el cual sí habría sido considerado alto incluso para su gente. Pero estos hombres me resultan de aspecto muy extraño, no parecen ser de Daguelna.

Creo que tienes razón, estos no son hombres de tu reino, por lo que no pueden ser tampoco cómplices de tu hermano. Son en realidad lo que tu pueblo llama “hombres del este”.

¡Hombres del este!, ¿podrá acaso ser posible? Aleyu aún no estaba seguro, pero sabía que un viaje desde el castillo hasta aquel valle tardaba al menos seis semanas. Y ahora que lo pensaba bien, la última vez que había visto a Lenumat había sido unos días atrás, insuficientes para tal viaje. Todo parecía apuntar a que en verdad aquellos hombres no eran de su reino. Pese a lo que me dijiste sobre ellos, y a las diferencias que he notado, siempre pensé que serían mucho más diferentes a nosotros, no lo sé, incluso los llegué a imaginar con una cola o algo por el estilo.

No te confundas, aunque en aspecto sean muy parecidos, estas personas son muy distintas de los daguelnenses. Estos hombres son crueles y déspotas, y el poder es todo lo que llena su ambición y conduce sus vidas.

¿Pero qué hacen aquí?, ¿cómo llegaron a este lugar? ¿Lograron acaso atravesar Solékru?

Eso parece, creo que deben de ser los primeros en lograrlo decía Dresar mientras examinaba con atención los cuerpos y las pertenencias de estos. Es posible que hayan sido parte de una gran expedición de decenas o quizás centenares de hombres y mujeres, pero solo estos pocos lograron sobrevivir y cruzar el desierto hasta este punto.

¡Malditos! gruñó Aleyu mirando los troncos del árbol de su padre, apilados a unos cuantos metros ¿Una expedición?, ¿qué podrían estar buscando?

Al igual que yo, antes de llegar a Daguelna, durante mucho tiempo los hombres de más allá de Solékru se han preguntado si habría algo más que sol y arena después del desierto. Incontables veces intentaron averiguarlo, pero nunca lo lograron, hasta ahora. La enorme expedición seguramente fue enviada por uno o más Reyes. Los debieron enviar con la misión de descubrir nuevos territorios, y si lo hacían, luego ellos vendrían a reclamarlos, estuviesen o no habitados, de estarlo, destruirían los pueblos y su gente, y un nuevo Rey se sentaría en el trono.

Estos hombres son seres despreciables, ellos son los que deberían ser aniquilados.

Pero aunque estos sujetos hubieran descubierto Daguelna, jamás habrían logrado atravesar de nuevo el desierto para llevarles las noticias a sus Reyes. De lo contrario sería muy malo para tu gente, Aleyu, ya que esos hombres primero destruirían tu reino, y luego se aniquilarían entre ellos por el derecho a estas tierras. Daguelna ha tenido hasta ahora la suerte de estar bien protegida por el desierto y las montañas que lo han aislado.

Ahora odio más a los hombres del este que a Lenumat, pues el daño que me han causado es el peor que nunca he recibido ni recibiré, creo que jamás podré reponerme del todo exclamó Aleyu con gran resentimiento en sus palabras.

Es obvio que ellos no sabían de la existencia de Daguelna ni de su gente, y por lo tanto también ignoraban el lazo que los une a los árboles. No había forma de que supieran que el árbol que cortaban estaba enlazado a tu padre, aunque por desgracia, creo que si lo hubieran sabido de igual manera lo habrían cortado, puede que incluso con mayor premeditación.

Aleyu se olvidó de Lenumat, en ese momento no le importaba. Su odio encontró un nuevo destino, y se enfocó en las tierras que estaban más allá del gran desierto y en toda la gente que las habitaba de norte a sur y de este a oeste. Los aborrecía a todos; para él solo eran una plaga que asolaba todo lo que encontraba.

¿Y qué piensas hacer ahora?, me refiero a Lenumat, pues ya que ha muerto el Rey, su camino al trono está completamente libre comentó Dresar. Por desgracia ha sucedido lo que más le convenía, sin tener nada que ver.

¿Libre dices? No, te equivocas, Lenumat sigue teniendo el obstáculo que jamás logrará sortear... yo.

¿Qué harás entonces para detenerlo?

Tengo un plan, lo ideé mientras me traías hasta aquí. Llegué a la conclusión de que es hora de un cambio; ya no seré gentil ni paciente. Arremeteré contra Lenumat de peor manera de la que él contra mí. Es un método, rápido y eficaz, es un plan que solo requiere de una muerte más.

¡Una muerte! exclamó Dresar anonadado. Aleyu no te reconozco, no puedes estar hablando en serio, tú no eres así, tu gente no es así...

¡El Rey debe de ser diferente!; ¡superior!, si es que quiere alcanzar sus pretensiones, y con ello lo mejor para su pueblo Aleyu entonces comenzó a gritar guiado por su furia y desesperación ¡Ciertamente yo he matado!, ¡pero ha sido un solo hombre del este!, ¡y fue por vengar a mi padre! ¡¡Pero Lenumat es el culpable de veintiocho muertes!! ¿¡Quieres que él sea el Rey!?

Dresar no respondió, se mantuvo mirándolo con expresión seria. Por un instante parecía indeciso, como si tratara de decidir qué era lo mejor, pero por momentos parecía que la cuestión era más grande que él mismo.

No, por supuesto que no dijo luego de un rato y sin inmutarse demasiado con la conducta de Aleyu ¿Pero matar a un daguelnense?, ¿a tu propio hermano?

No puedo matar a Lenumat, eso sería muy sospechoso e incluso obvio. No, por desgracia no puedo tocarlo. Por eso hay una falla en mi plan; no sé cuál es el árbol al cual está ligada Tiberli.

¡Aleyu, no! exclamó de inmediato Dresar ¡No puedes hacer semejante cosa!; matar a una inocente, ella no tiene nada que ver en...

¡Claro que tiene que ver! volvió a gritar Aleyu y su mano apretó con fuerza el mango de la espada ¡Si Lenumat se logra casar con ella, de inmediato se convertirá en Rey! Además, esa sería la forma perfecta de hacer sufrir a Lenumat más que si lo matara a él.

No, lo siento Aleyu, no seré parte de esta demencia, no puedo ser cómplice de semejante barbarie, no cuentas conmigo.

En respuesta a la negativa de Dresar, Aleyu, con una velocidad que le pareció asombrosa incluso al mago, elevó el brazo con el cual sostenía la espada, dio un paso atrás y el filo de Amalon brilló a pocos centímetros del cuello de Dresar. Este miró fijamente el furioso rostro del príncipe. Entonces comenzó a soplar una ventisca muy fuerte; los árboles se mecieron y curvaron, y unas repentinas nubes opacaron la luna y las estrellas. Negándose a aceptar

aquella intimidación, Aleyu estiró aun más el brazo y el puntiagudo filo de diamante tocó el cuello del hechicero.

No sé si esto puede hacerte daño, Dresar, y no me gustaría tener que averiguarlo, pero no puedo permitir que un ser como tú esté en mí contra Aleyu hablaba con tono desafiante, pero haciéndole ver al mago que aquello no tenía por que ser de esa forma.

Dresar ya no se veía tan tranquilo y seguro; el viento se calmó y los árboles dejaron de crujir. Es de sabios, como tú, considerar las opiniones de otras personas, pues entonces escucha la mía y considérala: mi opinión es que debo hacer todo esto por el bien de todos... ayúdame, o vete de mi reino.

Nuevamente Dresar calló unos minutos. El viento parecía agitarse de vez en cuando, como reflejando la indecisión del mago. Las cenizas del fuego se elevaban en el aire y se esparcían por doquier, mientras que los delgados animales de carga amarrados a los árboles lucían inquietos, especialmente cada vez que la briza los rozaba.

Me quedaré dijo Dresar con postura seria. Aleyu sintió un gran alivio en su corazón. Me quedaré y te pienso ayudar.

¡Júralo!

Eso no es necesario dijo Dresar, si no fuera cierto, tú ya estarías muerto Guardó silencio unos segundos, pero luego, con decisión, agregó : Creo que tienes razón, es mejor sacrificar una sola vida, por más inocente que sea y por más que me duela en el corazón, que condenar a un pueblo a vivir bajo el dominio de un indigno. Además, me acabas de demostrar, Aleyu, que tú tienes el temple necesario para enfrentar el futuro incierto que le espera a este reino.

¿A qué te refieres con futuro incierto? Aleyu se extrañó al oír esto, no obstante, no bajó la espada, pese a que Dresar comenzó a caminar en círculos entorno a él.

Cuando el Rey o los Reyes que enviaron esta expedición vean que ninguno de sus hombres regresa, ¿crees que se darán por vencidos? no, claro que no, insistirán con expediciones cada vez más grandes, y no es demente pensar que eventualmente, tarde o temprano, alguna tendrá éxito; descubrirán a Daguena y a tu civilización y le llevaran las noticias a quien los envió sobre estas montañas y del enorme bosque que se esconde tras de ellas, y cuando eso suceda, un gran ejército será enviado hasta aquí y tu reino sucumbirá. Ya no habrá más generaciones de daguenses, y los pocos que sobrevivan serán tratados como esclavo hasta que todos hayan muerto. Pero con mi ayuda

podrás enfrentarte a esto, conseguir todo lo que quieres, y más, mucho más.

¿Más?

¿No me habías dicho que te gustaría visitar los maravillosos lugares de los que te he hablado? Aleyu, tú me has demostrado que tienes la capacidad, no solo de defender a tu pueblo, sino también la de pensar en más. Imagina no solo visitar esos lugares, sino que sean tuyos.

Las palabras de Dresar llegaron a lo más profundo de Aleyu y sonaron como un eco en su interior; lo impactaron e ilusionaron. La espada cedió y bajó hasta tocar el suelo y quedar casi verticalmente al lado de las piernas de su dueño, el cual estaba en un shock de tentación.

No sueltes esa espada le indicó Dresar rápidamente al ver como la mano de Aleyu aflojaba por un momento el mango de Amalon. Si lo sabes usar, ese filo podrá entregarte el mundo.

¡El mundo! repitió Aleyu como traído de vuelta a la realidad, sujetó el mango de nuevo con fuerza e imaginó conquistar reinos, adueñarse de tierras y preciosos lugares y fortunas, y deshacerse de los hombres del este por completo; entonces un fuego se encendió en su interior.

Dijiste que los hombres del este deberían ser exterminados continuó Dresar mientras continuaba caminando lentamente alrededor de Aleyu y la luz de los carbones de la fogata caía sobre él. Mientras caminaba elevaba detrás de sí decenas de hojas a medida que se movía, con una sonrisa maliciosa, pues yo digo ¿por qué no? Tú y yo podríamos unirnos y llevar a cabo ese sueño, que es el deseo de toda la tierra y todo ser no perverso. Yo ya he visto demasiados horrores provocados por esta clase de hombres, y preferiría ver un mundo tan grande dominado por una raza más noble, como la tuya.

Piensa cómo cambiará la tierra cuando sea habitada por tus hijos; un lugar de perpetua paz y riqueza, mientras que tú, mi amigo, estarás en el centro de todo, y todos te rendirán tributo por toda la eternidad. ¿No crees que sea contradictorio que la raza más ilustre de todas haya sido encerrada, limitada a una pequeña parte de la tierra, mientras que a los malvados les fue dada la oportunidad de reclamar el resto de la creación? Pero juntos podemos cambiar eso, y muchas cosas más.

Sí murmuró Aleyu mientras sus piernas temblaban de emoción, como si estuviera viviendo en un sueño. Miró a Dresar y, poniéndose un poco más serio dijo: Pero antes del mundo, debo asegurarme de que Daguelna sea mío.

Yo te ayudaré en la medida que tú quieras, lo juro; ahora estoy a tus ordenes Entonces el mago sonrió y se detuvo. Y si aún te lo preguntas, sí, la espada y su filo sí pueden dañarme.

12

El plan

Siempre es bueno conocer algo nuevo sobre ti comentó Aleyu disimulando una sonrisa. Luego buscó y recogió la funda de la espada y se la colocó a la misma. Debo comenzar a ejecutar mi plan de inmediato.

¿De inmediato?, ¿no esperaras siquiera los actos fúnebres de tu padre?

He cambiado mucho en muy poco tiempo, Dresar; no pienses que me sigues conociendo. Ahora me doy cuenta de que todo esto ha pasado debido a mi paciencia y falta de acción, pero ya no puede seguir así.

En ese caso, si me puedes afirmar que estas completamente seguro de lo que deseas hacer, y que luego no te arrepentirás, entonces en marcha, príncipe, vámonos.

No, yo me quedo, debo encargarme de los restos del árbol de mi padre, quizás para ti no sea más que madera, pero para mí es la otra parte de él, la otra mitad de todo daguelnense que es amada y respetada de igual manera que la que nace y se desarrolla en carne, por lo que también merece un acto de despedida. Mientras yo hago esto, necesito que tú hagas algo por mí.

¿Qué debo hacer?, dame mis primeras órdenes Esta vez Dresar parecía muy decidido a ayudar a Aleyu, sin importar qué cosa quisiera hacer.

Tráeme a Tiberli respondió Aleyu mientras acariciaba la funda de la espada y le daba la espalda al mago, vuela hasta Asaliriam, búscala y no le digas nada, simplemente tráela, aunque se te resista, y asegúrate de que nadie te vea, en especial Lenumat.

Como tú ordenes, príncipe.

Aleyu sintió a sus espaldas el soplo del viento, mientras el mago se elevaba: sus miembros y cabeza desaparecieron y, convertido en oscuridad, ondeó y se elevó, perdiéndose luego tras los altos árboles.

Ahora, sólo, Aleyu se dirigió a la pila de troncos que estaba a un lado de las cenizas del fuego. Los carbones ya no humeaban, pero todavía despedían un calor muy débil. Se paró frente a la pila de madera. Las lágrimas

reaparecieron, esta vez en un rostro desfigurado por la ira y el dolor; al fin la tristeza de saber que había perdido a su amado padre para siempre reemplazó aquella ilusión que le habían provocado las palabras de Dresar. Cayó de rodillas, lloró y gritó un largo rato, y cada gota de lágrimas parecía extraída de un océano infinito.

El dolor se incrementaba a medida que recordaba todos los buenos momentos que había pasado con su padre; desde sus primeros pasos hasta su primera caída, así como su falso Noltal. Recordaba cuantas veces había reído con él y todas las cosas que le enseñó, así como las incontables ocasiones en las que lo salvó de los castigos de su madre. Pero lo que más le dolía era el hecho de que, luego de haber tenido toda una vida llena de felicidad, su padre había tenido que pasar su último tiempo en la tierra de una manera muy infeliz; lleno de preocupaciones y de culpa, sensaciones con las que antes nunca estuvo demasiado relacionado. Aleyu lloraba porque su padre había sufrido antes y durante su muerte.

Luego de un rato, cuando debía de pasar de la media noche, y sintiéndose un poco más desahogado, Aleyu tomó varias de las mantas que aquellos hombres habían usado para cubrirse mientras dormían, las sacudió y las ató unas con otras, movió entonces los troncos cortados y los colocó sobre las mismas, tomó luego los extremos de las mantas y los amarró. Por último levantó la carga y, un poco incomodo, se la colocó sobre la espalda. Con paso pesado y cansado, pero firme, se encaminó a la derecha, al sur, donde recordaba que estaba, y había visto desde el aire, un pequeño río que atravesaba el valle.

Caminó algunos minutos rodeado de árboles. Cargaba un peso que, por más grande que fuera, no rivalizaba con el peso de su dolor. Comenzó a escuchar el leve sonido del agua fluyendo tranquilamente, y pronto salió de entre los árboles y se encontró frente al río, este no era demasiado ancho, pues quizás tuviera poco más de seis metros, y su tranquilidad no se parecía en nada a las turbulencias del Exter o del Ereuflo, y mucho menos a las del Seslan.

Con suavidad depositó la preciada carga en el suelo, y desató los nudos de las mantas, luego de lo cual, lenta y acompasadamente, procedió a colocar uno por uno los troncos en el agua oscura que reflejaba algunas estrellas del firmamento. Esta vez no tenía rocas luminiscentes de color blanco, que por tradición se colocaban en los troncos de los árboles de aquellos que han muerto cuando son colocados en el río para dejar que sean arrastrados al mar

y esperar que encontraran el camino de luz, aquel que por las tardes conectaba al océano con el cielo. Lo único que tenía era su llanto, y antes de tocar el agua, cada tronco recibió varias lágrimas cargadas de dolor.

Colocó más de treinta pequeños troncos en el agua, que rápidamente se los llevó y cuyo destino final serían las inmensidades de Gaelan, y con suerte el camino de luz. Luego de colocar todos los troncos, tomó las sabanas en cuyo interior, antes de colocar los troncos, había puesto las cenizas y carbones de la madera que ya se había quemado y consumido en el fuego, les hizo de nuevo un nudo a las sabanas y las depositó también en el río. El bulto no flotó como los troncos, sino que se fue hundiendo a medida que se alejaba.

—Ya veras, padre, cumpliré tu último deseo, ¡lo juro!” pensó Aleyu mientras contemplaba su propio rostro en el agua justo en el punto en el que el bulto con las cenizas había desaparecido. “Defenderé este reino, haré que su gloria sea enorme y lo extenderé al reclamar las tierras de los corruptos hombres del este”.

En aquella noche iluminada por la luna llena, fueron unas escasas estrellas las que le indicaron a Aleyu que ya pasaba de la media noche. Luego de contemplar un largo rato las oscuras aguas de aquel río, se dio la vuelta y se encaminó de regreso al claro en donde había encontrado a aquellos forasteros durmiendo plácidamente mientras en el fuego ardía la vida de su padre. Tardó un rato en llegar, pues no tenía prisa, y su paso lento encajaba con su ánimo. Miró a un lado y al otro, luego elevó la mirada al cielo y notó que nada había cambiado ¿Cómo podía ser posible que el mundo luciera como siempre, a la vez que se sentía tan diferente?

A diferencia que en el día, ahora soplaba un viento más fuerte y fresco que provocaba la constante caída de hojas a medida que caminaba por un penoso sendero.

Aquel pequeño bosque no se parecía en nada a Golbares: era un lugar muy silencioso aun de noche, no parecían existir allí grandes bestias como centicoras, ni inquietos y pequeños animales como los Itip, y ni las aves parecían surcar los cielos silenciosos. Pero por otra parte, con árboles tan bajos como aquellos y menos espesos, seguramente la luz del día debía de ser capaz de alcanzar cada lugar del suelo y resaltar pequeñas criaturas, como el negro de algunas hormigas desfilando, mientras cargaban sobre sí pedacitos diminutos de hojas. Golbares era un bosque mucho más oscuro, aunque más alegre y lleno de vida, y si se quería, menos frío por la noche.

Al llegar de nuevo al claro, Aleyu observó una vez más los cuerpos inertes

de aquellos hombres. Recorrió la escena como si buscara algo que le pudiera decir más sobre los invasores. Debido a la oscuridad de la noche se le dificultaba ver, sin embargo al cabo de un rato creyó encontrar algo; cerca de unos arbustos bajos, y cubierto de tierra, encontró un pergamino, este parecía haber sido pisoteado recientemente, quizás cuando su dueño se había levantado rápidamente para abalanzarse sobre él. Sin embargo Aleyu sospechó que, para que sobreviviera a un viaje de tantas semanas a través del gran desierto, aquel pergamino debía de haber sido muy bien cuidado y, ¿por qué no?, apreciado.

El rollo estaba levemente roto en la parte superior, cerca de una de las esquinas. La escritura del pergamino le pareció muy extraña a Aleyu; estaba escrita en letras rojas y los caracteres parecían un tanto bruscos y alargados, y era una lengua que no se conocía en Daguelna.

Mientras Aleyu examinaba insistente e inútilmente la escritura del pergamino, le pareció escuchar algo familiar: era un leve y lejano grito que se repetía constantemente. Parecía provenir de una mujer asustada y desesperada, y cuando un leve viento pasó sobre las copas de los árboles, Aleyu confirmó su sospecha; Dresar volvía, y parecía haber cumplido con el encargo.

Instantes después apareció una mancha negra recortada contra las estrellas del cielo. La sombra estaba al parecer enrollada alrededor de un bulto un tanto alargado, el cual gritaba y se agitaba con fuerza. La sombra descendió hasta colocarse verticalmente frente a Aleyu, entonces se desenvolvió y, apareciendo como si saliera de la oscuridad de una cueva, Tiberli dio unos cuantos pasos asustados y rápidos, trastabilló un momento con aspecto desorientado, alzó la mirada y al fin se percató de Aleyu.

¡Príncipe Aleyu! exclamó la joven en medio de las ráfagas que antecedieron a Dresar ¡Ayúdeme, por favor! Algo o alguien me raptó, ¡me envolvió y me trajo hasta aquí! dijo aterrada, pero Aleyu estaba muy serio y no dejaba de mirarla mientras sujetaba a Amalon entre las manos.

¿Alguien te ha visto, Dresar? preguntó Aleyu sin dejar de mirar a la asustada joven.

No, nadie, príncipe respondió el mago. Pero se me dificultó un poco encontrarla. La busqué en su casa y por a la ciudad y el castillo, pero la encontré caminando sola por el bosque, lo cual me resultó muy extraño a estas horas de la noche, pero supongo que eso no te interesa mucho.

Al ver como el sujeto que la había secuestrado y Aleyu se hablaban como si fueran amigos, y que al parecer el rapto había sido una orden del príncipe

para que la llevaran hasta ese lejano lugar, Tiberli pronto pareció entrar en un shock; ella aparentaba ser inocente, pero no era tonta, y su pánico aumentó al ver los cuerpos de aquellos hombres, muertos y ensangrentados.

¿Príncipe?, ¿en dónde estamos? ¿Qué fue lo que les pasó a esos hombres? preguntó aterrada.

Aleyu continuó mirándola un instante sin decirle ni una sola palabra, luego movió su vista a Dresar, que estaba detrás de la muchacha.

¿Notaste algo peculiar en el reino?

Sí, así es respondió Dresar, al parecer la trágica noticia no ha esperado hasta el amanecer para hacerse conocer; una multitud estaba reunida frente al castillo, en número muy similar a la que asistió el día en que el Rey hizo aquel gran anuncio sobre la competencia. Pero esta vez las personas no estaban tan alegres como en aquella ocasión, sino silenciosas, casi tanto como los árboles del bosque.

Supongo que ya anunciaron la muerte de mi padre, o que la noticia se filtró por alguna parte comentó Aleyu volviendo a mirar a Tiberli. La muchacha no dijo nada, y se limitó a mirarlo atemorizada. Disculpa tantas molestias, Dresar, pero necesito pedirte algo más.

Tus órdenes no son ninguna molestia para mí, en tanto sigan siendo para beneficio de Daguena dijo Dresar ¿Qué necesitas que haga?

Que vuelvas una vez más al reino, dirígete al castillo y allí busca y trae hasta aquí a Lenumat Al escuchar esto Tiberli se confundió y asustó todavía más, tanto que parecía que comenzaría a temblar. Necesito que procures que tampoco te vea nadie en esta ocasión concluyó Aleyu.

Estaré de vuelta en dos hora aseguró Dresar. Entonces el característico viento helado sopló y el mago realizó su transformación, la cual ayudó a que se acentuara el temblor de Tiberli. Dresar se elevó y se perdió en las oscuras alturas en la dirección en la que había llegado.

¿Príncipe... Aleyu? insistió Tiberli con una voz que contenía el último susurro de esperanza.

Aleyu, que desde la llegada de Tiberli había dirigido su mirada hacia la muchacha, y que cuando hablaba con Dresar simplemente movía hacia este los ojos, en ese momento miraba al oscuro cielo por donde se había marchado el mago. Pero al oír a Tiberli, dirigió su mirada de nuevo a ella, esta vez con un gran odio.

Llámame... Rey Aleyu le dijo a la joven.

Dresar, en su forma de sombras, surcó los aires a una velocidad inusitada.

Dejó atrás rápidamente el valle de flennig y atravesó los nublados y tormentosos cielos de las montañas.

Las grandes nubes provenientes del océano se topaban de frente con la cordillera y, bloqueadas, depositaban su carga helada sobre las cimas puntiagudas, cubriéndolas de nieve y dándoles la apariencia, desde los cielos o la distancia, de haber sido cuidadosamente bruñidas.

Una tormenta azotaba las montañas. El cielo estaba oscuro y la visibilidad era nula. Aun así, la sombra negra que era Dresar no se detenía ante nada, ni disminuía su velocidad. Él no necesitaba ojos para ver, aunque aun si los tuviera en aquella forma, en aquellas condiciones le hubiesen resultado totalmente inútiles. Las sombras perforaban las nubes que le salían de frente, y en ningún momento fueron afectadas por la humedad, ni se inmutaron ante el inclemente frío.

A pesar de la gran velocidad a la que viajaba el mago, las montañas parecían interminables; una tras otra aparecían elevándose hacia el cielo en medio de la oscuridad de la noche, débilmente iluminadas por la luna y las estrellas. Solo cuando de vez en cuando aparecían minúsculos valles que se dejaban ver a pesar de la tormenta, estos parecían ser cuencas donde muchos ríos descendentes de las cumbres se encontraban, uniéndose o separándose, dependiendo del terreno, pero siempre dirigiéndose nuevamente al oeste, hacia Gaelan. A pesar del agua abundante cerca de estos ríos y los pequeños lagos que formaban, la vegetación era muy escasa; el gran bosque de Golbares era incapaz de extenderse y cruzar aquellas montañas, y solo unas pocas semillas llevadas por el viento habían logrado llegar hasta allá, más lejos del bosque que de las cumbres.

Pasados cerca de cuarenta minutos, finalmente Dresar dejó atrás a la última montaña de la cordillera. Luego de un terreno intermedio, apareció lúgubrementemente el bosque casi infinito allá abajo. Ahora solo se veían unas pocas nubes al norte sobre miles de árboles, de los cuales muchos pasaban rápidamente por abajo. Un rato después llegaba al río Ereuflo, y minutos después sobrevolaba la ciudad mientras el castillo se erguía frente a él con sus muchas torres, con la principal, la más alta, justo en el centro.

Toda Asaliriam estaba sumamente callada y tranquila, solo se veían los árboles que servían como techo a las casas, y estas solo se asomaban un poco por debajo de los espesos ramajes. Las calles estaban solas y desiertas, nada peculiar tomando en cuenta la hora que era, pero esta vez sabía que la razón era diferente.

Cuando llegó al gran jardín, Dresar vio de nuevo lo que había visto y que le había contado a Aleyu: frente a las puertas del castillo estaba aglomerada gran parte de la gente de Asaliriam y, como antes, estaban callados; hablaban poco entre ellos y de vez en cuando miraban hacia el alto balcón, quizás esperando que alguien en algún momento se dirigiera a ellos y les dijera qué era lo que iban a hacer ahora que el Rey había fallecido y que ambos príncipes eran aún solteros, por lo que por ley y tradición ninguno podía convertirse en Rey de forma inmediata.

Con tantos ojos mirando hacia el balcón, y pese a la escasa luz de las estrellas y la luna debido a un nuevo manto de nubes, y las rocas que centelleaban débilmente en las manos de los cientos de personas, Dresar se dio cuenta de que no podría escabullirse dentro de la habitación real a través de la ventana, en caso de que Lenumat estuviese dentro de la misma.

Esperando que Lenumat estuviera en otra parte del castillo, y aprovechando que todos los sirvientes y guardias estaban ocupados tratando de contener a la multitud que, apenada, pedía respuestas, Dresar fue entonces al lado este del castillo, hacia la parte trasera del mismo, y entró por la ventana al cuarto de Aleyu. Una briza levantó decenas de papeles que estaban sobre el estudio metálico y la mesa de piedra. El mago dejó su forma de oscuridad y se convirtió en el hombre de capucha oscura y se dirigió a la puerta, la cual abrió lentamente. Afuera no había ningún guardia, por lo que salió y caminó por el corredor.

Cuando llegó al pasillo principal, el mago se asomó a este con cautela. Al ver que allí tampoco había nadie más que la multitud, a la cual ya se le había abierto las puertas de la muralla y ahora se aglomeraba directamente frente a la puerta de la gran torre, Dresar comenzó a caminar muy lentamente por el pasillo. Para su suerte, todas aquellas personas no parecían creer que allí en el corredor hubiera algo interesante que ver, pero aunque miraran en aquella dirección, pocos hubiesen podido verlo gracias a su traje negro. Caminaba oculto por las sombras de la noche, por lo que estaba seguro que no lo podrían ver.

Caminó hasta el final del pasillo y logró llegar a la entrada en arco, luego de la cual estaban las gradas ascendentes, y subió por estas tratando de percibir algún sonido que le indicara si alguien estaba cerca, y de ser así, esperaba que se tratara de Lenumat. Cuando llegó a la puerta blanca con incrustaciones de piedras preciosas que antecedió a la sala del trono, comenzó a escuchar un leve murmullo de dos voces que conversaban entre ellas. Le

pareció que una era femenina ¿la Reina quizás?, ¿o podría ser acaso la joven Dalia?, mientras que la otra voz era masculina y joven, siendo fácil de reconocer; Dresar supo que se trataba de Lenumat.

Aquella era la oportunidad que estaba esperando encontrar, era perfecta a excepción de una sola cosa; Aleyu le había dicho que atrapara a Lenumat sin que nadie lo viera hacerlo, y estando allí la Reina o Dalia, él no podría hacerlo. Se quedó entonces un rato escuchando, esperando que las condiciones mejoraran. Mientras lo hacía se dio cuenta de que la voz femenina hablaba acompasadamente y se quebraba a ratos, solo para dar paso a un sollozo. Lenumat por su parte no se oía llorando, ni siquiera parecía estar triste, y por la forma en que hablaba, no parecía estar tratando de consolar a la mujer que lo acompañaba. De pronto se escuchó la voz de Lenumat un poco más alta a la vez que caminaba a algún lugar.

Creo que ya es hora de que alguien se dirija al pueblo indicó Lenumat, ya están muy impacientes, tristes al igual que nosotros, pero también con una gran incertidumbre.

Claro... ¿y quién mejor que el próximo Rey?, ¿cierto? dijo la mujer con sarcasmo.

No me agrada tu tono sarcástico, ¿cuántas veces debo decirte que no tuve nada que ver con lo que paso en el río? Además...

¡Dresar! exclamó de pronto una tercera voz, esta vez proveniente a espaldas del mago.

¡Cumer! dijo Dresar al voltearse y descubrir que el joven hermano de Ciorima estaba parado a solo unos metros de él, unos escalones más abajo. Lo observaba con una mezcla de asombro e incertidumbre ¿Qué haces aquí, Cumer?

Bueno, yo te vi llegar y...

¿Me viste llegar?

Claro, yo estaba con mi padre en medio de la multitud, cuando noté una sombra oscura que opacaba las estrellas a su paso, te quedaste inmóvil un instante cerca de la torre, luego te dirigiste a la parte trasera del castillo. Al poco rato te vi caminar por el corredor, cerca del gran comedor, con dirección a las escaleras que conducen al salón que está detrás de esa puerta en la que estas... espiando. De manera que esperé unos minutos y, en un descuido de mi padre y de los guardias, logré colarme en el jardín y llegar al pasillo, y aquí estoy. Pero Dresar ¿qué estás haciendo aquí?, ¿dónde está Aleyu?, muchos lo están buscando desesperadamente, pero nadie logra encontrarlo.

Veo que es cierto lo que me ha contado Aleyu sobre tu aguda mirada a la que no se le va ni un solo detalle le dijo Dresar incomodo, tratando de disimular que había sido tomado por sorpresa. Escucha, Cumer, ahora no tengo tiempo para hablar o responder tus preguntas Entonces las pisadas de Lenumat se alejaron, aparentemente con dirección al túnel real, Lenumat al parecer pretendía utilizarlo para ir a lo alto de la torre. Allí frente a miles de personas sería imposible raptarlo. Necesito que vuelvas con tu padre, luego yo te contaré todo, o quizás prefieras que lo haga Aleyu, da igual.

Algo tramas, ¿cierto? dijo Cumer con una mirada penetrante, al parecer está también le podía servir para ver el interior de las personas. Dresar comenzaba a desesperar, sabía que Cumer estaba ya sospechando de él, pero no podía perder más tiempo.

Tranquilízate, muchacho le dijo entonces Dresar con un tono escalofriante, luego arreglaré cuentas contigo Al decir esto, sopló una ráfaga muy fuerte, tanto que la puerta blanca se abrió de un solo golpe. Dresar, convertido en sombras, ingresó en el salón real, allí fue recibido por un fuerte grito de la Reina, el cual se apagó en cuanto Nubelia, cubierta de lágrimas, se desmayó.

Dresar rápidamente se dirigió hacia el túnel real, allí, alertado por el grito de su madre, Lenumat se había regresado corriendo, pero se detuvo en cuanto vio aquella figura oscura. Se paró en seco, petrificado. Dresar se abrió y se extendió frente a él y, sin darle tiempo de reacción, lo envolvió por completo.

Con Lenumat forcejeando en su interior, el mago alzó vuelo sin perder más tiempo. Continuó a través del túnel, luego salió a las gradas de la torre y se dirigió a lo alto de la misma. En segundos llegó a la habitación real, cuya puerta estaba abierta, entró por esta y, antes de salir por la ventana y en medio de decenas de gritos, entre ellos los de Dalia, alcanzo a notar que el cuerpo de Deinor ya no se encontraba en ese lugar.

Con el débil resplandor de la luna sobre el bosque como recibimiento, Dresar salió al exterior, desatando de inmediato una oleada de gritos y exclamaciones provenientes de la gente que se hallaba reunida frente a la torre, los cuales no podían creer lo que habían visto, y mucho menos entender qué era aquello, o saber qué estaba sucediendo.

Sabiendo que había perdido mucho tiempo, el mago desde el primer momento se apresuró lo más que pudo. El castillo se empequeñeció atrás, mientras al frente las montañas crecían.

El viaje de vuelta no fue muy diferente; en solo media hora quedó atrás el

bosque, y en otros veinticinco minutos alcanzó las montañas, cuyas tormentas seguían rugiendo y hacían temblar los cielos. Pasó por la cuenca sin árboles y un rato más tarde sobrepasaba las montañas, detrás de las cuales estaba aquel diminuto valle donde Aleyu estaba esperándolos.

El valle apareció de detrás de algunas colinas. Los árboles se abrieron y, antecedido por una colina, apareció un pequeño claro. Dresar comenzó a descender mientras soportaba los constates forcejeos de Lenumat en su interior.

Al tocar tierra la sombra se desenvolvió y dejó libre al príncipe. Lenumat dio un paso veloz hacia el frente con rostro asustado y un tanto furioso, pero su expresión cambió a confusión al ver de pie frente a él a su hermano mayor, pero más grande fue su sorpresa al ver los cuerpos de nueve hombres muertos detrás de este. Miró entonces a Aleyu, el cual lucía muy serio, este miró entonces al suelo a la derecha, como para indicarle a su hermano que mirara también hacia ese lugar, Lenumat lo hizo...

¡¡Tiberli!! gritó Lenumat con un lamento que surgió desde el interior de su alma al ver a su amada tendida en el suelo: estaba boca arriba, sin movimiento alguno y muy pálida, con un tono azulado producido por la luna. Se lanzó sobre ella, la tomó en sus brazos y pasó sus manos una y otra vez sobre su rostro. La chica estaba intensamente fría y sus gestos se habían detenido en uno final de intensa angustia. Frías estaban también sus manos, su cuello, sus hombros y todo su cuerpo; la hermosa joven estaba muerta. Lenumat dio otro grito de dolor antes de pegarse el helado rostro de la muchacha al suyo, y al instante rompió a llorar.

Aleyu miró a Dresar un instante y con la mirada le dijo; “era la única opción”. El mago apartó la mirada y la dirigió a Lenumat con cierta lástima.

Lo siento mucho, hermano le dijo Aleyu tras dejar llorar a Lenumat un rato.

Al oír la voz de Aleyu, automáticamente Lenumat se incorporó rápidamente y, aún llorando y con la cara roja, lo miró con un intenso odio.

¡Maldito asesino! gritó, y tan furioso estaba que, de haber sido él quien tuviera una espada, seguramente hubiera atravesado al instante a Aleyu. En cambio adoptó una postura como para pelear, y antes de que Aleyu pudiera reaccionar, soltó un golpe que se estrelló en la cara de este. Aleyu trastabilló un momento hacia atrás, se cubrió la boca y sintió la sangre tibia resbalar por su mano

¡Espera, Lenumat! exclamó Aleyu, a la vez que le hacía una seña a

Dresar para que este se contuviera, pues una ráfaga había soplado por un instante. Pero Lenumat no lo escuchó y se lanzó sobre él dispuesto a golpearlo otra vez y todas las veces que fuera necesario hasta que se sintiera mejor. Un nuevo puño surcó el aire, pero Aleyu se inclinó y logró evitarlo. Luego, dando unos pasos más hacia atrás, se colocó fuera del alcance del próximo golpe. No intérpretes mal las cosas; Tiberli no ha muerto en mis manos.

¡¡Mientes!! rugió Lenumat ¡Eres un maldito! ¿¡No te bastó con lo que hiciste en el río!?

¡Tranquilízate!, estas confundido, deja que yo te explique cómo sucedieron las cosas insistió Aleyu, pero al ver que Lenumat no parecía querer entender, y tras esquivar un nuevo golpe, recordó que él era el hermano mayor y entonces soltó un fuerte puñetazo, el cual dio de lleno en la cara de Lenumat que, escupiendo sangre, cayó al suelo aturdido, al lado del cuerpo de Tiberli.

Aleyu sintió un calor intenso; la ira lo dominó y amenazó con estropear su plan; tenía a Lenumat a sus pies, sin nadie que lo pudiera ayudar, de querer hacerlo, podría asegurarle a él un destino igual al de Tiberli. Sus manos fueron hacia su espalda y buscaron la espada que allí había ocultado, pero antes de alcanzar a tocarla, un viento enviado por Dresar le devolvió el sentido común, y sus manos volvieron al frente.

Yo no maté a Tiberli insistió tratando de disimular en su tono de voz la ira y su mentira, y conteniéndose de tomar la espada. Al ver que Lenumat se ponía nuevamente de pie para seguir su ataque, dio media vuelta y con la mano derecha señaló los cuerpos que yacían tras él. Fueron ellos, hombres del este, venidos de las tierras más allá de Solékru.

Lenumat no dijo nada y por un instante se negó a mirar hacia donde señalaba Aleyu, pero finalmente lo hizo, impresionándose al ver los cuerpos de nuevo.

¿De más allá de Solékru?, ¿hombres del este? se extrañó después de escupir sangre, pero demostrando que no creía nada.

Sé que no me crees porque, al igual que yo, tú creías que ellos lucían muy diferentes a nosotros, pero dime ¿acaso te parecen daguelnenses esas ropas, esas mantas o esos animales atados a los árboles? Y aun es posible reconocer en sus cuerpos y rasgos que no son de nuestro pueblo.

Lenumat, respirando agitadamente, miró con detenimiento los cuerpos, todavía no parecía estar considerando la posibilidad de que Aleyu dijera la verdad, pero examinó toda la extraña escena con aspecto confundido y ya no

tan seguro. Luego miró nuevamente el cuerpo de su amada y de nuevo no pudo contener el llanto.

¿En serio piensas que yo mataría a alguien de nuestro propio pueblo, Lenumat? Ya no importa lo que sucedió en el río, olvidémoslo, lo importante aquí es el dolor que ambos sentimos en este momento, tanto por la pérdida de nuestro padre como de Tiberli.

¿Me vas a decir que esos hombres cruzaron el desierto sin fin, hasta aquí? dijo Lenumat con tono burlesco, pese a su dolor y a su llanto.

Según Dresar, eran parte de una gran expedición de quizás cientos de hombres, mujeres y hasta niños, pero todos sucumbieron a Solékru. Solo estos que aquí ves fueron los que sobrevivieron explicó Aleyu obviando el tono de su hermano.

¡No te creo!, ¡solo estas lleno de mentiras, de maldad!

En serio, te digo la verdad, te lo juro. Es posible que estuvieran buscando nuevos territorios para que sus Reyes los conquistasen.

¿Cómo llegaste tú aquí?, ¿cómo supiste de ellos?, ¿cómo llegó hasta aquí Tiberli!? Lenumat no paraba de mirar a la joven tendida en el suelo; al parecer realmente la había amado.

Te lo contaré todo, si me lo permites le dijo Aleyu: Cuando murió nuestro padre hace solo algunas horas, yo sospeché que la causa de su muerte había sido, no un ataque directo a él, sino a su árbol. No voy a mentirte, pensé que tú tenías algo que ver. Entonces, en compañía de Dresar, me dirigí aquí, al lugar donde yo sabía que estaba el árbol al cual estaba ligado el Rey. Lo conocimos el día en que nos trajo hasta aquí, ¿recuerdas? Lenumat no respondió, solo lloraba y miraba a Tiberli. Yo vine hasta aquí con la intención de vengar a nuestro padre, pensé que aquí me enfrentaría a ti.

De camino a este lugar, cuando Dresar me traía de una manera similar a como te ha traído a ti, y volábamos sobre el río Ereuflo, divisé algo en la orilla. A pesar de la oscuridad, me di cuenta de que se trataba de Tiberli. Aunque no me lo creas, decidí bajar para contarle sobre la muerte del Rey, y decirle que sería bueno que fuera a su casa; que no debía vagar sola por el bosque a tan altas horas de la noche. Ella me preguntó a dónde me dirigía. Imagina mi sorpresa cuando, al decirle mi propósito, ella me dijo que la trajera conmigo.

¿¡Qué!?, ¿pretendes que crea que ella te pidió que la trajeras a un lugar tan lejano como este sabiendo que tú no la mirabas con buenos ojos, que la odiabas?

Yo no la odiaba, solamente dije algunas cosas al calor de las circunstancias y de mi propio carácter. ¡Pero es la verdad!, yo le conté de mis sospechas contra ti, y fue entonces que prácticamente me suplicó que la trajera a este lugar. Su propósito era que, si realmente tú tenías algo que ver, comprobarlo con sus propios ojos, hablar contigo, y tratar de que entraras en razón. Yo, para no perder más tiempo, finalmente accedí.

No, no puede ser.

Cuando llegamos a este valle continuó Aleyu sin hacer caso de la negativa de Lenumat, descubrimos a estos hombres durmiendo plácidamente bajo el calor de un fuego que ardía gracias a la madera producto de la corta del árbol de nuestro padre. En ese momento la curiosidad dominó a Tiberli, la cual se acercó demasiado a uno de los hombres, pese a mis advertencias, pues yo ya había notado los extraños rasgos de todos ellos. Fue en ese momento que uno de los hombres despertó bruscamente; como un monstruo se levantó y sacó un cuchillo muy grande y, antes de que Dresar y yo pudiéramos reaccionar, le provocó una herida mortal.

Inmediatamente Dresar y yo nos abalanzamos sobre el hombre y sobre sus compañeros, pues estos también habían despertado ya. Tras una feroz batalla, finalmente todos cayeron, tal y como lo puedes ver Volvió a señalar detrás de sí. Yo solamente pude acabar con un uno de ellos, con él que mató a Tiberli, de los restantes se encargó Dresar.

¡Eres un mal mentiroso! exclamó Lenumat, pero aun así no pudo ocultar el hecho de que las palabras de Aleyu comenzaban a tener sentido, y hasta podían ser creíbles.

Dándose cuenta de que ya casi lo convencía, Aleyu inesperadamente llevó sus manos a su espalda, tomó la espada y se la mostró a su hermano.

Este es el enorme cuchillo que usó ese hombre contra Tiberli. Dresar dice que se llama “espada”..., esta es el arma que mató a tu amada Lenumat miró la hoja de Amalon asombrado pero con repulsión, pasando del mango al hermoso filo de diamante de la misma. Si no me crees, tómala y mátame en este preciso instante Le entregó la espada a su hermano, al tiempo que miraba con disimulo a Dresar para indicarle que estuviera atento por si algo salía mal.

Lenumat dudó unos momentos, luego tomó lentamente la asombrosa espada. Al tocar el mango de la misma le pareció ver un leve brillo rojo que se produjo en el filo de diamante, el cual desapareció rápidamente. Se quedó pensativo un momento repasando todo lo que había pasado; cada recuerdo le

ardía en su corazón, pues así lo demostraban las lágrimas que caían y resbalaban por la hoja de la espada. Quizás estaba intentando encontrar alguna hipótesis que señalará a Aleyu como responsable, pero luego miró los cuerpos de los hombres caídos, y pareció comprender que Aleyu no habría podido inventar todo aquello, ni aun con la ayuda de su extraño amigo. Allí estaban las pruebas: los hombres del este muertos y el árbol del Rey cortado. Entonces soltó el mango de Amalon, y esta emitió un último y casi imperceptible destello antes de caer al suelo. Lenumat también cayó de rodillas ante Aleyu y comenzó a llorar amargamente.

Tú ganas, Aleyu dijo con amargura y voz entrecortada. Ve al palacio y conviértete en Rey. Mi dolor me hace reconocer mi derrota, pues no has sido tú sino el destino quien me ha derrotado.

Lenumat...

¡Veté!, déjame aquí, quiero estar solo, quiero morir también.

No puedo dejarte aquí, hermano protestó Aleyu fingiendo preocupación, pero casi sonriendo. Nunca lograrías volver al reino, no pued...

¡Por favor! insistió Lenumat andando de rodillas hasta donde estaba el cuerpo de Tiberli Váyanse los dos, tú y tu extraño amigo.

Aleyu dejó que pasaran algunos minutos para hacer creer a su hermano que se resistía a la idea de dejarlo abandonado a su suerte en aquel lugar, pero la verdad era que, si Lenumat no formará parte de la siguiente etapa de su plan, gustoso lo hubiera abandonado.

De acuerdo, respeto tu decisión dijo Aleyu tras un rato más de fingir que vacilaba. Te dejaré solo para que llores a Tiberli, yo lloraré por nuestro padre, y también por ella. Enviaré a Dresar a verte todos los días hasta que estés listo para volver, él también te traerá alimentos.

Dicho esto, Aleyu disimuladamente recogió a Amalon y se la guardó nuevamente. Caminó hacia Dresar, pasando a un lado de Lenumat, que seguía de rodillas llorando sobre la chica, mientras que en el cielo la luna era ocultada por algunas nubes claras.

Encontré esto le mostró al mago el segmento de pergamino con la extraña escritura que había encontrado. Creo que le pertenecía a estos hombres salvajes, está en una lengua que no conozco.

Dresar tomó el pergamino y lo examinó unos momentos sin buscar ninguna luz, y en medio de los sollozos de Lenumat, le pasó la mano por encima varias veces para tratar de descubrir las palabras que quedaban ocultas bajo la

suciedad, luego miró a Aleyu.

Conozco esta lengua y el reino en la que la suelen usar, aunque no es la más hablada allí, de hecho solo la usan en cartas de carácter muy formal. Posiblemente fue escrita por el Rey que envió la expedición. Fue hecha con el propósito de, en caso de encontrar territorios nuevos, y en caso de que estuviesen habitados, presentar este pergamino para evitar conflictos, pero este es solo un pequeño segmento del pergamino completo, y dice:

“Me dirijo a ustedes, pueblos de tierras lejanas, para rogarles que no vean a estos hombres como una amenaza, su único propósito es el de explorar y lograr adquirir nuevos conocimientos...”

Luego de este saludo la mayoría de lo escrito está muy arruinado, al parecer la tinta utilizada no soportó muy bien el calor del desierto y se estropeó observó Dresar, tratando de descifrar la maltratada escritura, lo único que aún es legible son las últimas frases:

“Les ruego que no les hagan daño alguno y les permitan cruzar sus territorios en paz, si esto fuera posible, pero en caso contrario les pido que entonces les permitan dar la vuelta para que vuelvan a mí, y a su hogar.

Aclaro que el único responsable por los actos de estos hombres soy yo, su Rey.

De parte de mi reino, les deseo infinita paz”.

Dresar leyó lo poco que se podía entender y concluyó la lectura con una pausa sin despegar los ojos del pergamino.

—“Firma el Rey Aldorar, soberano del reino de Argalin” —concluyó Dresar.

—¿Aldorar?, ¿Argalin? —se extrañó Aleyu, un tanto pensativo, además de molesto con los sonidos de pena de su hermano—. Es una carta muy respetuosa y formal ¿no crees? —observó luego, un tanto sorprendido pues había esperado escuchar la amenaza inminente sobre Daguelna en ese pergamino.

—No te dejes confundir —le espetó Dresar—, no permitas que te engañen estas palabras, yo he visto muchas cartas semejantes como antecedente de terribles guerras y masacres. Los hombres de más allá de Solékru son muy hábiles en el arte de engañar a quienes no los conocen, son muy descarados, pues primeramente son amables con aquellos a los que planean apuñalar por la espalda.

—El Rey Aldorar... —murmuró luego Aleyu pensativo, tratando de imaginarse al que ya consideraba su enemigo—. Allí dice que asume las

responsabilidades y consecuencias de los actos que cometieran sus hombres —se volteó hacia Lenumat, el cual, arrodillado, no dejaba de lamentarse— ¿Escuchaste eso, hermano?, si algún día quieres vengarte, ya tienes un nombre, piénsalo bien, yo puedo ayudarte, ya que planeo vengar la muerte de nuestro padre —Lenumat no respondió.

Tal y como dijo, Aleyu dejó solo a su hermano y se marchó llevado por Dresar, montando la oscuridad y regresando al castillo.

Durante el camino de vuelta, Aleyu no logró sentir la verdadera felicidad de haber vencido a su hermano, pues la pena por la pérdida de su padre lo inundaba y se desbordaba en su interior. No le gustaba mucho el haber tenido que utilizar la muerte de su amado padre para lograr cumplir sus planes, pese a que la muerte de este no había sido en nada su culpa. Pero ahora que ya podía estar tranquilo de que sería él y no su hermano quien se convertiría en el próximo Rey, pudo continuar llorando mientras se aferraba a la sombra que lo transportaba, a través de la cual las lagrimas pasaban como si de una delgada tela se tratase.

Cuando llegaron al castillo, Aleyu se dio cuenta de que la multitud que le había descrito Dresar ya no estaba allí. Imaginó que alguien, posiblemente su madre, había despedido a la gente. Solamente un pequeño grupo de personas salía en ese momento y se dirigía a la ciudad.

Sin testigos que los vieran, entraron a través de la ventana a la habitación de Aleyu.

—¿Tienes algo que comentar, Dresar? —preguntó Aleyu al ver como, luego de transformarse, el mago lo miraba muy seriamente, como si le reprochara algo.

—¿Por qué Aleyu? —le preguntó Dresar indignado — ¿Por qué esa mentira?, ¿por qué hacerlo sufrir de esa manera?, mejor lo hubieras matado.

—Veo que todavía no entiendes nada —respondió Aleyu con malicia—: él intentó matarme en el río, ¡gracias a él Ciorima estuvo corriendo un gran riesgo de sufrir un fuerte castigo!, ¡por él mi padre no pudo ser feliz los últimos días de su vida! Cuando lo vi... cuando vi a Lenumat con ese sufrimiento y completamente desecho, a pesar de la reciente muerte de mi padre, fue el momento más feliz de mi vida. Estaba destrozado y a mis pies; su muerte no me hubiera dado tanta satisfacción.

Además, todo es parte de mi plan, ahora pienso hacer justo lo que tú me dijiste: voy a conquistar el mundo que existe más allá de Solékru, todas las tierras que en este momento están en manos de los hombres del este,

pertenecerán a Daguena. Pero para lograrlo requeriré de toda la ayuda que sea posible. Lenumat, al ver a su amada muerta en manos de aquellos hombres, no dudará en ayudarme a exterminarlos.

—¿Entonces piensas reconciliarte con él?

—Quiero que él piense eso, pero la verdad es que lo odiaré por siempre. No creo que llegue el día en que yo crea que ya pagó por todo lo que ha hecho. Necesito que me ayudes a hacerlo creer que quiero hacer las paces definitivamente, de esa manera me podrá ser útil por un tiempo, pero cuando ya no lo sea...

Los dos callaron y se dejaron envolver por la oscuridad de la noche, tímidamente reprendida por la luz de las rocas luminiscentes de las paredes y el techo. Dresar lucía igual que siempre; como si emanará su gran poder a través de cada parte visible. Pero esta vez Aleyu se veía distinto: estaba firme y no se intimidaba ante la mirada de Dresar. Estaba muy grave y con una seriedad nueva en él, y realmente así se sentía; ahora sería Rey. Tanta fue la autoridad que Aleyu creyó demostrar, que el mago se contuvo de seguir la discusión.

—Además —dijo con aire triunfante al ver la reacción del hechicero—, no podía matarlo, como ya he dicho; hubiera sido demasiado sospechoso. Lenumat fue un tonto al intentar matarme en el río, eso también hubiera sido muy sospechoso, lo mejor es esperar un tiempo.

Desde que habían llegado al castillo, ambos notaron el gran silencio que allí Reinaba. Pero de pronto ese silencio fue interrumpido; se escucharon muchos pasos presurosos desde el pasillo, y que se dirigirán a la habitación. Pum, pum, pum, golpearon en la puerta.

—¡Aleyu!, ¿¡estas allí!? ¡Por favor abre la puerta! —exigió la voz de Nubelia.

—¡Dresar, vete! —le dijo Aleyu rápidamente, pero por desgracia la puerta de la habitación estaba mal cerrada, y al cuarto golpeteo esta cedió y se abrió. Al instante entraron la Reina, la princesa Dalia, Enot y cuatro guardias más. Al ver a Dresar los recién llegados se paralizaron como si estuvieran viendo una gran amenaza.

—¿Quién es él? —exclamó Dalia caminando lentamente hacia Aleyu, pero sin dejar de mirar al mago.

—Tú, tú estabas... ¡volando! —exclamó también Nubelia recordando el asombroso momento en que Aleyu había llegado a la habitación real entrando a través de la ventana— ¡Volando!, ¡estabas volando...! sobre una oscuridad;

sombras que luego se transformaron en, en... ¡en eso! —señaló a Dresar, y parecía estar a punto de desmayarse, por lo que un guardia, también muy sorprendido, se colocó detrás de ella como precaución.

—Príncipe Aleyu, sería bueno que diera algunas explicaciones —sugirió Enot, no menos asombrado.

—¡Tú no me des órdenes, Enot! —lo increpó Aleyu—, de ser necesario, les explicaré todo —Aleyu se vio sin salida, no tenía otra opción que explicarles no solo lo que era Dresar, sino también de dónde provenía y cuánto tiempo había estado en Daguena, además del porqué no se había dado a conocer. Después de todo, ya no necesitaba ocultarlo más—Pero primero siéntate, madre, y también sería bueno que tú te sentaras, Dalia. ¡Guardias!, ustedes salgan de aquí, ya se darán cuenta por medio de Enot —Los guardias, bastante confundidos y aterrados por Dresar, obedecieron y retrocedieron lentamente mientras miraban casi ininterrumpidamente la figura oscura del mago.

Cuando los guardias salieron y cerraron la puerta, se produjo un gran silencio. Aleyu no sabía por dónde comenzar, además de que no estaba del mejor humor, pues aún el dolor y la tristeza se mezclaban dentro de él debido a la pérdida de su padre, pero no deseaba que esos sentimientos salieran y fueran demasiado visibles; en él había nacido un reciente pero gran orgullo, y no quería que nadie lo viera destrozado.

Nubelia y Dalia por su parte no lograban esconder su tristeza; sus ojos estaban rojos y secos de tanto llorar, y la belleza que las caracterizaba ahora se escondía tras un velo funesto. Aun así, los tres, incluido al viejo Enot, miraban con temor a aquel ser vestido de negro que estaba al lado de Aleyu y que les sonriera levemente. Pero Nubelia lo observaba un poco distinto; con ira, como si estuviera frente al acusado de un delito, el cual ella sabía que era culpable.

—¿¡Dónde está Lenumat!?! —explotó de pronto la Reina dirigiéndose a Dresar, este no respondió de inmediato, ya que recibía de Aleyu una fría mirada— ¡Tú te lo llevaste!; primero apareciste, tú o esas sombras o lo que fuera, entonces yo me desmallé y cuando desperté Lenumat no estaba por ninguna parte, luego Cumer me dijo que lo habías secuestrado ¿¡A dónde lo llevaste!?! ¿¡qué hiciste con él!?!

—¡Cumer! —exclamó Aleyu y miró nuevamente a Dresar, pues claramente le había dado la orden de que evitara ser visto; ahora debía usar más mentiras.

—No se preocupe, majestad, el príncipe Lenumat se encuentra en perfecto

estado, al menos de salud —respondió Dresar en forma tranquila—. Sí, yo me lo llevé, pero no para hacerle daño.

—¿Por qué te lo llevaste y a dónde? —continuó la Reina con el interrogatorio, mientras Dalia y Enot no comprendían cómo podía ella dirigirse en ese tono aquel ser tan extraño.

—Fue una orden mía —intervino Aleyu—, yo le pedí a Dresar, ese es su nombre, que viniera hasta aquí y llevara a Lenumat al sitio donde yo me encontraba, el cual era el valle de flennig.

—¡¡El valle Flennig!! —saltó Dalia asombrada, pero luego bajó rápidamente el tono de voz, intimidada por Dresar— ¿No es allí donde está el árbol de...? —No pudo terminar la frase y volvió a sollozar.

—Querrá decir donde una vez estuvo el árbol del Rey —concluyó Dresar.

—¿Cómo que “estuvo”? —se extrañó Nubelia.

—Aguarden todos —saltó Aleyu—. Creo que la historia está siendo contada de una manera muy fragmentada y desordenada, lo mejor es comenzar desde el principio, desde que salí de la habitación real, luego de que... —la voz se le quebró—... después de que muriera el Rey, esa es la única manera de que puedan entender, y aun más, creer lo que les voy a contar —Hizo una pausa y confirmó que ahora tenía la atención de todos, dio un suspiro y comenzó.

A partir de ese momento, Aleyu y Dresar tardaron horas explicando todo lo que había sucedido, repasando una y otra vez los puntos que uno o más de los presentes no entendía o simplemente no lograba aceptar. Dresar debió de explicar que él provenía del mundo que se extiende más allá de Solékru, pero aun más que eso, tuvo que, al igual que con Aleyu la noche en que se conocieron, hacer algunos trucos para que le pudieran creer y que ese punto quedará claro. Pero ambos, Aleyu y Dresar, decidieron omitir la parte en la que este último había creado a Amalon y se la había entregado a Aleyu.

Tampoco les contaron abiertamente las sospechas de que Lenumat había sido quien soltará a los darados en el río, o que este había usado drogas durante la competencia, esto a pesar de que en el castillo esto era ya un secreto a voces.

Cuando al fin Nubelia, Dalia y Enot parecieron comprender lo que era un mago y que Dresar no era un ser malvado sino todo lo contrario, llegó el momento de contar todo lo que había sucedido luego de la triste muerte de Deinor, el viaje de Aleyu y Dresar al valle Flennig y, entre verdades y mentiras, todo lo que allí había sucedido, incluyendo la misma mentira sobre

Tiberli, acerca de que esta lo había acompañado, muriendo luego en manos de aquellos hombres que habían encontrado, y que esa fue la razón por la que Dresar regresó para llevarse a Lenumat. Y por último, Aleyu procedió a contar acerca de la decisión de su hermano de quedarse allí, sólo, por un tiempo.

El lamento de Daguelna

Aleyu se vio obligado a pasar la mayor parte de aquella noche tratando de que su madre y hermana comprendieran que la decisión de quedarse en aquel lejano lugar con el cuerpo de Tiberli había sido enteramente de Lenumat, y que él, por más que trató de disuadirlo de esto, no lo había logrado.

Finalmente para tratar de calmarlas un poco más, les dijo que no tenían de que preocuparse, pues enviaría a Dresar todos los días para proveerle a Lenumat, entre otras cosas, alimentos, así como todo lo que pudiera necesitar hasta que su dolor se calmara y le permitiera regresar, y cuando esto pasara, Dresar se encargaría de traerlo de vuelta y le evitaría el duro y largo viaje.

Sin estar del todo convencidas, ni entendiendo del todo lo ocurrido, especialmente las razones de Lenumat para quedarse sólo, en un lugar tan lejano, finalmente Nubelia y Dalia dejaron de hacer preguntas y de pedir explicaciones. El silencio pareció oscurecer la habitación y toda luz fue ahuyentada por la tristeza. Aleyu sintió en su corazón un dolor que crecía con fuerzas renovadas. Ahora los tres debían concentrarse en la penosa y dolorosa tarea de llevar a cabo los funerales del Rey.

Las restantes horas de esa noche transcurrieron de manera muy lenta y silenciosa; todo el reino estaba inmerso en no poder creer que su Rey hubiese muerto de manera tan sorpresiva y prematura, sin una enfermedad, síntoma o dolor que indicara que algo estaba mal con su salud, pues aún no se conocían las causas reales de su muerte, ni porqué el príncipe Aleyu se había ausentado durante horas, así como ahora tampoco se sabía en dónde estaban el príncipe Lenumat y su prometida.

Pero por ahora nada de eso importaba mucho, lo único que les interesaba a los daguelnenses era su dolor, ya que aunque cuestionado y atacado en las últimas semanas, el Rey Deinor había sido muy querido, tanto como cualquiera de sus antecesores.

El día siguiente llegó con un sol que se levantó aletargadamente: oscuro y

frío, escondido detrás de nubes negras. A lo lejos en el bosque, antes que los gallos cantaran, los lecodanes y centicoras comenzaron a bramar sin detenerse, como cuando lloraban a sus crías luego de ser devoradas. Las aves no volaban en el cielo ni saltaban de un árbol a otro, y las hojas y las ramas no tenían viento alguno que las meciera. Esa era la tristeza del bosque y del reino; el llanto de las bestias grandes y el silencio de los animales pequeños, la negativa del viento a refrescar, y del sol para calentar, y la tranquilidad de las aguas de los ríos y del mar. Los árboles dejaban caer sus hojas verdes y doradas como un llanto incesante.

Los daguelnenses también estaban en silencio; no trabajaron ese día. Dentro de sus hogares intentaban en vano mantener la pena lejos de ellos, pero todos recordaban, recordaban y lloraban. Se lamentaban sin consuelo mientras algunos esporádicos relámpagos marcaban con su luz en el cielo el ritmo de las gotas de llanto del reino; era el lamento de Daguena.

Aleyu no despertó ese día; no había logrado dormir en toda la noche, simplemente no le interesaba. Luego de que su madre y hermana se fueran y lo dejaran solo, había destruido su habitación con el oleaje de su rabia y su dolor: con puños y patadas destrozó los muebles y la cama, mientras que con la espada Amalon brillando débilmente destruyó el fantástico estudio. Luego, en medio de los escombros de sus pertenencias y de su alma, el dolor lo llenó por completo; sintió en su pecho una presión que lo obligó a caer de rodillas bajo la luz de las rocas blancas de las paredes. La tristeza lo envolvió como una sombra y lo obligó a llorar y a gritar por horas, mientras otra sombra oculta en la noche lo miraba a través de la ventana.

Los cuernos comenzaron a sonar desde muy temprano con una nota triste y prolongada, y fueron las notas de los mismos lo único que le indicó a Aleyu que el sol ya había salido en el que sería su día más triste. Dejó de mirar en el suelo los pedazos de los muebles y de su cama, además de los de algunas de sus ropas. Se puso en pie y dejó también de repasar en su mente todo lo sucedido. De inmediato sintió un dolor en sus rodillas y una debilidad en las piernas. Cojeando por unos segundos, caminó hacia la puerta y la abrió; allí se encontró con el guardia, cuyos rojos e hinchados ojos se parecían mucho a los suyos.

Dio algunas rápidas instrucciones al guardia, y por último le ordenó que le consiguiera ropa negra, de luto, que fuera de su talla y estuviera limpia.

El planear el funeral del Rey no fue nada sencillo, principalmente porque la tristeza infundía silencio en todos; Dalia no fue capaz de hablar, y sus ojos

enrojecidos sólo miraban al suelo. Nubelia únicamente fue capaz de dar algunas ideas de que hacer con el hecho de no contar con el árbol de Deinor, pero no fue mucho lo que habló. La resistencia de Enot al tiempo finalmente fue vencida, no por la carga de sus años, sino por el dolor de haber perdido a su señor, esto porque se reportó enfermo ese y muchos días posteriores.

Con la ayuda de Dresar finalmente Aleyu logró planear el funeral: envió hombres a buscar el tronco de algún árbol muerto en el bosque al cual ningún daguelnense hubiese estado ligado; ese sería el ataúd de su padre, que simbolizaría a su verdadero árbol, que había sido cortado y quemado. A otros sirvientes los envió a hacer arreglos y repartir noticias.

El día era tan triste y oscuro que en realidad el sol no parecía avanzar por el cielo, esto porque pese a que los preparativos del funeral llevaron mucho tiempo. Todo estuvo listo mucho antes del medio día, momento en el cual el cielo se oscureció todavía más, y una leve y fría llovizna comenzó a caer, mientras las grandes bestias aún mugían y las aves callaban.

Aleyu se encerró en su cuarto cuando el cuerpo de su padre era trasladado de alguna de las habitaciones, donde había yacido, hasta el gran jardín, lugar donde lo esperaba ya una gran multitud, y un ataúd decorado. Sabía que no era lo suficientemente fuerte como para resistir el ver como su padre, gran hombre en vida y merecedor de todos los honores y la gloria de los hombres y los dioses, era cargado inerte, vencido y, según muchos, con el recuerdo de haber tenido uno de los Reinados más cortos en la historia escrita de Daguelna.

Cuando el triste sonido del cuerno le indicó que ya el cuerpo había sido trasladado, Aleyu salió de su habitación y enjuagó una vez más sus lágrimas. Se dirigió al gran jardín, y al llegar fue recibido por un día oscuro: miles de personas se amontonaban cerca de la gran torre. Estaban todos empapados de pies a cabeza, pues la lluvia había arreciado un poco, pero nadie se cubría de ella. Un número incontable de luces rojas y blancas se movían por doquier; cada persona, hombre, mujer, anciano y niño, sostenía en su mano una piedra luminiscente, algunos hasta dos o tres. Solo algunas eran rojas, pues la gran mayoría eran blancas y de luz más fuerte. Todos se colocaban la roca en el pecho, mientras su llanto se confundía con la fría lluvia.

Aleyu caminó lentamente por el jardín, dejándose empapar también por el agua. Se acercó hasta la multitud, y allí, delante de la puerta de la gran torre, estaba el ataúd de su padre: era un tronco muy grueso y de varios metros de largo, un hermoso pino que, a pesar de tener varios meses de estar ya seco y caído en el bosque, no presentaba signo alguno de descomposición. El pino

era un árbol considerado de muy bella apariencia en Daguelna y de muy buena suerte para todo aquel que estuviera ligado a uno. Pero la verdad era que aquel no era el verdadero árbol de su padre, por lo que le pareció increíble que los hombres que había enviado al bosque encontraran en este y de una manera tan rápida a tan bello espécimen que no estuviera ligado a nadie más, y que no había necesitado limpieza de hongos o malezas para lucir tan hermoso.

A aquel árbol se le había retirado la mayoría de sus ramas secas, a excepción de dos de ellas, las cuales, dados su grosor y perfecta forma pues habían crecido en línea recta, habían sido dejadas en su lugar, imitando unas altas torres con un paso entre ellas; un camino, una puerta a otra existencia

En el centro de aquel enorme y hermoso tronco había sido abierto el lugar donde ahora reposaba el cuerpo de Deinor: era una abertura cuyo fondo y lados estaban adornados y suavizados con telas de color rojo y púrpura, mientras que un cojín oscuro elevaba suavemente la cabeza del Rey, cuyo rostro lucía sereno, casi feliz, mucho más tranquilo de lo que luciera en sus últimos días de vida.

Las ropas que le habían colocado no eran elegantes ni opulentas, sino delgadas, livianas y de color blanco, como una túnica, pues una sola prenda le cubría el cuerpo. Sus manos fueron colocadas unidas y entrelazadas sobre el pecho; no llevaba ninguna corona.

Al ser tan pesado el tronco, había sido colocado sobre dos carretas de metal muy fuertes, diseñadas y reforzadas para llevar grandes pesos, las cuales estaban unidas entre sí por gruesas cuerdas, que finalmente estaban amarradas a los yugos de cuatro grandes lecodanes.

La Reina Nubelia y la princesa Dalia esperaban en silencio, estaban envueltas en ropas negras y velos oscuros sobre sus cabezas, inclinadas al suelo. Parecían un par de espectros melancólicos cuyas figuras se recortaban contra la débil luz del día y de las rocas blancas que los dolientes cargaban.

—Príncipe —escuchó Aleyu que alguien lo llamaba. Se volteó a la derecha, allí estaba un hombre de estatura baja al cual reconoció de inmediato; era uno de los encargados de pregonar al pueblo las noticias y decisiones que se daban en el castillo —. Príncipe Aleyu, la gente se pregunta en dónde está el príncipe Lenumat, ya que no se le ha visto por ninguna parte, y es incomprensible su ausencia en tan doloroso acto como lo es este. Así también los familiares, amigos y conocidos se preguntan por el paradero de la señorita Tiberli, prometida del príncipe Lenumat, pues desde el día de ayer no se le ha visto por ninguna parte, ¿sabe usted algo?

—Según tengo entendido, la señorita Tiberli está perdida en el bosque, y su prometido la está buscando —respondió Aleyu de mala gana. Sabía que era una muy mala y tonta historia, pues no podía haber daguelnense alguno que se pudiera perder en Golbares, pese a esto y al rostro de extrañeza del hombre, no dijo nada más.

La oscuridad y la lluvia aumentaron su fuerza a la vez que enfriaban los corazones tristes de todos.

Aleyu recibió su propia roca luminiscente de manos de un guardia. La luz de esta era pálida, y al tacto estaba muy fría.

Se dirigió hacia donde estaban su madre y hermana, a pocos metros del ataúd del Rey, pero evitó ver el cuerpo y el rostro de este. Al llegar, Nubelia elevó la cabeza.

—Te suplicó, Aleyu, que le digas a “esa cosa” que llamas Dresar que no se presente hoy, ni ante nosotros ni ante nadie, pues todos estamos demasiado consternados —le dijo Nubelia, cuyos labios apenas y se veían bajo el velo negro. Dalia asintió sin ganas.

—No se preocupen, no se aparecerá —indicó Aleyu un poco molesto—, se lo pedí no porque sea “una cosa rara”, o porque no lo merezca, pues él me ha ayudado mucho, sino porque sé la consternación que eso provocaría.

—Los familiares de Tiberli la están buscando, ¿qué se supone que les debemos decir? —comentó Dalia sin levantar el rostro y con voz débil.

—No es hora de hablar de eso, ya tenemos demasiada tristeza para muchos días —respondió Aleyu sin ningún remordimiento pero un tanto incomodo—. Cuando llegue el momento, yo mismo tendré que revelar las causas de las muertes de ambos, del Rey y de la chica, pues para la gente nada está claro, y si no lo he hecho aun es porque de seguro no lo podrían creer o comprender. Por algunas horas o días más lo mejor es que el pueblo piense que Tiberli está desaparecida, y que mi padre falleció debido a alguna enfermedad.

—Creo que ya es hora... —dijo Nubelia con pena en cada una de sus palabras.

Aleyu se volteó entonces y, armándose de valor, miró a su padre en su ataúd, caminó unos pasos hacia este y comenzó a derramar lagrimas frías con forme su mente se llenaba de melancólicos recuerdos. La multitud se abrió y dejó espacio para comenzar la procesión de dolor.

Los lecodanes mugieron al ser arreados por los guardias, y las dos carretas de metal se comenzaron a mover penosamente.

Aleyu, flanqueado a un lado por su madre y al otro por su hermana,

comenzó a caminar lentamente detrás del enorme tronco en el que iba el cuerpo de su padre. Así también gran parte de la multitud los siguió, aunque la inmensa mayoría aguardaba afuera de las murallas. Todas las personas a ambos lados del camino se lamentaban cuando las carretas pasaban frente a ellos; elevaban las rocas blancas y luego las bajaban lentamente, mientras lloraban. Aunque muchos caminaron a los lados del féretro, y unos pocos por delante del mismo, casi todos lo siguieron desde atrás, cada uno con el llanto en sus ojos y la amargura en sus corazones.

A solo unos pocos minutos de iniciado el viaje hasta el río, se comenzaron a escuchar algunas débiles canciones nacidas en tiempo remotos y no escritas en roca ni en pergamino, sino en historias tristes contadas a la orilla de los ríos en días oscuros como aquel. Cada lamento nacía y se convertía en notas suaves y extensas, que muchos de los niños ese día comenzaron a aprender.

—¿Recuerdas aquella historia, hermano, la que nos contó papa varias veces? —le dijo Dalia a Aleyu justo cuando atravesaban las grandes puertas del castillo.

—¿Cuál de todas? —respondió Aleyu, que no creía que ese fuera buen momento para recordar o cantar historias, pero no quiso ser grosero con su hermana, pues esta hablaba a su lado casi sin voz, siempre mirando al suelo y oculta por el velo negro.

—La de los dos hermanos que, viendo cercana la muerte de su padre, comenzaron a disgustarse y pelear por quedarse con la cabeza de la jerarquía de su casa.

—¡A esa!, no, no la recuerdo —mintió Aleyu de manera cortante, pues sabía ya por donde deseaba Dalia encaminar la conversación.

—Yo sí la recuerdo, pues, extraña y dolorosamente, se me hace ahora muy familiar.

—¿De qué hablas?, ¿piensas que esto se parece a esa historia? —Aleyu trató de elevar un poco el tono de voz para disuadir a su hermana, pero esto no pareció dar resultado. Estaban aún en el largo camino que conducía a la vía principal de la ciudad, podía saberlo más por la textura del suelo que por mirar alrededor, ya que por donde quiera había personas silenciosas que caminaban bajo la lluvia con rostros deprimidos. El llanto se combinaba con la lluvia y salpicaba las rocas que la gente llevaba pegadas al pecho, mientras la luz de estas les daba un tono pálido a sus caras. Por un momento a Aleyu le pareció que aquello no era un funeral, una despedida, sino una reunión de almas sin consuelo, convocadas para recibir en su mundo a un monarca que

todo lo había entregado en su vida, pero que poco había recibido a cambio.

—Siempre pensé que la historia era poco precisa en cuanto al lugar y tiempo en que se produjo, pero papa siempre insistió en que había ocurrido en una de las primeras familias, muy cerca de donde ahora está Daguena — prosiguió Dalia, que a ratos parecía más bien estarse hablando así misma—. Según la historia, cuando el anciano padre vio acercarse su muerte, mandó a llamar a su hijo favorito, que era el mayor de los dos...

—Sí, y su nombre era Natiel, mientras que el menor se llamaba Neliel — dijo Aleyu tratando de demostrar que sí recordaba la historia, quizás de esa manera Dalia caería en cuenta de que al principio había fingido, y que no deseaba escuchar aquel viejo cuento. Pese a ello, la joven continuó con el relato, mientras que ya se acercaban a Asaliriam.

—Sí, así es, la historia cuenta que Natiel, el mayor, acudió al llamado de su padre, el anciano lo tomó en sus brazos y lo abrazó, tocó su velluda piel, olió su aroma, y le forzó a hablar para escuchar su voz. Entonces le reveló su intención de dejarle todo cuanto tenía, incluyendo el deber y el derecho de regir sobre su hermano.

Cuando todo aquello llegó a oídos de Neliel, este se molestó mucho pues consideraba que la mayor parte de las riquezas que poseía su padre las había obtenido por medio de su trabajo, por lo que no vio justo que estuviera condenado a enriquecer y servir a su hermano.

El dolor y la amargura se habían detenido en Aleyu; ahora se encontraba escuchando atentamente, recreando cada parte de aquella historia en su mente, tal y como lo había hecho cuando era niño y, luego de discutir con Lenumat por alguna insignificancia, su padre los tomaba y sentaba en rincones opuestos de la habitación real, mientras él se sentaba en una enorme silla de metal labrado, procediendo luego a contarles aquella y otras historias de codicia y odio de cuando el mundo todavía era joven y el sol más fuerte en el cielo.

—Fue entonces que planeó acabar con los planes de su hermano y de su propio padre —continuó Dalia. Para ese momento ya avanzaban por la calle principal y, por las fachadas de las casas y edificios que se alcanzaban a ver por sobre las muchas cabezas oscuras, debían de estar a la mitad de la ciudad —. En toda la tierra se había organizado una única y gran fiesta para celebrar la sucesión, pero lo que nadie sabía era que Neliel la noche anterior había preparado un veneno, aturdidor pero no mortal, el cual luego se convertiría en el primer licor. Y fue de esta bebida que en medio de la fiesta y de todos los invitados le dio a su padre, hermano e incluso a su madre.

¿Puedes creerlo, Aleyu?, el licor, una bebida tan baja y vana que aquí en Daguena se dejó de consumir hace mucho tiempo, ¡creada por Neliel, según la historia, en una época en donde todo era más puro y nuevo; fue uno de los primeros rayos de la sombra de la maldad!

En este punto el encanto de los recuerdos de Aleyu y de su propia fantasía se rompió; sabía lo que continuaba en la historia, y por desgracia comenzó a sentir alguna semejanza entre esta y la suya, aunque también había muchas diferencias.

—Neliel obligó a su hermano y a su madre a dormir por efecto de la bebida —continuó Dalia mientras ya se acercaban al final de la vía principal, y las sombras de los árboles se alzaban al final del camino—, tomó las ropas de Natiel y se vistió con ellas, imitó la voz de su hermano y se presentó en la fiesta, donde aún se encontraba su padre, el cual por su vejez y el efecto del licor no lo reconoció, si no que lo confundió con Natiel y, frente a todos los presentes que desconocían incluso el motivo de la fiesta, le entregó su poder, su legado y autoridad. Y fue así que, juramentado bajo el nombre de algún dios ya olvidado, se produjo el primer gran engaño y robo...

En ese momento llegaron al bosque, al mismo tiempo se escucharon sonar los cuernos desde el castillo, llamado que fue contestado por otros más cercanos, tocados por los guardias que guiaban a los lecodanes.

Entraron en el bosque y un día oscuro pareció volverse noche: la oscuridad los encegueció unos instantes, pues los árboles se alzaban oscuros y sombríos ocultando la luz del día con sus ramas y hojas, dejando como única prueba de existencia del mundo el sonido del agua resbalando por sus copas y escurriéndose en el suelo, además de las incontables hojas que caían, muchas precisamente sobre el cuerpo de Deinor.

Luego la oscuridad cedió, y alrededor se encendieron decenas de miles de luces pálidas, unas rojas y otras blancas, que parecían provocar una especie de neblina de luz en la cual flotaban los rostros de todos los daguenses. Todo el reino estaba allí, llorando y lamentando juntos su gran pérdida.

Dalia continuó hablando, contando aquella historia, pero Aleyu ya no le prestaba atención, no necesitaba hacerlo, conocía el desenlace inconcluso de la historia, según la cual luego de la muerte del padre, y al ver lo que su hermano había hecho, Natiel intentó matarlo, pero Neliel lo venció y lo expulsó de la tierra, obligándolo a construir el primer barco y con este surcar un inmenso océano hasta encontrar un lugar donde vivir. Se marchó con esposas, hijos y algunos parientes, prometiendo que un día él o sus

descendientes regresarían por la venganza.

La historia era un tanto más extensa, y narraba muchos intentos de Natiel por llevar a cabo su venganza, pero al ser derrotado una y otra vez siempre escapaba, solo para intentarlo nuevamente años más tarde, he incluso luego de su muerte sus descendientes efectivamente continuaron intentándolo, aunque cada vez en periodos de tiempo más largos. En Daguelna se creía que aún hoy en día, en alguna parte del mundo, se seguía desarrollando cada cierto tiempo una gran batalla, siendo el final no más que la continuación de aquella historia.

Aleyu miró entonces el ataúd de su padre: ahora este parecía nadar en un mar de neblinosa luz, llevado por carruajes de plata. Se sintió mal entonces por su padre, el cual, a través de aquella historia y de otras semejantes, siempre había tratado de enseñarles que las diferencias, la rabia, el odio y la codicia por dinero y poder no podían conducir a otra cosa que al conflicto, tanto con los demás como con sí mismo. Por esa razón les contaba ese tipo de historias cada vez que él, Lenumat y Dalia discutían por cualquier motivo; les había tratado de enseñar, de inculcar valores. Pero ahora, a su parecer, Lenumat había roto todas aquellas enseñanzas.

—¿Por qué me cuentas precisamente esta historia, Dalia? —le preguntó a su hermana cuando creyó que esta ya había acabado su relato.

—Quería ver si, más que la historia, recuerdas el verdadero mensaje, aquel que siempre está oculto a plena vista, ¿lo recuerdas, Aleyu? ¿Qué les sucedió a Lenumat y a ti?

—En primer lugar, claro que siempre he conocido y recordado ese mensaje —mintió Aleyu un poco ofuscado, buscando el rostro de su hermana, que se perdía entre el velo y la oscuridad, y cuya roca blanca parecía incapaz de iluminar—, quien lo olvidó o nunca lo conoció es Lenumat. Él fue quien inició todo y lo ha ido empeorando con sus acciones. En segundo lugar, ¿por qué hablas como si la muerte de nuestro padre fuese el resultado de esa disputa? ¿Qué no he explicado ya más de una vez cómo fue que murió el Rey?, ¿no les dije a manos de quiénes encontré su árbol cortado y quemado?

—Sí, ya lo has hecho —reconoció Dalia, cuya triste voz fue la única prueba de que todavía estaba allí, en medio de la oscuridad y la lluvia—, y no es que no te creamos, pero esa versión aún está por confirmarse cuando vuelva Lenumat. Pero de todas maneras, aunque la muerte de papa no haya tenido nada que ver con la rivalidad entre ustedes dos, aun así me cuesta creer que todo no está unido, entrelazado de alguna manera, ya que las tragedias suelen atraer a otras desdichas aún más grandes y dolorosas. Así que, consecuencia o

no, está muerte no pudo haber llegado sola.

—¿Quieres decir que mi rivalidad con Lenumat y lo ocurrido en la competencia pudieron atraer a esta otra tragedia a pesar de no tener nada que ver la una con la otra? —se extrañó Aleyu, que no entendía un razonamiento como aquel, sin embargo, una extraña nueva y gran pena nació en él, acompañado por un sentimiento de culpa.

—No se podría probar, pero sí así fuera, jamás se los podría perdonar —expresó Dalia, apenas con voz.

—La muerte es algo a lo que se expone toda persona y todo ser, con el simple hecho de estar vivo —escucharon decir a Nubelia, la cual aún caminaba cerca, con la mirada pérdida y su mente en las sombras.

Desde que entraran en el bosque, los guardias no habían hecho otra cosa que sonar los cuernos cada cierto tiempo, por lo que pronto este sonido se convirtió para Aleyu en su ayuda para despertar de una extraña realidad en la que se veía sumergido por ratos: en esta se sentía como si él fuera la persona fallecida, cuyo espíritu caminaba por aquel camino neblinoso con rostros flotando por doquier que salían a recibirlo y guiarlo.

El camino era tortuoso, no solo por el peso del dolor y de la tristeza, sino porque el paso lento de la marcha cansaba los pies y prolongaba la despedida.

Avanzaban por en medio del bosque, y Aleyu no sabía en dónde estaban o cuánto camino faltaba para llegar al río, pues la oscuridad de los árboles, con la ayuda de las sombras producidas por las rocas blancas y rojas, lo confundían y desorientaban, por lo que no le quedó más que confiar en su oído, esperando en lograr escuchar el agua cuando ya se estuvieran acercando al Ereuflo, pero luego de un rato no creyó lograrlo; pues al afinar su audición en busca del sonido del agua fluyendo con fuerza, se habían levantado los ruidos que hasta ese momento había ignorado inconscientemente; el crujir del suelo bajo las ruedas de las carretas, las ramas quebrándose y las hojas marchitas dobladas bajo los pies de todos los daguelnenses, el llanto de niños y adultos, y los cantos bajos, suaves y tristes de los ancianos filtrándose en el aire, siempre en la forma de lamentos.

Mientras avanzaban, Aleyu creyó encontrar una manera de aminorar su dolor, aunque fuera solo por unos segundos; se dedicó a recordar todos los momentos felices que había pasado con su padre, como los castigos que, luego de prometer a Nubelia que le daría por una travesura, fingía darle; como el pasar todo un día sin comer, jugando con sus amigos en el río, o como la vez en que, al negarse a leer un poema frente a unos invitados muy importantes, su

padre lo había condenado a estar recluido en su habitación, pero con la compañía de Ciorima.

Pero Aleyu pronto se vio obligado a dejar de recordar, pues cada momento y pequeño instante de felicidad que traían aquellos recuerdos, al estos acabar y verse de cara con la realidad de nuevo, no hacían más que acrecentar su dolor, pues era como darse cuenta de golpe y muchas veces que su padre estaba muerto y que momentos como aquellos jamás volverían; era algo insoportable.

Segundos después de que comenzara a llorar nuevamente, Aleyu escuchó por fin el agua del río a lo lejos, la cual curiosamente parecía más silenciosa ese día. Alzó la mirada y allá, más adelante del ataúd y de las bestias que lo arrastraban, percibió algo: parecía claridad, pero en un día como aquel era más correcto decir que era una oscuridad menos profunda y pesada, la cual pronto se extendió, absorbiendo y cubriendo el féretro del Rey.

Las luces de las rocas fueron perdiendo fuerza y la imagen de los rostros se debilitó, permitiendo ver también los cuerpos, disolviendo el lúgubre mundo que se había formado alrededor.

Aleyu no se percató de que habían salido del bosque, y al elevar la mirada pudo ver las negras nubes, que ahora oscurecían el día más que antes. La lluvia volvía a caer sobre su rostro. No sabía cuánto tiempo habían durado recorriendo el bosque, pero era imposible localizar el sol, y todos tiritaban, pero a nadie le importaba.

Llegaron a un amplio espacio entre el bosque y el río, zona que en solo segundos se vio completamente llena por los dolientes, que eran la totalidad del reino, tanto así que la mayoría de las personas tuvo que quedarse en el bosque, observando desde allí, pues incluso la otra orilla del Ereuflo estaba totalmente colmada de personas. Por un momento Aleyu pensó que había más personas allí reunidas que árboles en todo Golbares.

Los lecodanes continuaron avanzando hasta entrar en el agua, y una vez que esta les llegó al pecho y que el ataúd estaba lo suficientemente cerca de la orilla, los guardias los detuvieron y desataron, sacándolos luego del agua.

Aleyu, Dalia y Nubelia fueron las últimas personas que se detuvieron, detrás del largo ataúd. Una vez allí, el silencio reinó; traído por una angustia que nadie conocía.

Aleyu supo que debía de ser él quien dijera algunas palabras en honor a su padre ya que su madre y hermana no estaban en condiciones de hacerlo. Se aterró entonces, pues no había preparado nada, no se le había ocurrido algo

que decir para despedir a una persona que a su consideración debería de extrañar toda la tierra.

Sin embargo, cuando se dio cuenta de que el homenaje de silencio se había convertido en una espera larga he incomoda por parte de todas aquellas personas, no tuvo más remedio que, adelantándose unos pasos, con las manos juntas y la cabeza mirando al suelo, comenzar a decir lo que le brotaba desde el interior:

—Desconozco las palabras que nos puedan dar una explicación, no hay poema o discurso alguno cuyas líneas logren traernos algún consuelo. Es por esto que solo se puede decir lo que se siente y lo que se recuerda —comenzó con una voz suave, pero que se extendió y pudo ser escuchada por todos—. No tengo recuerdo alguno sobre momentos en los que yo haya sentido ira o resentimiento contra mi padre, y sin embargo muchos de ustedes sí, principalmente en las últimas semanas —Aleyu deseaba que todos aquellos que habían cuestionado a su padre se sintieran mal y se arrepintieran en ese momento—. Se suele pensar que todo líder debe ser el ejemplo de la perfección, olvidando así que no es más que un ser humano que puede, he incluso debe, cometer errores para seguir siéndolo.

Yo solo puedo decir lo que siento, y es un vacío imposible de llenar; una tristeza más grande incluso que el inmenso mar, y como en el agua, me siento caer a una profundidad fría y oscura —Empezó a hablar entrecortadamente y a llorar—. Es obvio que todos deberíamos estar preparados para un dolor como este, pues es irremediable la pérdida tardía o temprana de los seres queridos. Quizás incluso deberíamos nacer preparados para un día perder todo aquello que formó nuestro mundo —Hizo una pausa pequeña y notó que muchos estaban llorando casi en silencio, incluyendo a Nubelia y a Dalia—, pero la verdad es que no es así, no nacemos ni llegaremos a desarrollar tal resistencia, y el dolor nos hace incluso parecer que la muerte no es algo natural, no puede serlo.

Mi padre fue el más grande de los hombres, no porque así lo hubiese demostrado, sino porque precisamente nunca necesitó hacerlo. Yo no viví en las épocas de aquellos personajes sobre los que se escribieron poemas y se cantan leyendas, ni estaré aquí en los tiempo en que vendrán otros cuyo nombre se coreó y quede escrito, quizás siendo venerados como un absurdo dios que no tuvo el poder para liberarse de los hombres. Pero de todos ellos, los que han venido y los que vendrán, ninguno podrá ser más grande que aquel que no tuvo la necesidad de hacerse notar y cuya preocupación siempre fueron

los demás y que, ahora en la llegada de su sueño eterno, puede descansar con su rostro en paz, como mi padre, el Rey Deignor.

Ahora Aleyu sentía que podría estar allí por horas hablando de su padre, pero entonces la voz se le quebró y sintió un frío y una presión en el pecho, y le faltó el aire; le parecía ridículo e imposible que a partir de ese día no volvería a ver a su padre, escuchar su voz ni recibir sus consejos; todo parecía un tonto sueño oscuro, y cada recuerdo no hacía sino atraer más dolor.

Luego de las palabras de Aleyu, cayeron unos segundos de silencio que se extendieron como si fuesen horas, luego de los cuales unos guardias, con grandes sogas, procedieron a arrastrar el largo tronco que era el ataúd del Rey para, con lentitud y suavidad, llevarlo hasta las aguas del río.

Aleyu no fue testigo de esto, pues estaba inmerso en sus recuerdos y su llanto, observando la roca blanca que sostenía en una mano, preguntándose por qué solo algunas cosas podían ser para siempre.

La tarde llegaba a su fin, pues la oscuridad crecía y se hacía más profunda, mientras la lluvia parecía dar una tregua, y un viento helado soplaba por primera vez en todo el día. Pero las aves continuaban en silencio y las aguas del Ereuflo eran extrañamente tranquilas, facilitando el trabajo de los encargados de llevar al agua al enorme y pesado féretro.

—La noche nos alcanzará pronto —observó entonces Dalia, hablándose a sí misma—, y parece que será la más oscura de todas.

—¿No deseas decir algunas palabras? —le preguntó Aleyu, pero su hermana respondió:

—¿Cómo voy a poder tener palabras, si no tengo corazón?

—¿Y tú, mamá? —le preguntó entonces a su madre, pero ella estaba en igual o peor condición que Dalia.

—Todo lo que necesitaría decir, él ya lo sabía —expresó Nubelia casi inaudiblemente.

Aleyu se volteó al río, allí ya se encontraba el ataúd de su padre flotando sobre el agua, sujeto con una débil soga atada a una estaca de metal clavada en la orilla.

—Aleyu, lo lamento mucho, todo el reino llora como nunca —escuchó que alguien le decía y al voltearse se dio cuenta de que se trataba de Cumer; le resultó un poco extraño ver triste a aquella cara siempre tan alegre—. Ha sido algo demasiado sorprendente, inesperado y triste. Creo que estas son el tipo de cosas que uno no espera ni desea vivir en toda una vida.

—Gracias, amigo, tienes razón, en este momento quisiera ser otra persona,

de otro reino muy lejos de aquí —suspiró Aleyu—. Verdaderamente la vida en Daguelna no nos prepara para afrontar tanto dolor.

Ambos callaron un momento, mientras que a su alrededor se levantaba una canción cantada al unísono por muchos. Era una tonada de palabras suaves y extensas, tan antiguas que la mayoría no conocía sus significados exactos, pero que con el paso de los siglos se habían guardado en la mente colectiva de todos como símbolo de dolor y nostalgia, representando así la cumbre máxima de la tristeza.

—¿Cómo está Ciorima? —le preguntó finalmente Aleyu a Cumer, bajando mucho la voz.

—Que bueno que preguntas —le respondió él—, porque me dijo que si no lo hacías tendrías que buscarte una nueva prometida.

—¡Así de bien está!, ¿he? —dijo Aleyu.

—Sí, está muy enfadada por tu falta de atención hacia ella y el abandono en que la mantienes —La ira de Ciorima casi era aparente en las palabras de Cumer—. Pero en fin, ella y mi padre te envían sus condolencias y disculpas por no poder asistir, pero el estado de mi hermana sería demasiado aparente en un vestido de duelo, y mi padre desea cuidarla de miradas indiscretas.

—¿¡Ya Izor sabe del embarazo!/? —saltó Aleyu, pues justamente era el anciano padre de Ciorima una de las personas a las que más había temido decepcionar.

—Pues claro, esas cosas son difíciles de esconder a alguien con la edad de mi padre, por más despistado que se haya vuelto —le dijo Cumer—. En un principio armó un gran escándalo y lloró por muchas horas, incluso casi abofetea a Ciorima, pero finalmente, afirmando haber muerto en vida, prometió no decir nada, pues prefiere vivir tristemente a condenar a su hija al castigo que sabe que de seguro le darían, además de temer a la vergüenza pública.

—Sí, comprendo, y debo decir que es mejor así —Aleyu lamentó escuchar todo esto—. Y debido al estado de Ciorima y a la desgracia de la muerte de mi padre, debemos adelantar la fecha de la boda y casarnos cuanto antes, aunque nunca hubo una fecha establecida.

—Pensé que el sucesor sería Lenumat, todo el reino sigue creyendo que su boda será antes que la tuya, aunque nadie sabe en dónde están él y la señorita Tiberli —comentó entonces Cumer, preguntando más que afirmando, justo en el momento en que aquella triste canción acababa y todos callaban nuevamente, mientras un par de tambores eran tocados melancólicamente.

—Todo ha cambiado, Cumer, ha cambiado en muy poco tiempo y de manera que pocos comprenderían. Pero la verdad es que Lenumat ya no se casará, y me ha cedido voluntariamente la sucesión y la bendición para casarse que ya le había dado mi padre.

—¿Y Dresar ha tenido algo que ver? —le preguntó Cumer de manera sospechosa, mientras no dejaba de ver al río.

—Sí, pero no de la manera en que supongo estas pensando. Muchos otros han tenido que ver, pero este no es el momento para comenzar a explicártelo todo. Tranquilo, todo se sabrá, ¿cómo podría ocultar algo, o decir cosas que no sean verdad?, pero ahora nadie lo comprendería. Pero no te preocupes, todo debe ser explicado antes de la boda, supongo que Ciorima se emocionará con la idea de que ahora sí podremos casarnos ¿Qué piensas Cumer?

—Nunca antes había estado en el funeral de un Rey, y he asistido poco a otros, ¿pero que acaso la madera no flota? —dijo Cumer mirando el grueso y largo ataúd del Rey, cambiando drásticamente el tema de conversación, y justo en el momento en que concluía el sonar de los tambores y reaparecía un triste silencio—. Entiendo que el río lo llevará hasta el mar, ¿pero que acaso las olas no lo arrastraran hasta la playa?

—Los ataúdes y los cuerpos de los muertos nunca son regresados por Gaelan —intervino repentinamente Nubelia, aún con su oscuro velo y su voz sin vida—, toman uno de los tres caminos; el del atardecer, el del amanecer o el de las estrellas.

Aleyu no comentó nada, pero aquel fue uno de aquellos momentos en que por primera vez se cuestiona algo que siempre se ha dado por sentado, y que parece lógico y natural, al menos antes de cuestionarlo.

La canción ya había acabado y el silencio incomodo se extendía como si no perteneciera a aquella realidad. Pero fue la lluvia la que nuevamente rompió el silencio; ya de noche y con las estrellas veladas por las nubes, el agua volvía a arreciar y caía con fuerza sobre la corriente del Ereuflo y las copas de los árboles, formando algunos charcos en el suelo, empapando de nuevo a los daguelnenses y trayendo consigo un intenso frío.

El solemne acto llegaba a su final, dentro de poco aquel ataúd comenzaría su camino hacia el mar donde, quizás con el camino del atardecer, llevaría el cuerpo del Rey a los lugares que desconocían los vivos.

Pero antes, los daguelnenses darían su último acto de respeto; no colocarían en el cofre todos los tesoros del Rey, no pondrían allí objetos de oro o plata, así como tampoco perlas. Ellos sabían que esas cosas no tenían

cabida ni valor en el mundo donde ahora estaba su monarca.

Muchos de los presentes, los que lograron hacerse lugar, entraron entonces en el agua y se acercaron al ataúd hasta que estuvieron a poco más de un metro de distancia del mismo. Una vez allí, tomaron sus rocas blancas y tocaron con ellas la superficie del ataúd.

Aleyu también entró al agua y se aproximó al féretro, y con una profunda oscuridad en el corazón se acercó al cuerpo de su padre, el cual aún lucía imperturbable, como si durmiese tranquilamente al fin, luego de muchos días de duros trabajos. Aleyu no logró resistir demasiado y con los ojos inundados en lágrimas, colocó su roca blanca entre las manos de su padre, las cuales estaban suaves, empapadas y apenas frías.

—Que te sirva de guía, padre mío, para que encuentres ese lugar donde no hay más oscuridad —le susurró y se resignó a ver por última vez aquel rostro que ahora parecía rejuvenecido; sin más preocupaciones.

Luego se apartó, se volteó hacia la orilla, donde un guardia aguardaba con un cuchillo en la mano el momento de liberar el ataúd. Aleyu le hizo entonces una leve señal al hombre con la cabeza, el cual procedió a cortar la soga lentamente mientras, al igual que todos, derramaba su llanto.

El largo y grueso ataúd quedó libre y flotó inmóvil un momento sobre el agua, rodeado por los miles de dolientes que atiborraban el río y el bosque. Luego, suavemente, el féretro fue arrastrado por la corriente, que lo transportó lentamente y sin ninguna turbulencia, alejándolo de Aleyu. Al paso del ataúd las personas iban dejando caer en el agua las rocas blancas y rojas, como si intentaran construir un camino de luz para su Rey. Algunos pocos incluso colocaron algunas rocas sobre el tronco, cerca de la cabeza de Deinor. Las rocas blancas al caer al agua dejaban ver su luz mientras se hundían, para posteriormente, una vez que el ataúd había pasado sobre ellas, apagarse y perderse en el oscuro fondo.

Mientras se alejaba el cuerpo de su padre por en medio de todas aquellas personas, Aleyu lo contemplaba casi sin poderlo creer. Sus ojos derramaban gruesas lágrimas, sin embargo era en su interior que podía sentir todo aquel dolor, pero también la rabia y el odio, y una necesidad de venganza se apoderó de él, y lo seguiría casi por el resto de su vida.

Con la luz de las estrellas y de la luna cubierta por las nubes, y con la mayoría de todas aquellas rocas luminiscentes depositadas en la corriente, la oscuridad de la noche se volvió mucho más profunda. Todavía en el río, y con el agua hasta la cintura, pronto Aleyu perdió de vista el ataúd de su padre en la

negra distancia y en medio de miles de figuras de hombres y mujeres, que rompían el silencio con sus llantos y sus tristes canciones.

Minutos después lo único que se alcanzaba a ver del ataúd era la luz pálida de las rocas colocadas sobre él, incluida la de Aleyu, la cual había colocado entre las manos de su padre. Esta luz se fue alejando y debilitando, hasta que desapareció por completo, apagada o escondida tras una de las curvas del cauce del Ereuflo.

Aleyu permaneció justo en donde estaba, casi a la mitad del río y con el agua fría a la cintura, mirando hacia donde la corriente se había llevado a su amado padre. El silencio reinó una vez más por algunos minutos. Luego, apenas con el sonido suficiente, las personas comenzaron a irse; salían del agua silenciosamente y desaparecían entre los árboles sin ruido aparente. Aun y cuando todos se habían ya marchado, incluyendo a su madre y hermana, Aleyu se quedó allí, sin deseos de volver a ninguna parte. Solo logró atinar a salir del agua e ir a sentarse a una roca cercana, siempre sin dejar de mirar a la lejanía del río; allí permaneció largo rato inmerso en sus recuerdos y pensamientos, cubierto por su propia oscuridad.

—No hagas eso, Aleyu —escuchó de pronto decir a alguien. Se volteó y vio que se trataba de Arzoul, con su rostro apenado y sus largas trenzas empapadas.

—¿Que no haga qué? —preguntó él, pues no sabía a qué se refería Arzoul.

—No intentes luchar contra el dolor como si fuera una enfermedad, pues este jamás se irá —respondió Arzoul, y Aleyu recordó que este había perdido a un ser querido; a su esposa años atrás—. Si tratas al dolor como a tu enemigo, no harás más que buscar responsables —Arzoul se acercó; aun conservaba una roca blanca, la cual le iluminaba débilmente el rostro. Se sentó en otra roca cercana—. Es complicado ¿sabes?, la pena de la muerte nunca se va, pero uno no logra acostumbrarse a ella jamás.

—¿Entonces qué se puede hacer? ¿Cuál es la solución? —le preguntó Aleyu, que creía que no lograría soportar todo aquel dolor que sentía, además de la tristeza.

—Supongo que guiarnos en esta vida lo mejor que se pueda, entre tanto encontramos las respuestas a esas preguntas.

El nuevo Rey

El silencio de aquel día y de aquella noche se extendió como una niebla negra y espesa que cubrió las semanas siguientes. En esos días el bosque permaneció igual de silencioso, y los daguelnenses lloraron y guardaron duelo por largo tiempo: La gente poco a poco fue cambiando de humor, conservando siempre su tristeza, comenzaron a preguntarse quién sería ahora su próximo Rey. De acuerdo con el resultado de la competencia debía de ser el príncipe Lenumat, sin embargo, nada se sabía de su paradero y nadie lo había visto en días. Pero lo más extraño de todo era que la señorita Tiberli, prometida del príncipe, tampoco aparecía por ninguna parte, lo cual los confundía a todos, y llenaba de dolor y preocupación a la familia de la chica.

Durante todos aquellos días, y por mandato de Aleyu, Dresar se encargó de ir cada día a ver a Lenumat y llevarle alimentos y ropas limpias. Cada noche volvía sin el resultado esperado, principalmente por Nubelia y Dalia, de que al fin Lenumat decidiera regresar.

—¿Cómo está Lenumat? —le preguntó Aleyu al mago una noche, luego de que su madre y hermana se hubiesen marchado resignadas de la habitación.

—Se encuentra igual; destrozado —respondió Dresar—. No me lo dijo con sus palabras, pues no me habla ni responde a ninguna de mis preguntas, pero es fácil notárselo.

—¡Excelente! —se complació Aleyu— No quiero que esté aquí para la boda, sea que sospeche o no.

—¿Boda?

—Sí, así es, mañana los pregoneros irán a las ciudades y pueblos y comunicarán a todos que pronto me casaré con Ciorima.

—Pero si tienes bastante tiempo de que no la ves —dijo Dresar extrañado, avanzando unos pasos desde la ventana hacia Aleyu, que se hallaba recostado en su cama, con los zapatos puestos y un pie caído sobre el borde del colchón de paja y plumas.

—¿Y eso qué?, está embarazada ¿recuerdas?, además de que me ama — Mientras hablaba, Aleyu jugueteaba con un anillo de plata entre sus manos, el cual por alguna razón que ni él conocía, era su favorito pese a no ser muy hermoso; se lo deslizaba entre las manos y se lo metía y sacaba de los dedos.

—¿Pero ni siquiera le pedirás la mano de la chica a su padre?

—¿Para qué? —reaccionó Aleyu, dejando el anillo por un momento en el dedo índice—. El viejo Izor jamás se negará, es cierto que está algo loco, pero su hija está embarazada, y sabe que la única forma de evitar la vergüenza y las acusaciones es que ella y yo nos casemos, además, al hacerlo ella será inmediatamente Reina, y yo Rey.

—Por lo menos iras a verla, supongo. Le darás la noticia tú mismo ¿cierto?

—No tengo tiempo para eso, debo organizar la ceremonia de coronación —Aleyu ahora volvía a jugar con el anillo.

—Pensé que era un boda —recordó Dresar acercándose un poco más y permitiendo que la luz de las rocas de las paredes y el techo le iluminara una de las manchas del rostro, por debajo de la capucha.

—Lo será, por supuesto —dijo, Aleyu moviendo de nuevo el anillo inquietamente—. Pero este reino necesita un Rey, así que inmediatamente después de la boda, se llevará a cabo mi coronación.

—Solo eso te interesa ya ¿cierto?; ser el Rey —le recriminó entonces Dresar con tono un tanto acusador, y su rostro pareció quedar oscurecido, aunque no se movió—. Ciorima para ti ya no es más que tu pase a la corona.

—Sí ella no hubiera quedado embarazada a mí tampoco me importaría ser o no Rey, y muchas cosas se hubieran evitado —Esta vez Aleyu apretó el anillo en su mano con mucha fuerza.

—¿La culpas?

—No, solo digo que algo pequeño puede afectar las cosas más grandes y complejas, como el destino. Pero recuerda que mi objetivo principal al casarme con ella era evitar el castigo y la vergüenza.

—Tú mismo acabas de decirlo; “era”, más ahora ya no lo es —observó el mago, regresando a las sombras que envolvían la ventana.

—Hay cosas más importantes que una mujer —expuso Aleyu sin contradecir aquella acusación—, como por ejemplo esos odiosos Argalianos... y sus tierras.

—¿Acaso detecto una pizca de codicia cuando dices; “sus tierras”? —inquirió Dresar mirándolo fijamente, aunque sus ojos permanecían ocultos por

la capucha. Aleyu no respondió; se colocó el anillo en un dedo y lo observó con aire desilusionado.

Al día siguiente, tal y como Aleyu había dicho, se pregonó por todo el reino y las ciudades del mismo la noticia de que el príncipe Aleyu contraería matrimonio muy pronto con su prometida, la señorita Ciorima **Lorben. Esto desató la duda y la confusión en toda la población, que hasta entonces había pensado que, de darse un anuncio semejante, sería por motivo de la boda del príncipe Lenumat.**

Se esparcieron muchos y diversos rumores, los cuales fueron ahogados por el mismo Aleyu; el cual dio la orden de anunciar que había sido hallado el cuerpo de Tiberli, y que esta al parecer había fallecido en el bosque por una extraña enfermedad.

—¿Enfermedad, príncipe? ¿Qué tipo de enfermedad? —preguntó el anunciante al recibir la orden.

—Bueno, se llama... —titubeó Aleyu ofuscado, pues estaba planeando qué hacer con la familia de la chica, que de seguro reclamaría el cuerpo— ... dirás que fue la enfermedad de la espada —dijo aprovechándose de la ausencia de Dresar, el cual de seguro lo hubiera tomado como de muy mal gusto.

El funeral de Tiberli se llevó a cabo dos días después, Dresar había resuelto el problema de no contar con el cuerpo de una manera increíble; de alguna forma, con sus poderes, le había dado a un delgado y pequeño tronco encontrado en el bosque la apariencia de la chica, cuya piel lucía adecuadamente pálida. Luego, en el interior del tronco del árbol de Tiberli, colocaron el cuerpo falso al cual solamente Dresar y Aleyu tuvieron acceso cercano, y fue a este que despidieron los tristes familiares y amigos de la joven, a los cuales les pareció extraño y nada apropiado que el príncipe Lenumat, quien había sido su prometido, no asistiera. Pero lo que les pareció más extraño aun fue el hecho de que durante todo el funeral no dejara de soplar una extraña y gélida brisa.

En cuanto a Lenumat, Aleyu minimizó la mentira; mando a anunciar que su hermano estaba muy deprimido, lo cual era cierto, pero que se encontraba en el castillo y que debido a su estado no había logrado asistir al funeral de la chica, ni podría estar presente en la ceremonia de coronación.

En los días posteriores poco a poco se comenzaron a notar los preparativos para la boda y coronación. Como era costumbre, los grandes actos se realizaban frente a la gran torre, y la boda no podía ser la excepción,

solo que esta vez Aleyu planeaba hacerlo con la menor concurrencia posible, todo para ocultar el estado de Ciorima.

Frente a la gran torre se construyó una gran estructura metálica: una plataforma, a la cual se subía por una larga escalera interna sin baranda y con escalones forrados en tela blanca. En lo alto de la estructura había tres grandes arcos blancos entrelazados, estos lucían desnudos, pero para la ceremonia lucirían adornados con miles de flores y lazos.

Extrañamente, durante los días previos a la ceremonia, Aleyu y Ciorima no se vieron; la joven no salió nunca de su casa, y Aleyu no se preocupaba por ir a verla; esto provocó preocupación en todos, incluso en Dresar, pero no así en Aleyu.

—No eres un prometido muy atento —le decía Dresar en una de las tantas noches en que había vuelto del valle flennig, y luego de que Nubelia y Dalia salieran de la habitación de Aleyu— ¿Qué harías si Ciorima no se presenta a la boda? ¿O qué tal si le ocurriera algo?

—He estado demasiado ocupado con todos los preparativos, ella debe entenderlo —se defendió Aleyu; estaba acostado en su cama como de costumbre luego de que Dresar llegara de ver a Lenumat, pues le gustaba estar caliente y cómodo al escuchar como sufría su hermano—. Además, si le ocurriera algo yo lo sabría al instante... y no te preocupes, ella vendrá, es su boda, y no tiene opción.

—Hablas como si supieras que ya no te ama, pero que vendrá debido a su estado... y parece que eso no te importara.

Habían pasado cerca de tres semanas desde la muerte de Deinor, y los preparativos para la boda estaban ya muy avanzados: la plataforma estaba lista y decorada con telas, aunque aun hacían falta las flores. Aleyu había planeado él solo casi todos los detalles, y hasta parecía guardar sus secretos.

Cuatro semanas después de la muerte del Rey, y a solo dos días para la boda, Aleyu, por presiones de las desesperadas Nubelia y Dalia, decidió enviar a Dresar al valle Flennig para ver a Lenumat ya no solo una vez al día, sino dos; una en la mañana y la otra en la tarde.

Pese a las esperanzas, a tan solo un día de la boda, Lenumat aún se negaba a volver; esto destrozó a la Reina, ya que sentía como si en lugar de haber perdido a solo un ser querido, hubiera perdido a dos la misma noche, pues temía que Lenumat enloqueciera y jamás regresara.

Aleyu se ponía de mal humor cuando veía llorar a su madre, pues sentía que esta tenía alguna esperanza en que, de regresar, Lenumat podría detener la

boda y la coronación.

—¿Cómo se encuentra hoy? —le preguntó Aleyu a Dresar en la víspera de la boda, y cuando el mago acababa de regresar de ver a Lenumat. Esta vez, más que nunca, planeaba disfrutar del estado de su hermano.

—Creo que llora tanto que debe beber agua muy a menudo; cuando llego él intenta disimularlo, pero no puede ocultar sus ojos enrojecidos. Pero aparte de eso, no creo que se esté alimentando bien, debe de creer que le agrego algo a la comida, pues de esta no toca más de lo necesario para sobrevivir, por lo que está muy delgado.

—¿Y qué ha hecho con los cuerpos? —preguntó Aleyu, mientras en su mano derecha apretaba el anillo de plata a la vez que en su mente retenía la imagen de un Lenumat delgado, triste y derrotado.

—No sé que ha hecho con el de Tiberli, presumo que sepultarlo, pero creo que los de los Argalianos simplemente los arrojó al río —Dresar miró un momento a Aleyu, y este parecía no escuchar o no importarle; ya había escuchado lo que quería oír— ¿Y ya estás listo para mañana? —preguntó entonces para cambiar de tema.

—¡Claro! —exclamó Aleyu sin ocultar su emoción—. Todo está preparado, así lo he ordenado, y yo estoy listo. Me hubiera gustado repartir invitaciones, de esa manera evitaría que asistiera todo el reino, y así habrían menos ojos sobre Ciorima, pero por desgracia es tradición que a eventos de esta índole asistan todos los habitantes que así lo deseen, por lo que no luciría bien una ceremonia privada, sin embargo algo tendré que hacer.

—Me alegra que estés listo —dijo Dresar aparentemente con cierto sarcasmo— ¿Pero qué tal Ciorima?

—Tranquilízate —reaccionó Aleyu extendiendo el brazo derecho para tomar el anillo plateado que había colocado sobre la mesa de noche solo un par de segundos antes, comenzando a jugar con él nuevamente mientras hablaba—, le he enviado varios mensajes con Enot. El pobre anciano ha estado muy triste y holgazán, por lo que lo envié en un acto oficial, y como a él le gustan esas cosas... El punto es que según Enot Ciorima está bien, un poco enfadada, pero que vendrá a su propia boda. Sí supieras lo que tuve que hacer para que Enot conservara el secreto del embarazo...

—Sí, lo sé; lo encerraste en su habitación, vigilado día y noche, no le permites salir ni hablar con nadie —Aleyu sonrió levemente.

—Es solo una precaución, pero...

—Ese no es el tema del que quería hablarte —exclamó el mago un poco

molesto—, por favor no cambies el tema, Aleyu tienes demasiado tiempo de no ver a Ciorima, eso no me gusta, y estoy seguro de que a ella menos ¿no recuerdas que clase de carácter tiene?

—¿¡Que querías que hiciera!?! —gritó de pronto Aleyu ofuscado y apretando el anillo en su puño. Pensaba que ahora ni siquiera Dresar lo entendía— ¡Las últimas semanas, los últimos meses no han sido fáciles, es más, nada ha sido fácil y tranquilo, y no puedo ocuparme de todo al mismo tiempo!

Dresar calló y lo miró; las sombras de la noche que rodeaban la ventana parecieron extenderse y cubrirlo, ocultándolo por completo. Lucía pensativo, más no intimidado. Al fin, con tono resignado, dijo:

—¿Así que esté será el nuevo Rey de Daguena?

—Estos meses me han cambiado más de lo que cambia un hombre desde el nacimiento hasta su muerte..., y sí, este es el nuevo yo, y a partir de mañana seré el nuevo Rey.

Al día siguiente, apenas el sol se asomó sobre el horizonte, los cuernos y trompetas comenzaron a sonar; sus llamadas eran muy seguidas y fuertes, pero esta vez no era con un tono triste como el día del funeral de Deiner, pero tampoco era una nota feliz; solo era el anuncio de que ese día ocurriría algo extraordinario, fuera para bien o para mal.

Al anuncio constante de los cuernos le siguió el de los cientos de animales del bosque; el sonido de Golbares también parecía anunciar la importancia de ese día en la historia.

Aleyu despertó muy temprano. Había dormido poco la noche anterior, por lo que tuvo que recurrir a Dresar para dormir un poco más antes del amanecer. Pero curiosamente su insomnio no se debía a los nervios; había pensado que ese día se sentiría nervioso y tendría muchas ansias, pero en lugar de eso lo embargaba una extraña tranquilidad que, aunque un poco tensa, le agradaba mucho más que si hubiera sentido cosquillas en el estomago y temblores en todo el cuerpo.

Muy temprano Nubelia envió a algunos sirvientes a la casa de Ciorima; estos le llevaron un gran vestido de cintura alta y falda muy ancha, de color blanco con encajes de pequeñas piedras preciosas que brillaban aún en ausencia de luz, y bordado con hilos dorados. Nubelia no entendía por qué Aleyu jamás permitió que alguien le probara el vestido a Ciorima, y habían discutido varias veces debido a ello, y ahora consideraba que quizás el vestido era demasiado ancho para la chica.

Poco después de asearse, Aleyu salió por última vez de su habitación, pues una vez que fuera Rey tendría que ocupar la habitación del mismo en lo más alto de la gran torre.

Se dirigió al comedor, iba vestido de manera simple, aunque no tanto como antes de que apareciera Dresar en su vida. No se colocaría el traje que usaría en la ceremonia sino hasta minutos antes de la misma. Mientras avanzaba recibía saludos, felicitaciones y reverencias por parte de los guardias y sirvientes que llenaban el castillo, los cuales corrían de un lado a otro en su afán por ultimar detalles y repasar todas las tareas que cada uno tendría para sí en ambas ceremonias.

Al llegar al comedor también fue felicitado por Dalia, y un poco más reaciosamente, por su madre.

—Te felicito, hermano —le dijo Dalia tratando de sonreír, pero ya no era aquella joven simpática y feliz de siempre: llevaba un vestido rojo con delgadas líneas plateadas. Pero ni aquel vestido ni aquel peinado serían los que usaría en la boda—, desde que éramos pequeños siempre soñé con la boda de cada uno de nosotros... ¡pero tú serás Rey! —Nuevamente intentó sonreír.

—Gracias, Dalia —dijo Aleyu—, esperemos que este sea el fin de toda esta tristeza. La verdad es que yo nunca imaginé llegar a ser Rey, a pesar de ser el primogénito..., pero los últimos acontecimientos me obligaron a cambiar de opinión —Luego de decir “los últimos acontecimientos”, el silencio amenazó con apoderarse del desayuno; la muerte de Deinor aún era demasiado reciente.

—¿Y qué tal está Ciorima?, supongo que muy emocionada y nerviosa —comentó Nubelia para cambiar de tema, pero como si no tuviera muchos deseos de hablar—. Yo le he enviado varios sirvientes para que le ayuden a prepararse y para que le expliquen todo el protocolo que tú mismo ideaste. Pero dime, ¿cómo está ella?

—¡Ella está muy bien! —mintió Aleyu, pues le había hecho creer a su madre que él iba a diario a ver a Ciorima—. Está muy feliz y emocionada, además de lucir más reluciente que nunca.

Los tres guardaron silencio mientras se sentaban a la mesa y comían un desayuno liviano; la soledad de dos sillas vacías parecía triunfar sobre sus ánimos.

—No sé qué decirte, Aleyu —expresó de pronto Nubelia luego de un rato, con tono y expresión triste; tenía la cabeza baja, mirando el plato que apenas y

había tocado. Luego alzó lentamente la mirada hacia él, y sus ojos amenazaron con llorar—. Irónicamente tú pareces el menos nervioso de todos —dijo con la voz quebrada—. Soy tu madre y debería poder decirte algo; un consejo o algo por el estilo, pero...

En ese momento sonaron los cuernos más alta y claramente, acompañados por débiles trompetas.

—La mañana avanza, y se acerca la hora —observó Aleyu cambiando de tema y sin decirle ninguna palabra de consuelo a su madre; lo que le mereció una mirada furiosa por parte de Dalia—. Creo que no solo yo debería comenzar a alistarme; el gran momento casi ha llegado.

Aleyu se marchó en silencio. Tenía un conflicto en su interior, sabía que debía haberle dicho algo a su madre, deseaba haberlo hecho, pero había algo que se lo impedía; una especie de muro en su interior que limitaba sus sentimientos y le imposibilitaba mostrarlos, era una gran muralla que, estaba seguro, algunos meses atrás no estaba allí.

Derrotado por aquella oscura pared, Aleyu salió del comedor y se dirigió a la habitación Real. En el camino pudo ver como la plataforma frente a la gran torre ahora lucía su decoración completa: los arcos habían sido revestidos con telas blancas y purpuras que caían desde los mismos y cubrían la parte baja de la estructura. Sobre las telas, los arcos estaban decorados con flores, en su mayoría blancas, aunque también las había rojas y amarillas. Eran muy hermosas, de pétalos suaves, delicados y que se abrían desde el centro formando una leve curva.

Sobre toda la plataforma había otro tipo de flores: estas eran de un color negro intenso con difusas líneas verdes. Aleyu sabía que estas simbolizaban los momentos oscuros de conflictos que se presentan en todo matrimonio, por más amor que en este haya, por lo que se preguntó entonces; ¿cómo sería su matrimonio sabiendo que el amor era ya casi inexistente entre ellos, o al menos había pasado a un segundo plano?

Frente a la plataforma habían varias sillas blancas, también recubiertas en tela; eran solo unas treinta, y estaban destinadas a las pocas personas que tendrían la posibilidad de ver de cerca a Ciorima, que en su mayoría serían ancianos de las familias más importantes y respetadas.

Las sillas estaban dispuestas en dos grupos, y en medio de ambos había un túnel redondo y blanco, apenas suficientemente alto como para que pasara una persona; este túnel se alargaba desde en medio de las sillas hasta salir por las puertas de la muralla, allí afuera, aunque desde el punto en que estaba Aleyu

no se veía, doblaba a la izquierda y se extendía hasta cruzar unos matorrales e internarse algunos metros en el bosque; hasta allí sería llevada Ciorima con su vestido blanco, luego ella tendría que recorrer el largo túnel hasta llegar a la plataforma, tal había sido el plan de Aleyu para que la multitud no pudiera verla de cerca.

Cuando Aleyu entró en la habitación Real quedó algo impactado; notó que su madre se había encargado de sacar de la recamara toda cosa que le pertenecía a ella, así como todo lo que había sido de Deinor: en toda la habitación lo único que quedaba era un armario de corteza de árbol. Todo lo demás había desaparecido; la mesa, las sillas, alfombras, estantes, espejos y cuadros, al igual que la cama, lugar en donde había fallecido Deinor. Incluso las cortinas del balcón habían desaparecido. Aleyu se dio cuenta del mensaje de su madre, y supo que tendría que traer nuevos muebles y cortinas, y que no podría pasar su primera noche de casado en su nueva habitación.

Se quedó largo rato allí, sólo, contemplando aquel lugar; sabía que tendría momentos difíciles, pues aunque la recamara lucía diferente estando vacía, aun así cada rincón le recordaba a su padre.

Cuando el sol había subido un poco más en el cielo, llegaron a la habitación varios sirvientes, con ellos llevaron un fenomenal traje para Aleyu, el cual solamente usaría una vez: el color era tan blanco como el vestido de Ciorima y, como este, también tenía varias diminutas piedras preciosas transparentes que reflejaban la luz como el agua pura y tranquila de un lago sereno. Los dobleces de las mangas estaban tejidos con hilo dorado muy brillante, y los botones eran de plata. Tenía también algunos pequeños símbolos negros tejidos a la altura del corazón, y dos más en los ante brazos. La capa era igualmente blanca, pero con líneas doradas que sobresalían como el reflejo del sol en un río.

Por último trajeron el cinturón: era de un tono gris suave, y sobre toda su superficie habían diminutas hojas en relieve y sin color, pero cada una con una joya muy pequeña y de color verde en su centro.

Ante la ausencia de sillas, otros sirvientes trajeron una pequeña y sencilla, además de un espejo del tamaño de un hombre.

Aleyu se sentó en la silla mirando hacia el balcón. Mientras le peinaban con delicadeza el largo cabello, se preguntaba si ya habría gente a las afueras del palacio, pues desde donde se encontraba no escuchaba más que el viento entrando por la ventaba, y la voz del sustituto de Enot apresurando a los sirvientes, pues se hacía tarde y todo estaba retrasado.

Pese a la presencia incesante del suplente de Enot, cuyo nombre era Bladir, y cuya forma de ser se parecía mucho a la del anciano, o pretendía ser similar debido a que justamente había sido Enot quien lo había estado instruyendo para ayudarlo, y posteriormente sustituirlo, Aleyu no estuvo listo sino hasta el medio día. Bladir tenía razón en preocuparse, pues en Daguena las bodas debían realizarse durante el día, antes del comienzo del ocaso, o de lo contrario la mala suerte podría acompañar por siempre aquella unión, en cuyo caso más valdría suspender la ceremonia, lujo que Aleyu no podía darse.

Cuando por fin estuvo listo, Aleyu se sintió fenomenal: estaba vestido como un auténtico Rey, aunque aun le hacía falta la corona.

Se levantó de la silla y fue hasta el balcón, pues con lo mucho que apremiaba el tiempo le preocupaba escuchar tan poco movimiento allá afuera. Al asomarse desde lo alto constató lo que había creído; cerca de la puerta, a las afueras de la muralla, había muy pocas personas congregadas esperando el gran acontecimiento. Calculó que debían de ser menos de quinientas. Esto en un principio lo molestó, pues se preguntó cómo podía ser posible que a su gente no le importara que él se casara y ascendiera al trono el mismo día. Pero luego pensó que los daguennenses todavía estaban afectados por la tristeza, por lo que no debían de tener muchos ánimos para celebrar. Luego de esto también pensó que, pese a que había organizado todo de manera que pocas personas estuvieran cerca de Ciorima, también ayudaría el hecho de tener menos ojos espiando desde las puertas, las cuales estarían apenas entreabiertas.

Aleyu no quiso almorzar, sabía que en la noche lo esperaba un gran banquete, y debido a que la comida seguía siendo uno de sus más grandes placeres, decidió dejar lugar en su estomago.

Poco después del medio día todo seguía retrasado; Bladir hizo que los cuernos y las trompetas fueran tocados más fuerte y seguidamente, pues a falta de no más de una hora para la ceremonia, las personas seguían reacias a asistir, y a las afueras del castillo el número no llegaba a los mil. Al parecer los daguennenses, felices al principio de salir de sus rutinas, ahora se había cansado de tantas cosas extraordinarias, fueran buenas o malas.

Poco a poco, conforme fueron pasando los minutos y las llamadas altas y fuertes de los cuernos, la gente fue acercándose al castillo, pero al llegar se topaban con las puertas solo lo suficientemente abiertas como para que aquel túnel blanco pasara entre ellas, por lo que, extrañados, se dieron cuenta de que sería poco o nada lo que podrían ver.

Para Aleyu finalmente había llegado la hora, salió de la habitación real y

caminó por el pasillo hasta llegar a las escaleras, allí tomó aire y trató de calmarse; finalmente se sentía nervioso ¡iba a ser Rey! Tratando de controlar los latidos de su corazón, comenzó a descender peldaño a peldaño. Estaba inmerso en su mundo, en ese día y todo lo que haría después del mismo, y tan concentrado estaba que se olvidó de la tenue oscuridad de los escalones y de los tres guardias que lo escoltaban. Solo volvió un momento cuando se percató que llegaban a la sección desde la cual partía el túnel Real. Se detuvo un momento y miró las cortinas purpuras ocultas entre las sombras, luego escuchó los pasos de sus escoltas, y continuó avanzando.

Antes de que se diera cuenta se encontraba ya frente a la puerta de la torre, donde otro guardia más los esperaba. Allí debían esperar hasta el momento indicado. Se quedaron en silencio, sin hablar, a pesar de que solo semanas antes Aleyu mantenía relaciones de amistad con casi todos los sirvientes del castillo, pero ahora todo era muy formal, quizás demasiado.

Aleyu trataba de controlar los nervios que amenazaban con crecer cada vez más y más; intentaba prestarle atención a lo que veía y escuchaba para no concentrarse en sus pensamientos, que eran los responsables de su nerviosismo. Del otro lado de la puerta se escuchaban muchas cosas: incontables voces se acercaban y alejaban hablando alto o por lo bajo. Había risas, pero también tonos de inquietud. Muchas veces logró escuchar a Bladir, el cual aparentemente estaba ayudando a guiar hasta sus respectivos asientos a los ancianos invitados especiales, esto no le correspondía, por lo que era seguro que estaba tratando de apresurar las cosas.

Del otro lado también se escuchaban a varias personas subiendo y bajando presurosamente escalones de metal; seguramente llevando cosas hasta lo alto de la plataforma, ultimando detalles y resolviendo inconvenientes de último momento.

Aleyu esperó ansiosamente en silencio. Había creído que solo esperaría en aquel lugar unos pocos segundos, pero la espera se hizo mucho más larga, pasando de ser de varios minutos, a cerca de media hora, momento en que comenzó a desesperar. Afuera ahora se escuchaban muchas más voces conversando, pero no eran las esperadas para tal ocasión, pues en su mayoría parecían expresar cierta preocupación.

—Ya se han tardado demasiado, ¿no cree príncipe? Si esto sigue así nos podría alcanzar el ocaso —comentó uno de los guardias.

Aleyu no dijo nada, pero sintió algo extraño; era una antipatía hacia aquel guardia y sus compañeros; ya no estaban al mismo nivel, y una relación de

amistad y confianza entre ellos era inaceptable.

La espera se alargó aun más y Aleyu comenzó a preocuparse y enfadarse cuando calculó que debía de tener cerca de una hora de esperar en aquel oscuro lugar, y hasta pensó en salir y averiguar por si mismo qué era lo que estaba sucediendo.

Pero en ese momento se escucharon dos golpes en la puerta que retumbaron en su sorpresa y fueron seguidos por una voz joven y muy cansada.

—¡Príncipe Aleyu, príncipe Aleyu! —lo llamó Bladir— ¿Está usted allí? ¿Está listo?

—Lo estoy desde hace dos horas, y estoy aquí desde hace una hora —dijo Aleyu irritado— ¿Qué sucede Bladir, por qué tanto retraso?, ¿acaso Enot no te entrenó lo suficiente?

La puerta se abrió en ese momento y la figura un tanto encorvada y delgada de Bladir apareció rodeada de una gran luz blanca.

—Le ruego por el perdón, príncipe, lo que sucede es que la multitud, incluidos los invitados especiales, han llegado demasiado tarde —Cuando los ojos se le acostumbraron a aquel resplandor blanco, Aleyu se dio cuenta de que no era más que la luz del sol cruzando las telas blancas que cubrían la plataforma, debajo de la cual estaban ahora.

—¡Pero ya todos han llegado!, ¿cierto? —dijo, impaciente.

—Los invitados especiales sí, pero del reino, de las tres ciudades, ha asistido, según parece, un número demasiado reducido, ni siquiera es una cantidad representativa —indicó Bladir con preocupación.

—¡La gente no importa! —exclamó Aleyu— No me casaré con ellos ni recibiré la corona de sus manos.

—Pero tampoco ha llegado la señorita Ciorima, y no tengo noticias sobre ella ¿No cree que lo mejor sería posponerlo todo?, ya se está haciendo muy tarde, y no puede casarse ni ser coronado bajo la luz del ocaso o, peor aún, después del mismo.

—¿¡Posponerlo todo!?! ¿Estás loco? —le gritó Aleyu y su voz fue escuchada a varios metros, pues algunas voces cercanas callaron de inmediato — ¡Hoy se realizará y quedará listo todo! ¡No te preocupes por la multitud, y mucho menos por Ciorima, ella vendrá!

—¿Entonces desea continuar?

—Continuamos o este será el primero y el último evento del castillo que organices, y esta noche la última que pases en el castillo.

A Bladir aquellas palabras lo aterraron tanto como lo ofendieron; de modo

que con rostro serio y silencioso, asintió. Se dio la vuelta y avanzó unos pasos, luego se detuvo, esperando para que Aleyu y los guardias lo siguieran.

Aleyu siguió a Bladir y, seguido por los guardias, salió de la torre: se encontraban ahora bajo la gran plataforma y estaban rodeados por partes de metal de la gran estructura; se sentían como en el interior de una inmensa tienda de campaña, pues el viento agitaba constantemente la tela blanca que cubría la estructura.

Avanzaron algunos metros pasando al lado de gruesos postes de metal y de algunas mesas cubiertas con las flores que habían sobrado de la decoración, principalmente rojas y blancas. Caminaron un poco más hasta llegar a una de las esquinas de la estructura; allí había una escalera que ascendía hasta un segundo nivel, localizado a unos cuatro metros más arriba.

Ahora Aleyu controlaba sus nervios, más no así su impaciencia; deseaba tanto que todo aquello terminara de una buena vez, solo entonces podría comenzar con sus planes, y solo entonces tendría el poder para llevarlos a cabo.

El segundo nivel de la plataforma era muy diferente al primero: allí había cerca de veinte personas, entre guardias y sirvientes, algunos estaban vestidos de amarillo, otros de verde, y unos pocos de azul oscuro. El piso estaba recubierto por una alfombra blanca muy gruesa, la cual había sido muy mal elegida, pues sobre ella se dificultaba el rodar de las ruedas de unos pequeños carros, los cuales transportaban objetos decorativos, instrumentos musicales y hasta partes metálicas; repuestos para la plataforma en caso de que la estructura fallara.

Cuando llegaron al segundo nivel, de inmediato se produjo silencio, pues todos los presentes conversaban mientras trabajaban; algunos parecían todavía muy preocupados. Todos miraron a Aleyu y a sus escoltas y se apartaron, dejando libre el camino hacia una segunda escalera localizada en el extremo opuesto. Sin decir nada Bladir avanzó y Aleyu lo siguió presuroso, recibiendo en el trayecto saludos y frías felicitaciones, así como reverencias.

—Por aquí se llega al tercer y último nivel —le dijo Bladir señalando las escaleras. Pero Aleyu lo sabía perfectamente, él había ayudado a diseñar la estructura, además de que el sol entraba con fuerza a través de la abertura a la cual conducían los últimos escalones—. La Reina ya se encuentra arriba, por lo que yo subiré primero, usted, príncipe, deberá esperar mi señal en medio de los escalones.

—Espero que esta vez sean solo segundos los que deba esperar —

amenazó Aleyu. Bladir pareció contrariado, pero luego subió por las asoleadas escaleras y desapareció, absorbido por una luz neblinosa.

Aleyu subió de inmediato unos cuantos escalones y se quedó en medio de estos; deseaba tanto escapar de todas aquellas miradas que caían sobre él que intentó mirar arriba y no prestarles atención, pese a lo cual pudo detectar una extraña preocupación en todos.

Desde arriba el sol cayó sobre él, cubriéndolo hasta las rodillas y provocándole unas cuantas gotas de sudor en la frente. Bladir se había ido hacía muy poco, pero Aleyu sintió como cada segundo se alargaba y retrasaba, preocupándolo y desesperándolo, ya que podía ver como la luz del sol se iba moviendo muy lentamente; el tiempo avanzaba y él seguía esperando.

—¡Príncipe Aleyu, ya puede subir! —escuchó de pronto la voz de Bladir al tiempo que el rostro del joven aprendiz de mayordomo aparecía por la abertura y bloqueaba el sol.

Aleyu no lo podía creer, finalmente había llegado el momento; sintió como reaparecían sus nervios, acompañados por un leve temblor y palpitaciones en el corazón.

De inmediato ascendió los restantes escalones y penetró en la luz, siendo un aire helado alborotándole el peinado lo primero que sintió; se hallaba mirando una gran pared de ladrillo que se elevaba a alturas insospechadas, y que se curvaba ante él. Se dio cuenta de que miraba la gran torre, a la cual estaba pegada y asegurada la plataforma.

—Por aquí, príncipe —le dijo Bladir desde detrás.

Aleyu se volteó y miró al joven, detrás de este se alzaban los tres arcos blancos decorados y cubiertos de flores, había varias sillas vacías y algunos ramos de rosas rojas sobre una mesa blanca. El piso estaba cubierto por una delgada alfombra roja con algunos símbolos de plata. Más allá de Bladir, y por entre los arcos, se alcanzaba a ver el verde del bosque, y aun más allá, unas montañas borrosas entre la distancia y la sombra de algunas nubes.

La plataforma se encontraba frente a las puertas de la muralla, por lo que alcanzó también a ver, pequeños y bajos, los pináculos de las torrecillas que se alzaban a cada lado de las puertas.

Al subir el último escalón y pisar la alfombra roja, Aleyu se percató de que allí, a unos metros, se encontraban su madre y su hermana: ambas estaban vestidas de un blanco plateado, sin adornos o símbolos, y con hermosos encajes dorados. Sus peinados eran iguales, sin embargo el cabello de Nubelia era más largo y oscuro, además de que tenía dos broches de plata y una sola y

larga trenza.

—Aleyu... —dijo Dalia, pero su madre la interrumpió.

—Aleyu, he permitido que esto continúe y que tú vengas hasta aquí, solo porque, de no hacerlo o dejarte esperando más tiempo, harías un escándalo — Nubelia hablaba con un tono misterioso—. Pero la verdad es que, a como están las cosas, esto no podrá continuar.

—¿¡Pero qué dices!?! ¿Por qué? ¿¡Cómo es que están las cosas!?! — exclamó Aleyu tratando de mostrarse sereno, pero lo cierto era que estaba sumamente preocupado, además de molesto.

—Ha habido demasiados retrasos y, según creo, no se podrán realizar ambas ceremonias antes del comienzo del ocaso —explicó Nubelia, pero como si dejara algo para el final—. Pero lo peor es que... es que Ciorima no aparece.

—¿¡Que dices!?! —saltó Aleyu y sintió un temor y un frío en el pecho que le helaba hasta el corazón— ¿¡Cómo que no aparece!?!

—Bueno, no conocemos los detalles —intervino Dalia—, pero al parecer, según quienes le llevaron el vestido, ella lo tomó e insistió en vestirse y arreglarse sola, por lo que se encerró en su cuarto. Allí permaneció demasiado tiempo y sin hacer el más mínimo ruido, por lo que su padre, el señor Izor, la llamó varias veces desde la puerta sin obtener respuesta. Finalmente forzaron la cerradura, descubriendo que ella no estaba allí; se había escapado a través de una ventana, llevándose con ella el vestido.

Aleyu las miró fijamente. No lo podía creer, y esperaba que en cualquier momento una sonrisa burlona apareciera en los rostros de su madre y hermana, e incluso en la de Bladir, confirmando que todo se trataba de una malvada broma, y que luego, en medio de carcajadas, Ciorima apareciera, hermosa y deslumbrante, vestida de blanco desde detrás de uno de aquellos arcos. Pero tras unos gélidos segundos y una fuerte presión cerca del corazón, se dio cuenta de que aquella pesadilla era real; Ciorima había escapado, no se casaría con él y seguramente destruiría el vestido.

Un gran peso cayó sobre él, un aire helado que lo sacudió y dejó sin aliento; si no se casaba, no sería Rey. Por un momento estuvo a punto de gritar y golpear todo lo que estuviera a su alcance.

—No pienses tan mal de ella, quizás recapacite pronto —sugirió Dalia suavemente. Aleyu la escuchó muy lejos de él. Caminó hasta los arcos blancos y se asomó un poco por el del medio: allá abajo se podían apreciar a los ancianos impacientes en sus sillas, generalmente con uno o dos familiares

atendiéndolos. Más allá estaban las puertas entreabiertas, y entre estas, rodeado por guardias, estaba el túnel por el cual debía de aparecer Ciorima. Y más allá de las puertas estaba la pequeña multitud cubriendo el camino que llevaba a la ciudad.

—¿La están buscando? —preguntó Aleyu sin voltearse y mientras miraba las lejanas montañas— ¡Alguien debe encontrarla y traerla aquí!

Nubelia lo miró torvamente.

—Sí, varios guardias y sirvientes la están buscando en compañía de su padre y su hermano —respondió ella—. Pero, de encontrarla, no se le obligará a venir hasta aquí por la fuerza y hacer algo que no desee; las instrucciones que he dado son encontrarla, tranquilizarla y escucharla, pues no se le forzará a nada más.

—¿Algo que no desee? —murmuró Aleyu. En ese momento deseaba haber escuchado a Dresar, quien siempre le recomendó que fuera a ver a la chica, que al menos fingiera que le interesaba. De haberlo hecho quizá ella no hubiera huido de aquella manera ¿Qué podía hacer ahora?, si no se casaba con Ciorima no solo enfrentaría luego la vergüenza y el castigo, si no que corría el riesgo de que Lenumat se arrepintiera de dejarle libre el camino; podría engañar a alguna otra chica o aliarse con ella como lo había hecho con Tiberli para contraer matrimonio, convirtiéndose así en Rey.

—Aleyu, deberíamos posponer todo esto —le sugirió Dalia tristemente—, no solo por Ciorima, sino también porque la muerte de papa aun está muy reciente, además de que estamos preocupadas por Lenumat, sin mencionar a esa cosa... ¡Dresar!

—¡No, no! ¡No puedo posponer nada! —exclamó Aleyu, ahora apoyado en uno de los arcos, escrutando el cielo despejado en busca de una sombra—. Será hoy, o no seré Rey.

A partir de ese momento los segundos y los minutos se alargaron más que en el más fuerte de los dolores, y sin embargo el sol continuó su marcha implacable por el cielo, dejando atrás la tarde tempranera para bajar y acercarse al horizonte, a la vez que el aire soplaba con mayor fuerza y se volvía muy frío. Nubelia y Dalia continuaron insistiéndole a Aleyu de que lo mejor era suspender ambas ceremonias; esta vez, y con toda razón, le dijeron que pasara lo que pasara no se podría celebrar ambas ceremonias antes del comienzo del ocaso, y si se hacía, según dictaba la tradición, sería de mala suerte y un terrible augurio, pues desde tiempos muy antiguos únicamente los Noltal de los niños se podían celebrar en el ocaso del día o durante la noche.

Pero Aleyu no dio su brazo a torcer y no consintió en suspender la boda, y mucho menos la coronación, y luchaba por aferrarse a alguna esperanza, principalmente en la aparición de Dresar, pero este, según sus propias indicaciones, no se veía por ninguna parte.

—La multitud comienza a preguntar y murmurar —comentó Bladir un rato más tarde—. Los invitados especiales están incómodos, y mucha de la poca gente que ha venido ya se está retirando.

—¡Nada se suspenderá! —gritó Aleyu antes que su madre dijera algo. Todavía miraba a través de los arcos hacia las montañas de picos blancos, extrañamente más claras ahora en el atardecer.

—Las nubes ya comienzan a pintarse de naranja y rosa —observó Dalia, sentada en una silla cercana, lucía agotada y un tanto hambrienta.

—Aunque me case a la luz de las estrellas, nada se suspenderá —insistió Aleyu.

—Quizá tendrá que casarse con la luna... —dijo alguien.

Unas grandes nubes se dividieron y se esparcieron por todo el cielo, empujadas por el viento que, acercándolas al sol, las teñía de un rosado intenso. El astro estaba oculto tras las nubes y solo era perceptible su difuso resplandor; era evidente que ya estaba rozando el horizonte.

Pero Aleyu no cambiaba de opinión, aunque sabía que Ciorima no aparecería, se negaba a suspender todo; seguía aferrándose a ese momento de la coronación como si fuese un recuerdo, pero que en realidad no era más que un ansiado momento que huía de él y que posiblemente nunca alcanzaría.

—Los músicos ya se han retirado, majestad —le susurró Bladir a Nubelia, pese a lo cual Aleyu logró escucharlo—, también la mitad de los invitados especiales..., y a las afueras del castillo no quedan más que unas cien personas.

Dolido por el poder perdido, ofendido y con una extraña sed, Aleyu en su mente estaba jurando vengarse de Ciorima y de la familia de esta, cuando escuchó gritar a Bladir:

—¡Majestad, miré allá abajo...!

—Aleyu no reaccionó de inmediato en medio de las decenas de cosas e imágenes que le vinieron a la mente; vio como su madre pasaba presurosamente a su lado hasta el borde de la plataforma y se asomaba por este, dando un diminuto grito de sorpresa. Luego Dalia hizo lo mismo, pero su asombro fue aun más evidente.

Fue entonces que Aleyu reaccionó; se apartó de los arcos y fue hasta donde

estaban su madre y su hermana, asomándose también por el borde decorado con rosas negras. Lo que allí vio lo dejó sin habla; ¡era Ciorima! La chica estaba de pie, a la salida del túnel blanco, cuyo interior lucía ahora lleno de oscuridad. Traía puesto el ancho vestido blanco con jemas que resplandecían con la luz del ocaso, la cola del cual era muy larga, y se perdía en el interior del túnel. La joven lucía hermosa, pese a que no tenía mayor peinado que una larga cola que cubría su hombro izquierdo. No llevaba puestos los zapatos del vestido, pues los que usaba eran sencillos y de un apagado color marrón que desentonaba por completo.

—No trae en sus manos el ramo de flores que debería traer —observó Bladir.

—Pues sí se ha arrepentido, es demasiado tarde —dijo Nubelia firmemente—, el ocaso ya se ha...

—¡No! —gritó Aleyu a su madre; le había costado asimilar que Ciorima después de todo sí había aparecido, y ahora sentía como si el alma le volviera al cuerpo—. Ya lo he dicho; me casaré hoy aunque sea bajo la luz de las estrellas —aclaró aunque aún no estaba seguro de que Ciorima hubiera vuelto para casarse con él.

Dos guardias fueron hasta donde estaba la chica, y tras hablar un momento con ella, la escoltaron y le indicaron el camino para subir a lo alto de la plataforma, lo cual hizo que el corazón se le acelerara a Aleyu.

Pasaron unos largos momentos mientras esperaban a la chica...

—Aleyu, piénsalo; hacer esto en el ocaso es el peor augurio, estoy segura de que no traerá nada bueno —le suplicó por última vez Nubelia a su hijo—, esa es la tradición.

—Es la tradición, más no la ley —respondió Aleyu decididamente.

—¿Entonces así será esta unión? —dijo entonces Dalia—, ¿con unos pocos invitados y solo algunos testigos...? ¿Y sin amor?

—Entiendo que lo desees tanto —comentó Nubelia—, pero no entiendo porqué Ciorima lo hace, ¿por qué ha venido sí entre ustedes ya no hay más que disgusto? ¿Qué la impulsa o qué la obliga? —Aleyu guardó silencio, pues sabía que su madre pronto encontraría esas respuestas.

Contuvieron la respiración mientras esperaban a Ciorima, viendo como el sol continuaba bajando. Allá abajo se escuchaban las voces débiles de los pocos ancianos que aún quedaban; parecían discutir con los guardias y protestar fuertemente, pues no concebían que la boda y la ceremonia de coronación se fueran a producir a esas horas, simplemente no estaban de

acuerdo, especialmente los de mayor edad, algunos de los cuales habían asistido siendo jóvenes a la coronación de Deinor, un año más tarde de la muerte del padre del mismo.

Ciorima apareció ante ellos, subiendo las escaleras de metal de la plataforma y siendo ayudada por dos guardias. Nubelia, Dalia, Bladir y Aleyu aguardaron en silencio mientras la chica se acercaba a este último con rostro grave.

—Ha de ser muy grande ese amor como para esperar hasta esta hora —le dijo fríamente Ciorima a Aleyu con un rostro que parecía no tener sentimiento alguno.

—Lo es —respondió Aleyu detestándola, pero cuidando sus palabras, pues temía que la chica se rehusara a casarse—, siempre lo ha sido.

El vestido de Ciorima no era nada ajustado, por lo que al mirarla de lejos solamente parecía que la medida del mismo estaba mal, pero ahora que estaba tan cerca se hacía evidente el estado de la misma.

Todos quedaron sin habla; Dalia dio un pequeño grito y se llevó ambas manos a la cara, como si tratara de evitar que sus ojos se salieran de sus orbitas, mientras que los pocos sirvientes presentes comenzaron a murmurar.

—¡Pero esto es un insulto! —exclamó Bladir segundos después de notar el embarazo— ¡Es una indecencia!

—¡Cállate! —le gritó Aleyu, luego calló y se preparó para escuchar los gritos de su madre.

—De manera que fue por esta razón, ¿cierto? —dijo Nubelia, no en gritos, sino con voz apagada y débil; estaba llorando—. Por esto fue toda esa rivalidad... y por esto es que... —miró a Ciorima, que callaba avergonzada— De manera que fue por esta razón —repitió. Entonces comenzó a mirar a todas partes, hacia Dalia, Bladir y los demás sirvientes, a lo alto de la torre y el oscuro cielo, y finalmente al bosque en la dirección en donde se encontraba el océano, como si buscara algo que le dijera que aquello no podía ser real—. Y en cuanto a ustedes dos —dijo de pronto volteándose de nuevo a Aleyu y a Ciorima, como si antes hubiera hablado con alguien más—, si quieren sumergir a Daguena en una era de vergüenza y oscuridad..., yo me apartaré para no tener culpa por ello. Si quieren casarse y gobernar mal, ¡adelante!, yo no lucharé más.

Nubelia se dirigió entonces a los arcos blancos y se subió sobre un pequeño púlpito frente al arco central, mirando hacia el bosque mientras derramaba gruesas lágrimas.

Aleyu se había imaginado que aquel momento sería mucho peor; lleno de gritos e improperios por parte de su madre, he incluso creyó que esta lo abofetearía. Sin embargo, pese a que en apariencia aquella situación no había sido tan mala, por alguna razón sabía que había sido peor de lo que habría podido imaginar.

—Vengan aquí, Aleyu, Ciorima —dijo entonces Nubelia, de pie sobre el púlpito como una estatua oscura.

Aleyu fue incapaz de mirar a Ciorima a los ojos; se dio la vuelta y fue hasta donde aguardaba su madre, sin estar seguro de que Ciorima lo seguiría. Pero entonces escuchó los pasos vacilantes de la joven detrás de él; también escuchó el débil llanto de Dalia, y los murmullos refunfuñantes de Bladir, tal y como lo hubiera hecho Enot, mientras que los guardias, sorprendidos, guardaban silencio.

Aún se podían escuchar las protestas de los ancianos debajo de la plataforma cuando Aleyu y Ciorima estuvieron frente a Nubelia para unir sus vidas.

—Si se creen capaces de hacerlo... tómense de las manos —les dijo Nubelia seriamente, pero con la vista perdida.

Aleyu vaciló varios segundos, pero finalmente ofreció una temblorosa mano derecha a la chica, esta lo miró intranquila antes de otorgarle una casi inerte mano izquierda: estaba fría, sin fuerza y casi sin peso alguno. Aleyu descubrió que tocar aquella piel ya no le despertaba nada en su ser. Entonces se dio cuenta de que solo poseía el anillo plateado, pero por alguna razón se había olvidado por completo del brazalete que había mandado a hacer para colocárselo en la muñeca, y se descubrió mirando a la chica, sin saber qué hacer.

—Necesitas esto, Aleyu —sollozó entonces Dalia, quien se había acercado y, extendiendo un brazo, mostraba en la palma de la mano un hermoso brazalete hecho de pequeñas perlas y algunas joyas azules. Aliviado, Aleyu tomó el brazalete y Dalia se alejó en silencio, agachando la mirada para evitar el encuentro con los ojos furiosos de su madre.

Aleyu tomó la hermosa pulsera y la extendió con ambas manos esperando que Ciorima extendiera una mano, pero el corazón le latió rápidamente y se aterró cuando la chica, mirándolo fijamente, parecía vacilar y casi decidirse a no seguir adelante, sabiendo que hasta que aquel brazalete estuviera en su muñeca serían marido y mujer. Pero el corazón le latió más rápido cuando finalmente Ciorima elevó la mano derecha y con rostro serio dijo:

—Yo misma me lo colocaré, si es que algún día lo he de utilizar, después de todo ¿qué importa saltarnos también esto?, ya no hay nada que pueda haber que me dé la boda que había soñado.

—Supongo que tampoco son capaces de darse un beso, ¿cierto? —se burló Nubelia; alzó la mirada y vio hacia el sol a su izquierda, que desaparecía en el horizonte, dejando detrás de sí una luz pálida y fría que poco a poco se iba despidiendo de la tierra. Suspiró y soltó algunas lágrimas, pero luego, con rostro decidido y brusco exclamó—: En el nombre de la vergüenza y de la tristeza... yo los declaro marido y mujer —De esta manera arrojó a la basura todo protocolo y el largo discurso que de seguro había preparado— ¡Bladir, la corona! —exclamó luego.

Al escuchar esto, Aleyu se olvidó de todo; del fracaso de la boda y la pésima ceremonia, así como su desilusión, pues aquella tampoco había sido la boda de sus sueños. Pero ahora, sin importar lo mal que había resultado todo, finalmente lograba lo que más quería; iba a ser coronado en ese momento, al final del ocaso de aquel día.

—Pero Majestad, no puede hacerlo —Bladir protestó de inmediato dirigiéndose a Nubelia, indignado—. Usted ha sido testigo de la vergüenza ¿cómo puede darle la corona del Rey Deiner?

—¡Este asunto no te concierne, estúpido! —le gritó Aleyu impaciente—. Enot siempre ha estado cerca de nosotros y eso lo llevó a creer que podía dar sus opiniones. Ahora tú también comienzas a creerte de la realeza, piensas que puedes opinar o protestar, pero la verdad es que tus palabras no cuentan ni en tu propia familia, mucho menos en la mía ¡Lo mejor es que acompañes a Enot a consumir sus últimos años en silencio!

Bladir quedó sin palabras: sus ojos enrojecieron mientras lloraban.

—¡Vaya!, si tan solo hubieras tenido ese carácter para defender tus valores —le dijo Ciorima.

—¡Trae la corona!! —gritó Aleyu sin hacer caso a Ciorima.

Bladir vaciló; parecía luchar consigo mismo entre traer la corona y no tener opción. Luego, llorando amargamente y bajando los brazos, se retiró y fue hacia una mesa pequeña cubierta con un mantel purpura. Sobre esta mesa había un objeto, también cubierto con una tela purpura con broches dorados. Bladir descubrió la corona: esta no brilló, pues la luz era escasa, pese a esto lucía hermosa con sus hojas de plata y oro.

Los ojos de Aleyu brillaban mientras Bladir traía lentamente la corona entre sus manos.

—Eso es lo único que siempre te ha importado, ¿cierto? —dijo Ciorima seriamente mientras se colocaba una mano en el abultado vientre—. Pero creo que eso es obvio —Aleyu no despegaba sus ojos brillantes de la corona.

—Majestad, por favor, piénselo —le insistió Bladir a Nubelia cuando estaba a escasos dos metros de ella.

—Yo abandono al mundo, pues el mundo me ha abandonado —expresó Nubelia con una voz tan fría como el aire de una tumba.

Bladir, resignado, extendió ambos brazos y con manos temblorosas le ofreció la corona a la Reina.

Nubelia la tomó decididamente, pero una vez que la sostuvo titubeó; por sus ojos parecía verse como si unos recuerdos y un remordimiento la estuviesen asaltando, haciendo que la fabulosa corona temblara en sus manos. Miró el vientre de Ciorima un momento y luego el rostro avergonzado de la chica.

Aleyu se preocupó; veía la actitud de su madre y temió que rehusara coronarlo. Allá abajo aún se escuchaban algunas protestas, pero la oscuridad ya lo cubría todo y una noche lúgubre y fría había caído sobre ellos, sin luna y con pocas estrellas.

Al final un aire helado hizo reaccionar a Nubelia, la cual no colocó la corona sobre la cabeza de su hijo, sino que se la entregó en las manos como si de cualquier cosa se tratara. Luego, con un silencio imposible para cualquier ser vivo, se bajó del taburete y se deslizó hacia las escaleras, bajando por estas como una silueta oscura. Bladir y Dalia fueron tras ella.

Aleyu se sentía extraño; aunque pese al malestar de su madre él sí había obtenido la corona y era ahora el Rey, no había sentido el júbilo que habría esperado haber imaginado. Había obtenido mucho más de lo que muchos podrían soñar en una vida, y aun así se sentía vacío e incompleto.

—Bueno, creo que esa ha sido mi función, ya puedo irme —Ciorima no estaba furiosa, sino triste.

Con la corona en sus manos Aleyu alzó la vista y miró al cielo, allí vio como una figura negra opacaba dos pequeñas estrellas, para luego colarse dentro de la habitación real por la ventana.

—No, tú quédate aquí —le dijo a Ciorima—. Busca en la noche lo que crees que has perdido.

Y se marchó, dejándola triste y sin vida, abandonada y mal amada. Sola, vestida de plata y con el título de Reina, dolida por lo que su egoísmo la había llevado a hacer; entregar Daguelna a un Rey que de seguro sería como

aquellos Reyes que quedan en la historia, no por lo amados que fueron, si no por cuánto odiaron y fueron odiados.

Ciorima se quedó sin alguien a su lado, en lo alto de aquella sombría estructura, abatida, con un frío en su interior y rodeada de oscuridad.

Aleyu se dirigió hasta su nueva habitación. Corría subiendo las escaleras de la gran torre, llevando en las manos la corona. A pesar de la oscuridad de la noche, le había parecido que Dresar volaba de una forma contraída, como si cargara un bulto en su interior.

Subió las decenas de escalones oscuros, pasó al lado del túnel real sin prestarle demasiada importancia y continuó sin detenerse hasta que finalmente llegó al último peldaño, más allá del cual se extendía el pasillo, débilmente iluminado por las rocas blancas. Allí tomó un respiro y reflexionó; ya era Rey, y sin embargo aún no había usado la corona. Fue entonces que, conteniendo la respiración, la elevó en sus manos y, lentamente como si se tratara de la parte final de algún rito, y recordando por un momento a su padre, se la colocó en la cabeza.

No sucedió nada extraordinario, solo el silencio y la débil luz lo rodeaban; por alguna razón había pensado, quizás inconscientemente, que la corona le daría algún tipo de poder o sensación nueva, hasta había imaginado que al colocársela soplaría un viento similar al que soplaban cada vez que Dresar realizaba magia. Sin embargo ahora se daba cuenta que no había hecho otra cosa que poner peso muerto sobre su cabeza, y que el poder estaba en los actos y no en los objetos que lo simbolizaban.

Un tanto desilusionado, Aleyu subió el último escalón y recorrió las sombras del pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación. Inconscientemente elevó un brazo para tocar, pero luego se acordó de que ahora era su habitación, por lo que llevó su mano al pomo de la puerta y giró, abriendo y entrando sin avisar.

El interior de la habitación estaba mucho más iluminado que el pasillo gracias a un mayor número de rocas blancas, incluyendo a la más grande de todas, adherida al techo. La recámara aún lucía desnuda; sin muebles, exceptuando una sola silla, en la cual una figura oscura estaba sentada.

—¡Salve, Rey Aleyu! —expresó Dresar elevándose de la silla como empujado por un viento ausente, y acercándose a él con una sonrisa, visible bajo la capucha—. Es un honor, ahora más que nunca, estar en tu presencia, nuevo soberano de Daguena. Me alegra que al fin llegara la noche en que cumplieras tus sueños; una bella esposa y una corona, aunque lamento que lo

hayas pagado con tanto dolor.

—Gracias, amigo —le respondió Aleyu—, tu ayuda para lograrlo nunca será olvidada por mí, o por cualquiera que se llame mi súbdito.

—Lamento no haber estado presente —continuó Dresar—, pero tuve algo que hacer; ¡tu hermano finalmente a decidido regresar! —Entonces se hizo de medio lado y apuntó con la mano abierta hacia la ventana, en cuyo balcón había una figura que, apoyada sobre el parapeto, miraba hacia afuera, al bosque y a la noche.

Aleyu entonces al ver a su hermano sintió toda aquella felicidad que no había sentido al casarse y que tanto había esperado al colocarse la corona; ahora sentía regocijo. Pero su alegría no provenía del hecho de volver a ver a su hermano, sino del estado del mismo: Lenumat parecía un espectro, una mala imitación de todo lo que había sido una vez. A pesar de la pobre luz sobre el balcón y de que solo veía su cuerpo, era prácticamente posible ver su corazón destrozado y rendido, su llanto casi agotado, y su falta de propósito en su triste nueva vida.

—¿Lenumat? —Aleyu comenzó a caminar lentamente hacia él, tratando de no expresar su alegría al verlo derrotado, pues ahora podía ver también sus ropas, sucias y rotas, por lo que una energía le llenaba el pecho y casi lo obligaba a sonreír— ¿Estás bien, hermano? —Lenumat no contestó ni se movió. Un viento repentino le alborotó el negro cabello; sucio y despeinado.

Aleyu se acercó más a él; miraba la cabeza de su hermano, cuya figura se recortaba contra la de las lejanas montañas, visibles solo por ser más oscuras que el cielo.

—¿No crees que es curioso, Aleyu? —dijo de pronto Lenumat con un susurro, y sin embargo muy claramente—: solo cuando perdemos todo que teníamos y queríamos, es que nos damos cuenta de que hay más cosas de las que habíamos pensado; a veces hay que vaciar un baúl para poder llenarlo de nuevo.

—Lenumat, tú no has perdido nada, ¿de qué estás hablando? —le dijo Aleyu, disfrazando y suavizando su voz.

—No espero que lo entiendas, claro que no, pero no entiendo porqué es que no lo entiendes —continuó Lenumat—; mientras que a mí todo me fue arrebatado, tú lo entregaste por tu propia voluntad —Luego de decir esto se volteó y miró a Aleyu con ojos cansados y sin vida— ¿Qué harás conmigo ahora, hermano?, ¿de qué cruel manera me condenaras a vivir?

—Estás muy equivocado, Lenumat, no es mi intención tomar represalias

contra ti, pese a todo —Aleyu se estaba esforzando por engañar a su hermano, y trabajaba para encontrar las palabras indicadas—. Ya no quiero que nos guardemos rencores, debemos olvidar. Con la muerte de nuestro padre quedó atrás una época; generaciones de progreso y felicidad en paz. Pero ahora llega otra era, desafortunadamente menos feliz y más oscura para nuestro reino, me temo; es la amenaza de los hombres del este.

En principio Lenumat no parecía estar tan de acuerdo en olvidar y perdonar; la oscuridad cubría su rostro y se mantenía inmóvil, sin habla, mientras sus ojos parecían brillar como los de las criaturas nocturnas del bosque, por lo que Aleyu continuó:

—Ambos sabemos que esa amenaza es real; el dolor que sentimos debido a nuestras pérdidas siempre nos lo recordará.

Por siglos habíamos vivido alejados de aquellos hombres, los cuales por fortuna ignoraban nuestra existencia, mientras que nuestros antiguos pergaminos nos hablaban de ellos: salvajes, sin honor y muertos de corazón. Pero a la vez que nuestras artes y ciencias progresaban, también lo hacían ellos y, guiados por su codicia, se esforzaron por ir cada vez más lejos y sobrevivir donde la vida es escasa y extraña.

Nuestros antepasados debieron preverlo, pero no lo hicieron; algún día aquellos hombres salvajes podían llegar hasta aquí, amenazando nuestra existencia. Pero los primeros daguelnenses no lo creyeron, limitando nuestra oportunidad de defendernos. Pero es ahora cuando todo eso debe cambiar, aún puede cambiar.

—¿Estas proponiendo que nos defendamos?, ¿que rompamos esa paz con la que hemos vivido?, ¿la esperanza con la que fue fundada Daguelpna?

—Es defendernos o dejar que nos aniquilen —aclaró Aleyu acercándosele unos pasos—. Es algo horrible pero es... natural; las criaturas de la tierra y del agua lo hacen y aun las del cielo. También las que comen carne, he incluso los que comen plantas; todos se defienden al verse amenazados, atacados.

—Parece que has ensayado bien tu discurso, Aleyu —le dijo Lenumat mientras el viento le sacudía el cabello y los trozos rasgados de la ropa— ¿Cómo pretendes que hagamos eso? Aunque yo estuviera de acuerdo contigo, sabes que no tenemos medios; armas y, tal y como lo llaman los escritos antiguos; un ejército.

—Lo podemos crear —Al escuchar esto, Lenumat se movió inquieto y miró un momento a Dresar, que aguardaba en silencio—. Dresar tiene el conocimiento para crear armas y un ejército. Llevará tiempo pues debe ser

creado de la nada, solo esperemos que lo logremos antes de que nos invadan.

—¿¡Nos invadan!? , pero si solo era una caravana perdida y unos pocos hombres —replicó Lenumat.

—¡No!, eran hombres cuya misión era averiguar qué había más allá del desierto y de las montañas, ¡vendrán más, muchos más! ¿Pocos?, sí lo eran, y sin embargo mira el daño que nos han hecho.

Créeme; cuando ese Rey Aldorar sepa de la desaparición de sus hombres, simplemente enviará más, y cuando sepa de este reino, nos querrá conquistar. Eso es algo que hacen esos hombres ¿De qué crees que estaban escapando nuestros antepasados cuando descubrieron Golbares?

Hubo un profundo y largo silencio antes de que Lenumat dijera algo.

—¿Entonces pretendes crear un ejército y así defendernos cuando nos quieran invadir?

—No habría mayor error, príncipe —intervino entonces Dresar, por lo que ambos, Lenumat y Aleyu, lo miraron—, lo que se pretende es defender a Daguelna, pero esperar aquí al enemigo y librar sangrientas luchas en el reino solo traería igual o mayor destrucción y muerte que el no oponerse a la dominación; la verdadera clave es encargarse del enemigo lejos de Daguelna.

—¿Pero para eso tendríamos que...? —Lenumat se volteó a Aleyu y lo miró entre sorprendido y molesto— ¿¡Acaso piensas salir de Daguelna e invadir territorios de los hombres del este...!? ¿Quieres ser tú el invasor?

—No —contestó Aleyu hipócritamente—, solo es adelantarnos al enemigo, hacerle primero lo que él planea hacernos, ¿que acaso un león, al saber que va a ser atacado, no ataca primero?

Lo siento mucho, y entiendo que no estés de acuerdo, pero nosotros no lo iniciamos, y hemos de hacerlo si no queremos ver destruido a este reino.

Lenumat calló y, aunque efectivamente no estaba de acuerdo, pareció reflexionar. Fue entonces que Aleyu aprovechó para tratar de convencerlo definitivamente, y de no lograrlo lo tendría que matar allí mismo, o le diría a Dresar que lo hiciera.

—Yo solo quiero proteger a Daguelna y todo lo bueno que hay aquí; la belleza de sus bosques y sus ríos. Pero imagínate, hermano, que un día todo fuese destruido: Quizá suceda un día al amanecer, cuando, felices, todos estemos tomando un agradable desayuno, sin saber que el día anterior el enemigo insaciable había llegado a las fronteras de Golbares y que durante toda la noche había avanzado por el bosque. De pronto en la lejanía se escucharan los cuernos, no los de este castillo, sino los llamados furiosos del

enemigo ordenando iniciar la masacre.

Sin ningún tipo de arma o de entrenamiento, de pronto los daguelnenses ven caer sobre ellos a miles de hombres empuñando espadas y lanzas, y llevando gruesos escudos.

Los primeros en morir serían atacados desde lejos con flechas, mientras que los salvajes del este, con puntas envueltas en fuego, prenderán en llamas las casas y los árboles.

Aleyu hizo una pausa. Lenumat prestaba atención a sus palabras y, por su rostro lleno de terror, parecía estar recreando en su mente cada imagen, por lo que Aleyu continuó:

—Si sientes ese dolor tan grande por haber perdido a Tiberli, imagina el sufrimiento y la desesperación al ver morir a todo nuestro pueblo: casas en cenizas, gritos de dolor y angustia, árboles secos en el bosque y finalmente, luego de que tú y yo hayamos sido asesinados, ese Rey invasor se pondrá esta corona —Se tocó la corona—, y se sentará en el trono. Ese mismo Rey que envió a los hombres que cortaron el árbol de nuestro padre y que sin ninguna provocación ni piedad mataron a Tiberli.

Un helado silencio se apoderó de la habitación, y en apariencia de todo el reino. Lenumat estaba turbado, con los ojos clavados en el suelo del balcón, mientras que Aleyu y Dresar cruzaban miradas y aguardaban.

—¡No estoy de acuerdo! —dijo Lenumat con impotencia, y pareció derramar algunas lágrimas que brillaron suavemente. Luego de una gran lucha en su interior, al parecer había triunfado lo que más le dolía—. No estoy de acuerdo en muchas cosas y jamás lo estaré —aclaró—, pero te apoyaré; iré contigo si así me lo pides. Pero no podré nunca estar orgulloso de mi, pues debo confesar que, más allá de querer proteger a Daguena, lo que me impulsa es el deseo de venganza, la necesidad de vengar a Tiberli... y también a nuestro padre. Y ya que he caído tan bajo, no me importa ya caer todavía más.

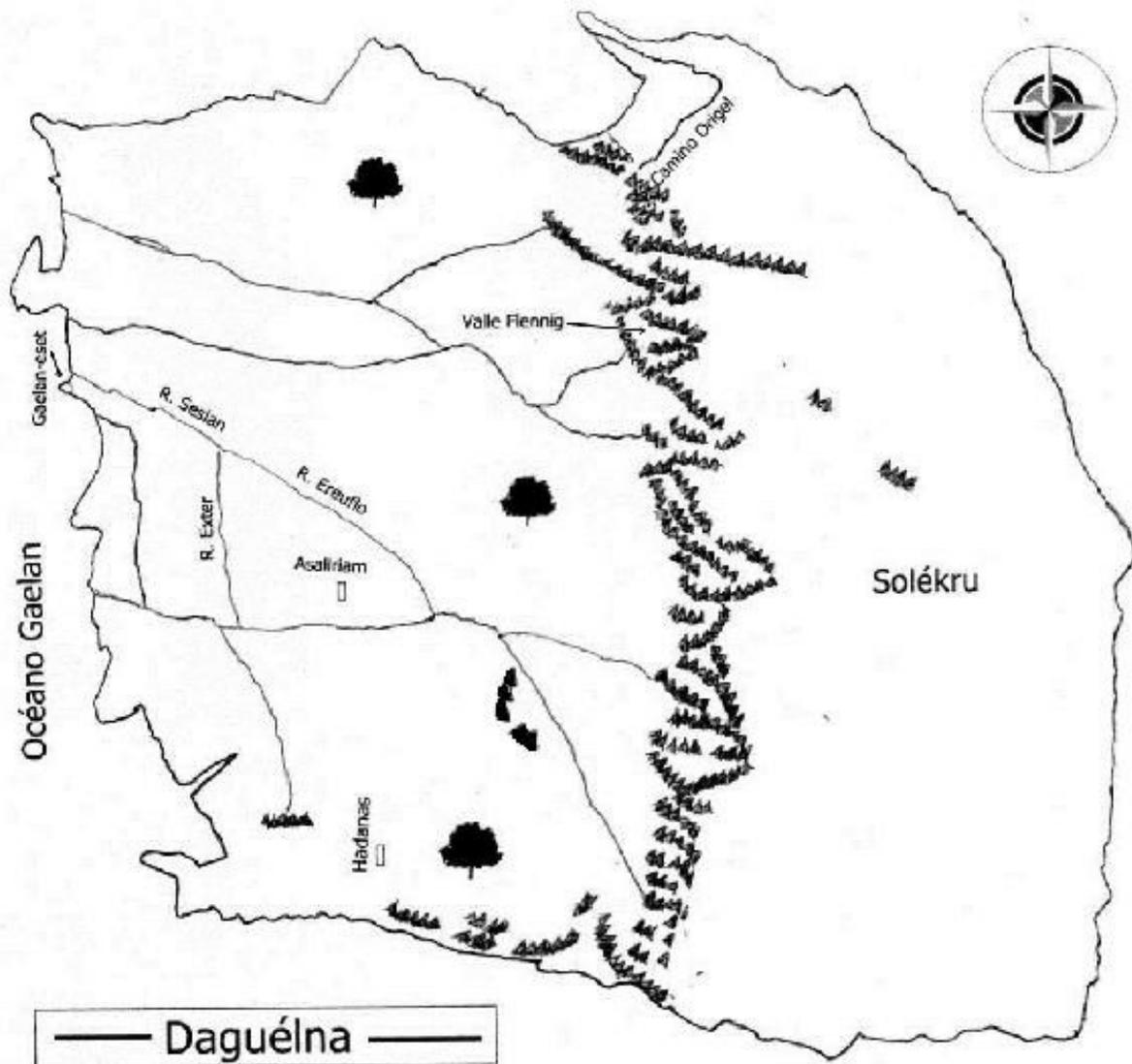
—Bien, hermano —le dijo entonces Aleyu riéndose en su interior por la desdicha de Lenumat—. Pero no es caer bajo el querer proteger a los que queremos, y protegernos nosotros de no sentir de nuevo un dolor como este que nos carcome en este momento. Y no tendrás porque avergonzarte, ya que nos espera una gloria que no imaginas aún.

—De gloria nunca ha sido mi sed —dijo Lenumat con el rostro bajo.

—Pues igual la tendrás —Aleyu hablaba con fuerza en los ojos—, y aprenderás a disfrutarla y vivir de ella, una vez que nos hayamos vengado.

Y fue así que al día siguiente Aleyu ordenó convocar obligatoriamente a

todo daguelnense vivo, y desde la cima de la torre más alta Dresar fue presentado a todos, causando enorme sorpresa y perturbación. Pero también dio a conocer las verdaderas causas y circunstancias de las muertes de Deinor y de Tiberli, por supuesto mintiendo sobre esta última. También expuso la amenaza de los hombres del este y, en un discurso lleno de ira y odio, anunció la creación de un gran ejército.



N

E